EL MÉTODO

Transcrito por Mystic, rigodon, SirQuinto y N3M3 del foro “elmetodo.es”, y maquetado de la forma más fiel posible al libro original.

Neil Strauss

EL MÉTODO

ÍNDICE

Dedicado a las miles de personas con las que he hablado en bares, discotecas, centros comerciales, aeropuertos, supermercados, metros y ascensores durante los dos últimos años.

Si lees esto quiero que sepas que en tu caso no usé ninguna técnica. Contigo fui sincero. De verdad, lo nuestro fue diferente.

No pude convertirme en nada: ni en bueno ni en malo, ni en un sinvergüenza ni en un hombre honesto, ni en héroe ni en insecto. Y ahora estoy alargando mis días en mi esquina, torturándome con el amargo e inútil consuelo de que un hombre inteligente no puede convertirse seriamente en nada; de que tan sólo un idiota puede convertirse en algo.

Fiodor Dostoievski,
Memorias del subsuelo

Paso 1: Elige el objetivo

Los hombres no eran realmente el enemigo; ellos también eran víctimas que sufrían las consecuencias de una anticuada mística masculina que los hacía sentirse inútiles cuando no había algún oso al que matar.

BETTY FRIEDAN,
La mística de la feminidad

OS PRESENTO A MYSTERY (1)

La casa estaba hecha un desastre.

Las puertas estaban arrancadas de sus goznes, destrozadas; las paredes, llenas de golpes, golpes dados con el puño, con un teléfono, con un florero. Temiendo por su vida, Herbal se había refugiado en la habitación de un hotel, y Mystery lloraba tumbado sobre la moqueta del salón; llevaba dos días llorando sin parar.

Las lágrimas pueden entenderse. Pero las de Mystery habían llegado más allá de lo comprensible. Mystery había perdido el control. Llevaba una semana oscilando entre períodos de ira y violencia y episodios de llanto espasmódico. Ahora, amenazaba con quitarse la vida.

Vivíamos cinco en la casa: Herbal, Mystery, Papa, Playboy, y yo. Venían hombres de todos los rincones de la tierra para estrecharnos la mano, para hacerse fotos con nosotros, para aprender de nosotros, para intentar convertirse en nosotros. A mí me llamaban Style (2); me lo había ganado.

Nunca usábamos nuestros verdaderos nombres; tan sólo nuestros apodos. Incluso nuestra mansión tenía un apodo. Se llamaba Proyecto Hollywood. Y el Proyecto Hollywood estaba hecho una ruina.

Los sofás y los cojines descoloridos que cubrían el suelo del salón olían a sudor y a los fluidos corporales de numerosos hombres y mujeres. La moqueta blanca se había tornado gris bajo el constante ir y venir de las perfumadas jóvenes que todas las noches eran pastoreadas desde Sunset Boulevard. En el *jacuzzi* flotaban tristemente docenas de colillas y condones usa-

(1) *Mystery* significa «Misterio». *(N. del t.)*
(2) *Style* significa «Estilo». *(N. del t.)*

dos. Y, durante los últimos dos días, los arranques de violencia de Mystery habían dejado el resto de la casa prácticamente en ruinas. Mystery medía más de un metro noventa y estaba histérico.

—No puedo explicar cómo me siento —consiguió decir entre sollozos. Le temblaba todo el cuerpo—. No sé lo que voy a hacer; pero no va a ser nada bueno.

Levantó un brazo y dio un puñetazo a la sucia tapicería roja del sofá. Su abatimiento se tornó en un grito, invadiendo la habitación con el lamento de un hombre adulto que se ha despojado de todo aquello que lo diferencia de los animales.

Llevaba puesta una bata de seda dorada demasiado pequeña que dejaba al descubierto sus rodillas cubiertas de heridas. El cinturón de seda apenas era lo suficientemente largo para anudarlo alrededor de su cintura y ambos lados de la bata estaban separados por al menos quince centímetros de piel, revelando un pecho pálido e imberbe y, debajo de éste, unos holgados calzoncillos grises Calvin Klein. La otra prenda que cubría su tembloroso cuerpo era el gorro de lana que le apretaba el cráneo.

Era el mes de junio y estábamos en Los Ángeles.

—La vida es absurda —volvió a hablar Mystery—. Absurda. No tiene sentido.

Se volvió hacia mí y me miró con los ojos húmedos y enrojecidos.

—Es como jugar al tres en raya. No hay manera de ganar, así que lo mejor que puedes hacer es no jugar.

No había nadie más en la casa, por lo que tendría que ser yo quien resolviera el problema. Debería sedarlo ahora, antes de que la ira volviera a invadirlo. Con cada nuevo ataque, la situación empeoraba, y yo tenía miedo de que esta vez Mystery llegara a hacer algo que no pudiera subsanarse después.

No podía permitir que Mystery muriera durante mi guardia. Mystery era más que un amigo; era mi mentor: Había cambiado mi vida, igual que había cambiado la de tantos otros como yo. Tenía que conseguirle Valium, Xanax o Vicodin; lo que fuese. Cogí mi agenda y pasé rápidamente las hojas, buscando a alguien que pudiera proporcionarme esas pastillas: tipos que tocaran en grupos de rock, mujeres que acabaran de someterse a una operación de cirugía plástica, antiguos niños prodigio del cine... Pero no había nadie en casa y, si había alguien, o no tenía drogas o decía no tenerlas para no compartirlas.

Sólo me quedaba una persona a quien llamar: la mujer que había originado la espiral descendente en la que se encontraba ahora Mystery. Una mujer como ella sin duda tendría alguna pastilla.

Diez minutos después, Katya, una chica rusa de poca estatura y pelo rubio que tenía la voz de un pitufo y la energía de un cachorro de perro pomeranian, estaba en la puerta de casa con gesto de preocupación y un Xanax en la mano.

—Es mejor que no entres —le advertí—. Lo más probable es que te estrangule.

Y no es que Katia no lo mereciera; o al menos eso pensaba yo entonces.

Le di a Mystery la pastilla y un vaso de agua y esperé hasta que sus sollozos se convirtieron en moqueos. Después lo ayudé a ponerse unas botas negras, unos pantalones vaqueros y una camiseta gris.

—Vamos —le dije—. Necesitas ayuda.

Lo llevé hasta mi viejo Corvette oxidado y lo encajé en el diminuto asiento delantero. De vez en cuando, un estremecimiento hacía que su rostro se contrajera o una lágrima caía de uno de sus ojos. Yo rogaba por que permaneciera lo suficientemente tranquilo como para permitirme ayudarlo.

—Quiero Aprender artes marciales —dijo dócilmente—. Así, cuando quiera matar a alguien, no me sentiré tan impotente.

Yo aceleré.

Íbamos al Centro de Salud Mental de Hollywood, en Vine Street. Era un feo edificio de hormigón rodeado día y noche por indigentes, travestis y otros desechos humanos que montaban sus campamentos allí donde pudieran encontrarse servicios sociales gratuitos.

Y Mystery era uno de ellos. Lo único que lo diferenciaba de los demás era que él tenía carisma y talento, y eso atraía a las personas. Mystery nunca se quedaría solo, a no ser que quisiera estarlo. Él poseía dos características que yo había encontrado en prácticamente todas las estrellas de rock a las que había entrevistado; un brillo demente y persuasivo en la mirada y la más absoluta incapacidad para hacer cualquier cosa por sí mismo.

Entramos en el vestíbulo, lo inscribí y esperamos. Mystery se sentó en una silla barata de plástico negro, con la mirada clavada en el azul institucional de las paredes.

Pasó una hora. Mystery empezaba a impacientarse.

Pasaron dos horas. Comenzaron las lágrimas.

Pasaron cuatro horas. Mystery se levantó de un salto, salió corriendo de la sala de espera y abandonó el edificio.

Caminaba rápidamente, como un hombre que sabe hacia adónde va, aunque Proyecto Hollywood estaba a más de cinco kilómetros. Lo perseguí hasta darle alcance a las puertas de un pequeño centro comercial. Lo cogí del brazo, lo obligué a dar la vuelta y, hablándole como a un bebé, conseguí que volviera a la sala de espera.

Cinco minutos. Diez minutos. Veinte minutos. Treinta. Volvió a irse.

Corrí tras él. Había dos trabajadores sociales en el vestíbulo.

—¡Detenedlo! —grité.

—No podemos —dijo uno de ellos—. Ya no está dentro del recinto del edificio.

—¿Van a dejar que un suicida salga ahí afuera sin hacer nada? —No tenía tiempo para discutir—. Por lo menos encuentren a un terapeuta que pueda atenderlo; eso, si consigo traerlo de vuelta, claro.

Salí a la calle y miré hacia la derecha. No lo vi. Miré hacia la izquierda. Nada. Corrí hacia el norte, hasta Fountain Street. Allí estaba, cerca de la esquina. A rastras conseguí llevarlo de vuelta al centro de salud.

Cuando volvimos a entrar, los trabajadores sociales lo condujeron por un pasillo largo y oscuro hasta un cubículo claustrofóbico con el suelo de Sintanol. La doctora, sentada tras su escritorio, se desenredaba un mechón de pelo negro con los dedos. Era una mujer asiática, delgada, de veintimuchos años, con los pómulos marcados, carmín y un traje de rayas de chaqueta y pantalón.

Mystery se dejó caer sobre la silla que había delante del escritorio.

—¿Cómo se siente? —preguntó ella, forzando una sonrisa.

—Me siento como si nada tuviera sentido —dijo Mystery, rompiendo a llorar.

—Lo escucho —declaró ella al tiempo que apuntaba algo en su cuaderno. Lo más probable es que ya hubiera decidido cuál era el diagnóstico.

—Me voy a retirar del mercado —sollozó Mystery.

Ella lo miró con fingida compasión mientras él seguía hablando. Para ella no era sino uno más entre la docena de chiflados que veía todos los días. Lo único que debía hacer era decidir si necesitaba recibir medicación o si debía ser internado.

—No puedo seguir adelante —continuó Mystery—. Es inútil.

Con un gesto automático, ella abrió un cajón, extrajo un pequeño paquete de pañuelos de papel y se lo ofreció. Al estirar el brazo, Mystery levantó la mirada y sus ojos se encontraron por primera vez con los de la mujer. Inmóvil, la observó en silencio. Era sorprendentemente guapa para estar en un lugar como aquél.

Por un instante, un destello de vida iluminó el rostro de Mystery, aunque desapareció inmediatamente.

—En otro momento y en otro lugar, las cosas hubieran sido muy distintas —dijo mirándola al tiempo que arrugaba uno de los pañuelos de papel.

Su cuerpo, por lo general orgulloso y erguido, se encorvó sobre la silla como un macarrón reblandecido. Mystery bajó la mirada mientras seguía hablando.

—Sé exactamente lo que tendría que decir y hacer para que usted se sintiera atraída por mí. Está todo en mi cabeza. Cada regla. Cada paso. Cada palabra. Pero no puedo hacerlo; ya no.

La doctora asintió de forma mecánica.

—Tendría que verme cuando no estoy en este estado —continuó diciendo Mystery al tiempo que moqueaba—. He salido con algunas de las mujeres más bellas del mundo. Sí. Otro lugar, otro momento y usted hubiera sido mía.

—Sí. Claro que sí. —Asintió ella de forma paternalista.

Ella no lo sabía. ¿Cómo iba a saberlo? Pero aquel gigante llorón con el pañuelo arrugado entre las manos era un maestro de la seducción, un experto en el arte de la conquista, el mayor ligón del mundo. Eso no era algo debatible; era un hecho. Durante los últimos dos años, yo había conocido a los autoproclamados mejores ligones, y Mystery era el mejor de todos ellos. Conquistar a las mujeres era su afición, su pasión, su vocación.

Sólo había una persona viva que estuviera a su altura. Y ese hombre estaba sentado a su lado. Y era Mystery quien me había convertido en una superestrella. Juntos habíamos reinado en el mundo de la seducción, habíamos logrado conquistas imposibles ante las miradas atónitas de nuestros discípulos en Los Ángeles, Nueva York, Montreal, Londres, Melbourne, Belgrado, Odessa, y aun más allá.

Y ahora estábamos juntos en una casa de locos.

OS PRESENTO A STYLE

No soy muy atractivo. Tengo la nariz demasiado grande para mi rostro; destaca por su formidable caballete, aunque al menos no es aguileña. No estoy completamente calvo, pero si sólo dijera que mi cabello clarea tampoco estaría siendo fiel a la realidad. Lo cierto es que tan sólo tengo algunos mechones de fino cabello que me cubren la cabeza como endebles arbustos y a los que mimo diariamente con Rogaine. Mis ojos son demasiado pequeños, aunque es cierto que poseen un brillo animado; pero ése siempre será mi secreto, pues su destello no puede verse detrás de mis gafas. Tengo las sienes muy hundidas y, aunque a mí es algo que me complace, ya que creo que le da personalidad a mi rostro, nadie me ha piropeado nunca por ello. Soy más bajo de lo que me hubiera gustado ser, y estoy tan delgado que, por mucho que coma, la mayoría de la gente piensa que estoy desnutrido. Cuando me fijo en mi cuerpo, pálido y algo contrahecho, me sorprende que alguna mujer pueda querer tumbarse a mi lado, y mucho menos abrazarme. O sea que, para mí, conocer chicas no es algo que resulte fácil. No soy el tipo de hombre por el que las mujeres cuchichean en un bar ni el que quieren llevarse a casa cuando se emborrachan y tienen ganas de hacer una locura. No puedo ofrecerles mi fama para que alardeen, como hace una estrella de rock, ni cocaína y una mansión, como otros tantos hombres en Los Ángeles. Sólo tengo mi inteligencia, y eso es algo que, a primera vista, resulta difícil de apreciar.

Quizá hayáis advertido que no he dicho nada sobre mi personalidad. No lo he hecho porque mi personalidad ha cambiado por completo. O, hablando con más precisión, yo la he cambiado por completo. He inventado a Style, mi álter ego. Y, en dos años, Style ha llegado a ser más popular de lo que yo lo fui nunca; sobre todo con las mujeres.

Nunca pensé que caminaría por el mundo bajo una identidad inventada. De hecho, yo era feliz; conmigo mismo y con mi vida. Al menos, eso creía hasta que una inocente llamada telefónica (las cosas siempre empiezan así) me condujo hasta la comunidad *underground* más apasionante con la que me he topado en mis quince años como periodista. En este caso, quien me llamó fue Jeremie Ruby-Strauss, un editor que (aunque nunca tuvo ninguna relación con esta comunidad) había encontrado un documento en Internet que se llamaba *La guía del ligue*, que, según me dijo entonces Jeremie, resumía en ciento cincuenta excitantes páginas la sabiduría almacenada por decenas de artistas de la seducción que llevaban compartiendo sus conocimientos durante casi una década, trabajando en silencio con el fin de convertir el arte del ligue en una ciencia exacta. Jeremie quería que alguien reuniera toda aquella información en un libro coherente, y pensó que yo era la persona apropiada para hacerlo.

Yo no estaba tan seguro. Lo que me ha interesado siempre es la literatura, no dar consejos a adolescentes salidos. Pero, claro, le dije que le echaría un vistazo a esa guía.

Mi vida empezó a cambiar en cuanto leí las primeras líneas. *La guía del ligue* me abrió los ojos, más de lo que nunca lo había hecho ningún otro libro; ya fuera la Biblia, *Crimen y castigo* o *El placer de cocinar*. Pero no necesariamente por la información que contenía, sino por el camino hacia el que me había abierto las puertas.

Cuando pienso en mi adolescencia, hay una cosa de la que siempre me arrepiento, y no es de no haber estudiado lo suficiente, ni de haber sido desagradable con mi madre, ni tampoco de haber empotrado el coche de mi padre contra aquel autobús. No, de lo que me arrepiento es de no haber salido con más chicas. Soy un hombre profundo; cada tres años releo por placer el *Ulises* de James Joyce. Me considero una persona razonablemente intuitiva. En esencia, soy una buena persona, e intento evitar hacer daño a los demás. Pero paso demasiado tiempo pensando en las mujeres y me cuesta mucho alcanzar un nivel... menos espiritual en mis relaciones con ellas.

Y sé que no soy el único. Cuando lo conocí, Hugh Hefner ya tenía setenta y tres años. Y aunque, en sus propias palabras, se había acostado con más de mil mujeres, entre las cuales estaban algunas de las más hermosas del mundo, no dejaba de hablar de sus tres novias, Mandy, Brandy y Sandy, y de cómo, gracias a la Viagra, conseguía satisfacerlas a las tres (aunque

probablemente su dinero ya fuera suficiente satisfacción para ellas). Me dijo que la regla era que, si alguna vez deseaba acostarse con otra mujer, lo harían todos juntos. Yo saqué una cosa en claro de aquella conversación: a pesar de haberse acostado con todas las mujeres que había querido a lo largo de su vida, a los setenta y tres años, todavía quería acostarse con más. ¿Es que el deseo nunca se acaba? Si Hugh Hefner seguía deseando a las mujeres, ¿cuándo iba a dejar de hacerlo yo?

De no haberse cruzado en mi camino *La guía del ligue*, mis ideas sobre el sexo opuesto nunca habrían evolucionado y seguirían siendo las mismas que las de la mayoría de los hombres. Durante los años inmediatamente anteriores a mi adolescencia nunca jugué a los médicos con las chicas ni conocí a ninguna que me dejase verle las bragas a cambio de un dólar, ni tampoco le hice cosquillas a ninguna compañera de case en ninguna parte prohibida de su cuerpo. Durante la adolescencia, me pasé la mayor parte del tiempo castigado en mi cuarto, de tal manera que, cuando me surgió por primera vez la oportunidad de tener un encuentro sexual —una quinceañera borracha me llamó por teléfono para ofrecerme una mamada—, no me quedó más remedio que rechazarla ante la imposibilidad de eludir la vigilancia de mi madre. Fue en la universidad cuando empecé a salir del caparazón; ahí descubrí las cosas que realmente me interesaban y al grupo de amigos que me ayudarían a ensanchar mi mente a través de las drogas y la conversación. Pero nunca llegué a sentirme cómodo entre las mujeres; lo cierto es que me intimidaban. En cuatro años de universidad no me acosté con una sola chica.

Al acabar la universidad conseguí trabajo como periodista cultural en el *New York Times*, gracias al cual fui ganando confianza en mí mismo y en mis opiniones. Hasta que, con el tiempo, accedí a un mundo de privilegios donde se vivía al margen de las normas y me fui de gira con Marilyn Manson y con Mötley Crue para escribir sus biografías. Y, en todo ese tiempo, y a pesar de tener acceso privilegiado a los bastidores, no conseguí ni un solo beso que no fuera de Tommy Lee. Después de eso, lo cierto es que perdí casi cualquier esperanza. Había tipos que ligaban y tipos que no; estaba claro que yo pertenecía al segundo grupo.

El problema no era que nunca me hubiera acostado con nadie. El problema era que las pocas veces que lo había hecho había convertido un encuentro de una noche en una relación de dos años, pues no sabía cuándo volvería a conocer a otra chica.

En *La guía del ligue* usaban unas siglas para la gente como yo: TTF (típico tipo frustrado). Yo era un TTF. Al contrario que Dustin.

Conocí a Dustin el último año que estuve en la universidad. Era amigo de uno de mis compañeros de clase, Marko, un falso aristócrata serbio que, gracias a la forma de su cabeza, que recordaba a la de una sandía, había sido mi compañero de abstinencia sexual desde la guardería. Dustin no era ni más alto, ni más rico, ni más famoso, ni más guapo que Marko ni que yo, pero poseía una cualidad de la que nosotros carecíamos: atraía a las mujeres.

Cuando Marko me lo presentó no vi nada en él que fuese digno de resaltar. Era más bien bajo y de tez oscura y tenía el pelo castaño, largo y rizado. Llevaba puesta una camisa de gigoló de lo más hortera, desabrochada casi hasta el ombligo. Esa noche fuimos a una discoteca de Chicago que se llamaba Drink. Mientras dejábamos los abrigos en el guardarropa, Dustin nos preguntó:

—¿Sabéis si hay algún rincón oscuro en la discoteca?

Yo le pregunté para qué quería un rincón oscuro, y él me contestó que para llevarse a una chica. Arqueé las cejas con escepticismo. Pocos minutos después, Dustin empezó a intercambiar miradas con una chica de aspecto tímido que estaba hablando con otra chica. De repente, Dustin se acercó a ella y, apenas unos minutos después, la chica lo siguió hasta un rincón oscuro. Cuando se cansaron de meterse mano, se separaron en silencio, sin sentirse obligados a intercambiar números de teléfono, sin tan siquiera un avergonzado «hasta pronto».

Aquella noche, Dustin repitió aquella proeza, aparentemente milagrosa, hasta otras cuatro veces, abriéndome los ojos a una nueva realidad.

Estuve interrogándolo durante horas, intentando descubrir la naturaleza de sus poderes mágicos. Dustin tenía lo que suele llamarse un don natural. Había perdido la virginidad a los once años, cuando una vecina de trece se había servido de él como experimento sexual, y, desde entonces, no había dejado de experimentar. Una noche, lo llevé a una fiesta que daban en un barco fondeado en el East River de Nueva York. Al pasar a nuestro lado una chica de pelo castaño y ojos de cervatillo, Dustin se volvió hacia mí y me dijo:

—Te viene como anillo al dedo.

Como de costumbre, yo bajé la mirada al tiempo que negaba con la cabeza. Me asustaba la posibilidad de que Dustin me

hiciera hablar con ella, y eso fue exactamente lo que ocurrió.

—¿Conoces a Neil? —le preguntó cuando ella volvió a pasar a nuestro lado.

Era una forma bastante estúpida de romper el hielo, pero eso ya no importaba, pues el hielo estaba roto. Yo conseguí tartamudear algunas palabras, hasta que Dustin acudió en mi ayuda. Quedamos en vernos más tarde en un bar con ella y con su novio. Acababan de irse a vivir juntos. Su novio había traído con él al perro y, tras un par de copas, se fue a llevar al perro de vuelta a casa. La chica se quedó con nosotros.

Dustin sugirió que fuésemos a mi casa a cocinar un tentempié de madrugada. Fuimos andando a mi diminuto apartamento del East Village, pero al llegar, en vez de comer, caímos agotados en la cama, con Dustin a un lado de la chica, que se llamaba Paula, y yo al otro. Dustin empezó a besarla en la mejilla izquierda al tiempo que, con una señal, me indicaba que yo hiciera lo mismo en la mejilla derecha. Con movimientos sincronizados, fuimos descendiendo por su cuello, hasta llegar a sus senos. Aunque a mí no dejaba de sorprenderme la silenciosa docilidad de Paula, para Dustin aquello parecía lo más normal del mundo. De repente, se volvió hacia mí y me preguntó si tenía un condón. Le di uno. Él le quitó los pantalones a Paula y la penetró mientras yo seguía chupándole absurdamente el pecho derecho.

Ése era el don de Dustin: ofrecerles a las mujeres las fantasías que ellas pensaban que nunca llegarían a cumplir. Después de aquella noche, Paula me llamaba constantemente. Quería hablar sobre lo que había ocurrido, racionalizar su experiencia, porque no podía creer que hubiera hecho algo así. Así funcionaban siempre las cosas con Dustin: él se quedaba con la chica y yo con su culpa.

Yo lo achacaba a la mera existencia de personalidades distintas. Dustin gozaba de un encanto natural y de un instinto animal de los que yo, sencillamente, carecía. O al menos eso es lo que pensaba antes de leer *La guía del ligue* y de investigar las páginas web que ésta recomendaba. Lo que descubrí entonces fue una comunidad llena de Dustins —hombres que decían tener la clave para abrir el corazón y las piernas de una mujer— y otros muchos hombres que, como yo, intentaban descubrir sus secretos. La diferencia consistía en que los Dustins de esa comunidad habían diseccionado sus métodos de ligue en una serie de reglas y pasos específicos que cualquiera podía seguir. Y cada autoproclamado maestro de la seducción tenía las suyas.

Ahí oí hablar por primera vez de Mystery, un mago; de Ross Jeffries, un hipnotizador; de Rick H., un millonario; de David DeAngelo, un agente inmobiliario; de Juggler (1), un actor cómico; de David X, un obrero de la construcción, y de Steve P., un hombre con tal poder de seducción que las mujeres llegaban a pagarle para aprender a hacer mejores mamadas. Si los llevaras a South Beach, en Miami, los musculosos chicos de la playa enterrarían sus pálidas y demacradas caras en la arena. Pero si los llevaras después a un Starbucks, o a una discoteca, le robarían la novia en un abrir y cerrar de ojos a esos mismos musculitos.

Lo primero que cambió al descubrir aquel mundo fue mi vocabulario. Términos como TTF, MDLS (maestro de la seducción), sargear (ligar) y TB (tía buena) (2) pasaron a formar parte de mi vocabulario. Después cambiaron mis hábitos cotidianos al hacerme adicto a los foros virtuales de Internet creados por la Comunidad. Cada vez que volvía a casa después de una cita con una mujer, me sentaba frente al ordenador, me conectaba a algún foro y empezaba a hacer preguntas. «¿Qué hago si ella dice que tiene novio?» «Si come ajo en la cena, ¿significa que no tiene intención de besarme?» «¿Es buena o mala señal que se pinte los labios delante de mí?»

Recibía respuestas firmadas con nombres como Candor, Gunwitch (3) o Formhandle (4). (Las respuestas, de hecho, fueron: recurre al patrón para destrucción de novios; estás dándole demasiadas vueltas; ni lo uno ni lo otro.) No tardé en darme cuenta de que no estaba frente a un mero fenómeno de Internet, sino ante una forma de vida. En decenas de ciudades, desde Los Ángeles hasta Londres, desde Zagreb hasta Bombay, aspirantes a maestros de la seducción se reunían cada semana en lo que ellos llamaban capas para analizar distintas tácticas y estrategias antes de salir en busca de mujeres a las que llevarse a la cama.

Tal como yo lo veía, se me había concedido una segunda oportunidad a través de Jeremie Ruby-Strauss y de Internet; todavía estaba a tiempo de convertirme en Dustin, de convertirme en el tipo de hombre que toda mujer desea, no en el que

(1) *Juggler* significa «Malabarista». *(N. del t.)*

(2) En la página 515 se incluye un glosario con explicaciones detalladas de estos y otros términos de uso frecuente en la comunidad de la seducción.

(3) *Gunwitch* podría traducirse como «Bruja del rifle». *(N. del t.)*

(4) *Formhandle* podrñia traducirse como «Mango en forma». *(N. del t.)*

dice que desea, sino en el que realmente desea en lo más profundo de su ser, más allá de las convenciones sociales, en el lugar donde habitan sus fantasías.

Pero no podía hacerlo solo. Hablar con otros hombres en Internet no bastaría para acabar con toda una vida de fracasos. Debía conocer a las personas que había tras los nombres que aparecían en la pantalla del ordenador, ver cómo actuaban, descubrir quiénes eran realmente y cuáles eran sus motivaciones. Tenía que encontrar a los mejores seductores del mundo y conseguir que me dieran cobijo bajo sus alas; a partir de ese momento, ésa sería mi misión, mi ocupación a tiempo completo, mi obsesión.

Y así comenzaron los dos años más extraños de mi vida.

Paso 2: Aproxímate y aborda al objetivo

El primer problema, para todos nosotros, tanto hombres como mujeres, no es aprender, sino desprendernos de lo aprendido.

GLORIA STEINEM, discurso de graduación, Vassar College

CAPÍTULO 1

Saqué quinientos dólares del banco y los metí en un sobre en el que había escrito el nombre de Mystery. La verdad es que no fue el momento de mi vida del que me siento más orgulloso.

Y, aun así, llevaba cuatro días preparándome. Me había gastado doscientos dólares en ropa en Fred Segal, me había pasado una tarde entera buscando la colonia perfecta y me había gastado setenta y cinco dólares en un corte de pelo al mejor estilo de Hollywood. Quería tener buen aspecto; al fin y al cabo, iba a conocer a uno de los más importantes maestros de la seducción de la Comunidad.

Se llamaba Mystery, o al menos ése era el nombre que usaba en Internet. Era uno de los miembros más admirados de la Comunidad, un maestro de la seducción que proporcionaba largas y detalladas claves para manipular encuentros sociales con el fin de atraer a las mujeres. En Internet podían leerse detalladas crónicas de sus noches en Toronto, seduciendo a modelos y bailarinas de *striptease*. Eran narraciones llenas de términos de su propia invención: negas de francotirador, negas de escopeta, teoría de grupo, indicadores de interés, peonear; todos ellos términos que habían acabado por convertirse en parte esencial del léxico de cualquier maestro de la seducción. Durante cuatro años, Mystery había ofrecido sus consejos gratis en foros de seducción. Hasta que, un día, decidió ponerles precio a sus consejos y colgó el siguiente texto en Internet:

Dadas las numerosas peticiones, Mystery va a ofrecer talleres de adiestramiento básico en varias ciudades del mundo. El primer taller tendrá lugar en Los Ángeles. Empezará el miércoles, 10 de octubre, por la tarde y se prolongará hasta la noche del sábado. La matrícula, cuyo importe es de quinientos dólares, incluirá el

acceso a los locales nocturnos, transporte en limusina (no está mal, ¿verdad?), clases teóricas de una hora cada tarde, tres horas y media de clases prácticas (en dos locales nocturnos diferentes cada noche) y media hora de repaso teórico. Al acabar el adiestramiento básico, cada alumno habrá abordado aproximadamente a cincuenta mujeres.

La decisión de apuntarse a un taller para aprender a ligar no resulta nada fácil, pues antes es necesario que reconozcas tu fracaso, tu inferioridad, tu torpeza; tienes que afrontar el hecho de que, después de todos estos años de actividad sexual (o al menos de capacidad sexual), realmente sigues sin entender a las mujeres. Aquellos que piden ayuda suelen ser aquellos que han fracasado; igual que los drogadictos van a centros de rehabilitación y los alcohólicos recurren a Alcohólicos Anónimos, los incapaces sociales van a talleres para aprender a ligar.

De ahí que pueda decir que mandarle el correo electrónico a Mystery fue una de las cosas más difíciles que había hecho en toda mi vida. Si alguien —un amigo, algún miembro de mi familia, algún compañero de trabajo o, todavía peor, mi única ex novia en Los Ángeles— llegaba a enterarse de que estaba pagando para que me enseñaran a ligar, las burlas de las que sería objeto no tendrían ni límite ni piedad. Así que lo mantuve en secreto, inventándome la excusa de que iba a pasar el fin de semana con un amigo que vivía fuera de la ciudad.

Había decidido que mantendría separadas mis dos vidas.

En el correo electrónico que le escribí a Mystery no mencionaba ni mi apellido ni mi profesión. Si me preguntaba, le diría sencillamente que me dedicaba a escribir, sin entrar en más detalles. Quería adentrarme en esa subcultura de forma anónima, sin que el hecho de que fuese periodista supusiera ni una ventaja ni un factor añadido de presión.

Y, aun así, todavía debía enfrentarme a mi propia conciencia, pues se trataba, sin ningún género de dudas, de la cosa más patética que había hecho en toda mi vida. Y no sólo eso, sino que, además, era algo que iba a hacer en público; y eso era muy distinto de masturbarme en la ducha. No, en esta ocasión, Mystery y los demás estudiantes serían testigos de mi incapacidad, de mi torpeza.

Dos son los instintos primarios masculinos de un hombre durante los primeros años de su vida: el deseo de triunfar, de tener éxito, de obtener poder, y el anhelo sexual, de amor y compañía. Así pues, la mitad de mi vida era un fracaso, y al presentarme ante Mystery estaba reconociendo que sólo era un hombre a medias.

CAPÍTULO 2

Una semana después entré en el vestíbulo del hotel Hollywood Roosevelt. Llevaba puestos un jersey azul de una lana tan fina y tan suave que parecía algodón, pantalones negros con unas finas cintas de seda negra en los laterales y unos zapatos que me hacían unos cinco centímetros más alto. En los bolsillos llevaba el material que Mystery había insistido en que ningún estudiante debía olvidar: un bolígrafo, un pequeño cuaderno, un paquete de chicles y condones.

Vi a Mystery en cuanto entré. Estaba sentado como un rey en una butaca de estilo victoriano, con una gran sonrisa en los labios; como si acabara de levantar mas pesas que nadie en el gimnasio. Llevaba un traje informal, entre negro y azul, y las uñas pintadas de negro. Un afilado *piercing* de metal colgaba de su labio. No era un hombre necesariamente atractivo, pero desde luego resultaba carismático. Era alto y delgado y tenía una larga melena castaña, los pómulos marcados y una extrema palidez. Parecía un empollón a medio camino de su transformación tras ser mordido por un vampiro.

Lo acompañaba un personaje de menor estatura y mirada intensa que se presentó como Sin (1), la mano derecha de Mystery. Llevaba una ajustada camisa negra de cuello muy ceñido y se había engominado y peinado el pelo, teñido de negro azabache, hacia atrás. Por el color de su tez, supuse que en realidad debía de ser pelirrojo.

Yo era el primer estudiante en llegar.

—¿Qué puntuación tienes? —me preguntó Sin, inclinándose hacia mí mientras yo me sentaba. Acababa de llegar y ya me

(1) *Sin* significa «Pecado» *(N. del t.)*

estaban midiendo, intentando averiguar si yo tenía eso que llamaban *juego*.

—¿Puntuación? No te entiendo.

—¿Con cuántas chicas has estado?

—No sé... Unas siete —respondí.

—¿*Unas* siete? —me presionó Sin.

—Seis —confesé yo.

Sin tenía una puntuación de unas sesenta y Mystery había estado con cientos de mujeres. Los observé con abierta admiración; ésos eran los maestros de la seducción cuyas hazañas había seguido con tanta avidez por Internet durante los últimos meses. Para mí, eran una especie aparte; tenían la píldora mágica, la solución a la inercia de frustración que había infectado a los grandes personajes literarios con los que yo me había sentido identificado toda mi vida; ya fuera Leopold Bloom, Alex Portnoy o el cerdito Piglet, de *Winnie the Pooh*.

Mientras esperábamos a los demás estudiantes, Mystery dejó caer un sobre lleno de fotos sobre mis rodillas.

—Éstas son algunas de las mujeres con las que me he acostado —me dijo.

Las fotos eran una espectacular selección de hermosas mujeres: un primer plano del rostro de una actriz japonesa; una foto publicitaria autografiada de una castaña cuyo parecido con Liv Tyler resultaba asombroso; una brillante foto de la chica del año de la revista *Penthouse*; una instantánea de una *stripper* de pronunciadas curvas vestida tan sólo con un negligé a la que Mystery describió como su novia, Patricia, y la foto de una castaña con grandes pechos de silicona que Mystery chupaba sin ningún recato en una discoteca. Ésas eran sus credenciales.

—No le miré las tetas en toda la noche. Así fue cómo conseguí meterme entre ellas —me explicó cuando le pregunté por la última foto—. Un maestro de la seducción tiene que ser siempre la excepción a la regla. Nunca hagas lo que hacen los demás. Nunca.

Yo lo escuché con atención. Quería asegurarme de que cada una de sus palabras quedaba grabada en mi cerebro. Ésa era una ocasión especial; el otro maestro seductor que ofrecía talleres era Ross Jeffries, de quien podía decirse que había fundado la Comunidad a finales de la década de los ochenta. Pero hoy, por primera vez, los aspirantes a maestros de la seducción íbamos a abandonar la seguridad del ordenador; íbamos a salir a todo tipo de locales nocturnos, donde seríamos

aleccionados en vivo sobre nuestros torpes intentos de seducción.

Al cabo de unos minutos llegó un segundo estudiante, que se presentó como Extramask (2). Se trataba de un chico alto y delgado de unos veinticinco años con un corte de pelo estilo tazón, mirada traviesa, ropa demasiado holgada y unos rasgos faciales apuestamente cincelados. Con otro corte de pelo y otra ropa podría haber sido un chico realmente apuesto.

Cuando Sin le preguntó por su puntuación, Extramask se rascó la cabeza con incomodidad.

—No tengo ninguna experiencia con chicas —explicó—. Ni siquiera he besado a una.

—Nos estás tomando el pelo ¿no? —le dijo Sin.

—Ni siquiera he cogido a una chica de la mano. Crecí en un ambiente muy protegido. Mis padres eran católicos muy estrictos y todo lo relacionado con las chicas me ha hecho sentir siempre muy culpable. Pero he tenido tres novias —continuó diciendo.

Bajó la mirada y se frotó las rodillas, trazando círculos con nerviosismo, al tiempo que decía sus nombres; aunque nadie se lo había pedido. Primero conoció a Mitzelle, que cortó con él a los siete días. Después estuvo Claire, que le dijo que había cometido un error a los dos días de salir con él.

—Y, por último, Carolina; mi dulce Carolina —dijo Extramask, al tiempo que sus labios dibujaban una sonrisa soñadora—. Estuvimos juntos un día. Al día siguiente vino andando a mi casa con una amiga. Yo me alegré tanto de volver a verla. «Quiero que cortemos», me gritó cuando me acerqué a ella.

Al parecer, todas esas relaciones tuvieron lugar en sexto de primaria. Extramask agitó la cabeza con tristeza. Yo me pregunté si se daría cuenta de lo graciosa que resultaba su historia.

El próximo en llegar fue un hombre de unos cuarenta años, moreno y con poco pelo, que había viajado desde Australia exclusivamente para asistir al taller de Mystery. Lucía un Rolex de diez mil dólares en la muñeca, tenía un acento encantador y llevaba uno de los jerséis más feos que yo había visto en mi vida; una gruesa monstruosidad tejida con finos cables de plástico de colores que parecía consecuencia de un accidente artístico. Apestaba a dinero. Y, aun así, en cuanto abrió la boca para dar su puntuación (cinco) entendimos cuál era el problema. La voz le temblaba; no era capaz de mirar a nadie a los ojos. Además,

(2) *Extramask* podría traducirse como «Máscara extra». *(N. del t.)*

había algo patético e infantil en su manera de comportarse. Al igual que su jersey, su aspecto era algo accidental que nada tenía que ver con su verdadera naturaleza.

Se mostró reacio a compartir siquiera su nombre de pila, por lo que Mystery lo bautizó como Sweater (3).

Extramask, Sweater y yo éramos los únicos que nos habíamos apuntado al taller.

—Está bien —dijo Mystery al tiempo que daba una palmada—. Tenemos mucho que hacer. —Se acercó un poco más a nosotros, para que nadie más pudiera oírlo en el vestíbulo—. Mi trabajo consiste en que consigáis entrar en el juego; convertiros en maestros de la seducción —continuó diciendo al tiempo que sus ojos se clavaban sucesivamente en cada uno de nosotros—. Tengo que conseguir que lo que guardo en mi cabeza pase a las vuestras. Para empezar, quiero que imaginéis esta noche como si fuese algo virtual. Nada es real. Cada vez que hagáis una aproximación, será como si lo estuvierais haciendo con un videojuego.

El corazón empezó a latirme con violencia. La idea de intentar entablar una conversación con una desconocida bastaba para paralizarme, especialmente con aquellos cuatro tipos observándome, juzgando cada uno de mis movimientos. Comparado con esto, el puenting y el paracaidismo eran un juego de niños.

—Si no controláis vuestras emociones, lo más normal es que éstas se interpongan en vuestro camino —continuó diciendo Mystery—. Vuestras emociones están ahí para intentar confundiros, así que tenéis que saber que no podéis confiar en ellas. En ocasiones sentiréis vergüenza. Os sentiréis cohibidos. Y tendréis que aprender a enfrentaros a esos sentimientos como si fuesen una china en un zapato. Aunque resulte incómoda, basta con ignorar su presencia; esos sentimientos no forman parte de la ecuación.

Yo miré a mi alrededor. Extramask y Sweater parecían sentirse tan incómodos como yo.

—Tengo cuatro días para enseñaros la secuencia de pasos que necesitáis seguir para triunfar —continuó diciendo Mystery—. Tendréis que jugar la misma partida una y otra vez. Para triunfar, primero debéis aprender de los fracasos.

Mystery pidió un Sprite y cinco rodajas de limón. Después empezó a contar su historia. Su tono de voz era tranquilo y so-

(3) *Sweater* significa «Jersey». *(N. del t.)*

noro; modulado, según él, imitando el del popular orador Anthony Robbins (4). Todo en Mystery parecía el resultado de una imitación consciente y ensayada.

Desde que, a los once años, averiguó el secreto de un truco de naipes, Mystery había querido convertirse en un mago famoso, como David Copperfield. Pasó años estudiando y practicando sus habilidades en fiestas de empresa, cumpleaños, e incluso en algunos programas de televisión. Pero todo ello afectó negativamente su vida social y, al cumplir los veinte años sin haberse acostado con ninguna mujer, decidió que había llegado el momento de hacer algo al respecto.

—La mente de las mujeres es uno de los mayores enigmas del mundo —nos dijo Mystery—. Y, cuando cumplí veinte años, decidí resolver ese misterio.

Para hacerlo, todas las tardes había cogido un autobús hasta el centro de Toronto para ir a bares, a tiendas de ropa, a restaurantes y a cafés. Al desconocer la existencia de la Comunidad y de los maestros de la seducción, se había visto obligado a trabajar solo, recurriendo a la habilidad que mejor dominaba: la magia. Había ido al centro de la ciudad decenas de veces antes de conseguir reunir el valor suficiente como para abordar a una desconocida. A partir de ese momento, se había enfrentado una y otra vez al fracaso, al rechazo y la vergüenza, al tiempo que, pieza a pieza, había conseguido descifrar el juego, el rompecabezas de las dinámicas y los convencionalismos sociales que subyacen en toda relación entre un hombre y una mujer.

—Tardé diez años en descubrir el formato básico —nos dijo—. Yo lo llamo EAAC: encuentra, aborda, atrae y cierra. Es un juego lineal, aunque haya mucha gente que no lo sepa.

Durante la siguiente media hora, Mystery nos habló de lo que él denominaba teoría de grupo.

—He repetido los pasos un millón de veces —declaró—. Nunca hay que abordar a una chica cuando está sola; entre otras muchas razones, porque las mujeres guapas casi nunca están solas.

A continuación nos dijo que, al acercarse a un grupo, la clave estaba en ignorar a la mujer que se desea y ganarse a quienes la acompañan; especialmente a los hombres que haya en el grupo. Si la mujer es atractiva, estará acostumbrada a que los hombres caigan a sus pies, así que, para llamar su atención, un

(4) Famoso *coacher* estadounidense que ha asesorado a numerosos presidentes de su país. (N. del t.)

maestro de la seducción aparentará indiferencia. Esto se lograba mediante lo que Mystery llamaba un nega.

Ni insulto ni elogio, un nega es algo intermedio, algo así como un insulto accidental o un elogio envenenado. El propósito de un nega consiste en hacer disminuir la autoestima de una mujer demostrando falta de interés hacia ella de forma activa; por ejemplo, diciéndole que tiene los dientes manchados de barra de labios u ofreciéndole un chicle cuando ella empieza a hablar.

—Yo nunca ignoro a las mujeres feas —nos contó Mystery con los ojos brillantes a causa de su absoluta confianza en su método—. Tampoco discrimino a los hombres. Sólo ignoro a las mujeres con las que quiero acostarme. Y si no me creéis, esperad y ya lo veréis esta noche. Esta noche empezaremos con los ejercicios prácticos. Primero, os demostraré lo que tenéis que hacer, y después seréis vosotros quienes intentaréis entrar en el juego. Si hacéis lo que os digo, mañana tan sólo os harán falta quince minutos para besar a una chica.

Mystery se volvió hacia Extramask.

—Dime los cinco rasgos característicos de un macho alfa.

—¿Confianza en sí mismo?

—Muy bien. ¿Qué mas?

—¿Fuerza?

—No.

—¿Olor corporal?

Mystery se volvió hacia Sweater y, después, hacia mí. Pero nosotros tampoco sabíamos la respuesta.

—Lo primero que caracteriza a un macho alfa es la sonrisa —dijo Mystery—, una sonrisa radiante. Debéis sonreír siempre que entréis en un espacio nuevo. Sonriendo transmitiréis la sensación de que domináis la situación, de que sois divertidos y de que sois alguien.

Hizo un gesto en dirección a Sweater.

—Cuando has entrado no has sonreído; ni siquiera has sonreído al saludarnos.

—Nunca lo hago —repuso Sweater—. Sonreír es de tontos.

—Si sigues haciendo lo que has hecho siempre, ligarás tanto como hasta ahora. Se llama el método de Mystery porque yo me llamo Mystery y porque éste es mi método. Lo que te pido es que, durante los próximos cuatro días, hagas caso de lo que yo te diga y te abras a nuevas posibilidades. Si lo haces, te aseguro que notarás la diferencia.

Mystery nos enseñó que, además de la seguridad en uno

mismo y de una radiante sonrisa, los rasgos característicos de un macho alfa eran un aspecto cuidado, el sentido del humor, la sociabilidad y la capacidad de convertirse en el centro de atención. Nadie se molestó en decirle a Mystery que, de hecho, eran seis rasgos y no cinco.

Mientras escuchaba cómo Mystery seguía diseccionando a los machos alfa, caí en algo en lo que nunca había pensado: si Sweater, Extramask y yo estábamos allí era porque nuestros padres y nuestros amigos nos habían fallado; no nos habían proporcionado las herramientas que necesitábamos para convertirnos en criaturas sociales eficaces. Ahora, décadas después, había llegado el momento de adquirir esas herramientas.

Mystery rodeó la mesa mirándonos fijamente a cada uno.

—¿Qué tipo de mujeres te gustan? ¿Cuáles son tus objetivos? —le preguntó a Sweater.

Sweater se sacó un trozo de papel cuidadosamente doblado del bolsillo.

—Anoche escribí una lista de objetivos —dijo al tiempo que abría el papel, en el que podían verse cuatro columnas numeradas—. Mi primer objetivo es encontrar a una mujer con la que casarme. Tiene que ser lo suficientemente inteligente como para valérselas por sí misma en cualquier conversación, y debe tener suficiente estilo y ser lo suficientemente hermosa como para que la gente se vuelva a mirarla cuando entre en una sala.

—¿Te has mirado últimamente al espejo? —le preguntó entonces Mystery—. Tu aspecto, en el mejor de los casos, es del montón. Muchos hombres creen que si adoptan una imagen neutra podrán seducir a todo tipo de mujeres. Pues no es verdad. Hay que especializarse. Con un aspecto del montón sólo te vas a juntar con mujeres del montón. Esos pantalones de pinzas están bien para ir al trabajo, pero no valen para salir de noche. Y ese jersey que llevas... Quémalo. Tienes que estar por encima de los demás. Si quieres a una mujer diez tiene que aprender la teoría del pavoneo.

A Mystery le encantaban las teorías. Según la teoría del pavoneo, para atraer a la hembra más deseable es necesario destacar entre los demás. Según Mystery, en el caso de los humanos, el equivalente a las vistosas plumas de la cola abierta de un pavo son una camisa con brillo, un sombrero llamativo y joyas que reluzcan en la oscuridad; básicamente, todo aquello que yo había tachado siempre de hortera.

Cuando llegó mi turno, Mystery me obsequió con una larga lista de sugerencias: que me deshiciera de las gafas, que me re-

cortara la perilla, que me afeitara la cabeza, que vistiese de forma más vistosa, que me comprara pulseras y cadenas y, en general, que me pusiera las pilas.

Yo apunté cada palabra. Estaba ante una persona que pasaba cada segundo de su vida pensando en ligar; como un científico loco que busca la fórmula de un combustible que no responda a las leyes de la gravedad. Tenía archivadas en su ordenador más de dos mil quinientas páginas sobre el arte de la seducción.

—Tengo una frase de entrada para ti —me dijo. (Una frase de entrada es un guión preparado de antemano para entablar una conversación con un grupo de desconocidos; es lo primero con lo que debe contar cualquiera que desee abordar a una mujer)—. Cuando veas a un objetivo entre un grupo de amigos, acércate y di: «Parece que la fiesta se ha acabado.» Después, vuélvete hacia la chica que te interesa y dile: «Si no fuera gay, te aseguro que serías mía.»

La sola idea bastó para hacer que me ardieran las mejillas.

—¿Lo dices en serio? —pregunté—. No veo cómo iba a ayudarme eso.

—Una vez que ella se sienta atraída por ti, da igual lo que puedas haber dicho antes.

—Pero estaría mintiendo.

—Eso no es mentir. Se llama ligar.

A continuación, Mystery nos ofreció otras posibles frases de entrada; preguntas inocentes, y al mismo tiempo intrigantes, como: «¿Crees en la magia?» o «Dios mío, ¿has visto a esas dos chicas peleándose fuera?». No eran frases espectaculares. Tampoco eran sofisticadas. Tan sólo eran una manera de entablar una conversación.

Según nos explicó Mystery, el objetivo de su método consistía en ser detectado por el radar de la chica.

—No abordéis nunca a una mujer con proposiciones sexuales. Primero conocedla y después dejad que sea ella quien luche por conseguir vuestra atención. Un TTF ataca inmediatamente —declaró al tiempo que empezaba a caminar hacia la puerta del vestíbulo—. Un profesional espera entre ocho y diez minutos antes de abordar a la chica.

Armados con nuestros negas, nuestra teoría de grupo y nuestras frases de entrada, estábamos listos para la noche.

CAPÍTULO 3

Subimos a la limusina, que nos llevó al Standard Lounge, una discoteca de moda en la planta baja de un hotel, cuya entrada estaba protegida por un portero y una cadena forrada de terciopelo. Fue allí donde Mystery hizo trizas todas mis ideas preconcebidas sobre las relaciones humanas. Los límites que siempre le había supuesto a la interacción entre seres humanos fueron ampliados hasta alcanzar límites insospechables para mí; aquel hombre era una máquina.

El Standard Lounge estaba muerto cuando entramos. Habíamos llegado demasiado pronto. Tan sólo había dos grupos de personas: una pareja cerca de la entrada y cuatro personas en una esquina. Yo estaba listo para darme la vuelta y volver a salir del local cuando vi a Mystery acercarse al grupo de la esquina. Dos hombres se sentaban en un sofá, separados de dos mujeres por una pequeña mesa de cristal. Uno de los hombres era Scott Baio, el actor que debe su fama al papel interpretado en la comedia televisiva «Happy Days». Una de las chicas era castaña. La otra, una rubia de bote, parecía salida de una página de la revista *Maxim*: sus dos pechos operados levantaban una pequeña camiseta blanca, dejando que la parte inferior de la tela flotara en el aire, justo encima de una tripa endurecida por fatigosas sesiones de gimnasio. Era la cita de Scott Baio, pero, también, era el objetivo de Mystery. Me di cuenta al ver que no hablaba con ella. Al contrario, Mystery le daba la espalda mientras le enseñaba algo a Scott Baio y a su amigo, un hombre moreno y bien vestido de unos treinta y cinco años que, por su aspecto, supuse que olería a after shave. Decidí acercarme un poco.

—Ten cuidado con eso —le oí decir a Baio—. Me ha costado cuarenta mil dólares.

Mystery, que tenía el reloj de Baio en la mano, lo colocó cuidadosamente sobre la mesa.

—Ahora mirad esto —les ordenó—. Endurezco los músculos del estómago, aumentando el flujo de oxígeno que llega a mi cerebro y...

Movió las manos sobre el reloj hasta que el segundero se detuvo. Esperó quince segundos, volvió a moverlas y las manecillas del reloj volvieron a latir; al igual que el corazón de Baio. Todos aplaudieron con entusiasmo.

—¡Haz otro truco! —le pidió la rubia.

Mystery se deshizo de ella con un nega.

—¡Qué exigente! —dijo, volviéndose hacia Baio—. ¿Se comporta siempre así?

Mystery nos estaba obsequiando con un ejemplo práctico de su teoría de grupo. Cuanto más insistía en ignorarla, más clamaba por su atención la rubia.

—No suelo salir de noche —le oí decir a Baio—. Es algo que ya tengo superado. Además, ya estoy viejo para salir de noche.

Estaban a punto de cumplirse los diez minutos de rigor cuando finalmente Mystery se dirigió a la rubia. Extendió los brazos y, en cuanto ella apoyó las manos sobre las suyas, empezó a leerle el pensamiento. Estaba empleando una técnica sobre la que yo ya había oído hablar. Se llamaba lectura en frío y consistía en decir generalidades sobre alguien sin ningún conocimiento previo de su vida. En el campo de batalla, cualquier conocimiento —por esotérico que sea— puede convertirse en una ventaja.

Con cada nueva afirmación de Mystery, la rubia abría más la boca, hasta que fue ella quien empezó a preguntarle a él por su trabajo y por sus habilidades psíquicas. Las respuestas de Mystery hacían hincapié en su juventud y su entusiasmo, en su gusto por esa buna vida que Baio decía haber dejado atrás.

—Me siento tan viejo —comentó Mystery, tendiendo el anzuelo.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintisiete.

—Eso no es ser viejo —protestó ella—. Veintisiete años es la edad perfecta.

Misión cumplida.

Mystery me pidió que me acercara con un gesto de la mano. Al hacerlo, me susurró al oído que hablara con Baio y con su amigo. Quería que los mantuviera ocupados mientras él se le insinuaba a la chica. Ésa fue la primera vez que hice de ala, un

término que Mystery había copiado de *Top gun*, al igual que objetivo y obstáculo.

Lo hice lo mejor que pude, pero Baio no dejaba de mirar a Mystery y a su cita.

—Que alguien me diga que estoy viendo visiones —dijo finalmente con nerviosismo—. Porque me da la sensación de que ese mago está intentando robarme a la chica.

Diez largos minutos después, Mystery se levantó, me rodeó los hombros con el brazo y salimos del local. Una vez en la calle, se sacó una servilleta de papel del bolsillo de la americana; era el número de teléfono de la rubia.

—¿Te has fijado en ella? —me preguntó Mystery—. Es por chicas como ella por lo que estoy metido en el juego. Esta noche he usado todos los trucos que he aprendido durante la última década. Y han funcionado a la perfección. —Mystery estaba radiante; emanaba satisfacción—. ¿Qué te ha parecido la demostración?

Mystery acababa de robarle la chica a un famoso y lo había hecho delante de sus propias narices; así de sencillo. Ésa era una gesta que ni siquiera Dustin hubiera sido capaz de lograr. Desde luego, Mystery era el número uno.

Mientras la limusina nos llevaba al Key Club, Mystery nos enseñó el primer mandamiento de la seducción: la regla de los tres segundos. Tras localizar al objetivo, un hombre dispone de tres segundos para abordarlo. Si tarda más, la chica probablemente pensará que es un pesado que lleva mirándola demasiado tiempo y, además, el hombre empezará a ponerse nervioso, le dará demasiadas vueltas a su técnica de aproximación y acabará por estropearlo todo.

Y Mystery puso en práctica la regla de los tres segundos en cuanto entramos en el Key Club. Se acercó a un grupo de mujeres, extendió las manos y preguntó:

—¿Qué os parecen? No las manos, que ya sé que son demasiado grandes; hablo de las uñas pintadas de negro.

Mientras las chicas formaban un círculo a su alrededor, Sin me separó de los demás y me sugirió que me diera una vuelta por el local e intentase mi primera aproximación. Yo traté de decirle algo a un grupo de chicas que pasaba a nuestro lado, pero la palabra «hola» apenas si consiguió salir de mi garganta. Las seguí y le toqué el hombro a la más rezagada. La chica se dio la vuelta, sorprendida, y me miró como si yo fuese un error de la naturaleza; precisamente la razón por la que siempre me había dado miedo la idea de hablar con una desconocida.

—No abordes nunca a una mujer desde atrás —me recriminó Sin con su voz cavernosa—. Acércate siempre por delante, con un pequeño ángulo, para que el encuentro no resulte demasiado directo. Háblale por encima del hombro, como si fueses a marcharte en cualquier momento. ¿Te acuerdas de Robert Redford en *El hombre que susurraba a los caballos*? Es algo así.

Al cabo de unos minutos vi a una chica que parecía llevar alguna copa de más. Llevaba un chaleco de guata rosa y el pelo, largo y rubio, le caía despeinado sobre los hombros. Pensé que era la oportunidad perfecta para redimirme. Siguiendo el ángulo que dibujan las manecillas del reloj a las diez, caminé hasta situarme frente a ella. Imaginándome que me aproximaba a un caballo al que no quería asustar, le hablé casi en un susurro.

—¿Has visto a esas dos chicas peleándose ahí fuera? —le dije.

—No —contestó ella—. ¿Qué ha pasado?

Parecía interesada. Y me estaba hablando. Eso funcionaba.

—Eh... Dos chicas. Se estaban peleando por un tipo pequeñín que medía la mitad que ellas. Y él estaba ahí, riéndose sin hacer nada. Al final ha llegado la policía y las ha arrestado.

Ella se rió. Hablamos sobre la discoteca y sobre el grupo que tocaba esa noche. Era una chica muy agradable; de hecho, hasta parecía agradecer la conversación. Yo no podía creerlo. Nunca hubiera imaginado que abordar a una mujer pudiera resultar tan sencillo.

Sin se acercó lentamente a mí.

—Ahora, intenta un quine —me susurró al oído.

—No te entiendo. ¿Qué es un quine? —le pregunté.

—¿Quine? —dijo la chica.

Sin me cogió un brazo y lo colocó sobre el hombro de la chica.

—Un quine es un contacto físico —volvió a susurrarme al oído.

Al notar el calor de su cuerpo, recordé cuánto me agrada el contacto humano. A las mascotas les gusta que las acaricien; no hay nada libidinoso en que un perro o un gato te pida que lo acaricies. Y los seres humanos somos iguales. Necesitamos ese calor. Pero estamos tan obsesionados por el sexo que nos ponemos nerviosos y nos sentimos incómodos cuando alguien nos toca. Y, desgraciadamente, yo no soy ninguna excepción. Mientras hablábamos, yo no dejaba de pensar en mi mano, inmóvil, sobre su hombro. Era como una extremidad sin vida. Me imaginé a la chica preguntándose qué hacía esa mano sobre su

hombro, buscando una manera elegante de deshacerse de ella. Así que le hice el favor de quitarla yo mismo.

—Aíslala —volvió a susurrarme Sin.

Le sugerí a la chica que nos sentásemos. Sin nos siguió y se sentó a nuestra espalda. Tal y como me habían enseñado, yo le pregunté a la chica qué cualidades le parecían más atractivas en un hombre. Ella me dijo que el sentido del humor y un buen culo.

Afortunadamente, yo poseo una de esas cualidades.

De repente, volví a notar el aliento de Sin en la oreja.

—Huélele el pelo —me dijo.

Yo le olí el cabello, aunque no acababa de entender por qué; supuse que Sin quería que utilizara un nega, así que le dije a la chica que el pelo le olía a humo.

—¡Noooo! —siseó Sin.

Al parecer, no era eso lo que tenía que hacer.

Ella parecía molesta. Volví a olerle el cabello, intentando recuperar el terreno perdido.

—Pero debajo noto un aroma embriagador.

Ella volvió la cabeza y frunció ligeramente el ceño al tiempo que me miraba fijamente.

—Eres un poco raro —me dijo tras un largo silencio.

Afortunadamente, en ese momento llegó Mystery.

—Este local está muerto —dijo—. Vamos a otro sitio con más marcha.

A ojos de Mystery y de Sin, aquellos locales nocturnos no parecían pertenecer al mundo real. Nos susurraban al oído mientras intentábamos hablar con una mujer, haciendo uso de todo tipo de términos de seducción, incluso nos interrumpían en pleno ejercicio para explicarnos lo que estábamos haciendo mal, como si eso fuese lo más normal del mundo. Su seguridad en sí mismos era tal y sus instrucciones estaban tan llenas de términos incomprensibles que las mujeres aceptaban su presencia con toda naturalidad, sin sospechar que estaban siendo utilizadas para adiestrar a los futuros maestros de la seducción.

Me despedí de mi nueva amiga tal y como Sin me había indicado que lo hiciera.

—¿Un beso de despedida? —le dije, señalándome una mejilla, y ella me besó en la otra. Me sentí muy alfa.

Antes de irnos, al entrar en el cuarto de baño, me encontré a Extramask de pie, enroscándose un mechón de pelo en un dedo.

—¿Pasa algo? —le pregunté.

—No... —me contestó él con nerviosismo—. Nada.

Permanecí unos instantes en silencio, interrogándolo con la mirada.

—¿Puedo decirte algo? —me preguntó él.

—Claro.

—Me cuesta mucho mear cuando hay alguien cerca de mí. Incluso cuando ya estoy meando... Si aparece alguien, me paro y me quedo ahí quieto, sin saber qué hacer. ¡Es una mierda!

—No tienes por qué ponerte nervioso —le dije yo—. Nadie te va a juzgar.

—Una vez, hará un año más o menos, un tío y yo estábamos intentando mear en dos urinarios pegados y ninguno de los dos lo conseguíamos. Estuvimos ahí quietos más de dos minutos. Hasta que, al final, yo me abroché la bragueta y me fui. Ahora que lo pienso —continuó diciendo tras un breve silencio—, el tío nunca me dio las gracias.

Yo asentí, me acerqué al urinario y descargué con una absoluta falta de pudor. En comparación con él, yo iba a ser un alumno fácil para Mystery.

Extramask todavía seguía en el mismo sitio cuando fui a lavarme las manos.

—Siempre me han gustado esos paneles que dividen los retretes en algunos servicios públicos —me dijo—, pero sólo los hay en los sitios caros.

CAPÍTULO 4

Yo estaba exultante.

—¿Qué crees que habría hecho ella si hubiera intentado besarla? —le pregunté a Mystery en la limusina, de camino a la siguiente discoteca.

—Cuando te sorprendas a ti mismo preguntándote si deberías besarla es que ha llegado el momento de hacerlo —me contestó él—. Imagina que tu cabeza es una caja de cambios. Lo que tienes que hacer entonces es acelerar, cambiar de marcha. Por ejemplo, le dices a la chica que acabas de darte cuenta de que tiene una piel preciosa y le acaricias el hombro.

—Pero ¿cómo puedo estar seguro de que ha llegado ese momento?

—Lo que hago yo es buscar un IDI. Un IDI es un indicador de interés. Que te pregunte tu nombre es un IDI, que te pregunte si tienes pareja es un IDI. Que te apriete la mano cuando se la coges es un IDI. Y, en cuanto consigo tres IDI, cambio de marcha. Ni siquiera pienso en ello. Sencillamente lo hago, como si fuese un ordenador.

—Pero ¿cómo lo haces? ¿La besas directamente? —preguntó Sweater.

—Sencillamente, le pregunto si quiere darme un beso.

—Y, ¿entonces?

—Entonces, una de tres —dijo Mystery—. Si ella te dice que sí, la besas; aunque eso es algo que no suele ocurrir. Si ella duda o dice que no está segura, entonces tú le dices «pues averigüémoslo», y la besas. Y si te dice que no, le contestas que te alegras, porque no tenías intención de dejarle hacerlo; le dices que, sencillamente, te había dado la impresión de que quería besarte.

—¿Entiendes lo que digo? —sonrió Mystery—. No tienes

nada que perder. Está todo estudiado. Nunca falla. Ésa es la táctica del final con beso de Mystery.

Yo me apresuré a apuntar cada palabra de la táctica de Mystery en mi cuaderno. Nadie me había explicado nunca cómo besar a una chica; era una de esas cosas que se suponía que los hombres sabían hacer de forma innata, como afeitarse o arreglar un coche.

Mientras escuchaba a Mystery, sentado en la limusina, con el cuaderno sobre las rodillas, me pregunté a mí mismo qué hacía realmente allí. La gente normal no se apuntaba a talleres para aprender a ligar. Y lo que era aún peor, me pregunté por qué me importaba tanto el hecho de conseguir aprender, a qué se debía esa obsesión mía por la Comunidad y por sus extravagantes miembros.

Puede que fuese porque ésa era la única faceta de mi vida en la que me sentía absolutamente fracasado. Cada vez que entraba en un bar, veía mi fracaso reflejado en unos ojos con rímel y en una sonrisa con lápiz de labios. La combinación de deseo y parálisis resultaba mortal.

Esa noche, al acabar el taller, busqué entre los papeles de mi archivador. Buscaba algo que no había visto en muchos años. Tardé media hora, pero finalmente lo encontré en una carpeta bajo el título «Escritos del instituto». Saqué una hoja de papel completamente llena de mi diminuta caligrafía. Era el único poema que había escrito en mi vida; lo había escrito a los diecisiete años y nunca se lo había enseñado a nadie. Y, aun así, ahí estaba la respuesta a mi pregunta.

FRUSTRACIÓN SEXUAL
por Neil Strauss

La única razón por la que sales,
el único objetivo de tu vida,
atisbar un par de piernas conocidas en una calle transitada.
Un breve contacto con una chica
a la que sólo puedes llamar amiga.

Una noche a dos velas fomenta la hostilidad.
Un fin de semana a dos velas fomenta la rabia.
A través de ojos inyectados percibes el mundo.
Vives irritado con los amigos, con la familia,
por razones que ellos no logran comprender.
Sólo tú sabes el por qué de tu ira.

Está la que sólo es una amiga,
esa a la que hace tanto tiempo que conoces,
esa que tanto te respeta;
y con quien no es posible hacer lo que realmente deseas.
La que ya no coquetea, la que ya no se molesta en fingir,
pues cree que te gusta así, como ella es en realidad,
cuando lo que más te gustaba de ella era su disfraz.

Cuando tu propia mano se convierte en tu mejor amante,
cuando tu semilla, aquella que guarda el don de la vida,
cae desaprovechada en un Kleenex y es arrojada al retrete,
te preguntas si algún día dejarás de preguntarte
por lo que podría haber pasado aquella noche.

Está la chica tímida que te sonríe,
la chica que te mira como si quisiera conocerte.
Pero no consigues reunir el valor para acercarte.
Y la chica finalmente se convierte en fantasía nocturna,
y con tu mano sustituye a la suya en aquello que podría haber sido,
pero nunca será.

Sacrificas los estudios,
sacrificas a aquellos que de verdad te quieren;
todo por perseguir un objetivo que nunca llegas a alcanzar.
¿Acaso tienen más suerte todos los demás,
o es que ellas no desean aquello que tú anhelas?

Nada había cambiado desde que escribí ese poema. Yo seguía sin saber escribir poemas y, lo que era aún más importante, seguía sintiéndome igual de incapaz con las mujeres. Después de todo, puede que apuntarme al taller de Mystery no hubiera sido tan mala idea. Al menos, por una vez, estaba haciendo algo para cambiar mi lamentable realidad afectiva.

Incluso los hombres sabios habitan en el engaño.

CAPÍTULO 5

La última noche del taller, Mystery y Sin nos llevaron al Saddle Ranch, un bar decorado al estilo vaquero en Sunset Avenue. Yo ya había estado allí antes; aunque no había ido a ligar, sino a montar en el toro mecánico. Uno de los retos que me había puesto al mudarme a Los Ángeles consistía en llegar a dominar aquella máquina en el nivel más alto. Pero hoy no. Tras salir tres noches seguidas hasta las dos de la mañana y repasar lo ocurrido después con Mystery durante mucho más de la media hora estipulada, yo estaba destrozado.

Y, aun así, al cabo de unos minutos, nuestro incansable profesor ya estaba en la barra, besándose con una chica un poco bebida y algo escandalosa que intentaba quitarle el sombrero. Mystery siempre empleaba las mismas frases de entrada, las mismas rutinas, las mismas palabras, y casi siempre conseguía un número de teléfono o un final con beso; incluso cuando la chica estaba con su novio. Yo nunca había visto nada igual. A veces, incluso llegaba a conmover a alguna chica hasta el punto de hacerla llorar.

Al acercarme al toro mecánico, especialmente consciente de mi aspecto por el sombrero vaquero rojo que me había puesto ante la insistencia de Mystery, vi a una morena de pelo largo y piernas bronceadas que vestía con un jersey ajustado y una minifalda de volantes. Hablaba animadamente con dos chicos, dando saltitos delante de ellos como un personaje de dibujos animados.

Un segundo. Dos segundos. Tres.

—Parece que la fiesta se ha acabado.

Se lo dije a los chicos. Después me volví hacia ella. Vacilé un instante. Sabía lo que tenía que decir a continuación —Mystery llevaba machacándome con esa frase todo el fin de semana—, pero, llegado el momento, me sentía aterrorizado.

—Si no... fuese gay, puedes estar segura de que serías mía.

Sus labios dibujaron una inmensa sonrisa.

—Me gusta tu sombrero —chilló la chica al tiempo que tiraba de él hacia arriba.

Al parecer, lo de pavonearse funciona.

—Se mira, pero no se toca —le dije, repitiendo una frase que le había oído usar a Mystery.

A modo de respuesta, la chica se arrojó en mis brazos y me dijo que era muy divertido. Y, al aceptarme de aquella manera, hizo que el temor que yo sentía se evaporase. Entonces comprendí que lo único que hace falta para conocer a una chica es saber qué decir, cuándo decirlo y cómo decirlo.

—¿De qué os conocéis? —pregunté.

—Acabamos de conocernos. Me llamo Elonova —dijo ella con una torpe reverencia.

Yo interpreté su gesto como un IDI.

Decidí mostrarle a Elonova un truco que Mystery me había enseñado esa misma tarde, en el que yo tenía que adivinar el número que ella pensara entre el uno y el diez (pista: casi siempre es el siete), y ella aplaudió encantada.

Ante la evidencia de mi superioridad, los dos tipos que la acompañaban decidieron marcharse.

Al cabo de un rato salimos a la calle. Cada TTF con el que nos cruzamos me levantaba el dedo pulgar, como diciendo, «está superbuena» o «vaya suerte». Qué idiotas. Iban a estropearlo todo. Tenía que encontrar la manera de decirle que no era gay; aunque, tal vez, a esas alturas ya se hubiera dado cuenta ella sola.

Me acordé de lo que me había dicho Sin la primera noche sobre los quinos y le rodé los hombros con el brazo. Pero, esta vez ella, se apartó. Desde luego, eso no era un IDI. Volví a acercarme a ella y, justo cuando iba a intentarlo de nuevo, apareció uno de los chicos con los que estaba cuando la había abordado. Me quedé ahí, mirándolos como un idiota, mientras ella coqueteaba con él. Un par de minutos después, cuando por fin se volvió de nuevo hacia mí, le dije que ya nos veríamos. Ella me dijo que sí, e intercambiamos nuestros números de teléfono.

Mystery, Sin y los demás me esperaban en la limusina. Aunque habían visto cómo todo se venía abajo, yo me sentía orgulloso de mí mismo por haber conseguido un número de teléfono delante de todos ellos. Pero Mystery no parecía impresionado.

—No ha salido bien porque no te has valorado lo suficiente

—me dijo en cuanto subí a la limusina—. Has dejado que ella jugase contigo.

—¿Por qué dices eso? —le pregunté yo.

—¿Te he hablado alguna vez de la teoría del gato y el cordel?

—No.

—¿Has visto alguna vez a un gato jugando con un cordel? Cuando el cordel se balancea encima de él, pero fuera de su alcance, el gato se vuelve loco, y salta y corre de un lado a otro intentando alcanzarlo. Pero, en cuanto lo consigue, el gato mira el cordel en el suelo y se aleja. El cordel le aburre. Ya no le interesa.

—¿Y qué tiene eso que ver con lo que acaba de pasar?

—La chica se apartó de ti cuando la abrazaste. Y entonces tú volviste a acercarte a ella, como un cachorrillo.

—¿Y qué debería haber hecho?

—Deberías haberla castigado. Deberías haberte dado la vuelta y haberte puesto a hablar con otra chica. Así la habrías obligado a esforzarse por recuperar tu atención. Pero, en vez de eso, fue ella quien te hizo esperar mientras hablaba con ese otro tipo.

—Tendrías que haber dicho: «Os dejo solos», y haberte alejado, como si se la estuvieras entregando a ese chico. Tienes que comportarte como si tú fueses un trofeo.

Sonreí. Lo había entendido.

—Sí —dijo Mystery—. Tienes que ser el cordel que se balancea fuera del alcance del gato.

Apoyé las piernas sobre la barra de la limusina, me recosté en el asiento y, en silencio, pensé en lo que me había dicho Mystery. Él se volvió hacia Sin y ambos hablaron durante varios minutos. Yo tenía la sensación de que hablaban de mí.

Intenté no encontrarme con sus miradas. Temía que me dijeran que estaba retrasando a los demás, que no estaba listo para participar en su taller, que lo mejor sería que estudiara por mi cuenta durante unos meses antes de volver a intentarlo.

Hasta que dejaron de hablar y se volvieron hacia mí. Mystery me miró fijamente a los ojos.

—Eres uno de los nuestros —dijo con una gran sonrisa—. Vas a ser una superestrella.

CAPÍTULO 6

Grupo MSN: Salón de Mystery
Asunto: Magia sexual
Autor: Mystery

El taller del método Mystery celebrado en Los Ángeles ha sido un rotundo éxito. En vista de ello, he decidido que, en mi próximo taller, enseñaré varios modos de hacer demostraciones de poder mental a través de la magia. Después de todo, algunos necesitáis algo con lo que dar a conocer vuestra gran personalidad. Si le entráis a una chica sin algo especial que ofrecerle —por ejemplo, si sólo decís «hola, soy contable»—, no atraeréis su atención ni despertaréis su curiosidad.

En vista de ello he decidido jubilar el modelo EAAC y dividir el método en trece pasos detallados. Éste es el esquema básico:

1. Sonríe cuando entres en un nuevo espacio. Localiza el objetivo dentro de un grupo y sigue la regla de los tres segundos. No vaciles.
2. Abórdala con una de las frases de entrada memorizadas. Si es necesario, usa dos o tres seguidas.
3. Las frases de entrada deben estar dirigidas al grupo entero, nunca directamente al objetivo. Al hablar, ignora al objetivo. Si hay hombres en el grupo, centra tu atención en ellos.
4. Dirígete al objetivo con un nega. Por ejemplo, dile: «Qué monada. Las aletas de la nariz se te mueven cuando te ríes.» Después enséñaselo a sus amigos y ríete.
5. Demuestra que tienes una gran personalidad. Para hacerlo recurre a anécdotas, a la magia, a contar historias y al humor. Préstales atención, sobre todo, a los hombres y a las mujeres menos atractivos. El objetivo debe notar que ahora eres tú el centro de

atención. Puedes recurrir a técnicas memorizadas, como la de las fotografías, pero sólo para los obstáculos.

6. Si es necesario, dirígele otro nega al objetivo. Por ejemplo, si quiere ver las fotos, di: «¡De verdad, qué prisas tiene esta chica!»

7. Pregunta de qué se conocen las distintas personas del grupo. Si el objetivo está saliendo con uno de los chicos, averigua cuánto tiempo llevan juntos. Si es una relación seria, retírate con un «encantado de conoceros».

8. Si al llegar a este paso el objetivo no se ha dirigido a ti ni una sola vez, dile al grupo: «No quiero que vuestra amiga piense que la estoy dejando de lado. ¿Os importa que hable un poco con ella?» Siempre dicen que no les importa, que, si ella quiere, por ellos no hay problema. Y, si has ejecutado correctamente los pasos anteriores, ella querrá.

9. Aíslala del grupo diciéndole que quieres enseñarle algo y llévala a algún sitio donde podáis sentaros. De camino, intenta un quine. Cógela de la mano. Si ella te la aprieta, las cosas marchan. Ya tienes tu primer IDI.

10. Una vez sentados, despierta su curiosidad leyéndole unas runas vikingas, con un test de personalidad o con cualquier otra demostración que pueda divertirla.

11. Dile: «La belleza es algo común. Lo raro es encontrar a alguien con una energía realmente positiva, a alguien que tenga su propia visión de la vida. Dime, ¿qué escondes tú en tu interior? ¿Escondes algo que te diferencie de las demás?» Si ella se abre y te habla de sus sentimientos, habrás logrado tu segundo IDI.

12. Guarda silencio durante unos instantes. Si ella reanuda la conversación con una pregunta que empiece por la palabra «entonces» has conseguido tu tercer IDI. Ya puedes...

13. Finalizar con beso. Sin más preámbulos, dile «¿Te gustaría besarme?» Si las circunstancias no son las apropiadas para el contacto físico, puedes retrasar el momento diciendo: «Tengo que irme, pero deberíamos continuar esto en otro momento.» Después pídele el número de teléfono y márchate.

MYSTERY

CAPÍTULO 7

Por supuesto está Ovidio, el poeta romano que escribió *Arte de amar*; el duque de Lauzun, uno de los legendarios amantes en los que se inspira la leyenda de don Juan, y Casanova, que detalló sus conquistas en cuatro mil páginas de memorias. Pero el padre indiscutible de la seducción moderna es Ross Jeffries, un autoproclamado empollón de Marina del Rey, California. Alto, delgado y de tez porosa, este gurú californiano capitanea un ejército de sesenta mil hombres, entre los que se incluyen altos funcionarios gubernamentales, miembros de los servicios de inteligencia y criptógrafos, cuyo punto en común es su deseo de ligar.

Su arma es su voz. Tras pasar años estudiando, tanto a los principales hipnotizadores del mundo como las enseñanzas hawaianas del kahuna, mantiene haber encontrado la técnica —y que nadie se equivoque, pues eso es precisamente lo que es— necesaria para convertir a la mujer más seca y respondona en un caniche libidinoso. Jeffries, que sostiene que el personaje interpretado por Tom Cruise en *Magnolia* está inspirado en él, llama a su técnica Seducción Acelerada.

Jeffries desarrolló la Seducción Acelerada en 1988, al dar fin a una racha de ausencia de relaciones sexuales de cinco años con la ayuda de la programación neurolingüística, una controvertida fusión de hipnosis y psicología surgida de las actividades para fomentar el desarrollo personal que tanto éxito tuvieron durante la década de los setenta y que encumbraron a gurús de la autoayuda como Anthony Robbins. La PNL se basa en la idea de que los pensamientos, los sentimientos y el comportamiento de cualquier persona —incluidos los de uno mismo— pueden manipularse mediante palabras y gestos diseñados para influir en el subconsciente. A Jeffries no se le pasaron por alto las posibilidades que ofrecía la PNL para ligar.

A lo largo de los años, Jeffries ha conseguido superar a todos los competidores que le han surgido en el campo del ligue, convirtiendo la Seducción Acelerada en el modelo dominante para conseguir que los labios de una mujer acaricien los de un hombre; al menos, ése fue el caso hasta que Mystery empezó con sus talleres.

De ahí el clamor generalizado por obtener un testimonio en Internet del primer taller de Mystery. Sus admiradores querían saber si sus talleres merecían la pena, y sus enemigos, sobre todo Jeffries y sus discípulos, querían hacerlo trizas. Y yo decidí complacerlos a todos con una descripción detallada de mi experiencia.

Mi descripción acababa con un llamamiento a posibles compañeros de ligue en Los Ángeles; los únicos requisitos eran cierto grado de confianza en uno mismo, algo de inteligencia y las habilidades sociales básicas. Yo sabía que, para convertirme en un maestro de la seducción, tendría que conseguir interiorizar todo lo que le había visto hacer a Mystery, y también sabía que eso era algo que sólo podría conseguir mediante la práctica; saliendo todas las noches.

Al día siguiente recibí un e-mail de un tal Grimble. Se identificaba a sí mismo como un alumno de Ross Jeffries y decía querer «sargear» conmigo. Sargear, en la jerga utilizada por los seguidores de la Seducción Acelerada, significa salir a ligar; el término tiene su origen en las escapadas nocturnas de Sarge, uno de los gatos de Jeffries.

Decidí devolverle el e-mail a Grimble. Una hora después sonaba el teléfono.

—¿Qué pasa, tío? —me dijo con tono de conspiración—. Dime, ¿qué te ha parecido el método de Mystery?

Le dije a Grimble lo que pensaba.

—Me mola —dijo él—. Tienes que salir un día con Twotimer (1) y conmigo. Hemos sargeado un montón con Ross Jeffries.

—¿De verdad? Me encantaría conocerlo.

—Escucha. ¿Sabes guardar un secreto?

—Claro.

—¿Usáis muchas técnicas en vuestros sargeos?

—¿Técnicas?

—Sí, ya sabes. ¿Cuánto es técnica y cuánto es simple charla?

—Yo diría que como el cincuenta por ciento.

(1) *Twotimer* podría traducirse como «El que sale con dos chicas al mismo tiempo». *(N. del t.)*

—Yo ya estoy en un noventa por ciento.

—¿Qué?

—Sí, empiezo con una frase de entrada cualquiera. Después encuentro sus valores y sus términos de trance. Y entonces utilizo uno cualquiera de los patrones secretos. ¿Conoces la secuencia del hombre de octubre?

—No me suena; a no ser que sea una película de Arnold Schwarzenegger —bromeé yo.

—Es la leche, tío. La semana pasada le di una personalidad completamente nueva a una chica que llevé a mi casa. Encontré sus valores y le cambié la línea temporal y la realidad interna. Después le acaricié la cara con un dedo y le dije —y, de repente, el tono de voz de Grimble se tornó lento e hipnótico— que se fijase en el rastro de energía que dejaba mi dedo al moverse. Le dije que esa energía se adentraba en ella y se extendía dentro de su cuerpo... provocándole unas sensaciones cada vez más intensas... irresistibles.

—¿Y después qué?

—Después le apoyé un dedo en los labios y ella empezó a chupármelo —exclamó triunfalmente—. ¡Y un minuto después estábamos en la cama!

—¡Qué pasada! —dije yo.

No tenía ni idea de qué estaba hablando Grimble; lo único que sabía era que quería aprender su técnica. Recordé todas esas veces que había llevado a una chica a mi casa y cómo, al intentar darle un beso, ella me había rechazado con el típico discurso de «prefiero que seamos amigos». De hecho, ésa es una experiencia tan extendida que el propio Ross Jeffries no sólo había inventado un acrónimo para ella, PQSA, sino también una letanía de respuestas (2).

Estuvimos hablando dos horas sin parar. Grimble parecía conocer a todo el mundo; desde leyendas como Steve P., cuyas seguidoras, según se decía, pagaban grandes sumas de dinero a cambio de gozar del privilegio de servirle sexualmente, hasta tipos como Rick H., el alumno más famoso de Ross Jeffries, que se había hecho célebre por un incidente relacionado con un *jacuzzi* y cinco mujeres.

Sí, Grimble sería un perfecto compañero de ligue.

(2) Una de ellas era: «No puedo prometerte algo así. Los amigos no se etiquetan de esa manera. Lo único que puedo prometerte es que nunca haré nada con lo que tanto tú como yo no nos sintamos cómodos, algo para lo que tanto tú como yo no estemos preparados.»

CAPÍTULO 8

Al día siguiente fui a recoger a Grimble a su casa de las afueras. Ésa iba a ser mi primera salida desde el taller de Mystery. También sería la primera vez que salía con un absoluto desconocido al que había conocido en Internet. Todo lo que sabía sobre él era que iba a la universidad y que le gustaban las chicas.

Grimble salió por la puerta en cuanto aparqué delante de su casa y me obsequió con una sonrisa que no me pareció muy de fiar. No es que pareciera peligroso ni violento. No, más bien tenía un aire escurridizo, como un político o un vendedor; o como un seductor, supongo. Grimble tenía la tez pálida de un británico, aunque de hecho era de origen alemán. En realidad, mantenía ser descendiente directo de Nietzsche. Llevaba una chaqueta de cuero marrón sobre una camisa de flores estampadas con varios botones desabrochados que dejaban a la vista un pecho sin un solo pelo y todavía más prominente que su nariz. A primera vista, Grimble recordaba a una mangosta. En una mano sujetaba una bolsa de plástico llena de cintas de vídeo que lanzó sobre el asiento trasero de mi coche.

—Son cintas de algunos de los seminarios de Ross —me dijo—. Sobre todo te gustará el seminario de Washington, porque habla de la sinestesia. Las otras cintas son de Kim y de Tom. —La ex novia de Ross y el nuevo novio de ésta—. Es el seminario de Nueva York: «Anclaje avanzado y otras posibilidades picantes.»

—¿Qué es anclaje? —le pregunté yo.

—¿Nunca has hecho anclaje condimentado? Mi ala, Twotimer, te lo explicará cuando lo conozcas.

¡Me quedaba tanto por aprender! Por lo general, los hombres no se comunican entre sí con el mismo grado de profundidad emocional ni de detalles íntimos con el que lo hacen las

mujeres, mucho más acostumbradas a hablar de las cosas sin tapujos. Los hombres, en cambio, se limitan a preguntarles a sus amigos: «¿Qué tal?» Y el amigo se limita a levantar o a bajar los pulgares. Así es como se hace. Si un hombre describiera una experiencia sexual con detalle a sus amigos, les estaría proporcionando una serie de imágenes con las que ellos no se sentirían cómodos. Entre los hombres es tabú imaginarse a un amigo desnudo o manteniendo relaciones sexuales, porque la imagen podría excitarlos, y todos sabemos lo que significaría eso.

Así que, desde que a los once años empecé a experimentar el deseo sexual, yo había dado por supuesto que las relaciones sexuales eran algo que los hombres acababan por encontrar si salían mucho por la noche. La principal herramienta con la que contaba nuestro género era la persistencia. Por supuesto, había hombres que se sentían cómodos entre mujeres, hombres que jugaban con ellas sin piedad, hasta conseguir que comieran dócilmente de sus manos. Pero yo, desde luego, no era uno de ellos. Yo necesitaba hacer acopio de todo mi valor para preguntarle a una mujer qué hora era o dónde estaba Melrose Avenue. No entendía nada sobre anclajes, búsqueda de valores, términos de trance ni ninguna otra de esas cosas sobre las que hablaba Grimble.

Era martes, una noche tranquila en las afueras de Los Ángeles, y el único sitio al que se le ocurrió que podíamos ir a Grimble fue el TGI Friday's. Calentamos motores en el coche, escuchando cintas en las que Rick H. describía sus sargeos; practicando frases de entrada; ensayando sonrisas, y bailando sobre sus asientos. Aunque era una de las cosas más ridículas que había hecho en mi vida, me dije a mí mismo que estaba entrando en un mundo nuevo, con sus propias reglas de comportamiento.

Entramos en el restaurante transmitiendo seguridad en nosotros mismos, sonriendo, como verdaderos machos alfa. Desgraciadamente, nadie se dio cuenta. Había dos tipos en la barra, viendo un partido de béisbol en la televisión, y un grupo de ejecutivos en una mesa. En cuanto a los camareros, casi todos eran hombres. Caminamos hasta la terraza. Al abrir la puerta, apareció una mujer. Había llegado el momento de poner en práctica lo que había aprendido en el taller.

—Hola —le dije—. Me gustaría saber lo que piensas sobre una cosa.

Ella se detuvo, dispuesta a escucharme. Aunque debía de medir un metro y medio y tenía el pelo corto y rizado y un cuer-

po rechoncho, también tenía una agradable sonrisa; serviría para practicar. Decidí usar la frase de entrada de Maury Povich.

—Esta mañana han llamado a mi amigo Grimble del programa de Maury Povich —empecé diciendo—. Parece ser que van a hacer un programa sobre admiradores secretos y alguna chica debe de estar loca por él. ¿Tú que crees? ¿Crees que debería ir?

—Pues claro —contestó ella—. ¿Por qué no iba a ir?

—Pero... ¿Y si su admirador secreto resulta ser un hombre? —le pregunté—. En esos programas siempre intentan sorprender a la audiencia. ¡O imagínate que es un pariente!

No me gusta mentir; tan sólo trataba de atraer su interés. Intentaba ligar.

Ella se rió. Perfecto.

—¿Tú irías? —le pregunté.

—No, creo que no —contestó ella.

—O sea, que a mí me recomiendas que vaya al programa pero tú no irías —protestó burlonamente Grimble—. Desde luego, no pareces nada aventurera.

Era magnífico verlo trabajar. Cuando yo hubiera dejado que la conversación decayera, él ya estaba dirigiéndola al terreno sexual.

—Sí que lo soy —protestó ella.

—Entonces, demuéstralo —dijo él con una sonrisa—. Te propongo un ejercicio. Se llama sinestesia —le dijo mientras avanzaba un paso hacia ella—. ¿Nunca has oído hablar de la sinestesia? Te ayuda a encontrar los recursos necesarios para obtener y sentir aquello que realmente deseas.

La sinestesia es el gas mostaza de la Seducción Acelerada. Literalmente, consiste en una superposición de los sentidos. En el contexto de la seducción, sin embargo, la sinestesia se refiere a un tipo de hipnosis en la que la mujer alcanza un estado de conciencia en el que se le pide que proyecte mentalmente imágenes y sensaciones placenteras cada vez más intensas. El objetivo: llevarla a un estado de excitación que ella no pueda controlar.

Ella asintió y cerró los ojos.

Por fin iba a tener la oportunidad de oír uno de los patrones secretos de Ross Jeffries. Pero Grimble todavía no había tenido la oportunidad de empezar cuando un tipo con la cara sonrosada, una camiseta ceñida y aspecto de lanzador de pesas se acercó a él.

—¿Qué crees que estás haciendo? —le preguntó a Grimble.

—Le estaba enseñando a nuestra amiga un ejercicio de autoayuda que se llama sinestesia.

—Pues ten cuidado, porque resulta que tu amiga es mi mujer.

Me había olvidado de mirar si llevaba anillo, aunque no creía que ese pequeño obstáculo fuese a importarle a Grimble.

—Desármalo mientras yo me trabajo a su mujer —me susurró Grimble al oído.

Yo no tenía ni idea de cómo desarmarlo. Y lo cierto es que él no parecía muy dispuesto a cooperar.

—Si quieres, también puedes hacerlo tú —sugerí con escasa convicción—. Es muy interesante.

—No sé de qué cojones me estás hablando —dijo él—. ¿Qué se supone que voy a conseguir con este jueguecillo? —Dio un paso adelante y apoyó la cara contra la mía. Olía a whisky y a aros de cebolla.

—Conseguirás... Conseguirás... —tartamudeé—. Mira, olvídalo.

Él me empujó con las dos manos. Aunque suelo decirles a las chicas que mido un metro setenta, de hecho mido un metro sesenta y cinco. De ahí que mi cabeza apenas le llegara a la altura de sus hombros.

—¡Basta ya! —exclamó su esposa. Después se volvió hacia nosotros—. Está borracho —nos dijo—. Lo siento. Se pone así cuando bebe.

—¿Cómo? —pregunté yo—. ¿Violento?

Ella sonrió con tristeza.

—Hacéis una buena pareja —seguí diciendo yo. No había duda de que mi intento por desarmarlo había fracasado, pues era él quien estaba apunto de desarmarme a mí. De hecho, su rostro rojo y ebrio estaba a cinco centímetros de mi cara, gritando algo sobre romperme no sé qué.

—Ha sido un placer conoceros —conseguí decir al tiempo que retrocedía lentamente.

—Recuérdame que te enseñe cómo hay que tratar a un MAG —dijo Grimble de camino al coche.

—¿A un MAG?

—Sí, al macho alfa del grupo.

—Ah. Ya entiendo.

CAPÍTULO 9

Cuatro días después, el sábado por la tarde, mientras veía los vídeos que me había dejado Grimble, él me llamó con buenas noticias. Había quedado con su ala, Twotimer, y con Ross Jeffries en el California Pizza Kitchen. Después iban a ir al museo Getty, y yo estaba invitado a acompañarlos.

Llegué quince minutos antes de la hora, elegí un reservado y estuve leyendo unos mensajes que había bajado de un foro de Internet. Twotimer llevaba tanta gomina que su pelo tenía la textura de una enredadera de regaliz, y llevaba una chaqueta negra de cuero que, junto a la gomina, le daba el aspecto de una serpiente. Su cara, redonda en infantil, lo hacía parecer un clon de Grimble al que alguien había inflado con una bomba de bicicleta.

Me levanté al verlos llegar, pero Ross Jeffries me interrumpió antes de que pudiera presentarme; desde luego, no era la persona más educada que había conocido. Llevaba un abrigo largo de lana que flotaba libremente alrededor de sus piernas al andar. Era delgado y desgarbado. Tenía la piel grasa y una barba canosa de dos días. Su cabello, ralo, recordaba una fregona por sus cortos y descuidados mechones de color ceniza, y el gancho que tenía por nariz era tan pronunciado que le hubiera valido para colgar el abrigo.

—Dime, ¿qué has aprendido de Mystery? —me preguntó con una risita desdeñosa.

—Muchas cosas —le dije yo.

—¿Cómo qué?

—Bueno, para empezar, antes nunca sabía cuándo le gustaba a una chica. Ahora sé que hay maneras de saberlo.

—¿Sí? ¿Cómo cuál?

—Como recibir tres indicadores de interés.
—¿Puedes decirme tres IDI?
—Que la chica te pregunte cómo te llamas.
—Sí, ése es uno.
—Cogerle la mano y que ella te la apriete.
—Dos.
—Y... La verdad es que ahora no se me ocurre otro.
—¡Lo ves! Entonces no debe de ser tan buen profesor, ¿no?
—Sí que lo es —protesté yo.
—Entonces, dime el tercer IDI.
—Ahora no me acuerdo. —Me sentía como un animal acorralado.
—Caso cerrado —dijo él.

Una camarera bajita y un poco regordeta con las uñas pintadas de azul y el cabello de un color castaño arenoso se acercó a la mesa. Ross la miró y me guiñó un ojo.

—Éstos son mis alumnos —le dijo a la camarera—. Yo soy su gurú.
—¿De verdad? —dijo ella con fingido interés.
—¿Me creerías si te dijera que enseño a la gente a usar el control mental para atraer a la persona que desean?
—¡Venga ya!
—Te aseguro que es verdad. Podría hacer que te enamorases de cualquiera de nosotros ahora mismo.
—¿Cómo? ¿Con control mental?

Aunque ella desconfiaba, era evidente que Ross había conseguido despertar su curiosidad.

—Déjame que te pregunte algo. ¿Cómo sabes cuándo alguien te gusta de verdad? O, dicho de otra manera, ¿qué señales recibes de ti misma, desde tu interior, diciéndote que... —y, en ese momento, bajó la voz, pronunciando cada palabra con extrema lentitud— ese... chico... realmente... te... atrae... mucho?

Después supe que el propósito de aquella pregunta era hacer que la camarera experimentase, en presencia de Ross, el deseo que va unido a la atracción, asociando así esa emoción con el rostro de Ross.

Ella permaneció unos instantes en silencio, pensando.

—Supongo que noto algo raro en el estómago, una especie de cosquillas.

Ross se llevó la mano al estómago, con la palma hacia arriba.

—Entiendo —dijo—. Y supongo que cuanto más te atraiga, más te subirán las cosquillas. —Lentamente fue subiendo la

mano, hasta llegar a la altura del corazón—. Te subirán hasta hacerte sonrojar; como ahora mismo.

Twotimer se inclinó hacia mí.

—Eso es el anclaje —me susurró—. Consiste en asociar una emoción física, como el deseo sexual, a un gesto. Ahora, cada vez que Ross levante la mano, como acaba de hacerlo, ella se sentirá atraída hacia él.

Bastaron unos minutos más de hipnótico coqueteo para que la mirada de la camarera empezara a enturbiarse. Y Ross aprovechó la oportunidad par jugar de manera inmisericorde con ella. Subía y bajaba la mano, como si de un ascensor se tratara, desde el estómago hasta el corazón, sonriendo al ver cómo ella se sonrojaba una y otra vez. A esas alturas, la camarera había olvidado sus platos, que se balanceaban precariamente sobre su mano.

—¿Te sentiste atraída inmediatamente por tu novio? —le preguntó Ross al tiempo que hacía chasquear los dedos para liberarla de su trance—. ¿O tardó en surgir el deseo?

—Bueno, la verdad es que hemos cortado —dijo ella—. Pero sí, tardó en surgir. Al principio sólo éramos amigos.

—¿No te parece que es mejor sentir el deseo desde el primer momento? —Volvió a levantar la mano y la mirada de la camarera volvió a enturbiarse. Después Ross se señaló a sí mismo en lo que supuse que sería otro truco de PNL encaminado a hacerle pensar que él era el hombre que le hacía sentir ese deseo—. ¿Verdad que es increíble cuando ocurre eso?

—Sí —dijo ella, ignorando por completo al resto de los comensales.

—¿Qué le pasaba a tu novio?

—Es demasiado inmaduro.

Ross aprovechó la oportunidad.

—Deberías salir con hombres de más edad —sugirió.

—Yo estaba pensando lo mismo —repuso ella con una risita—. Debería salir con hombres como tú.

—Y seguro que, cuando te acercaste a la mesa, ni se te pasó por la cabeza que podrías sentirte atraída por mí.

—Desde luego que no —dijo ella—. No eres el tipo de hombre por el que suelo sentirme atraída.

Ross le propuso que se vieran otro día, fuera del trabajo, y ella le ofreció inmediatamente su número de teléfono. Aunque la técnica de Ross Jeffries no se pareciera en nada a la de Mystery, parecía funcionar igual de bien.

—Creo que el resto de tus comensales deben de estar impa-

cientándose —dijo Ross con una sonora carcajada, al tiempo que volvía a levantar la mano—. Pero, antes de que te vayas, quiero proponerte una cosa. ¿Por qué no cogemos todas esas buenas sensaciones que tienes ahora y las metemos en este sobrecito de azúcar? —Cogió un sobre de azúcar y lo frotó contra su mano levantada —. Así te acompañarán todo el día.

Le ofreció el sobre de azúcar. Ella se lo guardó en el mandil y se alejó, roja como una remolacha.

—Lo que acabas de ver es un ejemplo de anclaje condimentado —me explicó Grimble—. Incluso cuando Ross se haya ido, el sobre de azúcar permitirá que la camarera reviva las emociones que ha experimentado con él.

Antes de salir del restaurante, Ross repitió exactamente la misma rutina con la encargada con idénticos resultados. Las dos mujeres tenían menos de treinta años; Ross ya hacía varios años que había cumplido los cuarenta. Yo estaba impresionado.

Nos apretamos en el Saab de Ross para ir al Getty.

—Todo lo que puedas conseguir de una mujer (atracción, deseo, fascinación) no es más que un proceso interno que tiene lugar entre su cuerpo y su mente —me explicó Ross mientras conducía—. Y lo único que necesitas para evocar ese proceso son las preguntas que le hagan profundizar en su cuerpo y en su mente, haciendo que ella experimente esa sensación de atracción o de deseo al contestar a tu pregunta. Entonces, ella relacionará esas sensaciones contigo.

Twotimer, que estaba sentado a mi lado en el asiento de atrás, se volvió hacia mí y me observó en silencio.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó finalmente.

—Ha sido increíble —dije yo.

—No, ha sido malvado —me corrigió él, al tiempo que sus labios dibujaban una sonrisa.

Cuando paramos delante del Getty, Twotimer se volvió hacia Ross.

—He cambiado el orden de algunos de los pasos de la secuencia del hombre de octubre —le dijo—. Me gustaría saber qué te parece.

—Te das cuenta de lo que acabas de hacer, ¿verdad? —le dijo Ross, al tiempo que lo señalaba con un dedo a la altura del pecho. Estaba realizando un nuevo anclaje, intentando asociar la noción de equivocación con el patrón prohibido—. Si no enseño ese patrón en los seminarios es por algo.

—¿Por qué? —preguntó Twotimer.

—Porque es como darle dinamita a un niño —contestó Ross.

Twotimer sonrió. Yo sabía exactamente lo que estaba pensando, pues, en mi mente, la palabra malvado ya estaba anclada a su sonrisa.

—Darwin habló de la supervivencia del más fuerte —me explicó Twotimer mientras recorríamos la colección de arte del siglo XX del museo—. Al principio, eso significaba que sólo sobrevivían los más fuertes. Pero la fuerza bruta ya no sirve en la sociedad actual. Las mujeres viven rodeadas de seductores que saben usar el tacto y las palabras para enardecer las zonas del cerebro femenino en las que residen sus fantasías. —Había algo mecánico y ensayado en su manera de hablar, en su manera de gesticular, en su manera de mirarme. Me sentía como si intentase chuparme el alma con la mirada—. Así que el concepto de la supervivencia del más fuerte es un anacronismo. Como jugadores que somos, estamos a las puertas de una nueva era: la era de la supervivencia del más sutil.

La idea me gustaba, aunque, desgraciadamente, yo era tan poco sutil como fuerte. Tenía por costumbre hablar demasiado rápido y con un tono de voz alto y entrecortado y mi lenguaje corporal era, cuando menos, poco fluido. En mi caso, iba a tener que trabajar mucho para lograr sobrevivir.

—Casanova era uno de los nuestros —continuó diciendo Twotimer—, pero nuestro estilo de vida es mejor.

—Supongo que, dada la moral de la época, sería más difícil seducir a una mujer en tiempos de Casanova —dije yo, intentando aportar algo a la conversación.

—Y, además, nosotros tenemos la técnica.

—¿Te refieres a la PNL?

—Si, pero no sólo a eso. Casanova estaba solo. —Twotimer sonrió mientras clavaba la mirada en mis ojos—. Nosotros nos tenemos los unos a los otros.

Caminamos por distintas salas del museo, observando a la gente que, a su vez, observaba los cuadros. Grimble y Twotimer abordaron a varias mujeres, pero yo estaba demasiado asustado como para intentar una aproximación delante de Ross; hubiera sido algo parecido a intentar tocar el violoncelo delante de Yo-Yo Ma. Me asustaba la posibilidad de que criticara todo lo que hacía o que le molestase que no me apoyara lo suficiente en su técnica. Aunque, pensándolo bien, estaba delante de un hombre que, para que sus alumnos vencieran el miedo a aproximarse a una mujer, les aconsejaba que se acercasen a cual-

quiera al azar y le dijeran: «Hola, soy Manny el Marciano. ¿Cuál es tu sabor favorito de bola de bolos?» Así que tampoco parecía lógico preocuparse demasiado por la posibilidad de quedar como un imbécil delante de él. De hecho, Ross se especializaba en crear imbéciles.

Ross salió del museo con tres números de teléfono, Twotimer y Grimble con dos cada uno, y yo con las manos vacías.

En el tren que bajaba al aparcamiento del museo, Ross se sentó a mi lado.

—Escucha —me dijo—. Voy a dar un seminario dentro de un par de meses. Quiero que vengas. Puedes hacerlo sin pagar.

—Gracias —le dije yo.

—Quiero que sepas que voy a ser tu gurú. Yo, no Mystery. Ya verás cómo mis enseñanzas son cien veces más eficaces que las de Mystery.

Yo no sabía qué decir. ¿Mystery y Ross peleándose por un TTF como yo?

—Una cosa más —añadió Ross—. A cambio, quiero que me lleves a cinco... No, a seis fiestas de Hollywood con tías supermacizas. Necesito ampliar mis horizontes.

—Sonrió durante unos instantes en silencio—. Entonces, ¿Trato hecho? —me preguntó mientras se acariciaba la barbilla con el dedo pulgar.

No me cabía ninguna duda: Ross me estaba realizando un anclaje.

Mi nombre es sutil como Barry y su
voz está llena de graves.
Tiene el cuerpo de Arnold y la cara de
Denzel...
Viste como un dandi, incluso cuando
lleva vaqueros.
Es un regalo del cielo, irrepetible, es el
hombre de mis sueños...
Siempre tiene algo profundo sobre lo
que conversar,
y eso significa mucho para mí, porque
no es fácil encontrar hombres así.

SALT-N-PEPPA, *Whatta man*

CAPÍTULO 1

Los mejores depredadores no acechan tumbados en la jungla, con las garras y los colmillos listos, pues, de hacerlo, sus presas los eludirían. Los mejores depredadores se acercan lentamente a su presa, sin amenazarla y, cuando se ganan su confianza, atacan.

O al menos eso era lo que decía Sin, refiriéndose a ello burlonamente como el método Sin.

Aunque, tras el taller, Mystery había vuelto a Toronto, Sin y yo seguimos saliendo juntos a sargear. A veces, yo lo acompañaba a casa con alguna chica que se había ligado. Al llegar, Sin la cogía del cuello y la empujaba contra la pared. En el útlimo momento, justo antes de besarla, la soltaba, disparando el nivel de adrenalina de la chica en una mezcla a partes iguales de temor y de excitación. Después le preparaba la cena y no volvía a mencionar lo ocurrido hasta los postres. Entonces, la miraba fijamente, como un tigre mira a su presa, y, con un tono de voz que reflejaba deseo contenido, le decía: «No puedes ni imaginarte las cosas que estoy pensando en hacerte.» Por lo general, yo aprovechaba ese momento para disculparme y me marchaba a casa.

Al igual que el taimado Grimble, Sin, el depredador, se convirtió en mi fiel compañero de sargeo. Pero nuestra amistad no duró mucho tiempo. Una tarde, en el centro comercial de Beverly Center, Sin me dijo que se había alistado como oficial en el ejército del aire.

—Por primera vez en mi vida cobraré una nómina todos los meses —me explicó mientras tomábamos un café—. Además, podré elegir dónde quiero vivir. Llevo demasiado tiempo siendo un programador de ordenadores en paro.

Intenté convencerlo de que no lo hiciera. A Sin le interesa-

ban las proyecciones astrales, el rock gótico, el sadomasoquismo y el sexo sin límites. En el ejército tendría que ocultar todo eso. Pero Sin estaba decidido.

—He estado hablando de ti con Mystery —me dijo, inclinándose sobre la celosía metálica de la mesa—. Quiere hacer otro taller en Diciembre y, como yo no voy apoder ayudarlo, quiere que tú seas su ala. —Como siempre, Sin hablaba en serio.

—Creo que estoy libre por esas fechas —dije, intentando dominar mi emoción ante la perspectiva de pasar un nuevo fin de semana con Mystery, ante la posibilidad de compartir sus secretos, como los patrones de tres capas que empleaba para conmover a las chicas hasta el punto de hacerlas llorar.

No podía creer que Mystery me hubiera elegido a mí; supuse que no conocería a mucha gente.

Tan sólo había un pequeño problema: yo no iba a estar en Los Ángeles en diciembre. Había comprado un billete de avión a Belgrado, para visitar a Marko, el compañero de clase que me había presentado a Dustin. Y, aún así, aunque ya era demasiado tarde para cancelar el viaje, por nada del mundo iba a renunciar a la posibilidad de ser el ala de Mystery.

Tenía que encontrar una solución.

Llamé a Mysterya Toronto, donde vivía con sus padres, dos sobrinas, su hermana y su cuñado.

—¿Qué te cuentas, colega? Yo estoy muerto de aburrimiento —me dijo.

—Me cuesta creer que te aburras —le contesté.

—Me gustaría salir a dar una vuelta, pero no para de llover. Además, no tengo con quién salir. Y no tengo ni idea de adónde ir. —Mystery dejó de hablar conmigo y les pidió a sus sobrinas que se callaran—. Supongo que podría ir a comer un poco de sushi.

Yo siempre había dado por supuesto que el gran Mystery tendría cientos de mujeres a su disposición y una lista interminable de tíos deseosos de salir a sargear con él. Pero ahí estaba, pudriéndose en casa de sus padres. Su padre estaba enfermo, su madre tenía demasiado que hacer y su hermana se estaba separando de su marido.

—Podrías salir con Patricia —le sugerí. Patricia era la novia de Mystery, la que salía con negligé en una de las fotos de Mystery usaba a modo de currículum.

—Está enfadada conmigo —me dijo.

Mystery había conocido a Patricia cuatro años antes, cuan-

do ella acababa de llegar de Rumania. Intentando moldearla a su gusto, convertirla en su mujer perfecta, la había convencido de que se operase el pecho, de que le hiciese mamadas (algo que ella nunca había hecho) y de que trabajase como *stripper*. Ella había accedido a todo hasta el día en que Mystery le pidió que se hiciese bisexual; a ojos de Mystery, la negativa de Patricia había roto el pacto que los unía.

Cada persona tiene sus propias razones para entrar en la Comunidad. Algunos, como Extramask, quieren perder la virginidad. Otros, como Grimble y Twotimer, quieren acostare con una chica distinta todas las noches. Y unos pocos, como Sweater, buscan a la esposa perfecta. Pero Mystery tenía sus propias ambiciones.

—Quiero ser amado por dos mujeres distintas al mismo tiempo —me dijo—. Una rubia 10 y una asiática 10. Y quiero que se quieran entre sí tanto como me quieren a mí. Y la heterosexualidad de Patricia está afectando a mi vida sexual, pues si no puedo imaginarme que hay otra chica con nosotros no consigo mantener la erección. —Mystery guardó silencio unos segundos, mientras cambiaba de habitación para que no le molestaran su hermana y su cuñado, que no dejaban de discutir—. Podría cortar con Patricia, pero lo cierto es que no hay tantas mujeres 10 en Toronto. No, en Toronto no hay mujeres que te cieguen con su belleza; como mucho hay mujeres 7.

—Múdate a Los Ángeles —le sugerí—. Esto está lleno de chicas despampanantes.

—Sí, tendría que salir de aquí más a menudo —suspiró Mystery—. Por eso he pensado en hacer más talleres. Tengo gente interesada en Miami, en Chicago y en Nueva York.

—¿Y qué me dices de Belgrado?

—¿Belgrado? ¿No están en guerra en Belgrado?

—No, ya no. La guerra se ha acabado. Yo voy a ir a visitar a un viejo amigo. Me ha dicho que ya no hay problema, que es seguro. Podemos quedarnos en su casa gratis y, además, ¿no dicen que las eslavas son las mujeres más guapas del mundo? Mystery dudó.

—Y tengo un billete gratis para un acompañante.

Silencio.

Yo insistí.

—Y qué demonios. Viviremos una aventura. En el peor de los casos, volverás a casa con una foto más que enseñar.

Cuando decidía algo, Mystery siempre expresaba su decisión con la misma palabra:

—Hecho.
—Fantástico —dije yo—. Ahora mismo te mando los horarios de los vuelos por e-mail.
No podía esperar. Durante las seis horas que duraría el vuelo a Belgrado haría que Mystery compartiese conmigo toda su sabiduría: cada truco de magia, cada frase de entrada, cada estrategia... Quería aprender cada una de sus palabras, cada uno de sus trucos; quería hacerlo porque funcionaban.
—Pero antes hay algo que tenemos que hacer —me dijo él.
—¿El qué?
—Si vas a ser mi ala, no puedes llamarte Neil Strauss —me explicó con el mismo tono tajante con el que había dicho «hecho»—. Ha llegado el momento de que des el paso y te conviertas en alguien nuevo. Piénsalo: Neil Strauss, escritor. Nadie quiere acostarse con un escritor. Los escritores están en el escalafón más bajo de la escala social. Quieres ser una superestrella. Y no sólo con las mujeres. Eres un artista y creo que las habilidades sociales que estás adquiriendo pueden convertirse en tu nuevo arte. Te observé atentamente durante el taller; te adaptaste muy de prisa. Por eso te he elegido.
De repente guardó silencio y oí el sonido de unos papeles.
—Escucha —dijo por fin—. Quiero que sepas cuáles son mis objetivos de desarrollo personal. Los tengo escritos. Quiero conseguir dinero suficiente como para financiar un espectáculo ilusionista que haga una gira por todo el mundo. Quiero vivir en hoteles de lujo. Quiero viajar en limusina de una gala a otra. Quiero protagonizar grandes espectáculos ilusionistas en televisión. Quiero levitar sobre las cataratas del Niágara. Quiero viajar a Inglaterra y a Australia. Quiero joyas, juegos de ordenador, un avión teledirigido en miniatura, un secretario personal y un estilista. Y quiero actuar en *Jesucristo Superstar*, en el papel de Jesucristo, por supuesto.
Desde luego, Mystery sabía lo que quería.
—Lo que de verdad quiero es que la gente me envidie —concluyó—, que las mujeres me deseen y que los hombres quieran ser como yo.
—Supongo que no recibirías suficiente amor de niño, ¿no?
—Así es —contestó Mystery en tono avergonzado.
Antes de colgar me dijo que iba a mandarme por e-mail la contraseña para entrar en un foro privado de Internet que se llamaba el Salón de Mystery. Lo había creado hacía dos años, cuando una camarera emprendedora con la que se había acostado en Los Ángeles leyó por casualidad lo que había escrito so-

bre ella en un foro abierto dedicado a la seducción. Tras pasar el fin de semana buscando todo lo que Mystery había escrito en Internet, la camarera le escribió un e-mail a Patricia contándole las actividades secretas de su novio. La pelea que provocó aquella camarera con su e-mail estuvo a punto de destrozar aquella relación y, además, le enseñó a Mystery que ser un maestro de la seducción tenía su lado peligroso: tu novia podía enterarse.

Al contrario de lo que ocurría en los foros de seducción en los que había estado participando yo, donde cientos de recién llegados luchaban por los consejos de un puñado de expertos, Mystery había elegido a los mejores de la Comunidad para su foro privado. Pero en el Salón de Mystery no sólo compartían secretos, anécdotas y técnicas, sino que, además, colgaban fotos de maestros de la seducción con sus conquistas; en ocasiones, incluso grabaciones de vídeo en las que podían verse sus hazañas en vivo.

—Pero no lo olvides —me dijo Mystery con un tono de voz repentinamente serio—. Ya no eres Neil Strauss. Cuando nos encontremos en mi foro quiero que seas otra persona. Necesitas un nombre de seducción. —Reflexionó en silencio durante unos instantes—. ¿Style (1)? ¿Qué te parece Style?

Ésa era una de las facetas de mi personalidad de la que siempre me había sentido orgulloso; puede que no poseyera el don de lo social, pero, desde luego, vestía mejor que la mayoría.

—Sí, Style —reflexioné en voz alta—. Mystery y Style.

Mystery y Style impartiendo un taller. Sonaba bien. Style, el maestro de la seducción, enseñándoles a un grupo de entrañables perdedores lo que tenían que hacer para conocer a las mujeres de sus sueños.

Pero, en cuanto colgué, caí en algo importante: todavía me quedaba mucho que aprender. Después de todo, tan sólo hacía un mes que había participado en el taller de Mystery. Sí, todavía me quedaba mucho que aprender.

Había llegado el momento de llevar a cabo un cambio radical.

(1) *Style* significa «Estilo». *(N. del t.)*

CAPÍTULO 2

Harry Crosby fue uno de mis ídolos de la adolescencia. Crosby fue un poeta de los años veinte y, aunque lo cierto es que sus poemas no valían nada, su estilo de vida, en cambio, fue legendario. Sobrino y ahijado de J. P. Morgan, se codeó con la jet set (fue amigo de Ernest Hemingway y de D. H. Lawrence), fue el primero en publicar partes aisladas del *Ulises* de Joyce, y pronto se convirtió en símbolo decadente de la generación perdida. Asiduo consumidor de opio, vivió una vida intensa y juró que estaría muerto antes de cumplir los treinta. A los veintidós años se casó con Polly Peabody, la inventora del sujetador sin tirantes, a quien convenció de que se cambiase el nombre por el de Caresse (1). Durante su luna de miel se encerraron en una habitación con una montaña de libros y no hicieron otra cosa que leer. A los treinta y un años, cuando se dio cuenta de que su estilo de vida no lo había matado, Crosby se pegó un tiro.

Aunque no tenía una Caresse que lo hiciera conmigo, yo también me encerré una semana en mi habitación, al estilo Harry Crosby, y leí libros, escuché cintas, vi vídeos y estudié los posts que Mystery había publicado en su foro. En otras palabras, me sumergí en el estudio de la teoría de la seducción. Tenía que desprenderme de la piel de Neil Strauss para convertirme en Style, pues quería estar a la altura de las expectativas de Mystery y de Sin.

Para conseguirlo, no sólo tendría que cambiar las cosas que les decía a las mujeres, sino también mi manera de comportarme. Debía tener más confianza en mí mismo, tenía que resultar más interesante, parecer más resuelto, desenvolverme con más elegancia, convertirme en el macho alfa que nadie me había en-

señado antes que podía llegar a ser. Tenía que recuperar todo el tiempo perdido, y tenía que hacerlo en seis semanas.

Compré libros sobre lenguaje corporal y técnicas sexuales. Leí antologías de fantasías sexuales femeninas, como *Mi jardín secreto*, de Nancy Friday. Quería interiorizar la idea de que las mujeres anhelan tanto el sexo como nosotros, si es que no lo anhelan incluso más; lo que no desean es que las presionen, que les mientan ni que les hagan sentirse sucias.

Compré libros de marketing, como el mítico *Influencia* de David Cialdini, en el que aprendí algunos de los principios básicos que guían las decisiones de la mayoría de las personas. El más importante es la prueba social, que es la noción según la cual si la mayoría de las personas hacen algo entonces ese algo debe de ser bueno. O sea, que resulta mucho más fácil conocer a una mujer en un bar si entras del brazo de una chica guapa (un pivote, como lo llaman en la comunidad) que estando solo.

Vi todas las cintas de vídeo que me había dado Grimble, tomando notas, memorizando patrones y frases de afirmación: «Cruzarse conmigo es lo mejor que le puede ocurrir a una mujer.» Una frase y un patrón no son lo mismo. Una frase es, básicamente, cualquier comentario aprendido de antemano que le hagas a una mujer. Un patrón es un guión más elaborado y diseñado específicamente para seducirla.

Los hombres y las mujeres piensan y reaccionan de forma diferente. Para excitarse, a un hombre le basta con ver la portada de un *Playboy*; de hecho, le basta con ver un aguacate deshuesado. Sin embargo, según los discípulos de la Seducción Acelerada, las imágenes y el lenguaje directo funcionan peor con las mujeres, que son más sensibles a la metáfora y a la sugestión.

Uno de los patrones más famosos de Ross Jeffries se basa en un programa del Discovery Channel sobre el diseño de las montañas rusas como metáfora de la atracción, la confianza y la excitación, que a menudo son requisitos previos al sexo. El patrón describe la «atracción perfecta», que proporciona una sensación de excitación extrema al elevarse lentamente hacia la cumbre y después lanzarse velozmente al vacío; además, las montañas rusas están diseñadas para ofrecer esa experiencia, de manera que los que monten en ella se sientan seguros y confiados. El resultado es que, en cuanto acaba el trayecto, quieres volver a subirte y repetir la experiencia una y otra vez. Aunque parece poco probable que un patrón como ése sea capaz de excitar a una chica, desde luego es mejor que hablarle del trabajo.

Pero a mí no me bastaba con estudiar las técnicas de Ross Jeffries. Dado que sus teorías se basaban en la programación neurolingüística, queriendo saber más, compré libros de Richard Bandler y John Grinder, los dos catedráticos de la Universidad de California que desarrollaron y popularizaron la escuela de hipnopsicología en los años setenta.

Después de la PNL llegó el momento de aprender alguno de los trucos de Mystery. Me gasté ciento cincuenta dólares en tiendas de magia, comprando vídeos y libros sobre levitación, aprendiendo a doblar metales y a leer el pensamiento. Mystery me había enseñado que una de las cosas más importantes que podía hacer un hombre al conocer a una mujer atractiva era demostrar su valía. En otras palabras, ¿qué me hace mejor que los veinte tipos que ya se han acercado a la chica antes que yo? Bueno, desde luego doblar un tenedor con la mirada o adivinar cómo se llama ya es algo a mi favor.

Para poder demostrar mi valía me compré libros sobre análisis caligráfico, sobre lectura de runas escandinavas y sobre el tarot. Al fin y al cabo, no hay nada de lo que le guste hablar más a una persona que de sí misma.

Tomé notas sobre todo lo que estudié, inventando frases y tácticas. Y como consecuencia de todo ello, descuidé el trabajo, a mis amigos y a mi familia, pues dedicaba dieciocho horas al día a mi misión.

Una vez almacenada toda la información en mi cerebro, empecé a trabajar en mi lenguaje corporal. Me apunté a clases de swing y de salsa. Alquilé *Rebelde sin causa* y *Un tranvía llamado deseo* para imitar los gestos y las poses de James Dean y Marlon Brando. Estudié cada movimiento de Pierce Brosnan en su versión de *El secreto de Thomas Crown*, de Brad Pitt en *¿Conoces a Joe Black?*, de Mickey Rourke en *Orquídea salvaje*, de Jack Nicholson en *Las brujas de Eastwick* y de Tom Cruise en *Top gun*.

Tuve en cuenta cada detalle de mi comportamiento físico. ¿Balanceaba los brazos al andar? ¿Los sacaba un poco hacia afuera, como lo haría alguien con grandes pectorales? ¿Caminaba con un aire arrogante? ¿Podía sacar más el pecho? ¿Mantener la cabeza más erguida? ¿Caminar con las piernas más separadas, como si éstas intentaran moverse alrededor de unos genitales enormes?

Tras hacer todo lo que pude por mi cuenta, me apunté a un taller de Técnica Alexander para mejorar mi postura y deshacerme de la maldición de los hombros estrechos que había he-

redado de mi familia paterna. Y, dado que nadie entiende nunca nada de lo que digo, también acudí a clases particulares de retórica y de canto.

Me compré chaquetas elegantes y camisas de vivos colores, y me engalané con todos los accesorios que pude. Me compré anillos, una cadena y todo tipo de *piercings* falsos. Probé a llevar sombreros vaqueros, boas de plumas, collares con luz y hasta gafas de sol en espacios cerrados; todo para ver cómo reaccionaban las mujeres. En mi fuero interno, la mayoría de mis chillones accesorios me parecían una horterada, pero lo cierto era que la teoría del pavoneo de Mystery funcionaba. Llevar una prenda que destacara ofrecía una excusa para entablar conversación conmigo a las mujeres que estuvieran interesadas en conocerme.

Salía prácticamente todas las noches con Grimble, con Twotimer y con Ross Jeffries y, poco a poco, fui aprendiendo a comportarme de manera distinta con las mujeres. Las mujeres están hartas de tratar con tipos corrientes que hacen las mismas preguntas de siempre: «¿De dónde eres? ¿En qué trabajas?» Con nuestros patrones, nuestros trucos y nuestras tácticas, nosotros éramos como héroes caídos del cielo para salvar del hastío a las hembras del planeta.

Aunque, claro, no todas las mujeres sabían apreciar nuestros esfuerzos. Aunque ninguna mujer me diera una bofetada, me gritara ni me tirase la copa a la cara, la posibilidad de un fracaso sonado siempre estaba presente en mi cabeza. Estaba el caso de Jonah, un miembro virgen de la Comunidad al que una chica borracha había golpeado, dos veces, en la nuca al interpretar él mal sus IDI. O el de Little Big Dick (2), un miembro de la Comunidad de Alaska que estaba sentado en un bar, hablando con una chica, cuando el novio de ésta se acercó a él por la espalda, lo tiró al suelo y estuvo pegándole patadas en la cara durante dos minutos, con lo que le fracturó la órbita de un ojo, además de dejarle huellas de las suelas de sus botas por toda la cara.

Pero ésas eran las excepciones; o al menos eso esperaba yo.

Y, aun así, mientras iba a Westwood, el barrio en el que está la universidad de UCLA, dispuesto a llevar a cabo mi primer sargeo diurno, esos dos casos no dejaban de rondarme la cabeza. Al llegar al barrio de la universidad, a pesar de que llevaba una chuleta con mis frases de entrada y mis tácticas favoritas

(2) *Little Big Dick* significa «Pequeña gran polla». *(N. del t.)*

en uno de los bolsillos traseros de mis vaqueros, no podía evitar temblar de miedo mientras recorría las calles a pie, buscando una mujer a la que abordar.

Al pasar por delante de una franquicia de Office Depot, vi a una chica con gafas marrones y una corta melena rubia que le flotaba sobre los hombros. Tenía unas curvas suaves y armoniosas —perfectamente dibujadas por unos vaqueros ajustados, pero sólo lo estrictamente necesario— y una piel preciosa, del color de la mantequilla quemada; parecía un tesoro por descubrir.

Ella entró en la tienda y yo decidí pasar de largo, pero, al hacerlo, volví a verla a través del escaparate. Parecía una fría intelectual cuya bomba interior todavía no había explotado; alguien con quien podría hablar sobre películas de Tarkovsky antes de ir a una exhibición de camiones con ruedas gigantes, una chica digna de convertirse en mi propia Caresse. Sabía que, si no la abordaba, después me arrepentiría de no haberlo hecho. Así que me decidí a llevar a cabo mi primer intento de ligue diurno. Además, me dije, para darme confianza, seguro que de cerca no estaba tan buena.

Entré en la franquicia y la encontré en el pasillo de los sobres.

—Perdona, ¿te importaría ayudarme a resolver un debate interior que me está torturando? —le dije. Mientras pronunciaba las palabras advertí que, de cerca, era todavía más guapa. Estaba ante una verdadera chica 10. Y, aun así, tenía que seguir el protocolo y lanzarle un nega—. Quizá no debería decirte esto —balbuceé—, pero crecí viendo dibujos de Bugs Bunny y tengo que decirte que tienes unos dientes adorables; me recuerdan a los de mi conejo favorito.

Quizá me hubiera pasado. Me había inventado el nega sobre la marcha y lo más probable era que ella estuviera a punto de darme una bofetada.

Pero, en vez de pegarme, la chica sonrió.

—Si te oyera mi madre, te mataría —me dijo—. ¡Con el dineral que se ha gastado en ortodoncia!

La chica 10 estaba flirteando conmigo.

Llevé a cabo la rutina de adivinar un número y, afortunadamente, ella eligió el siete. Le pregunté en qué trabajaba y me respondió que era modelo y que tenía un programa propio en la TNN. Mientras más hablábamos, más parecía disfrutar ella de mi compañía. Pero, al ver que las cosas funcionaban, empecé a ponerme nervioso. No podía creer que una mujer como aquélla

pudiera interesarse por mí. Y, en la tienda, todo el mundo parecía mirarnos. No podía seguir adelante.

—Llego tarde a una cita —le dije, al tiempo que las manos me temblaban por los nervios—, pero debe de haber algo que podamos hacer para continuar esta conversación en otro momento.

Era la rutina del número de teléfono de Mystery. Un maestro de la seducción nunca le da su teléfono a una chica, porque es posible que ella no lo llame. Ni siquiera debe pedírselo, pues ella podría no dárselo. Un MDLS tiene que conseguir que sea la chica quien le dé su teléfono por propia iniciativa.

—Podría darte mi número de teléfono... —se ofreció ella.

Escribió su nombre seguido de un número de teléfono y una dirección de correo electrónico. Yo no podía creerlo.

—La verdad es que no salgo mucho —me advirtió.

Yo pensé que quizá se estuviera arrepintiendo de haberme dado su teléfono.

Al volver a casa, me saqué el pedazo de papel del bolsillo y lo coloqué delante del ordenador. Si de verdad era modelo, seguro que encontraba una foto suya en Internet. Y, aunque sólo me había dado su nombre de pila —Dalene—, su dirección de correo electrónico también incluía su apellido: Kurtis. Escribí las palabras en Google y aparecieron más de cien mil resultados.

Acababa de conseguir el número de teléfono de la Playmate del año.

CAPÍTULO 3

Todas las tardes me sentaba delante del teléfono y miraba el número de Dalene Kurtis, pero no conseguía llamarla. No tenía la suficiente confianza en mí mismo como para llamar a aquel espécimen perfecto del sexo femenino. ¿Cómo iba a tener yo una cita con una mujer como Dalene?

Todavía recuerdo cuando, con diecisiete años, quedé para comer con una chica que se llamaba Elisa. Estaba tan nervioso que me temblaban la voz y las manos. Y cuanto más nervioso me ponía, más incómoda la hacía sentir a ella. Cuando por fin llegó la comida, yo ni siquiera era capaz de masticar delante de ella. Fue un completo desastre, y eso que ni siquiera era una cita de verdad. ¿Qué no me podría pasar si me citaba con una Playmate?

Hay una palabra que describe cómo me sentía: indigno. Me sentía indigno de una chica como Dalene.

Así que esperé tres días. Después retrasé la llamada un día más y luego pensé que, si la llamaba durante el fin de semana, ella pensaría que no tenía vida social propia, así que sería mejor esperar hasta el lunes. Y, al llegar el lunes, me di cuenta de que hacía una semana que me había dado su teléfono. Lo más probable era que, a esas alturas, ya se hubiera olvidado de mí. Como mucho habríamos hablado diez minutos. Yo no era más que un tipo raro que había conocido en una papelería. No había ninguna razón para pensar que una mujer como ella, que podría salir con cualquier hombre de este hemisferio, quisiera volver a verme. Así que, al final, no la llamé.

Siempre he sido el peor enemigo de mí mismo.

Mi primer éxito legítimo tuvo lugar una semana después.

Un lunes por la tarde, Extramask apareció sin avisar en mi apartamento de Santa Mónica. Estaba muy emocionado y decía haber descubierto algo asombroso.

—Siempre había pensado que la masturbación provocaba dolor —dijo en cuanto le abrí la puerta.

Extramask estaba cambiado. Se había teñido el pelo y se lo había peinado en forma de cresta, se había hecho agujeros en las orejas, se había comprado varios anillos y una cadena y se había vestido como si fuera un punk. De hecho, tenía una pinta muy chula. En una mano, sujetaba un libro de Anthony Robbins: *Poder sin límites*. No había duda de que estábamos en la misma senda.

—¿De qué hablas? —le pregunté.

—Pues eso, que, después de hacerme una paja, me limpio y me subo los calzoncillos, ¿vale? —dijo mientras se dejaba caer sobre el sofá.

—Sí, supongo que sí.

—Pero hasta ayer no había caído en que, después de limpiarme, todavía me quedaba una gota de semen en el agujero de la polla. Así que me quedo dormido y el semen se me endurece en el agujero. Entonces, al levantarme a la mañana siguiente, no consigo mear. —Extramask se llevó la mano a la entrepierna y la movió para ilustrar sus palabras—. Así que hago más y más fuerza, hasta que un trozo de semen sale disparado de mi polla y choca contra la pared.

—Estás completamente loco —le dije yo. Nunca había oído algo así. Extramask era el resultado de una extraña combinación entre una educación represiva católica y la ambición de convertirse en un actor cómico. Nunca sabía si estaba angustiado o si me estaba tomando el pelo.

—No veas cómo dolía —continuó diciendo—. Me dolió tanto que no me masturbé en una semana. Hasta anoche. Pero, al acabar, me aseguré de limpiarme hasta la última gota.

—¿Y ahora ya puedes masturbarte con tranquilidad?

—Sí, así es. Pero todavía no has oído lo mejor.

—¿Lo mejor?

Extramask alzó la voz, emocionado.

—¡Lo mejor es que ahora puedo mear delante de otra persona! Es todo cuestión de confianza. Lo que nos enseñó Mystery en el taller no sólo sirve para las chicas.

—Claro.

—También sirve para mear en público.

Fuimos al restaurante La Salsa a tomar unos burritos. En una mesa cercana a la nuestra había una mujer mirando una carpeta llena de recibos; aunque su aspecto era algo descuidado, resultaba atractiva. Tenía el pelo largo, castaño y ondulado,

rasgos diminutos, como los de un hurón, y unas tetas inmensas que se negaban a permanecer ocultas bajo su sudadera. Aunque rompí la regla de los tres segundos por unos doscientos cincuenta, finalmente conseguí reunir el valor suficiente como para acercarme a ella; no quería comportarme como un TTF delante de Extramask.

—Estoy estudiando análisis caligráfico —le dije—. ¿Te importaría si practico con tu letra mientras llega la comida?

Aunque me miró con escepticismo, finalmente decidió que yo debía de ser inofensivo y accedió. Le di mi cuaderno y le pedí que escribiera una frase.

—Interesante —dije—. Tu caligrafía no tiene ninguna inclinación. Eso quiere decir que eres una persona autosuficiente que no necesita estar siempre acompañada para sentirse bien.

Me aseguré de que ella asentía antes de continuar. Era una técnica que había aprendido en un libro que revelaba todo tipo de trucos y técnicas de lectura del lenguaje corporal.

—Pero tu caligrafía no goza de un buen sistema organizativo. Eso quiere decir que, por lo general, no se te da demasiado bien el orden y tienes dificultades a la hora de ajustarte a un horario determinado.

Con cada nueva frase, ella se inclinaba más hacia mí, asintiendo con entusiasmo. Tenía una sonrisa maravillosa y resultaba fácil hablar con ella. Me dijo que venía de unas clases de interpretación cómica que daba cerca de allí, y se ofreció a leerme unos chistes que tenía anotados.

—Me gusta empezar mis interpretaciones con éste —dijo una vez acabado mi análisis—: «Vengo del gimnasio y, de verdad, tengo los brazos agotados.»

Ésa era su frase de entrada. La llevaba escrita en la chuleta que guardaba en el bolsillo. Yo pensé que ligar se parecía mucho al trabajo de un actor. Ambas actividades exigían frases de entrada, técnica y un cierre memorable, además de la habilidad necesaria para conseguir que la suma de todo ello resultara natural.

Me dijo que se alojaba en un hotel que había cerca y yo me ofrecí a llevarla. Al llegar, cuando ella me dio su número de teléfono, me señalé la mejilla y le dije:

—¿Un beso de despedida?

Ella me dio un beso en la mejilla. Incapaz de controlar la emoción, Extramask, sentado en el asiento de atrás, le dio una patada al suelo. Yo le dije a la chica que la llamaría más tarde para tomar una copa.

—¿Quieres venir luego a sargear con Vision y conmigo? —me preguntó Extramask cuando la chica salió del coche.

—No, voy a quedar con ella.

—Bueno —dijo él—. Pero puedes estar seguro de que, en cuanto llegue a casa, me la voy a cascar a conciencia pensando en ella.

Por la noche, antes de ir a recogerla, imprimí uno de los patrones de PNL de Ross Jerfries que Grimble me había mandado por correo electrónico. Estaba decidido a no repetir mis últimos errores.

Fuimos a tomar una copa a un bar. Ella se había puesto una sudadera azul y unos vaqueros sueltos que la hacían parecer un poco rellenita. Sea como fuere, yo me sentía feliz de tener la oportunidad de salir con una chica a la que yo mismo me había ligado.

—Existen métodos para definir mejor nuestros objetivos en la vida —le dije. Me sentía como Grimble en TGI Friday's.

—¿Qué métodos? —me preguntó ella.

—Por ejemplo, puedes hacer un ejercicio de visualización. Me lo enseñó un amigo. No me lo sé de memoria, pero puedo leértelo.

Ella me pidió que lo hiciera.

Yo me saqué del bolsillo la hoja con el patrón.

—Intenta recordar la última vez que sentiste verdadera felicidad o placer —empecé a leer—. Y, ahora, dime, ¿en qué parte del cuerpo lo sientes?

Ella se señaló el pecho.

—Y, en una escala del uno al diez, ¿cómo de bien te sientes?

—Siete.

—Vale. Ahora concéntrate en ese sentimiento y pronto verás un color que emana de él. Dime qué color es.

—Es morado —dijo ella cerrando los ojos.

—Muy bien. Ahora, dime, ¿cómo te sentirías si dejaras que ese color morado que surge de tu pecho se hiciera cada vez más y más intenso? Cada vez que tomes aire, siente cómo el color se hace más intenso.

Ella respiró hondo; sus senos subían y bajaban con la sudadera azul.

Todo marchaba a las mil maravillas; estaba provocando una respuesta como la que había logrado Ross Jeffries en el California Pizza Kitchen. Continué leyendo el patrón, cada vez más seguro de mí mismo, haciendo que el color creciera tanto en tamaño como en intensidad dentro de su pecho a medida que ella se sumía en un trance cada vez más profundo.

Me imaginé a Twotimer susurrándome al oído la palabra «malvado».

—Y, ahora, dime, ¿cómo te sientes, en una escala del uno al diez? —le pregunté.

—Diez —respondió ella.

Funcionaba.

Después le dije que redujera todo el color a un círculo del tamaño de un guisante que contuviera toda la fuerza y toda la intensidad del placer que sentía en ese momento. Le dije que colocara el guisante en mi mano y recorrí el contorno de su cuerpo, cada vez más cerca, hasta llegar a rozarlo.

—Siente cómo el color fluye desde mi mano, siente cómo esa sensación te sube por la muñeca, por el brazo, hasta llenarte el rostro.

Para ser sincero, no tenía ni idea de si estaba consiguiendo excitarla con aquel patrón. Ella me escuchaba y parecía disfrutar, pero, desde luego, no se puso a chuparme los dedos, como la chica de la historia de Grimble. De hecho, a mí, aprovechar la hipnosis como pretexto para tocarla me hacía sentir un poco sucio. Esos patrones de PNL no acababan de gustarme. Había entrado en la Comunidad para tener más confianza en mí mismo, no para aprender técnicas de control mental.

Paré y le pregunté qué le había parecido.

—Me ha gustado —dijo ella con su pequeña sonrisa de hurón—. Me siento bien.

Yo no sabía si se estaba burlando de mí, aunque supongo que la mayoría de la gente está dispuesta a probar sensaciones nuevas siempre que parezcan seguras.

Doblé la hoja de papel, me la guardé en el bolsillo y llevé a la chica de vuelta a su hotel. Pero esta vez, en lugar de despedirme de ella en la puerta, la acompañé hasta su habitación. Estaba demasiado asustado como para decir nada; temía que, en cualquier momento, ella se diera la vuelta y me preguntara por qué la estaba siguiendo. Pero no lo hizo. Al contrario, parecía querer que la acompañase; todo parecía indicar que iba a acostarme con ella. No podía creerlo. Por fin iba a ver recompensados todos mis esfuerzos.

Según Mystery, una mujer necesita siete horas para realizar cómodamente la transición desde el encuentro inicial hasta el encuentro sexual. Esas siete horas pueden sucederse seguidas, en una misma noche, o a lo largo de varios días: una hora hablando al conocerla; una cita posterior de dos horas en un bar; media hora hablando por teléfono, y, entonces, en el siguiente

encuentro, tan sólo harían falta otro par de horas de conversación, antes de poder acostarte con ella.

Esperar al menos esas siete horas es lo que Mystery llama un juego seguro. Pero hay ocasiones en las que una mujer sale de casa con la intención de acostarse con un hombre; ése es uno de los siete supuestos en el que se pueden tener relaciones sexuales en un período de tiempo inferior a las siete horas. Mystery llama a esa situación el jaque del bobo. Y yo estaba a punto de lograr mi primer jaque.

La chica introdujo la tarjeta en el cerrojo de la puerta de su habitación y la luz verde se encendió inmediatamente, augurando una noche de placer. Entramos en la habitación. Ella se sentó a los pies de la cama —como ocurre en las películas— y se quitó los zapatos. Primero el izquierdo, después el derecho. Llevaba calcetines blancos; un detalle que me pareció enternecedor. Estiró los dedos de los pies y después los encogió, al tiempo que se dejaba caer de espaldas sobre la cama. Yo caminé hacia ella, dispuesto a entregarme a su abrazo. Pero, de repente, el olor más fétido con el que me había topado en toda mi vida atacó mis sentidos, y me empujó, literalmente, hacia atrás. Era exactamente el mismo olor a queso rancio que despiden los mendigos borrachos en el metro de Nueva York; ese olor que hace que todo el mundo huya a otro vagón. Y, por muchos pasos que retrocediera, la intensidad del olor no disminuía, pues cargaba sin piedad cada rincón de la habitación. La observé, tumbada boca arriba en la cama, ajena a aquel olor. Eran sus pies. Aquella pestilencia venía de sus pies. Tenía que salir de allí.

CAPÍTULO 4

Todas las noches, al volver a casa, estudiantes y maestros del arte de la seducción cuelgan sus experiencias en Internet; es lo que se conoce como un parte de batalla. Los miembros de la Comunidad comparten sus aventuras con distintos objetivos: algunos quieren ayudar a otros para que no cometan sus mismos errores, otros quieren compartir nuevas técnicas y estrategias, y otros tan sólo quieren alardear.

El día después de mi aventura fallida con la chica de los pies apestosos, Extramask colgó un parte en Internet. Al parecer, él también había vivido una extraña aventura aquella noche. Desde luego, la Comunidad le había sido de gran ayuda a Extramask, que ahora podía orinar en público y masturbarse sin dolor. Y, ahora, a los veinticinco años, Extramask por fin había perdido la virginidad; aunque la experiencia no había sido precisamente como él la había imaginado.

Grupo MSN: Salón de Mystery
Asunto: ¡Mi primer completo!
Autor: Extramask

Yo, Extramask, he conseguido mi primer completo, acabando de una vez por todas con mi condición de virgen; aunque nunca llegara a correrme. Empezaré por el principio.

El lunes salí a sargear con Vision. Fuimos a una discoteca de tres pisos que debía de tener unas quince salas distintas, cada una de ellas con su propia barra.

Yo estaba algo bajo de moral, y eso se reflejaba en mis aproximaciones. Las cosas no me iban tan bien como de costumbre. Ya avanzada la noche, me crucé con Vision en el segundo piso. Me dijo que una chica se había puesto su pañuelo y que ahora no conseguía

encontrarla. Mientras hablábamos sobre eso, una chica con cara de pan que pasaba a mi lado se quedó mirándome fijamente. «Hola», me dijo.

Por lo general, las chicas no suelen entrarme, así que yo le dije: «Oye, ¿has visto el pañuelo de mi amigo?»

Era una tontería, pero, por su mirada, sabía que daba igual lo que le dijera.

La conversación siguió de esta manera:

Cara de Pan: Eres muy guapo (dicho con un acento veinticinco por ciento inglés, cincuenta por ciento chino y veinticinco por ciento Zsa Zsa Gabor).

Extramask: Gracias.

Cara de Pan: ¿Hace mucho que has llegado?

Como podéis ver, la conversación fue patética, pero yo sabía que las cosas marchaban. Hablamos de las típicas chorradas: el trabajo, lo que habíamos hecho esa noche, una breve biografía de cada uno... Al cabo de un rato fuimos a un rincón más tranquilo; fue ella quien sugirió que lo hiciéramos. Y seguimos hablando. De vez en cuando, Vision aparecía por allí y me daba una palmada en la espalda, levantaba el pulgar o algo así. Eso siempre ayuda.

Cara de Pan: ¿Qué buscas en esta discoteca?

Extramask (mientras pienso: «Joder, esta tía quiere acostarse conmigo»): No lo sé. ¿Y tú?

Cara de Pan: Yo busco emociones fuertes.

Extramask: Sí, yo también busco eso (dicho sin darle demasiaba importancia).

Cara de Pan: ¿Te gustaría venirte con mi amiga y conmigo?

Extramask: Vale. Ahora mismo vuelvo. Voy a decirle a mi amigo que me marcho.

Cara de Pan: Vale, te espero aquí.

Fui a buscar a Vision.

Extramask: Tío, esto funciona. Esta noche follo.

Vision: Venga, tío. ¿A qué esperas? Vete ya.

Volví hasta donde me esperaba Cara de Pan con su amiga: una chica serbia. Salimos a la calle y fuimos cogidos de la mano hasta su coche, que estaba casi a quince minutos. Al principio, yo estaba bastante nervioso. Después me tranquilicé.

¿De qué hablamos? De nada en especial. De chorradas, como el frío que hacía y cosas por el estilo. Estaba clarísimo que ése iba a ser un encuentro de una sola noche. Cuando por fin llegamos al coche, la chica serbia dijo que tenía hambre y que quería comprar una pizza. Esto es lo que estaba pensando yo:

Extramask: ¿Ahora? ¡Qué tía más gilipollas! Soy virgen y quiero echar un polvo ya. Si quieres una pizza, búscate otro coche que te lleve, joder.

Afortunadamente, Cara de Pan se pasó la pizzería. Al final, dejamos a su amiga en su casa y yo me cambié al asiento de delante. Durante varios minutos estuve callado mientras observaba el cuerpo de Cara de Pan, que era más bien del montón, pensando en que pronto le estaría metiendo mano.

Después volvimos a hablar sobre cosas sin importancia. Antes, cuando le había preguntado qué estudiaba en la universidad, ella me había contestado que ya me lo diría después. Ante su enojo, se lo pregunté hasta tres veces; me daba igual que a ella la molestara. No entendía por qué no quería contestarme.

Cuando por fin me lo dijo resultó ser una chorrada. Estaba matriculada en no sé qué asignatura de estudios genéricos. Después me dijo que tenía un sueño. Yo le pregunté cuál era, aunque la verdad es que no me importaba.

Cara de Pan: Quiero ser agente de policía.

Extramask (pensando: «Serías la peor policía del mundo. Nunca llegarás a ser policía»): ¿Y por qué no lo intentas?

Cara de Pan: Bla, bla, bla...

Por fin llegamos a su casa. Vivía en un ático con otra chica. Tenía un cuarto inmenso con una pantalla de televisión Trinitron gigante. Me dijo que pusiera algo de música mientras ella iba al baño. Yo puse una emisora de hip-hop.

Ella salió del baño en pijama. Yo la lancé al suelo y me la tiré por detrás. No... Es broma.

Ella salió del baño en pijama y me preguntó si yo quería ir al baño. Aunque no necesitaba ir, le dije que sí, pues supuse que eso formaba parte del ritual. Recordad que yo todavía era virgen; no tenía ni idea de cómo funcionaba todo esto. Así que entré en el baño y me quedé allí quieto, de pie, sin hacer nada. Ni me lavé la polla ni nada. Lo único que se me ocurrió fue llamar a Vision y decirle que estaba a punto de follar, pero después pensé que eso hubiera sido una tontería.

No sabía si debía desnudarme antes de salir. Al final decidí que no y salí exactamente igual que había entrado. Lo cierto es que me hubiera sentido ridículo saliendo completamente desnudo con una erección de aquí te espero.

Ella había apagado las luces y me esperaba tumbada en la cama. Yo me acerqué y empecé a besarla. Le besé el cuello y los lóbulos de las orejas. Hasta que ella me cogió una mano y la apoyó sobre su teta derecha. Así que empecé a frotársela mientras la besaba. Después empecé a frotarle la entrepierna (por encima del pantalón del pijama). Ella gemía y todo eso, así que me quité los pantalones; pero me dejé los calzoncillos puestos.

Seguro que no esperabais que os lo contara con tanto detalle, ¿verdad, capullos?

Así que la estaba besando y frotando al mismo tiempo. La verdad es que no era nada fácil. No conseguía concentrarme en las dos cosas al mismo tiempo. Pero seguí intentándolo.

Hasta que ella empezó a frotarme la polla, poniéndome cada vez más cachondo.

Cara de Pan: Métemela, Extramask.

Extramask: Vale.

Así que me quité los calzoncillos. Allí estaba, de rodillas, en su cama, con una erección de campeonato; ya os lo imagináis.

Cara de Pan: Ponte un condón. Si quieres, yo tengo uno.

Extramask: He traído los míos.

De nuevo, recordad que yo todavía era virgen y lo cierto es que no tenía ni idea de cómo ponerme un condón.

Extramask: Pónmelo tú. Eso me pone cachondo.

Cara de Pan: Vale.

Pero Cara de Pan no conseguía ponerme el condón. Al final decidió ir a por uno de los suyos. Mientras los buscaba, yo conseguí ponerme el mío. ¡Y, entonces, por fin, follamos!

Follamos y follamos y follamos y follamos y follamos y follamos.

Y unos quince minutos después, yo estaba pensando: «Esto de follar es una mierda. ¿Tanto rollo para esto? Esto es una mierda. Quiero irme.» Y de verdad quería irme. Y pensaba: «¿Y todo este esfuerzo para esta mierda?»

Porque lo cierto es que llevaba quince minutos tirándomela al estilo misionero, pero no sentía nada.

Ella no paraba de gemir y todas esas cosas, y yo empujaba y empujaba, como una máquina. Así que decidí cambiar de postura, a ver qué tal, como en las películas pomo.

Ella se puso encima, pero yo, que siempre había soñado con ese momento, sólo podía pensar en lo que me dolía la polla. «Joder, cómo me duele la polla. Como siga así, se me va a partir en dos.»

No aguanté ni dos minutos antes de volver a cambiar de postura. Esta vez hice que se pusiera a cuatro patas, al estilo perruno; pensaba que eso resultaría interesante. Así que se la iba a meter por detrás, pero no conseguía atinar con la raja. Ahí estaba, pescando por todas partes sin encontrar la raja. Fue horrible, igual que lo de follar. Yo buscaba y buscaba, pero no conseguía encontrarle la raja. Y ella empezó a gemir. Y yo pensaba: «Deja de gemir. Deja de gemir de una puta vez, china. ¡Joder, lo digo en serio!» La verdad es que sus gemidos no ayudaban nada.

Cuando por fin conseguí metérsela, volvió a salirse a los dos empujones. Y ella cada vez gemía más. Así que decidí volver a cambiar de postura y, por alguna razón, opté por que ella volviera a ponerse encima. Una mala elección. Os juro que creía que se me iba a romper la polla. Aguanté unos cuatro minutos antes de volver a la postura del misionero y arremetí y arremetí.

Ella me lo estaba pidiendo.

Y yo decía cosas como:

—¿Te gusta así?

—¡Di cómo me llamo!

—¿Te gusta así?

Recordad que yo estaba muerto de aburrimiento.

Y media hora después:

Cara de Pan: ¿Ya?

Extramask (pensando: «¿Ya qué? Supongo que le parecerá poco. Cómo me gustaría que todo esto hubiera acabado ya»).

Así que me quité el condón y me puse uno nuevo.

Cara de Pan: ¿Qué estás haciendo?

Extramask: Me estoy poniendo un condón nuevo.

Cara de Pan: ¿Por qué?

Extramask: No lo sé. ¿No querías que siguiera?

Cara de Pan: No.

Por mí, mejor. Yo estaba encantado de parar.

Así que nos quedamos tumbados y de vez en cuando nos besábamos un poco. Ella quería acurrucarse contra mí. La verdad es que a mí no me apetecía, pero la abracé.

Desde luego, fue una equivocación. Lo que debería haber hecho era arrancarme el condón y cascármela hasta conseguir correrme en su cara y en su puta televisión Trinitron.

Cara de Pan: Descansa cinco minutos. Después te pediré un taxi.

Extramask: ¿Qué? ¿Cinco minutos? ¿Es que quieres echarme?

Cara de Pan: No, no quería que sonara así. Sólo lo decía porque a veces sienta bien descansar cinco minutos al acabar.

Extramask: ¡Qué manía con los cinco minutos!

Cara de Pan: Olvídalo. Tú sólo intenta relajarte.

Extramask: Pero ¿por qué exactamente cinco minutos?

Cinco minutos después, ella llamó un taxi.

Hablamos un poco mientras esperábamos. Me dijo que al verme en la discoteca se había dado cuenta de que yo tenía mucha energía. Eso le había gustado.

Cara de Pan: ¿Qué vas a hacer ahora? (Eran las tres y media de la madrugada.)

Extramask: Voy a ir a buscar a mis amigos a otra disco. (Me puse a dar saltos en una demostración de energía.)

Cara de Pan: ¿Vas a seguir de marcha?

La idea no parecía gustarle. Y lo cierto es que yo no tenía la menor intención de seguir de marcha. Sólo era algo que le había dicho para hacerla rabiar. Porque me molestaba que estuviera intentando deshacerse de mí tan rápido. Yo también quería irme, pero no quería que ella me echara.

Cuando llegó el taxi, nos besamos, unas tres veces, y me fui.

No le pedí el teléfono porque:

1. No quería volver a follar con ella.
2. Era obvio que nuestro encuentro era de una sola noche.

Por si acaso, apunté su dirección al irme; por si me dejaba algo en su apartamento. Siempre sería mejor tenerlo que no tenerlo.

Y eso es todo. Por fin he conseguido mi primer completo. Ya no soy virgen. Ha sido una experiencia horrible y, al acabar, me he sentido un poco sucio y utilizado.

Lo cierto es que, en suma, me siento más o menos igual que cuando era virgen. Pero creo que esto me ayudará inconscientemen-

te en mis sargeos. Ya no soy virgen. Así que, ahora, cuando hable con una chica pensaré: «Y a mí qué me importa. Ya no te necesito para dejar de ser virgen.»

EXTRAMASK

CAPÍTULO 5

¿Cómo se besa a una chica?

Apenas diez centímetros separan vuestras caras. Estáis tan cerca que casi no tendríais ni que moveros para besaros. Y, aun así, son los diez centímetros más difíciles con los que te has enfrentado en tu vida. Pues, en ese momento, el hombre debe renunciar a su orgullo, a su ego, a su autoestima y a todo aquello por lo que tan duro ha trabajado durante años y esperar, sí, esperar, que ella no eluda el beso ofreciéndote una mejilla o, lo que sería peor todavía, diciéndote que prefiere que seáis amigos.

Yo salía todas las noches para acumular experiencia para cuando hiciera de ala en el taller de Mystery. No tardé en encontrar una técnica que funcionaba; al menos hasta cierto punto. Que me rechazasen era algo que ya no me preocupaba. Sabía cómo aproximarme a un grupo y cómo debía reaccionar ante casi cualquier contingencia para conseguir un número de teléfono y la perspectiva de un nuevo encuentro.

Todas las noches, al volver a casa, repasaba los acontecimientos, buscando algo que pudiera hacer mejor. Si una aproximación había fallado, estudiaba la manera de mejorarla: ángulos de acercamiento, medios giros, tiempos muertos, límites de tiempo... Cuando no conseguía un número de teléfono no le echaba la culpa a la chica por ser fría o antipática, como hacían muchos otros en la Comunidad. Me culpaba a mí mismo y analizaba cada palabra, cada gesto, cada reacción; hasta que encontraba un error de táctica.

Una vez leí en un libro que se llama *Introducción a la PNL* que el fracaso no existe realmente como tal, sino que es algo que confundimos con la posibilidad de aprender una lección. Yo quería aprender la lección ahora para no equivocarme luego

al llevarla a la práctica con Mystery. Pronto tendría que demostrar mi valía ante los alumnos de Mystery, igual que lo había hecho Sin ante mí. Un solo fracaso bastaría para desacreditarnos permanentemente a Mystery y a mí.

Además, tenía otro problema. Aunque pudiera conseguir el número de teléfono de cualquier mujer mediante una frase de entrada, unos negas y mi gran autoestima, no tenía ni idea de lo que debía hacer después. Nadie me lo había enseñado todavía.

Sí, es cierto que, técnicamente hablando, conocía los términos de la táctica del beso de Mystery: «¿Te gustaría besarme?» Pero, llegado el momento, era incapaz de decirlo. Después de pasar tanto tiempo creando lazos con una chica (ya fuera durante media hora en una discoteca o durante varias horas en un segundo encuentro), me aterrorizaba la idea de romper la buena comunicación y la confianza que tanto me había costado ganar. A no ser que ella me diera una señal inconfundible de que yo le atraía sexualmente, temía que, si la besaba, pensaría que yo era igual que todos los demás.

El típico pensamiento de un TTF. Lamentable. Tenía que deshacerme de ese chico bueno que habitaba en mi interior, empeñándose en estropearme los planes. Pero, desgraciadamente, no iba a tener tiempo de hacerlo antes de viajar a Belgrado.

CAPÍTULO 6

Había aprendido varios trucos de prestidigitación, un principio de magia llamado *equivoque*, los fundamentos de la adivinación mediante la lectura de runas vikingas y a hacer desaparecer un cigarrillo encendido. Desde luego, había sido el vuelo más productivo de mi vida. Y, ahora, Mystery y yo estábamos en Belgrado, en la que probablemente fuese la peor época del año en esa ciudad. Marko nos llevó a su apartamento conduciendo por calles cubiertas de hielo y de nieve en un Mercedes plateado de 1987 que tenía la mala costumbre de calarse cada vez que él metía la segunda marcha.

Sentado en el asiento de delante, con el pelo sucio recogido en una coleta, Mystery hurgó entre el contenido de su mochila hasta encontrar un abrigo negro de tela demasiado fina. En el tercio inferior del abrigo, que prácticamente le llegaba hasta los pies, la tela original había sido sustituida por una tela negra cubierta de estrellas. Parecía el tipo de prenda que alguien llevaría a una feria renacentista. Además, Mystery llevaba un gran anillo de plástico sobre el que él mismo había pintado un ojo.

Lo cierto era que, en el fondo, Mystery no era más que un pardillo cuya mayor ambición consistía en transformarse a sí mismo en un apuesto mago todas las noches.

—Vas a tener que afeitarte la cabeza —me dijo al tiempo que me observaba de arriba abajo.

—No, gracias —le dije yo—. ¿Y si luego resulta que tengo un cráneo raro o manchas en la cabeza? Mi padre tenía una mancha muy rara en la piel.

—Mírate. Llevas gafas. Tienes que ponerte un gorro para disimular esa inmensa calva que tienes. Y estás pálido como un muerto. Y, por tu aspecto, apostaría a que no has ido a un gimnasio desde el parvulario. Las cosas te han ido bien hasta ahora

porque eres listo y aprendes rápido, pero el aspecto también importa. Te llamas Style, así que empieza a comportarte com si tuvieras algo de estilo. Ponte las pilas; afeítate la cabeza, opérate la vista, apúntate a un gimnasio...

Desde luego, Mystery era un pardillo de lo más insistente.

Se volvió hacia Marko.

—¿Sabes dónde hay una peluquería?

Desgraciadamente, sabía dónde había una. Marko aparcó delante de un pequeño edificio y nos llevó a una peluquería. Mystery me sentó en una silla, le dijo a Marko que le indicase al viejo peluquero serbio que me rapase al cero y luego supervisó todo el proceso, asegurándose de que no me quedara ni un solo pelo en el cráneo.

—Nadie elige quedarse calvo —me dijo—, pero sí puedes elegir afeitarte. Si alguien te pregunta por qué te afeitas la cabeza, dile: «Solía tener una melena hasta el culo, pero un día me di cuenta de que me estaba tapando lo mejor de mí.» —Se rió—. O, si no, también podrías decir: «Hay que afeitarse la cabeza para practicar la lucha grecorromana.»

En cuanto pudiera, apuntaría esas dos respuestas en mi chuleta.

Al acabar, me miré en el espejo y vi a un paciente de quimioterapia.

—Te favorece —dijo Mystery—. Ahora lo que necesitas es un salón de rayos uva. Vas a ver; un par de horas allí y parecerás un auténtico matón.

—Está bien —accedí yo—, pero, por mucho que insistas, te aseguro que no voy a operarme la vista en Serbia.

Lo primero que pensé al verme con el cráneo afeitado y la tez morena fue por qué no lo habría hecho antes. No había duda de que mi aspecto había mejorado. En una escala del uno al diez, mi atractivo habría pasado de un 5 a, digamos, un 6,5. Después de todo, venir a Belgrado no había sido tan mala idea.

A Marko tampoco le hubiera venido mal un cambio de imagen. Medía metro noventa de estatura y era de constitución corpulenta; de hecho, era bastante más grande que la mayoría de los serbios. Además, tenía la piel oscura y la cabeza tan desproporcionada como la de un personaje de Snoopy. Llevaba puesto un abrigo de lana que le venía demasiado grande, un grueso jersey gris con motas blancas de J. Crew y un cuello alto beige que le hacía parecer una tortuga.

Al no ser capaz de cumplir su ambición universitaria de entrar en los círculos más elitistas de Estados Unidos, había opta-

do por competir en una liga más modesta, la Serbia, donde su padre era un afamado artista.

Llegamos a su pequeño apartamento, en el que sólo había dos camas; una de ellas, doble. Al no haber un sofá, ni siquiera un saco de dormir, decidimos turnarnos para ver quién dormía en la cama pequeña mientras los otros dos compartían la más grande.

—¿Qué haces con un tío como ése? —me preguntó Marko mientras Mystery se duchaba.

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

—Es que no ves que no está a nuestra altura? Nosotros hemos ido a los mejores colegios privados y a la universidad de Vassar. Tu amigo no es uno de los nuestros.

—Ya, ya. Tienes razón. Pero, créeme, Mystery te va a cambiar la vida.

—No sé... —dijo Marko—. Bueno, ya veremos. He conocido a una chica que me gusta de verdad. Esta vez quiero hacerlo bien. Espero que tu amigo no me deje en ridículo con uno de sus estúpidos trucos.

Aunque Marko no había salido con una sola chica desde que había vuelto a Belgrado, hacía unos meses había conocido a una chica que se llamaba Goca y estaba convencido de que era la mujer de su vida. Todas las noches iba a recogerla con flores, la invitaba a cenar y la dejaba pronto en casa, como un perfecto caballero.

—¿Todavía no te has acostado con ella? —le pregunté.

—No. Ni siquiera la he besado.

—Pero, tío... Te estás comportando como un TTF. Uno de estos días se le va a acercar alguien en una discoteca y le va a decir: «¿Crees en la magia?» Y después se la va a llevar a la cama. Lo que quiere tu Goca es un poco de aventura en su vida. Quiere follar. Eso es lo que quieren en el fondo todas las chicas.

—Goca no es como las demás —dijo Marko—. Además, aquí, las chicas tienen más clase que en Los Ángeles.

Los MDLS tenemos un calificativo para esa actitud; lo llagarnos monoítis. Es una enfermedad típica entre los TTF. Se obsesionan con una chica con la que ni están saliendo ni se están acostando, y se vuelven tan pegajosos que lo único que consiguen es espantarla. El mejor remedio contra la monoítis es acostarse con una docena de chicas diferentes; después de eso, incluso la chica más especial deja de parecerlo.

CAPÍTULO 7

Para el taller de Belgrado compré una bolsa negra de Armani del tamaño de un libro de tapa dura, diseñada para llevarla elegantemente cruzada sobre el pecho, pues resultaba imposible guardar todos mis trucos de magia y el resto del material necesario para salir al campo de batalla en los cuatro bolsillos de los pantalones. De ahí que prácticamente cada MDLS tenga su propia bolsa de accesorios. La mía contenía lo siguiente:

1 PAQUETE DE CHICLES
Por bueno que seas, no vas a conseguir un beso si te apesta el aliento.

1 PAQUETE DE CONDONES LUBRICADOS
Necesarios no sólo para mantener relaciones sexuales, sino también por el estímulo psicológico que supone saber que estás preparado para ello.

1 LÁPIZ Y 1 BOLÍGRAFO
Indispensables para apuntar los números de teléfono, para escribir algunas notas, para realizar trucos de magia y para los análisis caligráficos.

1 TROZO DE PELUSA DEL FILTRO DE LA SECADORA
Necesario para realizar la aproximación de la pelusa: te acercas a una mujer y te detienes junto a ella. Sin decir nada, haces como si le quitaras un trozo de pelusa (que llevas oculto en la mano) de la ropa y, sujetando en alto el pedazo de pelusa, le dices: «¿Cuánto tiempo llevará esto en tu jersey?» Después le das la pelusa.

1 SOBRE CON FOTOS
Para llevar a cabo la técnica de las fotos de Mystery.

1 CÁMARA DIGITAL
Para llevar a cabo la técnica de la cámara digital de Mystery. Primero te haces una foto sonriente con una chica, después otra con ademán serio y, finalmente, una dándole un beso (puede ser en la mejilla o en los labios). Después, miras las fotos con ella. Al llegar a la última, dices: «¿Verdad que hacemos buena pareja?» Si dice que sí, ya has logrado tu objetivo.

1 PAQUETE DE CARAMELOS
Para la técnica de los caramelos. Ponte dos caramelos, preferiblemente pequeños, en una mano. Chupa uno muy despacio. Después ofrécele el otro a ella. Si acepta, di: «Vale, pero hay algo que tienes que saber. Nunca regalo nada; sólo lo presto. Cuando acabes quiero que me devuelvas mi caramelo.» Después, bésala.

CACAO PARA LOS LABIOS, MAQUILLAJE Y LÁPIZ DE OJOS
Maquillaje opcional masculino.

CHULETA, 3 PÁGINAS
Una página con tus técnicas favoritas. Dos páginas con entradas.

1 JUEGO DE RUNAS VIKINGAS TALLADAS EN MADERA
Y 1 BOLSA DE TELA
Para leer el futuro.

1 CUADERNO
Para apuntar números de teléfono, para tomar notas, para realizar trucos de magia y para la técnica del mal dibujante de Ross Jeffries, en la que, con gesto de concentración, dibujas un retrato de una chica y le dices: «Es tu belleza la que me ha inspirado.» Después le enseñas una figura hecha a base de palos con un pie del tipo: «Chica más o menos guapa en una cafetería, 2005.»

1 COLLAR QUE BRILLE EN LA OSCURIDAD
Para pavonearse.

2 JUEGOS DE FALSOS *PIERCINGS*
Adorno corporal opcional.

1 PEQUEÑA GRABADORA DIGITAL
Para grabar conversaciones a escondidas con el fin de analizarlas después.

2 ANILLOS DE PULGAR Y 2 CADENAS DE BISUTERÍA (1 DE REPUESTO)
Para regalar a las chicas tras un cierre con teléfono. Le dices: «No serás una ladrona, ¿verdad?» Después te quitas lentamente la cadena o el anillo y se lo pones. Finalmente la besas v dices: «No es un regalo. Te lo dejo para que te acuerdes de mí, pero quiero que me lo devuelvas la próxima vez que nos veamos.» Cuando se vaya, te pones el anillo o la cadena de repuesto.

1 PEQUEÑA LINTERNA DE LUZ NEGRA
Para resaltar el trozo de pelusa o la caspa que pueda haber en la ropa de una chica.

MUESTRAS DE 4 TIPOS DISTINTOS DE COLONIA
En primer lugar, para oler bien. Y en segundo lugar, para la técnica de la colonia. Te pones una colonia distinta en cada muñeca y le pides a una chica que las huela y que te diga cuál prefiere. Después dibujas una cruz con un bolígrafo en la muñeca elegida. Haz un recuento de las cruces al acabar la noche y sabrás cuál es la colonia que más te conviene.

VARIOS TRUCOS DE MAGIA
Para leer el pensamiento, hacer levitar botellas de cerveza y hacer desaparecer cigarrillos.

Sí, había traído todo el arsenal. Era una noche importante —mi primer taller como ala—, y tenía que demostrar mi valía.

Dado que la matrícula que cobraba Mystery por sus talleres ascendía a la mitad del salario anual de un serbio, la mayoría de nuestros alumnos eran extranjeros. Nos reunimos en Ben Ahiba, un bar lujosamente decorado situado a la vuelta de la esquina de la plaza principal de Belgrado. Exoticoption (1) era un norteamericano que estudiaba en la universidad de Florencia, desde donde había venido en tren; Jerry era un monitor de esquí de Munich, y Sasha, aunque era serbio, estudiaba en Austria.

Los desconocidos se miden unos a otros en cuestión de segundos. Cien pequeños detalles, desde la ropa hasta el lenguaje corporal, se combinan para crear una primera impresión. La misión de Mystery —y ahora también la mía— era convertir a esos tres chicos en verdaderos MDLS.

Exoticoption era un chico simpático; de hecho, se esforzaba

(1) *Exoticoption* se traduce como «Opción exótica». *(N. del t.)*

tanto por serlo que, al final, su extremada simpatía llegaba a perjudicarle. Jerry tenía un gran sentido del humor, pero resultaba algo anodino. Y Sasha... Bueno, Sasha necesitaba toda la ayuda que pudiéramos ofrecerle. Cualquier tipo de relación social era un desafío para Sasha, que, más que un chico, parecía una cría de ganso con acné.

Esta vez me tocaba a mí hacer las preguntas de rigor mientras daba la vuelta a la mesa: «¿Qué puntuación tienes?» «¿Cuáles son tus puntos flacos?» «¿Con cuántas chicas te gustaría acostarte?»

A sus veinte años, Exoticoption se había acostado con dos mujeres.

—Por lo general, no me cuesta entrarles a las chicas; incluso se me da bien —dijo al tiempo que apoyaba un brazo sobre el respaldo del asiento vacío que tenía al lado—. Lo que me cuesta es dar el siguiente paso. No soy capaz de seguir adelante; ni siquiera cuando noto que le gusto a la chica.

A sus treinta y tres años, Jerry se había acostado con tres mujeres.

—Me gusta ir a cafés y a sitios por el estilo. Siempre voy a lugares tranquilos. No me siento cómodo en las discotecas.

A sus veintidós años, Sasha decía haberse acostado con una mujer, aunque Mystery y yo sospechábamos que exageraba; al menos, en una.

—Me gusta ligar porque es como Dragones y Mazmorras. Cuando aprendo un nega, o cualquier otra técnica nueva, me siento como si hubiera conseguido un bastón o un hechizo.

Uno a uno, nuestros alumnos pusieron sus miedos —y sus grabadoras— sobre la mesa. Ahora, me tocaba a mí introducirlos en el juego.

La parte teórica resultó fácil. Todo lo que tuve que hacer fue evitar que Mystery se saliera de la rutina de iniciación acostumbrada, pues le encantaba el sonido de su propia voz.

El verdadero desafío llegaría cuando pasáramos a la práctica.

Enviamos a los chicos en distintas misiones a las mesas de nuestro alrededor. Les dijimos que abordaran a varios grupos —*sets* (2), como prefería llamarlos Mystery—, y estudiamos su lenguaje corporal y las consiguientes reacciones y respuestas de las mujeres. Después lo repasamos todo con ellos.

(2) Un *set* es un grupo de personas en un espacio público. Puede haber *sets* de dos, de tres, etcétera.

«Te has inclinado demasiado hacia el *set* y eso transmite necesidad. Ponte recto y balancea el peso del cuerpo sobre el pie de detrás, como si fueses a marcharte en cualquier momento.»

«Al quedarte tanto tiempo, has hecho que se sientan incómodas. Deberías haberte puesto un límite de tiempo. Por ejemplo, podrías haber dicho: "Sólo puedo quedarme unos minutos, porque mis amigos me están esperando." Así no les hubiera preocupado la posibilidad de que te pegaras a ellas.»

Sasha fue quien peor lo hizo. Vacilaba en las aproximaciones y se miraba continuamente los pies, demostrando falta de confianza en sí mismo. Si alguna chica lo escuchaba, era por educación.

Me fijé en dos chicas sentadas a la barra; una de ellas, de aspecto delicado y cabello negro, y la otra más alta, con un perfecto moreno de bote, marcados hoyuelos y el pelo rubio recogido en multitud de trenzas, al estilo Bo Derek. Ambas irradiaban energía y seguridad en sí mismas. Desde luego, no eran un *set* fácil. Y por eso mismo elegí a Sasha.

—Acércate a ese *set* de dos de la barra —le dije—. Diles que estás con unos amigos norteamericanos y pregúntales si conocen algún sitio animado al que podamos ir.

Era una misión condenada de antemano al fracaso. Sasha se acercó a ellas humildemente por detrás e intentó llamar su atención en varias ocasiones. Y, cuando por fin lo consiguió, apenas la mantuvo durante unos segundos. Como tantos otros hombres, se comunicaba sin energía. Todos esos años de inseguridades y ostracismo social habían acabado por ocultar su fuerza y su alegría en lo más profundo de su ser. Cada vez que abría la boca, el mensaje que farfullaba llegaba con perfecta claridad: «He nacido para ser ignorado.»

—Ayúdalo —me dijo Mystery mientras observábamos cómo Sasha vacilaba, sin saber qué más decirle a la rubia con el peinado a lo Bo Derek.

—¿Qué?

—Ve con él. Demuéstrales a los chicos cómo se hace.

Primero, el miedo se apodera de tu pecho, se agarra suavemente a la base de tu corazón. Después empiezas a sentirlo de verdad. El estómago se te hace un nudo, la garganta se te cierra, y tragas, intentando luchar contra la sequedad. Y te intentas convencer a ti mismo de que, cuando abras la boca, tu voz

sonará clara y confiada. A pesar de todo mi entrenamiento, estaba aterrorizado.

Por lo general, las mujeres son más perceptivas que los hombres. Siempre saben cuándo alguien les está mintiendo. Así que un maestro de la seducción tiene que ser congruente con su técnica y creer de veras en lo que dice. La otra opción es ser un gran actor. Cualquiera que se preocupe por lo que una mujer piense de él está condenado al fracaso. Cualquiera al que una mujer sorprenda pensando en acostarse con ella —eso es, antes de que ella piense en acostarse con él— fracasará. Y la mayoría de los hombres pensamos en acostarnos con las chicas antes de que lo hagan ellas. No podemos evitarlo; somos así por naturaleza.

Mystery lo llama homeóstasis social dinámica. Es una paradoja que nos golpea todos los días; por un lado, nuestro incontenible deseo de acostarnos con una chica y, por otro, la necesidad de protegernos de la humillación pública. Según Mystery, ese miedo existe porque estamos programados evolutivamente para vivir una existencia tribal, en la que toda la tribu se entera cuando un hombre es rechazado por una mujer. Entonces, el hombre es condenado al ostracismo, y sus genes, como suele decir Mystery, quedan al margen de la cadena evolutiva.

Ignorando el miedo, valoré racionalmente la situación mientras me acercaba a la barra. El problema de Sasha era su posicionamiento. Las dos chicas estaban sentadas de cara a la barra y él se había aproximado desde atrás, de tal manera que ellas habían tenido que darse la vuelta para hablar con él.

Pero, en cuanto quisieran dejar de hablar con él, les bastaría con volver a darse la vuelta, dándole de nuevo la espalda.

Miré hacia atrás. Mystery y nuestros otros dos alumnos me observaban. Tenía que trabajar bien los ángulos. Me aproximé al *set* de dos desde el lado derecho de la barra, el lado en el que estaba la chica del pelo negro; el obstáculo, como diría Mystery.

—Hola —me aclaré la garganta—. Soy el amigo del que os ha hablado Sasha. Decidme, ¿qué sitio nos recomendáis?

Tanto las chicas como Sasha recibieron mi presencia con un silencioso suspiro de alivio, pues mi llegada hacía que la situación resultase menos incómoda para todos.

—Reka es divertido para cenar —dijo la chica del pelo negro—. Algunos de los barcos del río están bien, como *Lukas*, *Cruz* o *Exil*. Y Underground y Ra también son divertidos, aunque yo no suelo ir a ese tipo de sitios.

—Oye, ya que estoy aquí, ¿os importa que os haga otra pregunta? —Ya estaba en terreno conocido—. ¿Creéis en la magia?

A esas alturas yo ya me sabía de memoria esa técnica: la historia de un supuesto amigo que se había enamorado de una rnujer como consecuencia de un hechizo lanzado por ella. Así que, mientras mi boca hablaba, mi cerebro pensaba en términos de estrategia. Tenía que reposicionarme para quedar junto a la rubia si quería robarle la chica a mi alumno.

—Os lo pregunto porque yo antes no creía en esas cosas, pero hace poco me pasó algo increíble —continué diciendo—. Mira —le dije a la rubia—, deja que te enseñe algo.

Rodeé las banquetas hasta posicionarme junto a mi objetivo.

Pero, aunque ahora estaba donde quería, todavía tenía que encontrar un sitio donde sentarme. Si no, mi presencia acabaría por incomodarla. Desgraciadamente, no había ningún taburete vacío, así que tendría que improvisar.

—Enséñame las manos —le dije—. ¿Te importaría levantarte para que pueda verlas mejor?

Y, en cuanto ella se levantó, yo me senté en su taburete. Por fin estaba donde quería. Ahora era ella la que estaba de pie, sin saber qué hacer. Como en una partida de ajedrez, yo acababa de realizar un movimiento impecable.

—Acabo de robarte el asiento —me reí.

Ella sonrió y me golpeó juguetonamente el brazo. La partida había comenzado.

—Acércate un poco más —continué diciendo—. Si quieres, podemos intentar un experimento. Pero sólo puedo quedarme un momento. Ahora mismo te devuelvo tu asiento.

Aunque no conseguí adivinar su número (era el diez), ella se

divirtió. Mientras hablábamos, vi cómo Mystery se acercaba a Sasha y le decía que mantuviera ocupada a la chica del pelo negro, para que no se entrometiese en mi juego.

Marko tenía razón: las chicas de Belgrado eran guapísimas. Además, eran extremadamente inteligentes y hablaban inglés casi mejor que yo. La verdad es que disfruté hablando con esa chica; resultaba cautivadora, había leído mucho y tenía un máster en administración de empresas.

Cuando llegó el momento de irse, le dije que me gustaría verla otra vez antes de regresar a Estados Unidos. Ella sacó un bolígrafo del bolso y me dio su número de teléfono. Acababa de ganarme el respeto de mis alumnos. Sí, Style era un verdadero maestro de la seducción.

Mientras tanto, Sasha seguía hablando con la chica del pelo negro.

—Dile que tenemos que irnos y pídele su e-mail —le susurré al oído.

Él lo hizo y... ¡milagro! La chica se lo dio.

Nos unimos a los demás y salimos del café. Sasha era un hombre nuevo. Emocionado, se puso a saltar como un niño en la calle, al tiempo que cantaba en serbio; era la primera vez que una chica le daba su dirección de correo electrónico.

—Estoy tan contento —exclamó—. Creo que éste es el mejor día de mi vida.

Como sabe cualquiera que lea el periódico o historias sobre crímenes reales, un importante porcentaje de los delitos violentos que se cometen, desde secuestros hasta asesinatos, son consecuencia de la represión de los impulsos sexuales. De ahí que, al recuperar para la sociedad a tipos como Sasha, Mystery y yo, estábamos haciendo del mundo un lugar más seguro.

Mystery me rodeó los hombros con el brazo y me apretó la cara contra su abrigo de mago.

—Estoy orgulloso de ti —dijo—. No sólo has conseguido a la rubia, sino que lo has hecho delante de los chicos; ahora ellos saben que es posible.

Fue entonces cuando me di cuenta de uno de los efectos secundarios del juego. En mi cabeza, hombres y mujeres estaban separados por un abismo cada vez mayor. Yo empezaba a ver a las mujeres como meros indicadores cuya utilidad principal era medir mis avances como maestro de la seducción. Eran los parámetros de mi test, identificables tan sólo por el color del pelo y un número: una rubia 7, una morena 10. Incluso cuando entablaba una conversación de interés, o cuando una mujer compartía conmigo sus sueños y sus puntos de vista, mentalmente yo sólo estaba tachando un paso superado de mi lista. Al fortalecer los lazos que me unían a otros hombres, estaba desarrollando una actitud poco sana hacia el sexo opuesto. Y lo más preocupante de todo era que esa actitud era precisamente la que me permitía tener más éxito con las mujeres.

Después, Marko nos llevó a Ra, una discoteca ambientada en el antiguo Egipto cuya puerta estaba presidida por dos estatuas de hormigón del dios Anubis. Estaba prácticamente vacía. Dentro sólo había guardias de seguridad, camareros y un grupo de nueve ruidosos serbios sentados en taburetes alrededor de una pequeña mesa redonda.

Estábamos a punto de irnos cuando Mystery se dio cuenta de que había una chica entre los serbios. Era joven y delgada, con el pelo muy largo y un traje rojo que dejaba a la vista unas piernas tan hermosas como largas. Era un *set* imposible: una chica sola rodeada por nueve tipos corpulentos con el pelo rapado, al estilo militar; hombres que, sin duda, habrían luchado en la guerra, que probablemente habrían matado a otros hombres. Y Mystery iba a acercarse a la mesa.

El maestro de la seducción es la excepción a la regla.

—Toma —me dijo—. Junta las manos y entrelaza los dedos, y cuando te diga que abras las manos, tú actúa como si no pudieras hacerlo.

Acto seguido, Mystery hizo como si sellara mis manos mediante el arte del ilusionismo y yo fingí la correspondiente sorpresa.

El espectáculo atrajo la atención de los porteros de la discoteca, que lo desafiaron a intentar hacer lo mismo con sus puños. Pero Mystery los obsequió con su truco de parar las agujas

del reloj. Apenas unos minutos después, el encargado de la discoteca nos estaba invitando a unas copas y el grupo de serbios, incluida la chica, nos observaba atentamente.

—Si sois capaces de conseguir que una chica os envidie —le dijo Mystery a nuestros alumnos—, conseguiréis que se acueste con vosotros.

Mystery estaba trabajando con dos principios. Por un lado, estaba demostrando su valía al ganarse la atención de los encargados de la discoteca, y, por otro, estaba usando un peón; en otras palabras, estaba sirviéndose de un grupo para conseguir llegar a otro grupo, al que resultaba más difícil acceder.

Como colofón, Mystery le dijo al encargado que haría levitar una botella. Se acercó a la mesa de los serbios, les pidió que le prestaran una botella vacía de cerveza y la hizo flotar en el aire durante unos segundos. Había conseguido el acceso al grupo donde estaba su objetivo. Obsequió a los chicos con varios trucos más mientras ignoraba a la chica. Pasados los cinco minutos de rigor, implacable, empezó a hablar con ella, y unos minutos después la aisló de los demás, llevándola a un asiento cercano. Había utilizado como peones a todos los hombres presentes en la discoteca para conseguir llegar hasta ella.

Como la chica apenas hablaba inglés, Mystery usó a Marko como traductor.

—Todo lo que has visto esta noche no es más que una ilusión —le dijo a través de Marko—. La he creado para poder conocerte. Es mi regalo para ti.

Finalmente intercambiaron sus números de teléfono. Después, Mystery y Marko se reunieron con el resto de nosotros en la barra y juntos nos dirigimos hacia la salida. Pero, antes de que pudiéramos salir, uno de los MAG de la mesa nos cortó el paso. La ajustada camiseta negra que llevaba puesta revelaba una corpulencia que hacía que el cuerpo de Mystery pareciese el de una mujer.

—Así que te gusta Natalija, ¿eh, hombre mago?

—¿Natalija? Sí, hemos quedado en volver a vernos. ¿O es que no te parece bien?

—Natalija es mi novia —dijo el MAG—. Aléjate de ella.

—¿No crees que eso debería decidirlo ella? —dijo Mystery al tiempo que daba un paso hacia el MAG.

Mystery no se había acobardado; el muy idiota.

Mientras miraba las manos del MAG, yo me pregunté cuántos cuellos croatas habría roto durante la guerra.

El MAG se levantó el jersey, dejando ver la culata negra de una pistola.

—A ver si puedes doblar esto, hombre mago.

No era una invitación; era una amenaza.

Marko se volvió hacia mí, aterrorizado.

—Tu amigo va a hacer que nos maten —dijo—. Estas discotecas están llenas de ex combatientes y de mañosos. Para esta gente, matar es lo más normal del mundo.

Mystery colocó una mano delante de la frente del MAG.

—¿Recuerdas cómo moví la botella sin tocarla? —le preguntó—. Pesa ochocientos gramos. Ahora, imagínate lo que podría hacerle a una de las diminutas neuronas que tienes en el cerebro.

Chasqueó los dedos, recreando el sonido de una neurona al romperse.

El MAG miró fijamente a Mystery, intentando decidir si era un farol.

Mystery le sostuvo la mirada. Pasaron dos segundos. Después tres, cuatro, cinco. Yo no podía soportar la tensión. Ocho, nueve, diez. El MAG se bajó el jersey, ocultando la culata de la pistola.

Mystery jugaba con ventaja en Belgrado, pues allí nadie había visto a un mago actuando en directo; tan sólo habían visto magos en la televisión. Así que, al demostrar que la magia era algo más que un truco televisivo, Mystery había dado vida a una vieja superstición: aquella según la cual la magia podía ser algo real.

El MAG permaneció quieto donde estaba, mientras nosotros salíamos de la discoteca sin un solo rasguño.

CAPÍTULO 8

Algunas chicas son diferentes.

Eso es lo que decía Marko. Y, a pesar de todo lo que había visto durante el taller de Mystery, seguía pensando lo mismo. Insistía en que Goca no era como las demás. Goca era una chica de buena familia, había recibido una buena educación y tenía moralidad, no como esas chicas materialistas de las salas de fiestas.

Yo les había oído decir lo mismo a decenas de hombres. Al igual que les había oído decir a decenas de mujeres que nuestras técnicas no funcionarían con ellas. Pero en cambio había visto a esas mismas mujeres intercambiando números de teléfono, o saliva, con uno de nuestros chicos tan sólo unas horas después. Cuanto más inteligente es una chica, mejor funciona. Las *strippers*, con síndrome de déficit de atención, ni siquiera te dedican el tiempo necesario para que desarrolles una de tus técnicas, pero una chica más perceptiva, una chica con mundo que te escuche con atención, caerá inevitablemente en tus redes.

Y así fue cómo Mystery y yo acabamos saliendo con Marko y Goca en Nochevieja. Vestido con un flamante traje gris, Marko se bajó del coche delante de su casa a las ocho en punto, corrió hasta el otro lado, le abrió la puerta y le ofreció una docena de rosas. Goca tenía la apariencia de una chica inteligente de buena familia. Era baja y tenía el cabello castaño muy largo, una mirada agradable y una sonrisa que se prolongaba un poquito más en la mejilla izquierda que en la derecha. Marko tenía razón: parecía una de esas chicas que están hechas para el matrimonio.

El restaurante al que nos llevó Marko ofrecía platos típicos serbios, con abundantes pimientos rojos y mucha carne. La

música era un ejercicio de pura anarquía. Cuatro bandas con instrumentos de viento iban y venían de una sala a la otra, llenándolas con una cacofonía de marchas militares que se superponían entre sí. Observé atentamente a Marko y a Goca durante la cena para ver si su relación realmente podía tener futuro.

Al llegar, se sentaron el uno al lado del otro de forma poco natural. Sus intercambios verbales versaron sobre los acontecimientos de la velada: el menú, el servicio, el ambiente...

—Ja, ja. ¿Verdad que resulta divertido que el camarero se haya confundido y te haya servido mi filete?

La tensión me estaba matando.

No podía decirse precisamente que Marko tuviera un don natural con las mujeres. En el colegio nunca había sido muy popular, en parte por ser extranjero y en parte por tener el mote de «cabeza de calabaza» y por pertenecer al club de Jóvenes Republicanos. Y las cosas le fueron todavía peor que a mí; yo por lo menos besé a una chica durante mis años escolares.

Fue en la universidad cuando Marko dio los primeros pasos dirigidos a entablar relaciones con miembros del sexo opuesto. Se compró una chaqueta de cuero, se inventó un pasado aristocrático, se puso extensiones en el pelo a lo Terence Trent D'Arby y se compró su primer Mercedes-Benz. Aunque sus esfuerzos se vieron recompensados con la amistad de un par de chicas, Marko no llegó a sentirse lo suficientemente cómodo con las mujeres como para quitarse un poco de ropa hasta su tercer año de universidad. Y si llegó a estarlo en aquel momento fue, en gran medida, gracias a la amistad que había entablado con un estudiante más joven que él: Dustin. El sabor de aquellas pequeñas victorias fue tan dulce que Marko se quedó tres años más en la universidad, disfrutando de la popularidad que tanto le había costado obtener; hasta que la dirección le impidió matricularse por séptimo año consecutivo. Uno de los hábitos más extraños de Marko es que se ducha durante una hora todas las noches. Nadie entiende qué hace todo ese tiempo en la ducha, pues lo cierto es que no hay ninguna explicación lógica; para masturbarse, por ejemplo, no hace falta ni mucho menos tanto tiempo. (Si se os ocurre alguna explicación, mandadla a ManOfStyle@gmail.com.)

Llevaba una hora observando a Marko sentado inútilmente junto a Goca cuando, muerto de hastío, cogí mi cámara digital y les hice una demostración de la técnica de la cámara de Mystery. Les pedí que se sacaran una foto sonriendo, una con gesto serio y, por último, una que transmitiera apasionamiento; por

ejemplo, podían darse un beso. Marko estiró el cuello corno una gallina y le dio un piquito en la mejilla.

—No, un beso de verdad —insistí yo, aunque lo único que conseguí fue que los labios de los futuros prometidos chocaran entre sí en lo que sin duda fue el beso más torpe que había visto en mi vida.

Al acabar de cenar, Mystery y yo sembramos el terror en las dos salas del restaurante, bailando con señoras mayores, haciendo trucos de magia para deleite de los camareros y flirteando con todas las mujeres. Cuando volvimos a la mesa, mi mirada se cruzó con la de Goca y, por un momento, sus ojos parecieron brillar, como si buscasen algo en los míos. Hubiera jurado que se trataba de un IDI.

Esa noche me despertó el calor de un cuerpo metiéndose debajo de las sábanas de mi cama. Aunque me tocaba compartir la cama doble con Marko, ése, desde luego, no era el cuerpo de mi amigo serbio. Era un cuerpo de mujer. Una mano llena de calidez me acarició el cráneo recién afeitado.

—¡¿Goca?!

—Chis —dijo ella. Después me mordió el labio superior y lo absorbió entre los suyos.

Yo me aparté.

—Pero ¿y Marko?

—Está en la ducha—dijo ella.

—¿Habéis...?

—No —dijo ella con un desprecio que me cogió por sorpresa.

Justo antes de venir a mi cama, Goca también se le había insinuado a Mystery, aunque él había fingido no darse cuenta. Pero resultaba más difícil ignorarla cuando estaba metida en tu cama, en tu olfato, en tu boca. Sí, había bebido un par de copas, pero el alcohol nunca ha hecho que nadie haga algo que no desea hacer. Al contrario, el alcohol les permite a muchas personas hacer precisamente lo que siempre han deseado. Y, ahora, parecía que lo que quería Goca era acostarse con un hombre que poseyera todas las características de un macho alfa.

Es fácil decir que está mal acostarse con la chica de tu amigo, pero cuando sientes su cuerpo apretado contra el tuyo, sumiso, y hueles el aroma a fresa del suavizante en su pelo y sientes la tormenta de su deseo y la pasión empieza a envolverte, no es nada fácil decirle que no.

Le pasé los dedos por el cabello y le acaricié lentamente la cabeza. Ella se estremeció con un escalofrío de placer. Nuestros

labios se encontraron. Después, nuestras lenguas, nuestros pechos...

No podía hacerlo.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—Por Marko.

—¿Por Marko? —preguntó ella como si fuera la primera vez que oía su nombre—. Marko es un encanto, pero sólo es un amigo.

—Creo que lo mejor será que te vayas —le dije yo—. Marko terminará pronto de ducharse.

Quince minutos después, cuando Marko salió por fin de la ducha, oí cómo discutía en serbio con Goca. Después oí un portazo.

Marko entró en la habitación arrastrando los pies y se dejó caer en su mitad de la cama.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—Quiero apuntarme al próximo taller de Mystery.

CAPÍTULO 9

No era capaz de deshacerme de la distancia que nos separaba. Allí estaba yo, sentado en un café con mi Bo Derek rubia, que se mesaba las trenzas al tiempo que me rozaba un muslo con la rodilla... Pero yo estaba paralizado.

El gran Style, el ala de Mystery, cuyo magnetismo era tan grande que hacía que Marko le pareciese un TTF al amor de su vida, no se atrevía a besar a una chica.

Yo dominaba a la perfección decenas de frases de entrada y técnicas. Pero eso sólo era el principio del juego, y yo nunca sabía qué hacer a continuación. Debería haber resuelto el problema antes de viajar a Belgrado, pero ya era demasiado tarde para eso. Lo estaba echando todo a perder por miedo a ser rechazado.

Mystery, en cambio, no parecía tener el menor problema con Natalija, aunque ella tuviera trece años menos que él. No tenían nada en común; ni siquiera compartían el mismo idioma. Pero ahí estaban, juntos, en el sofá. Él, recostado sobre el asiento, con las piernas cruzadas, haciendo que ella tuviera que luchar por su atención. Y ella inclinada hacia él, con una mano apoyada sobre su rodilla.

Después de tomar un café, acompañé a mi cita a su casa. Sus padres no estaban, y para subir hubiera bastado con decir: «¿Puedo usar tu baño?» Pero mi boca se negó a pronunciar esas palabras. Aunque la sucesión de innumerables acercamientos con éxito me habían ayudado a mitigar el miedo al rechazo social, convirtiéndome en un prometedor maestro de la seducción a ojos de los demás, en mi interior yo sabía que todavía no era más que un maestro de las aproximaciones. Para poder convertirme en un verdadero MDLS tenía que superar un obstáculo mental de una envergadura mucho mayor: el temor al rechazo sexual.

Durante mi introducción al arte de la seducción, había leído *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert. Pensé en la perseverancia que había necesitado el dandi aristócrata Rodolphe Boulanger de la Huchette para conseguir el primer beso de madame Bovary, una mujer infelizmente casada. Pero una vez que consiguió robarle ese beso, ya no tuvo que hacer nada más, pues ella se entregó por completo a su pasión.

Una de las tragedias del mundo moderno es que, a pesar de los avances conseguidos durante el último siglo, las mujeres siguen sin tener demasiado poder en la sociedad. Sin embargo, en lo que a las relaciones sexuales se refiere, nadie duda de que son las mujeres quienes deciden. El hombre les cede el control al iniciar la seducción y no lo recupera hasta que la mujer toma una decisión y se entrega a él. Quizá sea por eso por lo que, para frustración de los hombres, las mujeres se muestran tan cautas a la hora de entregarse a ellos, pues cuanto más tardan en hacerlo más tiempo mantienen el control.

Para destacar en cualquier campo siempre hay obstáculos que superar. Es lo que los culturistas llaman el período del dolor. Tan sólo los que se empujan hasta el límite, los que están dispuestos a enfrentarse a ese dolor, al agotamiento, a la humillación, al rechazo, o a algo todavía peor, llegarán a convertirse en campeones. Los demás están condenados a ver el partido desde el banquillo. Para seducir a una mujer, para convencerla de que merece la pena arriesgarse a decir que sí, tendría que armarme de valor y poner en riesgo mi cómoda situación.

Y fue al ver a Mystery seduciendo a Natalija como aprendí la lección.

—Acabo de cortarme el pelo y me pica el cuello —le dijo a Natalija—. Me gustaría darme un baño para quitarme los pelillos sueltos. ¿Por qué no me enjabonas tú?

Como era de esperar, Natalija le dijo que no le parecía buena idea.

—Bueno —repuso él—. Pues entonces, adiós. Voy a darme un baño.

Mientras Natalija lo observaba alejarse, la idea de que posiblemente nunca volvería a verlo debió de pasar por su cabeza. Es lo que Mystery llama falso alejamiento. En realidad no se iba; tan sólo quería que ella lo creyera.

Mystery dio cinco pasos —sin duda, los contó— antes de detenerse y darse la vuelta.

—Llevo una semana viviendo en un apartamento enano. Creo que voy a coger una habitación en ese hotel —dijo seña-

lando hacia el cercano hotel Moskva—. Seguro que tienen buenas bañeras. Tienes dos opciones: o me acompañas o esperas a que te mande un e-mail cuando vuelva a Toronto.

Natalija apenas si vaciló un instante antes de seguirlo.

Y fue entonces cuando me di cuenta de cuál había sido siempre mi equivocación: para conseguir a una mujer tienes que arriesgarte a perderla.

Cuando volví al apartamento, Marko estaba haciendo la maleta.

—Lo he intentado todo con las mujeres —me dijo—. Goca era mi última esperanza.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Te vas a encerrar en un monasterio?

—No, me voy a Moldavia.

—¿A Moldavia?

—Sí, las moldavas son las mujeres más guapas de Europa Oriental.

—¿Y dónde está Moldavia?

—Es un país muy pequeño. Antes era parte de Rusia. Todo es baratísimo. Y basta con decir que eres norteamericano para acostarte con todas las chicas que quieras.

Siempre he pensado que si un amigo quiere ir a un país en el que yo nunca he estado, lo mejor que puedo hacer es acompañarlo. La vida es corta y el mundo muy grande.

Ninguno de nosotros conocíamos a nadie que hubiera estado en Moldavia; ni siquiera conocíamos a alguien que fuese capaz de pronunciar el nombre de su capital: Chisinau. Y no se me ocurría mejor razón que ésa para conducir hasta Moldavia. Siempre me ha atraído la idea de llenar una zona coloreada de un mapa con datos, sensaciones y experiencias reales. Y viajar hasta Moldavia con Mystery sin duda sería un valor añadido. Tendríamos una aventura en cada pueblo. Sería el viaje con el que siempre había soñado.

CAPÍTULO 10

Existen pocos momentos tan emocionantes en la vida como ese en el que te subes a un coche con el depósito lleno de gasolina, el mapa de un continente por explorar y el mejor maestro de la seducción del mundo sentado en el asiento de atrás. En ese momento te sientes capaz de cualquier cosa. ¿Qué son las fronteras, después de todo, sino límites que te informan del comienzo de una nueva etapa de tu aventura?

O, al menos, eso era lo que yo creía. Pero supongamos que trabajas en Rand McNally y que estás acabando una nueva edición de tu mapa de Europa Oriental. Y supongamos que hay un país diminuto que hace frontera con Moldavia —podría ser un Estado comunista renegado—, pero que ningún otro Estado reconoce diplomáticamente. ¿Qué harías? ¿Lo incluirías en el mapa o no?

Un mago, un falso aristócrata y yo conducíamos por Europa Oriental cuando descubrimos, por accidente, la respuesta a esa pregunta. Hasta ahora, nuestro viaje no había sido precisamente un éxito. Mystery estaba tumbado en el asiento de atrás, realizando inútilmente conjuros para que le bajara la fiebre. Ajeno al dramático paisaje nevado de Rumania, se cubría la cara con su gorro al tiempo que se lamentaba de su estado. De vez en cuando, volvía al reino de los vivos y compartía sus ideas con nosotros. Y esas ideas siempre giraban en torno a lo mismo.

—Voy a hacer una gira por Norteamérica promocionando mi espectáculo de ilusionismo en locales de *striptease* —dijo—. Lo único que necesito es un buen truco que pueda hacer con las bailarinas. Tú podrías ser mi ayudante, Style. Imagínatelo: tú y yo viajando juntos, todo el día rodeados de bailarinas desnudas.

Pasamos dos días en Chisinau —donde las únicas mujeres guapas que vimos estaban en las vallas publicitarias— antes de decidir seguir adelante. ¿Y por qué no? Puede que la aventura que buscábamos nos esperase en Odessa.

Así que dejamos Chisinau un frío viernes y condujimos entre la nieve hacia el nordeste, hasta la frontera de Ucrania. El trazado de la carretera sólo se distinguía por las huellas blancas que habían dejado sobre la nieve los coches que nos precedían. Era como formar parte de la escena de una novela épica rusa: árboles con las ramas cubiertas de cristales de hielo y viñedos congelados que se extendían entre suaves colinas. El coche apestaba a Marlboros y a grasa de McDonald's y, cada vez que se calaba, resultaba más difícil volver a arrancarlo.

Pero, pronto, ése sería el menor de nuestros problemas, pues lo que en el mapa parecía un trayecto de cuarenta y cinco minutos acabó convirtiéndose en un viaje de casi diez horas.

La primera señal de que algo iba mal se produjo cuando, al llegar al puente que cruzaba el río Dniéster, nos encontramos con una barrera compuesta por varios vehículos, tanto policiales como del ejército, búnkers camuflados a ambos lados de la carretera y un inmenso tanque apuntando hacia nosotros. Nos detuvimos detrás de otros diez coches, pero, por razones que nunca llegaremos a comprender, un militar nos indicó que abandonásemos la hilera de coches y nos dejó pasar sin hacernos una sola pregunta.

En el asiento de atrás, Mystery se envolvió en su manta.

—Tengo una versión del truco de los cuchillos que me gustaría hacer —dijo—. Style, ¿te importaría vestirte de payaso y burlarte de mí desde el público? Entonces yo te diré que subas al escenario y que te sientes en una silla. Te atravesaré el estómago con el primer cuchillo al son de *Stuck in the middle with you*, de la banda sonora de *Reservoir Dogs*, sacaré la mano por tu espalda, moviendo los dedos, y después te levantaré en volandas, empalado en mi brazo. Necesito que me hagas ese favor.

La segunda señal de que algo iba mal se produjo cuando paramos en una gasolinera para hacer acopio de comida. Al ir a pagar nos dijeron que no aceptaban la moneda de Moldavia. Pagamos en dólares y nos dieron la vuelta en lo que dijeron ser rublos. Al examinar las monedas con más atención, vimos que todas tenían una hoz y un martillo en el dorso. Pero lo más extraño era que habían sido acuñadas en el año dos mil, nueve años después de la supuesta caída del comunismo.

Mystery se bajó el sombrero, cubriéndose la cara hasta la boca, mientras hablaba con la grandiosidad de un maestro de ceremonias.

—¡Señoras y caballeros —anunció desde el asiento trasero mientras Marko intentaba arrancar el coche—, el hombre que levitó sobre las cataratas del Niágara, el hombre que saltó del edificio más alto del mundo! ¡Les presento a Mystery, la superestrella, el más temerario de los ilusionistas!

Debía de estar subiéndole la fiebre.

Al ponernos de nuevo en marcha, empezamos a ver estatuas de Lenin y vallas publicitarias con eslóganes y símbolos comunistas. Una de las vallas mostraba una pequeña franja de tierra con una bandera rusa a la izquierda y una bandera roja y verde a la derecha con un lema común. Marko, que entendía algo de ruso, lo tradujo como un llamamiento a la reunificación soviética.

¿Dónde diablos nos habríamos metido?

—Imagináoslo. Mystery, el superhéroe. —Mystery se sonó la nariz con un pañuelo de papel arrugado—. Los fines de semana publicarían una tira cómica en el periódico. También harían un cómic sobre mí, y un muñeco y una película en Hollywood.

De repente, un agente de policía (o, al menos, alguien que iba vestido como un agente de policía) con un detector por radar en la mano nos obligó a detenernos. Nos dijo que íbamos a noventa kilómetros por hora, diez por encima del límite de velocidad. Tras veinte minutos de negociación y un soborno de dos dólares, seguimos adelante. Aunque redujimos la velocidad hasta los setenta y cinco, un nuevo policía volvió a pararnos a los pocos minutos. Aunque no habíamos visto ninguna señal, nos dijo que el límite de velocidad había cambiado medio kilómetro antes.

Diez minutos y dos dólares después volvimos a ponernos en marcha, arrastrándonos a cincuenta y cinco kilómetros por hora para no correr más riesgos. A los pocos minutos volvieron a hacernos parar; al parecer, esta vez conducíamos *por debajo* del límite de velocidad. No sé dónde estábamos, pero, fuera donde fuese, tenía que ser el país más corrupto del mundo.

—El espectáculo durará noventa minutos. Empezará con un gran cuervo volando sobre el público, que se posará en el escenario y, ¡bum!, se convertirá en mí.

Cuando por fin llegamos a la frontera, dos soldados armados nos pidieron la documentación. Pero, cuando les enseñarnos nuestros visados moldavos, nos dijeron que ya no estába-

mos en Moldavia. Nos enseñaron un pasaporte local —un viejo documento soviético— y nos gritaron algo en ruso. Marko tradujo: querían que diésemos la vuelta y consiguiésemos los pertinentes visados locales en el control militar que habíamos atravesado tres sobornos antes.

—Llevaré botas de plataforma. Ya no llevaré trajes. Será todo muy gótico y muy chulo. Le contaré al público que, de niño, cuando jugaba en el ático de mi casa con mi hermano, ya soñaba con ser un gran mago. Y, entonces, retrocederé en el tiempo y me convertiré en ese niño.

Cuando Marko le dijo a uno de los soldados que no estábamos dispuestos a volver al puente, éste desenfundó su pistola y le apuntó al pecho. Después le preguntó si teníamos cigarrillos.

—¿Dónde estamos? —le preguntó Marko.

—Pridnestrovskaia —contestó el guardia con orgullo.

No os preocupéis si nunca habéis oído hablar de Pridnestrovskaia (o Trans-Dniéster); nosotros tampoco antes de ese momento. Pridnestrovskaia no está reconocido diplomáticamente como Estado independiente ni aparece en ningún mapa ni en ninguna guía. Pero cuando un soldado te apunta con una pistola, puedo aseguraros que Pridnestrovskaia es algo muy real.

—Haré un experimento científico, transportando a un técnico de laboratorio por Internet. Necesitaré un niño, un cuervo, a ti y a alguien que interprete el papel del técnico de laboratorio. Y también a un par de personas que hagan de guardias.

Marko le dio al soldado su paquete de Marlboro y ambos empezaron a discutir. El soldado no bajó la pistola en ningún momento. Tras un largo intercambio, Marko gritó algo y sacó las dos manos juntas por la ventanilla, como si estuviera retando al soldado a que lo esposara. Pero, en vez de hacerlo, el soldado se dio la vuelta y entró en la oficina. Le pregunté a Marko qué había dicho.

—Le he dicho que, si quiere, puede arrestarme, pero que no voy a volver al puente.

Las cosas se estaban poniendo feas.

La cabeza de Mystery apareció entre los dos asientos delanteros.

—Imaginaos esto —nos dijo—. Un póster en el que sólo se vean mis manos, con las uñas pintadas de negro y la palabra *Mystery* escrita debajo. Sería alucinante.

Por primera vez desde que conocía a Mystery, perdí la paciencia con él.

—Tío, de verdad, éste no es el momento, joder. ¿Es que no ves dónde estamos?

—No me digas lo que tengo que hacer —se defendió él.

—Están a punto de meternos en la cárcel. Ahora mismo, tu espectáculo me importa una mierda. ¿Es que no puedes pensar en otra cosa que no seas tú mismo y tu puto espectáculo de magia?

—Si quieres pelea, te aseguro que la vas a tener —bramó él—. Cuando acabe contigo no te va a reconocer ni tu madre. Venga, sal del coche.

Mystery debía de medir casi treinta centímetros más que yo. Pelearme con él en un control fronterizo lleno de soldados armados era lo último que hubiera querido hacer en circunstancias normales. Y, aun así, estaba tan cabreado que estuve a punto de hacerlo. Mystery había sido una carga desde que habíamos salido de Belgrado. Puede que Marko tuviera razón: Mystery no era uno de los nuestros.

Respiré hondo y miré hacia adelante, intentando controlar mi ira. El tío era un narcisista sin remedio. Era como una flor que se abría con la atención —ya fuese positiva o negativa— y que se marchitaba cuando la ignorabas. La teoría de pavoneo de Mystery no servía sólo para atraer a las chicas; su verdadero objetivo consistía en llamar la atención. Incluso al pelearse conmigo, lo que intentaba era volver a ser el centro de atención, pues hacía varios cientos de kilómetros que no le hacíamos caso.

Y, aun así, al mirar por el espejo retrovisor y verlo hacer pucheros en el asiento de atrás con el sombrero sobre las orejas, sentí lástima por él.

—No quería gritarte —comenté.

—No me gusta que me digan lo que tengo que hacer. Mi padre solía decirme lo que tenía que hacer. Odio a mi padre.

—Te aseguro que yo no soy tu padre —repuse.

—Gracias a Dios. Mi padre me arruinó la vida. Y también se la arruinó a mi madre.

Al levantarse el sombrero, vi las lágrimas que se acumulaban en sus ojos, como si fueran lentillas, incapaces de derramarse.

—A veces me tumbaba en la cama y pensaba en distintas maneras de matarlo —siguió diciendo Mystery—. Y, cuando estaba muy deprimido, me imaginaba que iba a su dormitorio con una pala y que le destrozaba la cara a palazos antes de matarme también yo.

Se secó las lágrimas de los ojos con una de sus manos enguantadas y permaneció en silencio durante unos segundos.

—Cuando pienso en mi padre, pienso en violencia —continuó diciendo—. Cuando era muy pequeño le vi darle de puñetazos en la cara a otro tipo. Cuando tuvimos que matar a nuestro perro, él salió al jardín con una escopeta y le voló la tapa de los sesos delante de mí.

El soldado salió de la oficina y le indicó a Marko que bajase del coche. Estuvieron hablando un rato y Marko le dio varios billetes.

Mientras esperábamos a ver si nuestro soborno de cien dólares —el equivalente a dos meses de sueldo en Pridnestrovskaia— funcionaba, Mystery siguió sincerándose conmigo. Me dijo que su padre era un emigrante alcohólico de origen alemán que abusaba verbal y físicamente tanto de él como de su madre. Su hermano, catorce años mayor que él, era gay. Y su madre se culpaba a sí misma por ello, pues lo había colmado de amor y atenciones para compensar los abusos de su marido. Así que, para compensar, con Mystery siempre se había mostrado fría y distante. Al cumplir los veintiún años sin haberse acostado con ninguna mujer, Mystery empezó a pensar que quizá él también fuese gay. Así que, durante un episodio depresivo, decidió dedicar su vida a encontrar el amor que nunca había recibido de sus padres; fue entonces cuando comenzó a forjar lo que acabaría convirtiéndose en el método Mystery.

Hicieron falta otros dos sobornos de importe equivalente para conseguir cruzar la frontera. Pero no bastaba con el dinero, ya que cada soborno iba acompañado de una hora y media de discusiones; puede que quisieran darnos más tiempo a Mystery y a mí para que nos conociéramos mejor.

Cuando por fin llegamos a Odessa le preguntamos por Pridnestrovskaia a la conserje del hotel. Ella nos explicó que el país era el resultado de una guerra civil en Moldavia, originada como consecuencia del levantamiento de antiguos miembros del partido comunista, oficiales de alto rango del ejército y boinas negras que ansiaban recuperar los gloriosos días de la Unión Soviética. Pridnestrovskaia era una tierra sin ley; el salvaje Oeste de Europa, una tierra que pocos extranjeros se atrevían a visitar.

Cuando Marko le contó lo que nos había pasado en la frontera, la conserje le dijo que no debería haberle dicho al soldado que lo arrestara.

—¿Porqué?—quiso saber Marko.

—Porque en Pridnestrovskaia no tienen cárceles.

—Entonces, ¿qué hacen con las personas a las que arrestan?

Ella dibujó una pistola con la mano, le apuntó y dijo:

—Bum.

Cuando volvimos a Belgrado, dando un rodeo de unos ochocientos kilómetros para evitar Pridnestrovskaia, el contestador de Marko estaba lleno de llamadas. Natalija habría dejado al menos una decena de mensajes. Mystery le devolvió la llamada, pero, en vez de su dulce chica de diecisiete años, le contestó la madre de ésta, maldiciéndolo por haberle lavado el cerebro a su hija.

Natalija siguió llamando a Marko incluso después de que Mystery y yo hubimos vuelto a Norteamérica, preguntándole una y otra vez cuándo iba a regresar a por ella. Hasta que, un día, Marko decidió que había llegado el momento de liberarla de su sufrimiento.

—Mystery es un mago —le dijo—. Y te ha hechizado. Busca a alguien que sepa cómo romper el hechizo y deja de llamarme.

Durante los primeros meses, Marko me mandaba mails casi a diario, pidiéndome la contraseña para entrar en el Salón de Mystery. Había probado la fruta prohibida y ahora quería más. Pero yo no se la di. Al principio pensé que no lo había hecho porque quería mantener mi nueva identidad al margen de mi pasado, pero lo cierto era que todavía me sentía avergonzado por lo que estaba haciendo y por el alto grado de implicación en mi nueva vida.

CAPÍTULO 11

Grupo MSN: Salón de Mystery
Asunto: Un problema
Autor: Style

Tengo un problema con el que espero que podáis ayudarme.

Mystery y yo acabamos de volver de Belgrado, donde conocí a una chica preciosa e inteligente que probablemente se hubiera convertido en mi novia serbia de no ser por mi problema: no consigo cerrar con beso.

Por alguna razón, la transición al beso supone un inmenso desafío para mí. En cuanto veo abrirse la posibilidad, me empiezan a entrar las dudas. «¿Y si me rechaza?» «¿Y si arruino la reputación de la Comunidad?» «¿Y si sigue enamorada de su ex novio?» Entonces, una de dos, o acumulo tanta ansiedad que, cuando por fin lo intento, lo fastidio todo, o no hago nada y luego me torturo a mí mismo por no haber sabido aprovechar el momento.

¿Qué me pasa? ¡Estoy tan cerca de alcanzar el premio! Pero mi problema no me permite alcanzarlo.

Style

Grupo MSN: Salón de Mystery
Asunto: Re: Un problema
Autor: Nightlight9 (1)

¿Y si me rechaza?, dices. ¿Y si te cae un meteorito encima?

Si aun viendo abrirse la posibilidad, como dices que ocurre, todavía no estás del todo seguro, usa la otra regla de los tres segun-

(1) *Nightlight9* podría traducirse como «Luz de noche 9». *(N. del t.)*

dos. Tiene un ciento por ciento de efectividad. Cuando estés sentado a su lado, deja que se produzca un silencio. Mírala a los ojos sin decir nada. Si te sostiene la mirada durante tres segundos, es que quiere que la beses. El momento de tensión que experimentarás es uno de mis momentos favoritos: tensión sexual.

Nightlight9

Grupo MSN: Salón de Mystery
Asunto: Re: Un problema
Autor: Maddash (2)

Ésta es la técnica que uso yo:

1. En la primera cita, consigo que sea ella quien venga a recogerme a mí, y sólo dejo que esté en casa unos minutos. Lo hago porque es mucho más fácil conseguir que una mujer te acompañe al apartamento al final de una cita cuando ya ha estado ahí sin que ocurriera nada.
2. Al acabar la cita la invito a venir a casa y sirvo unas copas.
3. Si dice algo sobre mi guitarra (siempre la dejo en un lugar visible), la cojo y le canto una canción.
4. Jugamos con mi cachorro.
5. Salimos a la terraza.
6. Cuando volvemos a entrar le enseño el programa de música WinAmp que tengo en el ordenador. Mientras ella juega con las visualizaciones del WinAmp, le digo que se siente en mis rodillas y le doy un beso en la mejilla.
7. Una de dos, o se vuelve y me besa en la boca o sigue jugando con el WinAmp. Si ocurre lo segundo, le enseño más cosas en el ordenador y la vuelvo a besar en la mejilla. Lo que quiere ella es que yo la dirija. Eso es lo que quieren casi todas las mujeres.
8. El resto ya te lo puedes imaginar.

Maddash

(2) *Maddash* podría traducirse como «Carrera enloquecida». *(N. del t.)*

Grupo MSN: Salón de Mystery
Asunto: Re: Un problema
Autor: Grimble

Una de mis técnicas preferidas de cierre es la del masaje. Una vez en mi casa, le digo a la chica que me duele la espalda de jugar al baloncesto y que necesito un buen masaje. Pero, durante el masaje, no paro de decirle lo que está haciendo mal. Hasta que, con aparente exasperación, insisto en enseñarle cómo se hace. Mientras le doy un masaje en la espalda, le digo que tiene mucha tensión acumulada en las piernas y que yo doy unos masajes de piernas alucinantes. Empiezo a masajear sus piernas a través de los pantalones, pero, al cabo de un rato, le digo que así no hay quien dé un buen masaje, y le pido que se los quite. Si muestras autoridad, ella hará lo que le dices.

Al principio, me limito a masajearle las piernas, pero, lentamente, voy subiendo hacia las nalgas. Cuando empieza a ponerse cachonda, la froto con las bragas puestas, hasta que está calada. Llegado ese momento, suelo bajarme los pantalones, ponerme un condón y follar sin darle un beso siquiera.

Es una técnica que no les recomiendo a los tímidos.

Grimble

Grupo MSN: Salón de Mystery
Asunto: Re: Un problema
Autor: Mystery

¿Quieres saber cómo resuelvo yo ese problema? En mi caso no hace falta que me diga a mí mismo que no importa lo que piense la chica. Lo cierto es que no me importa. Cuando era más joven, me parecía un momento importantísimo, pero, ahora, me da igual; lo consiga o no, siempre lo intento.

Si no consigues desprenderte del miedo, entonces piensa: «¡Cambio de fase! Ya no soy Style. Ahora soy un cavernícola. Vamos a ver si le gusto o no. Y, si me odia, me importa una mierda.»

Piensa en todas las chicas con las que no has cavernicoleado que hoy no forman parte de tu vida. ¿Qué importan esas chicas? ¿Para qué te vale que tengan un buen recuerdo de ti si están follando con otro? En algún momento tienes que intentarlo. Dile que saque la lengua y, cuando lo haga, chúpasela. Y, si te da una bofetada, no pasa nada. Así tendrás una buena historia que contar.

Antes Maddash ha dado un ejemplo de la importancia de usar técnicas de apoyo bien elegidas para desviar la atención de una chi-

ca, evitando así que se resista a tus avances sexuales. Maddash tiene toda la razón. Dile: «Mira esas marionetas tan monas.» Y, mientras tanto, tócale la teta. Si ella se molesta, sencillamente señala hacia las marionetas y ríete. «Míralas. Mira qué graciosas son.» Y vuelve a tocarle la teta.

Mystery

Grupo MSN: Salón de Mystery
Asunto: Problema superado
Autor: Style

Gracias por vuestra ayuda. Creo que he encontrado la solución a mi problema. Se me ocurrió hace una semana y la he puesto a prueba con éxito casi todas las noches desde entonces.

Se me ocurrió en el Standard. Estaba con una chica irlandesa que acababa de divorciarse; al parecer, se casó muy joven. Me dijo que ansiaba vivir aventuras. Cuando empecé a recibir IDI, pensé en las cosas que me habíais dicho en el foro de Internet. Pensé que, si me lanzaba sin más, lo más probable era que se asustara y que me rechazase. Así que decidí ir poco a poco y mantener una conversación inteligente al tiempo que utilizaba técnicas de apoyo, como la de las marionetas de Mystery, para distraer su atención sobre mis verdaderas intenciones. ¡Y funcionó! Y ha vuelto a funcionar cada vez que he vuelto a intentarlo. Problema resuelto.

A continuación os describo mi técnica, por si queréis utilizarla. Yo la llamo la técnica del cambio de fase:

1. Me incliné hacia ella y le dije que olía muy bien. Le pregunté qué perfume usaba y luego le hablé de cómo los animales siempre se olfatean antes de aparearse y de cómo estamos programados evolutivamente para sentir deseo cuando alguien nos olfatea.

2. Después le conté que los leones se muerden la melena durante el apareamiento y le expliqué que tirar a alguien del pelo hacia atrás también es un desencadenante del deseo. Mientras le hablaba, le acaricié el cuello con la mano. Luego le agarré el pelo y tiré firmemente hacia atrás.

3. Al ver que a ella no parecía molestarla, seguí tirando. Le dije que, a menudo, las partes más sensibles del cuerpo están protegidas del contacto con el aire; por ejemplo, el lado interior del codo. Después le cogí el brazo, lo doblé un poco y, eróticamente, le mordí la piel en el lado interior del codo. Ella comentó que había sentido un escalofrío.

4. Entonces, le dije: «Pero ¿sabes lo que es infinitamente mejor? Un mordisco... justo... aquí.»

Me señalé el lateral del cuello. Después le dije «Muérdeme el cuello», como si de verdad quisiera que lo hiciera. Al negarse ella a hacerlo, le di la espalda, a modo de castigo. Esperé unos segundos antes de volverme de nuevo hacia ella. «Quiero que me muerdas exactamente aquí.» Y, esa vez, lo hizo. Pura técnica del gato y e| cordel.

5. Pero el mordisco que me dio fue lamentable. Así que le dije: «Eso no es un mordisco. Acércate que te enseñe.» Ella se inclinó hacia mí. Yo le aparté el pelo del cuello y se lo mordí con fuerza. Después le dije que volviera a intentarlo. Y esa vez lo hizo fenomenal.

6. Sonreí en señal de aprobación y, muy lentamente, le dije: «No ha estado mal.» Entonces la besé.

Tomamos una copa más y fuimos a mi casa. Tras un breve tour por la casa, en un movimiento tipo Maddash, hice que se sentara en mis rodillas mientras le enseñaba un vídeo en el ordenador. La acaricié y la besé en la nuca, hasta que ella se volvió y empezó a besarme en la boca. Entonces me dijo que quería tumbarse en el suelo. Yo me tumbé a su lado y no podéis imaginar lo que pasó. ¡Se desmayó!

Le quité los zapatos, la tapé con una manta, le puse una almohada debajo de la cabeza y me fui solo a la cama.

Así que, al final, me quedé con las ganas. Pero ahora sé lo que tengo que hacer. He superado mi problema. Estoy listo para dar el siguiente paso.

Style

Un hombre solo tiene una forma de escapar de su viejo yo: ver un yo diferente reflejado en los ojos de una mujer.

Clare Boothe Luce

CAPÍTULO 1

Elige una escuela.

Está la de Ross Jeffries y su Seducción Acelerada, donde se usan técnicas de lenguaje subliminal para excitar a las chicas.

Y el Método Mystery, en el que se manipulan las dinámicas sociales para seducir a las mujeres más atractivas.

Y la de David DeAngelo y su Dobla tus Citas, donde se aboga por dominar a las mujeres mediante una combinación de humor y arrogancia a la que llaman chulo gracioso.

Y la del Método de Gunwitch, donde todo lo que tienen que hacer los alumnos es proyectar una sexualidad animal e ir aumentando el contacto físico hasta que la mujer los detenga. Su lema es «sigue hasta que ella te diga no».

Y la de David X, David Shade (1), Rick H., Major Mark (2) y Juggler —el último gurú en aparecer en escena—, que surgió un día de la nada en Internet y que sostenía que, para seducir a una mujer, le bastaba con leerle la lista de la compra.

Además, están los maestros de los círculos cerrados, como Steve P. y Rasputín, que tan sólo comparten sus técnicas con aquellos a los que estiman dignos de ellas.

Sí, hay muchos mentores entre los que elegir; cada uno con sus propios métodos y su propio grupo de adeptos, cada uno convencido de que *su* manera es *la* manera. Y esos gigantes luchan continuamente entre sí; amenazándose, insultándose, desacreditándose los unos a los otros.

Pero yo me alimentaba de todos ellos. Nunca he sido un fanático de nada. Siempre he preferido combinar el saber de dis-

(1) *David Shade* podría traducirse como «David Sombra». *(N. del t.)*

(2) *Major Mark* podría traducirse como «Comandante Mark». *(N. del t.)*

tintas fuentes para encontrar aquello que mejor se adapta a mi caso, aquello que más me conviene. El problema es que beber de la fuente del conocimiento tiene un precio. Y ese precio es la fe. Cada maestro quiere saber que él es el mejor y que sus discípulos son los más leales. Se trata de un problema que atañe a toda la humanidad, no sólo a la Comunidad: el poder se mantiene fomentando la lealtad del pueblo, pues, al hacerlo, se garantiza su sumisión.

Pero, aunque había disfrutado haciendo de ala de Mystery en Belgrado, yo no deseaba tener mis propios discípulos. Lo que quería era tener más maestros. Todavía tenía mucho que aprender. Lo supe el día que Extramask me llevó a una fiesta en el hotel Argyle de Sunset Boulevard.

Yo iba vestido de manera informal, con una americana negra y una perilla perfectamente recortada. Extramask, sin embargo, tenía un aspecto cada vez más extravagante. Ese día llevaba el pelo rapado a ambos lados de la cabeza con una cresta de diez centímetros de alto en el centro.

A los pocos minutos de entrar, me fijé en dos gemelas que se exhibían, sentadas en el sofá, como dos estatuas de alabastro. Aunque sus impecables peinados y sus clásicos vestidos a juego provocaban continuas miradas de admiración, nadie se acercaba a hablar con ellas.

—¿Quiénes son? —le pregunte a Extramask, que estaba hablando con una mujer pequeña con cara de pan que parecía muy interesada en él.

—Son las gemelas de porcelana —me dijo—. Tienen un espectáculo gótico-burlesco. Pero, olvídalo, les gustan los músicos. Dicen que se lo hacen juntas con músicos famosos. Yo me he masturbado más de una vez pensando en ellas.

—Preséntamelas.

—No las conozco.

—Eso da igual. Preséntamelas de todas maneras.

Extramark se acercó a las gemelas.

—Os presento a Style —les dijo.

Yo les estreché la mano. Su tacto resultaba sorprendentemente caluroso, teniendo en cuenta que tenían el aspecto de dos zombis.

—Mi amigo y yo estábamos hablando de hechizos —les dije—. ¿Vosotras creéis en los hechizos?

Era la entrada perfecta, pues bastaba con mirarlas para saber que creían en la magia; por alguna extraña razón, la mayoría de las chicas que se desnudan o explotan su sexualidad para

ganar dinero creen en los hechizos. Después les pedí que pensaran un número y lo adiviné.

—Haznos otro truco —dijeron las dos gemelas al mismo tiempo.

—No soy un mono de feria —les contesté yo—. Sólo soy un hombre y necesito unos minutos para recargar las pilas.

La frase era de Mystery. Las dos se rieron al unísono.

—¿Por qué no me enseñáis algo vosotras?

Ambas dijeron que no tenían nada que enseñarme.

—Entonces, me voy a hablar con una amiga —repuse— Si cambiáis de idea, tenéis cinco minutos para pensar en algo.

Me alejé de ellas y entablé una conversación con una jovencita punk con cara de querubín que se llamaba Sandy. Las gemelas tardaron diez minutos en acercarse.

—Tenemos algo que enseñarte —me dijeron con orgullo.

De hecho, me sorprendió que hubieran pensado en algo; aunque lo que me enseñaron fuese el lenguaje de signos para sordos. Mi primer IDI.

Nos sentamos juntos y hablamos de cosas sin importancia; el tipo de cosas que los MDLS llaman despectivamente relleno. Eran de Portland y tenían previsto volver al día siguiente. Resultaba fácil distinguirlas por sus rostros, pues una tenía marcas de viruela y la otra pequeñas cicatrices de antiguos *piercings*. Me hablaron de su espectáculo de *striptease*, en el que bailaban juntas, simulando hacer el amor.

Al oírlas hablar me di cuenta de que no eran más que dos chicas normales e inseguras. Por eso habían estado tan calladas. La mayoría de los hombres asumen erróneamente que cualquier mujer atractiva que no hable con él ni advierta de manera explícita su presencia es una creída. Pero lo cierto es que, en la mayoría de los casos, ella es igual de vergonzosa o de insegura que esas otras chicas, menos atractivas, a las que él ignora. Lo que hacía distintas a las gemelas de porcelana era que ocultaban su timidez interior mediante la ostentación. Pero realmente no eran más que dos chicas dulces que buscaban un amigo. Y acababan de encontrarlo. Mientras intercambiábamos teléfonos, noté cómo se abría la ventana de la atracción. Pero no sabía si intentarlo con una gemela o con las dos. No se me ocurría cómo separarlas, pero tampoco sabía cómo seducirlas a las dos al mismo tiempo. Así que me despedí de ellas y fui a buscar a Sandy.

Mientras hablábamos, sentados, Sandy cada vez se pegaba más a mí: parecía realmente interesada. Así que opté por la téc-

nica del cambio de fase y la llevé al cuarto de baño para meterle mano. La verdad es que no me atraía mucho; lo que me gustaba era el hecho de poder besar a una chica con tanta facilidad. Acababa de obtener ese poder y ya estaba abusando de él.

Diez minutos después, cuando salimos del baño, las gemelas ya se habían ido. Una vez más, había metido la pata al optar por el camino fácil en vez de arriesgarme.

Al llegar a mi apartamento de Santa Mónica, le conté a Mystery, que estaba durmiendo en mi sofá, lo que había pasado con las gemelas. Afortunadamente, al día siguiente me mandaron un mensaje. Habían cancelado su vuelo y estaban aburridas en un Holiday Inn cercano al aeropuerto. Era la oportunidad de redimirme.

—¿Qué hago? —le pregunté a Mystery.

—Ve a verlas. Llámalas y diles: «Ahora voy para allá.» No les des la opción de decir que no.

—Vale, pero ¿qué hago después, cuando llegue a la habitación? ¿Cómo hago que empiece la acción?

—Haz lo que siempre hago yo. En cuanto entres, ve al cuarto de baño y empieza a llenar la bañera. Cuando esté llena, quítate la ropa, métete dentro y llama a las chicas para que te froten la espalda. A partir de ahí, las cosas saldrán solas.

—¡Guau! Para eso hay ser muy lanzado.

—Confía en mí —dijo él.

Así que, esa tarde, llamé a las gemelas y les dije que iba para allá.

—Estamos tiradas viendo la tele —me advirtieron.

—No importa. Aprovecharé para darme una ducha; hace un mes que no lo hago.

—¿Lo dices en serio?

—No.

Por ahora, todo marchaba según lo previsto.

Conduje hasta el hotel ensayando cada movimiento en mi cabeza. Cuando entré en la habitación estaban tumbadas en camas separadas, viendo «Los Simpson».

—Necesito darme un baño —les dije—. El agua caliente no funciona en casa.

No es mentir; es flirtear.

Charlamos de cosas sin importancia mientras se llenaba la bañera. Cuando estuvo lista, entré en el cuarto de baño y, sin cerrar la puerta, me desnudé y me metí en la bañera.

No quería usar el jabón, pues eso ensuciaría el agua. Así que me quedé quieto, sentado en la bañera, intentando reunir el va-

lor necesario para llamar a las gemelas. Me sentía tan vulnerable allí sentado, desnudo, delgado, pálido… Mystery tenía razón al decir que tenía que ir al gimnasio.

Pasó un minuto. Pasaron cinco. Pasaron diez minutos. Podía oír «Los Simpson» en la televisión. A esas alturas, lo más probable era que las gemelas pensaran que me había ahogado.

Tenía que hacer algo. Me odiaría a mí mismo si no lo intentaba. Pasaron otros cinco minutos antes de que consiguiera tartamudear:

—¿Podéis ayudarme a lavarme la espalda?

Una de las gemelas dijo algo. Luego las oí susurrando algo entre sí. Yo permanecí inmóvil y aterrado, en la bañera. ¡Qué manera de hacer el ridículo! Sólo se me ocurría una cosa peor que estar allí: que las gemelas decidieran entrar y me vieran desnudo en la bañera con el pito flotando en el agua como un lirio. Pensé en mi momento favorito del *Ulises*, cuando Leopold Bloom, sexualmente frustrado, se imagina su masculinidad flácida en el agua de la bañera. Y entonces pensé: «¿Cómo es posible que me sienta tan estúpido delante de esas chicas cuando soy lo suficientemente inteligente como para leer a James Joyce?»

Finalmente, una de las gemelas entró en el cuarto de baño. Yo hubiera preferido que entraran las dos, pero quien mendiga no puede exigir. Dándole la espalda, le acerqué la pastilla de jabón; lo cierto es que me daba vergüenza mirarla a los ojos.

La gemela me frotó la espalda dibujando pequeños círculos. No había nada erótico en sus movimientos; al contrario, resultaban mecánicos. Yo sabía que no estaba excitada y esperaba que, al menos, no se sintiera asqueada. Al acabar de enjabonarme, mojó una pequeña toalla en el agua de la bañera y me aclaró el jabón. Me había lavado la espalda.

¿Y ahora qué?

Se suponía que el sexo llegaría solo, pero ella se quedó allí, quieta, sin decir nada. Mystery no me había contado lo que tenía que decir después de que me lavaran la espalda. Se había limitado a decirme que me dejara llevar. No me había dicho cómo ir de un «frótame la espalda» a un «frótame la entrepierna». Y yo no tenía ni idea de qué hacer. La última mujer que me había enjabonado la espalda había sido mi madre, y eso había ocurrido cuando todavía era lo suficientemente pequeño como para que lo hiciera en el lavabo.

Pero ahora estaba allí y tenía que hacer algo.

—Gracias —le dije.

Ella salió del baño y volvió a la habitación.

¡Había vuelto a fastidiarla!

Acabé de lavarme yo mismo, salí de la bañera, me sequé y volví a ponerme la misma ropa sucia. Me senté en el borde de la cama de la gemela que me había lavado la espalda y hablamos. Decidí que intentaría adaptar la técnica de cambio de fase a un grupo de dos. Le dije a la otra gemela que viniera a sentarse con nosotros.

—Qué bien oléis —empecé. Después, poco a poco y una a una, les mordisqueé el cuello mientras les daba un tirón de pelo. Pero ni aun así conseguí que la cosa se pusiera en marcha. ¡Tenían tan poca iniciativa!

Después hice que cada una me masajeara una mano mientras hablábamos de su espectáculo de *striptease*; no iba a darme por vencido tan fácilmente.

—¿Sabes una cosa graciosa? —me dijo una de las gemelas—. Expresamos todo nuestro cariño en el escenario. En la vida real, nunca nos abrazamos; casi ni nos tocamos. Creo que nuestra relación es más fría que la de la mayoría de las hermanas.

Me fui del hotel sin haber conseguido nada. De camino a mi casa, pasé a ver a Extramask, que todavía vivía con sus padres.

—No entiendo nada —le dije—. ¿No me dijiste que se acostaban juntas con los tíos?

—Te estaba tomando el pelo. Creía que ya te habías dado cuenta.

Extramask había quedado en verse con la mujer de la cara de pan a la que había conocido en la fiesta. Por alguna razón, las mujeres de rostro ancho solían encontrar atractivo a Extramask.

Pasamos dos horas tumbados en el suelo, hablando de la Comunidad y de nuestros progresos. Desde la adolescencia, siempre que tenía la oportunidad de pedir un deseo (al caérseme una pestaña, al ver las 11.11 en un reloj digital o al soplar las velas de mi tarta de cumpleaños), además de los típicos deseos, como ser feliz y paz para el mundo, pedía el don de atraer a las mujeres. De hecho, siempre había tenido fantasías sobre la aparición de un potente haz de energía seductora que entraba en mi cuerpo como un rayo y me volvía irresistible a los ojos de las mujeres. Pero, en vez de eso, la capacidad de seducción me había llegado como una ligera llovizna y yo corría de un lado a otro con un cubo, intentando coger cada gota.

En esta vida, la mayoría de la gente tiende a esperar a que le

lleguen las cosas buenas y, al hacerlo, las pierden. Por lo general, aquello que más deseas no suele caerte encima; cae en algún sitio a tu alrededor, y tú tienes que darte cuenta de que está ahí y tienes que levantarte y que invertir el tiempo y el esfuerzo necesarios para conseguirlo. Y no es que sea así porque el universo es cruel. Las cosas funcionan así porque el universo es listo y sabe que los humanos no apreciamos las cosas que nos caen del cielo sin esfuerzo.

No me quedaba más remedio que coger de nuevo el cubo y seguir trabajando.

Así que decidí seguir los consejos de Mystery. Me operé la vista, liberándome de una vez por todas de mis gafas. Además, me blanqueé los dientes, me apunté a un gimnasio y empecé a hacer surf, que no sólo es un gran ejercicio cardiovascular, sino también una buena manera de ponerse moreno. En cierta forma, hacer surf era como sargear: hay días que coges todas las olas y te crees que eres el mejor y otros que no coges ni una sola y te sientes como si fueses el peor surfista del mundo. Pero, de una manera o de otra, cada día que sales aprendes algo nuevo y mejoras un poco. Y eso es lo que hace que vuelvas a intentarlo una y otra vez.

Pero yo no me había incorporado a la comunidad para mejorar mi aspecto. Lo que tebía que hacer era completar mi transformación mental, y eso iba a ser mucho más difícil. Antes de ir a Belgrado había aprendido, de forma autodidacta, las palabras, las habilidades y el lenguaje corporal de un hombre con carisma. Ahora debía desarrollar mi fuerza interior, la seguridad en mí mismo, mi autoestima. Si no lo hacía, sólo sería un impostor y las mujeres me descubrirían inmediatamente.

Dentro de dos meses iba a volver a hacer de ala de Mystery en Miami y quería dejar a los alumnos boquiabiertos. Mi meta era superar la demostración que dio Mystery en la discoteca Ra de Belgrado. Así que me propuse un objetivo: durante los dos meses que me quedaban conocería a los MDLS de mayor prestigio en la Comunidad. Tenía la intención de convertirme en una máquina de seducir, diseñada a partir de las técnicas de los mejores. Y ahora que, como ala de Mystery, había adquirido cierto estatus en la comunidad, no me resultaría difícil acceder a ellos.

CAPÍTULO 2

Decidí que la primera persona de la que quería aprender era de Juggler. Sus escritos en el foro de Internet siempre me habían intrigado. Juggler les aconsejaba a los TTF que, para superar sus miedos, intentaran convencer a un mendigo de que les diera una moneda o llamaran a un número escogido al azar y pidieran a quien contestara que les recomendara una película. A otros les decía que se pusieran el listón cada vez más alto y que, para hacer más difícil el sargueo, condujeran Impalas del 86 y dijeran que trabajaban como basureros. Juggler era único. Y acababa de anunciar su primer taller. Gratis.

Además de sus magníficas tarifas, una de las razones por las que Juggler había ascendido tan rápido en la Comunidad era por su manera de escribir. Juggler tenía un don como escritor. Las narraciones de sus experiencias no se parecían en nada a los garabatos desordenados de un estudiante de bachillerato en perpetuo conflicto con su testosterona. Así que, cuando llamé a Juggler para plantearle la posibilidad de incluir uno de sus escritos en el libro, él me dijo que prefería escribir algo nuevo: por ejemplo, la historia de cómo me ganó para su causa durante su taller de San Francisco.

Parte de Sargeo - La seducción de Style
por Juggler

Apagué el móvil. «Style habla muy de prisa», le dije al gato de mi compañero de apartamento, que entiende de estas cosas y es mi cómplice a la hora de traer chicas a casa. (La frase «¿Quieres venir a casa a ver mi gato haciendo saltos mortales?» casi nunca fallaba.)

Ésa fue mi primera impresión de Style como persona real. Dos

semanas después, yo estaba esperándolo en un restaurante del muelle turístico de San Francisco, haciendo una lista mental de todo lo que podía salir mal. Ignoré al camarero que intentaba servirme otra cerveza mientras rezaba: «Por favor, oh, diosa y santa patrona de los maestros de la seducción y, en general, de todos los hombres que luchan en todo momento por acostarse con una mujer, no permitas que Style resulte ser un tipo raro.»

Hablar muy rápido suele ser un síntoma de inseguridad. Las personas que creen que a los demás no les interesa lo que piensan hablan de prisa por miedo a perder la atención de quien los escucha. Otras personas están tan enamoradas de la perfección que tienen dificultades a la hora de expresar todo con pelos y señales, y hablan rápido continuamente con la esperanza de conseguirlo. Ese tipo de personas suelen convertirse en escritores. Ésas eran las opciones: o bicho raro o escritor. Y yo esperaba que fuese lo segundo. Buscaba un amigo y un igual en el mundo de la seducción, no un discípulo más.

Había oído hablar de Style por primera vez en internet. Con el tiempo, ambos habíamos llegado a admirar el estilo del otro. Style escribía con estilo y con elocuencia. Parecía ser una persona positiva y ávida por compartir sus experiencias con los demás. En cuanto a lo que él veía en lo que yo escribía, sólo puedo suponerlo.

Style entró en el restaurante al trote. ¿De verdad llevaba zapatos de plataforma? Durante unos segundos me sostuvo la mirada con una gran sonrisa y el punto justo de nerviosismo como para resultar entrañable; una pose que, sin duda, era deliberada. Relativamente bajo, con la cabeza afeitada y un tono de voz suave, nadie hubiera sospechado nunca que fuera un maestro de la seducción. Concentré toda mi atención en él; ese chico tenía futuro.

Pero todavía tenia que descubrir sus debilidades. Y eso es algo que se descubre a medida que vas conociendo mejor a alguien. Como un periodista de una revista sensacionalista, buscamos tanto grandeza como debilidad, pues ambas cosas pueden ser explotadas. Nunca nos sentimos cómodos con aquellas personas que no tienen puntos débiles, y la sutileza de Style no era en realidad una debilidad. Puede que su debilidad fuese una excesiva confianza en su capacidad para conseguir que las personas se sinceraran con él. Y eso

no es precisamente lo que se dice una terrible debilidad; sea como fuere, era la única que hasta ese momento había encontrado en él. Ésa y, quizá, una extraña falta de seguridad en sí mismo que no tenía ningún sentido. Era como si Style pensara que carecía de algo, de un algo que lo completaría. Pero, al parecer, lo estaba buscando fuera de él. Cuando lo más probable es que estuviese en su interior. Realmente, Style era un bien tipo.

Después de comer hicimos lo que hacen todos los maestros de la seducción en San Francisco: fuimos al museo de arte moderno.

Al llegar, Style y yo nos separamos, como dos comandos de una brigada de seducción. En la sección de nuevos medios de expresión, iluminada por una tenue luz, me fijé en una atractiva veinteañera. Era pequeña. Me encantan las mujeres pequeñas. Hay algo en su aparente fragilidad que resulta muy excitante. Decidí sentarme a su lado para ver una proyección de vídeo. La imagen volvía a empezar cada minuto aproximadamente; pétalos blancos cayendo delicadamente de pobladas ramas.

La altura puede intimidar, y yo soy alto y delgado como el espantapájaros de *El mago de Oz*. Cuando me senté, la veinteañera sin duda se sintió aliviada. Nuestras miradas se cruzaron; la suya era verde almendra, la mía estaba enrojecida por el *jet lag*. Las mejores seducciones son aquellas en las que es ella quien da el primer paso. Para ser un buen seductor tienes que llevar la voz cantante, pero también tienes que saber dejarte llevar por la mujer. En ese momento me di cuenta de que lo que quería era que ella me cogiese de la mano y me llevase al campamento secreto que debía de tener en el bosque. Quería que me enseñase algún truco de magia. Quería que me leyese poemas picantes escritos en las servilletas de papel de los cafés.

Clac, clac, clac, clac.

Podía oír el ruido de las pisadas de Style detrás de la mampara que dividía la larga sala. Yo no quería que nos viera. No es que no lo apreciara; al contrario. Lo que pasaba era que las vibraciones entre la veinteañera y yo, rodeados de aquellos pétalos blancos que no dejaban de caer, eran tan… maravillosas. Además, yo soy un lobo y esa pequeña potrilla era mía. Si Style se acercaba, tendría que morderle.

Las primeras palabras que le diriges a una mujer apenas tienen importancia. Algunos hombres me dicen que no saben qué decir o, al contrario, que siempre tienen preparada una buena frase de entrada. Yo les digo que le están dando demasiadas vueltas, que ellos no son tan importantes. Yo tampoco lo soy. Ninguno hemos tenido nunca una idea genial. Debemos renunciar a nuestro afán de perfec-

ción. En lo que a las frases de entrada se refiere, la realidad es que basta con un gruñido, o con un pedo.

—¿Qué tal estás? —le dije.

Es una de las entradas que más uso. Es algo que podrías oír en cualquier momento, incluso haciendo la compra. En el noventa y cinco por ciento de los casos la gente responde con algún monosílabo evasivo: «Bien.» El tres por ciento de las personas transmiten entusiasmo en sus respuestas: «Muy bien» o «Fenomenal». Aléjate de esas personas; no están bien de la cabeza. Y el dos por ciento responde con honestidad: «Fatal. Mi marido acaba de dejarme. Se ha liado con la secretaria de su profesor de yoga. ¡Qué zen!» A esas mujeres no hay mas remedio que adorarlas.

Mi potrilla respondió:

—Bien.

Su voz resultaba grave para un cuerpo tan pequeño. Debía de haber estado gritando durante todo el concierto de Courtney Love. A mí no me va mucho el rock ensordecedor; prefiero la música de ascensor. Pero se lo perdoné. Nunca someto a las mujeres a un tercer grado. De hacerlo, sólo conseguiría reducir el número de mis conquistas. Lo único que me importa es que me traten bien.

La miré con evidente interés. Ella se dio por aludida.

—¿Y tú, como estas? —me preguntó.

Yo medité la respuesta.

—Estoy bastante bien. Me daría a mi mismo un ocho.

Siempre me doy un ocho. A veces incluso un ocho y medio.

A partir de ese momento, hay dos maneras de proseguir una conversación. Puedes hacer preguntas como: ¿de dónde eres?; ¿sabes retorcer la lengua?, o ¿crees en la reencarnación? O puedes hacer afirmaciones: vivo en Ann Arbor, Michigan, donde hay conciertos de heladerías; o tuve una novia que sabía hacer un caniche doblando la lengua, o el gato de mi compañero de piso es la reencarnación de Richard Nixon.

A los veinte años, yo ya había dedicado mucho tiempo a intentar conocer a las chicas utilizando todo tipo de preguntas: preguntas que no necesitaban respuesta, preguntas inteligentes, preguntas extrañas, preguntas de corazón con hermosos envoltorios. Pensaba que las chicas apreciarían mi interés, pero todo lo que lograba era que me ignorasen o que me mostrasen el dedo corazón. No se seduce interrogando. Seducir es preparar el terreno para que dos personas puedan mostrarse la una a la otra.

Sólo los viejos amigos hablan entre sí a base de afirmaciones. Las afirmaciones pertenecen al mundo de la intimidad, de la confianza y la generosidad. Los amigos íntimos comparten su intimidad, y

sus intercambios verbales tienen perfecto sentido metafísico. Confía en mí. No tienes que pasarte una noche tras otra mirando la Vía Láctea tumbado en la hierba para descifrarlo todo. Eso ya lo he hecho yo por ti.

—Este vídeo me hace sentir paz —le dije a la veinteañera—. Me siento como si me dejase caer sobre un gran montón de hojas. Deberían llenar el suelo de hojas. Eso sí que sería arte.

Ella sonrió.

—Cuando era pequeña, en otoño, mi hermano siempre me tiraba sobre las hojas.

Yo me reí. Resultaba gracioso imaginarme a aquella diminuta chica cayendo sobre un enorme montón de hojas.

—Tengo un amigo que segura poder adivinar la personalidad de cualquier persona en función de la edad y el género de sus hermanos —comenté.

—¿Quieres decir que, al tener un hermano mayor, yo debería ser un poco marimacho? —dijo mientras se ajustaba la hebilla de Harley Davidson del cinturón—. Eso es una idiotez.

No puedes llevar la voz cantante si no sabes renunciar a ella.

—Es verdad —le di la razón—. Mi amigo no tiene ni idea. Aunque la verdad es que conmigo acertó.

—¿De verdad?

—Sí. Adivinó que tenía una hermana mayor. Así, sin más.

—¿Cómo lo adivinó?

—Dijo que necesito mucha atención.

—¿Y es verdad?

—Sí. Siempre les pido a mis novias que me escriban cartas de amor y me den masajes. Soy muy exigente.

Ella se rió. Su risa parecía la banda sonora de los pétalos que caían.

Clac, clac, clac, clac.

En el mundo actual nos rodeamos del mayor número posible de estímulos; ya no hay lugar para la concentración. ¿Qué sentido tiene dar un paseo por el parque concentrados en nuestros propios pensamientos cuando al mismo tiempo podemos escuchar música con nuestros auriculares, comernos un perrito caliente, subir la potencia de las suelas vibradoras de nuestras zapatillas y observar a la fauna humana que pasa a nuestro lado? Nuestras elecciones conforman el credo de un nuevo orden mundial: ¡estimulación! Los pensamientos y la creatividad han pasado a estar al servicio de un único objetivo: saturar nuestros sentidos. Pero yo pertenezco a la vieja guardia. Si una chica no está preparada para concentrar toda su atención en mí —conversación, tacto, unión temporal de nuestras almas…—, enton-

ces prefiero que no me haga perder el tiempo. ¡Que vuelva a sus quinientos canales de sonido e imágenes!

—Lo siento, pero no puedo seguir hablando contigo.

—¿Por qué no? —preguntó ella.

—Me lo estoy pasando bien, pero, una de dos, o hablas conmigo o miras las obras de arte. No puedo permitir que hagas las dos cosas. Y, además, si sigo hablando contigo, voy a acabar con tortícolis.

Ella sonrió y se acercó un poco más a mí.

Clac, clac, clac, clac.

—Me llamo Juggler.

—Yo me llamo Anastasia.

—Hola, Anastasia.

Anastasia tenía callos en la palma de la mano y llevaba las uñas muy cortas. Eran las manos de una abeja obrera. Tenía que estudiarla mejor. La acerqué a mí. Ella no se resistió.

Clac, clac, clac, clac.

Style apareció en escena. Primero su tenue perfume, después el sonido del roce de la tela de su ropa italiana. ¿Qué le pasaba? ¿Es que no se daba cuenta de que estaba disfrutando de un momento de intimidad con aquella chica? ¿Tan concentrado estaba en su técnica de seducción que no se daba cuenta de que la veinteañera y yo ya habíamos cambiado de fase? Con la aparición de Style, el momento que estaba compartiendo con la chica se evaporó. Un gruñido surgió de lo más profundo de mi garganta.

—¿Te conozco? —le pregunté.

—¿Conoce alguien de verdad a otra persona? —me contestó Style.

No pude evitar reírme. ¡Qué tío! Aunque lo odié por su inoportunidad, no pude dejar de adorarlo por su don con las palabras. Decidí no morderle; al menos por el momento.

Resultaba evidente que Style estaba deseando mostrar su valía, así que le presenté a la veinteañera. Entonces ocurrió algo muy extraño. Style dejó los ojos en blanco durante unos instantes y se convirtió en otra persona. Parecía estar canalizando a Harry Houdini; un Harry Houdini con mucha oratoria. Empezó a hacer trucos. Le pidió a la chica que le diera un puñetazo en el estómago. Dijo algo sobre dormir en una cama de clavos. No había duda de que ella estaba disfrutando. Hasta que, finalmente, la chica le dio su número de teléfono. A él pareció bastarle con eso, y los dos nos fuimos del museo, dejando a la chica donde yo la había encontrado.

Ser un MDLS es un motivo de orgullo. Ser un MDLS es un continuo desafío. Tengo amigos actores capaces de matar a quinientos enemigos sobre un escenario a los que la sola idea de acercarse a

una chica en un bar los hace temblar. Y los comprendo. Una chica sentada junto a la barra es otra cosa. Da verdadero miedo. Es como un gorila con un traje ajustado y, si la dejas, te puede destrozar. Pero no hay que olvidar que ella desea lo mismo que tú. Ella también quiere follar. Es lo que queremos todos.

El de San Francisco era mi primer taller. Se habían apuntado seis personas. Quedamos en un restaurante, cerca de Union Street. Style me ayudó a comprobar sus credenciales.

Durante la cena practicamos distintas frases de entrada, como la de confundir a la chica con una estrella de cine. Al volver del cuarto de baño me acerqué a una pareja de apuestos cuarentones que estaban sentados a una mesa cercana a la nuestra.

—Perdonad si os interrumpo —le dije a la mujer—, pero quería decirte que me encantaste en la película del niño y el faro. Estuve tres días llorando. Me quedé hasta tarde viéndola con el gato de mi compañero de apartamento. Ellos asintieron amablemente con una sonrisa.

—Eh… Sí… Gracias, muchas gracias —dijo la mujer con un claro acento extranjero.

—Por cierto, ¿de dónde eres?

—De Checoslovaquia.

Le di un abrazo. Después estreché la mano del hombre.

—Bien venidos a América.

Los MDLS somos los auténticos diplomáticos de nuestra sociedad.

Yo no he sido siempre un MDLS. Antes era un niño obsesionado por desmontar cosas. Siempre llevaba un destornillador encima. Necesitaba saber cómo funcionaban las cosas. Juguetes, bicicletas, cafeteras… Puedes desmontar cualquier cosa si sabes encontrar los tornillos. Al salir a cortar el césped, mi padre se encontraba el cortacésped desarmado. Mi hermana intentaba encender la tele, pero no pasaba nada; los tubos estaban debajo de mi cama. Lo cierto es que se me daba mucho mejor desmontar que montar objetos; como consecuencia de ello, mi familia vivió durante años en la Edad de Piedra.

Con el tiempo, mi atención se desplazó hacia las personas; quería comprenderme a mi mismo y a los demás. Me hice malabarista, actor callejero, comediante… Y aunque digan que ése es el vertedero del mundo del entretenimiento, también es un lugar magnífico para aprender sobre las relaciones humanas. Allí aprendí mucho sobre las mujeres. A los veintitrés años sólo me había acostado con una chica. A los veintiocho podía acostarme con todas las que quisiera. Mi forma de abordarlas era tan sutil como eficaz. Mi técnica no sólo era elegante, sino que carecía de errores.

Entonces encontré a la Comunidad. Aunque mis intereses abarcaban mucho más que la mera seducción, yo compartía la obsesión de la Comunidad por comprender cada entresijo de las relaciones entre hombres y mujeres.

Y, después, al conocer a Style, sentí una afinidad que nunca hubiera imaginado posible con otra persona. Style sabía escuchar. La mayoría de las personas no escuchan, porque tienen miedo de lo que pueden oír. Style carecía de ideas preconcebidas. Todo le parecía bien. Para él no había chicas engreídas a las que había que dar una lección de humildad, sino chicas traviesas con las que resultaba divertido jugar. Para él no había caminos llenos de obstáculos, sino territorios nuevos por explorar. Juntos, Style y yo éramos los Lewis y Clark de la seducción.

A las tres de la mañana, cuando acabó el taller, Style y yo fuimos a la habitación de hotel que tenían unos parientes suyos de fuera de la ciudad. Pasamos la mitad de la noche hablando en susurros para no despertarlos. Yo me burlé del gusto de Style para la ropa, y él se burló de mi sensibilidad rural. Compartimos anécdotas sobre nuestras experiencias en la Comunidad e hicimos balance de la noche: Style había conseguido un par de besos; yo un par de números de teléfono.

Se respiraba algo especial en el ambiente; ambos éramos conscientes de estar en el umbral de algo nuevo.

—Es alucinante, tío —me dijo Style—. Tengo curiosidad por ver adónde nos lleva todo esto.

Estaba tan lleno de optimismo y mostraba tanta fe en el arte de la seducción, en los beneficios de mejorarse a sí mismo, que, a sus ojos, la Comunidad era la solución a todos los problemas. Yo quería decirle que las respuestas que buscaba estaban en otro sitio, pero nunca llegué a hacerlo; nos lo estábamos pasando demasiado bien.

CAPÍTULO 3

Una tarde, al volver de San Francisco, me llamó Ross Jeffries.

—Voy a dar un taller este fin de semana —me dijo—. Si quieres, puedes venir gratis. Es en el hotel Marriott de Marina Beach, el sábado y el domingo.

—Allí estaré —respondí.

—Una cosa más: me prometiste que me llevarías a una de esas fiestas de Hollywood.

—Dalo por hecho.

—Por cierto, puedes desearme un feliz cumpleaños.

—¿Es tu cumpleaños?

—Sí. Tu gurú ha cumplido cuarenta y cuatro años. Y, aun así, este año me he acostado con chicas de hasta veintidós.

Entonces, yo todavía no sabía que no me estaba invitando a su seminario como alumno, sino como nuevo converso a su método.

Cuando llegué, el sábado por la tarde, me encontré en la típica sala de reuniones de hotel; esas salas con las paredes de color mostaza y una iluminación tan potente que parecen un hábitat más apropiado para las salamandras que para las personas. Había varias filas de hombres sentados detrás de largas mesas rectangulares. Algunos eran estudiantes de pelo engominado; otros, adultos de pelo engominado, y también había algunos dignatarios con el pelo engominado: altos ejecutivos de multinacionales, e incluso del Ministerio de Justicia. De pie, Jeffries se dirigía a todos ellos a través de un pequeño micrófono incorporado a sus auriculares.

Estaba hablando del valor hipnótico de usar citas en una conversación. Explicaba que cualquier idea resulta más fácil de paladear si procede de otra persona.

—El subconsciente piensa en términos de estructura y con

tenido. Si introduces una técnica con las palabras «Un amigo me ha dicho…», anulas inmediatamente la parte crítica de la mente de la mujer. ¿Entendéis lo que quiero decir?

Recorrió la audiencia con la mirada, buscando a alguien que quisiera decir algo. Y fue entonces cuando me vio, sentado en la última fila, entre Grimble y Twotimer. Jeffries guardó silencio durante un instante, mientras me miraba fijamente.

—Hermanos, os presento a Style.

Yo sonreí con desgana.

—Style, que, tras ver lo que Mystery tenía que ofrecer, ha decidido convertirse en mi discípulo. ¿No es así, Style?

Todas las cabezas se volvieron hacia mí. Casi podía palpar el peso que había adquirido mi nombre al ser pronunciado por Ross Jeffries. Ya hacía tiempo que los partes sobre el taller de Mystery en Belgrado habían llegado a Internet, alabando mis habilidades en el campo del sargeo. La gente sentía curiosidad por saber cómo era el nuevo ala de Mystery.

Fijé la vista en el fino auricular negro que le rodeaba la cabeza, como una tela de araña.

—Algo así —respondí.

Pero eso no era suficiente para él.

—Dinos, Style —insistió—. ¿Quién es tu gurú?

Aunque estuviese en el territorio de Jeffries, yo seguía siendo dueño de mis pensamientos. Ya que el humor es la mejor arma contra la presión, intenté pensar en algún chiste que pudiera valerme como respuesta. Pero no se me ocurrió ninguno.

—Ya te contestaré esa pregunta en otro momento —le dije.

Mi respuesta no le agradó. Después de todo, aquello no era un simple seminario; lo que Jeffries dirigía era casi un culto religioso.

Al interrumpirse el seminario para el almuerzo, Jeffries se acercó a mí.

—Vamos a comer a un italiano —me dijo al tiempo que jugaba con su anillo, una réplica exacta del que le daba sus poderes al superhéroe Linterna Verde.

—Así que todavía eres un fan de Mystery —me dijo mientras comíamos—. Creía que te habrías pasado al lado bueno.

—No veo por qué vuestros métodos no pueden ser compatibles. Mystery alucinó cuando le conté lo que hiciste con la camarera en el California Pizza Kitchen. Creo que ahora estaría dispuesto a admitir que la Seducción Acelerada funciona.

Jeffries tenía la cara morada.

—¡Basta! —exclamó. Era una palabra hipnótica, una orden

de interrupción de técnicas—. No vuelvas a decirle nada de mí a Mystery. Seguro que intenta copiarme. Esta situación no me gusta. —Clavó el tenedor en un trozo de pollo—. Si insistes en conservar tu cercanía con Mystery, me vas a crear un problema. Si quieres seguir aprendiendo de mí, te prohíbo que compartas con él lo que aprendas conmigo.

—No te preocupes —intenté apaciguarlo—. No le he contado ningún detalle—. Sólo le dije que eras muy bueno.

—Está bien —dijo él—. Tú limítate a decirle que me bastó con hacerle un par de preguntas a una tía para ponerla tan cachonda que se mojó las bragas. ¡Deja que el muy arrogante se vuelva loco intentando descifrar mi técnica!

Una vena se marcó en su frente al tiempo que las aletas de su nariz se movían. Parecía un tipo acostumbrado a la humillación. No por la brutalidad de su padre, como Mystery; los padres de Jeffries eran dos judíos inteligentes y con un gran sentido del humor. Lo sabía porque, durante el seminario, se habían burlado jocosamente de varios de los comentarios de su hijo. No, las humillaciones que Jeffries había padecido habían sido de tipo social. Las constantes burlas y las altas expectativas que de él sin duda tenían sus padres destrozarían su autoestima. Y lo mismo debía de haberles ocurrido a sus hermanos, pues los dos habían dedicado su vida a Dios; en cuanto a Jeffries, él había optado por inventar su propia religión.

—Te estás acercando al santuario interior del poder, mi joven aprendiz —me advirtió Jeffries mientras se frotaba la barbilla sin afeitar con el dorso de la mano—. Y el precio que se paga por la traición es más oscuro de lo que pueda concebir tu mente mortal. Guarda silencio y cumple tus promesas, y yo seguiré abriéndote puertas.

Aun siendo excesivos, el enfado y la intransigencia de Jeffries resultaban comprensibles, pues él era el verdadero padre de la Comunidad. Sí, es verdad que siempre ha habido alguien dando consejos para ligar, como Eric Weber, cuyo libro *Cómo ligar con chicas* ayudó a poner en marcha la moda del ligue que culminó con la película de Molly Ringwald y Robert Downey Jr. sobre el arte de ligar. Pero, hasta que apareció Jeffries, nunca había habido una auténtica Comunidad; aunque, eso sí, el hecho de que fuese él quien la creara fue algo completamente fortuito: Jeffries inventó la Seducción Acelerada al tiempo que nacía Internet.

Jeffries había sido un joven lleno de rencor. Quería ser actor cómico y escribir guiones. Uno de ellos, *Me siguen llamando*

Bruce, incluso llegó a producirse, aunque tuvo poco éxito. Así que Jeffries tuvo que conformarse con ir de trabajo en trabajo, solo y sin novia. Pero todo cambió un día, en la sección de libros de autoayuda de la librería, cuando su brazo, según sostiene él, se extendió con voluntad propia y cogió un libro. Era *De sapos a príncipes*, un clásico sobre la programación neurolingüística, de John Grinder y Richard Bandler. A partir de ese día, Jeffries devoró todos los libros que encontró sobre PNL.

El superhéroe Linterna Verde, cuyo anillo mágico le permitía convertir en realidad sus deseos, siempre había sido una fuente de inspiración para Jeffries. Tras usar la PNL para poner fin a un largo período de castidad involuntaria seduciendo a una mujer que había presentado una solicitud de trabajo en el despacho de abogados donde trabajaba, Ross Jeffries supo que había encontrado su propio anillo; por fin tenía el poder y el control que había ansiado durante toda su vida.

Su carrera como seductor profesional empezó con un libro de setenta páginas que publicó él mismo. El título no dejaba lugar a dudas sobre el momento emocional en el que se encontraba: *Cómo acostarte con la mujer que deseas*. Era una guía para todos los hombres que estuvieran hartos de ser agradables y sensibles. Jeffries lo vendió mediante pequeños anuncios publicados en las revistas *Playboy* y *Gallery*. Pronto empezó a hacer seminarios y a promocionar su libro en Internet. Uno de sus alumnos, un famoso *hacker* llamado DePayne, creó el foro alt.seduction.fast (1).Y, lentamente, ese foro dio lugar a una comunidad internacional de MDLS.

—Cuando empecé a hablar de mi método, la gente me ridiculizó sin piedad —dijo Jeffries—. Me llamaron de todo y me acusaron de las cosas más horribles que puedas imaginar. Al principio me dolió mucho. Pero pronto dejaron de reírse.

Y ésa es la razón por la que todos los gurús están en deuda con Ross Jeffries; él había puesto los cimientos de la Comunidad. Pero ésa es también la razón por la que, cada vez que surge alguien nuevo, Jeffries intenta acabar con él; en algunos casos ha llegado incluso a amenazar a algún joven competidor con contarle lo que hace a sus padres o al director de su colegio.

Pero, más que a cualquier otra persona, incluso que a Mystery, Jeffries odiaba a David DeAngelo, un antiguo aprendiz de

(1) *Alt.seduction.fast* podría traducirse como «alt.seducción.acelerada». *(N. del t.)*

la Seducción Acelerada. Con el nombre de Sisonpih —hipnosis escrito al revés—, DeAngelo había ascendido rápidamente en la jerarquía de la Seducción Acelerada ayudando a Jeffries con el marketing. Los problemas surgieron cuando Jeffries hipnotizó a una novia de DeAngelo para conseguir acostarse con ella.

Según Jeffries, había sido el propio DeAngelo quien le había presentado a la chica para que la sedujese, pero DeAngelo insistía en que nunca le había dado permiso a Jeffries para que se acostara con ella. Sea como fuere, ambos dejaron de hablarse y DeAngelo montó su propio negocio, al que llamó «Dobla tus citas». No se basaba en ningún tipo de PNL ni en ninguna otra forma de hipnosis, sino en la psicología evolutiva y en el principio del chulo gracioso.

—¿Sabes que ese imitador de poca monta va a organizar un seminario en Los Ángeles? —me dijo Jeffries—. No entiendo cómo nadie puede pensar que el muy capullo de DeAngelo, con todos sus contactos en el mundillo de la noche y su buena presencia, va a poder entender los problemas y las dificultades a las que se enfrentan los hombres normales a la hora de conocer mujeres.

Me dije a mí mismo que tenía que apuntarme al seminario de DeAngelo.

—DeAngelo, Gunwitch y Mystery comparten una misma visión del género femenino —continuó diciendo Jeffries, cada vez más alterado—. Se concentran únicamente en algunas de las peores características de algunas de las mujeres que hay ahí fuera y, como si fuese una nube de fertilizante, le aplican esas mismas características a todas las demás.

Jeffries hablaba como el típico cantante de blues al que han timado tantas veces que ya no se fía de nadie. Sólo que los cantantes por lo menos cobran derechos de autor y trabajan con discográficas que defienden sus intereses. Pero no es posible registrar los derechos del deseo sexual femenino ni declararse autor de sus elecciones de pareja. Desgraciadamente, la paranoia de Jeffries no carecía de fundamento; sobre todo en el caso de Mystery, el único seductor con suficientes ideas y habilidades como para destronarlo.

El camarero se llevó los platos de la mesa.

—Si me pongo así es porque esos chicos me importan —decía Jeffries—. Calculo que un veinte por ciento de mis alumnos habrán sufrido abusos. La mayoría de ellos están marcados psicológicamente. Su problema no se reduce a las relaciones con las mujeres, sino también tienen problemas para relacio-

narse con el resto de las personas. Y muchos de los problemas de este mundo son el resultado de vivir en una sociedad que reprime nuestros deseos.

Jeffries se volvió hacia tres ejecutivas que tomaban el postre varias mesas más allá; estaba a punto de dar rienda suelta a sus deseos.

—¿Qué tal está la tarta de frambuesa? —gritó.

—Muy rica —contestó una de las mujeres.

—Sabéis que existe un lenguaje de signos para los postres —les dijo Jeffries. Ya no había quien lo parase—. Los signos dicen «Éste no tiene azúcar» o «Éste se me derrite en la boca». Y el lenguaje de signos despierta la sensibilidad de tus sentidos, ayudándote a prepararte para lo que venga a continuación. Es un flujo de energía corporal.

Desde luego, Jeffries había captado el interés de las ejecutivas.

—¿De verdad? —dijeron ellas.

—Soy profesor de flujos de energía —les dijo Jeffries.

Las tres mujeres abrieron la boca al unísono. Para las mujeres del sur de California, la palabra energía es el equivalente al olor del chocolate.

—Ahora mismo estábamos hablando de si los hombres realmente entienden a las mujeres —comentó una de ellas—. Y creemos tener la respuesta.

Unos minutos después, Jeffries estaba sentado a la mesa de las ejecutivas, que, olvidándose por completo de sus postres, lo escuchaban absortas. A veces yo dudaba de si sus técnicas realmente funcionaban en los sofisticados niveles del subconsciente en los que Jeffries sostenía que lo hacían, o si lo que en realidad ocurría era que la mayoría de las conversaciones son tan aburridas que basta con decir algo diferente, algo con poco interés, para conseguir la atención de una mujer.

—Es increíble —dijo una de ellas cuando Jeffries acabó de referirle las cualidades que las mujeres verdaderamente buscan en un hombre—. Nunca lo había pensado así. ¿Dónde das las clases? Me encantaría asistir a una.

Jeffries le pidió el número de teléfono, se despidió de las ejecutivas y volvió a nuestra mesa.

—¿Te das cuenta ahora de quién es el verdadero maestro? —me dijo con una gran sonrisa mientras se frotaba la barbilla con el dedo pulgar.

CAPÍTULO 4

A ojos de Sin, yo no era más que un peón.

—Jeffries es un mujeriego y un conspirador —me dijo cuando lo llamé a Montgomery, Alabama, donde estaba destinado.

Sin estaba viviendo con una chica a la que le gustaba que la sacaran de paseo con un collar y una correa. Desgraciadamente, los militares no veían con buenos ojos ese tipo de perversiones, así que Sin y su chica tenían que conducir hasta Atlanta para dar paseos lejos de las miradas inquisitivas del ejército.

—Jeffries tiene planes para ti —me advirtió—. Quiere usarte como herramienta de marketing para desacreditar a Mystery. Al fin y al cabo, eres el mejor alumno de Mystery, la persona que sargea más a menudo con él. Cuando Jeffries te pregunta si estás mintiendo a tu gurú lo que pretende es que, con tu respuesta, refuerces la idea de que él es tu gurú. Jeffries pretende demostrar que eres un converso, que has renunciado a tus viejas creencias para abrazar la verdadera fe. Ésa es la idea; así que ten cuidado.

El hecho de aprender PNL, manipulación y autoperfeccionamiento tenía un problema: ninguna acción —ya fuese propia o ajena— carecía de propósito. Cada palabra tenía un significado oculto, y cada significado oculto tenía peso en sí mismo, y ese peso tenía reservado un lugar especial en la escala del propio interés. Y aun en el caso de que Jeffries estuviera alimentando nuestra amistad con la única intención de aplastar a Mystery, también era conocido su interés por aquellas personas, especialmente estudiantes, que pudieran introducirlo en todo tipo de fiestas, sobre todo en Hollywood.

A la semana siguiente, invité por primera vez a Jeffries a una de esas fiestas. Mónica, una actriz con buenos contactos, aunque con poco trabajo, con la que había sargeado noches

atrás, me había invitado a su fiesta de cumpleaños en Belly, un bar de tapas en Santa Monica Boulevard. Supuse que habría mucha gente guapa y que sería una buena oportunidad para que Jeffries nos deslumbrara con sus habilidades, pero me equivoqué.

Fui a recoger a Jeffries a casa de sus padres, que vivían en un barrio de clase media del oeste de Los Ángeles. El padre de Jeffries, quiropráctico y director de colegio jubilado, además de editor de sus propias novelas, estaba sentado en un sofá junto a la madre de Jeffries, que era claramente quien llevaba los pantalones. De la pared colgaban un corazón púrpura y una estrella de bronce, condecoraciones recibidas por el padre de Jeffries en Europa durante la segunda guerra mundial.

—Style está teniendo mucho éxito usando mi técnica —les dijo Jeffries.

Incluso los MDLS cuarentones necesitan la aprobación de sus padres.

—Hay gente que cree que hablar de sexo es terrible —intervino su madre—. Pero Jeffries no es sucio ni vulgar. Jeffries es un chico muy inteligente. —Se levantó y caminó hasta la estantería que cubría por completo una de las paredes—. Todavía tengo el libro de poemas que escribió cuando tenía nueve años. ¿Quieres verlo? En un poema, Jeffries dice que él es un rey y que se sienta en un trono.

—No, mamá, Style no quiere que le leas ninguno de mis viejos poemas —la interrumpió Jeffries—. Venga, vámonos. Venir aquí ha sido una equivocación.

La fiesta de cumpleaños fue un completo desastre. Jeffries no sabía comportarse en ese ambiente. Pasó la mayor parte de la noche creyendo que estaba coqueteando al actuar como si fuese mi amante gay y arrastrándose a cuatro patas detrás de Carmen Electra, olfateándole el culo, como si fuese un perro. En una ocasión, mientras yo hablaba con una chica, nos interrumpió para alardear sobre una chica a la que había ligado hacía unos días. A las diez de la noche me dijo que estaba cansado y me ordenó que le llevase a casa.

—La próxima vez deberíamos quedarnos un poco más —le dije.

—No —replicó él—. La próxima vez deberíamos llegar antes —me regañó—. No me importa trasnochar, pero me gusta que me avisen con tiempo, para poder echarme una siesta y estar descansado.

Me dije a mí mismo que nunca volvería a llevar a Jeffries a

un sitio con clase. La verdad es que fue vergonzoso. Lo cierto era que, desde que pasaba tanto tiempo con MDLS, habían bajado considerablemente mis estándares de vida social. Ya apenas veía a mis antiguos amigos. Ahora mi vida social estaba monopolizada por tipos vulgares con los que antes nunca habría salido. Pero, aunque me había acercado a la Comunidad para conocer mujeres, lo cierto era que ésta se caracterizaba, precisamente, por su ausencia. Pese a todo, tenía la esperanza de que tan sólo fuese una fase del proceso, como cuando, para limpiar tu casa, primero la desordenas.

Jeffries no dejó de arengarme sobre sus rivales hasta que llegamos a su apartamento de Marina del Rey. Por supuesto, los rivales de Jeffries eran igual de crueles con él. Recientemente le habían apodado Mío 99, pues, según decían, cada vez que Jeffries le robaba una táctica a alguien lo hacía insistiendo que era él quien la había desarrollado en su seminario de Los Ángeles de 1999.

—Ese traicionero de DeAngelo —dijo Jeffries antes de bajarse del coche—. Su seminario es mañana y acabo de enterarme de que algunos de mis alumnos van a participar. Y ni siquiera han tenido la decencia de decírmelo.

No tuve el valor necesario para decirle que también yo iba a asistir.

CAPÍTULO 5

«De nadie depende elegir por quién se siente atraído»

Esas eran las palabras que David DeAngelo había proyectado sobre la pared. El seminario estaba completamente abarrotado. Debía de haber más de ciento cincuenta personas en la sala. A muchos de ellos ya los conocía.

Los seminarios empezaban a resultar una imagen preocupantemente familiar: una persona con auriculares sobre un escenario aconsejando a un grupo de hombres necesitados sobre la mejor manera de no tener que recurrir al onanismo nocturno. Pero en éste había una diferencia: como había dicho Jeffries, DeAngelo era un tipo apuesto. Una versión delicada de Robert de Niro; un De Niro que nunca se metía en problemas.

Lo que diferenciaba a DeAngelo de los demás gurús era precisamente que no destacaba por nada. No era ni carismático ni interesante. No tenía el fuego inapagable de alguien que anhela convertirse en líder de un culto, ni tampoco parecía valerse de las mujeres para llenar algún oscuro vacío de su alma. Ni siquiera se creía mejor que los demás. No, DeAngelo realmente era muy normal. Lo único que lo hacía peligroso era su increíble capacidad de organización.

Resultaba evidente que llevaba meses preparando el seminario. No sólo estaba todo perfectamente planificado, sino que cada detalle había sido pensado para un consumo masivo. Se trataba de un método para ligar que podía ser presentado a cualquier persona sin que ésta se sintiera agredida ni por su crudeza, ni por su actitud con respecto a las mujeres, ni por lo retorcido de sus técnicas; excepto, claro está, por la recomendación del libro *Adiestramiento canino*, de Lew Burke, como fuente de sugerencias sobre la mejor manera de tratar a las mujeres.

Al igual que DeAngelo, muchos de los oradores del seminario eran antiguos alumnos de Jeffries; entre ellos, Rick H., Vision y Orion, el clásico perdedor que se había hecho famoso por ser el primer MDLS en vender cintas de video de sí mismo sargeando en la calle. La serie de vídeos «Conexiones mágicas» era vista como la prueba irrefutable de que, con técnicas hipnóticas, hasta un completo perdedor podría acostarse con una chica.

—El diccionario define seducción como «Arrastrar, persuadir a alguien con promesas o engaños a que haga cierta cosa, generalmente mala o perjudicial; particularmente, conseguir un hombre por esos medios poseer una mujer» —leyó DeAngelo de una de sus notas—. Así pues —continuó—, la seducción implica engaño; para seducir es necesario comportarse con deshonestidad y ocultar tus motivos. Y eso no es lo que enseñamos aquí. Aquí enseñamos lo que se define como atracción. Atracción es trabajar en uno mismo hasta hacerse irresistible para las mujeres.

DeAngelo no mencionó a ninguno de sus competidores durante el seminario; era demasiado inteligente para cometer ese error. Estaba intentado distanciarse de las mediocres luchas de la Comunidad, y la mejor manera de hacerlo era ignorar su existencia. Había dejado de aparecer en Internet; en su lugar, ahora pagaba a otros para que colgaran en el foro sus consejos cuando él se veía en la necesidad de hacerlo. Desde luego, DeAngelo no era un genio ni un gran innovador, como lo eran Mystery y Jeffries, pero era un magnífico vendedor.

—¿Cómo podemos conseguir que alguien desee algo? —preguntó después de hacer que sus estudiantes practicasen miradas a lo James Dean—. Dándole valor, demostrando que los demás lo quieren, haciendo que sea difícil de obtener y obligando a trabajar para conseguirlo. Durante la comida quiero que penséis en otras maneras de conseguir que alguien desee algo.

Decidí ir a comer una hamburguesa con DeAngelo y con algunos de sus alumnos para conocerlo mejor.

Harto de trabajar con poco éxito como agente inmobiliario en Eugene, Oregón, DeAngelo se había trasladado a San Diego dispuesto a volver a empezar. Pero se encontraba solo en San Diego y añoraba cruzar esa barrera invisible que separa a dos desconocidos en un bar. Así que empezó a buscar consejos en Internet y a cultivar amistades que tuvieran éxito con las mujeres. Uno de esos amigos fue Riker, un discípulo de Jeffries. Riker le enseño la manera de conocer mujeres a través de Internet. Además, a DeAngelo, la red le proporcionó la manera de

practicar las tácticas de sargeo que le enseñaban sus nuevos amigos sin correr el riesgo de ser rechazado en público.

—Tenía acceso a nuevas ideas, las ponía en práctica y después observaba cómo reaccionaban a ellas las mujeres en los foros —dijo mientras algunos de sus alumnos se acercaban a escucharlo—. Fue entonces cuando descubrí que tocarle las narices a una mujer no tenía el efecto que yo creía. Así que decidí que, además de desenvolverme con chulería, debía ser todo lo gracioso que pudiera. Les robaba las palabras, me burlaba de ellas, las acusaba de intentar ligar conmigo y, desde luego, nunca las dejaba en paz.

Embargado por la euforia de sus descubrimientos, DeAngelo envió un escrito de quince páginas a Cliff's List, uno de los foros de seducción más antiguos y consolidados de Internet. Y la Comunidad, que por aquel entonces todavía estaba en pañales, lo acogió con entusiasmo; había nacido un nuevo gurú. Cliff, el canadiense de mediana edad que dirigía el post, convenció a DeAngelo para que dedicara tres semanas a convertir sus ideas en un libro electrónico: *Dobla tus citas*.

Mientras hablábamos, Rick H. se unió a nosotros. Rick H. y DeAngelo compartían una casa en Hollywood Hills. Yo había oído hablar mucho de Rick H. Decían de él que era el mejor, un maestro entre los MDLS, especializado en mujeres bisexuales. Su manera llamativa de vestir, que recordaba a la de una lagartija de Las Vegas, había sido una de las fuentes de inspiración de la teoría del pavoneo de Mystery.

Bajo y con algunos kilos de más, Rick H. llevaba una camisa roja con un cuello inmenso y una chaqueta del mismo color. Lo seguían varios fieles, ansiosos por empaparse de su sabiduría. Reconocí a dos de ellos: Extramask, con los ojos tan hinchados que casi no podía abrirlos, y Grimble, que empezaba a dudar sobre la utilidad de la Seducción Acelerada, pues hipnotizar a mujeres para poder conseguir darse el lote con ellas en locales nocturnos no le había proporcionado ninguna relación estable. Así que, finalmente, Grimble había optado por el método del chulo gracioso. Su última técnica de ligue consistía en sacar el codo cuando pasaba una mujer a su lado y, al golpearla, gritar «ay», como si ella le hubiese hecho daño. Cuando la mujer se paraba junto a él, Grimble la acusaba de haber intentado tocarle el culo. En un bar, ser divertido tenía muchas más recompensas que la adulación.

Rick se sentó a nuestro lado y se reclinó cómodamente sobre su silla. Rodeado de estudiantes, que se apiñaban a su alre-

dedor, empezó a compartir su sabiduría. Dijo que tenía dos reglas con las mujeres.

La primera: ninguna buena acción escapa sin castigo. (Una frase que, irónicamente, fue acuñada por una mujer: Clare Boothe Luce.)

La segunda: siempre has de tener una respuesta mejor que la de ella.

Una de las posibles interpretaciones de la segunda regla de Rick es que nunca debes darle una respuesta directa a una mujer. Si una mujer te pregunta en qué trabajas, mantenla con la duda, dile que reparas mecheros o que eres un tratante de esclavos o un jugador profesional de tres en raya. La primera vez que lo intenté, no funcionó muy bien. Una noche, mientras trabajaba un *set* de cinco en el vestíbulo de un hotel, una mujer me preguntó por mi trabajo. Yo le ofrecí la respuesta que había preparado para esa noche: tratante de esclavos. En cuanto terminé de pronunciar las palabras, me di cuenta de que no debería haberlo hecho, pues la chica era negra.

Una de las cosas que advertí oyendo hablar a Rick fue que la gente a la que le gusta oír el sonido de su propia voz tiende a tener más éxito con las mujeres; en Cliff's List lo llamaban la teoría del bocazas.

—¿Por qué nos gustará tanto hablar de esas cosas? —le preguntó Rick H. a DeAngelo.

—Porque somos hombres —le contestó DeAngelo, como si fuese lo más evidente del mundo.

—Claro —asintió Rick—. Eso es lo que hacen los tíos.

Al marcharse los gurús, fui a sentarme con Extramask, que estaba dándole pequeños sorbos a una lata de zumo de manzana. Llevaba un *piercing* con la forma de unas pesas de halterofilia en la parte posterior del cuello y, de no ser por los ojos hinchados, hubiera sido el tío con el aspecto más guay de todo el seminario.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté.

—Me acosté con la chica de la cara de pan —me dijo—. Lo hicimos tres veces, pero esta vez tampoco conseguí correrme. No sé si son los condones o si es que tengo demasiada ansiedad y necesito tranquilizarme… O puede que tenga razón Mystery y que sea gay.

—¿Y qué tiene que ver eso con tus ojos? ¿Es que te pegó?

—No. Pero tenía una almohada de plumas o no sé qué mierda y, con mis alergias, se me han hinchado los ojos.

Extramask me contó que habían quedado para tomar un

café. Él le había enseñado un juego psicológico que se llama el cubo y había continuado con otras demostraciones de valía. Me dijo que supo que las cosas iban a salir bien cuando ella empezó a reírse con todos sus chistes; incluso con los que no tenían gracia. Alquilaron la película *Insomnio*, fueron a casa de ella y se acurrucaron juntos en el sofá.

—Yo estaba superempalmado —me dijo Extramask—. La tenía durísima.

—Sí, sí —lo animé yo—. ¿Y qué pasó?

—Ella tenía una pierna apretada contra mi polla. Y te aseguro que era imposible no notar lo dura que la tenía. Me quité la camisa y ella empezó a besarme y a acariciarme el pecho. Yo estaba a punto de explotar. —Guardó silencio unos instantes mientras bebía un poco más de zumo de manzana—. Entonces le quité la camisa y ella se quedó en sujetador. Comencé a tocarle las tetas… Pero, cuando fuimos a su habitación, empezaron los problemas.

—¿Se te bajó?

—No, no. Lo que pasó es que ella todavía llevaba puesto el sujetador.

—¿Y? Habérselo quitado.

—Ahí está el problema. No sé cómo se quita un sujetador.

—Bueno, supongo que es una de esas cosas que se aprenden con la práctica —dije yo.

—Se me ha ocurrido una idea. ¿Quieres oírla?

—Sí, dime.

—Voy a coger uno de los sujetadores de mi madre y lo voy a atar alrededor de un palo, o algo así. Después voy a vendarme los ojos y voy a intentar desabrochar el sujetador a ciegas.

Lo miré con la cabeza ladeada. No sabía si hablaba en serio o si me estaba tomando el pelo.

—Lo digo en serio —aseguró él—. Es una manera de aprender tan buena como cualquier otra.

—Pero ¿qué tal te fue en la cama con Cara de Pan?

—Igual que la otra vez. Follamos sin parar. Debimos de estar media hora dale que te pego. Y yo seguía con la polla dura como una piedra. Pero no había manera de correrse. Creo que me hizo mi primera mamada. Aunque no estoy seguro, porque con el condón no notaba nada. Pero ella tenía la cabeza en mi entrepierna. Y me chupó los huevos. Eso sí que lo noté. De verdad, es una mierda. Quiero poder correrme con una tía.

—Te estás obsesionando. No sé; puede que no te gusten las mujeres.

—O puede que nadie sepa cómo darme placer mejor que mi mano —declaró, frotándose los ojos.

Grimble se acercó a nosotros y me dio una palmada en el hombro.

—El seminario va a continuar —me dijo—. Les toca a Steve P. y a Rasputín; te recomiendo que no te lo pierdas.

Me levanté y dejé a Extramask con su zumo de manzana.

—¿Sabes lo que hice? —gritó cuando empezaba a alejarme—. ¡Le metí los dedos!

Me volví hacia él. Extramask me hacía reír. Aunque actuaba como si estuviera confuso e indefenso, yo a veces pensaba que, en el fondo, era más listo que todos nosotros.

—Y la sensación no fue para nada como lo había imaginado —siguió gritando—. Al contrario, me pareció como que todo estaba en su sitio, muy bien organizado.

Quién sabe.

CAPÍTULO 6

Aunque era David DeAngelo quien impartía los seminarios sobre el método del chulo gracioso, el indiscutible peso pesado era un escritor canadiense de cuarenta años conocido como Zan. Mientras otros MDLS, como Mystery, defendían la opción de disfrazar sus intenciones, Zan alardeaba de ser un mujeriego natural. Se consideraba a sí mismo un seductor en la tradición de Casanova, o del Zorro, de quienes disfrutaba disfrazándose en las fiestas. A lo largo de cuatro años, no había perdido un solo consejo en los foros de seducción; tan sólo los había dado.

Grupo MSN: Salón de Mystery
Asunto: Técnica del chulo gracioso con camarera
Autor: Zan

Juego con la ventaja de no sentirme intimidado por ninguna mujer. Mi método es muy sencillo: interpreto cualquier cosa que una mujer haga o me diga como un IDI. Y punto. Me desea. Da igual quién sea ella. Y cuando tú lo crees, ellas no tardan en creerlo también.

Soy un esclavo de mi amor por las mujeres. Y ellas lo notan. El punto débil de las mujeres son las palabras. Afortunadamente, las palabras son uno de mis puntos fuertes.

Si una mujer intenta resistirse a mis avances, yo me comporto como si me hablara en marciano y sigo adelante, como si no entendiera lo que me ha dicho. Nunca me excuso ni pido perdón por ser un mujeriego. ¿Por qué? Porque la reputación es muy importante para una mujer. Lo digo en serio. Yo soy el otro hombre, el hombre por el que se preocupan los que se casan con una mujer.

Y, con eso en mente, quisiera compartir con vosotros mi técnica del chulo gracioso con camarera.

Por lo general, cuando un grupo de hombres se topa con una camarera de una belleza devastadora, se limitan a mirarle el culo cuando ella está de espaldas y hablar de ella cuando no puede oírlos. Pero cuando la camarera se acerca a la mesa para atenderlos, se comportan con exquisita educación y cortesía, como si no se sintieran atraídos por ella.

Yo, al contrario, adopto inmediatamente la actitud de chulo gracioso. Voy a describir cada paso con gran detalle, pues a veces pienso que algunos de vosotros no entendéis cómo ha de comportarse un chulo gracioso.

Cuando veo acercarse a la camarera, empiezo una conversación aparentemente profunda con alguno de mis compañeros de mesa, asegurándome de darle la espalda a la camarera.

Cuando ésta se acerca y nos pregunta qué queremos beber, la ignoro durante unos segundos. Después vuelvo la cabeza hacia ella, como si la viera por primera vez, recorro su cuerpo con la mirada, lo suficientemente despacio como para que ella lo note y me doy la vuelta completamente hasta quedar de frente a ella. Sonrío ampliamente y le guiño un ojo; el juego ha empezado.

Ella: ¿Qué vas a tomar?

Zan (ignorando su pregunta): Hola. No te había visto antes. ¿Cómo te llamas?

Ella: Stephanie. ¿Y tú?

Zan: Yo me llamo Zan. Y tomaré un gin-tonic. (Gran sonrisa.)

He roto el hielo y, al intercambiar nombres, ella me ha concedido el derecho implícito para tratarla con mayor familiaridad. Así que, cuando ella vuelve con las bebidas, vuelvo a sonreír y a guiñarle un ojo.

Zan: ¡Has vuelto! Parece que te caemos bien.

Ella (se ríe. Dice cualquier cosa).

Zan (digo cualquier otra cosa).

Ella (dice cualquier otra cosa).

Zan (cuando ella empieza a alejarse): Qué te apuestas a que no tardas en volver. Lo veo en tus ojos.

Ella (sonriendo): Tienes razón. Sois irresistibles.

He creado una temática de chulo gracioso: ella se acerca a nuestra mesa porque le hemos caído bien. La realidad, por supuesto, es que tiene que acercarse a nuestra mesa; al fin y al cabo, es nuestra camarera. Y, cuando vuelve a acercarse, miro a mis compañeros de

mesa y sonrío, como diciendo: «¿Veis? Ya os lo había dicho.» Desde el principio, trato a la camarera como si nos conociésemos desde hace tiempo. Así consigo una familiaridad para la que normalmente hacen falta varios encuentros.

Y, ahora, la conversación seguirá más o menos así:

Ella: ¿Te traigo algo más?

Zan (sonrisa, guiño): ¿Sabes que eres irresistible? Sí, te llamaré un día de éstos.

Ella: No tienes mi número de teléfono.

Zan: ¡Es verdad! ¡Qué despiste! Dámelo antes de que se te olvide.

Ella (sonriendo): Creo que no es una buena idea. Tengo novio.

Zan (haciendo como si escribiera algo): No tan rápido. ¿Puedes repetirlo? Era el 555…

Ella (se ríe y arquea las cejas).

Es un intercambio aparentemente absurdo, pues ella nunca me daría su número de teléfono delante de mis amigos. Ninguna chica lo haría. Pero su número no es mi objetivo; todavía no.

Ahora, entre la camarera y yo existe cierta complicidad. Cuando vuelva allí, ella se acordará de mí y yo podré acercarme a ella, rodearla con un brazo y seguir con mi juego. Le diré que me convendría como novia y, como siempre, emplearé un tono jocoso; así ella no podrá saber si estoy intentando ligar con ella o si sólo estoy bromeando.

Ella: No, tú otra vez no.

Zan: ¡Stephanie, cariño! Oye, perdóname por no haber contestado a tu llamada de anoche. Ya sabes, soy un hombre tan ocupado.

Ella (siguiéndome la corriente): Sí, claro, pero tenía tantas ganas de verte.

Todos en la mesa nos reímos, incluida ella. Y todo vuelve a empezar. Más tarde:

Zan: ¿Sabes qué, Stephanie? Eres un desastre como novia. De hecho, ya ni siquiera recuerdo la última vez que nos acostamos. Ya no puedo más. Lo nuestro tiene que acabar. (Señalando a otra camarera.) A partir de ahora, aquélla va a ser mi novia.

Ella (risas).

Zan (jugando con mi teléfono móvil): Acabas de ser rebajada del puesto de llamada número 1 al puesto número 10.

Ella (riendo). No, por favor. Haré cualquier cosa para compensarte.

Y todavía más tarde:

Zan (le indico que se acerque y señalo hacia mi rodilla): Ven, Stephanie, déjame que te cuente un cuento. (Sonrisa y guiño.)

Hace años que uso esa frase. Es un filón.

Algunos estaréis pensando: «Vale. ¿Y ahora qué? ¿Cómo pasas a palabras más serias y románticas?»

Realmente es muy sencillo. Basta con encontrar el momento apropiado para hablar con ella a solas. Sólo hay que acordarse de mirarla con pasión.

Zan (abandonando el tono de chulo gracioso): Stephanie, ¿te gustaría que te llamara algún día?

Ella: Sabes que tengo novio.

Zan: Eso no es lo que te he preguntado. ¿Quieres que te llame?

Ella: Resulta tentador, pero no puedo salir contigo.

Zan: Escápate conmigo, Stephanie. Te llevaré hasta la cima del Parnaso. Nunca habrás vivido nada igual…

De hecho, todo lo que acabáis de leer sucedió durante el jueves y el viernes pasado con una camarera que se llama Stephanie. Es la chica más espectacular que he visto en mucho tiempo. Todavía no hay nada definitivo, pero ella no alberga la menor duda sobre mis intenciones. Para ella, mis amigos son unos chicos simpáticos, pero sabe que, conmigo, cualquier interacción estará llena de pasión. Y sabe que ahora depende de ella aceptar o rechazar mi oferta.

Es posible que la rechace, pero eso no importa. No me olvidará. Y podéis estar seguros de que las otras camareras saben todo lo que le he dicho. Y eso es positivo, pues le he dicho prácticamente las mismas cosas a todas ellas. Y seguiré haciéndolo.

El resultado de todo ello es que, cuando entras, eres el dueño del local. Llamas a una camarera, te señalas la mejilla y dices: «¿Dónde esta mi azúcar, cariño?» Ninguna camarera se siente intimidada, pues las tratas a todas por igual. En este restaurante en concreto, cuatro camareras ya han pasado la noche en mi casa; a tres, menos atractivas, les gustaría hacerlo; y todavía estoy trabajando en las otras tres (incluida Stephanie). Y os aseguro que todas lo saben todo. Pero, como ya os he dicho, eso es bueno.

Zan

CAPÍTULO 7

El seminario alcanzó su punto álgido con la aparición de Steve P. y Rasputín. Desde que me había incorporado a la Comunidad, había oído decir muchas cosas sobre ellos. Se decía que eran los verdaderos maestros; líderes de mujeres, no de hombres.

Lo primero que hicieron al subir al estrado fue hipnotizar a todos los asistentes. Hablaban los dos al mismo tiempo, contando historias diferentes; una iba dirigida a ocupar la mente consciente y la otra buscaba adentrarse en el subconsciente. Cuando nos despertaron, no teníamos ni idea de lo que podían haber instalado en nuestras cabezas. Todo lo que sabíamos era que nos encontrábamos frente a dos de los oradores con más seguridad en sí mismos que habíamos visto nunca; desde luego, a aquellos dos hombres les sobraba el entusiasmo y el carisma de los que carecía DeAngelo.

Ataviado con un chaleco de cuero y un sombrero al estilo de Indiana Jones, Steve P. parecía una mezcla entre un ángel del infierno y el chamán de una tribu india. Rasputín, que era portero de noche de un club de *striptease* y tenía unas patillas como chuletas de cordero, recordaba a Lobezno, de la Patrulla X, tras una dosis extra de esteroides. Ambos se habían conocido en una librería, al intentar coger el mismo libro de PNL. Ahora, trabajando en equipo, estaban entre los hipnotizadores más poderosos del mundo. Su consejo para seducir a las mujeres consistía sencillamente en convertirse en un experto en cómo conseguir que ellas se sintieran bien.

Siguiendo sus propios consejos, Steve P. había encontrado la manera de hacer que las mujeres se sintieran tan bien que ahora pagaban por acostarse con él. Por una cifra que podía oscilar entre varios cientos y mil dólares, Steve P. enseñaba a las mujeres a conseguir un orgasmo con tan sólo una orden verbal; les enseña-

ba tres niveles distintos de garganta profunda que él mismo había concebido; y, lo más increíble de todo, decía poder aumentar hipnóticamente el pecho de una mujer hasta en dos tallas.

Por su parte, Rasputín hablaba de la eficacia de lo que él llamaba ingeniería sexual hipnótica. El sexo, sostenía, debía verse como un privilegio para la mujer, no como un favor al hombre.

—Si una mujer me la quiere chupar —dijo—, yo le digo: «Sólo tienes cinco segundos.» —Rasputín tenía un tórax como el capó de un viejo Volkswagen—. Al acabar le digo: «¿Verdad que ha estado bien? La próxima vez te dejaré cinco segundos más.»

—¿Y no te asusta que ella se dé cuenta de que estás intentando manipularla? —preguntó un ejecutivo sentado en la primera fila que parecía una réplica en miniatura de Clark Kent.

—El miedo no existe —contestó Rasputín—. Las emociones no son más que energía que queda atrapada en nuestro cuerpo como consecuencia de un pensamiento.

Mini-Clark Kent se quedó mirándolo con expresión estúpida.

—¿Sabes cómo puedes deshacerte de ese tipo de emociones? —Rasputín miró a su interlocutor como un karateka que está a punto de partir algo en dos—. No te duches ni te afeites en un mes, hasta que huelas como una alcantarilla. Después, paséate durante dos semanas con un vestido, una máscara de portero de hockey sobre hielo y un consolador atado a la máscara. Eso es lo que hice yo, y te aseguro que ya nunca me asustará la posibilidad de ser humillado públicamente.

—Tienes que vivir a gusto con tu propia realidad —intervino Steve P.—. Una vez, una chica me dijo que estaba un poco rellenito y yo le dije: «Pues si eso es lo que piensas, te vas a quedar sin acariciar mi tripa de Buda y sin montar sobre mi tallo de jade.» —Permaneció unos instantes en silencio—. Pero se lo dije con suavidad —añadió.

Al acabar el seminario, DeAngelo me presentó a los dos. Mi cabeza llegaba a la altura del pecho de Rasputín.

—Me gustaría aprender más sobre lo que hacéis —dije.

—Estás nervioso —me dijo Rasputín.

—Bueno, la verdad es que intimidáis un poco.

—Déjame que te libere de tu ansiedad —se ofreció Steve—. Dime tu número de teléfono al revés.

—Cinco… Cuatro… Nueve… Seis… —empecé a decir—. Mientras lo hacía, Steve chasqueó los dedos.

—Está bien. —Steve puso su mano abierta sobre mi ombligo—. Ahora respira hondo y expulsa el aire con fuerza —me ordenó.

Yo lo obedecí y Steve fue levantando los dedos al tiempo que imitaba el sonido del vapor cuando sale a presión a través de un pequeño agujero.

—¡Vete! —ordenó—. Ahora observa cómo ese sentimiento se aleja como un anillo de humo en un día de viento. Ya no existe; ha desaparecido. Ahora visita tu cuerpo e intenta encontrar el sitio que ocupaba. Notarás que ahora hay una vibración distinta. Abre los ojos. Intenta recuperar el sentimiento. ¿Ves? No puedes hacerlo.

Yo no sabía si había funcionado o no. Lo único que sabía es que estaba temblando.

Steve dio un paso atrás y me observó con atención, como si estuviera leyendo un diario.

—Un tipo que se llamaba Phoenix me ofreció una vez dos mil dólares por poder seguirme durante tres días —dijo—. Yo le dije que no, porque lo que quería ese tipo era convertir a las mujeres en sus esclavas. A ti, en cambio, parece que las mujeres te importan. Pareces más interesado en aprender cosas nuevas que en meter tu bate de carne en un agujero.

De repente, oímos un extraño ruido a nuestras espaldas. Dos hermanas y su madre habían cometido el error de atravesar el vestíbulo de un hotel lleno de maestros de la seducción, y los buitres habían descendido sobre sus presas. Orion, el superempollón, le estaba leyendo la palma de la mano a una de las chicas mientras Rick H. le decía a la madre que era el agente de Orion y Grimble acechaba sin piedad a la otra chica. A su alrededor, una multitud de candidatos a MDLS se amontonaban para ver trabajar a los maestros.

—Escucha —se apresuró a decir Steve P.—. Ésta es mi tarjeta. Llámame si quieres ver lo que hacemos en el círculo interior.

—Lo haré.

—Pero recuerda que estamos hablando de técnicas secretas —me advirtió—. No puedes compartir con nadie ninguna de las técnicas que te enseñemos. Son técnicas muy poderosas que, en las manos equivocadas, podrían hacerle mucho daño a una chica.

—Entiendo —contesté yo.

Steve P. plegó un trozo de papel blanco con la mano hasta darle la forma de una rosa, se acercó a la chica con la que estaba sargeando Grimble y le dijo que oliera la flor. Treinta segundos después, ella cayó desmayada en sus brazos.

¡Desde luego que quería ver lo que hacían en el círculo interior!

CAPÍTULO 8

Y así empezó la etapa más extraña de mi educación.

Todos los fines de semana conducía durante dos horas hasta el pequeño apartamento de Steve P., donde éste criaba a sus dos hijos con la misma mezcla de ternura y obscenidad con la que trataba a sus alumnos; su hijo mayor, de trece años, ya era mejor hipnotizador de lo que yo llegaría a serlo nunca.

Por la tarde, Steve y yo íbamos a casa de Rasputín. Me decían que me sentara en una silla y me preguntaban qué quería aprender ese fin de semana. Entonces, yo sacaba la lista que había escrito con todo aquello que me interesaba: creer que le resultaba atractivo a las mujeres; vivir mi propia realidad; dejar de preocuparme por lo que pensaran de mi los demás; transmitir firmeza; tener confianza en mí mismo; algo de misterio en mi vida; expresarme y moverme con confianza; superar mi miedo al rechazo sexual, y, por supuesto, sentirme importante. Memorizar técnicas era fácil; todo lo contrario que llegar a interiorizarlas. Pero Steve P. y Rasputín tenían las herramientas adecuadas para lograr que yo lo hiciera.

—Vamos a contener tu desbocado deseo —me explicó Steve P. —, de tal forma que no te alegre que cualquier guarra te la chupe. Al contrario, sólo te conformarás con la mejor, y para ella será un privilegio poder beber el néctar de su amo.

En cada sesión me hipnotizaban, y Rasputín me susurraba complejas historias metafóricas al oído mientras Steve P. le daba órdenes a mi subconsciente por el otro. Dejaban enlaces abiertos (metáforas o historias inacabadas) para cerrarlos a la semana siguiente. Me hacían oír música diseñada para provocar reacciones psicológicas concretas. Me sumergían en trances tan profundos que las horas pasaban en lo que se tarda en pestañear.

Después volvíamos a casa de Steve y yo leía sus libros sobre PNL mientras él le gritaba a sus hijos.

Según mi teoría, los jóvenes con una facilidad innata para el ligue, como Dustin, pierden la virginidad a una edad temprana y, consecuentemente, nunca sufren esa sensación de urgencia, curiosidad o intimidación durante los años críticos de la pubertad. Por el contrario, aquellos que aprendemos más lentamente —como yo y como la mayoría de los miembros de la Comunidad— no tuvimos la suerte de tener novia, ni siquiera una cita aislada, durante los años del instituto. Así que nos pasamos años sintiéndonos intimidados y alienados por las mujeres, que son quienes tienen en su poder la clave para liberarnos del estigma que arruina nuestras vidas: nuestra virginidad.

Steve P. encaja perfectamente en esa teoría. Se había iniciado en el sexo en primaria, cuando una niña unos años mayor que él le había ofrecido chupársela, a lo que él había respondido tirándole una piedra. Pero, al final, ella había conseguido convencerlo y esa experiencia había sido el principio de una obsesión por el sexo oral que le duraba hasta ahora. A los diecisiete años, un primo lo había contratado para que trabajara en la cocina de un internado de chicas. En este caso fue él quien practicó el sexo oral con una chica. Lo ocurrido no tardó en saberse, y Steve se convirtió en la mascota sexual del colegio. Pero, además de darles placer, Steve también las hacía sentirse culpables. Y la necesidad de las chicas de confesar sus pecados acabó por hacer que lo despidieran.

Más tarde dedicó una época de su vida a viajar con una pandilla de moteros, a lo que abandonó tras disparar accidentalmente a un hombre en los testículos. Ahora dedicaba su vida a una mezcla de sexualidad y espiritualidad ideada por él mismo. Y, por crudo que pudiera ser su lenguaje, en el fondo Steve era un chico de buen corazón. Y yo me fiaba de él.

Por la noche, cuando sus hijos ya se habían acostado, Steve me enseñaba la magia que había aprendido de chamanes cuyos nombres había jurado no pronunciar nunca. El primer fin de semana que me quedé en su casa me enseñó a buscar el alma de una mujer mirando fijamente su ojo derecho con mi ojo derecho mientras respirábamos al unísono.

—Una vez que hayáis compartido esa experiencia, el lazo que os unirá será mucho mas fuerte —me advirtió; a menudo, Steve dedicaba más tiempo a las advertencias y a las palabras de precaución que a las lecciones en sí—. Al mirar en su alma te

conviertes en su *anamchara*, que en gaélico significa «amigo del alma».

El segundo fin de semana aprendí cómo debía comportarme en un trío; trucos como darle una mandarina seca a una mujer para que la chupe eróticamente mientras otra mujer la chupa a ella. El tercer fin de semana me enseño a mover la energía de su abdomen con las manos. Y el cuarto fin de semana me enseñó a retener la energía orgásmica, de tal manera que una mujer consigue sumar un orgasmo retenido a otro y a otro, hasta que, en palabras de Steve P., «acaba temblando como un perro al cagar un hueso de melocotón». Finalmente, compartió conmigo lo que él consideraba su principal habilidad: la manera de conducir a cualquier mujer, a través de las palabras y el tacto, a un orgasmo tan poderoso que la deja <más mojada que las cataratas del Niágara».

Había accedido al círculo interior, y los poderes que me ofrecía Steve P. me convertirían en un superhombre.

Así que me dejé llevar por aquel tornado. No llamaba a mis amigos. No llamaba a mi familia. Rechazaba todos los encargos periodísticos que me ofrecían. Vivía en una realidad alternativa.

—Le he dicho a Rasputín que me gustaría que te convirtieras en uno de nuestros adiestradores —me dijo Steve P. una noche.

Pero yo no podía aceptar esa oferta. El mundo de la seducción era un palacio con muchas puertas, y si entraba por una de ellas, por tentadores que fuesen los tesoros que aguardaran dentro, estaría cerrando las demás.

CAPÍTULO 9

Un domingo por la tarde, al volver a Los Ángeles, encontré un mensaje de Cliff, de Cliff's List, en el contestador. Estaba en California y quería presentarme a su nuevo ala, un motero reconvertido en obrero de la construcción que se llamaba a sí mismo David X.

Cliff formaba parte de la Comunidad desde sus inicios. Ya hacía algunos años que había cumplido los cuarenta, y era tan agradable como intranquilo.

Aunque era apuesto, desde el punto de vista convencional, también era el vivo ejemplo de una persona sosa. Parecía salido de una serie de televisión de los años cincuenta. En casa tenía más de mil libros sobre el arte de ligar. Ejemplares del *Pick-Up Times* (1), una revista de escasa vida de los años 70; una primera edición del clásico de Eric Weber *Cómo ligar con chicas*, y rarezas misóginas con títulos como *La seducción comienza cuando la mujer dice que no*.

David X era uno de los seis MDLS que Cliff había descubierto y promocionado desde 1999. Cada MDLS tenía su especialidad, y la de David X era manejar un harén o, lo que es lo mismo, hacer malabarismos para mantener relaciones con varias mujeres al mismo tiempo sin mentirle a ninguna de ellas.

Yo, desde luego, no me esperaba lo que vi al entrar al restaurante chino con Cliff. David X posiblemente era el MDLS más feo que había visto en mi vida. Comparado con él, Ross Jeffries parecía un modelo de ropa interior de Calvin Klein. David X era inmenso, estaba prácticamente calvo, hablaba como alguien que acaba de fumarse cien mil paquetes de cigarrillos y tenía tantas verrugas en la cara que parecía un sapo.

(1) *Pick-Up Times* podría traducirse como «Diario del ligue». *(N. del t.)*

La reunión con David X fue como tantas otras que había tenido antes; aunque las reglas siempre fuesen distintas. Las de él eran dos:

I. ¿A quién le importa lo que pueda pensar ella?
II. Tú eres la persona más importante de la relación.

Su lema era no mentirle nunca a una mujer. Además, alardeaba de saber aprovechar lo que decían las mujeres para conseguir acostarse con ellas. Por ejemplo, al conocer a una chica en un bar conseguía que ella le dijera que era espontánea y que no tenía reglas; luego, si ella vacilaba a la hora de irse con él, David X le decía: «Creía que eras espontánea. Creía que siempre hacías lo que te apetecía.»

—Las únicas mentiras que me oirás decir son «no me correré en tu boca» y «sólo te la frotaré un poco por el culo» —dijo, repantigado en su asiento, como una rodaja de queso a punto de derretirse.

Desde luego, no era una imagen nada gratificante.

A lo largo de la cena no dejó de decirme, una y otra vez, que su filosofía era contraria a todo lo que yo había aprendido con Mystery. David X era un perfecto ejemplo de la teoría del bocazas de Cliff; un macho alfa innato.

—Hay tíos como yo y tíos como tú o como Mystery —alardeó—. Mientras vosotros todavía estáis haciendo truquitos de magia en el bar, yo ya voy por el segundo plato.

A pesar del bocazas de David X, la cena resultó interesante, pues aprendí pequeños trucos que usaría cientos de veces en el futuro. Además, esa noche me di cuenta de algo importante: no necesitaba más gurús.

Ya tenía toda la información que necesitaba para convertirme en el mejor MDLS del mundo.

Dominaba cientos de frases de entrada, cientos de comentarios de chulo gracioso, cientos de formas de demostración de valía, cientos de poderosas técnicas sexuales… Me habían hipnotizado hasta hacerme llegar al Valhalla. No, ya no necesitaba aprender nada más. A no ser que fuese por diversión, claro. Lo que debía hacer ahora era practicar en el campo del sargeo, calibrar cada movimiento, perfeccionar cada técnica… Estaba listo para el taller de Miami.

Al volver a casa me hice a mí mismo una promesa: si alguna vez volvía a conocer a otro gurú, no sería como un alumno, sino como un igual.

Por amenazado que puedas sentirte por la salud y la exuberancia de otra persona, no es justo destrozarla.

Jenny Holzer, *Benches*

CAPÍTULO 1

Durante nuestros viajes, impartiendo talleres, Mystery y yo fuimos conociendo a la mayoría de los miembros de la Comunidad. Así, al cabo de un tiempo, ésta dejó de estar compuesta por una serie de nombres anónimos en la pantalla de un ordenador. De repente, Maddash, un seudónimo de siete letras, pasó a convertirse en un divertido hombre de negocios de Chicago; Stripped (1), en un editor de libros de intriga de Amsterdam con aspecto de modelo masculino, y Nightlight9 en un adorable empollón que trabajaba en Microsoft.

Con el tiempo, las preguntas y los consejos a través de los teclados fueron quedando a un lado, y Mystery y yo pasamos a convertirnos en unas superestrellas. En Miami, Los Angeles, Nueva York, Toronto, Montreal, San Francisco y Chicago. Con cada taller nos hacíamos mejores, más fuertes, más atrevidos. Ofrecíamos a la Comunidad lo que sus miembros querían, mientras que los demás gurús se aferraban a la seguridad de las salas de conferencias. Nosotros éramos los únicos que aceptábamos el desafío de demostrar nuestra valía en una ciudad tras otra, una noche tras otra, con una mujer tras otra.

Cada vez que abandonábamos una ciudad, surgía en ella una pequeña guarida que reunía a alumnos ansiosos por poner en práctica sus nuevas habilidades. Y, a través del boca a boca, el número de miembros de cada guarida no tardaba en doblarse, en triplicarse, en cuadriplicarse. Y cada uno de ellos adoraba a Mystery y a Style, pues nosotros vivíamos la vida que ellos ansiaban vivir; o al menos eso es lo que creían.

Cada taller generaba nuevos mensajes en Internet alabando mi juego. Cada parte de sargeo que yo colgaba en Internet pro-

(1) *Stripped* podría traducirse como «Desnudado». *(N. del t.)*

vocaba una avalancha de correos electrónicos de alumnos deseosos de convertirse en mis compañeros de sargeo. De hecho, casi tenía más números de teléfono de miembros de la Comunidad que de chicas.

Cuando sonaba el teléfono en mi casa, casi siempre era alguien que quería pedirle algún consejo a Style y que, tras una breve presentación, preguntaba si debía ocultar su número al llamar a una chica o si seguía teniendo alguna posibilidad con el objetivo si, en un *set* de tres, el obstáculo se interesaba por él y le daba su número de teléfono.

La Comunidad había devorado mi antigua vida. Pero ése era un precio que merecía la pena pagar por convertirme en el tipo de hombre al que yo siempre había envidiado, el tipo de hombre al que, al entrar en un bar, te encontrabas dándose el lote en una esquina con una chica a la que acababa de conocer. Sí, ése era el precio que debía pagar por convertirme en Dustin.

Antes de encontrar la Comunidad, la única vez que me había enrollado con una chica a la que acababa de conocer había sido recién llegado a Los Angeles. Pero, tras besarnos, cuando yo le conté que acababa de llegar a la ciudad, ella se apartó de mí y me dijo: «Creía que eras un productor o algo así.» Lo que quería decir es que, de no ser así, una chica como ella nunca se hubiera enrollado con alguien como yo. Tardé meses en superar aquel golpe. Mi falta de seguridad en mí mismo me impedía aceptar lo que, viéndolo ahora, no era más que un simple nega.

Ahora, cada vez que entraba en un bar o en una discoteca, sentía una maravillosa sensación de poder mientras miraba a mi alrededor preguntándome cuál de aquellas mujeres tendría la fortuna de tener mi lengua en su garganta dentro de unos minutos. Pues, a pesar de todos los libros de autoayuda que había leído, yo seguía buscando la aprobación de los demás. Todos nosotros lo hacíamos; precisamente por eso estábamos en la Comunidad. No estábamos en el juego por nuestra entrepierna, sino para sentirnos aceptados.

Mientras tanto, Mystery había experimentado su propia metamorfosis. Durante nuestros viajes había ido dándole una forma más radical a su teoría del pavoneo. Ya no le bastaba con llevar un objeto o una prenda estridente para llamar la atención del sexo opuesto. Ahora, todos esos objetos y prendas eran descomunales, y Mystery parecía la atracción de una feria itinerante. Llevaba botas con plataformas de quince centímetros y un sombrero de vaquero de un impactante rojo chillón con una banda de piel de leopardo, que, combinados, le hacían medir

más de dos metros. Y a esto había que añadir los ajustados pantalones de PVC negro, la camiseta de malla, las gafas futuristas, una mochila de plástico con pinchos, la sombra de ojos blanca y hasta siete relojes entre las dos muñecas. No había cabeza que no se volviera al verlo pasar.

Mystery ya no necesitaba frases de entrada ni estrategias de aproximación. Ahora eran las mujeres las que se acercaban a él. Había chicas que, incluso, lo seguían por la calle durante manzanas. Algunas le tocaban el culo y una mujer de cierta edad incluso había llegado a morderle la entrepierna. Y, cuando él se interesaba por alguna mujer en particular, todo lo que tenía que hacer era mostrarle un par de trucos de magia, que, por otra parte, justificaban lo extravagante de su aspecto.

Además, su nueva imagen le servía para espantar al tipo de chicas que no le interesaban mientras conseguía atraer a las que sí le interesaban.

—Me visto para las chicas más despampanantes de las discotecas, para las tías más macizas y más calientes, esas chicas que antes no estaban a mi alcance —me dijo una noche cuando lo acusé de parecer un payaso—. Al comportarme así, las mujeres vienen a mí como si yo fuese una estrella del rock.

Mystery siempre me animaba a vestir tan extravagantemente como él y, aunque, por lo general, yo no seguía sus sugerencias, en una ocasión compré un chaleco de piel de color violeta en una tienda de ropa interior femenina de Montreal. Pero lo cierto es que no me gustaba ser el centro de todas las miradas. Y, además, las cosas ya me iban suficientemente bien.

Mi reputación se había disparado a raíz del taller de Miami, donde, en treinta minutos, había puesto en práctica todo lo que había aprendido durante las seis semanas anteriores. El mío había sido un ejemplo perfecto de cómo llevar a cabo una seducción; no como una lucha, sino como una danza.

Aquella noche pasaría a la historia de la Comunidad. Aquella noche me gradué, dejando de ser un TTF y convirtiéndome oficialmente en un MDLS.

CAPÍTULO 2

Fue el sargeo perfecto.

Todo el mundo se fijó en ellas cuando entraron en la zona VIP de la discoteca Cro de Miami. Las dos eran rubias platino, con pechos de silicona y perfectos bronceados. Vestían exactamente igual, con diminutas camisetas blancas de tirantes y ajustadísimos pantalones del mismo color; dos mujeres vestidas para convertir a los hombres en bestias. Eran lo que la mayoría de los MDLS llamarían un perfecto 10. ¿Cómo no iban a fijarse los hombres en ellas? Estábamos en South Beach, una ciudad que rebosa testosterona. Los silbidos y las exclamaciones de admiración las seguían allí adonde fueran. Ellas, por su parte, parecían disfrutar casi tanto con toda esa atención como disfrutaban ignorando a los hombres que se la proporcionaban.

Yo sabía lo que debía hacer: exactamente lo que todos los demás no estaban haciendo. Un MDLS siempre tiene que ser la excepción a la regla. Tenía que reprimir todos mis instintos y no prestarles la menor atención.

Estaba con Mystery y dos de nuestros alumnos: Outbreak (1) y Matador of Love (2). El resto de los alumnos estaban en la planta baja de la discoteca, sargeando alrededor de la pista de baile.

Outbreak fue el primero en aproximarse a ellas para darles la enhorabuena por su vestuario. Las gemelas de platino se deshicieron de él como si fuera un mosquito. Después, Matador of Love las abordó con la frase de entrada de Maury Povich, pero chocó contra la misma impenetrable pared.

(1) *Outbreak* podría traducirse como «Estallido». *(N. del t.)*
(2) *Matador of Love* podría traducirse como «Torero del amor». *(N. del t.)*

Me tocaba a mí. Iba a necesitar toda la confianza y la autoestima que me habían proporcionado Steve P. y Rasputín durante nuestras sesiones de hipnosis. Bastaría con que dejase entrever un destello de debilidad para que las gemelas de platino me devorasen vivo.

—La alta no es un diez —me susurró Mystery al oído—; es un once. Vamos a tener que trabajar duro con los negas.

Las chicas se acercaron a la barra y se pusieron a hablar con un travestí que iba vestido con un tutú negro. Me acerqué al *set* sin mirar a las chicas y saludé al travestí como si lo conociera. Le pregunté si trabajaba en la discoteca. Él me dijo que no. La verdad es que daba igual lo que dijera; lo importante en ese momento era posicionarme.

Y, ahora que estaba cerca de las chicas, había llegado el momento de los negas.

—Fíjate, esa chica de ahí está copiando tu estilo —dije volviéndome hacia la chica 10, la menos alta de las dos, al tiempo que señalaba a otra rubia platino vestida de blanco.

—Sólo tiene mi mismo color de pelo —dijo la 10 con indiferencia.

—No —insistí—. Fíjate en la ropa. Va vestida igual que tú.

Las dos chicas se volvieron hacia mí. Había llegado el momento de la verdad. Si no se me ocurría algo muy bueno, perdería rápidamente su interés y, a sus ojos, pasaría a convertirme en otro mosquito más. Así que seguí con los negas.

—Ahora que me fijo —les dije—. Parecéis dos pequeños copos de nieve.

La cosa marchaba.

—Perdonadme si os lo pregunto, pero ¿lleváis peluca?

La chica 10 hizo una mueca de enojo, aunque recuperó inmediatamente la compostura.

—Claro que no —replicó—. Mira, tócalo.

Yo tiré suavemente de un mechón.

—¡Se ha movido! ¡Es una peluca!

—Es de verdad, tonto. Tira más fuerte.

Y lo hice. Le tiré tan fuerte del pelo que la cabeza se le balanceó hacia atrás.

—Sí, supongo que sí —le dije—. Parece de verdad. Pero tu amiga sí que lleva peluca, ¿verdad?

La chica 11 se inclinó hacia mí y me miró fijamente a los ojos.

—Eso que has dicho no tiene ninguna gracia. ¿Y si estuviera calva de verdad? Podrías hacerle mucho daño a una chica si di-

ces ese tipo de cosas. ¿Cómo te sentirías tú si alguien te dijera algo así?

La seducción es un juego arriesgado y, para ganar, hay que apostar fuerte. Había conseguido captar su atención y con ello había provocado una reacción emocional. Ahora sólo tenía que conseguir convertir esa reacción negativa en sentimientos positivos.

Por suerte, resultó que, con el fin de demostrarles a mis alumnos que el aspecto era lo de menos, que lo que importaba de verdad era la técnica, me había puesto un falso *piercing* en el labio y una peluca negra al estilo mod.

Sin bajar en ningún momento la mirada, me incliné hacia la chica 11.

—Pues mira por dónde —le dije—. Resulta que yo sí soy calvo y llevo peluca.

Guardé silencio durante unos instantes, mientras ella me miraba boquiabierta. La chica 11 no sabía qué decir. Había llegado el momento de cobrar la presa.

—Y te voy a decir otra cosa. Da igual que salga con la calva al aire, con esta peluca o con otra más larga y desmelenada; la gente siempre me trata igual. Lo que importa es la actitud de una persona, no su aspecto. ¿No te parece?

Durante la seducción, todo lo que dices debe encerrar un motivo. Yo quería que ella supiera que, al contrario que todos los demás hombres que había a nuestro alrededor, yo ni me sentía intimidado ni me dejaría intimidar por su aspecto. Ahora, para mí la belleza no era más que una simple pantalla que cegaba a los perdedores, paralizándolos.

—Yo vivo en Los Ángeles —continué diciendo—. Las mujeres más hermosas del país van a Los Angeles a intentar triunfar. Allí, si miras a tu alrededor, todo el mundo es guapo. Comparado con una discoteca de Los Ángeles esto parece un tugurio de mala muerte.

Eran palabras que había aprendido, casi de memoria, de Ross Jeffries. Y funcionaban.

Permanecí en silencio unos segundos, para que ella mirase a su alrededor, antes de seguir.

—¿Y sabes lo que me ha enseñado eso? Que la belleza es algo vulgar. Es algo con lo que naces o algo por lo que pagas. Lo importante es lo que hagas con ella. Lo que de verdad importa es tener una mente abierta y una actitud positiva.

Ya estaba dentro. Ahora eran ellas las que se habían quedado de piedra. Tal como lo expresó Jeffries en una ocasión, yo

había entrado en su mundo demostrando autoridad. Y, para reforzar esa autoridad, añadí un último nega, aunque en esta ocasión acompañado por un cumplido, como si fuese yo quien me estuviese dejando ganar por ellas.

—La verdad es que no tienes una sonrisa fea. Creo que, debajo de todo ese artificio, probablemente no seas una mala persona.

La chica 10 se acercó un poco más a mí.

—Somos hermanas, ¿sabes? —me dijo.

Un MDLS menos preparado habría pensado que ya estaba todo hecho. Pero no, ese movimiento no era sino otra prueba más. Las miré muy lentamente a las dos antes de arriesgarme.

—No me lo creo —les dije con una sonrisa—. Supongo que conseguiréis engañar a muchas personas, pero a mí no. Yo soy una persona muy intuitiva. Sois muy diferentes para ser hermanas.

La chica 10 sonrió con complicidad.

—No se lo digas a nadie —me dijo—, pero tienes razón. Sólo somos amigas.

Ahora sí que había conseguido romper definitivamente su barrera. La había obligado a abandonar el piloto automático del que normalmente se servía para tratar con los hombres que la abordaban y le había demostrado que yo no era uno más. Así que volví a arriesgarme.

—Y no sólo eso, sino que apostaría a que tampoco hace mucho tiempo que os conocéis. Las amigas íntimas acaban por compartir todo tipo de gestos, y vosotras no lo hacéis.

—Sólo nos conocemos desde hace un año —reconoció la chica 10.

Había llegado el momento de frenar un poco.

Tal y como me había enseñado Juggler, yo nunca hacía preguntas; tan sólo hacía afirmaciones. Así conseguía que fuesen ellas quienes me hicieran las preguntas a mí.

La chica 10 me dijo que eran de San Diego, así que hablamos un rato sobre la costa Oeste y sobre Miami. Mientras hablábamos, me aseguré de darle la espalda a la chica 11, como si ella me interesara menos que su amiga. Era una estrategia típica del método de Mystery: quería que ella se preguntara por qué no le estaba prestando la atención a la que estaba acostumbrada.

En el sargeo no hay nada accidental.

Me gusta comparar el interés que una mujer muestra por

mí con un fuego; cuando empieza a perder fuerza hay que reavivarlo con un poco de oxígeno. Cuando noté que la chica 11 estaba a punto de irse a buscar a alguien con quien hablar, me volví hacia ella.

—¿Sabes qué? Al verte, puedo imaginarme perfectamente el aspecto que tenías con catorce años. Y apostaría a que entonces no eras tan popular ni tan extrovertida como ahora.

Se trataba de una verdad prácticamente universal, así que no podía equivocarme. Ella me miró boquiabierta, sin poder comprender cómo lo habría adivinado. Y para sellar mi victoria, la obsequié con la técnica neutralizadora de bellezas.

—Supongo que mucha gente pensará que eres una creída. Pero yo no lo creo. De hecho, en el fondo estoy seguro de que eres una chica tímida.

Como se suele decir en la Comunidad, la chica 11 empezó a mirarme con ojos de cachorro delante de un plato de comida. Era la mirada que todo MDLS busca: los ojos humedecidos y las pupilas dilatadas mientras me escuchaba absorta, sin siquiera parpadear.

Y cuanto más evidente se hacía el interés de la chica 11 por mí, más quine recibía de la chica 10.

—Me caes bien —me dijo rozándome con un pecho.

Mystery, Outbreak y Matador of Love me animaban en la distancia.

—Deberíamos vernos en Los Ángeles —continuó diciendo ella. Después se inclinó hacia mí y me dio un abrazo.

—Lo que acabas de hacer te va a costar treinta dólares —exclamé al tiempo que me apartaba—. ¿O es que te crees que estoy disponible para cualquiera?

Cuanto más las alejas de ti, más desean acercarse.

—Lo adoro —le dijo a su amiga. Después me preguntó si podían quedarse en mi casa la próxima vez que fuesen a Los Ángeles.

—Bueno —contesté yo y, en cuanto lo hice, me di cuenta de que no debería haber accedido con tanta facilidad. Son tantos los factores que forman parte de un buen sargeo que, en ocasiones, hasta el mejor MDLS puede tener una equivocación. Pero, en esta ocasión, no tuvo ninguna importancia. La chica 10 me dio su número de teléfono.

Habréis notado que no me he referido a esas dos chicas por sus nombres. No lo he hecho porque nunca me presento cuando estoy ligando. Fue una de las primeras reglas que me enseñó Mystery: esperar a que sea la chica quien se presente o quien

pregunte cómo te llamas. Así podrás saber si le interesas. Y, de esta forma, al darme su número de teléfono, la chica 10 me dio también un IDI. Además, en ese momento aprendí que la chica 10 se llamaba Rebekah y la chica 11 Heather. Había llegado el momento de separarlas y de intentar conseguir más IDI; los suficientes como para cerrar con beso.

En aquel momento, un tipo que las conocía se acercó a nosotros y pidió tres chupitos: uno para Heather, otro para Rebekah y otro para él. Yo extendí una mano vacía y miré a mi alrededor, como si me sintiera dolido. Heather, que, por lo que empezaba a conocer de ella, realmente era una chica dulce, a pesar de su fría y trabajada fachada, mordió el anzuelo.

—No le hagas ni caso —me dijo señalando a su amigo—. Es un maleducado.

Después llamó al camarero y le pidió un chupito para mí.

—No te olvides de nuestro pacto —le dijo Rebekah, mirándola con cara de pocos amigos.

Yo sabía cuál era ese pacto. A las chicas como ellas les encanta que las inviten a una copa. Pero yo sabía que no debía hacerlo. Me lo había enseñado David X. Las chicas no respetaban a los hombres que las invitan a copas. Un verdadero MDLS nunca invita a una mujer a comer ni a una copa, ni le regala nada a una chica con la que no se haya acostado todavía.

—Prometimos que no pagaríamos ninguna copa mientras estuviéramos en Florida —protestó Rebekah.

—Pero la copa no es para ninguna de vosotras —le dije yo—. Me estáis invitando a mí. Y yo no soy como los demás.

No es que yo sea tan arrogante. Es que en el sargeo hay reglas que no se pueden romper; no pueden romperse porque funcionan.

De repente, Mystery se acercó a mí.

—Aíslala —me susurró al oído.

—Quiero enseñarte algo —le dije a Heather al tiempo que la cogía de la mano. La llevé a una butaca, nos sentamos y le hice varios trucos de magia. No demasiado lejos, Mystery apretó lentamente el puño contra la palma de la mano. Era una señal. Había que cambiar de fase. Había llegado el momento de cerrar.

Le dije a Heather que iba a enseñarle a mirar en el alma de otra persona y, rodeados de música *house* y del rumor de decenas de conversaciones, nos miramos fijamente a los ojos, compartiendo un largo momento de intimidad. Mientras la miraba, me imaginé a la chica regordeta de catorce años que debía de

haber sido. De haber estado pensando en lo atractiva que era, habría estado demasiado nervioso para besarla.

Lentamente, acerqué mi cara a la suya.

—Sin besos —dijo ella con tranquilidad.

—Chis —le dije yo al tiempo que levantaba el dedo índice y lo apoyaba en sus labios. Después la besé en la boca.

Hubiera sido el beso más hermoso de toda mi vida de no haber estado tan concentrado en el falso *piercing* que llevaba en el labio. Preocupado por la posibilidad de que se cayera (o, aun peor, de que acabase en la boca de Heather), me aparté, volví a mirarla y le di pequeños mordisquitos en el labio superior.

Su lengua buscaba mi boca con avidez.

—No tan de prisa —protesté yo, como si fuese ella quien estuviera intentando ligar conmigo. La clave de la escalada física, tal como había dicho David De Angelo en su seminario, consistía en dar dos pasos adelante y uno atrás.

Después de besarnos, se la devolví a Rebekah en la barra. Tenía que atender a mis alumnos, así que les dije a las dos que había sido un placer conocerlas, pero que había llegado el momento de volver junto a mis amigos. Hicimos planes para pasar un fin de semana juntos y me alejé con una melodía en el corazón.

Matador of Love fue el primero en acercarse a mí.

—En la India nos postramos ante las personas como tú —dijo al tiempo que me cogía la mano y me la besaba—. Verte le ha dado un nuevo sentido a mi vida. Ha sido como ver a John Elway ganar la Superbowl. Todos sabíamos que Elway era capaz de hacer grandes cosas, pero había que estar allí en el momento en que por fin lo demostró, en el momento que ganó el anillo de campeón.

Esa noche ya no hubo quien me parase; incluso las mujeres que no me habían visto con las dos rubias platino intentaban ligar conmigo. Podían olerlo.

—No serás una ladrona, ¿verdad? —le pregunté a Heather al encontrármela de nuevo en el piso de abajo.

—No —dijo ella.

Me quité la cadena del cuello y la coloqué cuidadosamente alrededor del suyo.

—Es para que recuerdes esta noche —le susurré al oído—. Pero no es un regalo —continué diciendo después de besarla con suavidad—. Cuando nos volvamos a ver, me lo devuelves; es algo muy especial para mí.

Volví a alejarme de ella sabiendo que, ahora, Heather de verdad se sentía especial.

Que me acostara o no con ella era lo de menos. Lo importante era que acababa de hacer una demostración de cómo debía ser el sargeo perfecto. Eso era exactamente para lo que me había estado preparando. Lo que no supe hasta ese momento fue que iba a conseguirlo con tanta maestría ni que, en el proceso, estaba alimentando una sed que nunca podría saciar.

CAPÍTULO 3

Tras dos meses de continuos talleres, volví a Los Ángeles decidido a tomarme un descanso. Pero me aburría. La ciudad estaba repleta de bares y discotecas con mujeres esperando a ser abordadas; cada una de ellas era una nueva aventura en potencia. El ansia de sargear me consumía.

Hasta que me llamó Grimble. Estaba en el bar Whiskey con Heidi Fleiss, la ex madame de Hollywood, que acababa de salir de la cárcel, tras cumplir condena por evasión de impuestos. Heidi quería conocerme.

Me vestí con un traje que acababa de hacerme a medida, cogí mi bolsa de accesorios y me puse una pizca de colonia en cada muñeca. Tenía la sensación de que ésa no iba a ser una noche cualquiera.

Al entrar en el bar, vi a Grimble con Heidi junto a la barra. Grimble llevaba la misma camisa con flores estampadas que llevaba la primera vez que lo había visto, sólo que, después de tantos lavados, los tonos plateados se habían convertido en grises; tan supersticioso como un jugador de béisbol, Grimble la consideraba su camisa de la suerte. Esa noche llevaba tres botones desabrochados y sacaba el pecho todavía más que de costumbre.

—Te presento a Style —le dijo a Heidi con una sonrisa que, aunque a sus amigos pudiera resultarnos algo irritante, atraía a determinadas mujeres—. Es el amigo del que te estaba hablando.

Aunque Heidi resultaba atractiva, había una indudable dureza en su rostro; como la hay en aquellas mujeres que han tenido que salir adelante sin la ayuda de nadie. Me pregunté si Grimble estaría intentando liarme con ella, aunque me parecía poco probable.

Heidi extendió la mano y estrechó la mía con firmeza.

—Bueno —dijo—, enséñame de lo que eres capaz.

—¿Qué quieres decir? —pregunté yo.

—Grimble me ha contado que eres un verdadero artista ligando. Me ha dicho que hasta das clases. Enséñame cómo lo haces.

Yo miré a Grimble con cara de pocos amigos.

—¿Por qué no se lo enseñas tú? —le dije.

—Estoy con una chica —respondió con una sonrisa cruel al tiempo que señalaba con la barbilla hacia una diminuta mujer latina con unos zapatos de tacón de doce centímetros—. Y, además, Heidi puede verme cuando quiera en «Elimina a un pretendiente».

Hacía varios meses, Grimble me había dicho que iba a poner a prueba sus poderes de seducción presentándose en el programa «Elimina a un pretendiente»; lo que yo no sabía era que ya lo hubiera hecho. Se había presentado y lo habían aceptado.

—¿Cuándo sales en la tele? —le pregunté.

—Mañana por la noche.

—¿Ganaste?

—No puedo hablar de eso. Tendrás que ver el programa.

Lo miré fijamente, buscando algún indicio, pero no encontré nada.

—Venga —me presionó Heidi—. ¿Qué te apuestas a que yo seduzco a más chicas que tú?

Al parecer, yo iba a participar en mi propia competición esa noche. Aunque estaba agotado, después de varios meses viajando, no podía rechazar un desafío como ése.

Heidi se dio la vuelta y se acercó a tres chicas que fumaban sentadas en el patio interior del bar. La batalla había empezado.

Yo decidí abordar a un *set* de tres —dos hombres y una mujer con aspecto de presentadora de televisión en busca de una cámara— utilizando la técnica de la colonia.

—¿Cómo os conocisteis? —les pregunté al cabo de unos minutos para hacerme una mejor composición de lugar. Desgraciadamente, ella estaba casada con el MAG.

Estaba a punto de buscar un nuevo *set* cuando Heidi apareció a mi lado.

—¿De qué conoces a Style? —le preguntó directamente a mi objetivo.

—Acabamos de conocerlo —dijo ella.

—Parecíais buenos amigos —le dijo Heidi con una sonrisa

excesivamente amplia. Después se volvió hacia mí—. Vamonos —me susurró al oído.

Mientras nos alejábamos le pregunté cómo le había ido con su *set* de tres.

—Las hubiera tenido trabajando para mí en menos de media hora —me dijo—, pero sólo tienen veinte años.

Al parecer, para Heidi Fleiss seducir quería decir reclutar como chicas de compañía.

Pocos minutos después, Heidi ya estaba hablando con otro *set*. Desde luego, no vacilaba a la hora de abordar a sus objetivos. Había llegado el momento de darle una lección de humildad.

Heidi estaba en cuclillas, frente a dos mujeres con las mejillas ligeramente espolvoreadas con purpurina dorada, hablando de restaurantes locales. Yo me aproximé a ellas y las abordé con una frase de entrada que había inventado sobre un amigo cuya novia no le dejaba hablar con su antigua novia de la universidad.

—¿Os parece razonable? —les pregunté—. ¿O creéis que está exagerando?

Mi objetivo era conseguir que las chicas se pusieran a hablar entre sí, pero fue Heidi quien habló primero.

—Si yo fuese él, me lo haría con las dos al mismo tiempo —dijo—. Pero, claro, yo siempre me acuesto con mis citas la primera noche.

Esa frase debía de formar parte de su técnica, pues era la segunda vez que se la oía decir. También me di cuenta de que siempre se agachaba y apoyaba una rodilla en el suelo para no intimidar a las chicas a las que abordaba. Me alegraba de que Grimble me hubiera llamado; Heidi era uno de los nuestros.

Durante las últimas semanas yo había desarrollado mi propio patrón. Consistía en una sencilla estructura que me permitía determinar la dirección en la que debía conducirme con una chica: apertura, demostración de mi valía, entendimiento, nexo emocional y, finalmente, conexión física.

Así que, ahora que había abierto el *set*, había llegado el momento de hacer una demostración de mi valía que dejaría a Heidi boquiabierta. Opté por una técnica que había creado después de conocer a las rubias platino en Miami: el test de las mejores amigas.

—¿Cuánto hace que os conocéis? —empecé.

—Unos seis años —dijo una de las chicas.

—Lo sabía.

—¿Por qué dices eso?
—Lo entenderías si os hiciera el test de las mejores amigas.
Las chicas se acercaron a mí; la idea de hacer un test les resultaba excitante. En la Comunidad tenemos una expresión para describir ese fenómeno: les estaba dando «crack para chicas». Las mujeres responden a las técnicas que las involucran en tests, juegos psicológicos, adivinación o lectura del pensamiento igual que un adicto reacciona ante la posibilidad de una dosis gratis.
—Está bien —dije yo, como si estuviera a punto de hacerles una pregunta muy importante.
Las chicas se acercaron más a mí.
—¿Usáis el mismo champú?
Ellas se miraron, dudando de la respuesta. Después se volvieron hacia mí y abrieron la boca al mismo tiempo para responder.
—La respuesta no importa —las interrumpí—. Ya habéis aprobado.
—Pero no usamos el mismo champú —repuso una de ellas.
—Da igual. Las dos os habéis mirado antes de responder. Si no os conocierais bien, hubierais seguido mirándome a mí. Pero cuando dos personas comparten una relación estrecha, siempre se miran primero y se comunican de una forma casi telepática antes de contestar. Ni siquiera tienen que hablar entre sí.
Las dos chicas volvieron a mirarse.
—¡Lo veis! —exclamé—. Lo estáis haciendo de nuevo.
Ellas se echaron a reír. Las cosas marchaban bien.
Mientras me contaban cómo se habían conocido en el avión al mudarse a Los Ángeles y cómo habían sido inseparables desde entonces, miré a Heidi Fleiss, agachada inútilmente a nuestro lado. Las chicas parecían haber olvidado su presencia. Pero Heidi no era de las que se daban por vencidas fácilmente.
—¿Vais a acostaros con él?
Buen golpe.
Le había bastado una frase para destrozar mi técnica. Claro que no estaban pensando en acostarse conmigo; todavía no. Todavía no había llegado ni a la mitad de mi secuencia y, aun habiéndolo hecho, esa frase hubiera acabado con todas mis posibilidades.
—¡Qué os habéis creído! —respondí, reaccionando un poco más tarde de lo que hubiera deseado—. Yo no soy uno de esos

chicos fáciles. Antes de acostarme con una chica necesito sentirme cómodo con ella, tener confianza, sentir que compartimos una conexión especial.

Al alejarnos de las chicas, Heidi me dio una palmada en el hombro.

—Si saliera a la calle ahora mismo —me dijo con una sonrisa—, me seguirían como una fila de patitos sigue a mamá pato.

Apenas tardó unos segundos en aproximarse a otro *set* de dos. Yo la seguí sin vacilar. La batalla volvía a empezar. El hombre tenía poco pelo y decía ser un actor cómico. La mujer, de talante claramente altivo, tenía el pelo teñido de azul, un tono de voz artificioso y un sentido del humor tan inteligente como malvado. Se llamaba Hillary y, al parecer, protagonizaba un espectáculo burlesco de *striptease* en una sala que se llamaba Echo. Era tan interesante que casi no tuve que recurrir a ninguna técnica. Sencillamente hablamos y ella me dio su número de teléfono delante de su cita. Después Heidi los invitó a ambos a una fiesta y le dio a Hillary su número de teléfono. No estaba dispuesta a dejarme ganar.

—Me bastaría un día para conseguir que trabajase para mí —me dijo; siempre tenía que decir la última palabra—. Hay quien nace para ser estrella del rock —siguió diciendo—. Otros nacen para ser profesores. Yo nací para ser madame y me gusta serlo.

Cada vez que nos alejábamos de un *set*, Heidi parecía convencida de haber podido convertir a las chicas en rameras de haber querido hacerlo; pero esos días pertenecían al pasado. Cuando nos fuimos de allí, Heidi y yo habíamos competido prácticamente por cada chica que había en el bar. Aquella noche aprendí una terrible lección: la línea que separa al chulo del ligón es mucho más fina de lo que pensaba.

—Es la cosa más asquerosa que he visto en mucho tiempo —me dijo Grimble después—. Casi no puedo creer cuánto has cambiado. Pareces otra persona. —Me dio un beso en la frente y me obsequió con un nega—. No has estado mal, sobre todo teniendo en cuenta que ella jugaba con ventaja; al fin y al cabo, todos la conocen.

—Bueno —le contesté yo—. Ya veremos cómo lo haces tú mañana en el programa de televisión.

CAPÍTULO 4

Era un día marcado en rojo en el calendario de la Comunidad. Esa noche, en «Elimina a un pretendiente», Grimble competiría con otros tres solteros por los favores de una modelo de ropa interior llamada Alison. Lo que estaba en juego era nuestra forma de vida. Si Grimble ganaba, la Comunidad —o sea, todos aquellos hombres que llevábamos sintiéndonos inferiores desde los tiempos del instituto— demostraría su superioridad sobre los hombres apuestos, atléticos y seguros de sí mismos con los que Grimble competía. Si perdía, tendríamos que reconocer que no éramos más que unos adictos a Internet que habían vivido un breve sueño. El destino de todos los MDLS estaba en manos de Grimble.

Yo vi el programa con Twotimer.

Al principio, mientras los otros tres tipos intentaban impresionar a Alison, Grimble se recostó tranquilamente en su siento, actuando como si él fuese el premio por el que Alison debía competir. Mientras los otros tipos alardeaban sobre su éxito profesional, siguiendo los consejos de su nuevo gurú, Grimble dijo que trabajaba reparando mecheros desechables.

Durante la segunda ronda, una camarera le llevó una botella de champán a Alison por cortesía de Grimble. Alison parecía genuinamente sorprendida, sobre todo porque hasta entonces Grimble no se había esforzado demasiado. Así, superó la segunda eliminatoria.

Al enterarme de que la ronda final tendría lugar en la pista de baile, supe que Grimble saldría triunfador, pues habíamos dado clases de salsa juntos. Cuando la sujetó de la cintura y la bajó prácticamente hasta el suelo, pude ver en los ojos de Alison que habíamos ganado.

—Enhorabuena —le dije la próxima vez que lo vi—. Has defendido con éxito el buen nombre de los MDLS.

—Sí —dijo él con una media sonrisa—. No todas las modelos son tontas.

Esa noche habíamos quedado para ir al Echo a ver actuar a Hillary. Desde que me enamoré de Jessica Nixon, a los doce años, la monoítis siempre había regido mi vida. Pero durante los últimos ocho meses, todo había cambiado. De hecho, desde que estaba en la Comunidad, todas las mujeres me parecían desechables y reemplazables. Estaba experimentando la paradoja del seductor: cuanto mayor era el número de mujeres que seducía, menos me interesaban las mujeres. El éxito o el fracaso ya no dependía de si me acostaba con una chica o si besaba a otra, sino del nivel de mi sargeo. Tal y como me había dicho que ocurriría Mystery en mi primer taller, los bares y las discotecas se convirtieron en distintos niveles de un videojuego en el que tenía que ir avanzando.

Y Hillary suponía un desafío. No sólo era aguda e irónica, sino que me había visto en acción mientras competía con Heidi Fleiss por las chicas del bar Whiskey.

Grimble y yo nos sentamos al fondo y observamos el *striptease* de Hillary. Ella iba vestida como un gángster, con una metralleta de agua y un ajustado traje de rayas sobre un liguero con bragas a juego. Tenía un cuerpo de curvas clásicas que se adecuaba a la perfección con ese tipo de espectáculo. Al verme, se acercó lentamente a mí, se sentó en mi regazo y me echó un chorrito de agua a la cara con la metralleta. Yo la deseaba.

Después del espectáculo fui con Hillary, con su hermana y con dos amigas a un bar mexicano que se llamaba El Carmen. Al sentarnos, le cogí la mano a Hillary. Ella me la apretó. Un IDI. Grimble tenía razón: había nacido un nuevo yo.

Hillary se acercó un poco más a mí. Sentí la ansiedad del beso y el corazón empezó a latirme con fuerza.

Pero cuando me disponía a hablarle de los animales y la evolución y de cómo los leones se tiraban de la melena, ocurrió algo desastroso: Andy Dick entró en el bar con un grupo de amigos. Uno de ellos conocía a Hillary, así que se sentaron con nosotros. De repente, nuestra conexión espiritual se evaporo, pues, ahora, un astro más grande y brillante iluminaba el mundo de Hillary.

Al hacerles sitio en la mesa, de alguna manera, Andy Dick consiguió sentarse entre Hillary y yo. No tardó ni un minuto en pasar a la acción. Es algo que ocurre en Los Ángeles: los famo-

sos te roban a las chicas. En una ocasión, cuando todavía era un TTF, vi indefenso cómo Robert Blake le daba su número de teléfono a mi cita en un bar. Pero, ahora, yo era un MDLS y un MDLS no se queda quieto mientras un famoso intenta robarle a la chica.

Al parecer, no iba a tener más remedio que competir por Hillary con un famoso del mundo del cotilleo.

Me levanté y salí a la calle. Necesitaba pensar. Apenas hacía unos días que le había dado una lección a Heidi Fleiss en el bar Whiskey, así que no había ninguna razón por la que no debería poder deshacerme de Andy Dick. Aunque no iba a ser fácil, pues se trataba de un famoso tan vulgar como desagradable. Bastaba con verlo para saber por qué se había convertido en una estrella: adoraba ser el centro de atención.

Mi única posibilidad consistía en resultar más interesante que él.

Grimble estaba fuera, hablando con una chica con la cabeza despeinada. Buscó en su bolsillo y sacó un trozo de papel y un bolígrafo. La chica estaba a punto de darle su número de teléfono.

De repente, ella se alejó de Grimble y se acercó a mí.

—¡¿Style?! —dijo mirándome con incredulidad.

Yo la miré con atención. Sí, la conocía de algo, aunque no recordaba de qué.

—Soy yo —dijo ella—. Jackie.

No lo pude evitar. Me quedé mirándola boquiabierto. Era la chica de los pies apestosos de cuya habitación había huido a la carrera; mi primer semiéxito. Una de dos, o era una coincidencia milagrosa o empezaban a escasear las mujeres disponibles en Los Angeles.

Hablamos un rato sobre sus clases de interpretación cómica. Después utilicé una excusa cualquiera y me fui. Ya había perdido demasiado tiempo. A cada minuto que pasaba, la mano de Andy Dick subía unos centímetros por el muslo de Hillary. Y yo estaba decidido a detener esa mano.

Volví a entrar en el bar, me senté a la mesa y les hice el test de las mejores amigas a Hillary y a su hermana para conseguir atraer su atención. Después, hablamos un poco sobre expresión corporal y yo sugerí que jugásemos al juego de las mentiras. El juego consiste en que una mujer tiene que pensar en cuatro cosas que sean verdad y una que sea mentira sobre su casa o su coche. Pero no las dice; sencillamente las piensa, una tras otra. Y, fijándote en los distintos movimientos de sus ojos, puedes

adivinar cuál es la falsa porque, al mentir, la gente suele mirar en una dirección distinta de la que mira cuando dice la verdad. Me burlé sin piedad de Hillary durante todo el juego, hasta conseguir que ella se olvidara de Andy Dick y volviera a concentrar su atención en mí.

Entonces, Andy me preguntó en qué trabajaba (aunque se trataba de un IDI, en ese momento no me di cuenta). Cuando le dije que era escritor, Andy me dijo que estaba pensando en escribir un libro. Olvidándose por completo de Hillary, empezó a bombardearme con preguntas y me pidió que lo ayudara con su libro. Se había convertido en mi fan y, como dice Mystery, si te ganas a los hombres, tienes a las mujeres.

—Me asusta que alguien pueda pensar que soy aburrido —me dijo.

Ése era su punto débil. Lo había vencido siendo más interesante que él, haciendo una demostración de mi valía. La táctica había funcionado; mejor incluso que con Heidi Fleiss en el bar Whiskey. El único problema era que yo todavía no me daba cuenta de hasta qué punto había funcionado.

Andy se acercó a mí con complicidad.

—¿Eres, gay, bisexual o heterosexual? —me preguntó.

—Heterosexual.

—Qué pena —dijo respirándome al oído—. Soy bisexual. Podríamos haberlo pasado muy bien.

Cuando Andy y sus amigos se fueron, volví a sentarme al lado de Hillary y ella me miró con los ojos de cachorro delante de un plato de comida. Le cogí la mano por debajo de la mesa y noté el calor que emanaba de la palma de su mano y de su muslo. Sería mía esa misma noche. Me lo había ganado.

CAPÍTULO 5

A la mañana siguiente, cuando volví de casa de Hillary, me encontré a Dustin esperándome en mi apartamento. El ligón nato había regresado.

Pero ¿qué hacía en mi apartamento?

—Hola —me dijo con un tono de voz tan suave como afeminado. Llevaba una americana de *tweed* con grandes botones marrones, pantalones negros de poliéster y un pequeño gorro negro.

Hacía más de un año que no hablaba con Dustin; desde luego no había hablado con él desde que formaba parte de la Comunidad. Lo último que sabía de él era que había estado llevando una discoteca en Rusia. Me había mandado fotos de sus novias; una por cada noche de la semana. De hecho, las llamaba Lunes, Martes, Miércoles...

—¿Cómo has entrado?

—Me ha abierto tu casera. Es muy agradable. ¿Sabías que su hijo también escribe?

Dustin tenía el don de conseguir que la gente se sintiera cómoda a su alrededor.

—Me alegro de verte —dijo al tiempo que me daba un fuerte abrazo. Al soltarme vi que tenía los ojos vidriosos, como si realmente se alegrara de verme.

El sentimiento era mutuo. Desde que había entrado a formar parte de la Comunidad, apenas había pasado un día sin que pensara en Dustin. Mientras que Ross Jeffries necesitaba de sus patrones hipnóticos para convencer a las mujeres de que explorasen sus fantasías con él, Dustin conseguía lo mismo sin siquiera abrir la boca. Dustin era un lienzo masculino en blanco sobre el que las mujeres proyectaban sus deseos reprimidos. Antes, nunca había logrado entender cómo lo conseguía, pero,

ahora, con mis nuevos conocimientos, si lo observaba en acción y le hacía las preguntas pertinentes, con el tiempo, podría llegar a crear un modelo que recreara su modo de operar. Podría añadir una corriente completamente nueva a la Comunidad.

—No sé si sabes lo que he estado haciendo este último año —le dije—. La cosa es que he estado aprendiendo de los mejores profesionales del ligue. Mi vida ha cambiado por completo Ahora tengo a todas las mujeres que quiero.

—Lo sé —asintió él—. Me lo ha contado Marko. —Después me miró con sus grandes ojos vidriosos, esos mismos ojos pardos que habían visto el alma de tantas mujeres hermosas—. Yo ya... —empezó a decir—. La verdad es que todo eso ya ha quedado atrás.

Lo miré con incredulidad; hasta que me di cuenta de que el gorro que llevaba en la cabeza era un kipá.

—Vivo en Jerusalén —me dijo—. En una yeshiva. Es una escuela religiosa.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—No. Hace ocho meses que no me acuesto con una mujer. Está prohibido.

No podía creer lo que estaba oyendo: el rey de los don juanes se había hecho célibe. No podía ser verdad. ¿Acaso no era ésa la razón por la que se habían inventado las prisiones? Les ofrecían a los hombres comida, ropa, un tejado y aire puro, pero les privaban de las dos cosas que realmente importaban: la libertad y las mujeres.

—Al menos te dejarán masturbarte, ¿no?

—No.

—¿De verdad?

—Bueno... —vaciló él—. A veces tengo sueños eróticos.

—¿Ves, Dustin? Dios está intentando decirte algo.

Dustin se rió y me dio unas palmadas en la espalda. Sus gestos eran pausados y su risa condescendiente, como si los chistes fuesen algo que perteneciera al pasado.

—Ahora me llamo Avisha —me dijo—. Es mi nombre hebreo. Me lo puso uno de los rabinos superiores de la yeshiva.

No podía creer lo que estaba oyendo. ¿Cómo podía haberse convertido Dustin en un candidato a rabino, sobre todo ahora, que tanto podría haber aprendido yo de él?

—No consigo entenderlo. ¿Por qué has renunciado a las mujeres?

—Cuando puedes acostarte con cualquier mujer, llega un momento en el que hacerlo ya no te satisface. En mi caso, llegó

un momento que dejé de acostarme con las chicas que llevaba a casa. Lo único que quería era hablar con ellas. Nos pasábamos la noche hablando, creando lazos mucho más profundos que los que se consiguen con el contacto carnal, y, luego, al amanecer, las acompañaba a su casa. Fue entonces cuando empecé a cambiar. Me di cuenta de que mi autoestima dependía únicamente de mi éxito con las mujeres. Las mujeres eran como dioses para mí, sólo que falsos dioses. Así que decidí encontrar al dios verdadero.

Dustin me explicó que buscó el camino en Internet hasta que encontró la Torá y empezó a leerla. Tras un primer viaje a Jerusalén, de vuelta en Moscú, una noche fue a una fiesta en un casino; allí, rodeado de mafiosos, de hombres de negocios corruptos y de mujeres a las que sólo les importaba el dinero, se sintió asqueado. Así que hizo las maletas y dejó atrás a sus siete novias. Llegó a Jerusalén la víspera de la Pascua judía.

—He venido para pedirte perdón por mi comportamiento en el pasado —me dijo.

No tenía ni idea de lo que me estaba hablando. Dustin siempre se había portado como un buen amigo.

—Siempre había idealizado un estilo de vida y un comportamiento corruptos —me explicó—. Vivía de espaldas a la bondad, a la compasión, a la dignidad humana... Usaba a las mujeres. Las degradaba. Las explotaba. Sólo pensaba en mi propio placer. Aborrecía los buenos instintos que había en mí, e intentaba corromper a quienes estaban a mi lado.

Mientras lo escuchaba, no pude evitar pensar que todas esas cosas por las que se estaba disculpando eran precisamente las razones por las que yo me había hecho amigo suyo.

—Yo te ensalcé mi comportamiento como si fuese el más alto ideal al que podía aspirar un hombre —continuó diciendo—. Y por eso, por lo que pueda haber contribuido a borrar la bondad natural de tu alma, te pido perdón de todo corazón.

Lo que decía Dustin podía tener sentido intelectualmente, pero yo siempre he huido de las posiciones extremas, ya sea la adicción a las drogas, el fanatismo religioso o las dietas a base de cero hidratos de carbono. Había algo extraño en Dustin, o en Avisha, como se hacía llamar ahora. Tenía un hueco en su interior que siempre había intentado llenar; primero con las mujeres, y ahora con la religión. Aunque lo escuché con atención, no compartía su punto de vista.

—Estás perdonado —le dije—, aunque la verdad es que no tengo nada que perdonarte.

Él me miró con ternura, pero no dijo nada. No había duda de dónde yacía el secreto de su poder de seducción. Eran esos ojos que brillaban como la superficie de un lago de montaña y la intensidad con la que enfocaba la mirada, haciéndote sentir que, en ese momento, para él no existía nada más que tú.

—Para aumentar mis probabilidades de conocer a mujeres, he cambiado ciertas cosas de mí mismo —seguí diciendo yo—. Y resulta que todas esas cosas son positivas. Lo que quiero decir es que, para atraer a las mujeres, me he convertido en una persona más segura de sí misma. Además, he empezado a hacer ejercicio y ahora como mejor. Cada vez estoy más cerca de mis propias emociones y me interesa la espiritualidad. Me he convertido en una persona más divertida y más positiva.

Él me escuchaba con paciencia.

—Y no sólo tengo más éxito con las mujeres, sino con todas las personas, ya sea con mi casera o con la chica que me llama del banco cuando dejo la cuenta en números rojos. Supongo que lo que intento decir es que en el proceso de aprender a ligar también me estoy convirtiendo en una persona mejor.

Él empezó a mover la boca.

—Siempre...

—¿Sí?

—Siempre podrás contar con mi amistad.

Al parecer, mis argumentos no lo habían convencido.

—¿Te importa que me quede unos días contigo? —me preguntó Dustin.

—Me encantaría —respondí yo—, pero el miércoles me marcho a Australia.

—¿Tienes un despertador que me puedas prestar? —me preguntó él—. Tengo que rezar al alba.

Yo le di un pequeño despertador de viaje. Al hacerlo, él sacó un libro de su bolsa de viaje.

—Toma —me dijo—. Lo he traído para ti.

Era una pequeña edición en tapa dura de un libro del siglo XVI llamado *El camino de los justos*. Tenía algo escrito en la primera página. Era una cita del Talmud:

Quien destruye una sola vida es tan culpable como quien destruye el mundo entero, y quien salva una sola vida es tan merecedor de alabanzas como quien ha salvado el mundo entero.

Así que Dustin estaba intentando salvarme. Pero ¿por qué? Si yo me lo estaba pasando en grande.

CAPÍTULO 6

El sol lucía con fuerza y una tabla de surf viajaba atada a la baca de nuestro flamante coche de alquiler. Mystery y yo volvíamos a estar de gira. Nos esperaban cinco talleres, para los que ya no quedaban plazas, en tres ciudades australianas. La vida me sonreía.

Mystery, en cambio, estaba deprimido. Antes de salir de Toronto, su novia, Patricia, le había dado un ultimátum: o boda e hijos o adiós.

—Llevo seis días sin echar un polvo —protestó Mystery mientras conducíamos por la costa de Queensland—. Aunque, eso sí, no sé cuántas veces me habré masturbado viendo porno de lesbianas.

Tras cuatro años de relación, las metas de Mystery y de Patricia, empezaban a chocar. Mystery quería recorrer el mundo con un espectáculo de ilusionismo y dos novias bisexuales, mientras que Patricia quería crear una familia en Toronto, con un solo hombre y ninguna otra mujer que no fuese ella.

—No entiendo a las mujeres —protestó Mystery—. Sé cómo acostarme con ellas, pero no las entiendo.

Habíamos decidido venir a Australia cuando Sweater, el alumno del primer taller de Mystery, nos había invitado a pasar una semana en su casa de Brisbane. Al parecer, tras cuatro meses de intenso sargeo, Sweater por fin había encontrado a la mujer con la que quería casarse.

—Me siento como un adolescente enamorado —exclamó Sweater cuando aparcamos delante de su casa. No se parecía en nada al hombre inseguro de mediana edad que habíamos conocido en el vestíbulo del hotel Roosevelt. Tenía un aspecto magnífico y, lo que era más sorprendente, una sonrisa irresistible pegada constantemente a la cara.

Helena Rubinstein dijo en una ocasión que no había mujeres feas; tan sólo mujeres perezosas. Ya que las exigencias de belleza de los hombres son mucho menores que las de las mujeres, la frase resultaba doblemente apropiada en el caso de Sweater. Dale a un hombre un buen bronceado, unos dientes más blancos, la ropa apropiada y una rutina de comida sana y ejercicio y tendrás un hombre apuesto.

—He pasado el fin de semana en Sydney con mi prometida —nos dijo Sweater al entrar en su casa—. Hablamos por teléfono unas siete veces al día. ¡Y acabo de pedirle que se case conmigo! ¿Verdad que es una locura? Y, por si eso fuera poco, acaban de pagarme medio millón de dólares por un seminario sobre marketing. ¡La vida es fantástica! Gracias a la Comunidad tengo salud, diversión, dinero y amor. Y además estoy rodeado de gente maravillosa.

Sweater vivía en una casa de dos pisos con mucha luz y vistas al río Brisbane y a los jardines botánicos. Un bonito jardín con una enorme piscina y un *jacuzzi* rodeaba la casa. En el piso de arriba había tres dormitorios, y en el de abajo, alrededor de un gran escritorio con forma de herradura, trabajaban cuatro jóvenes de unos veinte años y espíritu emprendedor; cada uno delante de su propio ordenador. Sweater no sólo los había preparado para que vendieran sus productos —libros y cursos sobre el mercado inmobiliario—, sino que también los había introducido en la Comunidad. De día ganaban dinero para Sweater; de noche, salían a sargear con él.

—Me lo paso bien ayudando a estos chicos, pero yo ya estoy fuera de circulación —nos dijo Sweater cuando le preguntamos cómo se sentía ahora que había decidido pasar el resto de la vida con una sola mujer—. Eso sí, nadie puede decir que no me haya retirado en la cima. Pero ahora sé que sin compromiso no puede haber una verdadera relación.

En cierto modo, sentí envidia de Sweater: yo nunca había conocido a una mujer con la que pudiera comprometerme así.

Desde luego, el taller de Mystery nos había cambiado la vida a todos. Sweater se había hecho rico y estaba enamorado; Extramask por fin se había ido de casa de sus padres y había conseguido tener un orgasmo durante el coito, y yo viajaba por el mundo enseñando unas habilidades que hacía tan sólo un año ni siquiera sabía que existían.

Quien estaba realmente impresionado con Sweater, aunque no tanto por su éxito personal como por el negocio que dirigía desde su propia casa, era Mystery. De ahí que, cuando no esta-

ba acribillando a preguntas a Sweater o a alguno de sus empleados sobre el negocio, pasara horas enteras sentado en la oficina observándolos trabajar en silencio.

—Esto es exactamente lo que necesito —le decía una y otra vez a Sweater—. Has creado un entorno social positivo y eso da lugar a un buen ambiente de trabajo. Y yo, mientras tanto, me estoy pudriendo en Toronto.

De camino al aeropuerto, Mystery y yo empezamos a planear nuestra siguiente aventura.

—Doy un taller particular en Toronto el mes que viene —me dijo Mystery—. Un tío me ha ofrecido mil quinientos dólares.

—¿Tanto?

La mayoría de los clientes de Mystery eran estudiantes universitarios que apenas conseguían reunir el dinero suficiente para pagar un taller colectivo, que Mystery había subido a seiscientos dólares, al tiempo que había reducido el número de noches de cuatro a tres.

—Su padre está forrado —me dijo Mystery—. Exoticoption, el del taller de Belgrado, le habló de mí. Estudia en la universidad de Wisconsin. Hace tan sólo unas semanas que se ha introducido en el foro de Internet de la Comunidad con el nombre de Papa.

La mayoría de las conversaciones con Mystery giraban en torno a algún tipo de plan: organizar talleres, preparar un espectáculo de magia de noventa minutos, crear una página web pomo en la que saldríamos follando disfrazados de payasos... Su última idea era el tatuaje oficial del MDLS.

—Todo el mundo en el foro se hará el tatuaje —me dijo antes de despedirnos en el aeropuerto—. Será un corazón, en la muñeca derecha, justo donde te toman el pulso. Así nos podremos reconocer entre nosotros. Y, además, es perfecto para un número de ilusionismo. Recuérdame que algún día te enseñe a parar el pulso durante diez segundos.

Varios MDLS ya se habían hecho el tatuaje; entre ellos, Vision. Pero había un problema: Vision nos había mandado una foto de su tatuaje y resultaba que no sólo se lo había hecho en la muñeca equivocada, sino mirando hacia el lado equivocado. El corazón tenía que estar justo encima de la vena en la que se toma el pulso, pero Vision se lo había hecho en el centro de la muñeca, a varios centímetros y mirando hacia él.

Sea como fuere, era un gesto de fidelidad; un pacto de por vida con la Comunidad.

CAPÍTULO 7

Había llegado el día. Ése iba a ser el viaje más importante de mi carrera de seductor. Primero viajaría a Toronto, para hacer de ala de Mystery en el taller particular que le iba a dar a Papa. Después nos haríamos los tatuajes de MDLS y viajaríamos a Nueva York, donde Mystery iba a dar su primer seminario en una aula; finalmente, volaríamos a Bucarest, donde Mystery llevaría a cabo lo que él llamaba Proyecto Dicha, que consistía, básicamente, en encontrar y seducir a dos mujeres bisexuales que anhelaran una vida mejor en Norteamérica. Mystery les conseguiría sendos visados de estudiante y volvería con ellas a Canadá, donde, bajo su atenta tutela, se convertirían en bailarinas de *striptease*, en sus novias y, llegado el momento, en las ayudantes que necesitaría para su espectáculo de ilusionismo.

Tatuajes y trata de blancas; a eso era a lo que me había llevado mi afán de superación.

Antes de salir de viaje, comprobé el correo. Junto a las facturas impagadas de costumbre y la notificación de la subida de tasas en la póliza de mi coche, había una postal donde podía verse el Muro de las Lamentaciones de Jerusalén. «Tu nombre hebreo es Tuvia. —Era la letra de Dustin—. Procede de la palabra *Tov*, que significa “bien”. Es el contrario de *Ra*, o mal. En hebreo, *Tov* también significa “aquello que perdura”, mientras que *Ra* es aquello que tiene una vida corta. Así, tu esencia está ligada al deseo de búsqueda de aquello que perdura o, lo que es lo mismo, del bien. Aunque, en ocasiones, durante el camino, uno se detenga momentáneamente en el mal.»

Releí la postal durante el vuelo a Toronto. Dustin intentaba transmitirme un mensaje. Y, aunque no le faltaba algo de razón, desde que era un adolescente mi mayor deseo había sido poder seducir a cualquier mujer a la que deseara. Ahora se me

había concedido mi deseo y eso era algo bueno. Sí, eso era *Tov*.

Mystery acababa de mudarse a un pequeño apartamento de dos habitaciones situado encima de un cibercafé, cerca de la universidad de Toronto. Compartía apartamento con un MDLS llamado Number9 (1), un empollón obsesionado por la informática al que había conseguido convertir en un chico con un aspecto razonablemente enrollado.

Number9 estaba pasando unos días fuera, así que dejé mi equipaje en su cuarto y me uní a Mystery en la cocina. Desde que Patricia había vuelto a dejarlo —esta vez, definitivamente—, Mystery pasaba mucho tiempo encerrado en su habitación, jugando con un videojuego llamado Morrowind y bajando porno lésbico de Internet. Necesitaba salir de casa.

Había tres tipos de personas que se apuntaban a los talleres de seducción. Estaban los tipos como Exoticoption, en Belgrado, que, aun siendo normales y no teniendo mayores dificultades para ligar, querían disponer de mayor maestría para seducir a mujeres 10. Luego estaban los tipos como Cliff, rígidos de ideas y costumbres, a los que los molestaba hasta tener un apodo. Eran personas que asimilaban sin dificultad toda la información que se les daba en los talleres pero que se topaban con enormes dificultades a la hora de realizar incluso el cambio más insignificante en su conducta. Y estaban los tipos como Papa. Máquinas de ligar que compensaban su falta de habilidades sociales con su ausencia de pudor. Éstos tendían a ser los que más rápido aprendían, siguiendo al pie de la letra los consejos que les dábamos.

Papa era un joven chino de trato agradable que estudiaba derecho. Llevaba una camisa de cuadros blancos y negros y unos pantalones vaqueros una talla demasiado grande. Al principio, la mayoría de nuestros alumnos vestían pantalones demasiado grandes, pero, tras asistir al taller, acababan con una camisa brillante y llamativa, pantalones negros ajustados de algún material sintético, multitud de anillos y unas gafas de sol en la cabeza. Era un uniforme ideado para transmitir sexualidad, algo que parecía estar intrínsecamente unido al más hortera de los gustos.

Sentados en un café, Mystery y yo le hicimos las preguntas de rigor a Papa: «¿Qué puntuación tienes? ¿Qué puntuación te gustaría tener? ¿Cuáles son tus puntos flacos? ¿En qué destacas?»

—Bueno, fui presidente de eventos sociales de mi fraterni-

(1) *Number9* significa «Número nueve». *(N. del t.)*

dad —empezó diciendo él—. Y vengo de una familia con mucho dinero. Mi padre es el presidente de una prestigiosa universidad.

—Ya he oído suficiente —lo interrumpí—. Se supone que nos estás diciendo qué te hace especial, pero, en vez de ganarte nuestra admiración, estás haciendo lo contrarío. Para empezar un hombre rico no necesita decir que lo es.

Papa asintió con gesto adormilado. Su rostro parecía rodeado por una densa e invisible neblina que hacía que su tiempo de reacción fuese ligeramente más lento que el de la mayoría de los humanos. Al mirarlo daba la impresión de que no estaba del todo con nosotros.

—¿Os importa si grabo la conversación? —nos preguntó Papa mientras se sacaba una pequeña grabadora digital del bolsillo.

Hay ciertos malos hábitos que fomentamos durante toda nuestra vida; malos hábitos que pueden abarcar desde el comportamiento hasta la manera de vestir. Tradicionalmente, el papel de los padres y los amigos consiste en reforzar la creencia de que estamos bien como somos, de que no necesitamos cambiar. Pero no basta con ser nosotros mismos. Tenemos que ser la mejor versión posible de nosotros mismos. Y eso no siempre es fácil, sobre todo cuando ni siquiera sabes quién eres.

Es por eso, precisamente, por lo que los talleres pueden llegar a tener un impacto tan importante en la vida de quienes asisten a ellos. Sin que nos preocupara herir sus sentimientos, nosotros le hacíamos saber a cada alumno la impresión que transmitía cuando conocía a alguien por primera vez. Corregíamos sus gestos, su manera de hablar, su manera de vestir... Y lo hacíamos para ayudarlo a acercarse lo más posible a su máximo potencial. Muchos de nosotros repetimos viejos patrones de comportamiento que quizá fuesen eficaces cuando teníamos doce meses o doce años de edad, pero que ahora sólo son un obstáculo. Y aunque quienes nos rodean puedan llamarnos la atención sobre algún pequeño defecto, siempre ignoran los que realmente tienen importancia, pues llamar la atención sobre ellos sería algo así como criticar nuestra propia esencia.

Pero ¿qué somos en realidad? Un montón de genes buenos y malos mezclados con buenos y malos hábitos. Y, dado que ningún gen determina nuestro grado de confianza en nosotros mismos, entonces, la falta de dicha confianza sólo puede ser un mal hábito del que podemos deshacernos si contamos con la ayuda y la fuerza de voluntad necesarias.

Y ésa era la mayor virtud de Papa: su fuerza de voluntad. Papa era hijo único y estaba acostumbrado a recurrir a las medidas de presión más radicales para conseguir lo que quería. Compartí con él mis mejores técnicas, la frase de entrada de la novia celosa, el test de las mejores amigas y una nueva técnica que había ideado sobre las sonrisas con forma de C y de U y las distintas personalidades que reflejaban. Papa grabó cada palabra en su grabadora digital. Pasado el tiempo, las pasaría a su ordenador, las memorizaría y las usaría, sin cambiar una sola coma, para ligarse a Paris Hilton.

Debería haberlo sabido entonces. Debería haber reconocido las señales. Lo que estábamos haciendo no podía llamarse enseñar; lo que estábamos haciendo en realidad era crear clones de nosotros mismos. Mystery y yo viajábamos por el mundo creando versiones en miniatura de nosotros. Y pronto pagaríamos por ello.

Al salir del café fuimos a un bar en Queen Street. Tras observar cómo Papa se estrellaba con dos *sets*, decidí pasar a la acción. Esa noche me sentía imparable. Todas las mujeres me miraban. Una pelirroja que estaba con su prometido llegó incluso a meterme una nota con su número de teléfono en el bolsillo del pantalón. Yo supuse que esa noche tendría lo que la gente llama aura de seductor; sea como fuere, lo cierto era que emanaba algo especial. ¿Y qué mejor noche que ésa para demostrar mis habilidades delante de un alumno?

Vi a Papa hablando con una chica castaña con el pelo corto y una cara redonda en perfecta consonancia con la de él. Pero, lejos de hacerle caso, la chica miraba una y otra vez en mi dirección. Para ese tipo de situaciones, los MDLS utilizamos un acrónimo con nombre de mujer, ISA (Invitación Silenciosa a la Aproximación).

Esperé a que Papa se alejase antes de acercarme a ella. La abordé con una frase de entrada que olvidé inmediatamente; lo cual era una buena señal, pues quería decir que empezaba a interiorizar las técnicas, que ya era capaz de desenvolverme sin tener que recurrir una y otra vez a patrones memorizados. Apenas dos minutos después, ella ya me miraba con ojos de cachorro delante de un plato de comida. No había ninguna razón para retrasar más el momento.

—¿Te gustaría besarme?

—La verdad es que no lo había pensado —dijo ella sin dejar de mirarme a los ojos.

Interpretando su respuesta como un sí, me acerqué a ella

para besarla. Ella respondió metiéndome la lengua en la boca al tiempo que apretaba mi rodilla con una mano. Me deslumhró el flash de una cámara; Papa estaba haciendo fotos.

Cuando nos separamos para respirar, ella sonrió y dijo:

—No tengo ninguno de tus compact, pero a mis amigas les encanta tu música.

—Ah,ya.

¿Con quién me habría confundido?

Ella sonrió, me lamió la cara, como si fuese un cachorrillo —después de todo, puede que David DeAngelo no se equivocara con sus metáforas caninas—, y se quedó mirándome con ojos expectantes, como si esperara que yo dijera algo sobre mi música. No quería decepcionarla, ni menos aún privarla de una historia que contar a sus amigas, así que me despedí educadamente. Ella me dio su número de teléfono y me pidió que la llamase cuando llegara a mi hotel.

En la puerta del bar, la encargada se acercó a mí con una gran sonrisa.

—Muchísimas gracias por venir —me dijo—. Toma mi tarjeta. Si necesitas cualquier cosa, no tienes más que pedirla.

—¿Con quién me estáis confundiendo? —le pregunté yo.

—¿Es que no eres Moby?

Así que, después de todo, ésa no era mi noche. Al parecer, una camarera me había confundido con Moby al llevar la cabeza afeitada, y se lo había dicho a medio bar. La fama parecía ser un atajo que hacía innecesario todo el tiempo y el esfuerzo que yo le había dedicado a la seducción. Si quería llegar al siguiente nivel, tendría que encontrar la manera de accionar los mismos interruptores que encendía la fama —la constatación de la propia valía y el derecho a alardear—, sólo que sin ser famoso.

Supongo que un hombre con menos sentido de la moral hubiera prolongado la farsa y, aprovechándose de la situación, habría llamado a la chica. Pero yo decidí no hacerlo. No había entrado en la Comunidad para engañar a las mujeres, sino para gustarles tal y como era.

Observamos a Papa en acción en otras dos discotecas antes de que acabara la noche. En seguida ponía en práctica cada consejo que le dábamos. Corregía inmediatamente cada error que le apuntábamos. Con cada nuevo *set*, parecía crecer en estatura. Papa nos dijo que, durante el verano, había estado practicando la Seducción Acelerada. Incluso estaba estudiando hipnosis con uno de los expertos más respetados en el campo: Cal Banyan. Pero, hasta hoy, nunca había visto a un verdadero

MDLS en acción. Estaba tan alucinado que esa misma noche nos contrató un segundo taller.

El último día fuimos a una discoteca que se llamaba Government. Hicimos que Papa abordara un *set* tras otro, repitiendo, como un robot, las frases de entrada, las técnicas y los negas que le habíamos enseñado. Y cada vez eran más las mujeres que respondían a sus intentos de seducción. Resultaba increíble ver lo que se podía lograr con un par de simples frases; increíble y también un poco deprimente.

Lo primero que hace un actor cómico es perfeccionar una sólida técnica de cinco minutos con la que pueda ganarse a cualquier audiencia, pero, tras ver cómo cientos de personas responden riéndose exactamente en los mismos momentos, el actor empieza a perderle el respeto a un público tan fácilmente manipulable. El éxito podía tener un efecto similar para los MDLS.

Papa se marchó a su hotel para intentar descansar un poco antes de volar de vuelta a su casa. Mystery y yo decidimos quedarnos un rato más en la discoteca.

Hacía poco, Grimble me había dado la idea de coger todos los números de teléfono que me habían dado durante los últimos meses y ponerlos debajo del cristal de una mesa a modo de decoración. Estaba compartiendo la idea con Mystery cuando, de repente, él me interrumpió.

—¡Alerta de proximidad! —exclamó.

Las alertas de proximidad de Mystery se encienden automáticamente cuando una mujer se acerca a un hombre y permanece quieta, dándole la espalda; sobre todo cuando no existe ninguna razón para estar en ese lugar en concreto. La alarma nos indica que la mujer desea ser abordada.

Sin más preámbulos, Mystery se dio la vuelta y empezó a hablar con una rubia de aspecto delicado y una musculosa morena con una camiseta sin mangas. Algunos segundos después me presentó diciendo que yo era un magnífico ilusionista. Mystery y yo llevábamos meses sargeando juntos, así que yo sabía exactamente qué debía hacer: ganármelas con un par de chistes y unos supuestos trucos de magia que cualquier niño de primaria podría hacer. Sargeando, uno aprende que todo lo que tenía gracia a los diez años vuelve a tenerla años después.

Mystery, que se había traído una cámara de vídeo, empezó a grabarnos. A las chicas no pareció importarles. Mientras Mystery aislaba a la morena, yo me quedé hablando con la rubia. Se llamaba Caroline. Su amiga se llamaba Carly. Caroline vivía

en las afueras con su familia. Aunque su sueño era llegar a ser enfermera, por ahora, trabajaba de camarera.

Caroline era tímida y tenía las tetas pequeñas. A un metro de distancia, su rostro parecía de alabastro. A medio metro, se advertía que tenía la piel llena de diminutas pecas. También tenía un diente ligeramente torcido y la piel enrojecida a la altura de la clavícula, como si se hubiera estado rascando. Olía a algodón y se había hecho la manicura hacía pocos días. Seguramente no pesaba más de cincuenta kilos y lo más probable era que su color favorito fuese el rosa. Observé todos esos detalles mientras repetía de forma automática las mismas técnicas que había usado con cientos de chicas antes. Lo que hacía distinta a Caroline era que las técnicas no parecían funcionar con ella. Por mucho que lo intentaba, yo no conseguía alcanzar lo que llamo el punto de enganche, que es el momento en el que una mujer a la que acabas de abordar decide que está disfrutando de tu compañía y deja de querer marcharse. Aunque estaba a menos de medio metro de ella, me sentía como si nos separase un abismo.

Al ver la película *El informador*, que cuenta las peripecias de un grupo de agentes de Bolsa sin escrúpulos, Mystery había decidido que los números de teléfono eran papel quemado, o sea, algo inútil. Nuestra nueva estrategia ya no tenía en cuenta la posibilidad de conseguir el número de teléfono de una chica y llamarla después, sino que estaba dirigida a lograr una cita inmediata, llevándose a la chica a otro bar o a un restaurante. Cambiar de local pronto se convirtió en un elemento clave del juego de la seducción, pues ayudaba a crear una distorsión temporal: al ir a tres lugares distintos con un grupo de personas a las que acababas de conocer consigues crear la sensación de que os conocéis de toda la vida.

—¿Por qué no vamos a algún sitio donde se pueda comer algo? —sugirió Mystery.

Fuimos a un restaurante cercano cogidos del brazo de nuestras nuevas citas inmediatas. Durante la cena, todo fue a las mil maravillas. Carly se sentía lo suficientemente cómoda como para dar muestras de su mordacidad, y Caroline empezó a brillar con empatia y calidez. No necesitamos usar ninguna técnica. Sencillamente compartimos unas risas. Juggler tenía razón: la risa era la mejor arma de seducción.

Al acabar de cenar, Carly nos invitó a subir a su casa, que estaba a la vuelta de la esquina, para llamar un taxi. Acababa de mudarse y todavía no tenía muebles, por lo que Mystery y yo

nos sentamos en el suelo. No llamamos un taxi y ellas tampoco nos dijeron que lo hiciéramos; Mystery y yo lo interpretamos como un IDI.

Al poco tiempo, Carly y Mystery se fueron al dormitorio, dándole permiso tácitamente a Caroline para que se enrollara conmigo. Mientras nos envolvíamos el uno en el otro, el abismo que nos separaba en la discoteca se evaporó en el aire. Las manos de Caroline eran suaves, su cuerpo delicado e indulgente. Ahora entendía por qué había resultado tan difícil comunicarme con ella en la discoteca. Caroline no se comunicaba con palabras, sino expresando sus sentimientos. Sí, sería una enfermera maravillosa.

Caroline trajo unas mantas y nos tumbamos juntos en el suelo de madera. Le proporcioné un orgasmo tras otro, tal y como me había enseñado a hacerlo Steve P., hasta que parecía que ella iba a derretirse sobre las mantas. Pero, en cuanto saqué un condón de la cartera, oí cuatro palabras que significan lo mismo que las temibles «prefiero que seamos amigos».

—Pero si acabamos de conocernos —me dijo.

No había ninguna razón para presionarla. Sabía que volvería a verla. Caroline apoyó la cabeza en mi hombro y disfrutamos del momento. Me dijo que tenía diecinueve años y que no se había acostado con nadie desde hacía dos. La razón era que tenía un hijo de un año esperándola en casa. Se llamaba Carter y Caroline estaba decidida a no convertirse en la típica madre adolescente que descuida a su hijo. Ése era el primer fin de semana que pasaba lejos de él desde que había nacido.

Al día siguiente, cuando nos despertamos, Caroline se sentía algo avergonzada por lo acontecido la noche anterior. Para quitarle importancia yo le sugerí que saliésemos a desayunar.

Durante los días que siguieron, debí de ver el vídeo que grabó Mystery de ese desayuno más de cien veces. Por la noche, los ojos azules de Caroline me habían parecido fríos y distantes. Pero, durante aquel desayuno, sus ojos lanzaban destellos cuando me miraba. Cada vez que yo contaba un chiste, por malo que fuese, sus labios dibujaban una amplia sonrisa. Algo se había abierto en su corazón. También era la primera vez, desde que había entrado en la Comunidad, que yo había creado un lazo sentimental con una de mis conquistas.

Nunca me he sentido especialmente atraído por un determinado tipo de mujer, como esos fetichistas que se obsesionan con las asiáticas o con las mujeres que se parecen a Jessica Simpson. Aun así, de todas las mujeres del mundo, la última de

la que hubiera pensado que podría enamorarme era de una madre soltera adolescente que trabajaba de camarera. Pero lo que hace grande al corazón es que no tiene dueño, por mucho que algunos puedan creer lo contrario.

Las chicas nos llevaron a casa de Mystery, donde, al quedarnos solos, Mystery y yo repasamos lo ocurrido, intentando descifrar qué habíamos hecho bien y en qué nos habíamos equivocado. Al contrario de lo que creíamos Caroline y yo, Mystery no había conseguido ni un solo beso de Carly; aunque no por falta de ganas. El problema era que Carly tenía novio.

Pero, aunque se hubiera resistido a los encantos de Mystery, estaba claro que Carly se sentía atraída por él. Así que ideamos un plan: Mystery se mostraría frío y distante con Carly hasta que ella se sintiera tan incómoda que aceptara acurrucarse con él para lograr que las cosas volvieran a la normalidad.

Pasamos las siguientes seis horas editando caprichosamente las imágenes de Carly y Caroline en el ordenador de Mystery, hasta crear un vídeo de seis minutos. Al acabar, llamé a Caroline, que vino a recogernos unas horas después con Carly.

Juggler estaba en Toronto, impartiendo su propio taller. Desde hacía varias semanas salía exclusivamente con una violinista de jazz. Así que fuimos todos juntos a cenar.

—Voy a dejar la Comunidad —nos dijo Juggler—. Quiero dedicarle todo mi tiempo a Ingrid.

Ella apretó su mano con las suyas en señal de aprobación.

—Sé que algunos dirán que tengo monoítis, pero ésa es mi elección. Estos talleres son demasiado estresantes para Ingrid.

Me alegraba de volver a ver a Juggler. Era uno de los pocos MDLS que no espantaban a los amigos de mi vida real, que me hacían reír, que... Que era normal. Y, precisamente por eso, nunca pensé en él como en un verdadero MDLS; Juggler era sencillamente un tío gracioso y un gran conversador; sobre todo comparado con Mystery, cuya abierta frialdad llegó a incomodarnos a todos durante la cena.

Más tarde, mientras veíamos el vídeo en el apartamento de Mystery, Caroline no dejó de sonreír. Al acabar el vídeo, Caroline y yo fuimos al cuarto de Number9, nos tumbamos en la cama y nos desnudamos lentamente el uno al otro. Ella temblaba hasta tal punto que su cuerpo parecía a punto de desvanecerse bajo el mío. Fue como hacerle el amor a una nube.

Al acabar, Caroline me dio la espalda. Yo sabía lo que estaba pensando.

Cuando se lo pregunté, no pudo contener las lágrimas.

—Me he acostado contigo demasiado pronto —se lamentó—. Ahora te irás y ya no volveré a verte.

Sus palabras estaban llenas de dulzura. La rodeé con un brazo y apoyé su cabeza sobre mi hombro. Le dije que todas las relaciones apasionadas que había tenido habían comenzado con un momento de locura. Era una frase de Mystery, pero era verdad. Después le dije que quizá no debería haberse acostado conmigo tan pronto, pero que, si lo había hecho, era porque quería hacerlo, porque necesitaba hacerlo. La frase era de Ross Jeffries, pero también era verdad. En tercer lugar le dije que yo era más maduro que los chicos con los que ella había estado hasta el momento, así que no debía juzgarme por sus experiencias anteriores. La frase era de David X, pero también era verdad. Finalmente le dije que me entristecería mucho no volver a verla. Esa frase era mía. Y era verdad.

Cuando por fin salimos de la habitación de Number9, nos encontramos a Carly y a Mystery abrazados bajo una manta. A juzgar por la ropa esparcida a su alrededor, la estrategia de Mystery había sido todo un éxito.

Caroline y yo nos acurrucamos en el sofá y los cuatro vimos un episodio de «Los Osbourne» en el ordenador de Mystery. Fue un momento hermoso. Pero no duró mucho.

CAPÍTULO 8

No hay nada que una más a dos amigos que ligar juntos. Ésa es la base de una gran amistad, porque después, cuando las chicas se van, te permite chocar las manos, como llevas deseando hacer desde el principio. Ése es el choque de manos más placentero del mundo. Lo que oyes no es el sonido de una mano contra la otra; es el sonido de la amistad.

—¿Y sabes lo más raro de todo? —dijo Mystery—. A veces estoy hecho un asco y, entonces, me acuesto con una chica y siento que le gusto y, ya está, visto y no visto, vuelvo a ser el hombre más feliz del mundo.

Y volvemos a chocar las manos.

—¿Entonces? —me dijo Mystery.

—¿Entonces, qué?

—¿Estás preparado para entregarte plenamente a nuestro estilo de vida?

—Creía que ya lo había hecho.

—Quiero decir de por vida. Ahora sargear forma parte de tu sangre. De todos los tíos que he conocido, tú eres el único que puede hacerme sombra. Sólo tú podrías destronarme.

Cuando era adolescente, a menudo rezaba en la cama: «Por favor, Dios mío, te lo pido. No dejes que muera virgen. Lo único que quiero es saber cómo se siente uno al acostarse con una chica.» Pero, ahora, mis sueños han cambiado. Por la noche, cuando estoy despierto en la cama, lo que le pido a Dios es que me permita ser padre antes de morir. Siempre he querido tener nuevas experiencias: viajar, aprender todo tipo de cosas, conocer a gente nueva... Pero tener un hijo es lo máximo a lo que se puede aspirar; es para lo que estamos aquí. Y, a pesar de mi comportamiento libertino, yo no había renunciado a mi sueño. Lo que ocurría era que el deseo de nuevas experiencias ha-

cía que anhelara la novedad y la aventura que se tiene con cada nueva chica. Ni siquiera podía imaginarme cómo sería pasar toda la vida con la misma mujer. No es que me asuste el compromiso. No, lo que me asusta es discutir con alguien a quien quiero sobre a quién le toca fregar los platos. Lo que me asusta es dejar de desear a la mujer que se acuesta todas las noches a mi lado, pasar a un segundo plano en su corazón cuando nazcan nuestros hijos, sentir resentimiento hacia ella por haberle puesto límites a mi libertad. Si me hubiera casado con mi primera novia y hubiéramos tenido hijos, ahora tendrían, digamos, ocho y diez años. Y yo sería un padre magnífico, capaz de compartir casi cualquier actividad con mis hijos. Pero ya es demasiado tarde para eso. Cuando mis hijos tengan diez años, ya hará mucho que yo habré cumplido los cuarenta. Habrá entre nosotros una distancia generacional tan grande que se reirán de la música que escucho y me ganarán echando un pulso.

Y ahora estaba a punto de firmar un contrato vitalicio con la Comunidad, echando por tierra las pocas oportunidades que me quedaban de casarme algún día.

Una hora más tarde, Mystery y yo nos encontrábamos delante de la puerta de Fineline, un famoso local de tatuajes, en Kingston Road. Aunque yo siempre había considerado que estaba por encima de esas cosas, a veces uno se deja llevar por el momento, por una palmada fraternal, por la amistad.

Giré el pomo y empujé, pero la puerta no se abrió. Aunque era lunes por la tarde, estaba cerrado.

—Mierda —dijo Mystery—. Vamos a buscar otro sitio.

Aunque no soy supersticioso, cuando no estoy completamente decidido a hacer algo, basta una pequeña brisa para empujarme en la dirección contraria.

—No puedo hacerlo —le dije a Mystery.

—¿Por qué no?

—Me cuesta comprometerme; aunque ese compromiso sea con un tatuaje que representa la ausencia de compromiso.

Por una vez, mi lado neurótico me había servido de ayuda.

La noche siguiente, Caroline nos recogió en casa de Mystery y los tres salimos a cenar sushi.

—¿Y Carly? —le preguntó Mystery.

Caroline bajó la mirada.

—No ha podido venir —dijo—. Pero te manda recuerdos.

Mystery insistió.

—¿Te ha dicho por qué no podía venir? ¿Es que pasa algo?

—Es que... —empezó a decir Caroline—. Bueno, está con su novio.

Mystery palideció.

—Pero ¿vendrá otro día?

—Carly dice que, de todas formas, sois muy distintos.

Mystery guardó silencio. De hecho, no dijo nada en diez minutos. Cuando le preguntábamos algo, respondía con monosílabos. No es que estuviera enamorado de Carly; es que odiaba ser rechazado. Mystery estaba experimentando en su propia piel los inconvenientes de seducir a una chica con novio. Normalmente, la chica volvía con el novio. Y vernos a Caroline y a mí tan acaramelados tampoco lo ayudaba.

—Soy el mejor maestro de la seducción del mundo —gruñó mirándome con incredulidad—. ¿Cómo es posible que no tenga novia?

—Precisamente por eso —le dije yo—: porque eres el mejor MDLS del mundo.

Tras un nuevo silencio, Mystery le pidió a Caroline que lo llevara al club de *striptease* en el que trabajaba su ex novia Patricia. Caroline lo dejó en la puerta antes de llevarme a pasar la noche a la casa de las afueras en la que vivía con su madre, su hermana y un hermano; Caroline quería que conociera a su familia.

Su madre nos recibió en la puerta. Sujetaba en los brazos a un bebé que lloraba desconsoladamente; el bebé de mi novia adolescente.

—¿Quieres cogerlo? —me preguntó Caroline. Supongo que lo típico hubiera sido decir que me daba miedo dejarlo caer, que lo normal habría sido ponerme a temblar y largarme de ahí lo antes posible. Pero eso no fue lo que ocurrió. Me apetecía sujetar a aquel bebé. Para eso había entrado en la Comunidad, para vivir aventuras como ésa, para sujetar por primera vez a un niño en mis brazos mientras me preguntaba qué esperaría su madre de mí.

CAPÍTULO 9

Mientras yo jugaba a ser papá, Mystery perdía el control. Llevarlo al club de *striptease* no había sido una buena idea. Ver a Patricia sólo había empeorado las cosas, pues no sólo le había dicho que no quería volver con él, sino que, al parecer, estaba saliendo con otro hombre.

—Ahora se pasa tres horas al día en el gimnasio —me dijo Mystery por teléfono—. Ha perdido seis kilos y se le ha quedado un culo de impresión. ¡Joder! Las cosas que hacen las tías cuando están de mala leche.

—No pienses en lo buena que está —le aconsejé yo—. Piensa sólo en sus defectos y exagéralos. Así te resultará más fácil.

—Da igual lo que haga. Estoy hecho una mierda. Al volver a verla me sentí como un estúpido. Ese cuerpo, ese moreno... Era la *stripper* más guapa del club. Y yo ya no puedo acostarme con ella. Ni con ella ni con Carly. ¿Para qué habré ordenado mi apartamento?

—Eres un maestro de la seducción, Mystery. Hay cientos de chicas como Patricia. Todo lo que tienes que hacer es salir a sargear.

—No soy un maestro de la seducción, Style. Seduzco a las mujeres porque las adoro. Soy un adorador de mujeres. Te lo juro, ya ni siquiera pienso en acostarme con dos chicas al mismo tiempo. Lo único que quiero es que Patricia vuelva conmigo. La echo tanto de menos.

Las técnicas de seducción de Mystery se habían vuelto en su contra y le estaban abofeteando en la cara. Patricia le estaba haciendo un TM. Sólo que en el caso de Patricia no era una técnica, sino algo real. Y estaba funcionando a las mil maravillas. Mystery prácticamente ni se acordaba de Patricia hasta que ella lo rechazó, y ahora vivía obsesionado con ella.

Mystery no tenía ninguna paciencia para lo espiritual. Su religión era Darwin. El amor, para él, no era más que un impulso evolutivo que permitía que los seres humanos satisficieran uno de sus objetivos fundamentales: la supervivencia de la especie. Mystery llamaba a ese impulso enlazamiento.

—Nunca deja de sorprenderme lo fuerte que es el instinto de enlazamiento —comentó—. Me siento tan solo.

—Tengo una idea —le dije yo—. Mañana iremos a por ti y te traeremos a las afueras. Eso te animará.

Caroline y yo pusimos a Cárter en su cochecito y fuimos caminando hasta un parque. Sentado en un banco, pensé en lo patéticos que resultábamos Mystery y yo. Miles de chicos pensaban que ahora mismo debíamos de estar en un *jacuzzi* rodeados de modelos en biquini. Pero, en vez de eso, Mystery estaba solo en su apartamento, probablemente llorando y viendo porno lésbico, y yo estaba en un barrio residencial de las afueras de una gran ciudad, paseando a un bebé en un cochecito.

Al día siguiente, Caroline y yo fuimos a recoger a Mystery al centro. No se había afeitado desde la última vez que lo había visto y una sombra de dos días cubría su pálida piel de bebé. Llevaba puesta una camiseta gris que le caía sobre unos viejos pantalones vaqueros.

—Está bien —dijo—. Iré con vosotros si Caroline me promete que nadie de su familia me va a pedir que le haga un truco de magia.

Y, aun así, aquella tarde, cuando la madre de Caroline le preguntó en qué trabajaba, Mystery ofreció una espectacular demostración de ilusionismo. Presentó cada truco con gran bombo y platillo —lectura del pensamiento, levitación de botellas, autolevitación, prestidigitación...—, hasta encandilar a toda la familia de Caroline: dejó completamente atónita a la madre, enamoró a la hermana pequeña y le enseñó al hermano a hacer levitar una tiza para asustar a los profesores. Fue entonces cuando yo me di cuenta por primera vez de que Mystery realmente tenía las habilidades necesarias para convertirse en una estrella del ilusionismo.

Cuando los demás fueron a acostarse, Mystery le preguntó a Caroline si tenía algún somnífero.

—Lo único que tenemos es Tylenol tres, que tiene codeína —le dijo Caroline.

—Eso valdrá —dijo Mystery—. Dame todo el bote; tengo un alto grado de tolerancia.

Caroline, que ya pensaba como una enfermera, le llevó cuatro pastillas. Pero no fueron suficientes: mientras Caroline y yo dormíamos, Mystery pasó toda la noche escribiendo en el Salón de Mystery.

CAPÍTULO 10

Grupo MSN: Salón de Mystery
Asunto: Objetivos vitales
Autor: Mystery

Estoy pasando la noche en casa de Caroline, la chica de Style, en Toronto. Aunque Style y Caroline hacen muy buena pareja, su relación no tiene futuro. Caroline tiene un hijo y eso complica mucho las cosas. La verdad es que debe de ser difícil para Style.

Éste es mi consejo: sé justo con ella, tío. Quiérela. Sé fiel a tus sentimientos y no le hagas daño, pero no olvides que eres un MDLS y que siempre vas a querer más; no hay nada malo en tener una chica distinta en cada puerto.

Caroline tiene una familia fantástica. He estado una hora haciéndole trucos de magia a su hermana de dieciocho años, que es una monada, a su hermano y a su madre. Ha sido muy divertido. Incluso le he hecho una lectura de runas vikingas a su madre. Caroline es como una hermana para mí. Despierta mi lado más tierno y hace que quiera cuidar de ella y de su bebé. ¡Y es fantástico tener a Style en Toronto! Éste es mi pensamiento de hoy: Style, eres un verdadero amigo.

Todos se han ido a dormir y, como yo no tenía sueño, he tomado unos Tilenoles con codeína para intentar dormir. Pero no lo consigo. Eso sí, me siento lleno de amor. No me malinterpretéis. Sé que es por la codeína, pero, aun así, me gusta la sensación. Y me encanta este foro. Sois fenomenales. Espero que podamos tener una superfiesta uno de estos días.

Y sobre todo tened en cuenta que esto quedará en nada en cuanto se me pasen los efectos de la codeína.

Lo que quiero decir es que me gustaría que en el futuro todos fuésemos grandes amigos. ¿Creéis que podremos conseguirlo?

Grimble y Twotimer, ¡vuestro estilo es tan distinto del mío! Me gustaría salir a sargear con vosotros algún día; así podría entenderos mejor.

Papa, lo hiciste de fábula cuando estuviste aquí. Me he divertido mucho en el taller. Pásate a verme cuando quieras; ni siquiera me molesta que me llames todos los días.

No creo que este foro deba limitarse al sargeo. Tal y como lo veo yo, se trata de algo más grande: de objetivos vitales. Las mujeres son una parte muy importante de esos objetivos y trabajamos juntos para conseguirlas. Pero creo que también deberíamos incluir entre los objetivos del foro el dinero, la posición social y otras ambiciones similares.

Una de las dificultades con las que nos enfrentamos todos los días es la de no poder compartir nuestros problemas. Así que expresad vuestras preocupaciones aquí y un centenar de hombres inteligentes y dignos de confianza os ayudarán.

Contadnos también vuestros objetivos. Y, si no los tenéis, éste es el momento de buscarlos. Ya es hora de que nos pongamos las pilas y alcancemos la plenitud. Viajes, mujeres, dinero, posición social, lo que sea... Ayudémonos unos a otros a conseguirlo. Ha llegado el momento de trabajar en equipo, como en una empresa, para lograr nuestros objetivos.

Quiero que Vinigarr (1) consiga su propio apartamento y un coche superchulo y una cuenta corriente llena de dinero y una canguro supermaciza que lo ayude con los niños (y que también se acueste con él de vez en cuando), y un par de chicas que lo adoren. Quiero que tenga sus propios locales en Nueva York —clubes nocturnos o lo que sea—, y chófer, y una limusina.

Papa, lo bueno es enemigo de lo mejor. Quiero que te concentres tanto en la riqueza como lo haces ahora en las relaciones. Tienes madera de multimillonario. Deja de depender de tu padre y construye tu propio imperio. Imagínate de lo que serías capaz si contuvieras tu deseo sexual y dedicaras toda esa energía a crear un gran proyecto empresarial.

Yo, por ejemplo, estoy poniendo todo mi empeño en conseguir material promocional para el espectáculo de ilusionismo de una hora de duración que voy a presentar a distintas cadenas de televisión. Pero necesito mucho dinero para prepararlo todo bien. Y no son sueños de grandeza ni exageraciones; sé que puedo conseguir-

(1) *Vinigarr* (cuyo nombre pordría traducirse como «Vinagre» [N. del t.]), asistió a uno de los talleres de Mystery, es padre soltero y se gana la vida trabajando como chófer para una empresa de chicas de compañía.

lo. Quienes me conocéis en persona sabéis que lo que digo es cierto. Después del programa de televisión, crearé mi propio espectácul en Las Vegas. Ya tengo pensado cómo será.

¿Os interesaría ayudarme? ¡Pensad en las fiestas que haríamos después de cada espectáculo! Venga, creemos algo entre nosotros y no os estoy pidiendo que lo hagáis gratis. No, yo no creo en ese tipo de cosas. Pagaré a quien trabaje conmigo. Lo único que os pido es que también me digáis cuáles son vuestros objetivos vitales; así podremos unir nuestras fuerzas. Caballeros, pongámonos manos a la obra.

Mystery

P. D. He estado leyendo *Piense y hágase rico*, de Napoleón Hill, y quiero sugeriros algo. Si os masturbáis con regularidad, podéis haceros adictos al onanismo. Esa adicción frenará vuestro deseo de salir. También os impedirá canalizar vuestro deseo, usarlo como motivación para emprender proyectos que os generen riqueza.

Sí no folláis con regularidad (algo que nos ocurre a todos en alguna ocasión), no os paséis el día dándole al manubrio. Marcad un día en el calendario. Un solo día a la semana. Y cada vez que os masturbéis marcad la fecha de vuestra próxima cita con vosotros mismos para dentro de siete días. Así, si no os acostáis con ninguna chica mientras tanto, al menos tendréis un objetivo que anhelar. ¡Y que sea una buena paja! Con crema de manos y con el mejor porno. Algo que merezca la pena. Y, durante la semana de espera, aprovechad vuestro deseo para construir algo importante.

CAPÍTULO 11

A la mañana siguiente, Mystery estaba recostado en el asiento trasero del coche de Caroline, envuelto en una manta mientras se tapaba la cara con un sombrero. Lo único que nos dijo fue que lo lleváramos a casa de su familia. Aquella escena me devolvió la imagen de Mystery durante nuestro viaje por Europa del Este. Excepto que, en esta ocasión, Mystery no estaba enfermo; al menos no físicamente.

Aparcamos el coche, entramos en un edificio de apartamentos y subimos en el ascensor hasta el piso veinte, donde vivía su familia. Era un desordenado apartamento de dos habitaciones en el que convivían demasiadas personas. La madre de Mystery, una alemana entrada en carnes, estaba sentada en un desgastado sillón tapizado con un estampado de flores. Su hermana, Martina, sus dos hijas y su marido, Gary, se apretaban en el sofá de al lado. El padre de Mystery, enfermo de cirrosis tras una vida entera dedicada a la bebida, estaba encerrado en su propio apartamento, cuatro pisos más arriba.

—¿Cómo es que vienes sin chica, Mystery? —le reprendió Shalyn, su sobrina de trece años. Shalyn lo sabía todo sobre él. A menudo Mystery incorporaba a sus sobrinas en sus patrones de sargeo para mostrar su lado más paternal y vulnerable. Lo cierto era que las adoraba y pareció animarse al verlas.

Gary, el cuñado de Mystery, nos cantó unas baladas pop que había compuesto él mismo. Mystery se unió a él, cantando con un volumen ensordecedor una canción llamada *Hijo de Casanova*; al parecer, Mystery se identificaba con el personaje.

Caroline y yo nos marchamos cuando acabaron de cantar. Las niñas nos siguieron hasta el ascensor, riendo y gritando, perseguidas por Mystery. Un hombre con alzacuellos abrió la

puerta de su apartamento y las miró con gesto frío y condescendiente.

—No deberíais gritar en el pasillo —dijo.

El rostro de Mystery adquirió un tono repentinamente amoratado.

—Yo creo que sí deberían —replicó—. Son chicas jóvenes. Se están divirtiendo.

—Bueno —asintió el sacerdote—, pero podrían divertirse en un sitio donde no molestasen.

—Tengo una idea —le dijo Mystery—. Voy a entrar en casa a por un cuchillo, y cuando vuelva a salir, podemos discutir lo que se debe o no se debe hacer en el pasillo.

Mystery se dio la vuelta y caminó hacia el apartamento de su familia mientras los demás intercambiábamos miradas preocupadas. Yo volví a acordarme de nuestro viaje por Europa del Este; el comportamiento de Mystery me recordó al de aquel día en la frontera, cuando perdió los nervios al decirle lo que debía hacer.

El sacerdote se apresuró a cerrar la puerta y Caroline y yo aprovechamos la confusión para irnos rápidamente de allí.

CAPÍTULO 12

La verdad es que no me apetecía volver a casa de Caroline. Siempre he vivido en una ciudad. Odio los barrios residenciales de las afueras. Al igual que le ocurre a Andy Dick, mi mayor temor es aburrirme, o resultar aburrido. Los fines de semana no se inventaron para quedarse en casa viendo películas de vídeo. Pero Caroline no podía quedarse en la ciudad. No quería estar lejos de su hijo. No quería comportarse como la típica madre soltera.

Al día siguiente, mientras Caroline jugaba con Carter, yo comprobé mi correo electrónico. Mystery y yo habíamos colgado un parte de sargeo sobre Carly y Caroline hacía un par de días, y yo tenía la bandeja de entrada llena de mensajes de chicos de Carolina del Norte, de Polonia, de Brasil, de Croacia, de Nueva Zelanda y no sé de cuántos sitios más. Querían que los ayudara, igual que Mystery me había ayudado a mí en su momento.

También tenía dos correos de Mystery. En el primero decía que se había peleado con su hermana después del incidente del pasillo: «Me ha dado varios puñetazos. Para pararla he tenido que sujetarla del cuello y tirarla al suelo. No estaba enfadado, pero tenía que defenderme. Resulta extraño, ¿verdad? Después me he venido a mi casa.»

El segundo correo decía: «No aguanto más. Tengo hambre, me duele la cabeza, me pica todo y llevo todo el día cascándomela con pomo de Kazaa. Tengo que conseguir pastillas para dormir. Como pase otra noche sin dormir, me voy a volver loco. Me gustaría desaparecer. Me gustaría acabar con todo de una vez. Esto de vivir ya no me divierte.»

Mystery se estaba volviendo loco. Y yo estaba encerrado en una casa del extrarradio de Toronto, viendo una película de

Britney Spears con tres adolescentes, una de las cuales se suponía que era mi novia.

A la mañana siguiente, Caroline me llevó a casa de Mystery.

—¿Puedes quedarte? —le pregunté.

—Debería volver con Carter —dijo ella—. Últimamente no le estoy prestando suficiente atención. Además, no quiero que mi madre tenga que encargarse tanto tiempo de él.

—A tu madre la hace feliz que salgas y lo pases bien. Estás siendo demasiado exigente contigo misma.

Finalmente, Caroline accedió a quedarse una hora.

Subimos al apartamento de Mystery y abrimos la puerta. Mystery estaba sentado en la cama, viendo *Inteligencia artificial*, de Spielberg, en su ordenador portátil. Llevaba la misma camiseta gris y los mismos pantalones vaqueros que la última vez que lo habíamos visto y tenía los brazos arañados de la pelea con su hermana.

Se volvió hacia mí y habló con un tono de voz frío y falto de emoción.

—He estado pensando —dijo—. Los robots de la película tienen intereses motivados. Fijan objetivos y después trabajan para cumplirlos. El robot niño busca la protección de su madre. El robot sexual persigue mujeres con las que aparearse desde el momento que sale de su jaula, pues ése es su objetivo.

—No entiendo qué quieres decir —le dije al tiempo que me apoyaba en el escritorio que había pegado a la cama. La habitación apenas era más grande que un vestidor, y las paredes estaban completamente vacías.

—¿Cuál es mi objetivo? —dijo con el mismo tono de voz inanimado—. ¿Y cuál es el tuyo? Yo soy un robot niño, un robot sexual y un robot mago al mismo tiempo.

En el suelo, delante de la cama, había un plato a medio comer de espaguetis crudos. Había trocitos de espagueti por toda la habitación, junto a los restos de un teléfono inalámbrico que había destrozado contra el suelo.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—Hablaba con mi madre y mi hermana y no había manera de conseguir que se callaran.

Cuando Mystery, o cualquier otro MDLS, estaba así de bajo, sólo había una solución posible: salir a sargear y buscar nuevos objetivos.

—Podríamos ir a un club de *striptease* —sugerí.

Los clubes de striptease eran la debilidad de Mystery. Había

creado una lista de técnicas especiales para ellos: entre otras, hacerse amigo del disc-jockey; no pagar nunca ni una copa ni un baile; no abordar directamente, no tocar y no piropear a ninguna de las chicas; no salirse del guión, y cambiar de tema cuando la *stripper* empieza a contarte la misma historia que les cuenta a todos los demás.

—No me apetece salir —dijo Mystery.

Paró la película y se puso a escribir un correo electrónico.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Le estoy mandando un e-mail a los alumnos de Nueva York. Voy a cancelar el seminario.

Hablaba como un autómata

—¿Y por qué ibas a hacer eso?

Empezaba a estar harto de Mystery. Había cancelado todo tipo de obligaciones para poder ir a Nueva York y a Bucarest con él. Además, ya había comprado los billetes de avión. Y ahora él quería echarse atrás, y todo por la mezcla de Steven Spielberg y las pastillas.

—No se ha apuntado suficiente gente —dijo él—. Qué se le va a hacer.

—Vas a ganar mil ochocientos dólares, Mystery —protesté yo—. Y estoy seguro de que se apuntarán más alumnos a última hora. Estamos hablando de Nueva York, Mystery. Nadie se compromete a nada en Nueva York con más de un par de días de antelación.

—Vivir supone demasiado esfuerzo —suspiró él.

¡Qué melodrama! Mystery era como un agujero negro que chupaba toda la atención que recibía. ¡Yo estaba harto!

—¡Eres un maldito egoísta! —exclamé, incapaz de contenerme por más tiempo—. ¿Y qué sugieres que hagamos con los billetes de avión?

—Ve tú si quieres. Yo voy a cancelar todos los talleres, todos los seminarios, todos los espectáculos... Lo voy a cancelar todo. No quiero convertirme en otro Ross Jeffries.

Le di una coz al vestidor. Tengo una mecha muy larga pero, cuando se consume, estallo.

Un frasco lleno de pastillas cayó al suelo. Me agaché y lo cogí. En la etiqueta decía Rivotril.

—¿Qué es esto?

—Son unos antidepresivos de mi hermana. No los tomo tanto por la depresión como por sus efectos somníferos.

Frío y cínico.

Le dejé tres pastillas en el frasco y me metí las demás en el

bolsillo; tal y como estaba, era capaz de suministrarse una sobredosis.

Mystery entró en Party Poker, una página de juegos de azar de Internet, y empezó a apostar de forma mecánica. El Mystery al que conocía tenía demasiado sentido común como para hacer algo así.

—¿Qué haces? —le increpé. Pero no esperé a que me contestase—. Da igual. Olvídalo.

Salí de la habitación dando un portazo. Caroline me esperaba en la otra habitación.

—Vamonos a tu casa —le dije.

Ella sonrió con una sonrisa débil y comprensiva; no sabía qué decir.

Por un instante, la odié. Parecía tan inútil.

CAPÍTULO 13

Así que volvimos a casa de Caroline, con su madre, su hermano, su hermana, su hijo y sus películas de Britney Spears.

Yo empezaba a darme cuenta de que me estaba convirtiendo en una carga para Caroline, además de ser una distracción que la alejaba de su hijo. Y Caroline se daba cuenta de que yo empezaba a aburrirme de ella. Lo que me molestaba no era su continua preocupación por su hijo, sino su absoluta falta de iniciativa. Los días y las noches que había estado prisionero en su casa empezaban a pasar factura; no estaba dispuesto a desperdiciar mi vida sin hacer nada.

Uno de los principios básicos del sargeo es que una chica puede desenamorarse de ti tan fácilmente como se enamora. Es algo que ocurre todas las noches. La misma chica que te roza con las tetas y se enrolla contigo en el baño de una discoteca te dejará un minuto después para arrojarse en los brazos de otro que tenga más que ofrecerle. Así son las cosas. Ésas son las reglas en el campo del sargeo.

Una vez, durante un taller en San Francisco, me había acostado con una abogada que se llamaba Anne. En la mesilla de noche tenía un pequeño libro de un tal Joel Kramer. Incapaz de dormir, estuve hojeándolo un rato. Describía a la perfección lo que nos ocurría a Caroline y a mí. Tenemos la extraña idea de que el amor es algo que debe durar eternamente, pero el amor no funciona así. El amor es una energía libre que viene y va a su antojo. A veces perdura durante toda una vida, otras sólo nos acompaña durante unos segundos, un día, un mes o un año. No podemos tenerle miedo al amor sencillamente porque nos haga vulnerables, y tampoco podemos sorprendernos cuando nos abandona. Lo único que podemos hacer es agradecer el hecho de haber podido experimentarlo.

Las ideas de Kramer me resonaban en la cabeza mientras pasaba otra noche en la cama de Caroline. Aquella noche, en San Francisco, memoricé algunas frases del libro de Kramer para usarlas como técnica en algún sargeo, pero nunca pensé que fuese algo que pudiese afectar a mi propia vida; se suponía que el amor era algo que buscaban las mujeres, no los hombres.

Pasé el día siguiente cambiando reservas de avión y planes de viaje. Conservé el vuelo a Europa oriental, pero, en vez de acompañar a Mystery mientras éste iba a la caza de mujeres bisexuales a las que convertir en sus esclavas, decidí reunirme con un grupo de MDLS con base en Croacia. Llevaba intercambiando e-mails con uno de ellos, un chico que se llamaba Badboy (1), desde que me había incorporado a la Comunidad.

Una de las razones por las que me había hecho escritor era que, al contrario de lo que ocurre cuando quieres formar un grupo de música, dirigir una película o participar en una producción teatral, para escribir no necesitas a nadie más que a ti mismo. Escribiendo, tanto el éxito como el fracaso dependen únicamente de ti. Nunca me han gustado las colaboraciones, pues la mayoría de las personas no acaban lo que empiezan, no cumplen sus sueños, incluso sabotean su propio progreso por temor a no encontrar lo que buscan. Yo había idealizado a Mystery. Había querido convertirme en él. Pero, al igual que ocurría con la mayoría de la gente, Mystery era el peor enemigo de sí mismo.

Por la tarde, al entrar en Internet, había un nuevo mensaje de Mystery. Se titulaba: «Mi último mensaje.»

No volveré a participar en los foros de seducción. Quiero daros las gracias por los buenos momentos que hemos compartido y desearos buena suerte en el futuro.

Vuestro amigo,

Mystery

Fui a la página web de Mystery, pero ya no existía. Resulta sorprendente lo rápido que pueden echarse por tierra tantos aflos de trabajo.

Una hora después, me llamaron al móvil. Era Papa.

—Estoy asustado—me dijo.

(1) *Badboy* significa «Chico malo». *(N. del t.)*

—Y yo —le respondí—. No sé si es una manera de llamar la atención o si realmente Mystery va a dejar la Comunidad.

—Entiendo perfectamente cómo se siente Mystery —dijo Papa con voz distante—. Mi vida es un desastre. Lo único que hago es sargear. No he abierto un libro desde que ha empezado el trimestre, y si no apruebo me van a echar de la universidad.

Y el caso de Papa no era ni mucho menos una excepción. Había algo en la Comunidad que devoraba las vidas de quienes entrábamos a formar parte de ella. Sobre todo ahora. Antes, hasta que Mystery empezó con los talleres, sólo era una adicción a Internet. Ahora todo el mundo volaba de un extremo a otro del país para conocerse y salir juntos a sargear. No era sólo un estilo de vida; era una enfermedad. Cuanto más tiempo le dedicabas, mejor sargeabas. Y cuanto mejor sargeabas más adicto te hacías. Tipos que antes ni siquiera habían entrado en una discoteca ahora salían de ellas con los bolsillos llenos de números de teléfono y una chica del brazo. Y, para colmo, después tenían la oportunidad de contarle sus hazañas por Internet al resto de la Comunidad. Algunos MDLS incluso habían dejado el trabajo o los estudios para dedicarse a tiempo completo a mejorar sus habilidades. Así de poderosa era la atracción del éxito con las mujeres.

—Una de las cosas que más atrae a las mujeres es el éxito —le dije a Papa—. Imagínate lo fácil que sería tener a todas las mujeres que quisieras si fueses un abogado conocido por representar a estrellas del espectáculo. O sea, que estudiar derecho también es una manera de aumentar tus posibilidades con las mujeres.

—Tienes razón —admitió él—. Debo ordenar mis prioridades. Me encanta la Comunidad, pero sargear se ha convertido en una droga para mí.

La depresión de Mystery no sólo lo estaba afectando a él, sino también a todos aquellos chicos que lo veían como un modelo a seguir. Algunos, como Papa, seguían idolatrándolo, incluso en su espiral descendente.

—Todo el mundo que se involucra a fondo en la Comunidad acaba deprimido —declaró Papa—. Primero Ross Jeffries y ahora Mystery. Yo quisiera seguir sargeando, pero sin renunciar al resto de mi vida.

El problema era que esa decisión había llegado demasiado tarde, pues Papa ya se había apuntado a los próximos seminarios de David X y David DeAngelo.

—Ayer me llamó mi padre —continuó diciendo Papa—.

Está preocupado. Hace seis meses que no hago más que sargear. No sólo he dejado de lado mis estudios, sino también a mi familia.

—Sargear no debería ser más que un hobby; tienes que aprender a darle a cada cosa la importancia que merece.

Era un buen consejo, un consejo que yo mismo debería haber seguido.

Al colgar con Papa, llamé a Mystery. Me dijo que quería regalarme su moto. También tenía pensado regalarle el ordenador a Patricia y darle los trucos de ilusionismo que había ideado para su espectáculo a un mago de Toronto.

—No puedes deshacerte de tus trucos; has trabajado mucho en ellos, y puede que en el futuro quieras volver a usarlos.

—Eso no son más que fantasías. La verdad es que lo único para lo que valgo es para seducir a la gente. Nunca he querido engañar a nadie, pero eso es exactamente lo que he estado haciendo. Y me voy a asegurar de que no vuelva a ocurrir.

No hacía falta haber estudiado psicología para reconocer las señales; si no les hacía caso, puede que algún día me arrepintiera. No podía darme la vuelta y dejar que mi mentor se tirase por un precipicio; aunque hubiera sido él mismo quien había creado ese precipicio. Una vez conocí a una chica cuyo novio siempre estaba amenazando con suicidarse. Un día, ella no escuchó sus gritos de ayuda. Él se pegó un tiro en la cabeza una hora después.

Como bien había dicho Mystery en el mensaje que había escrito desde la casa de Caroline, la Comunidad nos ofrecía una valiosa red de apoyo. El Salón de Mystery unía a cirujanos, estudiantes, guardaespaldas, directores de cine, deportistas, programadores informáticos, porteros, inversores de Bolsa y psiquiatras. Así que llamé a Doc (2).

Doc había descubierto la Comunidad cuando Mystery se apuntó, por aburrimiento, al seminario sobre citas que Doc daba en el Learning Annex de Los Ángeles. Mystery escuchó con paciencia mientras Doc compartía técnicas y daba consejos que eran material de TTF, en comparación con lo que hacíamos en la Comunidad. Al acabar fue a hablar con Doc, que tuvo que reconocer que no era precisamente lo que se dice un seductor. Así que Mystery lo sacó a sargear, le enseñó un par de técnicas y le dio la clave de acceso al Salón de Mystery. Ahora Doc era una máquina de sargear con su propio harén. Doc debía su

(1) *Doc* es la abreviatura de «doctor». *(N. del t.)*

apodo al hecho de ser doctor en psicología, así que lo llamé para pedirle consejo.

Él me sugirió que le hiciera las siguientes preguntas a Mystery y me dijo que era importante que se las hiciera exactamente en este orden:

¿Estás tan deprimido que renunciarías a todo?
¿Piensas mucho en la muerte últimamente?
¿Has pensado en hacerte daño o en hacer algo destructivo?
¿Has pensado en suicidarte?
¿Cómo lo harías?
¿Que te impide hacerlo?
¿Podrías suicidarte durante las próximas veinticuatro horas?

Escribí las preguntas en una hoja de papel, la doblé varias veces y me la metí en el bolsillo del pantalón. Era mi chuleta, parte de mi patrón para persuadir a Mystery.

CAPÍTULO 14

Cuando llegué a casa de Mystery, lo encontré desarmando la cama con movimientos tan mecánicos como sus respuestas.

Style: ¿Qué estás haciendo?

Mystery: Le voy a regalar mi cama a mi hermana. La quiero, y ella se merece tener una cama mejor.

Style: ¿Estás tan deprimido que renunciarías a todo?

Mystery: Sí. Todo es fútil, memético. Si conoces la memética, sabrás que todo ocurre en vano. Nada tiene sentido.

Style: Pero tú tienes un intelecto superior. Tienes el deber de aparearte.

Mystery: Eso ya no importa. Voy a retirar mis genes del mercado.

Style: ¿Piensas mucho en la muerte últimamente?

Mystery: Continuamente.

Style: ¿Has pensado en hacerte daño o en hacer algo destructivo?

Mystery: Sí. Esto de vivir ya no me divierte. Estoy *Fubar* (1).

Style: ¿Has pensado en suicidarte?

Mystery: Sí.

Style: ¿Cómo lo harías?

Mystery: Me ahogaría; siempre ha sido la forma de morir que más miedo me ha dado.

Style: ¿Qué te impide hacerlo?

Mystery: Primero quiero dar todas mis cosas. Tiré el ordenador de Patricia al suelo y lo rompí. Quiero darle el mío. Necesita un ordenador.

(1) *Fubar* es el acrónimo de Fucked up beyond all repair, que podría traducirse como «jodido sin posibilidad de arreglo». *(N. del t.)*

Style: ¿Le importó que se rompiera?
Mystery: No mucho.
Style: ¿Se enfadó contigo cuando lo rompiste?
Mystery: No.
Style: ¿Podrías suicidarte durante las próximas veinticuatro horas?
Mystery: ¿Por qué me haces tantas preguntas?
Style: Porque soy tu amigo y estoy preocupado por ti.
[Suena el timbre.]
Style: ¿Quién es?
Voz en el portero automático: Hola, soy Tyler Durden. He venido a ver a Mystery. Soy un absoluto fan suyo y me gustaría conocerlo.
Style: No es un buen momento.
Voz en el portero automático: Pero vengo desde Kingston.
Style: Lo siento, pero Mystery no puede ver a nadie ahora. Está... enfermo.

CAPÍTULO 15

Fui a la cocina, llamé a información y pedí el número de teléfono de los padres de Mystery. En el mundo real, Mystery se llamaba Erik von Markovik, aunque eso tampoco era más que otra ilusión, pues hacía algunos años que se había cambiado legalmente el nombre, que antes era Erik Horvat-Markovic.

El teléfono sonó una, dos, tres veces. Una voz brusca y cortante resonó al otro lado de la línea. Era el padre de Mystery.

—Hola, soy un amigo de su hijo, Erik.

—¿Quién?

—Me llamo Neil. Soy un amigo de Erik. Llamo porque...

—¡No quiero hablar con ningún amigo de Erik! —gritó.

—Pero su hijo necesita...

Clic. El muy cabrón me había colgado.

Sólo había otra persona a la que podía llamar. Volví al cuarto de Mystery. Se estaba tomando una pastilla con un poco de agua. Tenía la cara roja y contraída, como si estuviera llorando en silencio.

—¿Qué te has tomado? —le pregunté.

—Unas pildoras para dormir.

—¿Cuántas?

¡Joder! Iba a tener que llamar a una ambulancia.

—Sólo dos.

—¿Por qué las has tomado?

—La vida es una mierda cuando estoy despierto. Todo es inútil. Cuando estoy dormido, sueño.

Empezaba a sonar como Marión Brando en *Apocalypse Now*.

—Anoche soñé que estaba en un DeLorean que volaba; ya sabes, como en *Regreso al futuro*. Y estábamos rodeados de cables. Estaba con mi hermana; ella conducía. Subimos por encima de los cables y vi mi vida pasar bajo nosotros.

—Dime el número de teléfono de Patricia.

Las lágrimas empezaron a fluir de sus ojos. Parecía un bebé grande; un bebé grande que estaba a punto de suicidarse.

—¿Te acuerdas del teléfono de Patricia? —insistí lentamente, dulcemente, como si le estuviera hablando a un niño. Y, lentamente, dulcemente, como lo haría un niño, Mystery me dio el número de teléfono de Patricia.

Esperaba que Patricia no me colgara, que no hubiera borrado permanentemente a Mystery de su vida, que tuviera una solución para sus problemas.

Contestó al teléfono en seguida. Ella había sido la pieza básica de la que dependía el equilibrio en la vida de Mystery, pero él no había advertido el alcance de su efecto estabilizador hasta que ella lo había abandonado.

Patricia tenía una voz ronca con un ligero acento rumano. Me habló con una mezcla de compasión y preocupación.

—No es la primera vez que intenta suicidarse —me dijo—. Lo mejor que puedes hacer es llamar a su madre o a su hermana. Ellas lo internarán en alguna institución.

—¿Para siempre?

—No, sólo hasta que supere la crisis.

Mystery salió de su habitación, pasó por mi lado y siguió andando hacia la puerta.

—¿Qué haces? —le grité.

Mystery se volvió hacia mí y me miró sin demostrar ninguna emoción.

—Lo hemos pasado bien—dijo.

Después siguió andando hacia la puerta.

—¿Adonde vas?

—Primero voy a matar a mi padre. Después me pegaré un tiro.

Ésas fueron sus últimas palabras antes de salir del apartamento.

CAPÍTULO 16

Fui corriendo detrás de Mystery, que bajaba la escalera lentamente, como un autómata. Lo adelanté y lo detuve en el portal.

—Venga —le dije al tiempo que le tiraba de la manga—. Volvamos arriba. He hablado con tu hermana. Va a venir a por ti.

Él vaciló unos instantes, como si no supiera si debía creerme. Se comportaba con completa sumisión. Con continuas palabras de ánimo, conseguí que regresara al apartamento. Una vez allí, volví a llamar a su familia, usando el número de teléfono que me había dado Patricia.

Todo irá bien mientras no conteste su padre, me dije.

Contestó la hermana de Mystery. Me dijo que estaría ahí en media hora.

Mystery se había sentado en el futón que tenía en la cocina. Las pastillas para dormir debían de estar empezando a hacer efecto, pues, con la mirada perdida, comenzó a farfullar frases inconexas sobre la teoría de la evolución, la memética y distintos patrones de sargeo. Cada frase acababa siempre con las mismas palabras: «inútil» o «Fubar».

Su hermana entró en el apartamento seguida de su madre. Al ver a Mystery, las dos se quedaron pálidas.

—No sabía que estuviera tan mal —comentó Martina.

Mientras su madre lo ayudaba a bajar la escalera, Martina le preparó una pequeña maleta. Él se dejaba llevar dócilmente, ajeno al mundo que lo rodeaba.

Salieron a la calle y se montaron en el coche que los llevaría al pabellón psiquiátrico del hospital Humber. Mientras la madre abría la puerta del coche, un *set* de cuatro chicas pasó andando por su lado. Por un momento, los ojos de Mystery recobraron su antiguo brillo.

Lo observé atentamente, esperando que se volviera hacia mí

y me dijera: «¿Es tu set o el mío?» Entonces yo sabría que todo se arreglaría.

Pero el brillo desapareció de sus ojos. Su madre lo ayudó a entrar en el coche. Le levantó las piernas y las colocó dentro. Después cerró la puerta.

Lo vi a través del cristal, con el *set* de las cuatro rubias reflejado en la luna del coche. Estaba pálido. Tenía la mirada perdida, la boca cerrada y la mandíbula apretada. Su afilado *piercing* brillaba con ira contra la fría luz del atardecer.

Las cuatro chicas, paradas ante la puerta de un restaurante japonés, reían mientras miraban la carta de sushi. Era un sonido precioso. Era el sonido de la vida. Esperaba que Mystery pudiera oírlo.

CAPÍTULO 17

La depresión de Mystery provocó una crisis de fe en la Comunidad; estábamos tan metidos en ella que nos estaba destrozando la vida.

A Papa lo iban a echar de la universidad por sus notas. A Adonis, un MDLS de San Francisco, le habían despedido de su trabajo como publicista al descubrir que pasaba la mayor parte del día en el Salón de Mystery. Yo hacía meses que no escribía prácticamente nada. Incluso Vision había llegado a tal nivel de adicción a los foros de seducción que le había dado los cables de su ADSL a su compañero de apartamento y le había pedido que los escondiera durante dos semanas.

Mientras tanto, la Comunidad crecía exponencialmente. Todos los días, nuevos chicos —algunos de ellos todavía en el instituto— acudían a nosotros en busca de consejos, y no sólo sobre seducción o socialización, sino sobre todo tipo de cosas. Nos preguntaban a qué universidad debían ir; si debían dejar la medicación psiquiátrica que estaban tomando; si debían dejar de masturbarse o de drogarse; si debían usar siempre un condón; si debían irse de casa. Querían saber qué leer, qué pensar y cómo comportarse para ser como nosotros.

Una de esas pobres almas era un libanes musculoso de veintipocos años que se hacía llamar Prizer. Era de El Paso y nunca había besado a una chica. Quería que lo ayudásemos a sentirse cómodo alrededor de las mujeres. Le dijimos que lo primero que tenía que hacer era intentar hacerse amigo de algunas chicas. Y, en segundo lugar, debía acostarse con una chica lo antes posible; y no hacía falta que fuera demasiado exigente respecto a la chica. Prizer siguió nuestros consejos al pie de la letra.

Éstas son algunas líneas escogidas de sus partes de sargeo:

Grupo MSN: Salón de Mystery
Asunto: Parte de sargeo. Perder la virginidad en Ciudad Juárez
Autor: Prizer

Ya era hora de que me acostara con una chica, así que crucé la frontera y fui a Ciudad Juárez. Ya sé que son putas, así que supongo que técnicamente no cuenta como seducción. De todas maneras creo que me ayudará a sargear, pues ya no pareceré tan desesperado. Al principio me costó empalmarme. Lo que más me excitó fue hacerlo por detrás. Y el sesenta y nueve. ¿Creéis que, ahora que ya no soy virgen, le pareceré más atractivo a las chicas?

Grupo MSN: Salón de Mystery
Asunto: Parte de sargeo. Otra noche en Ciudad Juárez
Autor: Prizer

He vuelto a ir a Ciudad Juárez. Ya he estado con cuatro putas. ¡Ésta hasta se tragó mi lefa! Pero sigo sin conseguir correrme dentro. ¿Eso es normal? En cualquier caso, lo que hice esta vez, para practicar, fue hacerme a la idea de que ella era mi novia. Aunque cuando le dije que quería comerle el agujero del culo ella me cobró cinco dólares más. Eso no molo. En cualquier caso, he pensado que, con todo el dinero que me gasto en talleres y en libros y en ese tipo de cosas, podría irme de putas a México durante seis meses. Quizá eso me ayudara más con mi sargeo. Es mucho más directo. Además, ¿no creéis que follar más me ayudaría a tener más confianza en mí mismo?

Cuando los miembros de la Comunidad le recriminaron por colgar partes de sargeo sobre prostitutas, Prizer acudió a mí en busca de ayuda. Después fue Cityprc (1), de Rhode Island, quien acudió a mí en busca de consejo. Y, después, docenas de chicos más, de los que nunca había oído hablar. Todos pidiéndome ayuda, todos ofreciéndome dinero a cambio de que yo les enseñara a ligar. Querían volar a Los Ángeles para sargear conmigo o pagarme el billete para que yo fuese a sargear con ellos. Estaban dispuestos a pagar el precio que hiciese falta por ver a un verdadero MDLS en acción.

Con Mystery encerrado en un psiquiátrico y Juggler tan involucrado en su RE que incluso había llegado a interrumpir su página web, los alumnos estaban hambrientos de liderazgo. Y,

(1) *Cityprc* se pronuncia como *cityprick*, que podría traducirse como «polla de ciudad». *(N. del t.)*

sin saber cómo, yo me convertí en su nuevo gurú. Todos esos partes en los que yo había compartido mis patrones, mis técnicas y mis experiencias con el resto de la Comunidad no sólo me habían servido para aprender, sino que también habían sido una manera de promocionarme.

Pero la seducción es un arte oscuro. Sus secretos tienen un precio y todos debemos pagarlo, ya sea en cordura, en tiempo, en trabajo, en educación, en salud, en moralidad o en renuncia a uno mismo. Puede que en las discotecas fuésemos superhombres, pero, en nuestro interior, nos estábamos pudriendo.

—Antes, yo quería ser como tú y como Mystery —me dijo Papa cuando lo llamé para ver qué tal estaba—. Pero tengo que aprender a ser yo mismo. Tengo un gran potencial, pero lo estoy echando a perder. Antes de entrar en la Comunidad, siempre sacaba sobresalientes.

Papa había decidido dejar la Comunidad. Para empezar, se había borrado de los seminarios de sargeo.

—No volveré a llamar a una TB hasta que ponga mi vida en orden —me dijo—. Y si me llaman ellas a mí, les diré que tengo que enderezar mi vida antes de salir con ellas. Prefiero vivir antes que sargear.

—Tienes que enfocar los estudios como enfocas la seducción, Papa.

—Sí —asintió él, como si acabara de tener una visión—. Buscaré una ala para cada asignatura. Desarrollaré patrones y técnicas de estudio. Cerraré mis exámenes con un diez.

—No sé, Papa... Quizá estés yendo un poco demasiado lejos. Aunque, pensándolo bien, puede que funcione.

—Me siento libre —exclamó Papa—. ¡Es una gozada!

Me gustaría decir que todos nos sentíamos así, que todos nos dimos cuenta de que nos habíamos involucrado demasiado en el juego de la seducción, que todos dimos un paso atrás devolviendo el equilibrio a nuestras vidas, redefiniendo nuestras prioridades. Me gustaría decir que relegamos la seducción al lugar que le correspondía: el de un hobby glorificado.

Pero en la hipnosis existe un concepto llamado fraccionamiento, según el cual, cuando una persona sale de un trance y luego vuelve a sumirse en él, el segundo trance es más profundo y poderoso que el primero.

Y eso fue lo que nos ocurrió. Salimos de nuestro trance durante unos días, incluso llegamos a ver la luz del mundo real. Pero no tardamos en regresar a la Comunidad y, esta vez, llegamos más lejos de lo que ninguno de nosotros hubiera creído posible.

Al observar el recreo, parecía que los niños estaban jugando al fútbol mientras las niñas no hacían nada. Pero las niñas sí hacían algo: hablaban. Hablaban unas con otras sobre el mundo en el que vivían. Y se convirtieron en expertas, mientras que los niños no lo eran.

Carol Gilligan, *In a different voice: psychological theories and women's development*

CAPÍTULO 1

Petra era una chica checa de diecinueve años con largo cabello castaño, el cuerpo delgado y bronceado de una modelo y un vocabulario inglés que apenas llegaba a la docena de palabras. La conocí, a ella y a su prima, en la isla croata de Hvar con Nightlight9, un MDLS de Seattle. Nosotros les enseñamos nuestros trucos de magia. Les dibujamos un reloj en un trozo de papel y fijamos una hora para quedar esa noche. Las chicas llegaron a la hora acordada, nos cogieron de la mano y nos llevaron a una cala desierta. Se quitaron toda la ropa, menos las bragas y las zapatillas de tenis, y corrieron hacia el agua. Nosotros las seguimos e hicimos el amor con ellas mientras hablaban en checo.

Anya era una croata de veintiún años y mente rápida que estaba pasando las vacaciones con su hermana pequeña. Transpiraba confianza en sí misma. Era sensual y tenía clase; todo lo contrario que su hermana. Nightlight9 y yo las conocimos en la playa de Vodice. Esa noche consiguieron despistar a sus padres y los cuatro paseamos por la playa hasta que encontramos un velero amarrado. Nos colamos en el camarote e hicimos el amor. Nos bebimos una botella de vino y yo dejé veinte euros.

Carrie era una camarera de dieciocho años que trabajaba en Dublin's, en Los Ángeles. Se acercó a mí y me felicitó por mis rastas. Yo, claro, no le dije que llevaba peluca. Al día siguiente fui a verla completamente calvo; aun así, acabamos acostándonos juntos. A la mañana siguiente, cuando le mandé un e-mail diciéndole que se había dejado unos anillos en mi casa, ella me respondió que nunca llevaba anillos.

Martine era una rubia de espíritu libre, con piel lechosa, lápiz de labios rojo, algo corrido, y una camiseta ceñida, a la que conocí en Nueva York. Había abordado a tantos *sets* aquella no-

che que no recuerdo lo que le dije. Al día siguiente, quedamos en un bar. Yo fui con otras dos chicas, para que Martine tuviera que trabajar para conseguirme. Durante un instante, me sentí culpable de haberlo hecho. Pero sólo durante un instante. En el bar le pregunté cómo de buena era en la cama, en una escala del uno al diez, y unas horas más tarde pude comprobarlo en la habitación de mi hotel. Era un siete.

Laranya tenía el alma de una princesa judía en el cuerpo de una mujer india. La había conocido en la universidad, mientras los dos hacíamos unas prácticas en el mismo periódico. Entonces ella era una estudiante muy atractiva y yo un estudiante muy tímido. Pero cuando nos volvimos a encontrar años después en Los Ángeles, Style le propuso que fuésemos a tomar algo a una discoteca. Lo primero que dijo a la mañana siguiente, cuando nos despertamos juntos, fue:

—Es increíble cuánto has cambiado.

Y tenía razón.

Stacy era una anoréxica de veintiocho años a la que conocí en Chicago. Durante una larga correspondencia a través de e-mail me sedujo con su inteligencia, su franqueza y su poesía. Cuando por fin vino a verme, descubrí que era verdaderamente extraña y poco elocuente. Ella debió de pensar lo mismo de mí. De todas formas, fuimos a mi casa y empezamos a besarnos. Al meterle el dedo noté una fina franja carnosa que le cruzaba la vagina, como una red en una pista de tenis. Era su himen. Le dije que no quería ser el primer hombre con el que se acostara. Fue entonces cuando aprendí que ser un MDLS a veces significaba saber decir que no.

Greta era una rusa entrada en años con rasgos cincelados y unas magníficas tetas operadas. La conocí en un bar de Malibú. Ella me dijo que era su cumpleaños, pero no quiso decirme cuántos años cumplía. Yo calculé que debían de ser unos cuarenta y cinco, pero no dije nada. Como regalo, le dije que estaba dispuesto a ser su juguete sexual. Ella me pellizcó el culo y yo le dije que por eso cobraba extra. Dos noches después, tomamos un cóctel y fuimos a mi casa. Ella me dijo que ya no se acostaba con desconocidos, que ahora buscaba algo más profundo, pero unos minutos después estábamos en la cama. Yo hice de profesor y ella de niña mala.

No me acuerdo cómo se llamaba. Era una chica asiática con grandes tetas rodeada por tres chicas asiáticas con las tetas pequeñas. Al principio, ella pensó que yo era gay. Hablamos durante quince minutos, después la cogí de la mano y la llevé al

cuarto de baño. Nos obsequiamos mutuamente con una sesión de sexo oral y nunca volvimos a hablar. El sexo oral está sobrevalorado.

Jill era una ejecutiva australiana con la que quedé citado a través de otro MDLS. Vestía con unos pantalones estampados de piel de leopardo. Llevaba el pelo rubio de punta y tenía una energía sexual voraz. Cuando bailaba —si es que podía llamarse así—, todos los hombres la miraban. Follamos en su BMW, con los pies asomando por la ventana. Cuando le pregunté cuándo había pensado por primera vez que le gustaría besarme, ella me dijo que en cuanto me había visto. Era la primera mujer que me decía algo así.

Sarah era una agente de *castings* de cuarenta y dos años a la que conocí en el bar del hotel Casa del Mar, en Santa Mónica. Tenía un aire limpio y radiante, como si acabara de salir de un anuncio de champú. Y mantenía ese aire fresco incluso bajo la horrible luz del ascensor, donde hicimos el amor una hora después de conocernos. Sarah me preguntó varias veces si había alguna cámara en el ascensor; no sé si la idea le daba miedo o si la excitaba. Probablemente las dos cosas.

A Hea y a Randi las conocí en la discoteca Highland. Hea era una chica diminuta y tenía novio. Randi era una actriz mona con la sonrisa más maliciosa que había visto nunca, y también tenía novio. Tardé un mes en convencer a Hea para que le pusiera los cuernos a su novio y tan sólo un día en convencer a Randi.

Mika era una chica japonesa a la que conocí en Jamba Juice. A ella le gustaban las «máquinas de sueños» de naranja con un toque de energía, y a mí las «máquinas de sueño» de naranja con un toque de proteínas. Me sentí intrigado por su cráneo afeitado. Al acostarme con ella descubrí que también se afeitaba el pubis. A la mañana siguiente me dijo que donaba pelo a niños con cáncer. Yo estaba alucinado.

—¿Llevan tu pelo púbico en la cabeza? —le pregunté.

Ella me explicó que se refería al pelo de su cabeza.

Ani era una *stripper* que iba al gimnasio dos horas todos los días. Ani era adicta a la cirugía estética. Llevaba el pelo teñido de un rojo metálico y lápiz de labios tatuado a juego. Después de acostarnos me dijo:

—He conseguido dominar el arte de la visualización.

Cuando le pregunté qué quería decir, ella me dijo que, como los hombres son tan visuales, siempre se aseguraba de que todo lo que hiciera en la cama resultara sexy. Al cabo de algún tiem-

po, empezó a sentir algo por mí y, al entrar en contacto con sus sentimientos, visualizó que habían abusado sexualmente de ella cuando era una niña. Como consecuencia, ya no volvió a acostarse con ningún hombre.

Maya era una bailarina del vientre de cabello negro con la que estuve flirteando durante uno de sus espectáculos. Cuando nuestros caminos volvieron a encontrarse algún tiempo después, ella todavía se acordaba de mí. La noche siguiente la invité a venir a mi casa. Ella me dijo que tenía el coche en el taller. Yo le dije que le pagaría un taxi. Tardó menos de media hora en llegar.

Alexis era la encargada de una tienda de ropa, aunque, por su aspecto, hubiera encajado mejor en un grupo de música *new-wave* de los años ochenta. Susanna era una diseñadora recién divorciada que quería redescubrir su sexualidad. Doris era una mujer casada sin vida sexual. Nadia era una librera que follaba como una estrella del porno; supongo que se pueden aprender muchas cosas de los libros. Las cuatro fueron el resultado de un experimento; intenté crear una técnica perfecta para los anuncios de contactos. Y tras varios intentos, lo conseguí. El secreto, aprendí, consistía en parecer un perfecto indeseable en el anuncio y comportarse luego como un perfecto caballero, fascinante y comprensivo.

Maggie y Linda eran hermanas. Ahora ya no se hablan. Anne era una chica francesa que no hablaba ni una palabra de inglés. Jessica era un ratón de biblioteca al que conocí cuando tuve que formar parte en un jurado. Sarah me ayudó a conseguir una grúa cuando mi coche se estropeó. Conocí a Stef mientras repartía publicidad de un local de *striptease* en Sunset Boulevard. Susan era la hermana de un amigo. Tanya era una vecina.

Mis deseos se habían hecho realidad. Las mujeres ya no eran un desafío; eran un placer.

Durante los meses que siguieron a la depresión de Mystery, yo había subido un nuevo peldaño como MDLS. Tras conseguir el número de teléfono de una chica, me resultaba fácil acostarme con ella. Antes, estaba tan obsesionado por ello que no conseguía tomarme el tiempo necesario para evaluar la situación y actuar en consecuencia. Ahora, tras acumular conocimientos y experiencia durante un año, entendía a la perfección el proceso de la atracción y las señales que daban las mujeres. Ahora veía las cosas con perspectiva.

Al hablar con una mujer, era capaz de distinguir el momen-

to exacto en el que ella empezaba a sentirse atraída por mí; incluso cuando se comportaba de forma distante o se sentía incómoda en mi presencia. Sabía cuándo debía hablar y cuándo debía callarme; cuándo empujar y cuándo tirar; cuándo bromear y cuándo sincerarme; cuándo besarla y cuándo rechazar sus besos.

Fuera cual fuese la prueba, el desafío o la objeción a la que me enfrentase con una mujer, sabía cómo responder.

Cuando Maya, la bailarina del vientre, me escribió: «Gracias por los orgasmos múltiples. Llámame y decidimos adonde me vas a llevar a cenar. Me debes el taxi y me apetece que me saquen en una cita de verdad», no pensé que fuese una creída ni que me estuviera presionando. Lo único que intentaba era conseguir mi aprobación tras haberse acostado conmigo; además de comprobar hasta qué punto podía controlarme. Ni siquiera tuve que pensar en lo que iba a responderle.

«Lo que vamos a hacer es lo siguiente —le escribí—. Primero te pagaré lo que te debo del taxi, tal y como te prometí que haría. Después dejaré que me invites a cenar a cambio de los orgasmos.»

Maya me invitó a cenar.

Yo tenía el poder de ver lo que los demás no veían.

Yo *era* Mystery.

CAPÍTULO 2

¿Quién es el mejor MDLS?

por Thundercat (1), de la Guarida de la Seducción de Thundercat

Hace tiempo que se ha abierto el debate sobre quién es el mejor maestro de la seducción. Por supuesto, hay muchos egos involucrados en esta valoración y todo el mundo tiene su propia opinión. De hecho, se trata de una cuestión tan subjetiva que no creo que nunca lleguemos a obtener una respuesta clara y sincera. Es como si, durante una guerra, preguntásemos quién es el mejor guerrero o el mejor soldado. Pero eso no impide que los miembros de nuestra Comunidad podamos evaluar a los distintos MDLS. Así que yo he decidido evaluar a los mejores.

No hay ninguna duda. Style es, definitivamente, el mejor en el campo del sargeo. Se trata del tío más malvado, escurridizo y manipulador al que he visto nunca en acción. Lo que pasa es que Style se acerca a ti sin que te des cuenta, y precisamente por eso resulta tan peligroso. Su sutileza es tan alucinante que, antes de que puedas darte cuenta, te autoevaluas ante él, dándole las armas que necesita para tenerte justo donde quiere. Y la cosa es que lo hace igual con las chicas que con los chicos. No hay nadie que esté a salvo de Style.

Para que os hagáis una idea de lo bueno que es, basta decir que ha inventado la mayoría de las técnicas que usan y enseñan los demás gurús. Style es maquiavélico por naturaleza; es alguien a quien admiro y temo al mismo tiempo.

(1) *Thundercat* podría traducirse como «Gato del trueno». *(N. del t.)*

CAPÍTULO 3

Me di cuenta de que todo había cambiado cuando viajé a Croacia tras la crisis depresiva de Mystery. Yo ya no estaba en la Comunidad para conocer mujeres, sino para liderar a otros hombres; hasta tal punto era así que dos de los MDLS croatas con los que me quedé habían llegado al extremo de afeitarse la cabeza para emularme.

A pesar de mi aversión a los gurús, me había convertido en uno de ellos. Cuando me aproximaba a una chica en una discoteca, se hacía el silencio a mi alrededor. Los chicos se acercaban todo lo posible, intentando oír lo que yo decía, apuntando mis palabras en sus cuadernos para luego memorizarlas.

Al volver a casa, vi cómo Ross Jeffries llevaba a cabo una variación de mi frase de entrada de la novia celosa (la de la chica que no quiere que su novio hable con su ex novia de la universidad), seguida de una falsa limitación de tiempo. Un día, incluso me mandó un e-mail pidiéndome una copia de mi técnica evolucionada de cambio de fase. ¡Ross Jeffries estaba copiando abiertamente mis patrones, y tenía intención de enseñarlos en sus seminarios!

Además, al poco tiempo, Thundercat colgó en el foro su lista de valoraciones, declarándome el número uno. Style ya no era un alumno. Neil Strauss había muerto. A ojos de esos hombres yo era el rey de los MDLS. Había gente a lo largo y ancho del planeta usando mis chistes, mis frases, mis técnicas para conocer, besar y acostarse con una mujer.

Había logrado mi objetivo y mucho más.

En los viejos tiempos yo sólo era el ala de Mystery o el discípulo de Ross Jeffries o el objeto hipnótico de Steve P. Ahora, en cambio, tenía que demostrar lo bueno que era cada vez que salía. Al verme, la gente se preguntaba si era en realidad tan bue-

no como decían, y si no estaba besándome con la chica más guapa del local a los quince minutos de llegar pensaban que era un fraude. Antes de unirme a la Comunidad me daba miedo fracasar con las mujeres; ahora me daba miedo fracasar ante los hombres.

Y la presión era bidireccional, pues yo mismo empecé a albergar expectativas poco razonables sobre mí mismo. Si estaba cenando en un restaurante italiano y había una mujer atractiva cinco mesas más allá, me sentía como un fracasado si no la abordaba. Si, al ir a la tintorería, me cruzaba con una camarera que aspiraba a ser modelo o actriz, me sentía defraudado conmigo mismo si no me aproximaba a ella. Y, mientras que durante mis días de TTF me bastaba con hablar con una desconocida para sentirme eufórico, ahora tenía que acostarme con ella en menos de una semana para sentirme satisfecho.

Aunque era consciente de que mi visión de la vida estaba seriamente distorsionada, sentía que era más honesto siendo un maestro de la seducción de lo que me lo había sentido siendo un TTF. Ser un MDLS no consistía sólo en memorizar frases de entrada y estrategias de aproximación, sino también en aprender a ser sincero con las mujeres con respecto a tus expectativas. Ya no necesitaba engañarlas diciéndoles que quería tener una relación con ellas cuando lo único que quería era follar; ni pretender ser su amigo cuando lo único que quería era ser su amante; ni hacerles creer que teníamos una relación monógama mientras yo salía con otras.

Había conseguido interiorizar la idea de que las mujeres no siempre buscan una relación estable. De hecho, una vez liberadas, las necesidades físicas de una mujer a menudo son mayores que las de un hombre. Lo que ocurre es que, antes de sucumbir a ellas, necesitan superar una serie de barreras. La razón de mi éxito como MDLS radicaba en que sabía evitar las reacciones que provocaban el rechazo de las mujeres.

[Mientras escribo esto, levanto la vista del teclado y miro a la mujer que tengo encima de mí. Es rubia y lleva una camiseta sin mangas con un sujetador negro. Me está sonriendo. Yo estoy dentro de ella. Ella se muerde el labio inferior al tiempo que se frota el clítoris contra mi pelvis. Tiene una mano apoyada en mi muslo y la otra sobre la pantalla del ordenador.

—Me pone cachonda oírte teclear —acaba de decirme—. Déjame que te la chupe.

Se acabó el viejo estereotipo del escritor. Éste es el nuevo es-

critor. Puedo escribir y jugar al mismo tiempo. Me recuerda a algo que me dijo una vez Steve P. sobre estar siempre en tu propia realidad. En nuestra realidad, el resto de las personas sólo son huéspedes. Así que, si yo tengo que trabajar y tú quieres echar un polvo conmigo, pues bien venida a mi realidad.

Creo que está a punto de correrse. Se está corriendo. ¡Bien hecho! (1)]

Así que el proceso de sargear está diseñado para prever y eliminar las objeciones de la mujer; hablo de los verdaderos MDLS, no de los principiantes.

La frase de aproximación, por ejemplo, debe ser casual. Ella no debe percibirte como alguien que intenta ligar con ella, sino como un agradable desconocido. Te acercas a ella y a sus amigas y les dices:

—Mi vecina acaba de comprarse dos perros y quiere ponerles el nombre de un dúo de los ochenta o de los noventa. ¿Se os ocurre alguno?

Cuando te diriges a un grupo de personas, lo primero que piensan es: «¿Se nos va a pegar este tío toda la noche? ¿Cómo nos deshacemos de él?»

Así que te das a ti mismo una falsa limitación temporal.

—Sólo puedo quedarme un minuto —les dices—. Me están esperando unos amigos.

Mientras interactúas con el grupo, te fijas en las personas que pueden intentar excluirte: los hombres celosos, las amigas sobreprotectoras. Los halagas para hacer que se sientan bien mientras le dedicas negas a tu objetivo. Si tu objetivo te interrumpe, puedes decir:

—Vaya, vaya. ¿Es siempre así? ¿Cómo lo soportáis?

Si ella se molesta, retienes su atención con un ligero cumplido.

Cuando se les acaban los posibles nombres para los perros (Milli y Vanilli, Hall y Oates, Dre y Snoop; los he oído todos), pasas a la demostración de valía. Les haces a las chicas el test de las mejores amigas o les enseñas algo sobre su lenguaje corporal o les haces una lectura caligráfica. Entonces les dices que tienes que volver con tus amigos.

Pero ellas ya no quieren que te vayas. Ya estás dentro del grupo. Les has demostrado que eres la persona más divertida y más interesante del local. Ya has realizado el enganche. Puedes

(1) Este fragmento del texto ha sido modificado para preservar su autenticidad.

relajarte y disfrutar de su compañía, escucharlas, aprender cosas sobre ellas, crear un lazo afectivo.

En el mejor caso posible, puedes llevarte al grupo entero o a tu objetivo, en una cita inmediata, a otro bar, a un café o a una fiesta. Ahora formas parte del grupo. Puedes empezar a centrar tu atención en el objetivo, que empieza a sentirse atraída por ti como consecuencia de tu liderazgo y de tus negas. Cuando llega el momento de marcharse, dices que has perdido a tus amigos y preguntas si alguien de ellos puede llevarte a casa. Así le estás dando a tu objetivo la oportunidad de quedarse a solas contigo sin que sus amigos piensen que pretende acostarse contigo. (Si la logística es demasiado complicada, consigue su número de teléfono y dile que la llamarás a la semana siguiente.)

Al llegar a tu casa, invítala a pasar para enseñarle eso de lo que habéis estado hablando: una página web, una canción, un libro, un vídeo, una camisa, una bola de jugar a los bolos... Lo que sea. Pero, primero, invéntate otra falsa limitación temporal. Dile que tienes que acostarte pronto porque tienes mucho que hacer al día siguiente. Dile que sólo puede quedarse quince minutos, que después tiene que irse. Llegado este punto, los dos sabéis que vais a acostaros juntos, pero tú tienes que seguir disimulando para que ella pueda decirse a sí misma que las cosas ocurrieron por sorpresa, sin que nadie lo hubiera planeado.

Enséñale tu casa. Ofrécele una copa. Dile que quieres mostrarle un vídeo graciosísimo que sólo dura cinco minutos. Desgraciadamente, la televisión del salón está rota, pero tienes otra en el dormitorio.

Por supuesto, en tu dormitorio no hay sillas; sólo está la cama. Cuando ella se sienta en la cama, tú te colocas lo más lejos posible. Así, ella se siente cómoda y, quizá, un poco sorprendida de que no intentas algo.

Al pasar por su lado, la rozas de manera sugerente, pero vuelves a alejarte de inmediato. Continúas usando una combinación de limitaciones temporales y de tiras y aflojas para aumentar su interés. Le recuerdas que tienes que acostarte pronto.

Entonces, le dices que huele bien. La olfateas lentamente, desde la base del cuello hasta justo debajo de la oreja. Ahora es cuando entra en juego la técnica evolucionada del cambio de fase: la muerdes suavemente en el brazo, en el cuello y, a no ser que ella se abalance sobre ti, sigues hablándole para mantener su mente ocupada mientras aumentas la intensidad del contacto físico, aunque de vez en cuando retrocedes para que ella no

llegue a sentirse incómoda. Tú siempre debes ser el primero en decir que no. Eso se llama robarle su realidad. El objetivo es excitarla sin hacer que se sienta presionada, utilizada o incómoda.

Le quitas la camisa. Ella te quita la tuya. Empiezas a quitarle el sujetador. ¿Qué ocurre? ¿Ahora dice que no quiere seguir? Los MDLS tenemos un nombre para eso: resistencia de última hora, RUH. Tú debes retroceder un par de pasos. Esa resistencia no es un deseo real. Sólo esta defendiendo su reputación (DR). No quiere que pienses que es una chica fácil. Así que os acurrucáis y habláis. Ella te hace preguntas tontas, como si tienes hermanos, y tú le respondes con paciencia, hasta que consigues que vuelva a sentirse cómoda. Entonces vuelves a empezar desde el principio: la besas, le quitas el sujetador... Esta vez ella no opone ninguna resistencia. Le chupas las tetas. Ella arquea la espalda. Está excitada. Se sienta encima de ti y se frota contra tu muslo. Tú te empalmas.

La levantas y empiezas a desabrocharle los pantalones. Ella te aparta la mano.

—Tienes razón —le dices respirándole en el oído—. No deberíamos estar haciendo esto.

Os seguís besando. Vuelves a intentar desabrocharle los pantalones, pero ella sigue sin dejarte. Así que enciendes la luz, apagas la música y arruinas el momento. Después coges el ordenador portátil y miras a ver si tienes algún e-mail mientras ella se queda sentada en la cama, sin saber qué hacer. Eso se llama crear hielo. Hace un momento ella estaba disfrutando de toda tu atención, de tus caricias y de la intimidad del momento; se sentía bien. Ahora le has quitado todo eso.

Se acerca a ti y empieza a besarte el pecho, intentando recuperar tu atención. Tú dejas el ordenador en el suelo, apagas la luz y le devuelves los besos y las caricias. Intentas desabrocharle los pantalones de nuevo. Ella vuelve a detenerte. Dice que acabáis de conoceros. Tú le dices que la entiendes. Vuelves a encender la luz. Ella te pregunta qué estás haciendo. Tú le dices que respetas sus sentimientos, pero que ha arruinado el momento con su negativa. Le dices que no pasa nada con voz tranquila. Ella se pone encima de ti y protesta juguetonamente.

Quiere acostarse contigo, pero antes de hacerlo quiere estar segura de que vas a volver a llamarla, de que no se va a arrepentir de haberlo hecho; aunque posiblemente sea ella quien no quiera volver a verte a ti. Así que tú le dices que la comprendes y que la vas a llamar.

Luego le pides que se quite los pantalones.

Ella lo hace y disfrutáis el uno del otro, con un orgasmo tras otro, a lo largo de la noche, de la mañana y, quizá, de la noche siguiente.

Hasta que ella te pregunta con cuántas mujeres te has acostado.

Ése es el único momento en el que te está permitido mentir.

CAPÍTULO 4

Como Comunidad, habíamos alcanzado la cumbre de la arrogancia.

—Empiezo a sentirme como si estuviera cazando moscas a cañonazos —me dijo un día Maddash.

Acababa de vivir uno de los episodios de sargeo más peculiares de la historia de la Comunidad. Jackie Kim, una oficinista de Chicago, había enviado accidentalmente a todos los contactos de su libreta de direcciones una descripción altamente crítica de una cita. Era tan superficial como los partes de sargeo de algunos MDLS.

«¿Qué pienso de la cita? —había escrito—. Pienso que su coche, su dinero, su puesto, su apartamento, su barco (en el que, por cierto, sólo caben seis personas; así que no me parece tan alucinante) y sus buenas maneras probablemente le valgan para conseguir otra cita, pero, si no se corta el pelo y me hace un buen regalo, todo lo que tiene no le bastará para nada más que para ser mi amigo treintañero.»

El mensaje se convirtió en un fenómeno de Internet que recorrió todo el mundo, e incluso llegó a publicarse en el *Chicago Tribune*. Maddash fue una de las personas que recibió el e-mail. Tras leerlo, le envió un mensaje de apoyo a Jackie. Ella le contestó diciéndole que recibir su e-mail había sido lo mejor que le había pasado últimamente, y que lo leía para consolarse cada vez que alguien le mandaba un correo metiéndose con ella. Tras varios mails, un intercambio de fotos y una cita, Jackie acabó en la cama de Maddash. No hicieron falta ni regalos ni barcos ni cortes de pelo. Tan sólo un sólido ejercicio de seducción.

El éxito de Maddash inspiró a muchos miembros de la Comunidad. De repente, salir a sargear a un bar y traerte a una chica a casa parecía demasiado fácil, demasiado normal.

Vision llamó a una chica de compañía y le pagó 350 dólares la hora. Su objetivo consistía en mostrarse tan interesante y seductor que fuese ella quien pagara por pasar la siguiente hora con él; finalmente consiguió sacarle ochenta dólares, a veinte dólares la hora, y después siguieron viéndose gratis.

Grimble sedujo a una chica de diecinueve años que había llamado a su puerta vendiendo revistas. Aunque abrió la puerta en calzoncillos y con una camiseta sucia, tres cuartos de hora después estaban follando, y ni siquiera le compró una revista.

Al oír hablar de las últimas hazañas de Maddash, de Vision y de Grimble, cualquier MDLS que se hubiera alejado de la Comunidad tras la crisis de Mystery volvió a incorporarse con plena dedicación, y Papa más que ningún otro.

Los buenos propósitos de Papa apenas duraron un mes. Transcurrido ese tiempo, Papa decidió embarcarse en un viaje, visitando a MDLS, a lo largo y ancho de Norteamérica. Todas las semanas me mandaba su calendario: el miércoles iba a ver a Orion y a Maddash a Chicago; después conduciría a Michigan para conocer a Juggler, y finalmente pasaría el fin de semana en Toronto con Captain BL (un MDLS sordo) y Number9. La siguiente semana la pasó en Montreal con Cliff y David X. La posterior fue a California, donde condujo de San Francisco a Los Ángeles y, de ahí, a San Diego. Además, Papa estaba en contacto permanente, ya fuese por teléfono o por Internet, con MDLS de todo el mundo.

Con el tiempo, empecé a preguntarme si realmente quería aprender a sargear o si lo que realmente deseaba era ampliar su círculo de amigos; aunque no creo que ni él mismo lo supiera. Sencillamente estaba haciendo lo que me había visto hacer a mí: viajar y conocer a MDLS mientras me convertía en el mejor.

Papa se había hecho especialmente amigo de un canadiense de veintidós años que había descubierto la Comunidad al entrar su madre por casualidad en una página web de seducción. Se hacía llamar Tyler Durden, en homenaje al sedicioso personaje de *El club de la lucha*. Y, al igual que lo haría un virus o un demagogo (elegid el símil que más os guste), con el paso del tiempo, Tyler llegaría a cambiar el curso de la Comunidad y de todos los que formábamos parte de ella.

Tyler estudiaba filosofía en la universidad de Queens, Ontario. Además de eso, apenas sabíamos nada sobre él; ni llegaríamos a descubrirlo nunca. Sostenía que había sido uno de los principales traficantes de drogas de Kingston y decía venir de una familia rica, haber escrito y publicado rigurosos ensayos fi-

losóficos y haber sido culturista. Pero nadie sabía si todo eso era verdad.

Tyler aterrizó en los foros de seducción como un tornado. Una cosa sobre él sí estaba clara; su obsesión por el sargeo alcanzaba un nivel desconocido por todos nosotros hasta el momento. Se había leído los archivos con todos los partes de sargeo de cada MDLS —miles de páginas en total—, y estaba devorando la lista de los libros recomendados —desde *Introducción a la PNL* hasta *Cómo dominar tu huna interior*— a una velocidad inusitada. Tyler era un adicto a la información.

Al cabo de un par de meses, había devorado prácticamente toda la información disponible sobre el mundo de la seducción y se había reinventado como una autoridad en la materia que escribía y colgaba en la red partes de sargeo llenos de impresionantes hazañas y bravuconerías.

Como era de esperar, los chicos de la Comunidad se sintieron atraídos por Tyler como las chinchetas por un imán; era una voz nueva y exaltada, un gurú imprevisto y autodidacta.

Pronto se convirtió en el ala de confianza de Papa y se unió a él en sus visitas a los mejores seductores del país. Y, naturalmente, uno de ellos era yo.

Tyler Durden me mandaba correos electrónicos continuamente. Era un tipo insistente, como supongo que también lo había sido yo en su momento. Pero Tyler parecía enorgullecerse de ser un provocador.

Durante años, a modo de iniciación, se les había pedido a los TTF que se incorporaban a la Comunidad que realizaran la prueba del novato, que consistía, sencillamente, en ducharse, vestirse con su mejor ropa, ir al centro comercial más cercano y, con una sonrisa en los labios, saludar a todas las mujeres que pasaran por su lado. Hacerlo ayudaba a los TTF a superar su timidez y, en algunos casos, incluso les ofrecía la oportunidad de conocer a alguna chica.

Pero Tyler Durden quería cambiar la prueba de iniciación por una de su propia invención. La llamaba Proyecto Caos, en homenaje a *El club de la lucha*, y consistía en acercarse corriendo a una mujer atractiva y, sin decir una sola palabra, darle un golpe en la cabeza con algo blando o acosarla físicamente de cualquier otra manera igualmente juguetona.

Antes de nada, hay que explicar que en los foros de seducción la mayoría de la gente no piensa; sólo obedece. Si yo hubiera escrito que esnifar Vivarin me ayudaba a sargear, toda la Comunidad hubiera estado aterrorizando a chicas con subido-

nes de cafeína. El resultado fue que, tras leer acerca del Proyecto Caos, cientos de MDLS empezaron a atropellar a mujeres con carritos de la compra y a atacarlas con sus bolsas de deporte. Más que un ejercicio de seducción parecía el recreo de un colegio de primaria.

Y ahí residía precisamente su atractivo: Tyler Durden conseguía que la seducción pareciese divertida y subversiva; al contrario que, por ejemplo, la Seducción Acelerada, que exigía estudiar, tomar apuntes, memorizar frases y hasta hacer ejercicios de meditación.

Pero había algo extraño en Tyler Durden. Vision lo había echado de su casa; decía que era un huésped arrogante y desagradecido que exigía continuamente que le enseñase nuevas técnicas. Además, aunque los partes de sargeo de Tyler eran divertidos, cada vez que tenía la oportunidad de acostarse con una chica parecía echarse atrás.

CAPÍTULO 5

Grupo MSN: Salón de Mystery
Asunto: Cierre acelerado
Autor: Tyler Durden

No vais a creer lo que me acaba de ocurrir. No hace ni quince minutos que ha pasado.

He ido al centro comercial Rideau Centre para ver si conocía a alguna TB con la que salir esta noche, pues todos mis amigos, que son unos TTF, han quedado con sus novias.

He dado varias vueltas, pero no he visto a ninguna TB que fuese más que un 7,5. Así que me he puesto de mala leche.

Estaba a punto de irme cuando he visto a una pelirroja que trabajaba en un Juicemaster; era otro 7,5, como todas las chicas de ese maldito centro comercial.

He pedido un zumo y esto es lo que ha pasado:

TD: ¿Qué zumo de mango está mejor? ¿El «huracán» o la «brisa»?

TB: El «huracán».

TD: Me alegro. Entonces, ponme una «brisa».

TB: Ja, ja. Vale. ¿Qué «propulsor» quieres?

TD: ¿Qué es un «propulsor»?

TB: Lo pone en el cartel.

TD: Ah. O sea que puedo añadirle vitaminas y energía y cosas así al zumo. Fenomenal. Seré un hombre nuevo después de este zumo. ¡Esto es la leche!

TB: Ja,ja.

TD: Chócala.

TB: Vale. (Chocamos las manos.) Esto es lo más emocionante que me ha pasado en todo el día.

TD: ¿Tan aburrida estás?

TB: Sí. Este trabajo es una mierda.
TD: ¿Sabes una cosa?
TB: ¿Qué?
TD: Estoy enamorado de ti.
TB: Ja, ja. Vale. Y yo también de ti.
TD: Perfecto. Entonces deberíamos casarnos. Es alucinante que haya encontrado el amor de mi vida en un Juicemaster.
TB: Ja,ja.
TD: Espera un segundo. Tengo una idea. Cierra los ojos.
TB: ¿Para qué?
TD: Tú ciérralos.
TB: ¿Es que vas a robarme el dinero de la caja?
TD: No, no es nada de eso. Te lo juro. Tú confía en mí. Recuerda que estamos enamorados.
TB: Está bien.

El mostrador era muy ancho. Me incliné hacia adelante hasta estar casi en horizontal, y la besé.

Ella se puso a gritar como si estuviera poseída.

TB: ¡Iiiiiiahhh! ¡Iiiiiiahhh!

Todo el mundo se volvió a mirarnos. Y ella gritaba y gritaba como loca, levantando los brazos como si estuviera poseída.

Y yo pensaba: «Joder, joder. Sabía que algún día me iba a pasar algo así. Joder. Debería haber esperado a tener más IDI. Joder. Creía que ya tenía bastantes. Es la última vez que me meto en un lío como éste.

TD: Pero, si te he dicho que te quería antes de besarte.
TB: ¡Iiiiiiahhh! ¡Iiiiiiahhh!
TD: ¿Estás bien?
TB: ¡Iiiiiiahhh!
TD: ¿Puedo hacer algo?
TB: Estoy bien. Son cinco dólares y treinta y un centavos, ¡Iiiiiiahhh! ¡Iiiiiiahhh!

Aunque empezaba a tranquilizarse, seguía gritando de forma intermitente.

TD: Tranquila.
TB: Estoy bien. Estoy bien. ¿Cómo te llamas?
TD: ¿No irás a llamar a seguridad?

TB: No, es para introducir el nombre en el ordenador. Tengo que preguntárselo a todo el mundo.

TD: Me llamo Tyler.

TB: Es un nombre muy chulo.

TD: Gracias. ¿Y tú, cómo te llamas?

TB: Lauren.

TD: Me gusta.

TB: Todavía no me lo puedo creer. Ha sido lo más guay que me ha pasado en toda mi vida.

TD: ¡Me alegro!

TB: De verdad. Molas mogollón. De verdad. Ha sido la leche.

TD: Me alegro mucho de haberte alegrado el día. La próxima vez que venga, podemos repetirlo.

TB: Sí, y también podríamos hacer más cosas. (Me guiña un ojo.)

TD: Lo que tú quieras. Al fin y al cabo, nos queremos.

TB: Te estaré esperando.

TD: ¿Por qué no me enseñas el cuarto de atrás? Seguro que ahí podríamos hacer más cosas.

TB: Venga. Pasa.

Yo estaba pensando: «Joder, no me lo puedo creer.» Me busqué en los bolsillos y encontré dos condones negros que me había dado Orion la semana pasada. Estaba preparado. Pero, de repente, me entró el miedo. Pensé: «Joder, si hace tan sólo dos minutos que la conozco.»

Debía de haber cincuenta personas mirando mientras la TB me abría la puerta para que pasara detrás del mostrador. Y todos parecían estar pensando: «¿Adónde va ese chico?» Y yo cada vez estaba más nervioso. Pensándolo ahora, debería haberlo hecho, pero entonces no pude. Así que le dije a la TB:

TD: La verdad es que tengo que irme.

TB: ¿Volveré a verte?

TD: No creo. Me voy mañana por la noche.

TB: ¿Y esta tarde, cuando salga del trabajo?

TD: No puedo. He quedado con unos amigos.

TB: Bueno. ¡De todas formas ha sido increíble! De verdad.

Y me fui.

TD

CAPÍTULO 6

Mystery había vuelto.

Number9, su compañero de apartamento, me llamó y me dijo que Mystery había salido del hospital y que estaba viviendo en casa de sus padres. Al parecer, tenía pensado volver al apartamento dentro de una semana, antes de que llegara Tyler Durden, que le había contratado un taller particular. Aunque probablemente fuese demasiado precipitado, Mystery tenía que pagar el alquiler; además, Tyler estaba empeñado en conocerlo.

—He salido de ese extraño viaje emocional con unos modelos cognitivos alucinantes —me dijo Mystery un par de días después.

Su voz volvía a tener la claridad de la de Anthony Robbins y aparentemente volvía a pensar con lucidez. Pero aunque Mystery volviera a valorar la vida, algo había cambiado en él. Tenía un punto maníaco, como lo había tenido siempre, sólo que ahora era distinto. Más que volver a ser el de antes, Mystery parecía haberse transformado.

—Ahora tengo claros mis objetivos —continuó diciéndome—. Tengo todas las zanahorias de motivación que necesito colgando delante de mí. Este primer año, construiré los cimientos del espectáculo que destronará a Copperfield. He decidido competir con él. Soy una estrella. Mi cerebro se ha transformado, dando vida a una mariposa.

Le pregunté si seguía tomando algún tipo de medicación. Él me dijo que no.

—He pensado mucho en ello —siguió diciendo—. Sólo me deprimo cuando me aislo del mundo. Piensa en lo que me llevó al psiquiátrico: la ruptura con Patricia, el plantón de Carly, la ausencia de cualquier tipo de motivación profesional y estar solo en el apartamento, sin nadie con quien hablar. Así que te-

nemos que crear un círculo social con personas que me motiven; algo como lo que tiene Sweater en Australia. Nos podemos motivar unos a otros. En el hospital pensé mucho en todo esto. Lo escribí todo y se lo enseñé a mi psiquiatra. Hasta él parecía estar impresionado. Lo voy a llamar Proyecto Hollywood.

Ésa fue la primera vez que oí el nombre. Lo cierto es que, al principio, no le di mayor importancia. Supuse que acabaría igual que el Proyecto Dicha: otra idea que nunca pasó de ser una paja mental.

—Yo tengo una gran luz interior —siguió diciendo Mystery—. Ahora lo veo con claridad. Soy una superestrella que ha estado frenándose a sí misma. Y me gustaría que te unieras a mí. Tú también puedes convertirte en una estrella.

Me alegraba de que Mystery estuviera de vuelta. Aunque había regresado del hospital con algunos problemas, seguía teniendo el mismo encanto de siempre. Algunos lo llamarían narcisista, y no se equivocarían al hacerlo, pero Mystery no sólo veía grandeza al mirarse al espejo, sino que también sabía reconocerla en quienes lo rodeaban. Eso era lo que lo hacía tan buen profesor.

—Ya soy una estrella, tío —le dije yo—. Al menos en la Comunidad. Mientras has estado fuera me han votado mejor MDLS; incluso por encima de ti. Es una locura. El otro día me llamó un tío de Inglaterra al que no conozco de nada, y me dijo que siempre que se folla a una tía se imagina que es Style. Dice que así se siente más importante. ¿Qué te parece?

De hecho, mi fama había alcanzado tal punto que cada vez me resultaba más difícil estar a la altura de mi reputación. Hacía unos días, Supastar (1), un profesor de Carolina del Sur que había participado en uno de nuestros talleres, había escrito en el foro: «Cuando muera y vaya al cielo de los MDLS, me encontraré con Style, pues él es el dios de la Comunidad.»

Mystery se rió cuando se lo conté.

—Vas a tener que acostumbrarte a ello —me dijo—. Has creado un álter ego y ahora tienes que estar a su altura.

(1) *Supastar* podría traducirse como «Superestrella». *(N. del t.)*

CAPÍTULO 7

Mystery quería hacer una gira de tres meses. Tenía pensado ofrecer talleres en Londres, Amsterdam, Toronto, Montreal, Vancouver, Austin, Los Ángeles, Boston, San Diego y Río de Janeiro.

Pero yo no podía dedicarle tanto tiempo; tenía que resucitar mi carrera. Antes de convertirme en un MDLS a tiempo completo, o, como lo llamaban ahora los chicos, en un GDLS (gurú de la seducción), yo tenía una profesión. Me dedicaba a escribir. En algún lugar, en otra vida, todas las mañanas, al levantarme, me sentaba frente a mi escritorio y me ponía a teclear en el ordenador.

Ahora que había dejado de tener problemas con las mujeres, necesitaba poner en orden el resto de mi vida. Tanto sargear empezaba a afectarme al cerebro; además, se había convertido en una adicción. Recibir atención femenina se había convertido en la única razón por la que salía de casa, además de comer, claro está. En el proceso de deshumanizar al sexo opuesto, de alguna manera, también me había deshumanizado a mí mismo.

Así que le dije a Mystery que iba a frenar un poco. Por aquel entonces yo estaba saliendo con ocho chicas al mismo tiempo. Mi cuaderno de baile estaba completo. Tenía que bailar con Nadia y con Maya y con Mika y con Hea y con Carrie y con Hillary y con Susanna y con Jill; cada una de ellas con sus propias necesidades. Aunque, eso sí, no tenía ningún compromiso con ninguna. Todas sabían que salía con otras mujeres y lo más probable era que ellas también salieran con otros hombres; pero ni lo sabía ni me importaba. Lo único que importaba era que ellas venían cuando yo las llamaba y que, cuando ellas me llamaban, yo también acudía.

Lo que no le dije a Mystery es que ya no confiaba en él. No iba a volver a hacer planes y a comprar billetes de avión para que él tuviera otra crisis y volviera a dejarme colgado en el último momento. Además, yo no era una niñera. Como siempre les decía a las mujeres, la confianza es algo que hay que ganarse. Y Mystery tendría que recuperar la mía.

Como era de esperar, Mystery no tardó en encontrar dos entusiastas alas con los que reemplazarme: Tyler Durden y Papa. Desde que Mystery había salido del psiquiátrico, los dos estaban constantemente a su lado, su cerebro absorbiendo cada gramo de información.

Mystery me llamaba todos los días para informarme de sus progresos.

—Le he dado una lección de humildad a Tyler Durden —me dijo en una ocasión—. Al principio era un engreído, pero hemos resuelto el problema y ha aceptado el lugar que le corresponde como mi discípulo.

—No esperes que Tyler Durden te caiga bien cuando lo veas por primera vez —me dijo en otra ocasión—. Basta con que lo soportes. No para de racionalizarlo todo.

—Entonces, ¿por qué pasas tanto tiempo con él? —repuse.

—No lo sé. Él me llama y me dice que va a venir a pasar el fin de semana, y yo lo dejo venir. Es como una espina clavada en las entrañas que me obliga a salir de casa.

—¿Qué me aconsejas? —le dije yo—. ¿Crees que debo ofrecerle mi casa cuando venga a Los Ángeles con Papa?

—Tyler forma parte de la Comunidad, Style. Piensa en él como en un primo un poco pesado que se tira muchos pedos.

Una semana después, Papa y Tyler Durden llamaron a mi puerta.

Papa tenía buen aspecto. Llevaba una chaqueta de cuero, gafas de sol a modo de diadema y una camisa de vestir por fuera de los pantalones vaqueros. Lo acompañaba el ser humano más pálido que he visto en toda mi vida, con la única excepción de un albino. Un mechón de pelo rubio anaranjado salía disparado de su cráneo ovoide, como si fuera un troll de juguete. Levantaba la barbilla con una sonrisa que parecía de plástico, y tenía los rasgos faciales tan aplastados que parecían estar pegados contra su rostro por una media invisible. Aunque decía ser un ávido levantador de pesas, por su aspecto, desde luego nadie lo habría dicho. Aunque, técnicamente hablando, no era una persona pequeña, había algo débil en él.

Me saludó con un movimiento de la cabeza al tiempo que

entraba en mi casa, pero no dijo ni una palabra y evitó mi mirada. No me fío de la gente que no me mira a los ojos. Aun así, decidí concederle el beneficio de la duda. Puede que estuviera nervioso, que quisiera causarme una buena impresión. En sus mensajes siempre hacía referencia a mis técnicas y a mis posts. Me admiraba. Todos me admiraban. Pero la mayoría lo hacían con humildad. Tyler Durden, en cambio, se comportaba con arrogancia cuando se sentía incómodo. A Bono, de U2, le pasa lo mismo.

Tyler se relajó cuando salimos a cenar. Y comenzó a hablar sin parar, sin siquiera tomar aire entre frases. De hecho, resultaba difícil encontrar un hueco para hacer algún comentario. Además, hablaba dando rodeos, en vez de ir directamente al grano. Padecía una enfermedad llamada «pensar demasiado». La cabeza me daba vueltas mientras lo escuchaba.

—Yo le estaba entrando fuerte a esa tía —decía Tyler—. Pero fuerte de verdad. —Levantó la cabeza, frunció los labios, arqueó las cejas y asintió. Aunque se suponía que el gesto debía transmitir contundencia, lo cierto es que resultaba extraño, poco natural—. Entonces aparece un tipo y le dice: «Michelle, eres preciosa. Eres pura dinamita.» Y ella me mira y me dice —Tyler pone voz de falsete, imitándola—: «Odio que me digan eso. Sólo me gustan los hombres que no me desean. Odio a los tíos que me desean. Los odio.»

Tyler pasó toda la cena diciendo tonterías sin parar. Al cabo de una hora, empecé a descifrar su personalidad. A sus ojos, la interacción humana era como un programa informático. El comportamiento estaba determinado por marcos, congruencias, estados, empatía y otros principios psicológicos similares. Él quería ser el mago de Oz, el tipo que está detrás del telón manejando los hilos, el tipo al que los demás ven como al señor del reino.

Me gusta analizar a las personas.

Según el propio Tyler, de niño era un poco más pequeño y un poco más lento mentalmente que la mayoría de los niños. Además, su padre, que era entrenador de fútbol americano, le imponía metas muy altas que él nunca conseguía alcanzar. Ésa fue toda la información biográfica que pude sacarle, pues debe de ser duro reconocer algo así. Y, sin embargo, yo no estaba convencido de que nos hubiera dicho la verdad.

Cada vez que la camarera se acercaba a la mesa, Tyler me pedía que pusiera en práctica alguna de mis técnicas.

—Utiliza la técnica de la novia celosa —me decía.

—Haz una DIV (1) —me decía.

Recordé lo que había dicho Vision sobre la insistencia de Tyler Durden en que le hiciera continuas demostraciones. Ahora entendía por qué lo había echado de su casa. Tyler no veía el lado humano de las personas. No le importaba en qué trabajáramos, de dónde fuésemos ni lo que pensáramos del mundo.

Tyler no se daba cuenta de que los MDLS también éramos personas.

(1) Acrónimo de Demostración Interactiva de Valía. *Véase* el glosario.

CAPÍTULO 8

Yo había planeado una noche especial para Papa y Tyler. Hillary, la bailarina burlesca del pelo azul por la que había competido con Heidi Fleiss y con Andy Dick, tenía un espectáculo en el Spider Club de Hollywood. Así que llamé a un par de chicas y también a Laurie, la irlandesa que me había inspirado la técnica evolucionada del cambio de fase, y quedé con ellas en el club. También llamé a Grimble, pues pensé que a Tyler le gustaría conocerlo.

Cuando llegamos, Laurie y las otras chicas nos estaban esperando en la barra. Prácticamente todos los hombres que había en el club las miraban, intentando reunir el coraje necesario para acercarse a ellas. Cuando les presenté a Tyler, él se limitó a decir hola antes de sentarse. No abrió más la boca durante los siguientes diez minutos; era la primera vez que guardaba silencio durante toda la noche.

Papa, en cambio, pasó inmediatamente a la acción. Al presentarle a las chicas, se quitó las gafas de la cabeza y se las puso a Laurie; una técnica que le había enseñado Mystery para evitar que el objetivo se aleje durante la fase en la que es ignorado. Después utilizó mi técnica de los dientes anchos con forma de C y los dientes estrechos con forma de U para realizar una demostración de valía.

Resultaba gratificante ver cuánto había progresado. Los defensores de la genética dicen que o se nace o no se nace con el don de atraer a las mujeres, y que basta con una mirada para saber quién lo tiene y quién no. Y eso era lo que yo siempre había creído. Pero la Comunidad se basaba precisamente en la idea contraria: todo don se puede aprender. Aunque seguía habiendo cierta torpeza en los movimientos de Papa, era innegable que cada día lo hacía mejor.

Mientras Papa entretenía a las chicas, Tyler y yo fuimos a la otra sala a ver bailar a Hillary. Estaba encerrada en una jaula de pájaros, moviendo los dos inmensos abanicos de plumas con los que se cubría el cuerpo. Ahora le veías un hombro durante un segundo, ahora una parte de una pierna. Realmente tenía un cuerpo espectacular.

—¿Por qué no les has dicho nada a las chicas? —le pregunté a Tyler.

—No sabía qué técnicas habías usado ya con ellas —respondió él—. No quería repetir algo que tú ya hubieras hecho.

—Tío, ¿es que no tienes una personalidad propia que puedas usar?

Hillary llevaba unas braguitas de plumas a juego con los pequeños parchecitos que le cubrían los pezones. Tenía la piel muy suave. El único problema era que su nariz realmente parecía un pico.

Y que la última vez que la había visto me había contado que acababa de tener un herpes. Después de eso se me habían quitado las ganas de acostarme con ella. Pero Hillary había hecho lo correcto. Si lo hubiera mantenido en secreto, podría haberme contagiado. No podía castigarla por ser honesta, pero desde entonces me sentía incapaz de acostarme con ella.

—¿Por qué no vamos a otro sitio? —sugirió Tyler.

—¿Por qué íbamos a hacer eso? Esto está lleno de chicas.

—Quiero verte trabajar en un sitio donde no te conozca nadie —insistió Tyler.

Hillary se cubrió el cuerpo con uno de los abanicos, se quitó las braguitas y se las lanzó al público; un trozo de tela lleno de herpes voladores. Un estudiante de universidad con unas patillas como chuletas de cordero cogió las braguitas al vuelo, las apretó en su puño y las lanzó excitado al aire. Era su trofeo venéreo.

Una mano me apretó el hombro. Era Grimble, con su camisa de la suerte.

—¿Qué tal, tío? —me preguntó.

—Aquí estamos —le dije—. Te presento a Tyler Durden. ¿Qué te parecería llevarlo al Saddle Ranch?

—¿Es que tú no vas a venir? —protestó Tyler—. Quería verte en acción.

—Estoy cansado.

—Si vienes te haré mi imitación de Mystery-quejándose-de-cuánto-echa-de-menos-a-su-alma-gemela-Style. A todo el mundo le encanta.

—No, gracias.

Me senté junto a Hillary, que acababa de terminar su actuación.

—¿Quiénes son esos pardillos con los que has venido? —me preguntó.

—Son MDLS.

—No lo parecen.

—Son jóvenes. Todavía están aprendiendo. Dales tiempo.

Hillary se arrancó lentamente una pestaña postiza.

—¿Te apetece ir a El Carmen? —me preguntó mientras se arrancaba la otra pestaña postiza.

Si la acompañaba, tendría que acostarme con ella; eso formaba parte del trato.

—Te lo agradezco, pero estoy agotado. Me voy a ir a casa.

La verdad es que era demasiado aprensivo para ser tan promiscuo.

CAPÍTULO 9

A pesar de todo, intenté que Tyler me cayera bien; parecía caerle bien a casi todo el mundo.

Los partes que informaban sobre sus viajes por el país, haciendo de ala de Mystery, eran espectaculares. Quizá yo lo hubiera puesto nervioso. O puede que hubiera mejorado al tener que actuar delante de tantos alumnos, como me había ocurrido a mí. Así que decidí concederle el beneficio de la duda.

Siempre había habido claras tendencias en la Comunidad. Ross Jeffries y su Seducción Acelerada mandaban en los foros de seducción cuando yo llegué a la Comunidad, hacía ya más de un año. Después le llegó el momento al Método de Mystery y al Chulo-Gracioso de David DeAngelo. Ahora estaban de moda Tyler Durden y Papa.

Lo curioso era que, aunque los métodos cambiaban, las mujeres no lo hacían. La Comunidad seguía siendo algo tan minoritario que eran muy pocas las mujeres que sabían lo que estábamos haciendo. Las tendencias de la Comunidad eran modas que nada tenían que ver con las mujeres; tan sólo respondían al ego masculino.

Y uno de los mayores egos, el de Ross Jeffries, estaba quedando en segundo plano. Aunque la Seducción Acelerada todavía tenía mucho que ofrecer, a ojos de la nueva generación de miembros de la Comunidad resultaba tan arcaica como comprarle flores a una chica o invitarla a un batido. Y eso no le gustaba nada a Jeffries. De hecho, había muchas cosas con las que no estaba contento. Lo supe una noche cuando, al llegar a casa, encontré el siguiente e-mail en mi ordenador:

Hola, Style. Soy Ross. Estoy de un humor de perros. Son las doce y diez. Normalmente, cuando estoy de mal humor llamo a

alguien que me caiga mal y le pongo a parir. Pero esta noche no voy a hacer eso. Sólo quiero decirte que estás siendo injusto conmigo y que no te pasaría nada por llevarme a alguna fiesta, aunque me debes mucho más que eso.

Si no lo haces, no voy a echártelo en cara. Me limitaré a cerrarte las puertas de los círculos de Seducción Acelerada. Te juro que lo haré. Así que piensa en cómo te ha cambiado la vida gracias a mi trabajo. Y piensa en lo que me has dado tú a cambio. El nuestro no ha sido un intercambio equilibrado. Creo que me entiendes.

Jeffries tenía razón. Lo había ignorado por completo desde aquella fiesta a la que fuimos juntos en Hollywood. Pero, antes de volver a llevarlo a una fiesta, tendría que borrar de mi cabeza la imagen de Jeffries olfateándole el trasero a Carmen Electra.

De todas formas, al cabo de un par de días lo llamé y lo invité a cenar por los viejos tiempos. Jeffries no estaba tan enfadado como yo había imaginado; sobre todo porque había otra persona que lo irritaba más que yo: Tyler Durden.

—Ese tío me produce escalofríos —me dijo Jeffries—. Hay algo que da miedo en su falta de humanidad. No me sorprendería que uno de estos días dejara colgado a Mystery y empezara a dar talleres por su cuenta. Se siente incómodo cuando está con personas más poderosas que él. Además, ya va diciendo por ahí que es mejor que Mystery.

Aunque atribuí el comentario a la mente paranoica de Jeffries, Tyler Durden no tardó en demostrar que tenía razón.

Y, según Mystery, yo era el culpable de todo.

—Ya no me divierto en los talleres —se quejó Mystery. Me había llamado desde New Jersey, donde estaba con Tyler Durden y con Papa—. Ahora no son más que un trabajo. Los talleres sólo son divertidos cuando tú me acompañas.

Me sentí halagado, aunque los talleres no eran una forma de diversión; realmente eran un trabajo.

—Además, mis prioridades han cambiado —continuó diciendo—. Al principio se trataba de ser el centro de atención. Ahora creo que lo que busco es amor. Quiero tener una relación que me haga sentir cosquillas en el estómago. Busco a una mujer a la que pueda respetar por su arte, como una cantante o una bailarina de *striptease.*

La inevitable ruptura no tardó en producirse.

Mystery viajó a Inglaterra y a Amsterdam con Tyler y Papa.

Los talleres fueron un éxito sonado y, al acabar, Tyler Durden y Papa se quedaron en Europa para satisfacer la demanda de nuevos talleres. Era verano, y la perspectiva de enseñar a sargear a otros chicos en Europa resultaba mucho más atractiva que la de conseguir un trabajo sirviendo helados o vendiendo ropa en un Baby Gap.

Mystery me llamó en cuanto llegó a Toronto.

—Mi padre tiene cáncer de pulmón —me dijo—. Le queda poco tiempo. Resulta raro, pero eres la primera persona a la que quería llamar.

—¿Cómo te sientes?

—No estoy triste por él, pero, cuando he llegado a casa, mi madre estaba llorando. Y nunca la había visto llorar. Mi padre siempre ha dicho que quería que rociaran su tumba con whisky. Mi hermano dice que espera que no le moleste que lo filtre antes por su vejiga.

Mystery se rió.

Yo intenté hacerlo también, pero no lo conseguí. La imagen no resultaba graciosa si no odiabas al padre de Mystery.

Mientras tanto, los talleres europeos de Tyler Durden y de Papa estaban siendo un completo éxito. Al principio se habían limitado a enseñar el Método de Mystery. Pero todo eso cambió una noche en Londres, cuando encontraron su propia escuela en Leicester Square, punto de reunión de mochileros, noctámbulos, turistas, artistas callejeros y borrachos en general. Fue ahí donde nació el método del MAGeo.

Los MAG son una espina clavada en el costado de todo MDLS. No hay nada más humillante que ser levantado en volandas por un gigante que apesta a cerveza mientras se burla de tu ropa o de tu aspecto delante de las chicas con las que estás intentando sargear. Es un doloroso recordatorio de que no eres uno de los chicos populares, de que no eres más que un don nadie disfrazado.

Y, aunque Tyler Durden posiblemente fuese el mayor don nadie de todos nosotros, compensaba su falta de gracia y de saber estar con razonamientos analíticos. Tyler era un deconstruccionista social y un estudioso del comportamiento humano. Observaba cómo se relacionaban los seres humanos y diseccionaba el proceso en los componentes físicos, verbales, sociales y psicológicos que lo provocaban. MAGear —o eliminar a un macho competitivo de un *set*— era una técnica que atraía a su lado más subversivo; robarle la chica a uno de esos chicos populares que lo habían humillado en el instituto era un

manjar mucho más apetecible que conquistar a una mujer sentándote a solas con ella en un café.

Así que Tyler analizó el lenguaje corporal que los MAG empleaban para rebajar su importancia en los *sets*. Observó cómo miraban fijamente a las chicas para indicarles que eras un don nadie y analizó su manera de hacerte perder el equilibrio dándole una fuerte palmada en la espalda. Pronto pasó más tiempo estudiando a los MAG que sargeando con chicas; hasta que inventó un nuevo orden social en el que, parafraseando al músico Boyd Rice, los fuertes viven de los débiles y los inteligentes viven de los fuertes.

Ya no había nada que pudiera parar a los MDLS. Ahora podían robarle la novia delante de sus narices a MAG del tamaño de una nevera. Nos estábamos adentrando en terreno peligroso.

CAPÍTULO 10

Grupo MSN: Salón de Mystery
Asunto: Técnicas de MAGeo
Autor: Tyler Durden

Os voy a contar lo que he estado haciendo últimamente. Es bastante divertido.

He aprendido la mayor parte de esto de los europeos, mientras intentaba robarles a sus chicas y evitar que ellos me robaran a las mías. Aquí los tíos no son tan pardillos como en Estados Unidos. La mayoría de ellos saben lo que hacen. Así que he estado intentando descifrar cómo sacarles ventaja.

Lo que os enseño a continuación lo he practicado con éxito cientos de veces en el campo del sargeo.

MAG: Hola, chicas. ¿Cómo estáis?

MDLS: Oye. (Levantas las manos como si te dieras por vencido.) Te doy cien dólares si me libras de estas chicas.

(Las chicas dirán: «No, no. No te vayas. Te queremos.» Se reirán y se abrazarán a ti, lo cual desmoralizará notablemente al macho alfa del grupo.)

MAG (parece estar dispuesto a luchar).

MDLS: Ja, ja. Dime, ¿estás buscando pelea o qué? Ja, ja. Vale, vale. Espera un momento. Te diré lo que vamos a hacer. Primero echaremos un pulso y después haremos una competición de flexiones con una sola mano.

(Entonces flexionas el brazo, sacando bola, mientras dices: «¿Chicas?» Ellas te aplaudirán y alabarán tu fuerza. El MAG quedará

como un idiota, porque estás haciendo que parezca que intenta impresionar a las chicas con su fuerza.)

MAG: Tú sigue hablando, tío. A ver si tienes algo inteligente que decir.

MDLS: La verdad es que es difícil impresionaros, a los londinenses. Resultáis tan masculinos con vuestras camisas de rugby y vuestros zapatos brillantes. Tengo que reconocerlo; sois los mejores.

(El objetivo es ridiculizarlo con cualquier cosa que sepas de él, por irrelevante que sea. Así conseguirás que se sienta incómodo, y eso se reflejará en su lenguaje corporal.)

MAG: ¿Eso que llevas dibujado en la camisa no es un culo? Vas a necesitar mucha ayuda si no quieres que te lo rompan.

MDLS: Tienes razón, tío. Por eso me he fijado en ti. Te necesito, tío. Por favor, ayúdame. En cuanto te he visto, me he dado cuenta de que eres el elegido para proteger mi esfínter.

(De hecho, alguien me dijo exactamente esas palabras. Cuando te enfrentas a un MAG que sabe expresarse, tienes que superarte a ti mismo. Haz que parezca que se está esforzando por hacerse amigo tuyo o bromea sobre la posibilidad de contratarlo para hacer trabajos propios de un macho beta. Di cosas como: «Eres un gran actor cómico.» O: «Tío, eso es fantástico. Podrías diseñarme una página web o algo así.»)

MAG (empieza a darte pequeños empujones para demostrar su superioridad).

MDLS: Tío, me siento halagado, pero no me gustan los tíos. Te has equivocado de local. El bar gay está en la calle de al lado. Aquí se mira, pero no se toca.

(Las chicas se ríen de él. Él insiste en que no es gay.)

MAG (acerca su cara a la tuya con gesto amenazante).

MDLS (no haces nada. Permaneces tranquilamente donde estás sin decirle nada. Si él insiste en hacerse el alfa y tú lo ignoras, acabará pareciendo un beta que se esfuerza demasiado por atraer tu atención. Otro truco posible consiste en hacerles gestos a las chicas, como diciéndoles: «Vamonos de aquí» [míralas como se miran entre sí cuando tú tienes una aproximación fallida y se irán contigo]).

Más pistas:

Si hay un MAG dentro de un *set*, el objetivo siempre es neutralizarlo. Pero si el MAG acaba de incorporarse al *set*, el objetivo es deshacerse de él. Para conseguirlo, hay que utilizar el lenguaje corporal adecuado. Al hablar debes tener siempre una gran sonrisa en los labios, y si puedes, dale una palmada suficientemente fuerte en la espalda como para que escupa lo que está bebiendo. Tienes que hacerlo todo como si estuvieras siendo amistoso. Y, entonces (y esto es algo que me pasó a mí), dile: «Juego limpio, tío.» Y tiéndele la mano. Cuando él extienda la suya para estrechártela, retírala en el último momento. Tienes que jugar constantemente con él.

También puedes aprovecharte de lo que haga el MAG; deja que él coloque los bolos y tú encárgate de tirarlos después. Es algo que yo hago a menudo. Dejo que otro tío se trabaje a la chica y, en el último momento, cuando ella parece dispuesta a llegar a más, me aproximo al *set* y se la robo. Basta con decirle que está asustando a la chica y alejarte con ella. A esas alturas, la chica ya ha pensado en la posibilidad de enrollarse con un tío, con lo cual mi parte resulta mucho más fácil. Esta técnica me ha funcionado en al menos el 90 por ciento de los *sets* con los que la he usado.

Que os divirtáis.

T. D.

CAPÍTULO 11

Mystery recibió con indignación los partes de los talleres londinenses de Tyler Durden y Papa que aparecieron en Cliff's List. Lo que le molestaba no era el MAGeo, pues había que reconocer el mérito que tenían con respecto a eso. No, lo que lo indignaba era que Tyler Durden y Papa hubieran creado su propio foro de seducción y que estuvieran haciéndole la competencia abiertamente; Mystery llamaba a los seminarios que impartía en las aulas Dinámicas Sociales y ellos llamaban a sus talleres Verdaderas Dinámicas Sociales.

Papa era tan autómata en los negocios como lo era sargeando; de ahí que copiara el modelo de Mystery hasta en el más mínimo detalle. Mystery cobraba seiscientos dólares; igual que Tyler y Papa. Los talleres de Mystery duraban tres noches; igual que los de Tyler y Papa. Los talleres de Mystery empezaban a las 20.30 y acababan a las 2.30; igual que los de Tyler y Papa.

Aunque Tyler Durden y Papa sostenían que Mystery les había dado permiso para dirigir sus propios talleres, Mystery decía que habían usado su lista de clientes sin pedirle permiso. Al agotar ese recurso, se habían dirigido a las guaridas de Seducción Acelerada, haciendo negocio con los discípulos de Ross Jeffries. Y, cuando Jeffries empezó a olerse que había algo podrido, Tyler y Papa habían abierto sus propias guaridas a lo largo y ancho del país, empezando por PLAY (1) (que era como se conocía al grupo de Los Ángeles que celebraba sus foros en Yahoo).

Mientras que Mystery admitía como máximo a seis personas por taller, Papa y Tyler Durden hacían sitio hasta para veinte alumnos. Era una locura, pero el dinero no dejaba de entrar.

(1) *Play* significa «jugar». *(N. del t.)*

En cada taller, Papa elegía a un alumno para que hiciese de ala invitado en el siguiente taller. Así, Papa no tardó en tener su propio grupo de alas —Jlaix, un campeón de karaoke de San Francisco; Sickboy (2), un diseñador de moda neoyorquino de mandíbula prominente; Dreamweaver (3), un ex alumno de Mystery, e incluso Extramask— que lo acompañaban en todos sus talleres.

Y, a pesar de todo, Mystery siguió dejando que Tyler y Papa durmieran en su casa y le sorbieran el cerebro en busca de nuevas técnicas cada vez que pasaban por Toronto. Cuando le pregunté por qué lo hacía, él se limitó a decir:

—Mantente cerca de tus amigos y más cerca aún de tus enemigos.

Yo supuse que sabría lo que estaba haciendo.

Mientras tanto, al ver el éxito de Tyler y de Papa, el resto de los miembros de la Comunidad no tardaron en darse cuenta de dos cosas.

La primera era que cualquiera podía realizar su propio taller; no hacía falta ningún don especial para señalarle dos chicas a un tío y decirle: «Abórdalas.»

La segunda era que el país estaba lleno de chicos dispuestos a pagar cualquier suma de dinero para resolver su problema.

Mystery había cometido una grave equivocación: no les había hecho firmar a sus alumnos ningún documento comprometiéndose a no copiar ni divulgar sus métodos y, ahora, el genio se había escapado de la lámpara mágica. Uno a uno, cada MDLS llegó a la conclusión de que todas esas horas que había pasado estudiando y practicando sargeos —mucho más tiempo del que habían pasado con su familia, estudiando, trabajando o con sus amigos del mundo real— tenían más aplicaciones que mantener boyante la industria de los preservativos. En la Comunidad, habíamos creado un compendio de conocimientos que estaba a años luz de cualquier otra teoría de la seducción. Habíamos desarrollado un paradigma enteramente nuevo de las relaciones sexuales, un paradigma que les daba el control a los hombres, o al menos la ilusión del control. Y había un gigantesco mercado para nuestro producto.

Orion, el MDLS que había filmado sus sargeos en los vídeos de *Conexiones Mágicas*, empezó a ofrecer talleres de un día en centros comerciales y en universidades.

(2) *Sickboy* podría traducirse como «Chico psicópata». *(N. del t.)*

(3) *Dreamweaver* significa «Tejedor de sueños». *(N. del t.)*

Para sorpresa de todos, Harmless (4) y Schematic (5), que no hacía ni un mes que habían perdido la virginidad, empezaron a anunciar sus propios talleres.

Badboy, uno de los croatas a los que había conocido en Europa, un MDLS con carisma que cojeaba de una pierna y sólo tenía un uso parcial del brazo izquierdo tras ser herido por un francotirador durante la guerra, creó una empresa a la que llamó Playboy Lifestyle. Alumnos de todo el mundo viajaban a Zagreb para aprender a comportarse como verdaderos machos alfa. Los ejercicios incluían darle puñetazos a Badboy en el estómago mientras gritabas «¡Jódete!» con todas tus fuerzas. El salario medio mensual en Croacia ascendía a cuatrocientos dólares; los talleres de Badboy costaban ochocientos cincuenta dólares por alumno.

Wilder y Sensei, ambos convertidos en MDLS gracias al Método de Mystery, ofrecían cursos de introducción al sargeo en San Francisco.

Thundercat colgó un post solicitando colaboraciones económicas para promocionar un cortometraje sobre seducción que acababa de producir.

Uno de los empleados de Sweater lanzó al mercado una línea propia de productos.

Tres estudiantes universitarios de Londres, Angel, Ryobi y Lockstock, empezaron su propia escuela de seducción, a la que llamaron Interacción Impactante.

Prizer, el chico de las putas de Ciudad Juárez, sacó a la venta un *Curso Avanzado de Estudio de Atracción Sexual* en seis CD que, además, era un magnífico ejercicio involuntario de humor.

Incluso un día, en una misteriosa página web apareció a la venta un libro titulado *Todo lo que necesitas saber sobre los negas*.

Y finalmente Grimble y Twotimer se incorporaron al mercado, cada uno con su propio método y su propio libro en formato electrónico. Grimble ganó quince mil dólares la primera semana y Twotimer seis mil.

La Comunidad vibraba con iniciativas empresariales.

Y yo me di cuenta de que había llegado el momento de hacer algo; aquello podía estallar en cualquier momento.

Hacía un año y medio que había participado en mi primer taller con Mystery. Había llegado el momento de reclamar mis

(4) *Harmless* significa «Inofensivo». *(N. del t.)*
(5) *Schematic* significa «Esquemático». *(N. del t.)*

derechos sobre la subcultura de la seducción, antes de que otro escritor se me adelantara. Había llegado el momento de revelar mi identidad. Yo no era sólo un MDLS; también era un escritor. Tenía una profesión. Así que llamé a un editor que conocía en la sección de «Moda» del *New York Times*.

Nadie usaba nunca su nombre verdadero en la Comunidad; siempre nos llamábamos por nuestros alias. Incluso Ross Jeffries y David DeAngelo eran seudónimos. Nuestras verdaderas identidades no tenían importancia en la Comunidad. De ahí que pocos —si es que había alguno— supieran mi verdadero nombre o que yo escribía para el *New York Times*.

No resultó fácil conseguir que publicaran la historia en el periódico. Pasé dos meses yendo de un redactor a otro, escribiendo una versión tras otra. En el periódico querían una mirada más escéptica, querían pruebas de los poderes de los distintos gurús, querían que se reconociera la extrañeza inherente a las técnicas de sargeo... Parecía que les costaba creer que ese mundo, y esa gente, existían realmente.

CAPÍTULO 12

La noche anterior a la publicación de la historia sobre mi doble vida como MDLS casi no conseguí dormir. Había creado a Style y, ahora, iba a destruirlo con dos mil palabras impresas en un periódico. Estaba seguro de que en la Comunidad me verían como a un traidor. Soñé que un grupo de sargeadores se reunían alrededor de mi casa con antorchas para quemarme vivo.

Pero toda mi inquietud y mis preocupaciones fueron en vano; no ocurrió nada.

Sí, hubo alguna queja a media voz sobre los posibles efectos negativos del artículo para la Comunidad. Algunos MDLS criticaron el tono del artículo, y Mystery se lamentó de ser descrito como un maestro de la seducción en vez de como un maestro venusiano, que era como le gustaba llamarse a sí mismo últimamente. Pero la credibilidad de Style no se vio amenazada. Lo cierto era que había calado tan hondo en la Comunidad que, a ojos de sus compañeros de sargeo, yo siempre sería un maestro de la seducción primero y un periodista después. Así que, en vez de enojarse con Neil Strauss por infiltrarse en la Comunidad, se sentían orgullosos de Style por haber conseguido publicar un artículo en el *New York Times*.

Yo no podía creerlo. No sólo no había acabado con Style, sino que lo había hecho más popular. Sargeadores de todo el mundo buscaban mi nombre en Google, compraban mis libros en Amazon y colgaban posts describiendo los detalles de mi carrera. Cuando pedí que no mezclaran mis dos identidades, sobre todo porque no quería que las mujeres con las que sargeaba buscaran los partes que había escrito sobre ellas, todos me hicieron caso. Style seguía al mando.

Pero lo que resultaba todavía más sorprendente era que no quería abandonar la Comunidad. Yo era un gurú para esos chi-

cos y tenía una misión que cumplir. Y amistades que conservar. Aunque ya hacía mucho que había cumplido mis objetivos como MDLS, durante el proceso había encontrado un sentido de la camaradería y de pertenencia al grupo que me había eludido a lo largo de mi vida anterior. Me gustara o no, yo era parte integral de la Comunidad. Los chicos tenían razón al no sentirse traicionados; yo era uno de ellos.

En lo que a las mujeres se refiere, el artículo tampoco tuvo grandes consecuencias. A la mayoría ya les había hablado de la Comunidad y, al hacerlo, había descubierto un interesante fenómeno: si antes de acostarme con una mujer le decía que era un MDLS, ella me hacía esperar un par de semanas, para asegurarse de que era distinta de las demás, antes de acostarse conmigo. Si les decía que era un MDLS después de haberme acostado con ellas, reaccionaban divertidas y se sentían intrigadas por la idea, convencidas de que, en su caso, yo no había utilizado ninguna de mis técnicas de seducción. No obstante, esa tolerancia sólo duraba hasta que rompíamos o dejábamos de vernos, momento a partir del cual mi condición de MDLS jugaba en mi contra. El problema de ser un MDLS es que para las mujeres los conceptos de sinceridad y confianza tienen una grandísima importancia. Y las mismas técnicas, que tan eficaces se revelan a la hora de empezar una relación, violan principios que son necesarios para prolongarla.

Al poco tiempo de publicar mi artículo en el *New York Times* recibí una llamada de Will Dana, de la revista *Rolling Stone*.

—Vamos a abrir el próximo número con un reportaje sobre Tom Cruise —me dijo.

—Parece una buena idea. —le dije yo.

—Sí. Quiere que lo escribas tú.

—¿Te importaría ser más concreto? ¿A quién te refieres cuando dices «quiere»?

—Tom Cruise nos ha pedido que seas tú quien escriba el artículo.

—¿Por qué? Yo nunca he entrevistado a un actor.

—Ha leído el artículo que escribiste sobre el asunto ese del ligue. Pero puedes preguntárselo tú mismo cuando lo conozcas. Ahora mismo está en Europa, buscando localizaciones para la siguiente entrega de *Misión imposible*, pero quiere que te reúnas con él en una escuela de caballitos en cuanto vuelva de Europa.

—¿Qué es una «escuela de caballitos»?

—Un sitio donde te enseñan a hacer caballitos con motos.

—Suena bien. Cuenta conmigo.

Se me olvidó decirle a Will que no había conducido una moto en toda mi vida; aunque era algo que estaba en la lista de habilidades relacionadas con la seducción que quería adquirir, entre las clases de improvisación y las clases de autodefensa.

Entre nuestros análogos estructuralmente más cercanos —los primates—, el macho no alimenta a la hembra. Cargada con crías, ella ha de valerse por sí misma. Él quizá luche para defenderla o para poseerla, pero nunca para alimentarla.

Margaret Mead, *Masculino y femenino*

CAPÍTULO 1

Era la primera persona que no me había decepcionado desde que formaba parte de la Comunidad.

Se llamaba Tom Cruise.

—Lo vamos a pasar en grande —me dio la bienvenida con una gran sonrisa en la escuela de caballitos. Después me felicitó por mi espíritu aventurero y me clavó amistosamente el codo en el pecho. Era exactamente el tipo de gesto de MAG que había descrito Tyler Durden.

Llevaba unos pantalones y una chaqueta de motorista de cuero negro, y sujetaba un casco a juego debajo del brazo izquierdo. Debía de hacer dos días que no se afeitaba.

—Estoy practicando para saltar por encima de una caravana —me dijo señalando hacia la caravana que había junto al circuito—. Una mayor que ésa. No es difícil.

Entrecerró los ojos, visualizando la hazaña.

—Bueno —añadió—. Saltar es fácil. Lo complicado es aterrizar.

Levantó la mano derecha y me dio una palmada en la espalda.

Tom Cruise era el espécimen perfecto. Era ese MAG al que Tyler Durden y Mystery y todo el resto de la Comunidad habían estado intentando emular. Tenía una habilidad natural para convertirse en el individuo dominante, tanto física como mentalmente, en cualquier situación social y sin aparente esfuerzo. Y era la personificación de todas y cada una de las características que, según Mystery, definían a un macho alfa. Todo el mundo en la Comunidad había estudiado sus películas para imitar su lenguaje corporal y, al sargear, todos usábamos con asiduidad términos de su película *Top gun*. ¡Había tantas cosas que quería saber! Pero, antes, había algo que necesitaba saber.

—Pero, dime, ¿por qué pensaste en mí para este artículo?

—Me encantó lo que escribiste en el *New York Times* —me contestó él—. El reportaje sobre los tíos de las citas.

Así que era verdad.

Él guardó silencio durante unos instantes a la vez que entrecerraba los ojos, dando a entender que iba a decir algo importante. El ojo izquierdo se le cerraba un poco más que el derecho, lo que le confería una apariencia de intensa concentración.

—Dime la verdad. El tío ese sobre el que escribes en tu artículo, ¿de verdad dice que el personaje de *Magnolia* está basado en él? ¿De verdad dice eso?

Se refería a Ross Jeffries, quien sostenía que el personaje de Frank T. J. Mackey, en la película de Paul Thomas Anderson, *Magnolia*, estaba inspirado en él. Mackey era el personaje que interpretaba Tom Cruise: un arrogante profesor de seducción con una mala relación con su padre y auriculares en la cabeza que enseña a sus alumnos a «respetar sus pollas».

—No debería hacerlo —continuó diciendo Tom Cruise. Tragó una píldora de sales minerales y bebió de una botella de agua—. No es verdad. Lo digo en serio. Ese personaje lo inventó PTA. —PTA era Paul Thomas Anderson—. Ese tío no es Mackey. No lo es. —Parecía ser importante para él que quedase claro—. PTA y yo estuvimos cuatro meses creando el personaje. Y no nos inspiramos en ese tío (1).

Tom Cruise me dijo que me sentara en su Triumph de 1.000 centímetros cúbicos y me enseñó a encender el motor y a cambiar de marcha. Después, dio una vuelta al circuito a toda velocidad haciendo caballitos, mientras yo me estrellaba a menos de diez kilómetros por hora con su moto. Luego fuimos a su caravana. Las paredes estaban cubiertas con fotos de los niños que él y su ex mujer, Nicole Kidman, habían adoptado.

—Dime una cosa sobre ese Jeffries —insistió él—. ¿Se parece más a Mackey desde que salió la película?

—Es arrogante y megalómano como Mackey. Pero no es tan macho alfa como él.

—Te voy a decir algo —dijo Tom Cruise al tiempo que se sentaba junto a una mesa sobre la que había todo tipo de sandwiches y embutidos—. Cuando hice el monólogo de Mackey,

(1) Sin embargo, en una entrevista publicada en *Creative Screenwriting* en el año 2000, cuando le preguntan sobre el origen del personaje de T. J. Mackey, Paul Thomas Anderson menciona haber estudiado a Ross Jeffries.

nadie les había explicado a los extras de qué se trataba. Y los tíos se pusieron tan eufóricos al oírme que, al final del día, PTA y yo tuvimos que subir al escenario y decirles: «Mirad, tíos. Queremos que sepáis que lo que dice y hace este personaje no mola nada. No está bien.»

Otra vez aquella charla. Primero Dustin; ahora Tom Cruise. No lo entendía. ¿Qué había de malo en aprender a conocer a más mujeres? Al fin y al cabo, para eso estamos aquí. Así es como sobrevive la especie. Todo lo que yo quería era hacerlo lo mejor posible, me esforzaba por mejorar, como intentaba hacerlo en las demás facetas de mi vida. ¿Quién dice que esté bien dar clases para aprender a conducir motos pero que no lo esté aprender a relacionarte con las mujeres? Lo único que había hecho yo era buscar a alguien que me enseñara a arrancar el motor y a ir cambiando de marcha. Ninguna mujer se había quejado. No engañaba a nadie ni le hacía daño a nadie. A ellas les gustaba ser seducidas. Todos queremos que nos seduzcan; eso hace que nos sintamos deseados.

—Sí, en serio. Los extras se tomaron en serio lo que decía el personaje de Mackey. Así que PTA y yo les dijimos: «Tíos, tranquilos.»

«¿Lo ves? —me hubiera gustado decirle a Tom Cruise—. La seducción seduce.» Pero no pude, porque, al acordarse de aquello, él se rió. Y la risa de Tom Cruise no es como la de una persona normal. Su risa llena toda la habitación. Al principio es normal. Y, al principio, tú también te ríes. Pero, entonces, cuando tú acabas de reír, la risa de Tom Cruise sólo está empezando. Y él te está mirando fijamente mientras se ríe: «Ja, ja, ja, ja, je, je.» Y tú intentas volver a reír, porque sabes que eso es lo que se espera que hagas. Pero tu risa no suena natural. Tom Cruise consigue pronunciar alguna palabra entre risas y, entonces, acaba de reírse, tan repentinamente como empezó, y tú sientes un enorme alivio.

—Eso es fácil de decir para alguien como tú —le dije con el escaso aire que me quedaba tras la última risotada.

Pasamos una semana visitando varios edificios de la cienciología. No es ningún secreto que Tom Cruise pertenece a la iglesia de la cienciología, una religión, grupo de autoayuda, ONG, secta y filosofía fundada por el escritor de ciencia ficción L. Ron Hubbard en la década de los cincuenta. Pero, hasta ese momento, Tom Cruise nunca le había abierto las puertas de ese mundo a un periodista.

Cuanto más aprendía yo sobre L. Ron Hubbard, más evi-

dente resultaba que tenía una personalidad similar a la de Mystery, la de Ross Jeffries y la de Tyler Durden. Todos eran inteligentísimos megalómanos capaces de sintetizar grandes cantidades de información y experiencia en filosofías que giraban en torno a su personalidad; filosofías que después vendían a personas que se sentían estafadas por la vida. Eran estudiosos obsesivos de los principios que guían el comportamiento humano, pero el carácter más o menos ético y la motivación que los empujaba los convertía en figuras controvertidas.

El último día que pasamos juntos, Tom Cruise me llevó al Centro de Celebridades de la Cienciología de Hollywood Boulevard. Lo primero que me enseñó fue una aula llena de estudiantes aprendiendo a usar e-metros, unos aparatos que miden la conductividad de la piel. Cuando algún curioso entra en una iglesia de la cienciología, se le conecta a un e-metro y se le hacen varias preguntas. Después, el entrevistador repasa los resultados con él y le explica por qué debe unirse a la iglesia de la cienciología para solucionar sus problemas.

Divididos en grupos de dos, los estudiantes recreaban las distintas posibilidades que pueden darse durante una de dichas entrevistas. Delante de ellos, tenían unos libros de gran tamaño. Cada palabra que pronuncia el entrevistador (o auditor, en términos de la cienciología) —cada respuesta a cada posible situación— estaba incluida en esos libros. No se dejaba nada al azar. No podía permitirse que ningún posible converso se le escurriera entre los dedos a la iglesia de la cienciología.

Me di cuenta inmediatamente de que lo que estaban aprendiendo no era otra cosa que una forma de seducción. Sin una rígida estructura, sin unos patrones ensayados y sin las técnicas necesarias para superar los posibles escollos, nunca conseguirían suficientes nuevos adeptos.

Uno de los aspectos más frustrantes de sargear era tener que repetir las mismas frases una y otra vez. Yo estaba cansado de preguntarle a una chica tras otra si creía en los hechizos o si quería que le hiciera el test de las mejores amigas o si se había fijado en cómo se le movía la nariz cuando se reía. Lo que me hubiera gustado hacer era acercarme a un *set* y decir: «Queredme. Soy Style.»

Pero, observando a los auditores, pensé que, después de todo, puede que las técnicas de seducción no fueran como las ruedecillas que se ponen en las bicicletas de los niños para que aprendan a montar, sino las propias bicis, la esencia de la seducción. Toda forma de demagogia depende de esas técnicas.

La religión es seducción. La política es seducción. La vida es seducción.

Todos los días repetimos las mismas técnicas para agradarle a la gente o para hacer reír a alguien o para conseguir sobrevivir a otro día sin decirle a nadie lo que pensamos realmente de la vida.

Tras la visita, comimos en el restaurante del Centro de Celebridades. Recién afeitado y vestido con una camiseta de color verde oscuro que se ajustaba a su cuerpo como un guante, Tom Cruise era la viva imagen de la salud. Mientras se comía un saludable filete, me habló de sus valores. Creía en aprender nuevas cosas, en hacer bien su trabajo y en no competir con nadie más que consigo mismo. Era una persona centrada, con las ideas claras y una gran fuerza de voluntad. Cualquier decisión que hubiera que tomar, cualquier problema que hubiera que resolver se abordaba en un diálogo de Tom Cruise consigo mismo.

—No suelo pedir consejos —me dijo—. Soy del tipo de personas que analizan las cosas, y una vez que he tomado una decisión no tengo por qué consultarla con nadie. No soy de los que dicen: «Oye, ¿qué te parece esto?» Yo tomo personalmente todas las decisiones que tienen que ver con mi carrera o con mi vida.

Cruise se inclinó hacia adelante, con los codos apoyados en el regazo, bajando la cabeza prácticamente hasta la altura de la mesa. Mientras hablaba, se expresaba con gestos tan sutiles como una ligera subida o bajada de los párpados. Tom Cruise había nacido para vender: películas, a sí mismo, la cienciología, a mí... Cada vez que yo me criticaba a mí mismo o buscaba algún tipo de excusa para justificar mi comportamiento, él se lanzaba a mi yugular.

—Lo siento —le dije en un momento dado mientras hablábamos de un artículo que había escrito—. No quiero sonar como un escritor.

—¿Por qué pides perdón? ¿Por qué es malo sonar como un escritor? ¿Qué tiene de malo ser escritor? Los escritores son personas con talento que escriben sobre cosas que a los demás nos interesan. —Hizo una pausa antes de continuar en tono irónico—. No, desde luego, no debe de ser agradable que te confundan con una persona creativa que sabe cómo expresarse.

Cruise tenía razón. Yo creía que había acabado con los gurús, pero, al parecer, necesitaba uno más; Tom Cruise me estaba enseñando más sobre mi actitud interior de lo que me habían enseñado mi padre, Mystery, Ross Jeffries o Steve P. juntos.

Se levantó y golpeó la mesa con el puño; el gesto de un auténtico MAG.

—Sé escritor, tío. Lo digo en serio. Escribir es algo que vale la pena.

De acuerdo. Si Cruise lo decía, no había más que hablar.

Mientras charlábamos me di cuenta de que, de todas las personas a las que había conocido a lo largo de mi vida, nadie tenía la cabeza más en su sitio que Tom Cruise. Y ése era un pensamiento inquietante, pues prácticamente todas sus ideas podían encontrarse en alguno de los numerosos libros escritos por L. Ron Hubbard.

Lo descubrí cuando Cruise le pidió a su enlace personal que le trajera un pesado libro rojo y lo abrió por el código de honor de la cienciología: sé un buen ejemplo para los demás; cumple con tus obligaciones; nunca necesites alabanzas, aprobación o simpatía; no renuncies a tu propia realidad.

Cuando Cruise me dijo que me mandaría una invitación para la gala anual del centro, empecé a pensar que todo aquello no tenía nada que ver con el artículo para la revista *Rolling Stone*; de lo que se trataba realmente era de conseguir un nuevo converso para la cienciología. Pero, si ése era realmente el caso, Cruise se había confundido de persona. Como mucho, me estaba dando acceso a unos conocimientos de los que podría aprender algo, como también podría aprenderlo de los escritos de Joseph Campbell o de las enseñanzas de Buda o de las letras del rapero Jay-Z.

Al acabar de comer, Cruise me llevó a conocer a su madre, que también estudiaba en el edificio.

—Quiero hacerte una última pregunta sobre tu artículo del *New York Times* —me dijo mientras andábamos—. En él, hablas de intentar controlar a la gente y de manipular situaciones. Me imagino la cantidad de tiempo y de esfuerzo que le dedicarán los chicos a eso. ¿Te das cuenta de lo que podrían conseguir si dedicaran toda esa energía a algo más constructivo?

Finalmente, la entrevista se acabó y yo publiqué el artículo. Tom Cruise y yo volveríamos a vernos, aunque para entonces yo sería una persona completamente diferente; eso sí, él seguiría siendo exactamente el mismo. Tom Cruise nunca cambiaría. Tom Cruise era un MAG. Y, como tal, me había MAGeado; pero no me había convertido.

Él tenía su iglesia y yo tenía la mía.

CAPÍTULO 12

Sólo que mi iglesia todavía tenía que ser levantada. Tom Cruise tenía razón: debíamos concentrar toda nuestra energía en algo más constructivo, en algo mayor que nosotros mismos. Después de escribir el artículo del *New York Times*, me sentía como si todavía tuviera que hacer algo importante para la Comunidad, como si aquello no hubiera sido más que un paso que me acercaba a la meta. Y ahora sabía cuál era esa meta: Proyecto Hollywood, nuestra iglesia de las piernas abiertas.

Tuve la epifanía el día de mi cumpleaños. Algunos amigos me habían preparado una fiesta en la discoteca Highlands de Hollywood. Habían llamado prácticamente a todo el mundo que había conocido desde que estaba en la Comunidad. Vinieron trescientas personas, además de otras doscientas a las que no conocía y que sencillamente fueron a la discoteca porque era sábado por la noche. Todos los pesos pesados de la Comunidad estaban allí: Rick H., Ross Jeffries, Steve P., Grimble, Bart Baggett (un especialista en análisis caligráfico), Vision y Arte (quien protagoniza sus propios vídeos sobre técnicas sexuales).

A pesar de la calidad de mis competidores, ese día no tuve que competir por ningún *set*, pues aquella noche yo era el rey de la discoteca. Iba vestido como un dandi, con una larga chaqueta negra con un solo botón a la altura del cuello y una camisa color crema con volantes en las mangas. Y estaba rodeado de mujeres: ex ligues, compañeras de polvos, amigas, desconocidas. No podía estar con alguien ni un solo minuto sin que otra persona exigiera mi atención. Ni siquiera tenía tiempo para sargear.

Las mujeres me obsequiaron con todo tipo de cumplidos sobre mi aspecto, sobre mi cuerpo y hasta sobre mi culo. Cuatro chicas me dieron su número de teléfono. Una me dijo que

había quedado con su novio, pero que, en cuanto pudiera, se desharía de él y vendría a verme. Otra escribió su dirección junto al número de teléfono. No conocía a ninguna de las cuatro, y dos de ellas ni siquiera estaban ahí por mi cumpleaños. Ya no necesitaba frases de entrada ni técnicas ni patrones ni alas; lo único que necesitaba eran unos buenos bolsillos para guardar los teléfonos de todas aquellas mujeres.

Dos estrellas del porno que habían venido acompañando a un amigo se acercaron a mí y se presentaron. Una se llamaba Devon; la otra tenía los dientes muy grandes. Me hicieron todo tipo de proposiciones. Yo me sentía como aquella noche en Toronto, cuando me confundieron con Moby; sólo que esta vez sabían que era Style.

Mystery acababa de desarrollar una nueva teoría sobre interacción social. A grandes rasgos, sostenía que las mujeres miden constantemente la valía de los hombres con el fin de determinar si sus características pueden ayudarlas con sus objetivos vitales, que son la supervivencia y la procreación. En la sociedad en miniatura que creamos aquella noche en la Highlands yo era el macho con mayor valía social. E igual que la mayoría de los hombres se sienten atraídos de una manera refleja, al modo del perro de Pávlov, por cualquier mujer delgada y rubia con las tetas grandes, las mujeres tienden a responder a la campanilla de la posición y la valía social.

Al final, volví a casa acompañado de una pequeña *stripper* de grandes ojos y sonrisa traviesa. Mientras nos quitábamos la ropa, tumbados en mi cama, de repente, ella me preguntó:

—¿En qué trabajas?

—¿Qué? —contesté yo. No podía creer que me hubiera preguntado algo así, pero ella parecía necesitar ese dato para entender mi posición en la fiesta y su consiguiente atracción hacia mí.

—¿En qué trabajas? —volvió a preguntar.

Y fue entonces cuando tuve la epifanía: sargear era cosa de perdedores.

En algún momento del proceso, el sargeo se había convertido en el objetivo de la seducción, en una meta en sí misma. Al sargear, lo que haces es poner en práctica todas las noches las técnicas que has aprendido anteriormente. Pero todas las noches tienes que empezar desde cero. Y no había sido ninguna técnica lo que había hecho que esa chica estuviera en mi cama en ese momento; había sido un estilo de vida. Y eso es algo que se crea de forma acumulativa; todo lo que haces se suma a lo anterior, y te lleva más cerca de tu objetivo.

El estilo de vida es algo que te acompaña, no algo sobre lo que se habla. Y aunque el dinero, la fama y la belleza sin duda ayudan, no son necesarios. Lo que hace falta es tener algo que diga a gritos: «Chicas, abandonad vuestras aburridas y mundanas vidas y venid a mi excitante mundo, un mundo lleno de gente interesante y nuevas experiencias, donde la vida es fácil y la diversión abunda, donde, en definitiva, encontraréis la plenitud.»

Sargear era para alumnos; no para maestros. Había llegado el momento de llevar a la hermandad al siguiente nivel, de unir nuestros recursos para crear un estilo de vida en el que fuesen las mujeres quienes acudieran a nosotros, no nosotros a ellas.

Había llegado el momento de Proyecto Hollywood.

CAPÍTULO 3

Mystery vino a verme a Los Ángeles. Bastó con hablarle del proyecto para que cogiera el primer avión que salía de Toronto.

Mystery era la única persona con la que podía hablar que no tenía miedo a los cambios, la única persona que estaba dispuesta a aceptar los riesgos que hicieran falta para alcanzar sus sueños. Todo el mundo dice siempre «después». Mystery siempre decía «ahora». Y, para mí, ésa era una palabra embriagadora para mí, pues en mi experiencia, «después» siempre acababa por querer decir «nunca».

—Es el momento perfecto, Style —me dijo al entrar en mi apartamento de Santa Mónica—. Construyamos ese sitio. Tienes razón; sargear es para perdedores. No niego que sea mejor ser un perdedor que folla que uno que no, pero nosotros estamos hablando de otro nivel.

Sabía que Mystery me entendería.

Según los libros que había leído, todos los conflictos humanos encajan en una de las siguientes facetas de la vida: salud, riqueza o relaciones, y cada una de estas facetas tiene a su vez un componente interno y un componente externo. Llevábamos un año y medio concentrándonos exclusivamente en las relaciones, y había llegado el momento de centrar nuestra atención en el resto de las facetas de nuestras vidas, el momento de hacer lo que Mystery había sugerido aquella noche bajo los efectos de la codeína: unir fuerzas para conseguir algo más que chicas 10. Juntos éramos mucho más que la suma de nuestras pollas.

Lo primero que necesitábamos para convertir Proyecto Hollywood en una realidad era una mansión en las colinas de Hollywood, a ser posible, cerca de los locales nocturnos de Sunset Boulevard, con muchas habitaciones y un inmenso *jac-*

cuzzi. Después había que buscar a los mejores MDLS e invitarlos a unirse a nuestro proyecto.

Aunque quizá no debería haber vuelto a confiar en Mystery, en esta ocasión estaba decidido a no depender de él. No sería él quien firmase el contrato de alquiler. Y tampoco sería yo. Encontraríamos a alguien que estuviera dispuesto a asumir ese riesgo y esa responsabilidad.

Y lo encontramos en el hotel Furama. Era Papa. Como consecuencia de sus notas había tenido que renunciar a la idea de hacerse abogado; así que se había matriculado en la universidad de Loyola Marymount, en Los Angeles, para estudiar empresariales. El día que llegó a Los Ángeles, Papa dejó las maletas en la habitación de su hotel y cogió un taxi a mi apartamento, donde encontró a Mystery, con sus casi dos metros de altura, tumbado en mi sofá, de apenas metro y medio.

—Las tres personas que más han influido en mi vida sois vosotros dos y mi padre —dijo Papa mientras buscaba un hueco para sentarse junto a los pies de Mystery.

Papa llevaba el pelo engominado de punta. Además, por su aspecto, se diría que había estado yendo al gimnasio. Lo dejé hablando con Mystery y bajé a comprar algo para cenar en un puesto de comida caribeña.

Cuando volví, Papa se había convertido en el mánager de Mystery.

—¿Estás seguro de que sabes lo que haces? —le pregunté a Mystery.

No podía creer que fuera a dejar que un ex discípulo convertido en competidor se encargara de representarlo. Mystery era un innovador. Si Ross Jeffries era el Elvis de la seducción, Mystery era los Beatles. Y Tyler y Papa no eran más que los New York Dolls: unos descarados que hacían mucho ruido y de los que todo el mundo pensaba que eran gays.

—A Papa le gustan los negocios y puede llenarnos un seminario todos los fines de semana —me contestó Mystery—. Todo lo que tengo que hacer yo es aparecer.

Era cierto que Papa estaba en contacto prácticamente con cada MDLS de Norteamérica. Conocía a los jefes de cada guarida y estaba apuntado a todos los foros de seducción. Le bastaba con hacer un par de llamadas y mandar un par de e-mails para reclutar a una docena de estudiantes prácticamente en cualquier ciudad del mundo.

—Todos salimos ganando —insistió Papa.

Desde que se había metido en el negocio de la seducción,

ésa era su frase favorita. Lo cierto es que era más listo de lo que yo había pensado. Papa iba a convertirse en el intermediario de los mejores MDLS de la Comunidad y ellos iban a dejar que lo hiciera porque, como artistas que eran, todos compartían un mismo defecto: eran demasiado vagos como para preocuparse de cuestiones prácticas.

De hecho, nunca invitamos explícitamente a Papa a unirse a nosotros en Proyecto Hollywood; sencillamente dejamos que lo hiciera porque estaba dispuesto a hacer el trabajo.

Había una sucursal de Coldwell Banker justo delante de su hotel; ahí fue donde Papa encontró a Joe, nuestro nuevo agente inmobiliario. Aunque las inmobiliarias no ganan mucho dinero con los alquileres, Papa consiguió convencer a Joe de que trabajara para nosotros prometiéndole que le enseñaría algunas técnicas de sargeo.

—Tiene varias casas que nos pueden interesar —nos dijo Papa una tarde en el vestíbulo del hotel Furama—. Hay tres que tienen muy buena pinta: una mansión en Mulholland Drive; una casa cerca de Sunset en la que, por lo visto, se corrían sus juergas la pandilla de Frank Sinatra, Dean Martin y Sammy Davis Jr., y una supermansión, con diez dormitorios, pistas de tenis y hasta una discoteca.

—Suena bien —comenté yo—. ¿Cuánto piden?

—Cincuenta mil al mes.

—Olvídalo.

El semblante de Papa se oscureció. No le gustaba la palabra no. Después de todo, era hijo único.

Subió a su habitación y volvió a bajar media hora después con una hoja de papel en la mano; en ella estaba escrito su plan para conseguir cincuenta mil dólares al mes. Todas las semanas daríamos una fiesta en nuestra discoteca particular con la que ganaríamos ocho mil dólares en concepto de entradas y cinco mil dólares en copas al mes; los seminarios nos proporcionarían otros veinte mil dólares más al mes; conseguiríamos otros dos mil dólares dando clases de tenis, y, finalmente, cada uno de los diez inquilinos de la casa tendría que pagar mil quinientos dólares de alquiler.

Era un plan de locos. No tenía ningún sentido gastar todos nuestros ingresos en pagar el alquiler. Pero, al mismo tiempo, resultaba increíble. Papa estaba decidido a convertir Proyecto Hollywood en una realidad, y estaba dispuesto a hacer lo que hiciese falta para conseguirlo. Empecé a entender por qué Mystery lo había hecho su mánager. Papa era uno de los nuestros:

cogía lo que quería. Además, Papa tenía iniciativa y, al contrario que Mystery, siempre acababa lo que empezaba.

Y, como MDLS, Papa también se había hecho digno de Proyecto Hollywood. Desde que lo habíamos conocido en Toronto, había demostrado su valor una y otra vez en el campo del sargeo; como volvería a hacerlo un día después, al conseguir encerrar a París Hilton en un restaurante mexicano.

CAPÍTULO 4

Grupo MSN: Salón de Mystery
Asunto: Parte de sargeo: la seducción de Paris Hilton
Autor: Papa

Hoy, Style, Mystery, nuestro agente inmobiliario y yo hemos ido a ver una mansión para alquilar en las colinas de Hollywood. Es la antigua casa de Dean Martin. Nos ha encantado, y espero poder cerrar el trato pronto. En cuanto lo hagamos estaremos en la cima del mundo; literal y figurativamente. Cuando estás en la mansión, todo parece perfecto.

Después de ver la casa fuimos a comer a un famoso restaurante mexicano de comida rápida que hay cerca de la mansión y nos sentamos a una de las mesas de fuera. De repente, nuestro agente inmobiliario se inclinó hacia mí y me dijo al oído:

Agente inmobiliario: Acabo de ver entrar a Paris Hilton. Creo que está pidiendo un burrito. ¿Por qué no te la intentas ligar?

Papa: ¿A Paris Hilton?

Style: Al entrar, pase lo que pase, no mires en su dirección.

Papa: Vale. Vamos allá.

Me levanté, entré en el restaurante y vi a una TB rubia sirviéndose un poco de salsa. Llevaba tiempo preparándome para una ocasión así. Había llegado el momento de demostrar de lo que era capaz. Así que me acerqué a ella y me comporté como si no la hubiera visto. Tras servirme un poco de salsa, me volví lentamente hacia ella y la abordé con la frase de apertura de la novia celosa.

Papa: Oye, me vendría bien un consejo femenino.

Paris (levanta la mirada): ¿Qué tipo de consejo?

Papa: ¿Tú saldrías con un tío que sigue siendo amigo de su ex novia?
Paris: Sí. No veo por qué no.

Me alejé unos pasos. Después me di la vuelta y continué la conversación.

Papa: De hecho, es una pregunta doble.
París (sonríe).
Papa: Imagínate que estás saliendo con un tío que sigue viendo a su ex novia. Imagínate que te vas a ir a vivir con él y que él sigue teniendo un cajón lleno de fotos de su ex. No fotos de ella desnuda ni nada de eso; sólo fotos normales y algunas cartas.

París: Lo metería todo en una caja y la tiraría a la basura.

Yo la interrumpí.

Papa: ¿Te parece razonable que ella quiera deshacerse de las fotos?
Paris: Claro. Yo salí una vez con un tío que tenía fotos de una antigua novia y las tiré a la basura.
Papa: ¿De verdad? Lo digo porque yo tengo una amiga a la que le ha pasado lo mismo y ha quemado las fotos.
Paris: Eso es lo que tendría que haber hecho yo. (Sonrisas.)

Paris acabó de servirse la salsa.

Papa: ¿Sabes?, me recuerdas a una caricatura que vi una vez de Britney Spears. Puede que sea por los dientes.

Paris deja el platito con la salsa en una mesa, me mira y sonríe. Entonces yo recurro a la técnica de Style de los dientes anchos con forma de C y los dientes con forma de U.

Papa: Sí, definitivamente tienes los dientes de Britney Spears. Bueno, al menos eso es lo que diría una novia que tuve. Según ella, las chicas que tienen dientes con una curva ancha, una curva que dibuja una C, como Britney Spears, siempre parecen buenas chicas, por muchos tíos que se tiren. Y tú tienes ese tipo de dentadura.
París (interesada y sonriendo): ¿De verdad?
Papa: Lo digo en serio. Si no, fíjate en las chicas que salen en las cubiertas de las revistas. Todas tienen los dientes iguales. Al menos eso es lo que decía mi antigua novia. Hasta se hizo cambiar los dien-

tes; porque ella los tenía con forma de U, como Christina Aguilera. Decía que los dientes con forma de U te hacen parecer distante y que por eso Christina Aguilera tenía reputación de chica mala, en vez de tenerla Britney Spears.

Paris (sonríe).

Nos acercamos juntos al mostrador y ella cogió la comida que había pedido. Yo me comporté como si estuviera a punto de marcharme, aunque no tenía la menor intención de hacerlo. Ella ya tenía su comida y estaba a punto de irse, pero yo estaba decidido a evitarlo. Me volví hacia ella y continué la conversación:

Papa: ¿Sabes?, tengo una intuición sobre ti.
Paris: ¿Sí, cuál?

Volvió a dejar la bolsa con la comida sobre el mostrador y me miró fijamente.

Papa: Podría decirte cómo eres realmente con tan sólo hacerte tres preguntas.
Paris: ¿De verdad?
Papa: Sí. Ven, siéntate un momento y te lo demostraré.
París: Vale.

Me senté a una mesa que había cerca del mostrador. Ella se sentó al otro lado de la mesa y me sonrió. Había llegado el momento de demostrar mi valía. Durante los siguientes quince minutos compartimos lugares comunes y anécdotas sobre Hollywood. Yo recurrí a varias técnicas de Seducción Acelerada y de demostración de valía.

Papa: Un amigo me ha enseñado una técnica fascinante de visualización que él llama el cubo. Está ahí fuera. Acabamos de alquilar una casa (señalo hacia las colinas). Llevo diez semanas viviendo en un hotel. ¡Ya no aguantaba más!
París: ¿De verdad? ¿En qué hotel?
Papa: En el Furama.
Paris (asiente): Sí. Yo vivo aquí cerca, en Kings Road.
Papa: Mola. Vamos a ser vecinos. Mi nueva casa está en Londonderry. Es un sitio fantástico. Mi amigo Style y yo vamos a hacer las mejores fiestas *after-hours* de la ciudad.
Paris: ¡Qué guay!
Papa: Bueno, ¿estás lista para la prueba del cubo?

Paris: Sí. Cuando quieras. (Sonríe.)

Papa: Antes de empezar necesito hacerte unas preguntas. ¿Eres una persona inteligente?

Paris: Sí.

Papa: ¿Eres intuitiva?

Paris: Sí.

Papa: ¿Tienes mucha imaginación?

Paris: Sí.

Papa: Perfecto, entonces podemos empezar. Imagina que estás conduciendo por un desierto y ves un cubo. ¿Qué tamaño tiene?

Paris: Es grande.

Papa: ¿Cómo de grande?

Paris: Como un hotel.

Papa: Eso es interesante. Vale. Ahora dime, ¿de qué color es?

Paris: Rosa.

Papa: ¿Y es transparente?

Paris: Sí, completamente transparente.

Papa: ¡Perfecto! Ahora vamos a añadir una escalera. ¿Dónde está esa escalera, en relación con el cubo?

Paris: Está apoyada en el cubo; justo en el centro. Y lo atraviesa.

Papa: Sabía que ibas a decir eso.

Paris: Sí, claro. (Sonríe y deja escapar una risita.)

Papa: Sí, de verdad. Y ahora vamos a añadir una cosa más. Vamos a añadir un caballo. ¿Dónde está el caballo?

Paris: Está durmiendo.

Papa: Sí, pero ¿dónde?

Paris: Delante del cubo.

Papa: Eso es muy interesante. (Una breve pausa.) Sí, ya está. Y, ahora, ¿estás preparada para saber lo que quiere decir? (De nuevo, un breve silencio.) No significa nada. No, no, era una broma. No me hagas caso. El cubo representa lo que piensas de ti misma; es tu ego. Por lo que has dicho, es bastante grande. Eso quiere decir que eres una persona con confianza en ti misma. Pero tu ego tampoco es gigantesco. O sea, que no eres una creída. Además, tu cubo es rosa.

Paris: Sí. El rosa es mi color favorito.

Papa: El rosa es un color divertido y lleno de vida. El hecho de que lo hayas elegido quiere decir que tú también lo eres. Te gusta divertirte. Te gusta ir a fiestas con mucha gente, pero también te gusta estar a solas con un buen amigo.

Paris: Sí, es verdad.

Papa: Y tu cubo es transparente. Eso representa cómo te ven los demás, y tú eres el tipo de persona que no oculta nada; el tipo de persona que se muestra tal como es. Conectas con la gente.

Paris: ¿Cómo te llamas?
Papa: Papa. ¿Y tú?
Paris: Paris.
Papa: Tenemos muchas cosas en común, Paris. ¿No te parece?
Paris: Sí.
Papa: Algún día deberíamos tomar unas copas juntos.
Paris: Sí, sería divertido.
Papa: Toma.

Le di un trozo de papel y un bolígrafo. Ella escribió su nombre y su apellido y me lo devolvió; sin duda pensaría que yo iba a reaccionar con sorpresa al descubrir quién era. Pero yo me limité a devolverle el papel, como si no hubiera leído el nombre.

Papa: Se te ha olvidado algo.
Paris: Te voy a dar mi móvil. Es más fácil.
Papa: Vale.
Paris: Llámame. Lo pasaremos bien.
Papa: Sí, seguro que sí. Venga. Nos vemos.

Me levanté y salí afuera, donde me esperaban los demás.

Style: Buen trabajo, Papa. No hagáis nada. No querríamos que ella lo viera, ¿verdad? Buen trabajo.
Agente inmobiliario: Chócala, tío.

Les conté a los chicos todo lo que había hecho. Fue fenomenal. Sé que así es como van a ser las cosas a partir de ahora. Llamaré a Paris Hilton en cuanto estemos instalados en Proyecto Hollywood.

Éste es mi *set*, Mystery, así que mantente alejado cuando Paris venga a verme a Proyecto Hollywood.

Saludos a todos,

Papa

CAPÍTULO 5

Cada palabra que había empleado Papa con París Hilton era mía; desde la frase de apertura de la novia celosa hasta la rutina de las dentaduras con forma de C y de U. Incluso su manera de exponer la rutina del cubo era exactamente igual, prácticamente palabra por palabra, a la que Papa había grabado durante su primer taller en Toronto. Papa era un magnífico robot que acababa de superar a su programador.

Volvimos a la casa que habíamos visto por la mañana para conocer al dueño y firmar el contrato. No era la supermansión, sino la antigua casa de Dean Martin (que después perteneció al actor cómico Eddie Griffin), la guarida del Rat Pack. Estaba en Sunset Boulevard, justo encima de Mel's Diner, y costaba treinta y seis mil dólares menos al mes que la supermansión. Además, estaba tan cerca de los locales nocturnos de Sunset Boulevard que podíamos ir andando todas las noches.

El salón parecía el de un hotel de montaña. Tenía una chimenea, una pista de baile, a un nivel un poco más bajo que el resto del suelo, un techo de diez metros de altura, una pared con un gigantesco mural con incrustaciones de madera y una barra en una esquina. Cabrían en él fácilmente doscientas personas. Junto al salón había dos dormitorios. Delante de cada uno de ellos nacían sendas escaleras que llevaban a otros dos dormitorios. Y, finalmente, había un pequeño dormitorio para el servicio al lado de la cocina.

La joya de la casa era el jardín aterrazado. A una determinada altura se abrían dos patios con palmeras y limoneros. En la siguiente altura había una amplia terraza de ladrillo con una piscina con forma de cacahuete, un *jacuzzi* y un comedor con una barbacoa y una nevera. Detrás ascendía una cuesta perfectamente ajardinada con un camino que serpenteaba hasta la

pequeña terraza que coronaba el jardín. Desde ahí, podían admirarse las luces parpadeantes y los inmensos carteles publicitarios de la ciudad sobre la que pronto descenderíamos. Aquel lugar iba a ser un imán para las chicas; allí no podíamos fallar.

Papa firmó el contrato. Además de a pagar el alquiler más alto, eso le daba derecho a quedarse con el dormitorio principal, que venía equipado con una plataforma elevada para la cama, un gran ventanal y una chimenea. El cuarto de baño incluía una ducha circular rodeada por una pantalla de cristal, dos vestidores y una bañera con chorro de agua para tres personas.

Las posibilidades de Proyecto Hollywood eran prácticamente ilimitadas. Papa hablaba de alquilar la casa para celebrar fiestas después de los Grammy, de *premières* de películas, de grandes acontecimientos empresariales... Papa ya no sargeaba con chicas cuando salía; en lugar de eso, seducía a promotores y a celebridades, buscando las conexiones necesarias para promocionar las fiestas de Proyecto Hollywood. Incluso llegó a usar técnicas de Seducción Acelerada y de PNL para hipnotizar a promotores y a millonarios con el fin de que invirtieran en la casa.

Durante el tiempo que le quedaba libre, Papa pujaba por cabinas de bronceado, mesas de billar y barras de *strippers* en eBay. Su meta era convertir Proyecto Hollywood en un lugar al que Paris Hilton quisiera ir todos los fines de semana.

Quedaban dos dormitorios por llenar, así que colgamos un anuncio en el Salón de Mistery. La respuesta fue abrumadora: todo el mundo quería formar parte de Proyecto Hollywood.

Todas las chicas en fila, aquí. / Todos los chicos al otro lado. / Veo que cada vez estáis más adelantadas. / Veo que nosotros nos estamos quedando atrás.

Ani DiFranco, *The story*

CAPÍTULO 1

La primera noche estuvimos más de una hora metidos en el *jacuzzi*, observando las palmeras de nuestro nuevo hogar y las luces de las discotecas de Hollywood, a las que no tardaríamos en bajar. Mystery le cantó a la noche la banda sonora entera de *Jesucristo Superstar*. Papa nos habló de sus planes de alquilar la mansión para fiestas de Hollywood. Y Herbal nos preparó unos zumos de sandía en la batidora. No había ninguna chica; ni tampoco necesitábamos que la hubiera para sentirnos como unos triunfadores. Esa noche era sólo para los chicos. Lo habíamos conseguido: Proyecto Hollywood era una realidad.

—Haremos famosa esta mansión —predijo Mystery mientras disfrutábamos de la noche con una sonrisa en los labios—. Cuando pase conduciendo por delante de nuestra mansión, la gente dirá: «Aquí vivieron Style, Mystery, Papa y Herbal. Sus fiestas eran la envidia de todo el mundo.»

Herbal era el cuarto inquilino de Proyecto Hollywood. Era un MDLS tejano de veintidós años, alto, pálido y de temperamento tranquilo, que, para pavonearse, se pintaba las uñas plateadas y se vestía enteramente de blanco. Al igual que el resto de nosotros, era un don nadie reformado. También era el dueño de una casa en Texas, un Mercedes-Benz S600, un Rolex, un despacho en Sunset Boulevard al que nunca iba y un robot-aspiradora; una impresionante lista de posesiones para alguien tan joven. Las había conseguido contratando a otras personas Para que apostaran por él en un casino. Durante su tiempo libre, que era básicamente todo el día, se dedicaba a explorar cuevas, a grabar canciones de rap y a navegar por Internet, comprando todo tipo de extravagantes objetos que luego nunca usaba.

Mystery insistía en que todos los que vivíamos en Proyecto

Hollywood debíamos tener una identidad, así que teníamos un mago, un escritor, un hombre de negocios y un jugador; una combinación mucho más explosiva que la de cualquier *reality show*.

Al cabo de unos días, Papa instaló a Playboy, el quinto inquilino, en el cuarto de servicio. Playboy era un promotor de fiestas de Nueva York que se había ganado mi respeto al decirme que había trabajado en la compañía de danza de Merce Cunningham.

Aunque tenía buenos genes —era alto y delgado y tenía una abundante cabellera negra—, tenía la mala costumbre de llevar largos pañuelos y los pantalones subidos hasta el ombligo. Como había dejado su trabajo para unirse a nosotros, Papa lo puso a trabajar para la Verdadera Dinámica Social como pago de su alquiler.

Y estaba Xaneus, que vivía en una tienda en el jardín.

Pequeño, corpulento y de rostro juvenil, Xaneus era un jugador de fútbol universitario de Colorado que nos había rogado que le permitiéramos vivir en Proyecto Hollywood. Nos había dicho que podría dormir en cualquier sitio y que haría todo lo que le pidiéramos, así que Papa le había comprado una tienda de campaña, le había pedido que se encargara de pagar las facturas del agua, de la luz y de la limpieza de la mansión, y lo había incorporado como trabajador en prácticas a la Verdadera Dinámica Social.

Durante las dos primeras semanas todo lo que hicimos fue disfrutar de la mansión. Lo habíamos conseguido; habíamos derrotado al sistema. Vivíamos en el lugar más privilegiado de West Hollywood. Y teníamos unos compañeros magníficos. Herbal ya había programado la primera cumbre anual de MDLS, que tendría lugar en la mansión al mes siguiente.

Celebramos una reunión de inquilinos para decidir quién se encargaría de qué en Proyecto Hollywood: Papa se encargaría de las actividades sociales y Herbal de las finanzas. Después fijamos las reglas: ningún huésped podía quedarse más de un mes en la casa sin la aprobación del resto de los inquilinos; cualquiera que organizara un seminario en el salón tendría que aportar el diez por ciento de los ingresos al fondo de la casa, y quedaba terminantemente prohibido sargear con una chica que hubiera traído a casa otro MDLS. Pronto las romperíamos todas.

Al principio, disfruté de la convivencia con mis compañeros de casa, abandonando mi introvertido mundo de escritor para

formar parte de un todo que era mayor que la suma de sus partes. Todas las mañanas, al despertarme, veía a Herbal y a Mystery lanzando monedas de veinticinco centavos a una cubitera en el salón o saltando sobre una montaña de cojines desde una escalera. Eran como dos niños en un gigantesco cuarto de juegos.

—Tengo la sensación de que tú y yo vamos a ser buenos amigos —le dijo Mystery a Herbal una mañana.

A la primera fiesta que Playboy celebró en la mansión acudieron quinientas personas. Éramos un ejemplo que había que imitar; puede que no para los vecinos, pero sí para la Comunidad. Las primeras franquicias apenas tardaron un mes en aparecer.

Un grupo de MDLS se mudaron a la vieja casa que tenía Herbal en Texas y la bautizaron Proyecto Austin.

Algunos de nuestros discípulos de San Francisco alquilaron un piso con cinco dormitorios y un enorme salón en Chinatown y celebraron seminarios de sargeo en lo que llamaron Proyecto San Francisco.

Unos universitarios australianos crearon Proyecto Perth, que fue visitado por cien mujeres en los tres primeros días.

Y cuatro MDLS a los que Mystery y yo habíamos entrenado en Sydney alquilaron un apartamento en la playa con un ascensor que bajaba directamente a la discoteca. Era el Proyecto Sydney.

Nadie había llegado a comprender el pleno potencial de la Comunidad, las gestas que podían lograr un grupo de tíos que se reunían para hablar de mujeres. Teníamos nuestras mansiones y nuestras manicuras, y sabíamos sargear. Estábamos listos para extendernos por el mundo como una plaga.

CAPÍTULO 2

Durante el primer mes que pasé en Proyecto Hollywood mi realidad sexual alcanzó un nivel completamente nuevo. Al igual que el taller de Mystery me había abierto los ojos a todo lo que era posible conseguir en una discoteca, este último giro de acontecimientos me mostró posibilidades desconocidas hasta ahora en la cama.

Y todo porque Herbal no me dejó dormir... durante una semana entera.

—¿Has oído hablar alguna vez de las dietas de sueño? —me preguntó una mañana mientras desayunábamos algo en el restaurante Mel's Diner—. Lo he visto en Internet.

Durante su tiempo libre, Herbal descubría muchas cosas en Internet: una limusina en eBay, baratísima; sábanas de mil fibras para nuestras camas; una manera nueva y mejor de doblar las camisas, y un negocio que vendía pingüinos como mascotas (aunque al encargar un pingüino para Proyecto Hollywood descubrió que era una broma).

—Básicamente es una manera de entrenar tu cuerpo para que sobreviva con tan sólo dos horas de sueño al día —me explicó.

—¿Y eso es posible?

—En vez de dormir ocho horas todas las noches, lo que haces es echarte siestas de veinte minutos cada cuatro horas.

Resultaba tentador. Con esas seis horas de más al día tendría tiempo para escribir más, jugar más, leer más, hacer más ejercicio, salir más y aprender nuevas técnicas de sargeo.

—¿Cuál es el truco?

—Bueno —dijo Herbal—. Al parecer, se tardan unos diez días en adaptarse al nuevo ritmo. Y no es fácil. Pero, una vez que lo consigues, se convierte en algo totalmente natural. La

gente dice que tiene más energía, aunque, por alguna razón, también entran muchas ganas de beber zumos.

Al igual que ocurrió cuando Marko sugirió que fuésemos a Moldavia, yo dije que sí sin dudarlo. No tenía nada que perder; excepto diez días de sueño.

Nos aprovisionamos con videojuegos y DVD y les pedimos a nuestros compañeros que nos ayudaran a mantener nuestra nueva disciplina, pues bastaba con dormir unos minutos de más o saltarse una siesta para echar por tierra todo el experimento y tener que empezar de nuevo desde el principio. Como incentivo para mantenernos despiertos, todos los días invitábamos a la mansión a alguna chica.

Por aquel entonces yo estaba saliendo con unas diez chicas distintas. Era lo que los MDLS llaman MRE: múltiple relación estable.

Al contrario que los TTF, yo nunca les mentía a mis chicas. Todas sabían que salía con otras chicas. Y, para mi sorpresa, ninguna de ellas me había dejado.

Uno de los descubrimientos más importantes que hice en la Comunidad me lo proporcionó un libro de autoayuda que me recomendó Ross Jeffries: *Cómo dominar tu huna interior*. Me enseñó que «el mundo es lo que uno cree que es». En otras palabras, si tú sientes que necesitas tener un harén y, además, piensas que no hay nada raro en tenerlo, las chicas lo aceptarán. Ésa es tu realidad. Sin embargo, esa gente a la que le gustaría tener un harén pero que, en el fondo, piensa que es poco ético nunca conseguirá tenerlo.

La única chica que no se sentía del todo cómoda con el arreglo era Isabel, una pequeña española de personalidad efervescente y curvas pronunciadas que tenía la costumbre de mover la punta de la nariz como una ratita en busca de queso.

—Yo no me acuesto con otras personas cuando estoy saliendo con alguien —me decía una y otra vez—. Y me gustaría que tú tampoco lo hicieras.

Al cuarto día de mi experimento del sueño invité a Hea a la mansión para que me ayudara a permanecer despierto. Hea era una mujer pequeña que llevaba unas grandes gafas negras. Había algo tremendamente sensual en Hea. Era como si sólo le faltara el zapato de cristal para convertirse en una princesa. Y ese potencial de belleza resulta tan atractivo a ojos de la mayoría de los hombres como la belleza en sí misma. Normalmente son las propias mujeres las que más disfrutan cuando tienen el pelo, el maquillaje, las uñas y la ropa perfectamente arreglados.

Aunque no nos importe que lo hagan, los hombres no necesitamos que las mujeres se arreglen e intenten parecer modelos; con nuestra imaginación nos basta y nos sobra, pues los hombres desnudamos a cada mujer que se cruza en nuestro camino para ver si cumple nuestro ideal femenino. De ahí que las mujeres ignorasen a Hea y los hombres la desearan; nosotros veíamos su potencial.

Herbal y yo recibimos a Hea en la puerta sin afeitar y con los ojos enrojecidos. La dieta de sueño empezaba a pasarnos factura, y nuestro aspecto y nuestros modales habían sido lo primero en sucumbir. Así que la llevamos a la habitación de Herbal, nos sentamos los tres en el suelo y estuvimos una hora jugando con la Xbox para no quedarnos dormidos.

Cuando el timbre volvió a sonar, fui a la puerta arrastrando los pies. Al abrirla me encontré con Isabel.

—Vengo de Barfly —me dijo con un movimiento de nariz—. Estaba bailando con una amiga y he pensado en venir a verte.

—Sabes que odio las visitas sorpresa.

Siempre les decía a mis MRE que llamaran antes de venir a verme —precisamente para evitar situaciones como ésa—, pero ya que estaba ahí, la dejé pasar.

—De todas formas, me alegro de verte —le dije.

La acompañé al cuarto de Herbal e hice las presentaciones. Isabel se sentó al lado de Hea. Su intuición le decía que ocurría algo extraño. Miró a Hea de arriba abajo antes de preguntarle:

—¿De qué conoces a Style?

En ese momento empecé a pensar que, más que una visita casual, lo que había preparado Isabel era un ataque en toda regla. Así que dejé a las dos chicas con Herbal y fui a buscar a Mystery; estaba demasiado cansado para soportar una escenita.

—La he cagado, tío —le dije—. Isabel y Hea están a punto de sacarse los ojos. Necesito deshacerme de una de las dos.

—Tengo una idea mejor —dijo él—. Hazte un trío con ellas.

—Estás de broma, ¿no?

—Claro que no. Uno de mis alumnos me contó una vez una técnica para empezar un trío. Deberías intentarlo. Sólo tienes que sugerir un masaje a tres.

—Suena peligroso.

Todavía me acordaba del baño en la habitación de hotel de las gemelas de porcelana.

—No tiene por qué ser peligroso —repuso Mystery—. Corres un riesgo, sí, pero es un riesgo calculado. Ten en cuenta

que son ellas quienes han venido a ti; para empezar, ya tienes ese IDI.

Mystery podía ser muy persuasivo. Había conseguido que hablara y me vistiera de maneras que antes nunca hubiera imaginado posibles. Decidí que merecía la pena intentarlo. Lo peor que podía pasar era que las perdiera a las dos, y ése era un riesgo que estaba dispuesto a correr. Volví a la habitación de Herbal.

—Chicas —dije entre bostezos—, quiero enseñaros los vídeos que ha grabado Mystery. Os vais a morir de risa.

Inspirado por nuestro vídeo de Carly y Caroline, Mystery había empezado a grabar nuestros viajes y nuestras salidas, editándolos después en vídeos cómicos de unos diez minutos.

Me siguieron hasta mi habitación. Por supuesto, no había ninguna silla en la que sentarse; tan sólo la cama. Así que los tres nos tumbamos sobre el edredón y yo les enseñé la película de nuestro viaje a Australia.

Al acabar, tomé aire y me lancé:

—La semana pasada tuve una experiencia alucinante —les dije—. Fui a San Diego a ver a mi amigo Steve P., que es gurú y chamán. Steve P. hizo que dos de sus alumnas me dieran lo que él llamo un masaje de inducción dual. Las chicas movían las manos de forma perfectamente sincronizada sobre mi espalda. Resulta que, como no puede procesar tantos movimientos al mismo tiempo, la mente se desconecta por completo y te sientes como si te estuvieran masajeando cientos de manos. Fue alucinante.

Si describes algo con suficiente entusiasmo, la gente siempre querrá probarlo; sobre todo cuando no das la oportunidad de decir que no.

—Túmbate boca abajo —le dije a Isabel.

Ya que Isabel era quien más probabilidades tenía de echarse atrás, lo mejor era empezar por ella. Cuando se tumbó, yo me puse de rodillas a su derecha y le dije a Hea que se sentara a su izquierda y que imitara cada uno de mis movimientos.

Al acabar el turno de Isabel, me quité la camisa y me tumbé boca abajo. Las chicas se arrodillaron a ambos lados de mí y empezaron a masajearme la espalda; al principio, con movimientos vacilantes, pero pronto con más confianza. Mientras las dos se inclinaban sobre mí, trazando círculos con las manos sobre mi espalda, noté cómo la habitación se cargaba de energía. Isabel y Hea empezaban a sentir la naturaleza sexual de la situación.

Después de todo, era posible que aquello funcionara.

Cuando llegó el turno de Hea, se quitó la camisa y se tumbó boca abajo. Esta vez me aseguré de que el masaje fuera algo más erótico, llegando hasta el interior de los muslos y rozándole los pechos.

Al acabar, Hea se quedó tumbada. Había llegado el momento de la verdad. Tenía que cambiar de fase.

Estaba tan nervioso que las manos empezaron a temblarme, como en aquella desastrosa comida con Elisa, mi antigua compañera de colegio. Atraje a Isabel hacia mí y la besé. Mientras nos besábamos, fui bajando su cuerpo hasta que quedamos prácticamente tumbados sobre Hea. Entonces le di la vuelta a Hea y la besé. Ella respondió a mi beso. Funcionaba.

Lentamente, atraje a Isabel hacia nosotros, incorporándola al beso. Y, cuando los labios de Isabel y Hea por fin se tocaron, la tensión sexual que se había acumulado en la habitación estalló. Isabel y Hea se devoraron a besos, como si llevaran esperando hacerlo toda la vida. Pero ése no era el caso. Hacía tan sólo media hora eran rivales encarnizadas. La verdad es que no podía entender lo que había pasado; aunque, pensándolo bien, qué importaba eso ahora.

Hea le quitó la camisa a Isabel y los dos le chupamos los pezones. Después le quitamos los pantalones y le lamimos los muslos hasta que ella empezó a arquear la espalda. Mientras yo le quitaba las braguitas, Hea se puso detrás de mí e intentó quitarme los pantalones.

Y entonces vi el reloj en la pared. Eran las dos de la madrugada. El corazón me dio un vuelco. Habían pasado cuatro horas desde mi última siesta. No podía irme a dormir en medio del primer trío de mi vida. Pero, si no lo hacía, los cuatro días que llevaba de dieta de sueño no servirían para nada.

—Siento haceros esto —les dije—, pero tengo que echarme veinte minutos. Si queréis, podéis quedaros.

Con Isabel a un lado y Hea al otro, apenas tardé unos segundos en quedarme dormido. Soñé que las calles eran de agua y que yo nadaba por ellas. Cuando sonó el despertador, atraje a las dos chicas hacia mí y continué las cosas donde las había dejado.

Pero, esta vez, Isabel se apartó.

—Me siento rara —dijo.

—Tienes razón —le dije yo—. A mí me pasa lo mismo. Pero es una experiencia nueva. Por eso deberíamos intentarlo.

Ella asintió con una sonrisa. Después me quitó los calzonci-

llos y las dos empezaron a masturbarme mientras yo las observaba tumbado. Era una visión que merecía la pena recordar.

Hasta que Hea empezó a chupármela. Al notar cómo se tensaba el cuerpo de Isabel, recordé lo que había dicho sobre los tríos Rick H. en el seminario de David DeAngelo: se trataba del placer de las chicas, no del nuestro. Ellas eran como los perros que tiran de un trineo —ésa fue la metáfora que usó—, y nuestra misión era asegurarnos de que siempre estuvieran a gusto y tuvieran lo que necesitaban.

—¿Te sientes incómoda?—le pregunté.

—Un poco—contestó ella.

Aparté a Hea de mi entrepierna y los tres nos tumbamos a hablar hasta que llegó el momento de mi próxima siesta.

Al final, esa noche no me acosté con Hea. Verme penetrar a otra chica hubiera sido demasiado para Isabel; lo que había hecho esa noche ya había sido un gran paso para ella.

La noche siguiente yo estaba todavía más cansado. Me senté a ver *Amistades peligrosas* con Herbal, pero, cada cierto tiempo, caía en un ensueño del que despertaba inmediatamente. Se llaman microsueños: el cuerpo tiene tanta necesidad de descanso que aprovechaba el menor descuido para engañarnos y robarnos un instante de sueño.

—Esto de la dieta de sueño ha sido una idea horrible —le dije a Herbal.

—Tú aguanta —me dijo él—. Ya verás cómo merece la pena.

Aunque había comprado varios frascos de vitaminas para darle una pequeña ayuda extra a mi sistema inmunológico, con la falta de sueño siempre me olvidaba de cuáles había tomado y de cuánto tiempo hacía.

Afortunadamente, esa noche Nadia no tardó en llegar. Nadia era otra de mis MRE, la bibliotecaria sexy a la que había conocido durante mi experimento con los anuncios de contactos. Y vino con Barbara, una amiga cuyo flequillo negro me hizo pensar en Betty Page; venían de ver un espectáculo burlesco de las Suicide Girls en la Knitting Factory.

Les serví una copa y nos sentamos juntos en un sofá. Aunque Barbara tenía novio, aprovechaba la menor posibilidad para juguetear con Nadia, hacia la que no había duda de que se sentía atraída. Así que decidí darle la oportunidad de expresar sus sentimientos.

Pero primero me retiré a disfrutar de una de mis tan necesitadas siestas. Esta vez soñé que estaba perdido, desnudo, en una inmensa pradera cubierta de nieve. Al levantarme, veinte

minutos después, les dije que subieran a mi habitación a ver uno de los vídeos de Mystery y, una vez arriba, volví a probar con la técnica del masaje de inducción dual. Y, para mi sorpresa, funcionó de nuevo. En cuanto sus labios se rozaron, las chicas se devoraron entre sí, exactamente igual que lo habían hecho Isabel y Hea. Así que lo de la noche anterior no había sido un simple golpe de suerte.

Al contrario que Isabel, los celos no eran un problema para Nadia. Mientras yo me la follaba, Barbara se agachó detrás de mí y empezó a chuparme los huevos. Hubiera querido follarme también a Barbara, pero no fue posible. Esa experiencia superaba con creces todo lo que hubiera imaginado posible antes de unirme a la Comunidad. Hasta tal punto era así que no pude controlarme. No pude aguantar más tiempo.

Durante el último año y medio había pasado mucho tiempo trabajando en mejorar mi aspecto, mi energía y mi actitud. Y resultaba que, ahora que todas esas cualidades estaban en su momento más bajo, ahora que estaba hecho una mierda y tenía un aspecto lamentable, acababa de vivir los dos días sexualmente más excitantes de mi vida. La lección que podía extraerse de todo eso era que, cuanto menos pareces intentarlo, mejor te va.

Al día siguiente, Herbal y yo estábamos sentados en el salón con una cubitera llena de hielo que nos frotábamos por el cuerpo para obligarnos a permanecer despiertos. El proceso de adaptación a la dieta de sueño estaba resultando más duro de lo que habíamos imaginado. Yo empezaba a dudar de si no estaríamos perdiendo el tiempo. Después de todo, ese asunto del sueño no había sido comprobado científicamente.

—Ya puede haber un arco iris al final de este túnel —le dije a Herbal—. Aquí estamos, buscando el caldero de oro que se supone que hay al final del arco iris, pero ni siquiera sabemos si existe ese arco iris o si saldremos algún día de este túnel.

Herbal parecía confuso. Lo había despertado de un microsueño.

—Estaba soñando con lombrices de gominola —dijo arrastrando las palabras—. Alguien estaba cortando en cachitos gominolas con forma de oso para convertirlas en gominolas con forma de lombriz.

Dos siestas después, empezaron los dolores de cabeza. Además, por mucho que lo intentaba, no conseguía mantener los párpados abiertos. Nos dimos un baño de agua fría, nos abofeteamos mutuamente, corrimos por el salón persiguiéndonos con una escoba en la mano... Pero ya nada funcionaba.

Al palparme los dientes en busca de mi aparato, supe que había traspasado el umbral de la cordura, pues no llevaba aparato en los dientes desde que tenía catorce años.

—Me voy a la cama —dijo por fin Herbal.

—No puedes hacerme eso —me quejé yo—. Nunca lo conseguiré sin ti.

—Ten cuidado con los palillos —me avisó él.

De repente, los dos rompimos a reír. Herbal acababa de salir de otro microsueño. Los sueños y la realidad empezaban a confundirse en nuestras mentes.

—Intenta aguantar, por lo menos, hasta la próxima siesta —traté de convencerlo.

Pero, al acabar la siguiente siesta, no conseguí levantarlo de la cama. Ni siquiera conseguí que abriera los ojos. Consciente de que nunca conseguiría lograrlo solo, subí lentamente la escalera, me tumbé en la cama y me sumí en el más dulce y profundo sueño de toda mi vida. Y, aunque el experimento del sueño hubiese sido un fracaso, gracias a ello alcancé un nuevo nivel como MDLS.

Supongo que debería mostrarme más humilde con respecto al masaje de inducción dual y decir que fue un paso más en el camino de degradación en el que se había convertido mi vida. Pero descubrir la clave para los tríos fue como descubrir la piedra Roseta del sargeo. En cuanto acabé de perfeccionar la técnica del masaje de inducción dual y la compartí en los foros de seducción, los tríos pasaron a formar parte de la vida sexual de MDLS de todo el mundo. Fue como conseguir correr una milla por debajo de los tres minutos. Y, además, gracias al masaje de inducción dual, conseguiría mantener el puesto número uno en el ranking de Thundercat por segundo año consecutivo.

No había duda: Proyecto Hollywood ya era un éxito.

CAPÍTULO 3

Y entonces llegó Tyler Durden.

Parecía que se había echado un bote entero de crema bronceadura.

—Sé que la última vez que estuve en Los Ángeles no causé muy buena impresión —me dijo mientras me estrechaba la mano. Incluso me miró a los ojos durante un nanosegundo.

Llevaba puesta una camisa blanca y negra con cordeles colgando de los costados, al modo de un corsé. Era el tipo de camisa que me hubiera comprado yo.

—La inteligencia social no es mi fuerte —continuó diciendo. Creo que intentaba disculparse—. Todavía tengo mucho que aprender en ese campo. Cuando me descuido, puedo parecer algo egocéntrico. No mola nada. Supongo que Mystery tiene razón cuando dice que tengo que esforzarme más por caerles bien a los chicos.

Desde que lo había conocido, Tyler había participado en decenas de talleres y yo había seguido sus progresos a través de Internet. Sus alumnos decían que ya podía rivalizar con Mystery en el campo del sargeo. Sea como fuere, Tyler merecía una segunda oportunidad. Quién sabe; era posible que realmente hubiera mejorado su actitud. Después de todo, ésa era la idea en la que se basaba la Comunidad. Y, ahora que los dos íbamos a viajar a Las Vegas para hacer de alas en uno de los talleres de Mystery, tenía curiosidad por ver si lo que se decía sobre su destreza en el campo del sargeo era realmente cierto.

Tyler se colgó la bolsa al hombro y fue al cuarto de Papa. Entre la recién descubierta pasión de Papa por los negocios y el afán de Tyler Durden por convertirse en el mejor maestro de la seducción de la Comunidad, formaban un equipo prácticamente invencible.

Por lo que yo sabía, nadie había aprobado a Tyler Durden como nuevo inquilino. Pero, aunque no había sitio para nadie más en la mansión, Papa parecía haber decidido que podía quedarse, pues había puesto un colchón en el suelo de uno de sus vestidores, convirtiéndolo en el nuevo dormitorio de Tyler.

Todavía no teníamos muebles. Tan sólo los cincuenta cojines que habíamos comprado para compensar el desnivel de la pista de baile. Esa noche, Playboy preparó su proyector de cine para que pudiéramos ver películas en el techo y todos nos tumbamos a ver *Conocimiento carnal* en la piscina de cojines.

Al acabar, Tyler Durden se acercó a mí.

—Tu archivo me ha ayudado mucho a la hora de elaborar mi método —me dijo.

Los mensajes y posts que yo había escrito en los foros de seducción a lo largo de más de un año y medio habían sido recopilados en un gran archivo de texto y colgados en Internet junto a los de Mystery y los de Ross Jeffries.

—Algunas de mis mejores técnicas están inspiradas en tu trabajo —continuó diciendo.

No era fácil escapar de una conversación con Tyler Durden, ya que, después de sargear, lo que más le gustaba era hablar sobre sargear.

—Últimamente he estado haciendo un experimento —me dijo—. Les he estado diciendo a los *sets* que soy tú.

—¿Qué?

—Sí, les digo que soy Neil Strauss y que escribo para la revista *Rolling Stone*.

Aunque la idea de que ese bicho raro fuera por ahí diciéndole a la gente que era yo me revolvía el estómago, respondí con fingida indiferencia:

—¿Y funciona?

—Depende —repuso él—. A veces no me creen. Otras veces me dicen: «¿De verdad? ¡Cómo mola!» Aunque hay que tener cuidado, porque corres el riesgo de que piensen que eres un engreído.

—Déjame que te diga algo. Llevo escribiendo una década y eso nunca me ha ayudado a sargear. Los escritores no resultan atractivos. Los escritores no son populares. Al menos, ésa es mi experiencia. ¿Por qué crees que me uní a la Comunidad? De todas formas, me halaga que lo hayas intentado, Tyler.

Ese fin de semana fui a Las Vegas con Tyler Durden y con Mystery. Papa había matriculado a diez personas para el taller, lo cual no estaba nada mal, teniendo en cuenta que se trataba

de un taller para seis personas. Los llevamos al Hard Rock Casino. Por lo general, la primera noche, los profesores hacíamos una demostración práctica de cómo comportarse en el campo del sargeo.

Como MDLS, Tyler Durden había mejorado extraordinariamente desde la última vez que lo había visto en Los Ángeles, cuando no le había dirigido la palabra a una sola chica. Al verlo aproximarse a un *set* de chicas que estaban de despedida de soltera, me acerqué un poco para oír lo que decía. Estaba hablando de Mystery.

—¿Veis a ese tío alto con el sombrero de copa? —les decía—. Necesita ser el centro de atención. Si lo dejáis, os dirá todo tipo de cosas desagradables para atraer vuestra atención. Lo mejor es seguirle la corriente; la verdad es que necesita ayuda.

Estaba descubriéndoles el método de Mystery; así neutralizaba sus negas.

—También hace trucos de magia —continuó diciendo—. Vosotras haced como si os gustaran. Trabaja mucho en fiestas de cumpleaños para niños pequeños.

Ahora estaba neutralizando la demostración de valía de Mystery.

Cuando se alejó del *set*, le pregunté qué estaba haciendo.

—Papa y yo hemos inventado una técnica que os va a hacer parecer aprendices.

—¿Y qué decís sobre mí? —pregunté con fingida normalidad.

Tyler Durden empezó a reírse.

—Decimos: «Mira. Ahí está Style. No tiene mal aspecto para tener cuarenta y cinco años. Además, es una monada. Es como Elmer Gruñón.»

No podía creerlo. Tyler estaba MAGeando a sus propios colegas; era diabólico.

—Tú también podrías hacerlo —me dijo Tyler—. Puedes decir que parezco el muñequito de Bimbo.

Me tragué la bilis mientras me preguntaba qué haría Tom Cruise.

—Esas cosas no me van, tío —le dije con una amplia sonrisa, como si todo aquello me resultara muy gracioso—. Ésa es la diferencia entre tú y yo. A mí me gusta rodearme de personas mejores que yo; me hacen mejorar y siempre suponen un desafío. Tú, en cambio, intentas deshacerte de todos los que son mejores que tú.

—Sí, puede que tengas razón —reconoció él.

Con el tiempo supe que sólo tenía razón en parte. En efecto, a Tyler Durden le gustaba deshacerse de la competencia; pero no antes de haberle chupado hasta la última gota de información.

Durante el resto del fin de semana, cada vez que hablaba con alguien tenía a Tyler Durden a mi lado, estudiando cada palabra que salía de mis labios, analizando las reglas y los patrones de comportamiento que me permitían conseguir una posición dominante en un grupo. Tyler había estudiado mi archivo de Internet. Ahora estaba estudiando mi personalidad. Pronto sabría más de mí que yo mismo. Y entonces, igual que lo había hecho con los MAG en Londres, usaría mis palabras y mis gestos en mi contra.

Ya muy avanzada la noche, vi un *set* de dos sentadas a la barra del Peacock Lounge: una chica castaña, alta y de aspecto inquietante, con gafas y los pechos operados y demasiado grandes, y una pequeña chica rubia con una boina blanca y un cuerpo lleno de curvas.

—La rubia es una estrella porno —me dijo Mystery. Él era el experto—. Se llama Faith (1). Te la dejo a ti.

A pesar de llevar un año y medio en la Comunidad, a pesar de haber sido elegido mejor MDLS del año, todavía me sentía intimidado cuando veía a una mujer hermosa. Mi vieja personalidad de TTF siempre estaba al acecho, amenazando con volver, susurrándome que todo lo que había aprendido era una equivocación, que me estaba inclinando ante falsos ídolos, que todo ese asunto de la Comunidad no era más que un ejercicio de masturbación mental.

Y, aun así, me obligué a mí mismo a aproximarme al *set* y, en cuanto abrí la boca, entré en piloto automático.

Empecé con la novia celosa.

Introduje una limitación temporal.

Le dediqué un nega sobre el tono grave de su voz.

Hice el test de las mejores amigas.

Dentaduras con forma de C contra dentaduras con forma de U.

—¡Sabes tantas cosas!—dijo Faith.

—¡Sí, eres muy bueno! —me alabó su extraña amiga.

Las tenía comiendo de mis manos. Yo no era más que un pobre Elmer Gruñón que hacía estúpidos tests que yo mismo había inventado. Pero esas dos chicas, cuyos pechos juntos

(1) *Faith* significa «Fe». *(N. del t.)*

pesaban más que yo, me miraban absortas. No tenía nada que temer. No había ningún sargeador que tuviera mis herramientas.

Me habría gustado matar a mi TTF interior. ¿Cuándo me dejaría en paz?

Le hice una señal a Mystery para que se ocupara del obstáculo. Él se sentó al lado de la chica extraña y yo volví a poner el piloto automático.

Cambio de fase evolucionado.

Oler.

Tirar del pelo.

Mordiscos en el brazo.

Mordiscos en el cuello.

—¿Qué nota les darías a tus besos, del uno al diez?

De repente, Faith se levantó de su asiento.

—Me estoy poniendo cachonda —dijo—. Tengo que irme.

Yo no sabía si me estaba poniendo una excusa porque había cometido algún error o si verdaderamente era tan bueno.

Abordé otro *set* —dos chicas hippies con ganas de fiesta—, pero cuando llevaba unos diez minutos hablando con ellas, Faith se acercó a mí y me cogió de la mano.

—Vamos al baño —me dijo.

En el baño, Faith bajó la tapa del retrete y me dijo que me sentara.

—Me pones supercachonda, tanto física como intelectualmente —me dijo mientras me desabrochaba los pantalones.

—Ya lo veo —le respondí yo.

—¿Cómo lo haces? He notado las vibraciones toda la noche. Hasta cuando hablabas con esas dos chicas. He visto que me mirabas.

Ella se agachó, rodeó mi flácido miembro con su mano y se lo metió en la boca. Pero no se me empalmó. Estaba abrumado.

Me levanté y la empujé contra la pared. Le rodeé el cuello con ambas manos y la besé, tal como le había visto hacerlo a Sin cuando yo todavía era un TTF. Después le bajé los pantalones, la senté en el retrete, le metí los dedos y empecé a chuparla. Ella arqueó la espalda, parpadeó y gimió, como si estuviera a punto de correrse; pero en vez de eso, de repente me hizo cambiar de sitio con ella.

—Quiero que te corras en mi boca —me dijo.

Pero yo seguía sin conseguir empalmarme. Era algo que nunca me había pasado. ¡Si hasta recordar aquella noche hace que me empalme!

—Quiero metértela —le dije yo en un último y desesperado intento por empalmarme.

Ella se levantó y se dio la vuelta. Yo me saqué un condón del bolsillo y pensé en todas las TB a las que había abordado esa noche. Empecé a notar algo de movimiento. Entonces, ella se sentó sobre mí, su espalda contra mi estómago, en la que sin duda era la peor postura posible para mi polla semierecta. Y, en cuanto empecé a penetrarla, volví a perder la erección. No sabía si serían los dos cubatas de Jack Daniel's que me había bebido esa noche, la ausencia de precalentamiento, el factor de intimidación que suponía estar con una estrella porno o el hecho de haberme masturbado unas horas antes.

Cuando salimos del baño, los alumnos del taller me rodearon con expectación. Una de las chicas hippies con las que había estado hablando entró en el cuarto de baño y, al poco tiempo, salió con mi condón envuelto en un pañuelo de papel. Al parecer, me lo había dejado en el suelo y ella se había sentido obligada a enseñárselo a todo el mundo. Así, aquella noche, se me imputó una hazaña de la que no era merecedor.

No podía mirar a la cara a Faith. Me había mostrado ante ella como un tío misterioso, fascinante, y con un gran atractivo sexual, pero, después, a la hora de la verdad, todo se había derrumbado, y ella se había encontrado con un tío calvo y delgaducho al que no se le levantaba.

CAPÍTULO 4

La última noche del taller de Las Vegas, Tyler Durden sargeó con una chica que trabajaba en el Hard Rock Café. Stacy era una vampiresa rubia que escuchaba música *new metal*. Al acabar su turno, se unió a nosotros en el casino. La acompañaba Tammy, su compañera de apartamento, una belleza silenciosa con la apariencia de un bebé regordete y olor a chicle de uva.

Yo llevaba puesto un ridículo traje de piel de serpiente; Mystery llevaba una chistera, gafas de aviador, botas con plataformas de quince centímetros de alto, pantalones negros de látex y una camiseta negra con una señal digital roja que decía «Mystery». Incluso en Las Vegas parecía un bicho raro.

Tyler Durden apenas tardó unos minutos en empezar a MAGearlo delante de Stacy.

—La gente se ríe de él al verlo con esa ropa tan rara que lleva —le dijo—. Yo siempre le digo que no tiene por qué vestir así para que la gente lo acepte.

Mientras nuestros alumnos se desplegaban por la sala en busca de chicas, yo me apoyé contra la barra del bar y observé sus progresos. Al cabo de un rato, Stacy se acercó a mí. Había visto cómo dirigía el taller y, al parecer, esa demostración de valía (lidera a los hombres y liderarás a las mujeres) había despertado su interés. Mientras hablábamos, ella me miraba fijamente, mesándose el pelo, buscando excusas para tocarme el brazo, inclinándose hacia adelante cada vez que yo me echaba hacia atrás: un IDI tras otro. Pronto noté esa energía que siempre se acumula en el aire cuando estás a punto de besar a una chica.

Sabía que no debía hacerlo. Sabía que Stacy estaba con Tyler. Los MDLS tenemos un código de comportamiento: el primero en abordar un *set* tiene derecho a sargear con el objetivo, hasta que, una de dos, o cierre o se dé por vencido.

Pero un MDLS tampoco MAGea a su ala. Si Tyler Durden iba por ahí contando que yo era Elmer Gruñón, entonces Elmer Gruñón iba a cazar a su conejita.

Le acaricié el pelo. Ella sonrió.

Pensé que le gustaría besarme.

Y quería.

Así que nos besamos.

Entonces vi el mechón de pelo anaranjado. Tyler estaba cabreado.

—Ven conmigo —le ordenó a Stacy al tiempo que la agarraba del brazo.

Yo me disculpé. Lo que había hecho estaba mal. Pero cuando una burbuja de pasión se forma alrededor de ti, la razón se nubla y el instinto toma el control. La había cagado. Sí, era verdad que él me había estado MAGeando, pero con un segundo error no se arregla el primero. Realmente lo sentía.

Y, aun así, el consuelo esperaba a la vuelta de la esquina. Tyler se llevó a Stacy a nuestra habitación de hotel, dejando atrás a Tammy, su compañera de apartamento. Cinco minutos después, ya nos estábamos besando. Casi no podía creer lo fácil que había resultado. Tammy era la sexta chica con la que me había besado ese fin de semana.

Mystery, mientras tanto, había conocido a Angela, una *stripper* que, en su opinión, era un 10,5.

Como eran las dos de la madrugada y los alumnos ya habían recibido con creces aquello por lo que habían pagado, decidimos dar por acabado el taller y llevarnos a nuestras citas a un *after hours* que se llamaba Dre's.

Al salir, Mystery se detuvo un momento para mirarse en un espejo del casino.

—Me gusta ganar —dijo sonriéndole a su reflejo, que le devolvió la sonrisa en el acto.

En el taxi, Angela se sentó encima de Mystery, con la falda extendida sobre sus muslos. Empezaron a besarse cuando todavía no habíamos recorrido ni una manzana. Ella se mordía el labio y gemía suavemente cada vez que sus labios se separaban. Se metió el dedo índice de Mystery en la boca y empezó a chuparlo, sacándoselo y metiéndoselo. Estaba actuando para Mystery, para el resto de nosotros y para los pobres desafortunados que nos observaban desde fuera del coche. Al vernos pasar, la gente silbaba y vitoreaba. Mystery le metió un dedo. Como respuesta, ella arqueó la espalda y se apartó las braguitas hacia un lado, dejando a la vista una lágrima de pelo púbico perfecta-

mente afeitado. Mystery y Angela eran la pareja perfecta; cada uno completamente ajeno a la presencia del otro.

A las cinco de la mañana, cuando Angela se volvió a Los Ángeles, Mystery, Tammy y yo cogimos un taxi hasta el hotel Luxor, donde compartíamos habitación con Tyler Durden. Tammy y yo nos dejamos caer sobre una de las camas y empezamos a besarnos. Mystery se tumbó en la otra cama. Tyler estaba en una silla, con Stacy sentada encima.

Tammy se quitó la camiseta y el sujetador y me bajó los pantalones. Me la cogió con una mano y empezó a moverla arriba y abajo al tiempo que giraba la muñeca. Al poco, su boca sustituyó a su mano. Esta vez yo respondí a la perfección. Supongo que había algo en la combinación de whisky, una estrella porno y un baño público que resultaba demasiado tópico incluso para mí.

Tammy se quitó los pantalones. Yo cogí un condón de mi bolsillo y me lo puse. Pero no debíamos de llevar ni un minuto follando cuando paré. Los demás nos estaban mirando. O puede que estuvieran intentando no mirar. No podía saberlo; la idea de darme la vuelta me hacía sentir demasiado incómodo. Nunca me había acostado con una chica delante de alguien; menos aún delante de dos MDLS.

Aunque a Tammy, en cambio, no parecía importarle, la cogí en brazos, la llevé a la ducha y abrí el grifo. La empujé contra la mampara de la ducha, aplastándole los pechos contra el cristal, y se la metí por detrás. Tras cinco minutos de arremetidas, de repente se abrió la puerta del baño y vi un flash. Mystery, Tyler Durden y Stacy nos estaban haciendo fotos.

Mi primer pensamiento fue que iban a chantajearme. Todavía no me había dado cuenta de que, para ellos, aquellas fotos no eran más que un souvenir de los días que habíamos pasado en Las Vegas. Al igual que me había ocurrido con el artículo del *New York Times*, yo era el único al que le preocupaba la posibilidad de ser identificado. Los demás sencillamente se estaban divirtiendo. Tenía que darme cuenta de una vez por todas de que a nadie en la Comunidad le importaba lo que hiciera el escritor Neil Strauss. Los MDLS estaban tan involucrados en la Comunidad que nada de lo que ocurriera fuera de ella importaba. De hecho, a ojos de la mayoría de los MDLS, lo que ocurría fuera de la Comunidad ni siquiera era real. Sólo se fijaban en el periódico si veían un artículo en la sección de ciencia sobre los hábitos de apareamiento de los animales. Si ocurría un desastre en algún lugar del mundo, ellos lo utilizaban como material

de seducción para confeccionar un nuevo patrón: había que aprovechar el momento, porque nunca se sabía lo que podía ocurrir mañana.

Al día siguiente, las chicas nos invitaron a desayunar a su casa. Hicimos las maletas, fuimos a su apartamento y comimos los mejores huevos revueltos con beicon de nuestras vidas. Tyler Durden y Mystery se sentaron en el sofá y hablaron abiertamente sobre lo que hacían como MDLS. Estaba claro que estaban saldando cuentas pendientes. Mystery siempre se refería a Tyler como a «un antiguo alumno» y Tyler Durden decía que había superado al maestro creando un método de seducción enteramente nuevo y original.

El sol brillaba con fuerza y a mí no me apetecía hablar de sargear cuando tenía a mi lado a una chica de carne y hueso con la que podía acostarme en ese momento. Así que fui al cuarto de Tammy y, después de que ella me hubo hecho una mamada, dormí dos horas antes de coger el vuelo de vuelta a Los Ángeles.

Había algo intoxicante en aquella cama; la manera en la que llenaba la habitación, su inmaculada blancura, la calidez del edredón, la suavidad de las sábanas perfectamente estiradas... Siempre me han encantado los dormitorios de las chicas; son suaves y dulces, como debe de serlo el cielo.

CAPÍTULO 5

El avión de Mystery y de Tyler Durden no salía hasta la tarde, así que se quedaron con las chicas y yo cogí un taxi al aeropuerto. Durante el vuelo tuve un sueño.

Sargeo con una mujer y ella me lleva a su casa. Pero, al llegar, me paso mucho tiempo luchando contra su resistencia de última hora. Empujar y tirar, sucumbir y resistirse... Toda la noche igual. Finalmente me doy por vencido y me duermo.

A la mañana siguiente, estoy sentado en un sofá en el salón. Su compañera de apartamento, una mujer de origen hispano con abundante carmín, se acerca a mí y me dice: «Siento que mi amiga no se haya acostado contigo. Si quieres, puedes hacerlo conmigo.»

Se sienta en el sofá, abre las piernas y las levanta. Está desnuda de cintura para abajo. Me repite su oferta y yo acepto.

Su lápiz de labios me mancha la cara al besarnos. Cuando llega el momento de follar, aunque parece que estoy empalmado, realmente no la tengo dura. Me siento como si estuviera intentando meterle un Bucanero.

De repente, mi objetivo inicial entra en la habitación. Así es como la llamo en el sueño: mi objetivo. Mientras hablamos, intento cubrirme la boca manchada de carmín. Al oír a su amiga reírse detrás de mí, me doy cuenta de que, al engañar a mi objetivo con su amiga, acabo de suspender la prueba a la que me habían sometido las dos. Ahora que mi objetivo sabe cómo soy realmente, ya nunca conseguiré gustarle.

Esa noche, las chicas celebran una fiesta. Mystery aborda a mi objetivo. Le regala el mando a distancia de la puerta de un garaje. Me aseguro de que nadie está mirando, cojo el mando y salgo afuera. Lo aprieto una y otra vez. Tiene que abrir algún

garaje, y estoy seguro de que en ese garaje, me espera un regalo espectacular.

Mystery sale al jardín buscando a la chica. Resulta que el regalo era una técnica para conseguir aislarla en el jardín. Huyo de él, corriendo por la calle a toda velocidad, pero Mystery me alcanza al cabo de pocos segundos.

—Has intentado robarme el objetivo —le digo.

—Tú ya has tenido tu oportunidad con ella y no has conseguido nada —contesta él—. Ahora me toca a mí.

Al despertarme, entendí inmediatamente el significado de la prueba que había suspendido. Yo había sargeado con el objetivo de Tyler Durden. Y, después de lo ocurrido con la estrella porno, lo de la impotencia se explicaba por sí solo. Lo que no conseguía entender era la parte del sueño en la que Mystery intentaba robarme a mi objetivo; o, mejor dicho, no la entendí hasta que llegué a casa y recibí la llamada de Mystery.

—Espero que no te importe —me dijo—, pero Tammy acaba de hacerme una mamada. Hasta se ha tragado la lefa.

En algún lado en su estómago, mi esperma se mezclaba con el suyo.

—No te preocupes —le dije yo—. No me importa. —Y era verdad. Lo ocurrido formaba parte de la amistad; no era más que una rivalidad amistosa entre MDLS—. Pero no olvides que yo llegué primero.

Tyler Durden, sin embargo, no lo veía así. Para él, en el sargeo no había cabida para la amistad. Para Tyler, el sargeo era toda su vida.

Y no me perdonaría nunca que hubiera besado a su objetivo.

CAPÍTULO 6

Aunque la idea había sido traer mujeres a la mansión, el resultado era una casa llena de hombres. En vez de modelos tomando el sol en biquini en la piscina, Proyecto Hollywood se llenó de adolescentes con acné, de ejecutivos, de estudiantes regordetes, de millonarios solitarios, de actores sin éxito, de taxistas frustrados y de muchos, muchísimos, programadores informáticos. Llegaban a nosotros como TTF y salían convertidos en MDLS.

Todos los viernes, cuando llegaban, Mystery o Tyler Durden les enseñaban las mismas frases de entrada, los mismos consejos sobre su lenguaje corporal y las mismas técnicas de demostración de valía. Todos los sábados por la tarde, iban todos de compras a Melrose, compraban las mismas botas New Rock con plataforma de diez centímetros y las mismas camisas de rayas blancas y negras con trozos de cordel colgando de los costados. Compraban los mismos anillos, los mismos collares, los mismos sombreros y las mismas gafas de sol. Después, iban a la sala de bronceado.

Estábamos creando un ejército de MDLS.

De noche, salían al Sunset Strip. Parecían un enjambre de abejas en busca de chicas con las que sargear. Incluso cuando los talleres tocaban a su fin, nuestros alumnos seguían frecuentando las discotecas de Sunset, practicando sus técnicas de sargeo. Podías reconocerlos por sus botas y por los cordeles de sus camisas. Reunidos en grupos, elegían un *set* al que mandaban un emisario que se aproximaba con la frase de entrada: «Necesito una opinión femenina.»

Incluso las noches que no teníamos seminarios, nuestro salón se llenaba de todo tipo de tíos, muchos de los cuales habían conducido más de cien kilómetros para salir con nosotros. A las

dos y media de la mañana, cuando cerraban los bares, volvían a converger en la mansión acompañados de chicas borrachas de Orange County a las que se llevaban entre risas al *jacuzzi*, a la terraza, a los vestidores o a la pista de baile cubierta de cojines. O volvían con las manos vacías y se pasaban toda la noche analizando en qué habrían fallado.

—¿Sabes por qué soy mejor que los demás en el campo del sargeo? —me dijo una tarde Tyler Durden tras sentarse a mi lado en Mel's—. La razón es muy simple.

—¿Por tu sensibilidad?

—No, porque empujo —declaró con una floritura triunfante. Con empujar quería decir abrumar a una chica con una técnica tras otra, sin esperar siquiera su respuesta—. La otra noche, al ver que una chica se me escapaba le grité una de mis técnicas y ella volvió a mí como un puto cohete. Las convenciones sociales me importan una mierda. Hay que empujar. No hay ninguna situación que no se pueda resolver presionando.

—Yo no presiono —repuse.

Hay tíos que insisten una y otra vez hasta que la chica accede a quedar con ellos. Pero yo no era uno de ésos. No, yo no presionaba a las chicas. Todo lo que hacía era darles la oportunidad de conocerme, y luego, o les gustaba o no les gustaba. Y, por lo general, les gustaba.

—Si empujas lo suficiente siempre funciona —continuó diciendo Tyler Durden—. Y si una chica se enfada conmigo por empujar demasiado, lo que hago es cambiar el tono de voz y decirle que no estoy bien calibrado socialmente.

Observé a Tyler Durden mientras hablaba. Hablaba mucho de mujeres, pero casi nunca se lo veía con una.

—La razón por la que no tengo muchas relaciones es porque no me gusta el sexo oral —dijo cuando le pregunté por ello.

—¿Darlo o recibirlo?

—Ninguna de las dos cosas.

Fue entonces cuando me di cuenta de que Tyler Durden no estaba en la Comunidad para conocer mujeres con las que poder acostarse. El sexo no le motivaba. Lo que le motivaba era el poder.

Pero las motivaciones de Papa resultaban más difíciles de entender. Al principio, se involucró en la Comunidad porque quería sargear. Cuando nos instalamos en Proyecto Hollywood, Papa imaginó su habitación como una mezcla entre un centro de alta tecnología y el palacio de un sultán, donde sólo haría falta una llamada de teléfono para disponer de un harén. Ha-

blaba de hacerse una cama con forma de trono, de montar un centro de entretenimiento casero de tecnología punta, un bar al lado de la chimenea y tapices colgando del techo.

Pero su habitación no se convirtió en nada de eso. Cuando Tyler y yo volvimos de Mel's, nos encontramos a Mystery discutiendo con Papa en su habitación.

—Le das más alumnos a Tyler que a mí —decía Mystery.

—Estoy intentando repartir los trabajos de la manera más ventajosa para todos —protestó Papa. Aquella expresión sonaba más vacía cada vez que la usaba.

Yo miré la habitación con incredulidad. Apenas había algún mueble; tan sólo sacos de dormir y almohadas por el suelo. Las mujeres tienen un nombre para las habitaciones como ésa: un corte de rollo.

—¿Quién vive aquí? —pregunté.

—Algunos de los chicos de la VDS (1).

—Pero ¿cuántos?

—Bueno, ahora mismo Tyler Durden y Sickboy están durmiendo en los vestidores, y tengo a tres novatos en la habitación.

—Si alguien se queda más de un mes, necesita ser aprobado. Lo decidimos en la reunión de inquilinos. Ya hay demasiada gente en la mansión.

—Fantástico —dijo Papa.

—Si están disfrutando de la casa, deberían ayudar con los gastos —dijo Mystery.

Papa lo miró sin decir nada.

—No hay quien se entienda con este tío —se quejó Mystery—. Diga lo que diga, él se queda ahí parado y sólo dice: «Fantástico.» Es como un zombi.

—Eso no es justo —replicó Papa—. Crees que puedes presionarme porque fui tu alumno.

Era la primera vez que veía comportarse a Papa de esa manera. No es que hubiera subido el tono de voz, pero sus palabras sonaron inquietantemente graves y afectadas. En algún sitio, tras aquella fachada, había una persona viva, que respiraba y sentía, esperando que alguien la liberara.

Después de ese día, Papa dejó de entrar en la mansión por la puerta principal. Rodeando la casa, entraba por una escalera de incendios que llevaba hasta su cuarto de baño. Sus huéspedes hacían lo mismo.

(1) Acrónimo de Verdadera Dinámica Social. *Véase* el glosario.

CAPÍTULO 7

Mystery estaba tumbado en la piscina de cojines, con el ordenador apoyado en el pecho. Escuchaba una y otra vez la misma canción de Guy Clark.

Parecía necesitar atención. Así que me acerqué a él y se lo dije.

—Se ha muerto mi padre —dijo pronunciando las palabras con aparente frialdad.

Resultaba difícil saber cómo se sentía.

—Ha sido muy rápido —continuó diciendo—. Una embolia. Murió a las diez de la mañana.

Me senté a su lado. Mystery se había convertido en un observador pasivo de sí mismo que deconstruía analíticamente sus propias emociones.

—Hacía mucho tiempo que lo esperaba —señaló—. Y, aun así, resulta raro. Es como cuando murió Johnny Cash. Sabíamos que iba a pasar y, aun así, nos cogió por sorpresa.

Mystery había odiado a su padre toda su vida y había deseado verlo muerto en incontables ocasiones. Pero ahora que por fin había ocurrido, no sabía qué sentir. Parecía confuso y un poco triste, aunque no entendía por qué.

—Los únicos momentos buenos que recuerdo con él era cuando salía una tía buena en la tele —me dijo—. Entonces él me miraba y yo lo miraba a él y los dos apreciábamos el instante sin decir nada.

Un par de días después, celebramos la primera cumbre anual de MDLS en la mansión. Vinieron MDLS de todo el mundo y centenares de TTFR (típicos tipos frustrados recuperados) para oírlos hablar. Abrieron la sesión Playboy y Xaneus, a los que Papa y Tyler Durden habían entrenado para convertirlos en instructores.

Mientras Playboy hablaba sobre el lenguaje corporal, yo pensé en Belgrado, en el primer taller al que acompañé a Mystery. Me acordé de Exoticoption y de Sasha dando saltos en la calle tras su primer cierre con e-mail. Eran unos tíos fantásticos. Les había cogido verdadero cariño. Merecían acostarse con todas las chicas que quisieran. Durante meses, había seguido sus progresos en Internet.

Ahora, al mirar a mi alrededor, vi necesidad, hambre y desesperación. Tíos calvos con perilla —versiones en todos los tamaños de mí mismo— se acercaban a mí y me pedían que nos hiciéramos una foto juntos. Tíos tan apuestos que podrían haber sido modelos me pedían consejos sobre sus peinados y su ropa antes de preguntarme si podían hacerse una foto conmigo.

Dos hermanos desgarbados —ambos vírgenes— habían traído a su hermana a la convención. Era una diablesa callada de diecinueve años con grandes ojos, pequeños pechos y cierta inclinación hacia la estética hip-hop. Gracias a sus hermanos, sabía todo lo que había que saber sobre la Comunidad. Cuando un chico se aproximaba a ella con una frase de Chulo-Gracioso, ella le decía: «Conmigo no funcionan las técnicas de David DeAngelo.» Me dijo que se llamaba Min y me pidió que me hiciera una foto con ella.

—Soy una admiradora de tus posts —me dijo.

—¿Los has leído? —le pregunté yo con sorpresa.

—Sí, todos —respondió ella. Después se mordió el labio inferior.

Para mi intervención, traje a cinco de las chicas con las que estaba saliendo en ese momento. Practiqué distintas técnicas con ellas y luego les pedí que, en su calidad de expertas, valorasen el modo de vestir y el lenguaje corporal de varios de los asistentes. Recibí una ovación atronadora.

Al acabar la presentación, me acerqué a Papa y a Tyler Durden, que estaban sentados con algunos de sus discípulos de la VDS en unos sofás rojos que acabábamos de comprar. Estaban hablando sobre el vídeo en el que Mystery y yo salíamos con Caroline y con Carly. De alguna manera, Gunwitch se había hecho con una copia y la había colgado en Internet, acabando definitivamente con mi anonimato.

—Es genial —decía Papa—. Tyler Durden ha diseccionado las pautas de comportamiento de Style y las ha convertido en un nuevo método de sargeo. Tyler lo llama Stylemagear.

—¿Y en qué consiste? —preguntó uno de los alumnos.

—Es un tipo de control de marcos —le contestó Tyler Durden.

Un marco es un término de PNL: es la perspectiva a través de la cual cada uno vemos el mundo. Quien tiene el marco —o la realidad subjetiva— domina la interacción.

—Style posee todo tipo de técnicas que le permiten mantener el control del marco —continuó diciendo—. Así se asegura de ser siempre el centro de atención. Estoy escribiendo un post sobre ello.

—Suena bien —dije.

Papa, Tyler Durden y los alumnos se rieron.

—¿Ves?, ésa es una de las pautas que repites —dijo Papa—. Tyler también está escribiendo algo sobre eso.

—¿Sobre qué? Sólo he dicho que sonaba bien. Y lo digo en serio. Me muero de ganas de leer lo que ha escrito Tyler.

Todos volvieron a reírse. Al parecer, los estaba Stylemageando sin saberlo.

—¿Lo ves? —dijo Tyler Durden—. Usas la curiosidad como marco. Así, mediante tu aprobación, consigues una buena compenetración con la otra persona. Así te otorgas a ti mismo la posición de autoridad y haces que los demás quieran ser validados por ti. Estamos enseñando ese tipo de control del marco.

—Joder —exclamé—. Ahora, cada vez que diga algo, la gente va a pensar que estoy usando una técnica de VDS.

Todos volvieron a reír. Y fue entonces cuando me di cuenta de que estaba jodido. Yo no había aprendido en la Comunidad ninguna de esas cosas de las que hablaba Tyler Durden. Eran cosas que siempre habían formado parte de mí, de la persona que yo era realmente. Y aunque Tyler se equivocara en mis intenciones —eso formaba parte de su marco, de su manera de entender la vida—, conocía mis pautas de comportamiento mejor incluso que yo mismo. Tyler estaba convirtiendo los componentes básicos de mi personalidad en técnicas que podían ser aprendidas. Tyler Durden me iba a robar el alma y la iba a esparcir por Sunset Strip.

CAPÍTULO 8

El último día de la cumbre, Mystery tomó una decisión: iba a subir el precio de sus talleres de seiscientos a mil quinientos dólares. Quería que Papa cambiara la página web para que reflejase las nuevas tarifas.

—Pero eso no tiene sentido —protestó Papa—. El mercado no admitiría un aumento tan grande.

Papa ya no salía casi nunca. En vez de sargear, se pasaba las noches trabajando en la página web de la Verdadera Dinámica Social y en el programa asociado de Internet. Desde que nos habíamos instalado en Proyecto Hollywood, tan sólo lo habíamos visto una vez con una chica.

—Es mi método —dijo Mystery—. La gente pagará ese precio por él. Lo tengo todo controlado.

—No es práctico —dijo Papa mirándolo al pecho. A Papa no le gustaban las confrontaciones.

—¡No me lo puedo creer!

Mystery atravesó el salón, donde Extramask estaba haciendo una presentación. Extramask había llegado a Los Ángeles una semana antes y estaba durmiendo en algún lugar de la mansión, aunque no se sabía exactamente dónde, pues a Papa se le habían acabado los vestidores en los que amontonar a la gente. Yo apenas había hablado con él desde que había llegado. Siempre estaba ocupado: o estaba en la habitación de Papa o estaba trabajando para la VDS o haciendo de ala en los talleres de Tyler o levantando pesas.

Lo observé durante unos instantes. Tenía el cuerpo más musculoso. Llevaba una camiseta rota y una corbata con el nudo suelto. Les estaba contando a los alumnos que él no había perdido la virginidad —ni siquiera había cogido a una chica de la mano— hasta los veintiséis años. Ese discurso se había convertido en un recurso muy efectista, en una parte fundamental

de su rutina con los chicos. Porque ahora Extramask también se había convertido en un gurú. Y, durante el proceso, había perdido la inocencia que tenía cuando lo conocimos.

—Este teléfono móvil puede ser muy útil —dijo al tiempo que lo levantaba en alto—. Y eso que ni siquiera funciona. Pero puedo hacer como si estuviera hablando por él, como si estuviera manteniendo una conversación muy importante, y eso resulta muy útil cuando estás en una discoteca y no sabes qué hacer. No hay mejor ala que un teléfono móvil.

Extramask tenía buena presencia en el escenario y un sentido del humor algo excéntrico. Me habría gustado que hubiese pasado más tiempo trabajando en su carrera de actor cómico y menos en talleres de seducción. Pues, al contrario que Mystery o que Tyler, Extramask no había nacido para eso.

Seguí a Mystery hasta la cocina. Él me esperaba apoyado contra la encimera.

—Papa ha estado ofreciendo talleres a mis espaldas —resopló—. El fin de semana pasado lo vieron en las Highlands con seis tíos.

Yo me senté en la encimera, de tal manera que nuestros rostros quedaron a la misma altura.

—Y eso no es todo —me dijo.

Pensé que iba a seguir quejándose de Papa, pero de quien realmente quería hablar Mystery era de Patricia. Llevaba algún tiempo saliendo con un musculoso afroamericano que había conocido en el club de *striptease* y ahora se había quedado embarazada. Aunque no pensaba casarse, había decidido tener el niño. Al parecer, su reloj biológico así se lo pedía.

—Estoy intentando ver las cosas de forma objetiva —dijo Mystery al tiempo que se sentaba a horcajadas en una silla de la cocina—. No estoy enfadado, pero sí dolido. Me gustaría matarlos; a él y al bebé.

Entre las lecturas obligadas para cualquier MDLS había varios libros sobre la teoría de la evolución: *The Red Queen*, de Matt Ridley, *El gen egoísta*, de Richard Dawkins, y *Batallas en la cama*, de Robin Baker. Al leerlos entiendes por qué a las mujeres suelen gustarles los tíos más insoportables, por qué los hombres quieren acostarse con tantas mujeres, y por qué hay tantos maridos infieles. Y, al mismo tiempo, entiendes que esos impulsos violentos que la mayoría de nosotros intentamos reprimir son absolutamente normales y naturales. En el caso de Mystery, que era darwinista por naturaleza, esos libros aportaban una justificación de tipo intelectual a sus sentimientos an-

tisociales y a su deseo de hacerle daño al macho que se había apareado con su chica.

Tyler entró en la cocina y vio a Mystery lamentándose de su suerte.

—¿Sabes lo que deberías hacer? —le dijo—. Deberías salir a sargear.

Ése era el remedio para todo de Tyler Durden. Y realmente creía en él. Sargear curaba todos los problemas: depresión, animosidad, colitis, piojos... Mientras nosotros nos habíamos mudado a la mansión para crear un estilo de vida, para Tyler sólo había una manera de vivir: sargeando. Nunca tenía una cita. En vez de eso, iba con chicas a las discotecas de Sunset Boulevard, donde, por lo general, solía dejarlas tiradas para sargear con otras.

—Tienes que salir más —insistió Tyler—. Sal con Style esta noche. Vosotros juntos sois realmente buenos. Seguro que encuentras a una TB con la que olvidar a Patricia.

En ese momento aparecieron los hermanos vírgenes con su hermana Min y un MDLS con la cabeza afeitada. Yo tenía la sensación de que, estuviera donde estuviese, siempre acababa rodeado de algún grupo de TTF en busca de consejos.

—Tu presentación ha sido la mejor del día —me dijo el MDLS calvo—. Tu comportamiento con esas chicas ha sido elegante y caballeroso. Veros en el escenario ha sido como ver un baile con una hermosa coreografía.

—Gracias —le dije yo—. ¿Cómo te llamas?

—Stylechild (1).

Por primera vez en mucho tiempo, no supe qué decir.

—Elegí el nombre en honor a ti.

Mientras Stylechild me contaba que nunca había tenido suerte en la vida hasta que había encontrado la Comunidad y mis posts, Min me observaba con mirada traviesa. Aun así, decidí no sargear con ella, pues eso era lo que hacían todos los demás tíos que estaban en la mansión. Aparte de las chicas que me habían ayudado en mi presentación, Min era la única que había estado en la mansión durante el fin de semana.

Pero, esa noche, en el Saddle Ranch, Min seguía sin quitarme la vista de encima. Tenía que decirle algo; pero no podía ser nada que ella hubiera leído en Internet o les hubiera oído contar a sus hermanos.

—Me voy a apuntar al toro mecánico —le dije finalmente—. ¿Me acompañas?

(1) *Stylechild* significa «Hijo de Style». *(N. del t.)*

Y no era una frase vacía. Todavía tenía una cuenta pendiente con ese aparato. En muchos aspectos, montar el toro mecánico era como sargear. Tenía once niveles, que iban desde ridículamente fácil hasta diabólicamente difícil. Y, desde que lo había visto por primera vez, me había dicho a mí mismo que algún día superaría el último nivel, el mítico once. Hasta ahora, sólo había conseguido llegar hasta el diez.

Era una ambición completamente absurda y sin la menor utilidad. Pero si sientas a un hombre delante de un aparato con un mecanismo intrigante y le dices que tiene un sistema de puntuación con el que competir, lo más probable es que acabe obsesionado con dicho artilugio. De ahí la popularidad de los videojuegos, de las artes marciales, de Dragones y Mazmorras y de la Comunidad de la seducción.

Le pedí al encargado que pusiera el toro mecánico en el nivel once, le di una propina de cinco dólares para asegurarme de que me trataba con compasión y me monté. Por suerte, llevaba puestos unos pantalones de cuero, que ayudan a sujetarse a los costados. Recuerdo que la primera vez que monté, al día siguiente desperté con los muslos tan amoratados que casi no podía andar. Fue entonces cuando comprendí cómo debe de sentirse una mujer después de acostarse con un tipo de ciento treinta kilos.

Apoyé la entrepierna contra la parte delantera de la silla de montar, apreté las piernas contra los costados del toro y levanté una mano para indicar que estaba listo. La máquina cobró vida un instante después, vibrando con tanta fuerza que el mundo se tornó borroso a mi alrededor. Tenía la sensación de que el cerebro se me iba a salir de la cabeza. Mis caderas subían y bajaban más de prisa que los engranajes de un motor. Mis piernas perdieron el contacto con los costados del toro y empecé a golpearme los huevos, una y otra vez, contra el asidero de la silla. Pero, cuando estaba a punto de caer hacia un lado, el toro se detuvo. Había aguantado los siete segundos.

Al principio estaba eufórico. Me sentía como si hubiera logrado algo importante, aunque, desde luego, eso no iba a cambiarme la vida. Empecé a preguntarme por qué me habría obsesionado tanto con aquel aparato y, apenas unos minutos después, empecé a sentir los típicos remordimientos del comprador compulsivo.

Min me dijo que estaba cansada y me pidió que la acompañara a la mansión.

Yo capté el mensaje.

Mientras caminábamos, ella me cogió del brazo y me habló de sus hermanos y de cuánto les costaba aprender a sargear.

—Son muy protectores y se enfadan conmigo cuando salgo con algún chico —me dijo—. Pero yo creo que lo que les pasa es que están celosos porque ellos nunca tienen citas.

Al llegar a Proyecto Hollywood la llevé al *jacuzzi*.

—Mi último novio era un encanto —continuó diciendo— Hacía todo lo que le pedía. Pero a mí me ponía nerviosa, y cuando empecé a entrar en los foros de la Comunidad, me di cuenta de por qué no me sentía atraída por ninguno de los chicos del colegio. ¡Son tan aburridos! No tienen ni idea de lo que es hacerse el chulo-gracioso.

Me quité toda la ropa excepto los calzoncillos y me metí en el agua caliente, que fue como un bálsamo para mi cuerpo dolorido. Ella se unió a mí en sujetador y bragas. Era delgada y delicada, como una marioneta. La cogí de las manos y la atraje hacia mí. Ella se sentó encima de mí y me rodeó el cuerpo con las piernas. Empezamos a besarnos. Yo le quité el sujetador. Después la llevé en brazos, desnuda y empapada, hasta mi dormitorio, me puse un condón y la penetré lentamente. No tuve que enfrentarme a ninguna resistencia de última hora. Con su admiración hacia mí, sus hermanos la habían conducido directamente hasta mis brazos.

Min fue la primera fan con la que me acosté, pero no la última. La Comunidad se nos estaba escapando de las manos. Con tantos negocios de seducción compitiendo en Internet, la Comunidad estaba creciendo de forma exponencial; especialmente en el sur de California, donde el Sunset Strip se estaba transformando delante de nuestros ojos.

Ninguna mujer estaba a salvo. Talleres de hasta quince alumnos recorrían las calles como si fueran pandillas de barrio. Había grupos de antiguos alumnos en Standard, en Dublin's, en Saddle Ranch, en Miyagi's... A las dos de la madrugada, cuando cerraban los locales, los MDLS invadían Mel's, sentándose a cualquier mesa en la que hubiera una mujer. Y, todas las noches, traían a docenas de chicas a la mansión.

Y todo con mis frases de entrada y mis técnicas. Fuera a donde fuese, encontraba sus cabezas rapadas, sus diabólicas perillas, sus zapatos, exactamente iguales que los que yo me había comprado una semana antes en el Beverly Center. Había mini-yos por todas partes. Y no podía hacer nada por evitarlo.

CAPÍTULO 9

Grupo MSN: Salón de Mystery
Asunto: Cien aproximaciones
Autor: Adonis

Cuando me despidieron del trabajo (demasiado tiempo en Internet), decidí mudarme a Los Ángeles para dedicarme a tiempo completo a mejorar mis técnicas de sargeo. Siempre me he sentido un poco bicho raro, por mi adicción al teclado del ordenador y porque todavía soy virgen, así que he marcado el próximo sábado en el calendario con la intención de hacer cien aproximaciones en un solo día. Empezaré por la tarde en Melrose, entre La Brea y Fairfax. He calculado que puedo hacer diez aproximaciones por hora, así que si paso cinco horas en Melrose, alcanzaré las cincuenta aproximaciones. (¿Podría decirme alguien cómo se llama la tienda en la que venden las botas New Rock?) Después me ducharé e iré a Sunset. Mi idea es ir a Dublin's, a Miyagi's, a Saddle Ranch y a Standard, y hacer entre doce y quince aproximaciones en cada local. Alcanzar las cien no debería ser difícil. Y, aunque me estrelle las cien veces, al menos superaré mi temor al rechazo.

Adonis

Grupo MSN: Salón de Mystery
Asunto: ¡125 aproximaciones!
Autor: Adonis

¡Ha sido la leche! He conseguido 125 aproximaciones. Ha sido la leche. Antes de empezar, estuve escuchando las cintas de Confianza Imparable de Ross Jeffries. Ayudan mucho. Me imaginé que medía doce metros y que estaba hecho de diamante; nadie podía hacerme daño.

He empezado con la apertura clásica de la VDS: «¿Quiénes crees

que mienten más, los hombres o las mujeres?» Al principio, las TB me miraban raro, como si estuviera haciendo una encuesta o algo así. Pero las cosas empezaron a funcionar en el Saddie Ranch. No creo que quedara ni una sola mujer con la que no lo intentara. Una TB8 me iba a dar su e-mail, pero yo intenté cerrar con teléfono y al final la fastidie por completo. ¡Joder! Lección aprendida. Después fui a Standard. Dentro había dos talleres practicando. Y como no quedaba ni un solo *set* al que no se hubiera aproximado ya algún TTF, salí a la calle y empecé a hacer aproximaciones como un loco.

Os recomiendo que lo hagáis a todos los que estáis empezando. (Pero, eso sí, un consejo, aseguraos primero de haber dado de sí vuestras nuevas botas New Rock.)

Mi próxima meta es conseguir mil aproximaciones antes de que acabe el mes. Así perfeccionaré mi técnica y, además, ya nunca más me sentiré intimidado por las mujeres.

Adonis

Grupo MSN: Salón de Mystery
Asunto: 1.000 aproximaciones
Autor: Adonis

He anotado en un cuaderno cada aproximación y, tal y como os prometí, acabo de realizar la número mil. ¡Y todavía quedan cuatro días para que acabe el mes!

Después de mil aproximaciones, os puedo decir que sólo hay un número concreto de maneras en las que uno puede ser rechazado o ignorado. Y que eso a mí ya no me causa ningún dolor. ¿Por qué iba a importarme lo que pueda pensar alguien a quien no conozco de nada?

Otra cosa que he aprendido es la importancia de desafiar o intrigar a las TB desde el primer momento. Es mejor que intentar ser lógico. Ya consigo aguantar hasta diez o quince minutos en un *set*.

También he estado Stylemageando. Al principio no era nada fácil, pero cada vez lo hago mejor. Y eso que apenas mido un metro sesenta. A veces logro aislar al objetivo y hacerle la demostración de valía del cubo. Otras incluso consigo cerrar con teléfono. Me siento como una persona nueva, más segura, sin miedos. Antes era tan inseguro, era tan consciente de mí mismo, que alejaba a la gente. Ahora, cuando ando por la calle, irradio confianza y las TB notan las vibraciones. De verdad, os recomiendo a todos que lo intentéis. Os aseguro que merece la pena.

El mes que viene voy a dedicarlo a perfeccionar mi técnica telefónica: ¡mil llamadas! Antes de que acabe el año, seguro que follo.

Adonis

CAPÍTULO 10

Grupo MSN: Salón de Mystery
Asunto: ¿Eres un robot social?
Autor: Style

¿Os habéis fijado alguna vez en que hay algo raro en muchos de los tíos de la Comunidad?

Es como si les faltara algo; como si no fueran del todo humanos.

A algunos les va bien en el campo del sargeo: las chicas responden a sus técnicas, cierran con teléfono o incluso consiguen completos, pero nunca salen con la misma chica más de un par de veces.

¿Eres tú uno de ellos?

Para saberlo, hazte las siguientes preguntas:

¿Te invade el pánico cuando te quedas sin «material» a mitad de una conversación con una chica?
¿Tienes la sensación de que las mujeres te están haciendo un «test de eliminación» en cuanto te dicen algo que no es positivo?
¿Ves a todos los hombres que están con una mujer como a un MAG al que te gustaría destruir?
¿Eres incapaz de hablar de una chica sin mencionar su ranking?
¿Llamas a todas las mujeres con las que no te has acostado «pivotes»?
Cuando te cruzas con una mujer en un entorno no social, como una reunión de trabajo o una clínica de maternidad, ¿sientes un subidón de adrenalina que te obliga a abordarla?
¿Ha perdido valor todo lo que no está relacionado con sargear, como los libros, las películas, los amigos, la familia, el trabajo, los estudios, la comida o el agua?
¿Depende tu autoestima de tus relaciones con las mujeres?

Si tus respuestas son en su mayoría afirmativas, es muy posible que te hayas convertido en un robot social.

La mayoría de los sargeadores que conozco son robots sociales. Esta afirmación resulta especialmente cierta entre aquellos que se unen a la Comunidad con diecimuchos o veintipocos años. Al tener poca o ninguna experiencia previa de la vida, aprenden a socializar a través de métodos y escuelas de seducción adquiridas en los foros de Internet y en los talleres. Lo peor es que, posiblemente, ya nunca puedan volver a ser normales. Y tras veinte minutos con uno de estos robots sociales, los objetivos empiezan a darse cuenta de que no tienen nada más que ofrecerles. Entonces, ellos cuelgan posts en Internet quejándose de que las chicas son unos bichos raros.

Lo que pueden ofrecerte los foros de Internet y el estilo de vida de la Comunidad tiene un límite. Y, aunque pueden darte mucho, también pueden quitártelo. Pueden convertirte en una persona unidimensional. Pueden hacer que empieces a pensar que todo el mundo que te rodea es como tú, y que empieces a analizar cada uno de los movimientos de las personas más cercanas a ti.

La solución consiste en recordar que la mejor manera de sargear con una chica es teniendo algo mejor que hacer. Hay tíos que renuncian a todo —a sus estudios, a su trabajo, incluso a sus novias— para formar parte de la Comunidad, cuando son precisamente esas cosas las que permiten que uno viva una vida completa, aumentando el atractivo que uno tiene para las mujeres.

Así que recuperad el equilibrio en vuestras vidas. Si conseguís hacer algo que merezca la pena con vuestras vidas, las mujeres acudirán a vosotros en masa. Entonces, lo que habéis aprendido en la Comunidad os ayudará a seducirlas.

Style

CAPÍTULO 11

—No puedo decirles a los alumnos que vas a cancelar el taller.

Mystery y Papa volvían a discutir.

—Has apuntado a demasiados estudiantes —repuso Mystery al tiempo que levantaba los brazos con exasperación—. Con tantos alumnos, ya no es divertido. Y, además, no es justo para ellos.

—Y tú quieres hacernos quedar mal —dijo Papa con frustración.

—Pues si no te parece bien, puedes quitar mi nombre de tu página web —gritó Mystery—. Se acabó. No quiero saber nada más de tu VDS.

La de Mystery y Papa era una sociedad que había estado condenada al fracaso desde el inicio.

Al día siguiente Herbal se ofreció a ser el nuevo socio de Mystery. Era como si hubiera estado agazapado todo ese tiempo, esperando el momento adecuado para introducirse en el negocio de la seducción. Desde que había llegado a la mansión no había estado con ninguna otra chica, excepto con Sima, una ex MRE de Mystery que se había mudado de Toronto a Los Ángeles. Al poco tiempo de llegar, cuando Mystery y Sima empezaron a ponerse mutuamente nerviosos, ella empezó a mandarle IDI a Herbal. En vez de enfadarse, Mystery se sentó con Herbal y le explicó todo lo que tenía que hacer para seducirla. Sima y Herbal cerraron esa misma noche y, desde entonces, la amistad entre Herbal y Mystery pareció fortalecerse. Y, aun así, ninguno de los dos parecía darse cuenta de algo que todos los demás sí habíamos advertido: habían sentado un peligroso precedente.

Cuando Herbal y Mystery empezaron a trabajar juntos, la mansión se convirtió a todos los efectos en dos casas. Estaba la

Verdadera Dinámica Social, atrincherada en la habitación de Papa, y estaba el Método de Mystery, que disponía del resto de la casa.

Yo debía de ser la única persona que vivía en la mansión que no estaba en la nómina de ninguno de los dos. Aunque eso no evitó que Papa me hiciera los mismos desaires que a Mystery y a Herbal; a sus ojos, yo era culpable por asociación. Si me cruzaba por casualidad con él en el jardín, Papa se limitaba a reconocer mi presencia con un rápido saludo, sin detenerse ni mirarme a la cara.

No es que estuviera enfadado. Sencillamente se movía como un robot social en un mundo cuyos parámetros no me incluían a mí. Pero lo interesante de Papa era que, por lo general, los robots no se autoprogramaban.

Mientras tanto, cada una de las reglas que habíamos acordado durante la reunión inicial de inquilinos —aprobar a los huéspedes, dar un porcentaje del dinero ganado en los seminarios al fondo de la mansión, no sargear con la chica de otro MDLS— habían sido rotas e ignoradas. No sabíamos a cuántos alumnos y MDLS amontonaba Papa en su cuarto. Los oíamos corretear por la casa.

Sus últimos dos reclutas eran dos chicos que parecían versiones más jóvenes del propio Papa. Nadie sabía cómo se llamaban. Nos referíamos a ellos sencillamente como los mini-Papas.

Los mini-Papas me trataban con la misma frialdad que Papa, sólo que con ellos me encontraba continuamente. Observaban todos mis movimientos, como si alguien les hubiera ordenado que lo hicieran. A veces me los encontraba cenando con Tyler en Mel's. Al acercarme, los oía hablar de mí.

—Reposiciona el cuerpo para dirigir la conversación en su dirección.

—Se aleja para que se le eche en falta.

—Cuando alguien cuenta un chiste, él lo exagera para quedarse con la gloria.

—Si alguien le pide que le haga una demostración, él responde que lo hará en el campo del sargeo. Así, quien se lo ha pedido valorará más su actuación.

No me criticaban. Me imitaban. Y, aun así, nunca compartíamos un rato como amigos. Lo único que hacían ellos era escuchar, aprender y tomar apuntes. Resultaba deshumanizante. Aunque eso no debería haberme extrañado, teniendo en cuenta que en la mansión no había nadie que pareciese enteramente humano.

Tenía que salir de allí.

Afortunadamente, la revista *Rolling Stone* quería que me enfrentara a otro hueso duro de roer. Se llamaba Courtney Love.

En este caso estaba previsto que la entrevista durase una hora y tuviera lugar en los estudios de Virgin Records en Nueva York. Por aquel entonces, Courtney estaba en la cima de su infamia. Esa semana había enseñado los pechos en el programa de televisión de David Letterman; había aparecido en la primera página del *New York Post* con una de sus glándulas mamarias en la boca de un desconocido, y había sido arrestada por haber golpeado (presuntamente) a uno de sus fans en la cabeza con el pie del micrófono durante uno de sus conciertos. Además, tenía pendiente un juicio por consumo de estupefacientes y acababa de perder la custodia de su hija. La entrevista para la revista *Rolling Stone* era la primera que concedía desde que se había metido en aquella espiral descendente.

Courtney llevaba un vestido negro con un fajín que le ceñía elegantemente la cintura. Llevaba los labios pintados de rojo. Teniendo en cuenta todos los titulares que había publicado sobre ella la prensa sensacionalista, Courtney tenía buen aspecto: pálida, delgada, escultural... Sin embargo, el lápiz de labios no tardó en correrse y el fajín se le soltó, colgando del vestido como si de una cola se tratase. Parecía una metáfora de su vida.

—Si estáis esperando a que me muera, me temo que vais a esperar mucho —empezó diciendo. Yo era la prensa, el enemigo—. Mi abuela no murió hasta los ciento dos.

Eso es lo que los MDLS llaman un escudo. No es que Courtney Love tuviera algo personal contra mí; tan sólo era un mecanismo de defensa. Yo decidí no darle importancia. Lo que tenía que hacer era demostrarle que yo también era humano, que no era una sanguijuela en busca de una noticia.

—Todavía tengo pesadillas con mi abuela —le dije—. Habíamos quedado en ir juntos al Art Institute de Chicago. Pero no fui; preferí quedarme durmiendo hasta tarde. Nunca volví a verla.

Hablamos un poco sobre nuestras familias. A Courtney no le gustaba mucho la suya.

Hasta que encontré el punto de enganche. Entonces, Courtney me miró y las paredes se desplomaron a su alrededor. Su rostro se oscureció, los músculos de su mandíbula se tensaron y las lágrimas empezaron a fluir de sus ojos.

—Necesito que alguien me salve —dijo entre sollozos—. Tienes que salvarme.

Ahora sí que habíamos conectado.

Al cabo de una hora, Courtney me pidió mi número de teléfono y me dijo que me llamaría por la noche para continuar la entrevista. Yo me sentí aliviado, pues una conversación de una hora en la oficina de una discográfica no da para escribir un gran artículo. Tom Cruise al menos me había llevado a montar en moto y me había enseñado la iglesia de la cienciología.

Esa noche fui a Soho House, un club privado del distrito de los mataderos de Manhattan, con unos amigos de la universidad. No nos habíamos visto desde que yo me había unido a la Comunidad. Se pasaron media hora hablando de lo introvertido que era yo antes. Después empezaron a hablar de trabajo y de cine. Aunque intenté participar en la conversación, no conseguía enfocar las palabras; flotaban hasta mis oídos y se acumulaban ahí, como la cera. Yo ya no encajaba entre ellos. Afortunadamente, una amazona con muslos como troncos y unos impresionantes pechos operados se acercó a nuestra mesa. Debía de medir treinta centímetros más que yo y había tomado varias copas de más.

—¿Habéis visto a una chica con un sombrero vaquero negro? —nos preguntó con un marcado acento alemán.

—Siéntate con nosotros —le dije—. Somos más divertidos que tu amiga.

Era una frase de David DeAngelo. Y funcionaba. Mis amigos me miraron con incredulidad mientras ella se sentaba con nosotros y nos pedía un cigarrillo.

Me pasé el resto de la noche hablando con la amazona. Cada cierto tiempo, ella me arrastraba hasta el cuarto de baño, donde yo la observaba esnifar cocaína como una aspiradora humana.

—¿Ves «Sexo en Nueva York»? —me preguntó la tercera vez que fuimos al baño.

—A veces —le contesté yo.

—Acabo de comprarme una perla —declaró con orgullo teutónico.

—Qué bien —dije yo, aunque no tenía ni idea de lo que era una perla.

—Me encanta —dijo ella—. Con esas pequeñas cuentas.

—Ah, las cuentas. Sí, son fantásticas.

Aunque estaba completamente perdido, disfrutaba oyéndola hablar. Me gustaba el contraste que ofrecía la dureza de su acento y la suavidad de sus esponjosos labios. Puede que estuviera hablando de juguetes anales de cuentas. Bien por ella.

Al salir del baño me detuve y me apoyé contra la pared del pasillo.

—¿Cómo dirías que besas, en una escala del uno al diez?

—Soy un diez —afirmó ella—. Beso suave, lenta y jugueteramente. Odio a la gente que te mete la lengua hasta las amígdalas.

—Te entiendo perfectamente. Yo tuve una novia que besaba así. Era como aparearse con una vaca.

—Y también hago unas mamadas espectaculares —aseguró.

—Es digno de respeto —contesté yo.

Había tardado meses en encontrar esa respuesta. A algunas mujeres les gusta hacer comentarios extremadamente atrevidos al conocer a un hombre. Es un test de eliminación. Si el hombre se siente incómodo al oírlos, suspende. Pero si muerde el anzuelo y responde con demasiada excitación, también suspende. Yo descubrí la solución observando al personaje de la televisión inglesa Ali G: mírala a los ojos, asiente y, con la insinuación de una sonrisa en los labios y un «tono pedante», di: «Es digno de respeto.» A esas alturas, yo tenía una respuesta prácticamente para cualquier desafío que pudiera lanzarme una mujer. Pero esa situación no suponía ningún desafío; todo lo que tenía que hacer yo era no equivocarme.

Guardé silencio, haciendo lo que los MDLS llaman observación triangular: miras al objetivo primero al ojo izquierdo, después al ojo derecho y, por último, a los labios, creando así una sugestiva tensión sexual.

Ella se lanzó sobre mí y me metió la lengua hasta las amígdalas, como una vaca. Después se apartó.

—Tanto hablar de besos me ha excitado —dijo.

—Vamonos de aquí —le dije yo, al tiempo que me despegaba de la pared.

Bajamos en el ascensor y paramos un taxi. Ella dio una dirección del East Village. Al parecer, íbamos a su casa.

En el taxi, se sentó a horcajadas sobre mí y se sacó un pesado pecho de la camiseta. Supuse que querría que se lo chupase.

Al llegar a su casa, subimos a su apartamento. Ella encendió una lámpara que bañó la habitación con una suave luz marrón y puso *Goats Head Soup*, de los Rolling, en el CD.

—Voy a ponerme la perla —me dijo.

—No puedo esperar —le dije yo. Y era verdad.

Mientras la esperaba, me di cuenta de que no me había despedido de mis amigos. De hecho, apenas les había hecho caso

en toda la noche. Al entrar en la Comunidad, había levantado un telón de poliéster que me separaba irremediablemente de mi pasado. Pero al ver aparecer a mi nueva amiga con su perla, decidí que merecía la pena. Después de todo, la perla no tenía nada que ver con cuentas anales. Era un tanga de encaje con unas pequeñas cuentas de metal que iban desde la parte de delante hasta la de atrás, pasándole entre los labios de la vagina.

Y mi amiga estaba encantada de haber encontrado a alguien a quien enseñársela. Yo froté suavemente las cuentas contra los labios de su vagina y contra su clítoris. Supuse que ésa era la idea para la que habían sido concebidas, aunque luego me quedé con la duda, pues, al cabo de un minuto, la cadena de cuentas se desprendió en su extremo delantero y quedó colgando entre sus piernas, como la cuerda de un tampón.

—Voy a cambiarme —dijo ella. No parecía estar molesta. Eso es lo que le pasa a alguna gente cuando se mete tanta cocaína.

Volvió calzada con unas botas de cuero que le llegaban hasta las rodillas, se tumbó en la cama y esnifó un poco más de coca de un frasquito de color burdeos. Después dejó caer una montañita de polvo blanco sobre la cresta de su pecho izquierdo.

No soy nada aficionado a las drogas. Parte de ser un MDLS consiste precisamente en aprender a controlar tus emociones, así que no necesitas tomar ni drogas ni alcohol para divertirte. Pero si tenía que elegir una ocasión para meterme una raya, desde luego era ésa.

Cada mujer es distinta en la cama. Cada mujer tiene sus propios gustos, sus peculiaridades y sus fantasías. Y su apariencia superficial nunca es un indicador fiable de la tormenta o la calma con la que puedes encontrarte al acostarte con ella. Alcanzar ese momento de apasionada verdad —de rendición, de sinceridad, de revelación— era mi parte preferida de la seducción. Me encantaba descubrir a la nueva persona que emergía durante el encuentro sexual y hablar con ella tras nuestros mutuos orgasmos. Supongo que, en el fondo, lo que me pasa es que me gustan las personas.

Me incliné sobre su pecho y me tapé el orificio nasal izquierdo, aunque la perspectiva de lo que estaba a punto de hacer no me atraía nada: no quería quedarme toda la noche despierto y, además, tenía la sensación de que la coca no era lo mejor para la potencia masculina.

Y entonces sonó el teléfono: mi teléfono.

—Tengo que contestar —le dije. Me incorporé de un salto,

esparciendo el polvo de hadas por toda la cama y cogí el teléfono. Creía saber quién era.

—Hola. ¿Puedes venir a mi casa? —Era Courtney Love—. De camino compra unas agujas de acupuntura. De las más grandes y las que más duelen. Y compra también alcohol y algodón.

CAPÍTULO 12

—Ésta es para la vesícula —me dijo Courtney Love mientras me clavaba una aguja en la pierna.

—¿Esto no debería hacerlo un profesional con algún tipo de titulación? —le pregunté yo.

—Llevo haciéndolo desde que era una niña —me contestó ella—. Aunque hace bastante tiempo que no practicaba. —Empezó a mover la aguja—. Avísame cuando empieces a sentirla.

Ya. Una corriente eléctrica en la pierna. Vale. Suficiente.

Mi entrevista de una hora con Courtney Love se convirtió en una visita surrealista. Aparte de para comprar comida, no salí de su *loft* de Chinatown en setenta y dos horas. Eran mil quinientos metros cuadrados completamente vacíos excepto por una cama, una televisión y un sofá.

Vestida con una camiseta y unos pantalones de chándal, Courtney se estaba escondiendo del mundo, de los *paparazzi*, de su mánager, del gobierno, del banco, de un hombre y de sí misma. Y yo, mientras tanto, estaba tumbado en calzoncillos en su sofá, con una decena de agujas clavadas en el cuerpo.

A medida que fue pasando el tiempo, el suelo, alrededor de su cama, se llenó de migas, de colillas de cigarrillos, de ropa, de envoltorios de comida, de agujas y de botellas de refrescos. Ni siquiera se atrevía a contestar el teléfono «por si alguien la llamaba con alguna noticia de mierda sobre alguna puta mierda».

Sólo existíamos nosotros dos: periodista y estrella del rock, MDLS y músico.

Courtney puso el DVD de *Boogie Nights*, volvió a la cama y se cubrió con una sábana sucia.

—Siempre que salgo con un tío le pregunto cuál es su mayor temor —me dijo—. Mi último novio me dijo que era ir a la deriva, y eso es exactamente lo que está haciendo ahora. El rea-

lizador de vídeos con el que estoy ahora me contestó que el fracaso. Y yo estoy viviendo mi mayor temor: la pérdida del poder.

De todos los problemas que tenía, los que más parecían afectar a Courtney eran los sentimentales; era algo que les ocurría a todas las mujeres, al margen de su fama y su aspecto.

El realizador había dejado de devolverle las llamadas.

—Tengo una teoría —me dijo ella—. Para que un tío se enamore de ti, tienes que haberte acostado con él al menos tres veces. Y sólo nos hemos acostado dos veces. Necesito una noche más para atraparlo.

El realizador le había robado el corazón usando la técnica de empuja y tira. La acompañaba a casa, la besaba en la puerta y después le decía que no podía subir. Ya fuera por accidente o intencionalmente, estaba siguiendo la técnica de DeAngelo de dos pasos adelante y un paso atrás.

—Si quieres atraparlo, te recomiendo que leas *El arte de la seducción*, de Robert Greene. Ahí encontrarás la estrategia que necesitas.

Ella apagó un cigarrillo en el suelo.

—Necesito toda la ayuda que pueda conseguir —dijo.

El arte de la seducción era un clásico en la Comunidad, como también lo era el otro libro de Greene: *Las 48 leyes del poder*. En el primero, Greene estudiaba los principales casos de seducción de la historia y la literatura, buscando patrones recurrentes. Su libro definía distintos tipos de seductores (entre ellos, calaveras, amantes ideales y naturales); de objetivos (reinas del melodrama, salvadoras, estrellas caídas), y de técnicas (todas ellas en perfecta sintonía con los métodos de la Comunidad: busca un ángulo de aproximación, envía mensajes contradictorios, muéstrate como un objeto de deseo, aisla a la víctima...).

—¿Quién te recomendó a ti el libro? —me preguntó Courtney Love.

—Llevo un año y medio saliendo con los mejores maestros de la seducción del país.

Ella se sentó en la cama.

—Cuéntame, cuéntamelo todo —chilló, como si fuese una colegiala. Hablar de ligar era mucho mejor que cualquier otra alternativa; cada vez que la conversación viraba hacia sus problemas con la ley, con la prensa o con la custodia de su hija, sus ojos se llenaban de lágrimas.

Courtney me escuchó absorta mientras yo le hablaba de la Comunidad y de Proyecto Hollywood; aunque no resultaba fá-

cil mantener una conversación seria con una docena de agujas clavadas en el cuerpo.

—Me gustaría conocerlos —dijo ella con entusiasmo—. ¿Son tan buenos como Warren Beatty?

—No puedo decírtelo. No lo conozco.

Courtney se bajó de la cama y me frotó alrededor de las agujas con pachuli.

—Es muy bueno —dijo.

—Me encantaría verlo en acción.

—Warren es maravilloso. Una vez me llamó y me dijo: «Hola, soy yo», como si yo tuviera que saber quién era. Después intentó convencerme de que fuera a su casa esa misma noche. Cuando por fin le dije que sí, él se rió y me dijo que estaba en París. Juega con tu cerebro. Es capaz de sonarse los mocos y de darle después el pañuelo sucio a su cita.

Un nega. Warren Beatty usaba negas para seducir a las mujeres. Lo sepan o no, todos los MDLS emplean las mismas técnicas básicas. La diferencia entre los que forman parte de la Comunidad y los lobos solitarios, como Warren Beatty (cuando todavía lo era), Brett Ratner o David Blaine, es que nosotros les ponemos nombre a las técnicas y compartimos la información.

—No sé qué le pasa al realizador —dijo Courtney—. Tengo un coño mágico. Convierte en rey a todo el que folla conmigo. Yo creo reyes.

(Traducción: quien folla con ella se hace famoso.)

Courtney empezó a quitarme las agujas.

¡Qué alivio!

—Tienes que probarlo en la cabeza —me dijo—. ¡Es el no va más!

Se agachó, cogió una aguja usada del suelo y apuntó justo encima de mi ojo.

—No, gracias. Creo que por hoy ha sido suficiente.

—Tienes que probarlo. Es buenísimo para el hígado.

—No te preocupes por mi hígado; te aseguro que está bien.

Volvió a tirar la aguja al suelo.

—Bueno —dijo—. Entonces voy a bajar a por unos dulces de arroz tostado con Marsh Mellows.

Contorneó el cuerpo para quitarse la camiseta rosa que llevaba puesta y se quedó con los pechos al descubierto.

—Son naturales, aunque con una ayudita de silicona —me dijo inclinándose hacia mí para que pudiera ver la cicatriz que tenía debajo de la glándula mamaria izquierda—. ¿Sabes lo que pagan por una foto de mis tetas? Nueve mil dólares.

—Entonces tus problemas económicos están resueltos —le sugerí yo.

—Con eso ni siquiera me bastaría para entrar en el vestíbulo del despacho de mis abogados —replicó Courtney secamente. Después se enfundó un vestido blanco y negro de muñeca.

Al volver de la calle, tenía las mejillas llenas de color. Sacó una tartaleta de café de la bolsa y la partió en dos, dejando un rastro de migas de camino a la seguridad de su cama.

—Te hago una apuesta —me dijo.

—Dime.

—¿Qué te apuestas a que consigo que el realizador vuelva conmigo?

—No creo que lo consigas. Si no te devuelve las llamadas es porque ya no le interesas.

—Hasta negó que se hubiera acostado conmigo en el *New York Post* —dijo Courtney mientras me daba la mitad de la tartaleta de café. Pero a mí siempre me han gustado los desafíos.

—Sólo puedo decirte que, si lo consigues, tendré que reconocer que tus poderes de seducción son mayores que los míos.

—¿Qué nos apostamos?

—¿Tú qué has pensado?

—Si no lo consigo, me acostaré contigo durante una semana.

Yo la miré sin decir nada. Desde luego, no me lo esperaba.

—O, si lo prefieres, puedes elegir el segundo nombre de mi próximo hijo —continuó diciendo ella—. Tú eliges.

—Vale.

—Pero hay una condición: antes quiero hablar con esos maestros de la seducción con los que vives, para que me aconsejen sobre la mejor manera de conseguirlo.

Cuando llegó el momento de irme al aeropuerto, Courtney se levantó de la cama y me dio un beso de despedida.

—Sólo necesito que me echen un polvo —me dijo mientras yo esperaba el ascensor que me sacaría de aquel *loft*—. Sólo necesito que algún capullo me eche un polvo.

Yo sabía que podría haber sido ese tío. Los IDI estaban ahí. Pero igual que existe un código de honor entre los MDLS, existe un código ético entre los periodistas. Y si me hubiera acostado con ella, los habría roto ambos.

Lo que le había dicho a Dustin aquella mañana en mi apar-

tamento era verdad: aprender a seducir a las mujeres no sólo había enriquecido mi vida sexual. Sin ir más lejos, las habilidades que había adquirido en la Comunidad me habían convertido en mejor periodista. Descubrí hasta qué punto era eso cierto cuando me pidieron que entrevistara a Britney Spears.

CAPÍTULO 13

—*¿Te sentiste muy presionada al grabar este disco?*
—¿Cómo?
—*¿Te sentiste muy presionada para conseguir otro gran éxito?*
—No lo sé.
—*¿No lo sabes?*
—No, no lo sé.
—*He oído que grabaste una canción con DFA que no ha sido incluida en el nuevo CD. ¿Puedes decirnos porqué?*
—¿Qué es DFA?
—*Son dos productores de Nueva York, James Murphy y Jim Goldsworthy. Se llaman a sí mismos DFA. ¿Te suenan de algo?*
—Sí, puede que hicieran algo.

Mi entrevista con Britney Spears no iba a ninguna parte. La observé moviendo las manos con impaciencia, sentada a mi lado, en el sofá del hotel. La entrevista no le importaba una mierda. No era más que un período de tiempo marcado en su agenda y ella se limitaba a tolerarlo; aunque no demasiado bien.

Llevaba el pelo recogido debajo de un gorro Kangol, y sus muslos estiraban las costuras de sus vaqueros desgastados. Era una de las mujeres más deseadas del mundo. Pero, vista en persona, parecía una chica cursi de pueblo. Y, aunque tenía una cara realmente preciosa, que alguien había retocado a la perfección con un ligero toque de maquillaje, había algo varonil en su aspecto. Para ser un icono sexual, Britney Spears no resultaba nada intimidante. Además, supuse que se sentiría sola.

Algo se movió en mi cerebro.

Sólo había una manera de salvar aquella entrevista: tenía

que sargear con ella. Daba igual el país en el que estuviera, la edad, la clase social o la raza de la mujer; mis técnicas nunca me habían fallado. Además, no tenía nada que perder. Desde luego, la entrevista no podía ir a peor. Quién sabía; hasta era posible que consiguiera algo digno de ser publicado.

Doblé la hoja con las preguntas que había preparado y me la guardé en el bolsillo. Debía abordarla como abordaría a una chica con síndrome de déficit de atención en una discoteca.

Lo primero era captar su interés.

—Te voy a decir algo sobre ti que la mayoría de la gente probablemente no sepa —empecé diciendo—. Algunas personas dicen que eres tímida y un poco creída cuando no estás en el escenario. Pero yo sé que no es así. ¿A que tengo razón?

—Claro —asintió ella.

—¿Quieres saber por qué lo sé?

—Sí.

Estaba creando una escalera de afirmaciones, una técnica que consiste en hacer sucesivas preguntas cuyas respuestas siempre son afirmativas.

—Lo sé porque he estado fijándome en cómo mueves los ojos cuando hablas, y cada vez que te pones a pensar miras hacia abajo y hacia la izquierda. Eso significa que eres una persona con quinestesia; o sea, una persona que no le da la espalda a sus sentimientos.

—¡Es alucinante! —exclamó ella—. Todo lo que has dicho es verdad.

Por supuesto que lo era. Yo mismo había creado esa técnica de demostración de valía. Al pensar, las personas mueven los ojos en una de siete direcciones posibles, y cada posición está relacionada con una parte del cerebro.

Mientras le enseñaba a Britney Spears a distinguir los diferentes tipos de movimientos oculares, ella descruzó las piernas y se inclinó un poco hacia mí. No quería perderse ni una sola de mis palabras.

El juego había empezado.

—No sabía nada de eso —dijo ella—. ¿Dónde lo has aprendido?

Me hubiera gustado decirle que lo había aprendido en «una sociedad secreta de maestros de la seducción». Pero, en vez de eso, respondí:

—Es algo que he aprendido observando a la gente. Pero hay más. De hecho, observando el movimiento de los ojos puedes saber cuándo alguien te está mintiendo.

—Entonces, ¿podrías adivinarlo si yo te mintiera?

Su manera de mirarme había cambiado por completo. Yo ya no era un periodista. Ahora era alguien que podía enseñarle algo, alguien con valía.

—Claro —dije—. Lo sabría por tu manera de mover los ojos, por tu manera de mirarme, por tu manera de hablar, incluso por tu lenguaje corporal. Hay muchas maneras de saber si alguien te está mintiendo.

—Tengo que tomar clases de psicología —declaró ella con una convicción que resultaba entrañable—. Me interesan mucho las personas.

Funcionaba. Britney Spears empezaba a abrirse. Siguió hablando y hablando.

—Imagínate —siguió diciendo—, al conocer a alguien o al salir con un chico me bastaría con mirarlo a los ojos para saber si me está mintiendo. ¡Sería increíble!

Había llegado el momento de sacar la artillería pesada.

—Te voy a enseñar un truco y después seguimos con la entrevista —le dije, introduciendo una limitación temporal para andar sobre seguro—. Será nuestro experimento. Voy a intentar adivinar algo en lo que estés pensando.

Recurrí a una sencilla técnica psicológica que consiste en adivinar las iniciales de un viejo amigo con el que te une un lazo afectivo. Las iniciales eran G. C. Era una técnica nueva, que todavía estaba perfeccionando y, aunque sólo adiviné una de las dos iniciales, con eso bastó.

—¡No puedo creer que lo hayas adivinado! —exclamó ella—. Siempre levanto barreras para protegerme. Seguro que es por eso por lo que no has podido adivinar la otra —me dijo—. Vamos a volver a intentarlo.

—Vale, pero ¿esta vez por qué no lo intentas tú?

—Me da miedo. —Britney se metió los nudillos en la boca y se mordió la piel. Tenía unos dientes magníficos: una perfecta dentadura con forma de C—. No, no puedo hacerlo.

Ya no era Britney Spears. Ahora era un *set* de uno, o, según las categorías de víctimas de la seducción de Robert Greene, una líder solitaria.

—Te lo voy a poner un poco más fácil —dije—. Voy a escribir un número. Es un número entre el uno y el diez. Lo que quiero que hagas es dejar la mente en blanco. Tienes que confiar en tu instinto. Para leer el pensamiento no hace falta tener ninguna habilidad especial. Basta con acallar todas tus voces mteriores para poder escuchar tus sentimientos.

Escribí un número en un trozo de papel y se lo entregué boca abajo.

—Ahora, di un número; el primer número que sientas.

—Pero ¿y si me equivoco? —vaciló ella—. Seguro que no lo acierto.

Britney era lo que los MDLS llaman una chica BA, o con baja autoestima.

—Limítate a sentir el número. Y, ahora, dime, ¿cuál es?

—El siete —dijo ella.

—Dale la vuelta al papel.

Ella volvió lentamente el trozo de papel, como si no quisiera verlo, hasta que vio un gran número siete.

Gritó, se levantó de un salto, corrió hasta el espejo de la habitación y se miró, con la boca abierta por la incredulidad.

—No me lo puedo creer —le dijo a su reflejo—. Lo he conseguido.

Era como si necesitara verse en el espejo para asegurarse de que lo que acababa de pasar era real.

—¡Es increíble! —exclamó con voz entrecortada—. ¡Increíble!

Se comportaba como una niña pequeña que acaba de ver a Britney Spears en persona, como si fuera su propio fan.

—Sabía que era el siete —me anunció mientras galopaba de vuelta al sofá.

Por supuesto que lo sabía. Ése era el primer truco de magia que me había enseñado Mystery. Si le pides a alguien que piense un número entre el uno y el diez, en el setenta por ciento de los casos elegirá el siete; sobre todo si no le das tiempo para pensar.

Y, aunque no hubiera sido del todo sincero con ella, le había proporcionado el empujón que su autoestima necesitaba.

—¿Lo ves? —le dije—. Las respuestas están en nuestro interior. El problema es que la sociedad nos envía más información de la que necesitamos. —Y eso es algo que creo realmente.

—Esta entrevista es fantástica —exclamó ella—. ¡Es la mejor entrevista que me han hecho en toda mi vida!

Entonces se volvió hacia mí, me miró fijamente y preguntó:

—¿Podrías apagar la grabadora?

Durante el siguiente cuarto de hora hablamos de espiritualidad, de escribir y de nuestras vidas. Britney Spears no era mas que una niña confusa. Buscaba algo real a lo que agarrarse, algo más duradero que la fama y las lisonjas de quienes movían los hilos de su vida. Yo había demostrado mi valía y ahora nos

adentrábamos en la fase de la conexión emocional. Después de todo, puede que Mystery tuviera razón al decir que todas las relaciones humanas repiten las mismas fórmulas.

Pero yo tenía una entrevista que escribir. Volví a poner en marcha la grabadora, le repetí todas las preguntas que le había hecho al principio y le hice las demás por primera vez. En esta ocasión, ella me proporcionó verdaderas respuestas, respuestas dignas de ser publicadas.

Al acabar la hora, apagué la grabadora.

—Todo ocurre por alguna razón —me dijo Britney.

—Estoy convencido de que es así —le respondí yo.

Me apoyó una mano en el hombro al tiempo que sus labios dibujaban una gran sonrisa.

—Me gustaría que volviéramos a vernos —dijo.

CAPÍTULO 14

Cuando nuestra hora acabó, Britney fue a cambiarse para una entrevista con la MTV. Volvió diez minutos después, acompañada de una mujer de su equipo.

Britney se sentó delante de las cámaras mientras la mujer se acercaba a mí y me miraba de manera extraña.

—Nunca la había oído hablar así de un periodista —me confesó.

—¿De verdad?

—Me ha dicho que ha sido como si estuvierais predestinados a conoceros.

La mujer y yo guardamos silencio. La entrevista estaba a punto de empezar.

—He oído que el otro día tuviste una noche loca, Britney —empezó diciendo el entrevistador.

—Sí —contestó ella—. Una noche loca.

—Pero dime, ¿cómo fue el nivel de energía cuando llegaste a la discoteca por sorpresa?

—Fue una locura.

—Sí, seguro que sí. Lo pasarías de miedo, ¿verdad?

De repente, Britney se levantó.

—Esto no funciona —le dijo al equipo—. No hay sentimiento.

Ante la incredulidad de todos los presentes, giró sobre sus talones y caminó hacia la puerta. Al pasar por mi lado, levantó la comisura de los labios dibujando una sonrisa de complicidad. Había conseguido llegar a ella. Al parecer, había algo más profundo en Britney Spears de lo que creía la industria de la música pop.

Fue entonces cuando me di cuenta de que las técnicas y las rutinas de la Comunidad funcionaban todavía mejor con los famosos que con la gente normal. Al encontrarse tan sobreprote-

gidos, al estar tan limitadas sus interacciones, en su caso una demostración de valía o un nega resultaban diez veces más eficaces que con las demás personas.

Durante los siguientes días pensé a menudo en lo que había ocurrido. No es que creyera que Britney Spears se sentía atraída por mí. No, Britney Spears no estaba interesada en mí de esa manera. Pero, aunque no fuera de esa manera, al menos estaba interesada en mí. Y eso ya era un paso. La seducción es un proceso lineal: captura primero la imaginación y después capturarás el corazón.

Interés más atracción más seducción es igual a sexo.

Por supuesto, es posible que todo aquello no fuese más que un caso de autohipnosis. Por todo lo que sabía, era posible que Britney Spears les pidiera el número de teléfono a todos los periodistas que la entrevistaban; así los hacía felices y se aseguraba de que publicaban un artículo favorable. Probablemente tuviera un contestador automático preparado especialmente por si algún escritor crédulo se creía que hablaba en serio al decirle ella que le gustaría volver a verlo. O puede que fuese un plan ideado por su equipo de relaciones públicas para que los periodistas creyeran que tenían una conexión especial con la artista. Puede que, en esta ocasión, fuese yo quien estaba siendo seducido.

Nunca lo sabría.

Aunque miraba su número de teléfono todos los días, nunca conseguí reunir el valor suficiente para llamarla. Me dije a mí mismo que, de hacerlo, habría cruzado la línea de la ética periodística: si a ella no le gustaba el artículo que escribía, siempre podría decir que mi artículo había sido crítico porque ella no me había devuelto la llamada.

—Coge el teléfono y llámala —me animaba Mystery todos los días—. ¿Qué tienes que perder? Dile que vais a hacer todo tipo de locuras juntos. Dile que quieres que escaléis el cartel de Hollywood, porque eso da buena suerte.

—Si no la hubiera conocido trabajando, sería diferente —decía yo.

—El trabajo acaba cuando entregas el artículo. Así que llámala —decía él.

Pero no podía hacerlo. De haber sido Dalene Kurtis, la Playmate del año, la hubiera llamado sin dudarlo un instante. Ese tipo de mujer ya no me intimidaba, pues, desde el día que la había conocido, yo había demostrado una y otra vez que estaba a su altura.

Pero pedirle una cita a Britney Spears era algo muy diferente.

Por mucho que mi autoestima hubiera aumentado durante el último año y medio, todo tenía un límite.

¿Y de verdad piensas que, viviendo en una casa tan fea, el amor puede durar mucho tiempo?

Edna St. Vincent Millay, *And do you think that love itself*

CAPÍTULO 1

Bastó con una mujer para acabar con Proyecto Hollywood.

A primera vista, Katya era una chica marchosa como otra cualquiera. Le gustaba beber, bailar, follar y drogarse, aunque no necesariamente en ese orden. Pero —fuese por inocencia, por venganza o por verdadero amor— lo cierto es que Katya iba a acabar con la mansión. Todos esos años de cuidadoso análisis, todas esas técnicas y esos patrones de comportamiento, todas esas botas de plataforma no fueron rivales para una mujer despechada.

Cuando volví de Nueva York, Mystery acababa de impartir un nuevo taller. Ahora cobraba mil quinientos dólares por taller, y la gente los pagaba. Se habían apuntado cinco alumnos, garantizándole unos cuantiosos beneficios a cambio de pasar un fin de semana hablando y sargeando. Katya no era más que uno de los muchos números de teléfono que había conseguido la primera noche. La había conocido en un bar de Hollywood que se llamaba Star Shoes. Ella estaba borracha.

Los lunes eran días de llamadas en Proyecto Hollywood. Todos llamaban a las chicas que habían cerrado con número de teléfono durante el fin de semana para averiguar con cuáles podían llegar más lejos y con cuáles no merecía la pena seguir intentándolo. Ese lunes, la única chica que respondió a las llamadas de Mystery fue Katya. Si ella no hubiera estado en casa en ese momento, nuestras vidas serían muy distintas ahora.

A pesar de todas nuestras técnicas, aparearse no deja de ser una actividad que depende en gran medida del azar. Todas las mujeres se encuentran en un momento distinto de su vida cuando nos cruzamos con ellas. Pueden estar buscando al hombre de su vida, un revolcón de una noche, un marido o un polvo de revancha. O puede que no estén buscando nada en ab-

soluto, que tengan una relación que las satisfaga o que se estén recuperando de una relación emocionalmente destructiva.

Katya buscaba un lugar donde poder quedarse.

Cuando Mystery la llamó, ella ni siquiera se acordaba de él. Aun así, tras media hora de conversación (o de cimentación de confianza, como lo llamó Mystery), accedió a venir a la mansión.

—No te arregles demasiado —le dijo Mystery—. Sólo voy a poder dedicarte un par de horas.

Usar términos como «no demasiado» e introducir una limitación temporal formaban parte de una estrategia que tenía como objetivo convertir la visita en un acontecimiento carente de tensión para la mujer. Es una manera mucho mejor de conseguir que una chica te dedique parte de su tiempo que las típicas citas de los TTF, un asunto potencialmente doloroso que obliga a dos personas que pueden no tener nada en común a compartir una larga velada de incómodas conversaciones. Katya apareció con un chándal rosa y un pequeño y descuidado terrier al que llamaba *Lily*. Tanto Katya como *Lily* se sintieron inmediatamente como en casa: la primera se durmió en la piscina de cojines y la segunda se cagó en la moqueta.

Mystery salió de su habitación con una camiseta negra de manga larga, pantalones vaqueros y el pelo recogido en una coleta.

—Voy a conectar el portátil al proyector —le dijo a Katya—. Quiero enseñarte unas películas que he hecho.

—Bien —le contestó Katya animadamente con su marcado acento ruso. Tenía una naricita que se movía continuamente, unas mejillas sonrosadas y una corta melena rubia que parecía flotar sobre su cuerpo, acentuando su atractivo.

Mystery bajó las luces y le enseñó nuestros vídeos caseros. De un tiempo a esta parte, los vídeos se habían convertido en una popular técnica, pues nos permitían mostrar cualidades positivas sin tener que hablar siquiera. Después de los vídeos, Mystery y Katya se dieron mutuos masajes y terminaron besándose. Tres días después, tras varios momentos de RUH, cerraron con un completo.

—Me voy de mi apartamento —le dijo un día Katya a Mystery—. ¿Te importa que deje a *Lily* aquí este fin de semana? Me voy a Las Vegas.

Dejar a *Lily* en la mansión demostró ser una táctica muy astuta, pues mientras Katya estuvo fuera, todos le cogimos cariño a la perra —que era tan juguetona como adorable— y, por ex-

tensión, a su dueña. Tenían personalidades similares. Las dos eran juguetonas y animadas, y a las dos les gustaba chuparle la cara a Mystery.

Cuando Katya volvió de Las Vegas, Mystery la ayudó a sacar las cosas de su viejo apartamento.

—Me parece completamente ridículo que alquiles otro apartamento cuando sabes que vas a pasar la mayor parte del tiempo en la mansión —le dijo a Katya—. ¿Por qué no te instalas en mi habitación?

Todo lo que tenía Katya eran dos bolsas de lona, un maletín de maquilladora profesional, a *Lily* y un Mazda cuatro por cuatro lleno de ropa y zapatos. Por lo que sabíamos, Katya no tenía trabajo ni fuente alguna de ingresos, aunque había posado como modelo para un par de calendarios baratos de chicas en biquini. Por las tardes iba a una academia a aprender maquillaje para efectos especiales. Por las noches, al volver de clase, se paseaba por la mansión con falsas quemaduras de soga en el cuello o un trozo de cerebro saliéndosele de una herida en la frente o las arrugas y las manchas hepáticas de una mujer de noventa años.

Katya se adaptó rápidamente al estilo de vida de la mansión. Se había ofrecido voluntaria para hacer de pivote en los talleres de Papa, le pintaba los ojos a Herbal cada vez que éste salía de noche, limpiaba la cocina a pesar de que todos los demás éramos demasiado perezosos para ayudarla, salía de compras con Xaneus y hacía de anfitriona en las fiestas de Playboy.

Katya tenía un don innato para llevarse bien con todo el mundo, pero su motivación para hacerlo no acababa de estar clara: puede que sencillamente le gustaran las personas o puede que apreciara la oportunidad de tener una casa sin pagar alquiler. Sea como fuere, Katya le había dado a la mansión sus primeros rayos de calor y de camaradería desde aquella primera noche, en el *jacuzzi*, cuando habíamos soñado con un futuro compartido. Katya me caía bien. Katya nos caía bien a todos. Hasta dejamos que su hermano de dieciséis años, un chico con síndrome de Tourette y pelo de escoba, se instalara en la piscina de cojines.

Mystery parecía especialmente satisfecho de sí mismo; Katya era la primera chica con la que tenía una relación más o menos estable desde que Patricia lo había dejado.

—Lo cierto es que soy completamente feliz con mi chica —dijo una tarde con orgullo ante la foto del calendario de Katya en biquini a un grupo de MDLS—. Pienso continuamente en

ella. Tengo un instinto de protección muy desarrollado. Quiero cuidar de esa chica y asegurarme de que nunca le pase nada.

Más tarde, esa misma noche, mientras Herbal preparaba unos filetes en la barbacoa, Katya y yo nos metimos en el *jacuzzi* con una botella de vino.

—Estoy asustada —me dijo ella.

—¿Por qué? —pregunté yo, aunque creía saberlo.

—Me estoy enamorando de Mystery.

—Mystery es un tío fantástico. Y tiene mucho talento.

—Ya lo sé —dijo ella—. Pero nunca me había sentido así. No lo conozco lo suficiente. Estoy asustada.

No dijo nada más. Permaneció en silencio, esperando que yo dijera algo, que le dijera que estaba cometiendo una equivocación. Pero yo no dije nada.

Un par de días después, volé a Las Vegas con Mystery y con Katya. La primera noche, mientras nos cambiábamos para salir, Mystery insistió en su tema favorito durante las últimas semanas.

—Me encanta esa chica —me dijo mientras se pintaba de negro la raya de los ojos y se cubría las ojeras con maquillaje—. Si hasta es bisexual. De vez en cuando se acuesta con una pareja de amigos de Nueva Orleans. —Se ajustó el sombrero vaquero negro que se había comprado en Australia y se admiró en el espejo—. Me siento como si estuviera creando lazos de pareja.

Cenamos en Mr Lucky's, en el Hard Rock Casino. Katya bebió dos copas de champán. Después fuimos al Paradise, un club de *striptease*, donde Katya bebió otras dos copas de champán.

—¿Verdad que es superatractiva? —le comentó Katya a Mystery cuando la camarera se acercó a atendernos.

Mystery la miró de arriba abajo. Era una latina con actitud desenfadada. Tenía una larga melena negra que reflejaba las luces del escenario y un cuerpo que amenazaba con hacer explotar su ajustado vestido.

—¿Has visto la película *Poltergeist*? —le preguntó Mystery al tiempo que hacía flotar en el aire una de las pajitas de su bebida. Después le dijo que no le gustaría y le preguntó si era famosa por algo—. Todo el mundo es famoso por algo —dijo.

A partir de ese momento, la camarera se pasaba por la mesa siempre que tenía la oportunidad para flirtear con Mystery.

—Me encantaría ver a esa chica devorándote —le dijo Mystery a Katya.

—Lo que quieres es follártela —replicó ella arrastrando las palabras.

Supongo que, para cualquier mujer, y especialmente para una mujer borracha, tiene que resultar difícil ver cómo el hombre del que está enamorada usa con otra mujer las mismas técnicas que la cautivaron a ella.

Katya se levantó y se alejó hecha un basilisco. Mystery la siguió, intentando calmarla. Pero, al ver que no entraba en razón, finalmente fue él quien salió a la calle como un niño enfadado. Aunque Katya era bisexual, Mystery seguía sin conseguir tener ese trío que siempre había anhelado. Siempre cometía el mismo error: ejercía demasiada presión. Debería seguir el consejo de Rick H. e intentar amoldar el encuentro sexual a las fantasías de las chicas en vez de a las suyas propias.

Volví a Los Ángeles a la mañana siguiente. Mystery y Katya iban a quedarse en el hotel hasta la hora de su vuelo, que salía por la tarde.

Al cabo de un par de horas, me llamaron por teléfono.

—Soy Katya—dijo ella.

—Hola, Katya. ¿Pasa algo?

—No. Mystery quiere que nos casemos. Se ha arrodillado en la piscina del Hard Rock y se me ha declarado. Todo el mundo se ha puesto a aplaudir. ¡Ha sido tan bonito! ¿Crees que debería aceptar?

La única razón por la que se me ocurría que Mystery podría querer casarse con alguien era para conseguir un pasaporte estadounidense. Pero Katya no era ciudadana norteamericana; seguía teniendo pasaporte ruso.

—Es mejor no apresurarse con una decisión así —la aconsejé—. Si quieres, puedes comprometerte con él, pero yo no me casaría tan de prisa. En Las Vegas celebran ceremonias de compromiso. Podéis hacer eso. Después esperad un poco antes de casaros; así podréis estar seguros de que realmente queréis hacerlo.

Mystery se puso al teléfono.

—Te vas a cabrear conmigo —me dijo—, pero nos vamos a casar. Quiero a esta chica. Es maravillosa. Ahora mismo vamos de camino a la capilla. Bueno, tengo que dejarte. Adiós.

Mystery era un estúpido.

Esa noche, Mystery entró en Proyecto Hollywood con Katya en los brazos y cantando «Ya se han casado».

Hacía tres semanas que se conocían.

—Mira el anillo que me ha regalado —me dijo Katya sin disimular su emoción—. ¿A que es precioso?

—Nos costaron ocho mil dólares —declaró Mystery con orgullo.

Ocho mil dólares era más o menos el dinero que debía de tener Mystery en su cuenta. Aunque ingresaba montañas de billetes gracias a los talleres, era muy aficionado a todo tipo de juguetes: ordenadores, cámaras digitales, agendas electrónicas... Básicamente cualquier cosa que llevara un chip.

—Todo este asunto de casarse es la mejor técnica que he usado nunca —me dijo Mystery mientras Katya estaba en el cuarto de baño—. Ahora me adora. Le encanta decir que soy su marido. Es como una distorsión temporal.

—Pero, tío —le dije yo—, es una locura. Es la peor técnica del mundo. Sólo puedes usarla una vez.

Mystery se acercó a mí y se quitó el anillo.

—Voy a contarte un secreto —me susurró al oído al tiempo que ponía el anillo en mi mano—. No estamos realmente casados.

Si cualquier otro MDLS me hubiera dicho que acababa de casarse en Las Vegas con una chica a la que acababa de conocer, no habría tenido la menor duda de que estaba mintiendo. Pero Mystery era tan testarudo y tan impredecible que le había concedido el beneficio —o, para ser más preciso, el detrimento— de la duda.

—Cuando te fuiste, encontramos una tienda de bisutería en el Hard Rock y decidimos fingir nuestro matrimonio. Así que compré dos anillos por cien dólares. ¿Verdad que Katya es buena mintiendo? Te lo has tragado todo.

—Desde luego. Tengo que reconocer que sois buenos actores.

—No le digas a Katya que te lo he dicho. Está disfrutando mucho con su papel. A nivel emocional, para ella es casi como si realmente se hubiera casado.

Mystery tenía razón: la percepción es realidad. Durante los días que siguieron a su vuelta, su relación cambió por completo. De hecho, empezaron a comportarse como un típico matrimonio.

Ahora que vivía con una mujer, Mystery ya no se sentía obligado a salir tan a menudo. A sus ojos, las discotecas eran para sargear. A ojos de Katya, sin embargo, estaban hechas para bailar. Así que ella empezó a salir sin él. Mystery, en cambio, ya casi nunca salía de su cuarto; para ser exactos, prácticamente no se levantaba de la cama. Resultaba difícil saber si sencilla-

mente estaba haciendo el vago o si se estaba sumiendo en una nueva depresión.

Existe un patrón que los MDLS llaman pedruscos contra oro. Es la charla que le da un hombre a la mujer con la que está saliendo cuando ella deja de acostarse con él. Le dice que lo que las mujeres buscan en una relación son pedruscos (o diamantes), mientras que los hombres buscan oro. Para las mujeres, los pedruscos son salir por la noche, el romanticismo y crear un lazo emocional. Para los hombres, el oro es el sexo. Si sólo le das oro a una mujer o si sólo le das pedruscos a un hombre, ninguno de los dos se sentirá satisfecho. Tenía que haber un intercambio. Y aunque Katya le daba a Mystery su oro, él ya no le daba a ella sus pedruscos. Para empezar, ya nunca salían de casa.

Y el resentimiento no tardó en aparecer.

Él decía:

—Se emborracha todas las noches. No puedo soportarlo más.

Ella decía:

—Cuando lo conocí tenía todo tipo de planes y ambiciones. Ahora ni siquiera se levanta de la cama.

Él decía:

—Nunca se calla. Siempre está diciendo alguna tontería.

Ella decía:

—Me emborracho todas las noches para olvidar mi realidad.

Mystery necesitaba a una chica con menos energía. Katya necesitaba a un hombre más activo.

En cuanto al resto de nosotros, la situación sencillamente nos entristecía. Después de vivir tantos meses en una casa en la que sólo había hombres, nos habíamos acostumbrado a la energía positiva y al optimismo de Katya.

Aunque supiera todo lo que había que saber sobre el arte de seducir a las mujeres, Mystery no tenía ni idea de cómo convivir con ellas. Tenía a una bellísima criatura, una mujer llena de vida y de alegría, y la estaba echando de su lado.

Pronto llegaría a Proyecto Hollywood una mujer con una energía muy distinta de la de Katya.

Recibí el mensaje en mi móvil a las once y treinta y nueve de la noche.

«¿Puedo quedarme en tu casa? Me han confiscado el coche. Y otras cosas peores. Necesito compañía.»

Era Courtney Love.

CAPÍTULO 2

Llamé a la puerta del apartamento de Courtney en West Los Ángeles.

—Pasa. Está abierto.

Courtney estaba sentada en el suelo con un rotulador amarillo en la mano entre una montaña de facturas de American Express y extractos bancarios. Llevaba un vestido negro de Marc Jacobs abotonado en el costado. Le faltaba uno de los botones.

—No puedo mirar ni una factura más —se lamentó Courtney—. Ni siquiera sabía que tenía la mitad de estos préstamos. Desde luego, yo nunca los aprobé.

Se levantó y tiró al suelo una factura de American Express. La mitad de los papeles estaban subrayados y tenían notas escritas en los márgenes.

—Como no salga pronto de aquí, te juro que voy a recaer en las drogas —exclamó.

Courtney ya no tenía mánager, y encargarse de sus propios asuntos le estaba resultando más difícil de lo que había imaginado.

—No quiero estar sola —me rogó—. Necesito un sitio donde pueda quedarme un par de días. Después desapareceré de tu lado. Te lo prometo.

—Está bien —le dije yo. Al parecer, no estaba molesta por el artículo que había publicado sobre ella en la revista *Rolling Stone*—. Herbal ha dicho que puedes quedarte en su cuarto. Pero te aviso: Proyecto Hollywood no es una casa normal.

—Ya lo sé, pero quiero conocer a todos esos maestros de la seducción. Puede que, entre todos, consigáis ayudarme.

Salimos del edificio y até su maleta, que pesaba más de treinta kilos, al portaequipajes que había en la parte trasera de mi Corvette.

—También deberías saber que el hermano de Katya está durmiendo en la mansión —le dije—. Si te parece que se comporta de una manera un poco extraña es porque tiene el síndrome de Tourette.

—¿No es ésa la enfermedad que te hace gritar «mierda» y «cojones» y cosas de ese tipo?

—Sí, algo así.

Aparqué en el garaje y arrastré la maleta de Courtney hasta la mansión. La primera persona con la que nos encontramos fue Herbal, que acababa de salir de la cocina.

—Hola, cara de culo —le dijo Courtney.

—No —le dije yo—. Ése no es el hermano de Katya.

El hermano salió de la cocina un momento después. Se estaba bebiendo una Coca-Cola.

—Hola, cara de culo —repitió Courtney Love.

Al dar un paso atrás, Courtney pisó a *Lily*, que gimió lastimeramente. Ella se dio la vuelta, pero, en lugar de disculparse, le espetó al perro:

—Lárgate.

Desde luego, ese par de días iban a resultar interesantes.

Le enseñé la mansión y me despedí de ella hasta el día siguiente. Dos minutos después, entraba en mi habitación.

—Necesito un cepillo de dientes.

Y sin más, Courtney entró en mi cuarto de baño.

—Hay uno sin estrenar en el armario de las medicinas —le grité desde la cama.

—Con éste me vale —contestó secamente al tiempo que cogía mi viejo y desgastado cepillo de dientes del lavabo.

Había algo entrañable en ella. Poseía un rasgo de personalidad que todos los MDLS ansían, aunque muy pocos lo tienen: sencillamente le daba todo igual.

Al levantarme a la mañana siguiente me la encontré en el salón, fumando un cigarrillo, sin más ropa que unas braguitas de seda japonesa. Tenía el cuerpo como si se hubiera estado revolcando sobre una montaña de carbón.

Y fue así como conoció al resto de los inquilinos de Proyecto Hollywood.

—He montado muchas veces a caballo con tu padre —le dijo Papa cuando los presenté.

Courtney hizo una mueca de asco.

—Si vuelves a mencionar a ese hombre, te juro que te mato.

No es que intentara ser desagradable; sencillamente vivía el momento y reaccionaba a éste sin tener en cuenta nada más.

Pero Papa no reaccionaba bien a la agresividad. Lo único que había querido hacer Papa desde que nos habíamos instalado en Proyecto Hollywood era codearse con famosos, y ahora que vi vía con una estrella —probablemente fuese la mujer más famosa del país en ese momento—, ésta le había gritado delante de todos los demás. A partir de ese momento, Papa la evitó siempre que pudo, igual que evitaba a todo el mundo que no formaba parte de la VDS.

Después, Courtney conoció a Katya.

—Acabo de hacerme una prueba de embarazo —le dijo Katya frunciendo los labios con una expresión infantil de autocompasión—. Ha salido positivo.

—Yo que tú lo tendría —dijo Courtney—. No hay nada más bonito que tener un hijo.

Yo estaba viviendo «The Surreal Life» (1).

(1) Programa de televisión estadounidense, similar a «Gran hermano VIP». *(N. del t.)*

CAPÍTULO 3

Mystery se arrodilló delante de Katya y le besó el vientre.

—Si quieres tener el niño, yo apoyo tu decisión, estemos juntos o no. Sería un bebé precioso.

El sol inundaba la cocina, iluminando la ordenada hilera de hormigas que iba desde uno de los ladrillos del muro exterior hasta la bolsa de basura. Antes de incorporarse, Mystery se chupó un dedo y trazó una barrera de saliva atravesando la hilera de hormigas. Al llegar a la barrera, las hormigas huían rápidamente en todas las direcciones.

—No puedo creer que estés pensando en que tengamos el niño —le contestó Katya con un tono de voz desdeñoso—. Hablas como si estuviéramos casados.

Las hormigas empezaban a recomponer la línea. El orden no tardaría en imperar de nuevo, sin dejar ningún indicio de la catástrofe acontecida unos segundos antes.

—Te quiero —dijo Mystery sin aparente emoción—. Y tú sabes cuál es mi misión en la vida: sobrevivir y procrear. Así que no veo qué tiene de malo tener ese niño. Yo estoy dispuesto a cumplir con mi parte de las obligaciones.

La mansión no se organizaba sola, como la hilera de hormigas. En Proyecto Hollywood no teníamos ni una cadena de mando ni ningún tipo de estructura funcional. En nuestro caso, la invisible senda química que seguíamos era la de nuestras hormonas masculinas. Y su estado natural era el caos.

Mystery y Katya pasaron la tarde discutiendo sobre si ella debía abortar y sobre quién debería pagarlo. Tres días después, fueron a una clínica de interrupción del embarazo.

—¿A que no adivinas lo que ha pasado? —exclamó con regocijo Katya al volver—. No estoy embarazada.

Se sentó a mi lado y juntó las palmas de las manos, como

dando gracias por su suerte. Mystery estaba detrás de ella, levantando el dedo corazón. Su mirada era de odio. Nunca lo ha bía visto así.

Un par de horas después me encontré a Katya sirviendo una copa de chardonnay en el bar del salón. Después se sirvió otra. Y después otra.

—Mystery no quiere salir del cuarto —protestó—. Y tampoco quiere follar. Así que esta noche voy a divertirme sin él.

—Hazlo —le dije yo—. Mereces divertirte.

—Tómate algo conmigo —pidió ella.

—No me apetece tomar nada. Gracias.

—Al menos, quédate conmigo un rato.

Bebió un sorbo de vino y nos sentamos juntos en el sofá.

—Has estado yendo al gimnasio, ¿verdad? —me dijo—. Se te nota en los brazos.

—Gracias.

Una de las cosas que había aprendido durante el último año y medio era que la mejor manera de aceptar un cumplido era decir, sencillamente, «gracias».

Katya se acercó un poco más a mí y me tocó el brazo.

—Eres la única persona con la que puedo hablar en la mansión —dijo. Tenía la cara a apenas unos centímetros de la mía.

Entonces empecé a notar la energía, esa misma energía que había sentido justo antes de besar a la chica de Tyler Durden en Las Vegas.

—Mira —me dijo al tiempo que se levantaba la camiseta—. Tengo un arañazo.

—¿Un arañazo?

—Sí. Tócalo.

Me cogió la mano y la acercó a su pecho.

Tenía que largarme de ahí.

—Me alegro de que hayamos tenido la oportunidad de hablar —comenté—, pero tengo que ir a cepillarle los dientes al gato.

—Pero si no tienes gato —protestó Katya.

Salí al jardín, rodeé el edificio y entré en la habitación de Mystery por el patio.

Mystery estaba tumbado en la cama, con el ordenador portátil apoyado sobre el vientre, viendo *Regreso al futuro II*.

—Cuando tenía dieciséis años quería suicidarme porque ya no tenía nada por lo que vivir —me dijo—. Entonces me enteré de que estrenaban la segunda parte de *Regreso al futuro* al cabo de veintitrés días. Marcaba cada día que pasaba en el calenda rio. Si no hubiera sido por esta película, hoy no estaría vivo.

Paró la película y apoyó el ordenador en la cama.

—Cuando oí la música, al empezar la película, me eché a llorar. Te lo juro, tío. Esta peli era la única razón por la que merecía la pena vivir. Lo sé todo sobre esta peli. —Cogió el estuche del DVD y me enseñó la carátula—. En una ocasión, llegué a tocar este coche.

Me senté a los pies de la cama. A nadie le agrada ser portador de malas noticias. Cogí el estuche del DVD y lo observé durante unos instantes. A Mystery le gustaban las películas como *Escuela de genios*, *El jovencito Einstein* o *Karate Kid*. A mí me gustaban Werner Herzog, Lars von Trier y Pixar. Eso no quería decir que yo fuese mejor que él; tan sólo que éramos diferentes.

—Tío —le dije—, tu chica me está tirando los tejos.

—No me sorprende —contestó él—. Antes se los ha tirado a Playboy.

—¿Y no piensas hacer nada?

—Me da igual lo que haga. Por mí, Katya puede hacer lo que quiera.

—Bueno —dije yo—. Por lo menos no está embarazada.

—Katya no tiene dos dedos de frente —señaló Mystery—. Lo que se hizo no fue un test de embarazo: fue un test de ovulación. Compró la prueba equivocada. Se hizo la prueba tres veces y las tres veces dio positivo. Eso sí, por si tenía alguna duda, ahora sabe que, a los veintitrés años, todavía ovula.

—Escucha, tío. —Vi que Mystery tenía varios arañazos en los brazos—. La estás alejando de ti. Si nos tira los tejos es sólo para vengarse de ti. Pedruscos contra oro, tío. No le has estado dando suficientes pedruscos.

—Es una alcohólica y una descerebrada. —Mystery guardó silencio durante unos segundos, con los ojos cerrados, mientras asentía repetidamente—. Pero qué cuerpo tiene. Y ese culo... Tiene un culo que es un diez.

Cuando volví al salón, Katya ya no estaba. La puerta de la habitación de Papa estaba abierta. Vi a Katya dentro, acurrucada a su lado en la cama, desnuda de cintura para arriba.

Me retiré a mi cuarto y esperé. La tormenta estalló al cabo de una hora: gritos, portazos, objetos de cristal rompiéndose.

Alguien llamó a mi puerta.

Era Courtney.

—¿Son siempre así tus compañeros de casa?

Mira quién hablaba.

Acompañé a Courtney al dormitorio de Herbal. Al entrar vi que Courtney se había apoderado de la habitación, relegando a

Herbal a la piscina de cojines del salón. El suelo estaba cubierto de ropa, de libros y de ceniza de cigarrillos. A los pies de la cama, apenas a unos centímetros del edredón, ardía una vela. Courtney, además, había envuelto con un vestido la bombilla desnuda que iluminaba la habitación, dándole un ambiente más recogido. Abiertas sobre la cama descansaban las cuatro guías telefónicas que había en la mansión. Courtney había arrancado las páginas correspondientes a la sección de abogados.

El ruido que procedía de la habitación de Mystery era cada vez mayor.

—Vamos a ver qué pasa —dijo ella.

Yo no quería involucrarme. No quería tener que sacar a nadie de un lío en el que se habían metido ellos solos. Estaba harto. Lo que hicieran con sus vidas no era mi puto problema.

Aun así, Courtney y yo fuimos al cuarto de Mystery. Katya estaba arrodillada en el suelo, cogiéndose el cuello con las dos manos, como si se estuviera ahogando. Su hermano estaba a su lado, metiéndole un inhalador para asmáticos en la boca. Mystery estaba a un par de pasos, mirando a Katya con los ojos llenos de odio.

—¿Queréis que llame a una ambulancia? —me ofrecí.

—La arrestarían. Tiene demasiadas sustancias prohibidas en el organismo —dijo Mystery con desprecio.

Katya lo miró como si deseara verlo muerto.

Si tenía la fuerza suficiente como para mirarlo así, desde luego no se estaba muriendo.

Cuando Katya por fin salió del cuarto de baño, con la cara enrojecida y cubierta de sudor, Courtney la cogió de un brazo y se sentó con ella en uno de los sofás del salón. Ahí, sin soltarle la mano, le habló de los abortos que había tenido y de lo hermoso que era dar a luz. Yo observé a la extraña pareja.

En ese momento, Courtney parecía la persona más equilibrada de la mansión; la mera idea era como para echarse a temblar.

CAPÍTULO 4

A la mañana siguiente, Courtney salió de su habitación inusualmente temprano. Llevaba puesto un camisón de Agent Provocateur.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado? —me preguntó frotándose los ojos—. Debe de haber sido una pesadilla —dijo unos instantes después—. Al despertarme no sabía dónde estaba. —Courtney miró a su alrededor. Primero a mí, después a Katya, dormida en el sofá, y al hermano de Katya y a Herbal, que roncaban en la piscina de cojines—. Aquí nadie intenta hacerme daño —suspiró con alivio.

Volvió a su habitación y cerró la puerta. Al cabo de unos minutos, llamaron a la puerta de la mansión.

—¿Dónde está Courtney?—preguntó un chófer.

—Está dormida—dije yo.

—Tiene que presentarse ante el juez dentro de una hora.

El chófer llamó a la puerta de la habitación de Courtney y entró sin esperar a que ella respondiera. Un minuto después, Courtney salía de la habitación con un montón de vestidos.

—No sé qué ponerme —dijo Courtney mientras entraba y salía de varios vestidos y se miraba una y otra vez en el espejo del cuarto de baño. Al final, salió de la mansión con un vestido de noche, negro y sin tirantes, de Katya, las gafas de sol baratas de Herbal y el libro de Robert Greene *Las 48 leyes del poder* bajo el brazo.

—Llevo un traje absurdo porque es un juicio absurdo —les diría después a los periodistas en los juzgados.

Mientras Courtney estaba fuera, nosotros aprovechamos para inspeccionar los daños. Había quemaduras de cigarrillo en la colcha de Herbal y el trozo de pared que había detrás de la puerta estaba destrozado por los continuos portazos. Además,

había manchas de un líquido sin definir en el suelo y varias velas sin apagar.

En la cocina, la nevera estaba abierta, igual que lo estaban la mayoría de los armarios. Sobre la encimera había dos tarros abiertos de crema de cacahuetes y uno de mermelada; las tapas estaban en el suelo. Había crema de cacahuetes en la encimera, en las puertas de los armarios y dentro de la nevera. En vez dé quitar el alambre de la bolsa de pan, Courtney había arrancado el plástico de un extremo, como si fuera un animal. Le importaba una mierda. Tenía hambre, así que comía. Ésa era otra cua lidad que reconocían los MDLS: la capacidad de convertirse en un troglodita.

Al volver de los juzgados, Courtney se sentó con el consejo de sabios de Proyecto Hollywood y, entre todos, planeamos su aparición de esa misma noche en el programa de televisión «The Tonight Show with Jay Leno». Mystery y Herbal le enseñaron conceptos como la demostración de valía y los marcos de la PNL. Courtney necesitaba un nuevo marco. Ahora mismo, el mundo la veía como a una mujer desquiciada. Pero, tras convivir dos semanas con ella, nosotros sabíamos que sólo estaba pasando por una mala racha. Sí, Courtney era una mujer excéntrica, pero no estaba loca. Además, era increíblemente lista. Entendía e interiorizaba inmediatamente todos los conceptos que le enseñábamos.

—Así que tengo que mostrarme como si fuese una dama en apuros —repitió antes de irse.

Aquella noche, Courtney brilló con luz propia en «The Tonight Show». Al contrario que durante su tan comentada aparición en el programa de David Letterman, Courtney estaba tranquila y mostró buenos modales frente a la cámara; y las canciones que interpretó con su grupo, las Chelsea, fueron un recordatorio de que Courtney Love no era tan sólo una famosa; era una estrella del rock.

Herbal, Mystery, Katya, Kara —una chica a la que había conocido en un bar hacía un par de días— y yo fuimos en el coche de Katya a los estudios de televisión. Al acabar el programa, subimos al camerino de Courtney, donde ella estaba hablando con las chicas del grupo. La guitarrista me impactó desde el primer instante. Era una chica espectacular, alta, con el pelo teñido de rubio y la actitud desenfadada de un músico de rock. ¿Por qué no encontraba nunca chicas así en las discotecas?

—¿Podría quedarme otras dos semanas en tu habitación. —le preguntó Courtney a Herbal.

—Claro —contestó él.

A Herbal siempre le parecía todo bien.

—Puede que sea un mes —le dijo Courtney al salir del camerino.

En el aparcamiento, Mystery se subió al asiento del conductor del coche de Katya. No se habían dirigido la palabra en todo el día. Katya se sentó en el asiento del copiloto y puso un *dance-mix* de Carl Cox. Su gusto musical se centraba en la música house y el techno; Mystery, en cambio, prácticamente no escuchaba nada que no fuera Tool, Pearl Jam o Live. Eso debería haber bastado para hacerlos recapacitar.

El teléfono móvil de Mystery empezó a sonar. Él apagó la música antes de contestar.

Katya volvió a encenderla, aunque no subió mucho el volumen.

Mystery volvió a apagarla, con evidente enfado.

Y así, una y otra vez: encendida, apagada, encendida, apagada; cada vez con más veneno que la anterior. Hasta que Mystery detuvo el coche de un frenazo, mandó a Katya a tomar por culo y se bajó. El coche quedó parado en medio de Ventura Boulevard, bloqueando el tráfico. Mystery se agachó, extendió el brazo derecho y levantó el dedo corazón, exactamente a la altura de la cara de Katya. Ella se pasó al asiento del conductor y condujo hasta la siguiente intersección, donde dio la vuelta con la intención de recoger a Mystery. Al verla parar a su altura, Mystery se volvió, la miró con cara de asco, le hizo un corte de mangas y siguió andando.

Katya se marchó sin él. No estaba enfadada; tan sólo decepcionada por su inmadurez.

Mystery no volvió a la mansión en toda la noche. Lo llamé varias veces al móvil, pero no contestó. Cuando me desperté al día siguiente, seguía sin haber vuelto, y cada vez que marcaba el número de su móvil me saltaba directamente el contestador. Empecé a preocuparme.

Un par de horas después, llamaron a la puerta. Fui a abrir, esperando encontrar a Mystery, pero era el chófer de Courtney.

Uno de los dones de Courtney era su capacidad para convertir a todo el que estuviera cerca de ella en su asistente personal. Un alumno que había ido a la mansión por primera vez había acabado conduciendo hasta Tokyopop para comprarle un libro de manga en el que salía ella; otro había ido a por sábanas limpias al apartamento de Courtney, y un tercero le había mandado varios correos electrónicos a la asesora financiera Suze Orman.

—¡Cara de culo! —le dijo Courtney al hermano de Katya—. ¿Por qué no acompañas al chófer a mi apartamento y me traes mis DVD?

Cuando él se marchó, Courtney le dijo a Katya:

—Es un buen chico. Y además es bastante mono.

—¿Sabías que nunca se ha acostado con una mujer? —le dijo Katya.

Courtney permaneció unos instantes en silencio, como si estuviera analizando la información que acababa de recibir.

—Puede que algún día le haga un favor —comentó finalmente.

Mystery volvió avanzada la noche con una *stripper* de cada brazo. Por el aspecto de los tres, parecía que llevaran veinte años sin salir de una cueva; desde luego, nuestras bombillas de cien vatios no les hacían ningún favor.

—Hola, tío —me dijo, como si acabara de volver de comprar el pan.

—¿Dónde has estado?

—Conocí a Gina en un club de *striptease* —me dijo Mystery—. He pasado la noche con ella.

—Hola —me saludó la morena con cara de caballo que se sujetaba al brazo izquierdo de Mystery.

—Podrías haber llamado. Estábamos preocupados.

Mystery paseó a las chicas por la mansión y, tras asegurarse de presentárselas a Katya, salió al patio con ellas.

Pero Katya no le hizo el menor caso. Como cualquier otra noche, se duchó, limpió las manchas de crema de cacahuete de la cocina y, como deberes para su clase de efectos especiales, le dibujó una lobotomía en la cabeza a Herbal.

Aunque la escenita de las *strippers* no logró poner celosa a Katya, sí consiguió que la reputación de Mystery descendiera más aún entre el resto de los inquilinos de Proyecto Hollywood.

CAPÍTULO 5

Tenía que ocurrir. Katya acabó enrollándose con uno de nosotros. Lo había intentado prácticamente con todos desde la falsa alarma de embarazo.

Al final fue Herbal quien no pudo resistirse a sus provocaciones. Herbal era un tío tranquilo. Nunca perdía los nervios. Sabía escuchar y se comportaba con modestia. O sea, todo lo contrario que Mystery. Y todo el tiempo que había pasado con Katya mientras Mystery se lamentaba de su suerte o se quedaba tumbado en la cama sin hacer nada o se acostaba con alguna *stripper* había acabado por afectarle. Se había enamorado de ella. Y, tras verla sufrir por la manipulación y el abandono de Mystery, había empezado a pensar que Katya merecía algo mejor.

—Cada vez me cuesta más decirle que no —me confesó un día.

—¿Por qué no hablas con Mystery? —sugerí yo—. Seguro que él ya no está interesado en Katya.

—Sí, puede que tengas razón. Además, acuérdate de lo bien que se enrolló con lo de Sima.

(Sima era una de las ex MRE de Mystery, con la que Herbal se había liado cuando ella había venido a la mansión.)

Así que Herbal decidió preguntárselo a Mystery. Pero, en esa ocasión, la respuesta fue negativa. Y, aun así, esa misma noche, tras una nueva pelea con Katya, Mystery fue a ver a Herbal y le dijo:

—Katya y yo hemos roto. Es toda tuya.

Pero no tardaría en arrepentirse de sus palabras.

Herbal tan sólo tardó unas horas en acostarse con Katya. Como Courtney estaba durmiendo en su cama, Herbal y Katya se acostaron en el cuarto de Playboy, al lado de la cocina.

Por la noche, al volver de Standard, Mystery fue a la cocina a por un Sprite. Y fue entonces cuando los oyó. Otro hombre estaba disfrutando de los gemidos que hasta hacía unas horas estaban reservados para él. Se quedó paralizado, escuchando a Herbal y a Katya al otro lado de la puerta. Y Katya parecía estar disfrutando de veras.

Mystery fue al salón y se dejó caer en el suelo. La sangre abandonó su rostro. Al igual que había ocurrido con la muerte de su padre, la pérdida de Katya le había afectado más de lo que él mismo había creído posible.

Nunca subestimes tu capacidad afectiva.

—Estoy enamorado de ella —dijo mientras la primera lágrima manchaba su mejilla—. Estoy enamorado de Katya.

—No, no lo estás —lo corregí yo—. El otro día dijiste que la odiabas y que lo único que te gustaba de ella era su cuerpo. La única razón por la que te sientes así es porque ella está con otro.

—No es verdad —protestó él—. Lo que me duele es que Katya no sienta lo mismo que yo siento por ella.

—Katya te ha querido más que ninguna otra chica que yo haya conocido. Una noche, en el *jacuzzi*, me dijo que se estaba enamorando de ti. Y en cuanto ocurrió, tú empezaste a tratarla como un frío, distante y miserable cabrón.

—Pero la quiero.

—Dices lo mismo de cada chica con la que te acuestas. Eso no es amor, Mystery. Es vanidad.

—No es verdad —me gritó él con todas sus fuerzas—. ¡Te equivocas!

Se levantó, se fue a su cuarto y cerró la puerta de un portazo; unos trozos de pintura cayeron sobre la moqueta.

Eran tantas sus carencias que una pérdida como aquélla era como un detonador que sacaba a la superficie todos sus problemas afectivos, destruyendo el caparazón narcisista tras el que se escondía.

De camino a mi habitación recordé la escena de *El mago de Oz* en la que el Mago le dice al Hombre de Hojalata: «Un corazón no se juzga por lo que ama, sino por lo que lo aman los demás.»

Lo que más deseaba en aquel momento era dormir, que mis sueños limaran mis pensamientos, mis preocupaciones y mis problemas, y levantarme al día siguiente con fuerzas renovadas. Pero Courtney me esperaba en la puerta de mi habitación con unas hojas de papel en la mano.

—Tienes que conseguir localizar a Frank Abagnale —me exigió—. Y llama a Lisa y dile que necesito verla.

—Vale.

No tenía ni la menor idea de qué me estaba pidiendo. No sabía cómo ponerme en contacto con Frank Abagnale (el falsificador de obras de arte cuyas memorias inspiraron la película *Atrápame si puedes*), ni tampoco sabía dónde estaba Lisa, la guitarrista del grupo de Courtney. Pero, a esas alturas, ya había aprendido que lo mejor que podía hacerse ante las constantes órdenes de Courtney era decir que sí y luego no hacer nada. Dentro de un par de horas ya no se acordaría de lo que me había pedido.

A la mañana siguiente fui a ver cómo estaba Mystery. Estaba en bata, sentado en la cama, temblando. Tenía los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas. Nunca lo había visto así. En Toronto, durante su depresión, sencillamente se había encerrado en sí mismo, sumiéndose en un estado catatónico. Pero esta vez realmente se lo veía sufrir.

Hacía unas horas, Katya había ido al cuarto de Mystery a coger su cepillo de dientes.

—¿Vas a contarme lo que pasó anoche? —le había preguntado Mystery.

—¿Por qué iba a hacerlo, después de que me entregaste a Herbal, como si fuera un regalo?

—¿Te has acostado con él?

—Ha sido el mejor polvo de mi vida —le dijo ella.

Eso acabó de destrozar a Mystery.

—La mataría —me dijo Mystery. Después se hizo un ovillo sobre la cama y gimió como un perro a las puertas de la muerte—. Sé que me estoy dejando llevar por mis emociones, pero ahora mismo no soy capaz de pensar con lógica. Me siento como si me hubieran desollado. —Cerró un puño, agarrando un trozo de sábana—. Me siento vacío. —Rodó sobre la cama, mientras las lágrimas volvían a fluir de sus ojos—. Me siento como una mierda.

Mientras Mystery se lamentaba, yo pensé en la letra de una de las canciones de Courtney: «Hice la cama. Me acostaré en ella.» Mystery había hecho su cama y ahora era Herbal quien se acostaba en ella.

Levantó las manos hacia el techo y gritó con su voz de Anthony Robbins. De repente, Courtney asomó la cabeza por la puerta.

—¿Es por mi culpa? Si queréis, puedo dormir en el cuarto de delante.

Podía ser tan dulce.

Salí y le conté a Courtney lo que pasaba. Katya estaba fumándose un cigarrillo en el patio.

—Me siento tan mal —dijo—. Pobre Mystery.

Herbal salió al patio y se sentó junto a Katya. Guardó silencio durante unos segundos, buscando algo que decir. Ninguno de los dos parecía lamentar haberse acostado con el otro. Pero tampoco imaginaban que Mystery fuese a tomárselo tan mal. Lo cierto es que nadie lo imaginaba.

Courtney encendió un cigarrillo y le habló a Herbal de cómo compartir puede ser querer y de la vez que se había escapado a San Francisco para unirse a Faith No More y de cómo había tenido la idea de las Suicide Girls y de la vez que, estando en Europa, había intentado convertir a una fan en una artista. Entre sus divagaciones debía de esconderse una metáfora para el actual dilema de Herbal —atrapado entre su mejor amigo y la chica de la que se había enamorado—, aunque ninguno de nosotros supiera dónde.

Y, entonces, alguien llamó al móvil de Herbal. Él contestó y, con gesto de incredulidad, le pasó el teléfono a Courtney.

—Es Frank Abagnale —dijo—. Parece ser que ha recibido mi mensaje.

Los dejé a los tres en el patio y llamé a Martina, la hermana de Mystery.

—Vuelve a estar mal —le dije.

—¿Qué ha pasado esta vez?

—Todo empezó con el típico desengaño amoroso, pero esta mañana ha cruzado algún tipo de frontera. Es como si la situación hubiera provocado una reacción química de algún tipo. En estos momentos está llorando desconsoladamente en su cama.

—Si las cosas empeoran, lo mejor sería que volviera a Toronto. Si tú te encargas de meterlo en el avión, nosotras nos encargaremos de lo demás.

—Pero si vuelve a Toronto, todos sus sueños habrán acabado. Ya nunca conseguiría ser un gran ilusionista. Y también perdería su negocio de seducción.

—Lo sé, pero ¿qué otra cosa podemos hacer?

—Voy a intentar resolver las cosas sin que Mystery tenga que irse de Los Ángeles.

—¿No crees que sería mejor que volviera a Toronto? Aquí, la sanidad es gratis. No podemos pagar una clínica en Estados Unidos.

—Déjame que lo intente. Si las cosas no mejoran, te prometo que lo llevaré a Toronto.

Ver lo que había ocurrido entre Mystery y Katya me había abierto los ojos. Mystery la había invitado a mudarse con él; se había casado con ella; la había dejado no embarazada; la había ignorado, la había tratado con crueldad y le había dicho a Herbal que podía acostarse con ella. No había duda: el único culpable de lo que había sucedido era él mismo.

Mientras tanto, desde que había salido publicado el artículo en el *New York Times*, Mystery había recibido ofertas de media docena de *reality shows*, entre ellos, «American Idol» (1). La cadena VH1 había llegado a mandarle un contrato para un programa en el que Mystery convertiría a un don nadie en un auténtico playboy. La fama que tanto anhelaba Mystery lo estaba esperando a la vuelta de la esquina; pero él no había hecho nada por disfrutarla.

—No es la primera vez que le pasa algo así —dijo Martina con un suspiro cuando le hablé de las ofertas de los *reality shows*—. Siempre que está a punto de conseguirlo, se viene abajo y lo echa todo a perder.

—Es como si...

—Sí —asintió ella—. Es como si le tuviera miedo al éxito.

(1) El programa «American Idol» es el equivalente en Estados Unidos a «Operación Triunfo» en España. *(N. del t.)*

CAPÍTULO 6

La noche siguiente, Katya volvió a casa a las dos de la madrugada. Había salido con Herbal y con la mujer de Nueva Orleans con la que se acostaba de vez en cuando. Mystery abrió la puerta de su dormitorio, se sentó en el suelo sobre un cojín y los observó mientras ellos tomaban una copa en el salón. Estaba esforzándose por no perder el control.

La mujer de Nueva Orleans debía de medir casi un metro noventa y tenía un abdomen de gimnasio, una larga melena de pelo castaño que le llegaba prácticamente hasta un escultural culo, unos pechos recién operados y una nariz demasiado grande que, sin duda, sería lo próximo que sometería al bisturí del cirujano plástico. Al ver cómo Katya se acercaba a ella y empezaban a besarse, el rostro de Mystery se contrajo. Si tan sólo hubiera mantenido a Katya a su lado unos días más, ahora estaría a punto de disfrutar del trío que tanto tiempo llevaba eludiéndole. Pero, en vez de eso, estaba sentado en un cojín, contemplando cómo Katya reía con otra mujer, cómo se quitaban la ropa para darse un baño en el *jacuzzi*, observando la sonrisa de satisfacción de Herbal al ir detrás de ellas.

Katya le había ofrecido a Mystery su amor y él lo había rechazado. Ahora estaba pagando el precio. Lo hiciera intencionadamente o no, Katya le estaba restregando su bisexualidad, su juventud y su felicidad en las narices.

Al día siguiente, Mystery estaba peor que nunca. Cuando no estaba llorando, tirado en algún sofá, estaba patrullando por la mansión, intentando que Katya y Herbal pasaran juntos el menor tiempo posible. Cuando no los encontraba, llamaba a Katya al móvil. Y daba igual que ella contestara o no; el resultado era siempre el mismo: Mystery perdía los nervios y destrozaba todo lo que encontraba en su camino. Tiró varias estanterías al

suelo; destrozó sus almohadas, cubriendo su cuarto de plumón; estrelló su móvil contra la pared, rompiendo el aparato y dejando una profunda marca negra en la escayola.

—¿Dónde está Katya? —le preguntó a Playboy.

—Se ha ido de compras a Melrose.

—¿Dónde está Herbal?

—Está... Bueno, también ha ido a Melrose.

Y, entonces, el corazón de Mystery se contraía y su escaso ánimo se venía abajo y sus ojos se inundaban de lágrimas y sus piernas cedían bajo su peso mientras buscaba alguna extravagante explicación evolutiva para lo que le ocurría.

—Es el egoísmo de mis genes —decía—. Mis bebés potenciales me están castigando por haberlos abandonado.

Cuando Herbal volvió de Melrose con Katya, intenté avisarlo.

—Katya te está usando para devolverle a Mystery todo el daño que le ha hecho —le advertí.

—Te equivocas —me dijo él—. Katya y yo nos queremos de verdad.

—Vale —le dije yo—. Si es así, ¿podrías hacerme un favor? Intenta no salir con ella hasta que Mystery se recupere. Voy a pedirle a Katya que se vaya unos días.

—Está bien —dijo Herbal con resignación—. Pero no va a ser fácil.

Esa noche llevé a Katya y a su hermano al cine. El plan A consistía en alejar a Katya de Proyecto Hollywood para que el estado emocional de Mystery no siguiera empeorando. El plan B era acostarme con ella para que Herbal se diera cuenta de que lo que compartía con Katya era cualquier cosa menos amor.

Afortunadamente, el plan A funcionó.

—Estás matando a Mystery —le dije a Katya mientras volvíamos a la mansión—. Tienes que irte unos días. No quiero que vuelvas hasta que yo te lo diga. Ya no se trata de vuestros problemas sentimentales. Mystery tiene serios problemas psicológicos y vuestra ruptura ha desencadenado un proceso que no sé cómo puede acabar.

—Está bien —dijo ella mirándome como una niña a la que acaban de regañar.

—Y quiero que me prometas que no vas a volver a acostarte con Herbal. Estás haciendo daño a uno de mis compañeros y estás a punto de romperle el corazón a otro. No puedo permitir que sigas haciéndolo.

—Vale —me dijo ella.

—El juego se ha acabado, Katya.

—Vale. Lo entiendo.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Debería haber hecho que me lo jurara.

El juego de la seducción resultaba fácil comparado con aquello. Aunque las personas no fuésemos más que programas diseñados por la evolución, como sostenía Mystery, la complejidad de esos programas era tal que ninguno de nosotros éramos capaces de entenderlos. Todo lo que habíamos conseguido descifrar eran un par de sencillas relaciones de causa y efecto: si reduces la autoestima de una mujer, ella buscará tu validación, y si pones celosa a una mujer, ella se sentirá más atraída hacia ti. Pero, más allá de la simple atracción y el deseo, existían sentimientos más profundos que pocos de nosotros conocíamos y que ninguno controlábamos. Y esos sentimientos —para los que el corazón y la palabra «amor» no son más que meras metáforas— estaban destruyendo Proyecto Hollywood.

Y así fue cómo Mystery ahuyentó a los demás inquilinos de la mansión y después empezó a amenazar con suicidarse y Katya me dio un Xanax para tranquilizarlo y yo lo llevé al centro de salud mental de Hollywood y él intentó escaparse dos veces y también intentó sargear con la psiquiatra; aunque no lo consiguió.

Seis horas después, Mystery salió del centro de salud mental con un sobre lleno de Seroquels en una mano y un nuevo Xanax en el cuerpo. Yo nunca había oído hablar del Seroquel, así que, al llegar a casa, leí el prospecto.

«Seroquel está indicado para el tratamiento de la esquizofrenia», decía.

Mystery me lo arrancó de las manos y lo leyó.

—Sólo son pastillas para dormir —me dijo—. Sólo son pastillas para dormir.

—Claro —asentí yo—. Sólo son pastillas para dormir.

Paso 10: Acaba con la resistencia de última hora

Lo sexual es aquello que le provoca una erección al hombre... Si no hay desigualdad, si no hay transgresión, si no hay dominación, si no hay fuerza, no hay excitación sexual.

Catharine MacKinnon, *Hacia una teoría feminista del Estado*

CAPÍTULO 1

Era el día de la limonada en Proyecto Hollywood. Al menos eso era lo que había decidido Courtney Love. Mystery se estaba recuperando, Katya había ido a pasar seis semanas a Nueva Orleans y la mansión estaba llena de buenas vibraciones.

Con un cigarrillo en la comisura de los labios y su camiseta de Betsey Johnson manchada de ceniza, Courtney sacó una gigantesca ensaladera de uno de los armarios de la cocina. Abrió la nevera y sacó dos bricks de dos litros de limonada y uno de un litro de zumo de naranja. Los vertió en la ensaladera y, al llenarse ésta, sirvió el resto en varias cacerolas. Después cogió un puñado de cubitos de hielo del congelador y los dejó caer en el zumo. Finalmente introdujo los dedos negros en el líquido y lo removió. La limonada salpicó el suelo mientras la ceniza del cigarrillo de Courtney caía en la ensaladera.

Apagó el cigarrillo sobre los azulejos amarillos de la encimera y miró nerviosamente a su alrededor. Abrió los armarios hasta encontrar los vasos y sacó cuatro metiendo un dedo en cada uno de ellos. Uno a uno, fue introduciéndolos en la ensaladera, hasta llenarlos de limonada. Después cogió el resto de los vasos, todas las tazas de café que quedaban limpias, e incluso una jarra de medidas y los llenó de limonada.

Mystery estaba sentado, con las piernas cruzadas, en un sofá del salón. Estaba dirigiendo su primer seminario desde que, tres semanas atrás, había visitado el centro de salud mental. Llevaba puesta una camiseta y un peto vaquero y estaba descalzo. Hacía varios días que no se afeitaba y los párpados se le entrecerraban. Tomaba sus Seroquels con regularidad, siguiendo una terapia de sueño para salir de la depresión. Cada vez se encontraba mejor.

—Las relaciones pasan por tres fases —les decía a sus alum-

nos sin salir de su letargo—. El principio, la fase intermedia y la fase final. Y, no os voy a engañar, ahora mismo, yo estoy en la fase final. He llorado tres veces en la última semana.

Sus seis alumnos se miraron con incomodidad unos a otros sin saber qué pensar. Estaban allí para aprender a ligar. Pero, para Mystery, ése no era un seminario cualquiera; más bien era una sesión de terapia. Hacía dos horas que hablaba sin parar de Katya.

—Esto es lo que os espera. Y puede ser difícil —continuó diciendo—. Aun así, con mi próxima chica también organizaré un matrimonio falso. Esta vez, el error fue dejar que Katya y su madre supieran que realmente no estábamos casados. La próxima vez celebraremos una boda en el jardín de la mansión. Contrataré a un actor para que nos case y todo el mundo, menos ella y sus padres, sabrá que no es una boda de verdad.

Uno de los alumnos, un hombre apuesto de unos treinta años con el pelo cortado al uno y una mandíbula con la consistencia de un bloque de cemento, levantó la mano.

—Pero ¿no acabas de decirnos que tu falso matrimonio fue un desastre?

—Sí, pero eso es porque todavía no había perfeccionado la técnica —dijo Mystery—. La próxima vez todo será distinto.

Cada vez que Mystery se recuperaba de una de sus depresiones, su personalidad parecía sufrir algunos reajustes. Esta vez, la ira parecía acechar en su interior, conviviendo con un resentimiento hacia las mujeres que era nuevo en él.

De repente, Courtney salió de la cocina.

—¿Quién quiere limonada?

Los alumnos la miraron boquiabiertos.

—Tomad —dijo ella al tiempo que le daba un vaso a Mystery y otro a Cementjaw (1)—. ¿Qué haces tú en un taller de seducción? —le preguntó—. No creo que tengas ningún problema para conseguir chicas. Eres una monada.

—Soy profesor de defensa personal —respondió él—. Mystery me ha invitado a venir a uno de sus talleres. A cambio, yo le doy clases de *krav magá*.

Courtney salió disparada en dirección a la cocina y volvió a salir con otros dos vasos de limonada, y luego con otros dos y otros dos más, hasta que en el salón hubo más vasos de limonada que personas.

—Creo que no necesitamos más limonada —le dijo Mystery

(1) *Cementjaw* significa «Mandíbula de cemento». *(N. del t.)*

cuando Courtney volvió a aparecer con una taza de café en cada mano.

—¿Dónde está Herbal? —preguntó ella.

—Creo que se está duchando.

Courtney fue al cuarto de baño y le dio una patada a la puerta.

—¡Herbal! ¿Estás ahí?

Courtney le dio otra patada a la puerta; esta vez más fuerte.

—¡Estoy en la ducha! —gritó él.

—Es importante. Voy a entrar.

Courtney abrió la puerta, entró corriendo y abrió la cortina de la ducha.

—¿Qué pasa? —le preguntó Herbal con preocupación. Tenía el pelo lleno de espuma—. ¿Se está quemando la casa?

—Te he preparado un poco de limonada —le dijo Courtney al tiempo que le ponía una taza de café llena de limonada en cada mano, y luego salió corriendo.

Herbal se quedó allí quieto, sin decir nada. Desde que, por el bien de Mystery, había accedido a dejar de ver a Katya, Herbal se paseaba en silencio por la mansión, como si fuese una nube triste. Aunque era demasiado orgulloso como para reconocerlo, tenía el corazón roto; la quería.

Mientras Mystery les daba a sus alumnos un descanso para comer, Courtney fue prácticamente a la carrera a la habitación de Papa y abrió la puerta sin llamar. Dentro, Papa, Sickboy, Tyler Durden, Playboy, Xaneus y los mini Papas estaban ocupados trabajando; cada uno delante de su propio ordenador. Extramask estaba tumbado en la cama deshecha de Papa, leyendo el *Bhagavad Gita*. El aburrimiento lo había empujado a hojear los libros de religiones orientales de Playboy, adentrándolo en una inesperada senda de autoconocimiento espiritual.

—Courtney —le preguntó Tyler Durden mientras ella distribuía las limonadas—, ¿podrías conseguir que incluyeran nuestros nombres en la lista de invitados de Joseph's del próximo lunes?

Courtney cogió el teléfono, se metió en el cuarto de baño con Tyler y marcó el número de Brent Bolthouse, el patrocinador que organizaba las fiestas de los lunes en Joseph's, que eran ramosas por el carácter restringido de su lista de invitados y por la cantidad de candidatos a gente guapa que iban a ellas.

—Brent —dijo Courtney—. Mi amigo, Tyler Durden, es un maestro de la seducción profesional.

Tyler levantó las manos y las movió frenéticamente, en un

intento inútil por evitar que Courtney traicionara su condición de MDLS.

—Se gana la vida ligándose a tías. Es una pasada.

Tyler se llevó las manos a la cabeza.

—¿Puedes incluirlo en la lista de invitados?

Courtney cogió una tira de seis condones del borde del lavabo y se la puso alrededor de la muñeca, como si fuera una pulsera. Después empezó a pasear de un lado a otro del cuarto de baño y abrió las puertas de los vestidores que había a cada lado del retrete; los infames cuartos de huéspedes de Papa.

—Déjame que te haga una pregunta —dijo al tiempo que salía del vestidor de Tyler Durden, en el que tan sólo había una maleta, un montón de ropa sucia y un colchón—. ¿A ti te gustan de verdad las mujeres?

Al otro lado de la ventana del cuarto de baño podía verse a Cementjaw arrastrando un saco de boxeo por el suelo de ladrillo del patio.

—Cuando me uní a la Comunidad no era nada misógino —le contestó Tyler—. Pero después de acostarme con tantas chicas con novio, la verdad es que he empezado a desconfiar de las mujeres.

Uno de los efectos secundarios del sargeo es que puede empeorar la opinión que uno tiene del sexo opuesto. Ves demasiada traición, demasiada mentira, demasiada infidelidad. En el campo del sargeo descubres que, por lo general, resulta más fácil acostarse con una mujer que lleva más de tres años casada que con una mujer soltera. Descubres que, si una mujer tiene novio, hay más probabilidades de que folle contigo esa misma noche que de que te devuelva la llamada de teléfono al día siguiente. Con el tiempo descubres que las mujeres están tan locas como los hombres; sencillamente lo disimulan mejor.

—Al principio, cuando empecé a sargear, las chicas me hicieron mucho daño —continuó diciendo Tyler—. Conocía a una chica fantástica, a una chica que me gustaba de verdad, y nos pasábamos toda la noche hablando. Ella me decía que me quería y que había tenido mucha suerte al conocerme. Pero, luego, a la hora de la verdad, bastaba con que yo fallara un test de eliminación para que me dejara tirado. Todo lo que habíamos construido no tenía ningún valor para ella. Y eso hizo que yo me endureciera.

Hay hombres que odian a las mujeres, hombres que no respetan a las mujeres, que las llaman putas y zorras. Pero no MDLS. Los MDLS no odian a las mujeres; las temen. Al conver-

tirse en un MDLS —un título que sólo pueden conceder las mujeres—, un hombre acepta que, a partir de ese momento, su autoestima y su identidad dependerán enteramente de la atención del sexo opuesto, al igual que la de un actor cómico depende de la risa del público. De ahí que, como mecanismo de defensa, algunos MDLS desarrollen ciertas tendencias misóginas.

Sargear podía ser peligroso para el alma.

Fuera del baño, Cementjaw sujetaba el saco de boxeo mientras Mystery lo golpeaba con puñetazos sin fuerza.

—¡Más fuerte! —le gritaba Cementjaw—. ¡Quiero ver más agresividad!

CAPÍTULO 2

Toda la Comunidad, no sólo Proyecto Hollywood, parecía sumida en una senda descendente, tan peligrosa como inestable. Los partes de sargeo ya no hablaban sólo de chicas, sino también de peleas por las que, cada vez con más frecuencia, los MDLS eran echados a patadas de bares y discotecas. Además, los miembros de la Comunidad empezaron a seguir los acontecimientos que estaban teniendo lugar en Proyecto Hollywood como el que sigue un reality show. Además, estaba Jlaix, un imitador de Elvis aficionado a las armas y al karaoke al que Tyler Durden y Papa habían descubierto en San Francisco, cuyos boletines tenían un gran seguimiento.

Grupo MSN: Salón de Mystery
Asunto: La primera *stripper* de Jlaix (las drogas se venden aparte)
Autor: Jlaix

Acabo de volver de Las Vegas y estoy muerto. Anoche me echaron de un karaoke por tirarme al suelo y ponerme a gritar durante la canción de Journey *Separate Ways (Worlds Apart)*.

Pero no es de eso de lo que quiero hablaros, sino de la *stripper* a la que me follé. Así que vamos al grano.

Llegué a Las Vegas el miércoles por la tarde y empecé a beber inmediatamente. Tenía una habitación con unos amigos del trabajo en el hotel Hard Rock, igual que los protagonistas de «OC» en el episodio de la semana pasada. Estábamos en el Hard Rock Café, preparando cócteles de carne. Un cóctel de carne puede estar hecho, por ejemplo, de carne de vaca, bacon, cerveza, puré de patatas, más cerveza, costillas, hielo, cebollas, mostaza, salsa de carne, sal, pimienta, sacarina, y puede que un poco de vodka. Cuando uno de mis compañeros de trabajo vomitó ahí mismo, sobre la mesa, decidimos

que había llegado el momento de ir al club de *striptease* Olympic Gardens.

Yo estaba mosqueado, porque lo que quería era sargear, no ver un patético *striptease*. Siempre estoy hablando de lo bien que se me dan las mujeres y quería demostrarles a mis compañeros de trabajo que era verdad. Llevaba mucho tiempo planeando ese viaje, y la verdad es que estaba un poco nervioso, porque si no me acostaba con alguna tía quedaría como un bocazas. La otra razón por la que no me gustan los clubes de *striptease* es porque me niego a comprar los favores sexuales de una mujer. Pero aun así, acompañé a los demás y me senté a beber una cerveza mientras ellos se divertían.

Una chica se sentó delante de mí, en el asiento que había al otro lado de la mesa. Resulta que trabajaba allí, pero que había decidido tomarse el día libre porque no había suficientes clientes. Empecé a trabajármela. Mis amigos me miraban como si estuviera loco, porque yo no dejaba de decirle que era una boba.

Ella me dijo que yo era un chulo; se veía que le gustaba. Mis amigos nos miraban con la boca abierta. Le dije a la chica que nos íbamos al hotel y que se viniera con nosotros. Además le dije que llamara a alguna de sus «amigas putas». Ella se mosqueó porque la había llamado puta, así que yo cambié de tema. «No te lo vas a creer —le dije—. Tengo una amiga que es muy rara. Se come los limones enteros, como si fueran naranjas. Bla, bla, bla.» Hasta que a ella se le pasó el cabreo. Luego seguí con más técnicas: una y otra y otra. Finalmente nos fuimos juntos.

Al salir, en la puerta del club de *striptease*, el encargado intentó convencerla de que volviera a entrar y trabajara un par de bailes, pero yo la agarré del brazo y cogimos un taxi. Ella me dijo que aunque fuese una *stripper* no tenía por qué ser tonta. Yo le hice las técnicas del «somos tan parecidos» de Mystery y de las dentaduras con forma de C y de U de Style.

Al llegar al hotel, subimos a dejar sus cosas en mi habitación. Una vez arriba, le hice la técnica del cubo. Después le dije: «Cuando le hice este test a Paris Hilton me dijo que su cubo era grande como un hotel. ¡Qué creída!» Así conseguí que ella pensara que me paso el día con famosos, aunque, de hecho, el que había estado con Paris Hilton era Papa.

También usé la técnica de Tyler Durden de mostrarse exigente. Le dije: «Estoy harto de salir con chicas que se pasan el día drogándose o en el cirujano plástico. No me entiendas mal. Me gusta meterme rayas en el retrete de un bar tanto como a cualquiera. ¡Pero no todos los días! Seguro que tú no eres una de ésas.» Ella se validó. Entonces le pregunté qué tal besaba y ella me hizo una demostración

práctica. Al cabo de un rato, la detuve y sugerí que bajáramos a tomar una copa.

En el casino, empecé con una técnica para hacer que se sintiera cómoda. Repasando distintos momentos clave de mi vida, le conté «Supercortes», «Verano de abdominales», «Globos en el parque», «*Babysitter-stripper»* y «Mi gato ha echado un polvo». Todas son historias verdaderas, aunque, creedme, los títulos son mucho más interesantes que las historias en sí.

Buscamos a mis compañeros de trabajo, pero no los encontramos. Entonces yo le dije que estaba cansado y que subiera conmigo. Le dije que quería que me contara un cuento en la cama y que me arropara.

Mientras subíamos, ella me preguntó si íbamos a hacer cosas malas.

Yo le respondí que, desde luego, esperaba que no. «Tengo que levantarme pronto —le dije—. Así que espero que me dejes dormir. Además, con todo lo que he bebido, no creo que se me levante.»

Funciona siempre. Deberíais probarlo.

Al llegar al cuarto, nos encontramos a mis tres compañeros de trabajo. Aunque estaban completamente borrachos, conseguí convencerlos de que bajaran a apostar al casino. Cuando se fueron, ella se acercó a una mesa y me dijo que habían estado esnifando coca. Me dijo que las *strippers* se daban cuenta de esas cosas.

Le canté *On the wings of love*, de Jeffrey Osborne. Después le dije que quería acurrucarme con ella en la cama y estuvimos hablando un rato. Entonces le dije que quería hacerle un truco. Me puse de rodillas y empecé a lamerle las piernas. Al quitarle los pantalones vi que no llevaba bragas. Antes de empezar a chuparla, me aseguré de que no tenía ninguna llaga. Lo que sí tenía era un *piercing* en el clítoris; algo que yo nunca había visto antes. Era muy raro. Además, chocaba todo el rato contra mis dientes. La cosa es que, al final, le metí los dedos y seguí chupándola hasta la sumisión. Entonces le dije que era una pena que hubiera bebido tanto y que no se me fuese a levantar. «Eso lo arreglo yo en un momento», me dijo ella.

Follamos toda la noche como locos.

Nunca había visto a una chica tan delgada con las tetas tan grandes. ¡Joder! Estaba buenísima. Era la tía más maciza que me había tirado en toda mi vida. Mi primera *stripper* y mi primer 9. Al acabar de follar me preguntó por qué tenía tantas cicatrices. Yo la besé suavemente y le dije que no se preocupara, que no era un maníaco, que tan sólo hacía como si lo fuera, que así era como me enfrentaba al absurdo de la existencia: metiéndole por el culo el absurdo a la existencia.

Ella me dio su número de teléfono y me pidió que la llamara.

La noche siguiente, en el karaoke, usé la frase de aproximación de «Mi pequeño poni» («Oye, ¿te acuerdas de “Mi pequeño poni”? Tenía poderes especiales. ¿Verdad? Bla, bla, bla»). Al final me echaron del karaoke. Estaba tan borracho que me acercaba a todas las tías cantando «Miiiii pequeeeño pooni». Al final, también me echaron de un club de *striptease*.

Lo último que recuerdo es que estaba sentado en la cama, en la habitación del hotel, viendo la tele. «¿Qué cojones es esto? —le gritaba a la tele—. Esto no es “OC”. ¿Qué cojones es esto?» Hasta que me di cuenta de que era un programa en el que estaban parodiando a los personajes de «OC». Después me desmayé.

JLAIX

CAPÍTULO 3

La primera vez que la vi estaba en el cuarto de baño.

Al abrir la puerta, me la encontré sentada en el retrete.

—¿Quién eres tú? —le pregunté.

—Soy Gabby.

Gabby era una amiga de Maverick (1), uno de tantos MDLS primerizos que orbitaban alrededor de la mansión. Tenía la actitud de la reina del baile y un cuerpo que recordaba a un saco de tomates. Di un paso atrás para salir del cuarto de baño.

—Esta casa no está nada mal —me dijo ella al tiempo que se incorporaba y tiraba de la cadena—. ¿A quién hay que tirarse para vivir aquí?

Esas palabras fueron lo que se dice un corte de rollo inmediato. Sargeando en Los Angeles, uno desarrolla una especie de radar que te avisa cuando una mujer es una buscona. Algunas, con menos tacto, no tardan ni cinco minutos en preguntarte qué coche tienes, dónde trabajas o a qué famosos conoces para determinar tu posición social y lo útil que puedes llegar a serle. Otras, con más tacto, no hacen preguntas; se limitan a mirar la marca de tu reloj o se fijan en cómo reacciona la gente a tu presencia o buscan señales de inseguridad en tus gestos o en tu manera de hablar... Eso es lo que los MDLS llaman subcomunicación.

Gabby no tenía ningún tacto.

Mientras se lavaba las manos, abrió el armario de las medicinas e inspeccionó concienzudamente su contenido. Al salir del cuarto de baño continuó su investigación en mi dormitorio.

—Me han dicho que eres escritor —dijo—. Deberías escribir algo sobre mí. Tengo una vida muy interesante. Quiero ser ac-

(1) *Maverick* significa «Inconformista». *(N. del t.)*

triz. ¿Sabes que hay personas que nacen para ser famosas?

—Cogió unas Ray-Ban de la cómoda y se las probó—. Pues yo soy una de ellas. No es que tenga un don especial ni nada de eso. Sencillamente es algo que he sabido siempre por cómo me mira la gente. Lo sé desde que era pequeña.

Una persona rica no necesita decir que es rica.

Gabby cogió una madalena del plato que había sobre el escritorio. El día anterior había sido el día de las madalenas en Proyecto Hollywood. Courtney había recorrido toda la mansión repartiendo platos atiborrados de madalenas. Había madalenas por toda la mansión; muchas más de las que podríamos comer nunca. Gabby le dio un mordisco a la madalena y volvió a dejarla en el plato. Yo no entendía qué hacía aquella chica en mi cuarto.

—Tengo que trabajar —le dije—. Ha sido un placer.

Supuse que sabría encontrar la salida de la mansión sola, pero me equivoqué. Unos minutos después, Mystery se la encontró sentada en su retrete.

Eran dos personas tan narcisistas que lo lógico hubiera sido que se repelieran como los polos positivos de dos imanes, pero, en vez de eso, acabaron acostándose.

Gabby pasó la siguiente semana acostándose con Mystery y peleándose como una gata con Courtney, cuya ropa le gustaba tomar prestada. Al igual que le ocurría a Mystery, el mayor temor de Gabby era que no hubiera nadie que la escuchara; de ahí que siempre estuviera yendo de un cuarto a otro, cotilleando sobre cualquier cosa, quejándose, poniendo a Courtney de los nervios...

Una tarde, mientras se ayudaba de dos cucharas para escarbar en un tarro de crema de cacahuete, Courtney le preguntó a Gabby:

—¿Es que no vas a irte nunca a tu casa?

—¿A mi casa? —Gabby la miró como si no entendiera la pregunta—. Estoy en mi casa.

Era la primera noticia que teníamos.

La mansión tenía la cualidad de atraer a la gente, aunque con el tiempo nos expulsaría a todos.

Twyla fue la siguiente víctima de Proyecto Hollywood. Apareció en nuestras vidas cuando una *stripper* a la que conocía Mystery cayó en una depresión. Al tener experiencia en la materia, Mystery se había ofrecido a darle algunos consejos. Una noche que Gabby había salido de juerga, la *stripper* apareció en la mansión borracha. La acompañaba Twyla, de la que no po-

día decirse que fuese precisamente un premio. Era una roquera de treinta y cuatro años con la piel curtida, el cuerpo tatuado, el pelo a lo rasta y un corazón de oro. Me recordaba a un Pontiac Fiero, un viejo coche deportivo que podía venirse abajo en cualquier momento.

Cuando Mystery y Twyla empezaron a coquetear, la *stripper* de la depresión se echó a llorar desconsoladamente. Se pasó media hora llorando en la piscina de cojines, hasta que Mystery se llevó a Twyla a su habitación. Por la noche, cuando llegó a casa, Gabby se metió en la cama en la que dormían Twyla y Mystery y se quedó dormida sin decir nada. Gabby y Mystery no estaban enamorados; sencillamente se utilizaban el uno al otro.

A la mañana siguiente, y a la siguiente, Twyla hizo tortitas para todo el mundo. Ya que no parecía tener la menor intención de marcharse, Mystery la contrató como su ayudante personal, con un sueldo de cuatrocientos dólares a la semana.

Cuanto más la ignoraba Mystery, más enamorada creía estar Twyla de él. Mystery le hacía daño una y otra vez, persiguiendo a otras mujeres, pero ella siempre volvía a por más. Mystery parecía disfrutar de las lágrimas de las mujeres; para él eran una constatación de que al menos le importaba a alguien. Cuando no estaba llorando Twyla, era Gabby quien lo hacía. Y cuando no estaba llorando Gabby, era otra chica quien lo hacía.

Se suponía que Proyecto Hollywood iba a ser una manera de rodearnos de sanas influencias que nos ayudaran a enriquecer nuestras vidas, nuestras carreras y nuestra vida sexual. Pero, en vez de eso, la mansión se había convertido en un imán para hombres necesitados y mujeres neuróticas. Proyecto Hollywood atraía a las personas con problemas emocionales y repelía a cualquiera que estuviera en sus cabales. Con tantos huéspedes permanentes, como Courtney, las mujeres de Mystery y los ayudantes, los alumnos y los empleados de Papa, resultaba imposible saber cuántas personas vivían realmente en la mansión.

Sin embargo, tal y como lo veía yo, todo aquello formaba parte de mi proceso de aprendizaje y de crecimiento. Yo había vivido y había trabajado solo prácticamente durante toda mi vida. Nunca había formado parte de un círculo social tan estrecho ni había tenido tantos amigos. Nunca había participado en deportes de equipo ni pertenecido a ningún club ni a ninguna otra agrupación, de cualquier otra índole, antes de unirme a la

Comunidad. Proyecto Hollywood me había sacado de mi caparazón solipsista; me estaba proporcionando los recursos que necesitaba para convertirme en un líder; me estaba enseñando a andar sobre la cuerda floja de las dinámicas de grupo; me estaba ayudando a renunciar a todo aquello que carece de valor, como la propiedad privada, la soledad, la higiene, la salud mental y el sueño. Proyecto Hollywood, tal y como yo lo veía, me estaba convirtiendo en un adulto responsable.

Lo cierto era que no me quedaba más remedio; al fin y al cabo, vivía rodeado de niños. Todos los días, alguno de ellos acudía a mí para que le solucionase algún problema:

Gabby: Mystery se está portando como un cabrón. Dice que ésta no es mi casa, que aquí no me quiere nadie.

Mystery: Courtney ha cogido ochocientos dólares de mi cuarto y a cambio me ha dado un cheque sin fondos.

Courtney: El tío ese que siempre lleva los pantalones demasiado subidos no deja de molestarme. ¿No puedes decirle que me deje en paz?

Playboy: Courtney guarda su pis en la nevera, y Twyla está llorando en mi cuarto de baño y se niega a salir.

Twyla: Mystery está intentando tirarse a una chica en su habitación. Me ha dicho que los deje solos, y Papa no me deja dormir en su cuarto.

Papa: Cliff, el de Montreal, se va a quedar unos días en mi habitación, y Courtney le ha quitado cuatro libros y tres pares de calzoncillos.

Aunque había una solución para cada problema, una manera de mimar cada ego, entre tantas cosas apenas me quedaba tiempo para sargear. Evitar que Proyecto Hollywood se derrumbara se había convertido en un trabajo a tiempo completo, y las únicas mujeres nuevas que conocía eran las que venían a la mansión.

CAPÍTULO 4

Había salido a comprar algo de comida. Sólo había estado fuera una hora, una sola hora. Al volver me encontré con un Porsche rojo que escupía humo en la entrada, una chica de trece años en el salón y dos rubias de bote que fumaban en el patio.

—¿Qué pasa? —pregunté al tiempo que cerraba la puerta de una patada.

—Te presento a Mari —me dijo Mystery.

—¿La hija de la mujer de la limpieza?

Las mujeres de la limpieza no duraban mucho en Proyecto Hollywood. Limpiar una semana de platos y vasos, de papeleras rebosantes, restos de comida rápida, alcohol derramado y colillas de una docena de tíos y un número indefinido de tías era demasiado para la mayoría de ellas. El resultado era que Proyecto Hollywood podía acumular porquería durante un mes, o incluso más, entre una mujer de la limpieza y otra. La última había batido el récord de permanencia: llevaba con nosotros dos semanas consecutivas.

—Su madre ha ido a comprar productos de limpieza —me dijo Mystery—. Así que yo estoy cuidando de Mari. Me recuerda a mis sobrinas.

Resultaba agradable ver a Mystery portándose como una persona normal, para variar. Aquella adolescente parecía tener un efecto balsámico en él.

En cuanto al Porsche, Courtney había hecho que lo trajeran para que Mystery pudiera llevarla a sus ensayos. Pero, al probarlo, Mystery había descubierto que no bastaba con la intuición para conducir un coche con marchas.

—¿Y quiénes son ésas? —pregunté señalando a las rubias.

—Tocan en el grupo de Courtney.

Volví al patio y me presenté.

—Hola. Soy Style.

—Yo soy Sam —me dijo una chica con aspecto algo varonil y acento de Nueva York—. Toco la batería con Courtney.

—Sí, nos hemos visto antes —le dije yo.

—Sí. Yo también te he visto antes —comentó con sorna la otra chica. Tenía un acento tan duro de Long Island que casi me asustó. Debía de medir cinco centímetros más que yo. Llevaba el pelo recogido en la parte de arriba de la cabeza, como la crin de un caballo, y los ojos castaños pintados con una cantidad de rímel negro que me recordó a Susanna Hoffs de las Bangles y me hizo pensar en todas las veces que me había masturbado viendo el vídeo de *Walk like an egyptian*. Esa chica era la personificación del rock.

—Sí —tartamudeé yo—. Nos vimos en el «Tonight Show», ¿no?

—No. Fue mucho antes. En una fiesta en el hotel Argyle. Recuerdo que te pasaste toda la noche hablando con dos gemelas.

—Ah, las gemelas de porcelana.

No entendía cómo podía haberla olvidado. Tenía muchísimo carisma. Además, una buena postura es una de las virtudes que más atractivas me resultan en una mujer, y la postura de esa chica gritaba seguridad en sí misma. Aunque también parecía decir: «Ten cuidado conmigo.»

Volví a entrar en la mansión y le pregunté a Mystery por ella.

—Es Lisa, la guitarrista de Courtney —me dijo—. Es insoportable.

Las chicas habían venido a la mansión para grabar unos temas en acústico para la televisión inglesa. Pero Courtney no aparecía por ninguna parte y Sam y Lisa estaban que echaban chispas. Me uní a ellas e intenté tranquilizarlas. Me sentía tan pequeño a su lado.

Eché un vistazo al estuche de CD de Lisa. Me impresionó que tuviera CD de Cesária Évora, la diva de Cabo Verde. La melancolía y el melodioso ritmo latino de sus canciones son la mejor música con la que se puede besar a una chica. En cuanto vi ese CD supe que acababa de conocer a alguien a quien quería conocer mejor.

Enterrado en algún lugar de mi mente, conservaba un vago recuerdo de lo que me había permitido conocer e interactuar con las mujeres antes de descubrir la industria de la seducción: eran los puntos en común. Basta con descubrir que algo que te

apasiona también le guste a otra persona para que surja esa extraña emoción que llamamos química. Los científicos que estudian las feromonas mantienen que cuando dos personas descubren que tienen cosas en común, las feromonas se liberan y surge la atracción.

Mystery se unió a nosotros en el patio y se dejó caer en una silla sin decir nada; era como un remolino que chupaba cualquier feromona que Lisa y yo pudiéramos haber liberado.

—He hablado con Katya hace un rato —me dijo—. Todavía siento algo especial por esa chica.

Miró a Sam y a Lisa, como si estuviera eligiendo un objetivo.

—¿Sabéis lo que pasó con Katya? —me preguntó.

Las chicas arquearon las cejas; ya tenían bastante con sus propios problemas.

—Bueno —dije yo al tiempo que me levantaba—. Voy a por un burrito a Poquito Más. Me alegro de volver a veros.

Tenía que largarme de allí. No quería verme mezclado en aquella locura; aunque, pensándolo bien, ya formaba parte de ella.

Bajé la cuesta, hasta Poquito Más, donde me encontré a Extramask sentado a una de las mesas de fuera. Llevaba unos pantalones cortos, una cinta en el pelo y una camiseta blanca empapada en sudor. Extramask estaba leyendo un libro tan grueso como su cabeza.

Era la primera vez que lo veía a solas desde hacía meses. Desde que nos habíamos conocido en el primer taller de Mystery, yo me había sentido como su hermano mayor; aunque, desde que se había incorporado al equipo de la VDS, más bien era como un hermano ausente. Así que decidí hacer un esfuerzo por acercarme a él.

—¿Qué lees? —le pregunté.

—*Yo soy eso*, de Sri Nisargadatta Maharaj —dijo—. Me gusta más que Sri Ramana Maharshi. Sus enseñanzas son más modernas y más fáciles de comprender.

—Vaya. Me dejas impresionado. —No sabía qué otra cosa podía decir. Lo cierto es que no estaba muy al día en literatura espiritual india.

—Sí, empiezo a darme cuenta de que hay algo más en la vida aparte de las mujeres. De que todo esto no significa nada —dijo señalando en la dirección de Proyecto Hollywood—. Nada significa nada.

Yo esperaba que en cualquier momento se echara a reír y se pusiera a hablar de su pene, como en los viejos tiempos.

—Entonces, ¿vas a dejar de sargear? —le pregunté.

—Sí. He vivido obsesionado con ello durante mucho tiempo, pero al leer tu boletín sobre los robots sociales me di cuenta de que me estaba convirtiendo en uno. Así que voy a dejar Proyecto Hollywood.

—¿Vas a volver a casa de tus padres?

—No —dijo él—. Me voy a la India.

—¿De verdad? ¡Eso es alucinante! ¿Qué vas a hacer allí?

Extramask era una de las personas más sobreprotegidas que yo había conocido jamas. ¡Si ni siquiera había volado en avión!

—Quiero descubrir quién soy realmente. Hay un *ashram* cerca de Chennai que se llama Sri Ramanasramam. Ahí es donde quiero ir.

—¿Cuánto tiempo estarás?

—Seis meses, quizá un año. Quién sabe. Puede que nunca vuelva. La verdad es que no lo sé.

Aunque radicales, los planes de Extramask no me sorprendieron. Su repentina transformación, de MDLS en persona espiritual, me recordaba a la de Dustin. Hay personas que se pasan la vida entera intentando llenar el vacío que sienten en el alma y, cuando no consiguen llenarlo con las mujeres, buscan algo mucho más grande: a Dios. Me pregunté dónde buscarían Dustin y Extramask cuando descubrieran que ni siquiera Dios era lo suficientemente grande como para llenar ese vacío.

—Buena suerte, tío —le dije—. Ojalá pudiera decir que te iba a echar de menos, pero la verdad es que casi no te he visto en los últimos meses. De hecho, todo ha sido un poco extraño.

—Ya —dijo Extramask—. Ha sido por mi culpa. —Guardó silencio durante unos instantes, mientras sus labios dibujaban una sonrisa—. A veces mi inseguridad hace que me comporte como un tonto.

—No te preocupes —repuse yo.

Cuando volví a la mansión, ya habían llegado los productores ingleses; además de un candidato a mánager y una estilista.

—No pienso volver a trabajar con ella —dijo la estilista cuando quedó claro que Courtney no iba a llegar a tiempo—. Desde que se droga es una pesadilla trabajar con ella.

Aunque ninguno teníamos constancia de que Courtney se hubiera drogado en Proyecto Hollywood, desde luego era una posibilidad que no podíamos descartar si teníamos en cuenta su comportamiento tan imprevisible. Lo sentí por ella. Había permitido que los problemas de la mansión la distrajeran de los

verdaderos problemas que tenía en su vida. Puede que lo mismo nos estuviera ocurriendo a nosotros.

Cuando me desperté, Courtney estaba de pie, a los pies de mi cama, con un zapato de Prada en la mano.

—Vamos a redecorar la mansión —me dijo con excitación—. Podemos usar mi zapato a modo de martillo.

Miré el reloj. Eran las dos y veinte de la madrugada.

—¿Sabes dónde hay clavos? —me preguntó.

Sin esperar mi respuesta, salió corriendo de la habitación, bajó la escalera y volvió con una caja de clavos, una pintura enmarcada para mi pared, un cojín para mi cama y una caja abollada de color rosa que parecía un regalo anticuado del día de los enamorados.

—Es la caja con forma de corazón —me dijo—. Quiero que la tengas tú.

Cogió mi guitarra, se sentó en el borde de la cama y me cantó mi canción favorita de country, *Long black veil*.

—Mañana voy a ir a la fiesta de cumpleaños que celebra un amigo en Forbidden City —me dijo dejando caer la guitarra al suelo—. Me gustaría que me acompañaras. Nos vendrá bien salir un rato de la mansión.

—Mañana tengo muchas cosas que hacer. Lo mejor es que quedemos allí —le dije yo; sabía cuánto podía tardar en arreglarse.

—Vale —asintió ella—. Iré con Lisa.

—Hablando de Lisa, te han estado esperando toda la tarde para lo del programa de la televisión inglesa —le dije yo—. Están bastante enfadados.

Courtney frunció los labios y las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos.

—Voy a buscar ayuda —me dijo—. Te lo prometo.

CAPÍTULO 5

Me puse una americana blanca sobre una camiseta negra en la que podía programarse un mensaje cuyas letras se desplazaban por una finísima pantalla de LCD. Yo había escrito: «Mátame.» Hacía al menos un mes que no salía a sargear y quería recibir toda la atención posible. Como no creía que Courtney se presentara en Forbidden City, Herbal me acompañó para hacer de ala.

Hacía poco que habíamos volado juntos a Houston para recoger la nueva limusina de Proyecto Hollywtod, un Cadillac de 1998 con capacidad para diez pasajeros que Herbal había encontrado en eBay. Cegado por el éxito de dicha compra, Herbal también había dado una señal para comprar un ualabi en una página web dedicada a animales exóticos. De camino a la fiesta discutimos sobre las facetas prácticas y humanitarias de tener un marsupial encerrado en una casa.

—Son unas mascotas fenomenales —insistía él—. Son como canguros adiestrados. Duermen contigo, se bañan contigo y puedes sacarlos a pasear cogidos de la cola.

Lo último que necesitábamos en Proyecto Hollywood era un ualabi. Lo único bueno de dicha compra fue que nos proporcionó una magnífica frase de entrada. Al llegar a la discoteca les preguntamos a todas las chicas con las que nos cruzamos qué les parecía tener un ualabi como mascota. Entre nuestra nueva técnica y mi camiseta, a la media hora estábamos literalmente rodeados de mujeres. Era agradable volver a ejercitar nuestras habilidades. Habíamos estado tan absortos en el día a día de la mansión que habíamos olvidado la razón por la que habíamos creado Proyecto Hollywood.

Mientras una chica alta de hombros caídos que decía ser modelo me manoseaba la camiseta, divisé una melena de pelo

rubio teñido entre la multitud. Aunque estaba en el otro extremo de la sala, aquella chica relucía con luz propia. Tenía la mandíbula marcada y el rostro cincelado. Su mirada brillaba bajo un caparazón de sombra de ojos de un profundo color azul. Era Lisa, la guitarrista de Courtney. A su lado, todas las aspirantes a modelo y a actriz con las que había estado hablando parecían insignificantes. Ninguna podía competir con su estilo ni con su porte.

Fui a su encuentro.

—¿Y Courtney? —le pregunté.

—Estaba tardando tanto en arreglarse que me he venido sin ella.

—Siempre he admirado a las mujeres a las que no les asusta ir solas a una fiesta.

—Yo soy la fiesta —dijo ella sin parpadear siquiera. Tampoco sonrió. Creo que lo decía en serio.

Lisa y yo pasamos toda la noche juntos. Toda la fiesta parecía girar en torno a nosotros, como si, entre los dos, ejerciésemos algún tipo de atracción gravitatoria. Sin duda éramos la pareja más llamativa de la discoteca. Los asientos de nuestro alrededor se llenaron con modelos, actores, famosos de *reality shows* y Dennis Rodman. Cuando alguna de las mujeres con las que yo había sargeado al llegar se acercaba a flirtear, Lisa y yo le hacíamos un dibujo en el brazo con un bolígrafo o le ofrecíamos un chupito de Hypnotiq o le hacíamos un test de inteligencia que, por lo general, no superaba. Eso es lo que los MDLS llaman «crear tu propia realidad». Habíamos creado nuestra propia burbuja, donde éramos el rey y la reina, y las personas que nos rodeaban no eran más que objetos con los que jugar.

Mientras un grupo de *paparazzi* le hacía fotos a Dennis Rodman, yo miré a Lisa y, de repente, mi corazón despertó de su letargo y chocó contra mi pecho.

Al acabar la fiesta, Lisa me rodeó con un brazo y me dijo:

—¿Me llevas a casa? Estoy demasiado borracha para conducir.

El corazón volvió a darme un vuelco en el pecho antes de sumirse en una acelerada arritmia. Puede que ella estuviera demasiado borracha, pero yo estaba demasiado nervioso como para conducir.

Sin esperar mi respuesta, me dio las llaves de su Mercedes. Yo llamé a Herbal y le di las llaves de mi coche.

—No me lo puedo creer —le dije—. Me ha pedido que la lleve a casa. Voy a cerrar.

Pero no cerré.

Conduje hasta la casa de Lisa. Reconocí aquel edificio; estaba justo enfrente del centro de salud mental al que había llevado a Mystery. Al entrar, Lisa fue directa al baño. Yo me tumbé en su cama e intenté aparentar tranquilidad.

Al salir del baño, Lisa me miró fijamente y, con un tono de voz que no dejaba el menor lugar a la interpretación, me dijo:

—Ni lo sueñes. No voy a acostarme contigo.

¡Maldita sea! Soy Style. Tienes que quererme. Soy un GDLS.

Lisa se cambió y fuimos a la mansión a ver si encontrábamos a Courtney. Todo lo que encontramos, sin embargo, fue a Tyler Durden en el salón, enseñándoles a diez hombres un ejercicio que consistía en correr alrededor de los sofás, gritando y chocando las manos unos con otros. Últimamente, Tyler había estado experimentando distintas técnicas para conseguir animar a sus alumnos mediante el ejercicio antes de salir a sargear. Tyler sostenía que, los ayudara o no en el campo del sargeo, la adrenalina y la camaradería les hacía disfrutar y, como consecuencia, hacían valoraciones positivas de la VDS en los foros de Internet. Y eso era importante, teniendo en cuenta que cada vez había más competencia en la industria de la seducción.

Courtney había vuelto a desaparecer. Puede que hubiera hablado en serio la noche anterior y que hubiera salido en busca de ayuda, o puede que se estuviera metiendo en más problemas.

Llevé a Lisa a mi habitación, encendí unas velas, puse un CD de Cesária Évora y fui al vestidor.

—Vamos a divertirnos un poco —le dije al tiempo que sacaba una bolsa de basura llena de viejos disfraces de Halloween: máscaras, pelucas, sombreros... Nos los probamos todos y nos hicimos fotos con mi cámara digital. Iba a intentar la técnica de la cámara.

Nos hicimos una foto sonriendo y una con gesto serio. Para la tercera fotografía, la foto romántica, nos miramos fijamente. Sus ojos estaban tan llenos de felicidad... Tras aquel caparazón de dureza se escondía una mujer tierna y vulnerable.

Sin dejar de mirarla a los ojos, me aproximé para el beso, manteniendo la cámara levantada para capturar el momento.

—Ni lo sueñes —gritó ella.

Sus palabras me quemaron la cara, como si fueran café hiriendo. No había ninguna chica a la que yo no pudiera besar a la media hora de haberla conocido. ¿Qué me pasaba entonces con Lisa?

Elegí la técnica de crear hielo y volví a intentarlo. Nada.

Ésos son los momentos en los que, como MDLS, empiezas a cuestionarte todo lo que has hecho hasta ahora. Comienza a preocuparte que puedan verte como realmente eres, que vean a la persona que existía antes de que te inventaras un apodo absurdo, la persona que escribía poemas sobre situaciones como ésas cuando estaba en el colegio.

Tenía que seguir luchando.

Realicé una apasionada interpretación de la técnica evolucionada de cambio de fase. Si me hubiera visto algún MDLS, estaría aplaudiendo con entusiasmo.

—No voy a besarte —dijo ella.

Pero yo no había acabado. Le conté la más hermosa historia de amor jamás escrita: *Al ver a la chica perfecta una hermosa mañana de abril*, de Haruki Murakami. Trata de un hombre y una mujer que son almas gemelas. Pero dudan durante un instante de su lazo emocional y, al hacerlo, se pierden el uno al otro para siempre.

Lisa se mantuvo fría como el hielo.

Probé con otra técnica de crear hielo; esta vez más radical. Apagué las velas, quité la música, encendí las luces y el ordenador y me senté a mirar mis correos electrónicos.

Ella se metió en la cama, se hizo un ovillo debajo de la sábana y se quedó dormida.

Finalmente, me uní a ella y dormimos en lados opuestos de la cama.

Todavía me quedaba un truco en la manga: hacerme el cavernícola. Por la mañana, sin decir una palabra, comencé a masajearle la pierna, subiendo lentamente hacia el muslo. Si al menos conseguía excitarla físicamente, acallaría su razón y ella se dejaría llevar.

No es que sólo quisiera acostarme con ella. Pasara lo que pasase, quería volver a verla. Y por eso quería dejar atrás lo antes posible todo el tema del sexo, para que pudiéramos estar juntos sin sentirnos incómodos. Así, ella ya no tendría que ocultarme nada; y yo tampoco estaría intentando obtener algo de ella. Siempre odié la idea de que el sexo fuese algo que la mujer da y el hombre quita. Debería ser algo compartido.

Pero Lisa no quería compartir. Cuando empecé a masajearle el culo, su voz rompió el aire, afilada como la alarma de un despertador.

—¿Qué te crees que haces?

Me apartó la mano de un golpe.

Lisa y yo desayunamos juntos. Y también comimos y cenamos juntos. Hablamos de Courtney y de los MDLS y de mi trabajo como escritor y de su música y de nuestras vidas y de todo tipo de cosas que ahora no recuerdo pero que debieron de ser fascinantes porque el día se pasó en un abrir y cerrar de ojos. Lisa tenía la misma edad que yo; le gustaban los mismos grupos de música que a mí; decía algo inteligente cada vez que abría la boca; se reía con mis chistes cuando tenían gracia, y se reía de ellos cuando no la tenían.

Y pasamos otra noche juntos. Y tampoco ocurrió nada.

A la mañana siguiente, después de desayunar, la observé marcharse desde la entrada. Ella se subió a su Mercedes descapotable, bajó la capota y empezó a alejarse. Yo me di la vuelta para entrar en la mansión. No quería mirar atrás. No quería darle más IDI.

—Ven —me gritó ella desde el coche.

Yo negué con la cabeza. Lisa me estaba arruinando mi salida de escena.

—No, en serio. Ven. Es importante.

Yo suspiré y me acerqué a su coche.

—Lo siento —dijo—. No te enfades, pero creo que he aballado vuestra limusina.

Me quedé helado. Era nuestra última adquisición, además de la más cara.

—No, es broma —dijo ella—. Te estaba tomando el pelo. —Agitó la mano en señal de despedida, aceleró a fondo y me dejó ahí, de pie, entre una nube de polvo. Yo me fijé en su melena rubia, mientras el coche giraba en Sunset con los Clash sonando a todo volumen.

De nuevo, era ella quien me había conquistado a mí.

CAPÍTULO 6

Una tarde, en el *jacuzzi*, le conté a Mystery lo que me ocurría con Lisa. Había acudido a él en incontables ocasiones, y siempre me había encaminado en la dirección adecuada. Aunque era evidente que las relaciones no eran su fuerte, Mystery era infalible a la hora de derribar la resistencia de última hora.

—Tócate —me dijo.

—¿Aquí? ¿Ahora?

—No, la próxima vez que estéis en la cama juntos. Sácatela y empieza a meneártela.

—¿Y después?

—Después le coges la mano y se la pones en tus huevos. Y será ella quien te la casque.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Después te mojas un dedo con un poco de líquido preseminal y lo llevas a su boca.

—Estás completamente loco. ¿No será como cuando en una película un amigo le dice a otro que le cuente un chiste malo a la chica y, cuando él lo hace y la chica lo deja plantado, el amigo le dice «creía que sabías que lo decía de broma»?

—Lo digo en serio.

Tres días después, a las dos de la madrugada, cuando los bares cerraron, Lisa vino a verme a la mansión. Estaba borracha.

Nos metimos en la cama y pasamos horas hablando de cosas sin importancia.

—No sé qué me pasa —dijo arrastrando las palabras—. Me siento tan a gusto en tu cuarto. Me quedaría aquí toda la vida, oyéndote hablar.

Se acercó a mí.

—Olvida lo que acabo de decir. No quería decir eso. El alcohol es como el suero de la verdad.

Tenía que aprovechar esa oportunidad. Pensé en lo que me había dicho Mystery, sopesando las posibles ventajas y los inconvenientes de sacármela delante de ella y ponerle la mano sobre mis huevos.

No podía hacerlo. No es que me asustara, es que sabía que no funcionaría. Lisa se reiría en mi cara y me diría algo cortante, como: «Acaba tú solo, porque yo, desde luego, no te voy a ayudar.» Después le habría contado a todo el mundo que había conocido a un pardillo que se la había empezado a tocar delante de ella.
Mystery no siempre tenía razón.

Así que pasamos otra noche platónica juntos. Todo ese asunto me estaba volviendo loco. Sabía que le gustaba a Lisa, pero ella no quería ningún tipo de intimidad conmigo. Yo estaba tambaleándome, a un paso de ser PQSAdo.

Puede que, aunque le cayese bien, no fuera su tipo. Me la imaginaba con tipos tatuados, grandes y musculosos, con cazadoras de cuero, no con metrosexuales delgaduchos que tenían que ir a talleres para conseguir ligar con una chica. Lisa me estaba matando.

Por primera vez desde que había aprendido el término monoítis, la estaba padeciendo. Y sabía que estaba condenado al fracaso. Nadie consigue nunca a su monoítis, pues se vuelve demasiado pegajoso y la fastidia. Y, en efecto, la fastidié.

Al día siguiente, Lisa se fue a un festival a Atlanta, donde Courtney iba a dar un concierto. Llamó tres veces mientras estuvo fuera.

—¿Quieres que cenemos juntos cuando vuelva? —me preguntó.

—No lo sé —respondí yo—. Depende de cómo te portes.

—Si te vas a poner en ese plan, prefiero no verte.

Yo sólo quería hacerme de rogar un poco, ponerle las cosas un poco difíciles, tal y como me había enseñado David DeAngelo. Pero, al hacerlo, la había fastidiado. Había destruido la magia del momento. Había quedado como un gilipollas.

—No quiero que nos peleemos —le dije. Y, en esa ocasión, decía exactamente lo que pensaba—. Quiero verte. Estaré fuera dos semanas y me gustaría que nos viéramos antes de irme.

Podía oír la voz de Sam de fondo.

—Le hablas como si fuera tu novio.

—Puede que quiera que lo sea —le respondió Lisa.

Así que, después de todo, no me había PQSAdo. No podía esperar a verla. Yo también quería que fuese mi novia.

El día que Lisa volvía me pasé toda la mañana planeando la seducción perfecta. La recogería en el aeropuerto con la limusina. Conduciría Herbal. Yo la esperaría dentro. Después la llevaría al Whiskey Bar, en el hotel Sunset Marquis, desde donde podríamos volver andando a Proyecto Hollywood.

Como las mujeres no respetan a los hombres que las invitan a todo, pero tampoco les gustan los hombres agarrados, fui al Whiskey Bar antes de tiempo y le di al encargado cien dólares para que lo que pidiéramos fuera a cuenta de la casa. Escribí en el ordenador todas las técnicas a las que recurriría para combatir la RUH de Lisa. Ahora que sabía que le gustaba, tenía la confianza necesaria como para empujarla hasta el final.

Y si, aun así, seguía resistiéndose, eso significaría que tenía problemas con las relaciones íntimas y entonces tendría que ser yo quien la PQSAra.

Estaba previsto que su vuelo llegara a las seis y media de la tarde. Mientras Herbal conducía hacia la terminal de Delta, yo preparé unos cosmopolitans en el bar de la limusina.

Pero, cuando llegó el vuelo, Lisa no venía en él.

Me sentía confuso, pero no decepcionado; todavía no. Un MDLS debe estar dispuesto a cambiar o abandonar cualquier plan si así lo exige la realidad. Así que Herbal me llevó a casa y yo le dejé un mensaje a Lisa.

Al no devolverme ella el primero, le dejé un segundo mensaje.

Pasé la noche en vela esperando a que llamase.

A las cinco de la mañana sonó el móvil.

—Siento despertarte, pero necesitaba hablar con alguien. —Era la voz de un hombre. El acento era australiano. Era Sweater.

Lo último que sabía de Sweater era que había dejado la Comunidad y se había casado. Me acordaba de él a menudo. Cada vez que alguien me preguntaba si los MDLS sólo queríamos acostarnos con el mayor número posible de chicas, yo ponía a Sweater como ejemplo de alguien que había acudido a la Comunidad por razones más elevadas.

—He intentado suicidarme —me dijo.

—¿Qué ha pasado?

—Mi primer hijo nacerá dentro de diez días y soy el hombre más infeliz del mundo. Le doy a mi mujer todo lo que me pide, pero nunca tiene suficiente. Me ha apartado de mis amigos. Mi socio me va a dejar. Mi mujer se gasta todo el dinero que tengo y se pasa todo el día quejándose. —Guardó silencio, intentando

contener las lágrimas—. Y ahora que va a tener el bebé, estoy atrapado.

—Pero si estabais enamorados. ¿Qué ha pasado? ¿Es que ella...?

—No, el problema no es ella. El problema es que yo he cambiado. Ser día tras día esa persona que nos enseñan a ser Mystery y David DeAngelo es demasiado difícil. Además, esa persona no era una buena persona, no es el tipo de persona que quiero ser. Me gusta cuidar a la gente. Así que empecé a mimarla y a darle todo lo que me pedía. Le mandaba flores tres veces a la semana. Pero eso era lo peor que podría haber hecho.

Nunca había visto llorar a tantos hombres adultos como en los dos últimos años.

—Esta mañana me he encerrado en el garaje con el coche en marcha y las ventanillas cerradas —continuó diciendo Sweater—. No había pensado en suicidarme desde 1986. Pero es que he llegado a un punto en el que ya no le veo sentido a nada.

Sweater no necesitaba que yo lo salvara. Lo que necesitaba era un amigo con quien hablar. Había intentado convertirse en alguien que realmente no era para tener éxito con las mujeres y ahora estaba pagando el precio.

—Cuando entré en la Comunidad hice una lista de las cosas que deseaba conseguir —me dijo—. Ahora tengo la vida que quería. Tengo el dinero, la mansión y la chica diez. Pero se me olvidó escribir que la chica diez tenía que quererme y tratarme con cariño y respeto.

Courtney llegó a la mansión a la mañana siguiente. La oí hablando con Gabby en el salón.

Al bajar, vi a Courtney llevando las maletas de Gabby hacia la puerta de la mansión.

—¿Qué pasa?

—Gabby se ha peleado con Mystery y se va de la casa —me dijo Courtney—. La estoy ayudando.

Courtney no podía ocultar su felicidad.

—¿Han vuelto contigo las chicas del grupo? —pregunté, fingiendo desinterés.

—No —respondió ella—. Cogieron un vuelo anterior al mío.

Yo no dije nada. Sabía que si lo hacía mi voz me traicionaría.

Cuando Gabby por fin se fue, Courtney dejó un manojo de salvia sobre una mesilla.

—Vamos a purificar el ambiente —dijo. Después se dirigió a la

cocina—. También necesitamos un poco de arroz para atraer la buena suerte.

Al no encontrar arroz, volvió con un sobre de arroz con verduras y un cuenco de agua. Echó la mezcla en el agua, puso la salvia en el centro y corrió a su habitación. Unos segundos después, volvió a aparecer con una camisa de franela de cuadros blancos y azules.

—Con esta camisa funcionará —dijo—. Es de Kurtis. Sólo me quedan tres.

Dobló cuidadosamente la camisa debajo de la mesa, para que trajera energía positiva a la casa. Después prendió la salvia y Mystery, Herbal y yo nos sentamos alrededor de su improvisado altar y nos cogimos las manos. Courtney me apretó tanto la mía que me hizo daño.

—Gracias, Dios santo, por este día y por todo lo que nos has dado —rezó—. Te pedimos que limpies esta casa de energía negativa. Por favor, llena esta casa de paz, de armonía y de amistad. ¡No más lágrimas! Y ayúdame a ganar el juicio que tengo en Nueva York y a solucionar mis demás problemas. Yo te ayudaré, Dios mío. De verdad que lo haré. Dame fuerzas. Amén.

—Amén —repetimos nosotros.

Al día siguiente, un chófer vino a recoger a Courtney para llevarla al aeropuerto. Debía coger un vuelo a Nueva York, donde sus plegarias acabarían por ser atendidas. En la mansión, sin embargo, el ambiente no haría sino empeorar. Pronto quedó claro que Courtney y Gabby no eran la causa de nuestros problemas; tan sólo eran un síntoma de algo mucho mayor que estaba devorando nuestras vidas.

CAPÍTULO 7

Esa tarde, Lisa me dejó un breve mensaje en el contestador: «Hola, soy Lisa. Ya estoy de vuelta. Cogimos un vuelo más temprano.» Eso era todo. Sin disculpa, sin ternura, sin mención a los planes que habíamos hecho.

La llamé, pero no contestó.

—Dentro de unas horas salgo para Miami con Vision —le dije a su contestador—. Me encantaría hablar contigo antes de irme.

Era el mensaje de un TTF y ella nunca me devolvió la llamada. Comprobé mis mensajes diariamente mientras estuve fuera. Nada.

Yo no presionaba a las mujeres, como Tyler Durden. Si hubiera estado interesada, Lisa me habría llamado. Pero no me llamó. Me habían dejado plantado. Y lo había hecho precisamente la primera mujer por la que sentía algo en mucho tiempo. Supuse que habría empezado a salir con otro, con alguien que hubiera sido capaz de romper su RUH.

Al principio la odié, después me odié a mí mismo y, al final, sólo me quedó una profunda tristeza.

Los MDLS dicen que lo mejor que se puede hacer para superar un caso de monoítis es acostarte con una decena de chicas. Así que me puse manos a la obra.

Además, no quería acabar como Sweater.

Había estado a punto de dejarme atrapar.

Decidí salir a sargear todas las noches, con más fuego, más energía y más éxito del que había tenido nunca. Nunca he sido un fan de las relaciones de una sola noche. Una vez que te has acercado tanto a una chica, ¿qué sentido tiene desperdiciar todo lo conseguido? Siempre fui más partidario de las relaciones de diez noches: diez noches de fantástico sexo, cada una

más caliente que la anterior, más atrevida, más experimental, mejor a medida que las dos personas van sintiéndose más cómodas, a medida que aprenden qué es lo que más le excita a la otra. Así que, después de acostarme con cada mujer, seguí citándome con ellas al menos durante diez días, pero combinándolas entre sí, como si fueran gominolas de colores.

Ésa era mi realidad en aquel momento.

Las dos chicas a las que más me apetecía juntar eran Jessica, una chica de veintiún años con el cuerpo cubierto de tatuajes con la que me había acostado un par de veces, y otra Jessica, a la que había conocido en Crobar. Aunque también tenía veintiún años, era completamente distinta de Jessica I. Parecía tan inocente; incluso tenía la cara regordeta de un bebé. Dado que las dos eran aficionadas al porno, pensé que juntarlas podría resultar interesante.

Tras una copa en el bar del hotel de Miami, subimos a mi habitación a hacer una lectura de runas vikingas. Después las dejé a solas un rato, para que pudieran conocerse mejor. Al volver les enseñé algunos vídeos caseros en mi ordenador portátil y puse en marcha un masaje de inducción dual. Con el tiempo, ese masaje se había convertido en una técnica más, como la frase de entrada de la novia celosa o el test de las mejores amigas. Y funcionaba igual de bien.

Una vez que las chicas se daban el primer beso, pasaban de ser unas desconocidas a ser unas amantes apasionadas. Siempre me sorprendía ver lo rápido que se producía el cambio.

La noche fue tan sucia como la había imaginado. Probamos todas las posiciones que nos permitió la flexibilidad de nuestros cuerpos; alguna con más éxito que otras. Cuando Jessica I me pidió que me corriera en su boca yo cumplí sus deseos. Sin tragarse el semen, ella empezó a besarse apasionadamente con Jessica II. Fue el momento más erótico de toda mi vida.

Pero, al acabar, me sentí solo y vacío. Las Jessicas no me importaban. Todo lo que me habían dejado era un recuerdo y una historia que contar. Todas las chicas de mi vida podrían haber desaparecido, y a mí me hubiera dado igual. Lo cierto era que todas las aventuras de diez noches y todos los tríos del mundo no bastarían para superar mi monoítis.

Los MDLS estaban equivocados.

CAPÍTULO 8

A primera vista puede parecer que la sexualidad masculina asola el mundo; hay clubes de *striptease*, páginas web pornográficas, revistas como *Maxim* y anuncios provocativos por todas partes. Pero, a pesar de todo ello, el verdadero deseo masculino a menudo permanece reprimido.

Los hombres piensan mucho más en el sexo de lo que están dispuestos a admitir delante de las mujeres. Los profesores piensan en tirarse a sus alumnas, los padres piensan en tirarse a las amigas de sus hijas, los médicos piensan en tirarse a sus pacientes. Y, ahora mismo, por cada mujer a la que le quede una pizca de atractivo, probablemente habrá un hombre en algún lugar que se esté masturbando pensando en ella. Y puede que ella ni siquiera lo conozca. Puede que sea un hombre de negocios que pasó a su lado por la calle o el estudiante universitario que se sentó delante de ella en el metro. Y, si un hombre le dice lo contrario a una mujer, es porque quiere acostarse con ella, o con alguna otra mujer que puede oír sus palabras. La gran mentira de las citas modernas es que, para acostarse con una mujer, un hombre debe actuar como si no deseara hacerlo.

Lo que más les cuesta entender a las mujeres es la obsesión de los hombres por las *strippers*, las estrellas porno y las chicas adolescentes. Les resulta reprobable porque eso amenaza su realidad. Si eso es lo que desean los hombres, ¿dónde quedan entonces sus fantasías sobre una vida feliz en pareja? Las mujeres estarían condenadas a convivir con un hombre que, en vez de con ellas, preferiría estar con la modelo de Victoria's Secret o con la hija del vecino o con la *dominatrix* de los vídeos que esconde en el armario. Además, mientras una mujer envejece, siempre habrá otra que tenga dieciocho años. El amor se estre-

lla contra la posibilidad de que lo que realmente quiera un hombre no sea una persona, sino un cuerpo.

Afortunadamente, eso no es todo. Hay algo más. Los hombres pensamos mediante imágenes; de ahí que a menudo nos dejemos engañar por las imágenes. Pero lo cierto es que la fantasía a menudo supera a la realidad. Yo acababa de aprender esa lección. La mayoría de los hombres la aprenden antes o después. Mystery creía que sería feliz viviendo con dos mujeres que se quisieran tanto entre sí como lo querían a él, pero, con el tiempo, lo más probable era que las chicas se aliaran contra él y que Mystery acabara siendo tan desgraciado como lo había sido con Katya.

Los hombres no somos perros. Lo que pasa es que creemos que lo somos y, en ocasiones, actuamos como si lo fuésemos. Pero, gracias a su fe en nuestra naturaleza más noble, las mujeres tienen el increíble poder de sacar a relucir lo mejor de nosotros mismos. Ésa es una de las razones por las que los hombres tienden a huir de cualquier compromiso, y, en algunos casos, como el de Mystery, incluso se rebelan contra éste esforzándose por sacar a relucir lo peor que hay en cada mujer.

CAPÍTULO 9

Mientras yo estaba en Miami, Katya volvió a Proyecto Hollywood.

Aunque a mí me aterrorizara pensar en lo que podría ocurrir, Mystery esperaba el día como si fuese su cumpleaños. Lo tenía todo planeado.

Como yo no estaba allí, he reconstruido lo que sucedió a partir de los testimonios de quienes estuvieron involucrados.

Proyecto Hollywood había caído todavía más bajo.

Mystery: Conocí a una monada de diecinueve años que se llamaba Jen en una fiesta. Me hizo un *striptease* completo y fue alucinante, como la escena de la ducha de *Nueve semanas y media*. Tenía la piel suave y el mejor culo que te puedas imaginar. Y ahí estaba yo, mirándole el culo y la piel, mientras pensaba: «Yo me la merezco.»

Katya: Mientras estuve en Nueva Orleans, Mystery me llamaba cada dos días, intentando camelarme. Un día me dijo: «Tengo a una monada de diecinueve años que te va a encantar.» Yo le pregunté si me la estaba ofreciendo y él me dijo que no, pero que podíamos compartirla.

Mystery: La idea no era que Katya volviera a convertirse en mi novia. No, la idea era que Katya fuese nuestro juguete sexual; de Jen y mío. El plan era recogerla en el aeropuerto con la limusina, comprar algo de comida en el Farmer's Market, volver a la mansión y proponerle un masaje de inducción dual.

Herbal: Casi no hablé con Katya en el mes y medio que estuvo fuera, y eso que no dejaba de mandarme mensajes. Mys-

tery no paraba de hablar del trío que iba a montarse con ella en cuanto volviera, lo que era igual que hurgarme en el corazón con un cuchillo. Le dije una y otra vez que, para evitar problemas, lo mejor sería que los dos la olvidásemos y que no regresara a Proyecto Hollywood. Pero Mystery no estaba dispuesto a hacer eso.

Katya: Llegué a Los Ángeles un día antes de lo previsto para alquilar un estudio y ver a unas amigas. Reservé una habitación en un hotel y llamé a Herbal, porque lo que de verdad quería era salir en serio con él. A la mañana siguiente cogí un taxi a la mansión y le dije a Mystery que mi avión se había adelantado.

Herbal: Al volver a la mansión después de hacer unos recados vi la maleta de Katya en el salón. Fui a mi cuarto, aparecieron Mystery y Katya y nos pusimos a hablar. Después fuimos al cuarto de baño de Mystery y Katya nos pintó las uñas. Katya entró en el vestidor para coger un jersey. Mystery fue tras ella. Cinco minutos después, todavía no habían salido del vestidor.

Mystery: En el vestidor, Katya me dijo que quería salir con Herbal. Creo que no lo dijo porque de verdad lo sintiera. Lo que quería era darme celos, hacerme sentir mal. Nos había visto muy acaramelados a Jen y a mí, y eso la había puesto celosa. Así que llamé a Herbal y cuando entró en el vestidor le dije a Katya: «¿Por qué no le dices lo que acabas de decirme a mí?»

Katya: Herbal me gustaba de verdad. Habíamos hablado mucho por teléfono mientras yo estaba en Nueva Orleans y me gustaba su forma de ser. Era muy tranquilo y todo le parecía bien.

Mystery: Se los veía tan incómodos. Así que les dije: «Venga, daos un beso de una vez. A ver si acabamos con esto.» Ellos se besaron y, al verlos, me volví loco. La verdad es que, después de todo ese tiempo, no me lo esperaba. Pero, como dice David DeAngelo, la atracción no se elige. No podemos controlar por quién nos sentimos atraídos.

Herbal: Esa noche, tuvimos una doble cita. Mystery le pidió a Twyla que nos llevara en la limusina al muelle de Santa Mónica. Supongo que soy un ingenuo, pero de verdad pensé que todo iría bien.

Twyla: No podía creer que Mystery tuviera la cara dura de pedirme que condujera la limusina, de restregármelo por las narices de aquella manera. El hecho de que alguien como él pudiera gustarme me hizo sentir asco de mí misma.

Mystery: Esa noche, Jen y Katya acabaron besándose en la limusina. Tengo fotos de cada una de ellas chupándole las tetas a la otra en una cabina telefónica en el muelle. Pero las cosas se estaban complicando. Al empezar a salir Katya y Herbal, lo del trío ya no iba a ocurrir, así que yo no quería que Katya siguiera manoseando a Jen. Pero Katya se sentía atraída por Jen y empezó a hablarle mal de mí.

Katya: Mystery no paraba de decir que Jen le gustaba de verdad y que no le hiciera parecer un cabrón delante de ella. Yo le dije: «Sois la pareja perfecta. Si hay alguien que pueda soportarte es esta chica.» Me alegraba de que Mystery hubiera encontrado a alguien, porque yo quería estar con Herbal.

Mystery: Jen se fue a pasar una semana a San Diego. Katya la llamaba prácticamente todos los días. Una noche, mientras Jen estaba en San Diego, yo estaba en mi cuarto intentando acabar con la RUH de una modelo de casi un metro noventa. Yo le metía el dedo y ella me la meneaba, pero no me dejaba que se la metiera. Así que, para crear hielo, fui a la cocina a por un Sprite. Y entonces volví a oír los gemidos de Katya saliendo de la habitación de Herbal. Me puse a llorar, y eso que tenía a una modelo de un metro noventa en mi cama. Volví a mi habitación y le conté lo desgraciado que era. Ella me dijo que quería irse a casa. Yo iba a llevarla, pero, entonces, oí la risa de Twyla.

Twyla: Estaba durmiendo en la piscina de cojines. Oí a Mystery. Parecía enfadado. Me reí, porque la situación me parecía graciosa. A esas alturas había decidido que lo mejor era tomarse las cosas con humor, porque, si no lo hacía, iba a seguir pasándolo mal. Pero Mystery perdió completamente los papeles y me despidió. La chica con la que estaba tuvo que llamar un taxi para volver a su a casa.

Katya: A la semana siguiente, Mystery y yo fuimos juntos a recoger a Jen a San Diego. Durante el camino de vuelta, Jen y yo lo pasamos bien, hablando y riendo. Al sentirse ignorado, Mystery empezó a lanzarme negas.

Mystery: Katya parecía querer robarme a Jen para compartirla con Herbal. Así que me cabreé con ella en el coche y empezamos a gritarnos. Al vernos así, Jen nos pidió que la lleváramos a su casa. Al llegar me dijo que no volviera a llamarla nunca más.

Mystery [en el Salón de Mystery]: No perdáis de vista a Herbal, a Katya y a Jen. Si alguien ve a Herbal (es fácil de ver, pues tiene cierta tendencia al pavoneo) o a su novia, Katya (una bisexual rusa 9,5 que no pasa desapercibida), con Jen (una mexicana de diecinueve años; otro 9,5 que tampoco pasa desapercibida), por favor, llamad a Mystery para que le administre a Herbal el castigo que merece.

Katya: Mystery creía que estaba intentando volver a Jen en su contra. Pero después de aquel viaje en coche, Jen tampoco quería saber nada de mí. Se sentía engañada porque yo le había hablado bien de Mystery. Yo me sentí como una idiota.

Mystery: Herbal y yo seguíamos manteniendo una relación profesional. Fuimos juntos a un taller en Chicago. Como a mí me fascina la mente humana, le hablé de los celos que sentía y establecimos unos límites para su relación con mi ex novia.

Herbal: El último día del taller de Chicago, Mystery y yo fuimos a por algo de comida. Mystery abordó a un *set* de cuatro chicas que comían a nuestro lado. Mientras sargeaba con ellas, dijo: «¿Os lo podéis creer? Este tío me ha robado la novia.» Y les contó lo que había pasado. De vez en cuando, yo contribuía con mi punto de vista, pero Mystery se enfadaba cuando lo hacía. De repente, dijo: «No voy a dejar que Katya vuelva a poner los pies en la mansión.» Yo le dije que también era mi casa y que lo que había pasado era culpa suya. Él añadió: «Si la vuelvo a ver en la mansión, te juro que acabo contigo.» Y yo le dije que hiciera lo que tuviera que hacer.

Mystery: Cuando volvimos a Proyecto Hollywood nos encontramos con que Twyla se había ido de la casa; había dimitido como mi asistente personal y se había mudado al apartamento de Katya.

Twyla: Katya y yo nos habíamos hecho amigas hablando sobre nuestras experiencias con Mystery. Katya me preguntó si quería compartir su apartamento con ella. Yo le dije que sí.

Herbal: Al final, Mystery y yo llegamos a un acuerdo: Katya podía venir a la mansión siempre que no se quedara más de tres o cuatro días a la semana. Nos dimos la mano. Volvimos de Chicago. Yo iba a pasar una semana en Los Angeles antes de ir a Boston para una reunión familiar. Para no forzar las cosas, me quedé toda la semana en el apartamento de Katya.

Katya: Mientras Herbal estaba fuera, ayudé a Papa con sus talleres. Al acabar, el viernes por la noche, fuimos a Mel's. Después volvimos a la mansión y nos metimos en el *jacuzzi.* Yo necesitaba dormir un poco, ya que esa tarde debía tener buen aspecto, así que Papa me dijo que me echara en la habitación de Herbal. Al despertarme vi a Mystery.

Me preguntó por qué estaba allí y yo le dije que había estado ayudando a Papa. También le dije que había conocido a una amiga suya hacía un par de noches. «¿A quién?», me preguntó él. «A Sima», le respondí yo. Y Mystery se puso como un loco.

Mystery: Cuando Katya me dijo que había estado con mi ex novia de Toronto, me puse furioso. Había perdido a Jen por su culpa; había perdido a Twyla por su culpa, y ahora iba a robarme también a Sima, con quien yo siempre tendría la oportunidad de volver.

Katya: Mystery le dio una patada a la puerta de la habitación de Herbal. Le dio una patada tan fuerte que la sacó de sus goznes. «¿Dónde está Herbal?», me gritó. Después fue a su cuarto, cogió una foto enmarcada de Sima y, al volver, la lanzó contra la pared. Me dijo que no quería verme en la mansión cuando no estuviera Herbal.

Mystery: Sabía que no podía razonar con Katya. Como tampoco podía tocarla, decidí asustarla. Le di una patada a la puerta y le dije que no quería verla en la mansión. Ella me dijo que yo no era el dueño de Proyecto Hollywood. Yo le dije: «Yo pago una parte del alquiler. Yo vivo aquí. Tú no eres más que una invitada y tu anfitrión no está aquí. Esta situación no es aceptable.»

Katya: Mystery empezó a amenazarme. Me dijo que si volvía a verme en la mansión Herbal lo iba a pasar muy mal. Tiró unas velas, levantó el colchón de Herbal y lo tiró contra la televisión, lanzó un jarrón contra la pared... Después abrió la puer-

ta del balcón y empezó a tirar mis cosas al jardín. Rompió mi botella de aceite Kama Sutra. Eso me enfadó de verdad.

Mystery: Le dije que no volviera a la mansión si sabía lo que le convenía. Ella me dijo: «¿Y qué vas a hacer si vuelvo? ¿Me vas a matar?» Y yo le dije: «No. A ti no te voy a hacer daño; te quiero. Si vuelves será tu novio el que pague las consecuencias. Dile a Herbal que aprenda a controlar a su chica.»

Katya: Fui a buscar a Papa, pero no estaba en su habitación. Así que me monté en el coche y me fui a mi apartamento. No habrían pasado ni cinco minutos cuando Papa me llamó al móvil. «La casa no es de Mystery —me dijo—. El contrato está a mi nombre y tú eres mi invitada. Ahora mismo voy a por ti.» Así que volví a la mansión con Papa.

Mystery: Papa había roto una regla sagrada. Había contratado a mi ex novia, a la que yo había entrenado, para ayudarlo en los talleres; talleres que, además, había plagiado.

Herbal (a Mystery, por correo electrónico): Me han dicho que tanto mi dormitorio como algunos de mis objetos personales han sido «destrozados» porque encontraste a Katya en la mansión. No sé lo que significa exactamente destrozados. Lo que sé es que ahora no me siento seguro en mi propia casa. Pareces creer que el mundo gira a tu alrededor y que todos debemos someternos a tus deseos.

Mystery (a Herbal, por correo electrónico): No quiero volver a ver a Katya en la mansión y lo digo tan en serio que ni siquiera hace falta que contestes este e-mail. Tampoco quiero que menciones esta cuestión en el futuro, pues la ira que desencadenaría en mí haría que te arrojase por una ventana de la mansión. Es mi último aviso. Si Katya vuelve a la casa contigo, te machacaré sin piedad; lo haré rápida, dura, imprevista y repetidamente. Pero si vuelves solo, no hay ninguna razón para que no podamos convivir pacíficamente bajo el mismo techo. Sea cual sea tu decisión, nuestra relación de trabajo, obviamente, queda extinguida.

Tyler Durden (por correo electrónico, a Mystery): Aunque perdiste a Katya por muchas razones, una de ellas es que te aprovechabas de ella como una sanguijuela. Eres como un agu-

jero negro que chupa toda la atención que recibe. Eres incapaz de dejar de ser el centro de atención, ni siquiera durante un minuto. Ése es tu puto problema. No ofrezcas tus chicas a tus amigos y no intentes convertir a una chica a la que le va la marcha en tu novia formal.

CAPÍTULO 10

Mi teléfono no dejó de sonar mientras estuve en Miami. Lo cogía y era Mystery o Herbal o Katya o Twyla o Tyler Durden; incluso me llamaron de Proyecto Austin, que también se venía abajo. Les habían cortado el gas y la luz porque nadie había pagado las facturas y en las habitaciones se amontonaban pilas de ropa sucia, velas a medio consumir y pornografía. Pero la única voz que quería oír yo era la de Lisa.

Cuando volví a Proyecto Hollywood, la habitación de Herbal estaba hecha trizas. Había agujeros en la pared, la puerta estaba apoyada precariamente contra el quicio y, junto a la televisión, el colchón y el suelo de madera estaban cubiertos de trozos de cristal.

Desde el punto de vista de un MDLS, lo que estaba haciendo Mystery era fortalecer aún más el lazo que existía entre Katya y Herbal uniéndolos contra un enemigo común. Pero Mystery no estaba pensando como un MDLS; Mystery había perdido el control.

Esa noche, llamaron a la puerta. Cuando Mystery la abrió se encontró con un joven musculoso con cara de pocos amigos. El coche de Katya estaba aparcado detrás de él.

—Soy el hermano de Katya —le dijo a Mystery.

—Lo dudo —repuso Mystery—. Conozco al hermano de Katya.

—Me han dicho que has amenazado con matarla —dijo el joven musculoso al tiempo que entraba en la mansión—. Y te aseguro que eso no va a ocurrir.

—No tengo la menor intención de matar a Katya —dijo Mystery al tiempo que se acercaba al amigo de Katya. No estaba dispuesto a dejarse intimidar—. A quien he amenazado es a Herbal.

—Si le haces algo a Katya, me aseguraré personalmente de aplastarte el cráneo.

Mystery nunca reaccionó bien a las provocaciones. Estalló, exactamente igual que lo había hecho aquel día en la frontera de Trans-Dniéster. Las venas del cuello se le hincharon y los músculos de su rostro se contrajeron.

—¿Quieres bronca? —gritó—. Pues la vas a tener. Venga. ¿A ver de qué eres capaz?

—Mejor salimos fuera —le dijo el amigo de Katya—. No quiero manchar la moqueta de sangre.

—No —dijo Mystery—. Va a ser aquí mismo. Yo sí que quiero ver sangre en el suelo. Así me acordaré de ti.

Por el rabillo del ojo, Mystery vio la montaña de piedras que había traído de la playa y había pintado para usar como runas vikingas. Cogió una, dispuesto a aplastarle la cabeza a su adversario, pero de repente cambió de idea. Dio tres gigantescos pasos hasta la puerta de la habitación de Herbal y le propinó varias patadas, hasta echarla abajo de nuevo.

—Venga —le gritó al amigo de Katya—. Atrévete.

Arrancó un estante de la pared y lo tiró al suelo.

El amigo de Katya debió de ver la locura en la mirada de Mystery, y en una pelea los locos siempre tienen ventaja.

—Vale —le dijo al tiempo que retrocedía—. No hace falta que rompas más puertas. Sólo he venido a por el perro. Katya me ha pedido que se lo lleve.

El tipo cogió a *Lily* en brazos mientras Mystery lo observaba fijamente. La amenaza había pasado. Los cortisoles, la adrenalina, la testosterona —todas esas hormonas que corrían por el cuerpo de Mystery— empezaron a apaciguarse y Mystery recuperó la cordura.

—¿Y por qué no lo has dicho antes, en vez de amenazarme en mi propia casa?

El tipo permaneció quieto, junto a la puerta, con *Lily* en brazos, sin saber qué decir.

—Necesitarás comida para *Lily*, ¿no? —le preguntó Mystery.

—Sí. Supongo que sí.

Mystery fue a la cocina y volvió con la bolsa del pienso y varias latas de comida para perros.

Al salir, el tipo dejó caer algunas de las latas. Mystery se agachó a recogerlas, se las entregó y le dio unas palmadas en la espalda.

—Lo respeto —le dijo al amigo de Katya, usando la técnica que le habíamos robado a Ali G.

Yo subí la escalera, me dejé caer sobre mi cama y miré el techo.

¿Qué hacía yo allí? Ya no envidiaba a Dustin. En algún momento del proceso, me había dejado atrapar por la red social, los lazos y los rituales de la Comunidad, por la idea de que éramos los superhombres del futuro que heredaríamos el mundo, los poseedores de la llave de la mente femenina. Habíamos creado Proyecto Hollywood porque creíamos que teníamos todas las respuestas, que, trabajando juntos, podríamos alcanzar una nueva dimensión en todas las facetas de nuestras vidas, no sólo con las mujeres. Creía que, juntos, seríamos mejores que la suma de nuestras partes.

Pero, en vez de crear un sistema de mutuos apoyos, habíamos repetido *El señor de las moscas*.

Tenía que hacer algo. Mi fe en la Comunidad pendía de un hilo.

Paso 11: Define las expectativas

No es que fuera hermoso, sino que, a fin de cuentas, había cierto sentido del orden;
algo que merecía la pena aprender, en el estrecho diario de mi mente.

Anne Sexton, «Para John,
que me suplica
que no siga indagando»

CAPÍTULO 1

Mystery y Herbal estaban sentados en dos sofás situados el uno enfrente del otro, con los brazos cruzados delante del pecho, en un gesto tan defensivo como obstinado. Cementjaw, el profesor de *krav magá* de Mystery, y Roadking (1), un MDLS que trabajaba como guardaespaldas, estaban de pie entre ambos. Herbal se negaba a poner un pie en la casa sin alguien que lo protegiera de Mystery.

Los otros inquilinos de Proyecto Hollywood —Papa, Xaneus, Playboy y yo— estábamos sentados en un tercer sofá, colocado perpendicularmente a los otros dos. Tyler Durden, que llevaba meses viviendo en el vestidor de Papa, había decidido no asistir a la reunión, pues se consideraba un invitado.

Habíamos organizado la reunión para terminar de una vez por todas con las discusiones entre Mystery y Herbal. Así que dejamos que cada uno explicara su punto de vista. Mystery dijo que no permitiría que su ex novia entrara en la mansión. Y Herbal dijo que si su novia no podía venir a su casa, no le quedaría más remedio que mudarse. Cada uno tardó media hora en expresar esas simples ideas.

—Bueno, en principio, yo diría que si realmente Herbal quiere estar con la ex novia de Mystery, debería mudarse —intervine yo, tratando de llevar a cabo el papel de conciliador que se me había asignado—. Por otro lado, Mystery ha destruido pertenencias de la mansión y ha amenazado a uno de sus compañeros. Y todavía ni ha pedido perdón ni ha reparado los daños. —La puerta de Herbal aún estaba en el suelo, y parecía que por su cuarto había pasado un tornado—. Y todo eso nos impide recompensar su mal comportamiento dejándole hacer lo que quiera.

(1) *Roadking* significa «Rey de la carretera». *(N. del t.)*

—Si dejé así el cuarto de Herbal, fue como recordatorio de lo que podría volver a pasar si Katya volvía a entrar en la mansión —dijo Mystery con hosquedad—. Es mi forma de decir que estoy dispuesto a imponer mis reglas.

Uno de los problemas de la Comunidad era que enseñaba que, para seducir a una mujer, había que seguir unas rígidas pautas de comportamiento. Y quien mejor se ajustara a esos estándares se convertiría en el macho alfa. El resultado era un montón de hombres que, después de haber sido intimidados durante toda su vida, ahora se comportaban como sus antiguos matones.

—En mi opinión —intervino Roadking—, Herbal ha roto una regla importante.

—¿Y qué regla es ésa? —preguntó Herbal. No había enojo ni arrepentimiento en su voz; tan sólo las pequeñas venas rojas de sus ojos transmitían la emoción que sentía.

—Los compañeros siempre están antes que las chicas —dijo Roadking.

—No —dijo Mystery—. Me gustaría estar de acuerdo, pero mucho me temo que hay veces que las chicas están antes que los compañeros.

Herbal sonrió. Era la primera vez que lo hacía esa tarde; al menos había algo en lo que él y Mystery estaban de acuerdo.

Si nos quitaban el interés por el sargeo y el vínculo con la Comunidad que nos unían, ¿en qué nos convertiríamos? En unos chicos que persiguen *sets* de chicas. En la historia del mundo había habido guerras, se había asesinado a líderes mundiales y habían ocurrido todo tipo de tragedias al reclamar los hombres sus derechos territoriales sobre el sexo opuesto. Puede que hubiéramos estado demasiado ciegos para ver que Proyecto Hollywood estaba condenado al fracaso desde el principio por la naturaleza de la misma idea que lo había hecho posible.

Después de tres horas discutiendo sin llegar a ninguna parte —durante las que Papa no abrió la boca ni una sola vez—, les pedimos a Mystery y a Herbal que se marcharan. Teníamos que debatir el asunto y tomar una decisión. Antes de marcharse, ambos dijeron que aceptarían la decisión que tomáramos.

Fuimos a la habitación de Papa. Al entrar, se produjo una oleada de actividad; algunos corrieron al cuarto de baño y cerraron la puerta. Yo no había estado en la habitación de Papa desde hacía un mes. La alfombra que cubría el suelo casi no se veía debajo de los seis pequeños sillones de gomaespuma negra

que, al desplegarse, se convertían en colchones. Encima de cada colchón había una almohada y dos sábanas.

¿Dónde estaba la gente que dormía en esas camas? ¿Quiénes eran?

Devolvimos las camas a su forma original, nos sentamos y empezamos a debatir sobre la situación de Mystery y de Herbal. Fue entonces cuando Papa habló por primera vez.

—No estoy dispuesto a vivir en la misma casa que ese tío —dijo.

—¿De qué tío hablas? —le pregunté yo.

—De Mystery.

A Papa le temblaban las manos, aunque no se sabía si era por los nervios o por indignación. Era una persona difícil de descifrar. No había sargeado desde hacía meses y parecía haber perdido las habilidades que había conseguido con tanto esfuerzo. Volvía a esconderse tras la misma inexpresiva e introvertida máscara que llevaba cuando lo conocimos en Toronto. Su pasión ya no era ligar; ahora su única pasión era la Verdadera Dinámica Social. En vez de acudir a seminarios sobre seducción, Papa pasaba la mayor parte del tiempo volando por todo el país para asistir a seminarios de marketing y administración de empresas.

—Mystery nos interrumpe los seminarios —continuó diciendo. Su voz era distante y monótona, como si fuese el eco de otra voz—. Ha destrozado la casa y me asusta que pueda hacerme daño.

—¿Por qué dices eso? —intervine yo—. Mystery nunca te haría daño.

—Tengo pesadillas en las que Mystery aparece en mi habitación con un cuchillo. Voy a poner pestillos en las puertas.

—Eso es ridículo —repliqué—. Mystery no te va a hacer daño. El problema está en tu cabeza. Necesitas tratar tu miedo a las confrontaciones en vez de evitar a la gente o intentar echarla de la mansión.

Pero no importaba lo que yo dijera, pues Papa repetía una y otra vez la misma frase con la voz de un autómata, como si hubiera sido programado.

—No quiero vivir en la misma casa que ese tío —repitió de nuevo.

—¿Te has parado alguna vez a pensar —me preguntó Playboy finalmente— que la única razón por la que estás defendiendo a Mystery es porque es tu amigo?

Puede que Playboy tuviera razón. Le estaba dispensando a

Mystery un trato especial. Al fin y al cabo, él había sido mi mentor, él me había incorporado a la Comunidad, y Proyecto Hollywood había sido idea suya. Ninguno de nosotros estaría ahí de no ser por él. Pero Mystery la había cagado, había cavado su propia tumba, y yo tenía que decidir lo que era mejor para la convivencia en la mansión.

—Aun así —dije—, me gustaría encontrar un modo de resolver este problema sin que nadie tenga que irse de la mansión.

—Respetaremos tu decisión —dijo Papa—. Para nosotros eres un modelo a seguir. Confiamos en ti.

No entendía por qué Papa, que tan decidido estaba a echar a Mystery de la mansión, dejaba la decisión en mis manos. Durante las siguientes dos horas y media discutimos todo tipo de posibles soluciones, pero, cuanto más hablábamos del tema, más difícil resultaba tomar una decisión; no parecía existir una solución que pudiera satisfacernos a todos.

Papa no viviría en la mansión si estaba Mystery.

Mystery no viviría en la mansión si estaba Katya.

Y Herbal no viviría en la mansión si no estaba Katya.

Alguien tenía que irse.

—Todos los problemas tienen el mismo origen —dijo Playboy—, y ése es Mystery.

Miré a Xaneus.

—¿Estás de acuerdo con Playboy y con Papa? —le pregunté.

—Sí, lo estoy —asintió él. Xaneus también parecía estar hablando desde algún profundo lugar dentro de su cabeza, como si en realidad no estuviese con nosotros. Se estaba convirtiendo en un autómata, como los demás—. Sí, creo que Mystery debe irse.

CAPÍTULO 2

Mystery y Herbal se sentaron en la tarima de la cama de Papa. Les habíamos hecho venir para comunicarles nuestra decisión. Yo me sentía orgulloso de mí mismo —aunque estaba equivocado, como descubriría luego—, pues, desde mi nueva posición de líder de la mansión, había encontrado la única solución posible a aquel complejo asunto.

—Herbal —empecé diciendo—, Katya no podrá venir a Proyecto Hollywood en dos meses. Si pasado ese tiempo sigues con ella, podrás traerla de nuevo a la mansión.

Herbal asintió.

—Mystery, tú tienes dos meses para olvidar a Katya. También queremos que sepas que, a partir de ahora, en la mansión habrá tolerancia cero. Si amenazas o atacas a alguien, o si dañas la propiedad privada de alguien, serás expulsado de Proyecto Hollywood.

Mystery no asintió.

—Básicamente, lo que me estás diciendo es que me vaya de la mansión y que, en cuanto me vaya, esa zorra me sustituirá —exclamó.

—Siempre es posible que Herbal y Katya rompan durante ese tiempo —intervino Playboy.

—No creo que eso vaya a pasar —repuso Herbal.

Mystery levantó los brazos.

—O sea, que me estáis echando.

—No —le dije yo—. Te estamos dando dos meses para que comprendas tus emociones y aprendas a aceptarlas.

Estaba intentando ayudarlo, pero él no estaba dispuesto a colaborar.

—Si decides irte, necesito que me avises con dos semanas de antelación —dijo Papa—. Te devolveré la señal completa y buscaré a alguien que quiera ocupar tu habitación.

Papa estaba contento. Todo estaba saliendo como quería.

Mystery frunció el entrecejo y movió la cabeza nerviosamente hacia un lado.

—¿Es que no os dais cuenta de que lo que quiere Papa es echarme de la mansión para que no le haga la competencia? —exclamó—. Esto no tiene nada que ver con lo que ha pasado entre Herbal y yo. Es la Verdadera Dinámica Social intentando acabar con el Método de Mystery. Papa me copió el modelo de negocio. Fui yo quien le aconsejó que aprovechara su sexualidad reprimida para ganar dinero. Si hasta cobra ciento cincuenta dólares por cursillos de iniciación en los que enseña mis técnicas. —Miró a Papa con odio. Papa lo miró sin ningún sentimiento—. Y ahora que ya no me necesita, quiere que me vaya. Así podrá meter a diez personas más en la mansión.

En ese momento pensé que Mystery seguía intentando eludir su responsabilidad.

—Esto no tenía por qué acabar así —le dije—. Has tomado las decisiones equivocadas y ahora tendrás que vivir con ellas, pero no digas que te estamos echando. Eres tú quien está hablando de irse.

Mystery se cruzó de brazos y nos miró con desprecio.

—¿Es que no te das cuenta de que comportándote como un macho alfa no vas a resolver nada? —continué—. De hecho, comportándote así nunca conseguirás lo que quieres.

—Comportándome así he conseguido que Katya se fuera de la mansión —repuso Mystery.

Yo no pude resistirme por más tiempo. Ya era hora de que Mystery despertase y viera lo que estaba haciendo con su vida.

—Necesitas que te digan un par de cosas —le dije levantando la voz por primera vez en la reunión—. Eres el mejor ilusionista que he visto nunca, pero, desde que te conozco, no has hecho nada por convertir tu espectáculo de noventa minutos en realidad. Te gastas todo el dinero que ganas con los talleres y tus antiguos alumnos se están forrando con tus ideas. Y en cuanto a tu vida amorosa, desde lo de Katya, has hecho huir de tu lado a cada chica con la que te has acostado. Si una chica me lo preguntara, le diría que no saliera contigo. Tu vida es un caos, Mystery, financiera, mental y emocionalmente. —Con cada frase que pronunciaba, me sentía como si me estuviera quitando un gran peso de encima—. No tienes nada; ni salud, ni riqueza, ni amor. Y tú eres el único culpable de estar así.

Mystery apoyó la cabeza entre las manos y se inclinó hacia

adelante. Sus hombros empezaron a temblar y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Soy un hombre roto —dijo entre lágrimas—. Estoy roto.

El muro de sofisticación y autoengaño tras el que se protegía acababa de derrumbarse.

—¿Qué puedo hacer? —dijo al tiempo que levantaba la cabeza y me miraba—. Dime qué puedo hacer.

Noté cómo mis ojos se llenaban también de lágrimas. Incapaz de contenerlas, me volví hacia la pared para que Herbal y Papa no me vieran. Las lágrimas cada vez fluían más rápido. A pesar de todos sus defectos, Mystery me importaba. Después de dos años en la Comunidad, puede que yo todavía no tuviera novia, pero sí tenía la amistad que me unía a ese gran genio llorón. Después de todo, puede que sean las emociones sinceras y las experiencias compartidas las que forjan una relación; no siete horas de técnicas de sargeo seguidas de dos horas de sexo.

—Necesitas hacer terapia —le dije—. Necesitas ayuda. No puedes seguir haciéndote esto a ti mismo.

—Tienes razón —asintió. Las lágrimas volvieron a llenar sus ojos, espesas como el mercurio. Mystery cerró la mano en un puño y se dio un golpe en la cabeza—. Tienes razón —repitió—. La he cagado.

CAPÍTULO 3

Salí de la habitación de Papa y me fui de la mansión. Me dolía la cabeza. Había sido un día muy largo.

Estaba bajando la cuesta para ir a tomar un burrito a Poquito Más cuando un Mercedes descapotable negro con dos chicas rubias dobló la esquina a gran velocidad. Con un fuerte frenazo, el coche se detuvo frente a mí y una de las chicas gritó mi nombre desde el asiento del conductor. Era Lisa. El corazón me dio un vuelco.

Llevaba puesta una chaqueta roja de Diesel con un gran cuello con los colores del arco iris que la hacía parecer una mezcla entre una modelo y un piloto de carreras. Yo iba en chándal y, además de agotado tras la reunión, estaba sin afeitar. Experimenté tantas sensaciones al mismo tiempo: vergüenza, emoción, resentimiento, temor, alegría... Pensaba que nunca volvería a verla.

—Vamos a tomar algo —me dijo Lisa—. ¿Quieres venir?

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, intentando parecer tranquilo.

—Vamos al Whiskey Bar.

—¿No os lo habéis pasado?

—Hemos venido a preguntarte si querías acompañarnos. ¿O es que te parece mal?

Un toque de atención. Me gustaba. Desde luego, Lisa seguía siendo un desafío. No dejaba pasar una sola ironía sin devolverte una bofetada verbal.

—Deja que me cambie de ropa —le dije—. Os veo allí.

Me puse unos Levi's Red con falsos arañazos de gato en los muslos y una camisa con cuello militar que había comprado en Australia y bajé a la carrera hasta el Whiskey Bar.

No podía esperar a hablar con Lisa. Quería saber por qué

había desaparecido después de su viaje a Atlanta. Pero cuando llegué, Lisa y Sam estaban sentadas con dos robustos roqueros llenos de tatuajes. Eran exactamente el tipo de tíos con los que me había imaginado a Lisa. Me acerqué al grupo, saludé y me senté entre los dos tipos, que me hicieron empequeñecer.

Mientras cotilleaban sobre conocidos comunes del mundo de la noche, de los que yo ni siquiera había oído hablar, una terrible ansiedad se apoderó de mí. Yo no quería hablar con esos tíos, no quería tener que fingir que me interesaba la conversación. Lo que quería era estar a solas con Lisa; quería crear un vínculo afectivo con ella.

Cuando la primera gota de sudor rodó por mi frente, me incorporé de un salto. No podía soportarlo más.

—Ahora vuelvo —dije.

Necesitaba sargear. No era que quisiera ligarme a una chica; lo que quería era el estado de ánimo positivo y hablador que conseguía al sargear. De lo contrario, iba a explotar.

Me acerqué a la barra y pedí una copa. Olí un perfume a lilas detrás de mí. Al darme la vuelta, vi a dos chicas con vestidos de noche.

—¿Podríais darme vuestra opinión sobre algo? —empecé a decir con menos entusiasmo de lo normal.

—Déjame adivinar —dijo una de ellas—. Tienes un amigo cuya novia está celosa porque él todavía habla con su ex de la universidad.

—¿Por qué preguntáis lo mismo todos los tíos? —añadió su amiga—. ¿Qué clase de jueguecillo os traéis entre manos?

Cogí mi cubata de Jack Daniel's y salí al patio, donde ya hacía muchos meses que había tenido lugar mi competición con Heidi Fleiss. Casi tartamudeando, me aproximé a un *set* de dos chicas que estaban sentadas en un banco y repetí la frase de la novia celosa. Afortunadamente no me oyeron.

—Hola —insistí. Quería forzarme a mí mismo a hablar—. ¿Cuánto hace que os conocéis?

—Unos diez años —respondió una de ellas.

—Lo sabía. Tengo que haceros el test de las mejores amigas.

—No, gracias. Ya nos lo han hecho antes —me dijo educadamente una de ellas.

Al final había ocurrido: habíamos agotado el Sunset Strip.

La Comunidad había crecido demasiado. Había demasiadas páginas web compitiendo unas con otras por enseñar las mismas técnicas. Y no sólo en Los Angeles. En San Diego, en Montreal, en Nueva York, en San Francisco y en Toronto se en-

frentaban al mismo problema: cada vez había menos chicas que no hubieran estado expuestas ya a nuestras técnicas.

Volví a donde estaba Lisa con sus amigos.

—Estoy agotado —le dije—. Me voy a casa. Pero mañana voy a ir a hacer surf a Malibú. Podríais venir. Lo pasaremos bien.

Ella me miró fijamente y, durante tres extraordinarios segundos, el resto del mundo desapareció.

—Vale. Suena divertido —me dijo.

—Perfecto. Os espero a las doce en la mansión.

Y, tan pronto como había surgido, la conexión desapareció.

Cuando llegué a la mansión, Isabel me estaba esperando. ¿Es que no iba a poder dormir nunca?

—¿No te había dicho que no vinieras sin avisar? —le reproché.

—Te dejé un mensaje —se defendió ella.

Hacía unos años yo habría renunciado a escribir durante un año entero a cambio de acostarme una sola vez con una chica como Isabel, pero ahora todo era distinto. No es que le pasara nada malo; sencillamente no tenía nada que ofrecerme. Tan sólo era una mujer con orificios: oídos para escucharme, una boca para hablarme y una vagina para provocarme orgasmos. Isabel y yo no éramos más que una mutua distracción. Juntos nos sentíamos menos solos durante unas horas. Pero no formábamos un equipo. Nunca habíamos tenido una verdadera conversación; teníamos no conversaciones en las que nos limitábamos a llenar el espacio vacío con palabras. Al menos eso era lo que yo creía. Pero, a veces, sencillamente por el hecho de acostarse con un hombre, sobre todo cuando ese hombre está más distanciado emocionalmente de lo que ella quisiera, una mujer puede acabar sintiendo algo por él, y entonces puede empezar a querer más.

—¿Sigues viendo a otras mujeres? —me preguntó Isabel a la mañana siguiente al tiempo que se montaba encima de mí y me miraba fijamente a los ojos.

Era una pregunta para la que sólo había una respuesta correcta. Y yo le di la equivocada: fui sincera con ella.

—He conocido a una chica que se llama Lisa —le dije—. Creo que estoy empezando a sentir algo especial por ella.

—Entonces tendrás que elegir entre ella y yo.

Antes, me hubiera dejado amedrentar por una amenaza así. Pero, con el tiempo, había aprendido que las amenazas son expresiones vacías cuyo único propósito es intentar influir en situaciones sobre las que no se tiene control.

—Si de verdad me obligas a tomar esa decisión, me temo que vas a salir perdiendo —le dije finalmente a Isabel.

Ella dejó caer la cabeza sobre mi hombro y empezó a llorar. Sentí lástima por ella. Pero eso fue todo lo que sentí.

Sam y Lisa llegaron una hora después. Mystery estaba sentado, tecleando furiosamente, delante del ordenador del salón. Levantó la mirada al oír entrar a Lisa, que llevaba puesto un jersey Juicy Couture de lino con la capucha sobre la cabeza.

—¿Qué pintas son ésas? —le dijo lanzándole un nega.

Ésa era la única manera que conocía de relacionarse con una mujer de la categoría de Lisa.

Lisa lo miró de arriba abajo. Mystery llevaba unos calzoncillos, una bata y unas sandalias, y tenía las uñas de los pies pintadas de negro.

—¿Te has mirado últimamente al espejo? —le devolvió ella el nega al tiempo que lo fulminaba con la mirada.

Lisa estaba hecha a prueba de negas. Durante la infancia se enseña a las mujeres a actuar como subordinadas ante la figura autoritaria del hombre. Al crecer, algunas de esas chicas —muchas de las cuales terminan en Los Ángeles— caminan por la vida sintiéndose psicológicamente inferiores, degradándose constantemente ante el sexo opuesto y dejándose manipular por los hombres. Pero Lisa no era un felpudo diseñado para satisfacer ni las expectativas ni los deseos de ningún hombre.

Lisa no tenía miedo a ser ella misma.

Mystery permaneció unos segundos en silencio. Luego se aclaró la garganta y dijo:

—Estoy ocupado.

Y continuó tecleando furiosamente.

Sin duda, estaría dando rienda suelta en los foros de seducción a la rabia acumulada tras la reunión del día anterior.

Antes de irnos a la playa, les enseñé a Sam y a Lisa las fotos que había hecho la primera noche que había pasado Lisa en la casa, cuando nos habíamos puesto los disfraces de Halloween.

—Nunca te había visto tan feliz —dijo Sam cuando le enseñé la foto en la que Lisa y yo nos mirábamos fijamente a los ojos.

—Sí —admitió Lisa, y sus labios dibujaron una amplia sonrisa—. Es verdad.

Sam fue al baño mientras Lisa y yo cargábamos las tablas de surf en la limusina. Mientras conducíamos a Malibú, Sam le susurró algo al oído a Lisa que le borró la sonrisa de la cara.

—¿Qué pasa?—pregunté yo.

Ellas se miraron entre sí.

—¿Qué pasa? —insistí. De verdad quería saberlo. Estaba seguro de que tenía que ver conmigo y de que no era nada bueno.

—Olvídalo —dijo Sam—. Cosas nuestras.

—Bueno.

Cuando iba a hacer surf, yo normalmente me quedaba cerca de la orilla, cogiendo las olas pequeñas, mientras los expertos remaban mar adentro para coger las olas más grandes. Pero ese día, después de ayudar a Sam y a Lisa con sus tablas de surf, decidí remar mar adentro para intentar coger una de las olas grandes.

Mientras yo esperaba, los surfistas que se habían quedado cerca de la orilla cogían una ola tras otra. Veinte minutos después, al ver cómo el agua por fin se elevaba ante mí, me di la vuelta y empecé a remar. La pared azul crecía a mi espalda, cada vez más grande. Yo tenía todos los músculos en tensión. Me preguntaba si estaría preparado para coger una ola tan grande. Al oír cómo la ola empezaba a romper, me levanté de un salto sobre la tabla. El azul se levantó sobre mí, oscureciendo el cielo. Cabalgué la ola prácticamente hasta la orilla y salí de ella con un rápido cambio de dirección. Me sentía lleno de vida, acelerado, feliz. Hasta ese momento no me había creído capaz de algo así, no había creído que tuviera la habilidad necesaria para coger una ola como aquélla. Por primera vez, desde que dejé el instituto, me hubiera gustado escribir un poema.

Mientras volvía triunfalmente hacia la playa, con la tabla debajo del brazo, pensé que, con las mujeres, también había llegado el momento de coger las olas grandes. No merecía la pena seguir perdiendo el tiempo con olas pequeñas. Lo que importaba era la calidad, no la cantidad. Y yo me merecía esa calidad.

Al volver a la mansión, aproveché un momento en que nos quedamos a solas para pedirle una cita a Lisa.

—Me gustaría llevarte a comer sushi el sábado —le dije.

Le estaba pidiendo que saliera conmigo, como lo haría un TTF.

Ella tardó unos segundos en contestar. Por un instante pensé que estaba buscando la mejor manera de decirme que no. Finalmente, frunció los labios y dijo:

—Está bien. Iré a cenar contigo.

—¿Cómo que está bien?

Yo ni siquiera recordaba la última vez que le había pedido una cita a una chica, y Lisa se estaba comportando como una engreída.

—Es que... —empezó a decir, pero inmediatamente se detu-

vo—. Olvídalo. Me encantaría salir a cenar contigo. Me preguntaba cuándo me lo ibas a pedir.

—Vale. Te recogeré a las ocho.

Cuando Sam y Lisa se marcharon, fui a la cocina a prepararme un filete de pollo. Los restos de incontables comidas se habían solidificado formando una costra alrededor de los fogones. Mientras esperaba a que se hiciese el pollo, Tyler Durden entró por la puerta que daba al patio. Llevaba un walkman y se había puesto zapatillas para correr. Se levantó la camiseta, se examinó un michelín y se quitó los auriculares de los oídos.

—Me he enterado de lo de Mystery —me dijo—. Siento que las cosas acabaran así. Si crees que puedo hacer algo para convencerlo de que no se vaya, dímelo.

—Mystery es muy testarudo —le contesté—. No creo que nadie pueda convencerlo.

—Proyecto Hollywood no será lo mismo sin él —continuó diciendo Tyler Durden—. Supongo que se convertirá en una especie de mansión de la VDS.

—Sí, supongo que sí.

Puse el filete de pollo en un plato y cogí un cuchillo y un tenedor.

—Por cierto, acabo de comprarme una camisa en Melrose. Es completamente de tu estilo. Te la tengo que enseñar.

—Me alegro —dije yo. Había algo de lo que quería hablar con Tyler Durden desde hacía algún tiempo—. Creo que deberías empezar a pagar un pequeño alquiler o parte de las facturas. Hace meses que vives en Proyecto Hollywood y, cuando alquilamos la mansión, quedamos en que los invitados que se quedaran mucho tiempo tenían que ayudar con los gastos.

—Claro, tío —respondió él—. Hablalo con Papa.

Tyler dio media vuelta y se fue.

Aunque sus palabras fueran las de alguien dispuesto a cooperar, no podía decirse lo mismo de su lenguaje corporal. Movía la cabeza incómodamente mientras hablaba y no sabía adónde mirar. Y aquel día había algo extraño en su sonrisa; algo que me recordó al día que había besado a su chica en Las Vegas. Además, Tyler Durden siempre se había esforzado por no participar activamente en ningún asunto relacionado con la casa. De ahí que, al pedirle que pagara un alquiler, me hubiera convertido en una amenaza para él.

Me llevé el plato de pollo al salón y encendí el ordenador. Quería leer la obra maestra que había escrito Mystery mientras yo hacía surf.

CAPÍTULO 4

Grupo MSN: Salón de Mystery
Asunto: Mystery se muda
Autor: Mystery

Lo más probable es que el mes que viene abandone Proyecto Hollywood, pues éste ya no es un sitio apropiado para mí. La naturaleza invasiva de su entorno social ha hecho que la vida en la mansión resulte incómoda.

Por lo que al estilo de vida se refiere, Proyecto Hollywood es un fracaso. No creo que vivir aquí pueda ser una experiencia positiva para nadie. Cuando mi carísima habitación quede disponible, los residentes de la mansión (excepto Style) le harán la vida imposible a quien se mude a ella; algo de lo que han demostrado ser capaces en más de una ocasión.

En mi caso concreto, además de tener a la competencia trabajando en la misma casa en la que vivo (uno de los muchos conflictos que me distancian de Papa), algunos residentes de la mansión han considerado apropiado inmiscuirse en mi vida sexual. Eso es algo que resulta del todo intolerable. Hoy me han comunicado que mi ex novia, que ha demostrado no ser digna de confianza una y otra vez, regresará a la mansión dentro de dos meses.

Si vuelve (como Papa espera que ocurra), me veré obligado a abandonar la casa, pues no deseo vivir cerca de una persona tan venenosa; a no ser que la orden de alejamiento que Katya amenaza con solicitar contra mí la mantenga lejos también de mi hogar.

En cuanto a aquellos que sostienen que necesito ayuda psicológica, la mejor solución para la depresión no es pagar a algún desconocido para que te escuche, ni tampoco tomar drogas. Ésos son remedios a corto plazo que te ayudan a salir cuando tocas fondo. El mejor remedio a largo plazo es un entorno social positivo, un entor-

no con amigos dispuestos a escucharte y a compartir tus retos. Eso era lo que se suponía que iba a ser Proyecto Hollywood. (Si alguien quiere hablar conmigo sobre la situación y las razones por las que creo que nadie debería vivir en Proyecto Hollywood, puede llamarme después de las nueve de la noche, hora de California.)

No quiero que nadie más pase por lo que he tenido que pasar yo. Informaos de adonde os mudáis antes de tomar una decisión.

Suficiente.

Mystery

P. D. Si finalmente me voy de Proyecto Hollywood, venderé mi cama. Sólo me he acostado en ella con diez chicas, así que está muy limpia. Es una cama de dos metros por dos. La vendo por novecientos dólares en efectivo, sin incluir las sábanas ni el edredón. A continuación adjunto una lista de las chicas que han pasado la noche en esta cama:

1. Joanne, la *stripper*
2. Mary, la modelo rubia
3. La camarera maciza de la discoteca Spider
4. Sima, mi ex de Toronto
5. Katya, la *&%!
6. Gabby, la parlanchina
7. Jen, la maciza de diecinueve años
8. La prima de Vision (ya lo sé, pero, aun así, lo pasé bien)
9. Twyla, mi asistente personal
10. La modelo de casi metro noventa que se fue antes de que pudiéramos completar (sólo llegamos a tercera base)

Creo que eso es todo. Es una gran cama. Firme. Además, ha hecho felices a once personas.

Grupo MSN: Salón de Mystery
Asunto: Parte de sargeo. Mystery conoce a su futura esposa
Autor: Mystery

He conocido a mi futura esposa, pero he decidido que no os voy a hablar de ella. Sólo os diré que tiene mucha clase y que es la chica de mis sueños (al menos, lo ha sido hasta ahora).

Al contrario que en el caso de la última chica, no voy a hacerla pública. Esta vez partiré desde cero y no pondré en riesgo mi relación compartiéndola con todos vosotros.

Esto es todo lo que necesitáis saber: la conocí mientras estaba en Chicago, durante mi último taller con Herbal. Estuve con ella siete minutos y cerré con número de teléfono. Desde entonces hemos pasado horas y horas hablando por el móvil. Me encanta cómo es. Y sí, además es un diez, tanto de cara como de cuerpo. He hablado con su madre por teléfono y nos hemos caído bien. Mi futura esposa va a venir a verme a Los Ángeles la semana que viene. Yo mismo le he comprado el billete. Mi familia también va a venir.

Aunque sólo hemos estado juntos siete minutos, predigo que me casaré con ella, que viviré con ella y puede que hasta tenga hijos con ella. No está mal como predicción, ¿verdad? Especialmente viniendo del mayor MDLS del mundo.

Y nunca la veréis haciendo de ala en mis talleres, pues no quiero explotarla y no permitiré que me ayude; a no ser que ella quiera hacerlo para divertirse un rato. No es una chica acostumbrada a la juerga y a la noche, como lo han sido las últimas cinco chicas. Puede que lo parezca (hum), pero, al menos a mis ojos, es perfecta. Pronto se la presentaré a mis amigos.

En cuanto a los demás MDLS, sabéis que muerdo, así que manteneos alejados de ella.

Un abrazo a todos,

Mystery

CAPÍTULO 5

Mystery se arrastraba en bata por la mansión, hablándole a cualquiera que quisiera escucharlo del antiguo alumno que le estaba robando el negocio y de la puta que le había arruinado la vida. Cualquier sugerencia acerca de avisar a un terapeuta era rechazada con una larga explicación sobre la justificación evolutiva de sus emociones y sus acciones. La ventana de vulnerabilidad y honestidad que había abierto durante la reunión volvía a estar cerrada. Su marco se había reafirmado: su mente había reconstruido los tortuosos muros que separaban la razón de la realidad.

Aunque él no parecía estar enfadado conmigo, yo me sentía culpable. Al fin y al cabo, había sido yo quien había sugerido el acuerdo por el que iba a abandonar la mansión.

Para empeorar las cosas, Katya estaba hurgando en la herida. Había notificado al dueño de su apartamento que se iría dentro de sesenta días, y tenía la intención de instalarse en la habitación de Herbal en cuanto volviésemos a admitirla en la casa. Entonces, su venganza sería completa.

Ese viernes acompañé a Mystery al aeropuerto a recoger a su hermana, a su madre y a sus sobrinas. Se subieron a la limusina y se sentaron alrededor de él, proporcionándole el amor que tan desesperadamente necesitaba.

Después fuimos a la terminal de United Airlines. Mystery tenía otra visita, Ania, que también venía a pasar una semana con él. Ania era la chica que había conocido en Chicago, la chica que, según decía, sería su futura esposa. Una de las especialidades de Mystery siempre habían sido lo que él llamaba mercenarias: camareras y *strippers*. Ania era la chica del ropero del Crobar de Chicago.

Aparcamos fuera de la terminal y esperamos.

—Estáis a punto de conocer a mi futura esposa —le anunció Mystery a su familia.

—Espero que no la espantes, como hiciste con la anterior —bromeó su madre. Parecía haber aprendido que el secreto para sobrevivir a los problemas que su marido y sus hijos habían cargado sobre ella consistía en no tomarse nada ni a nadie demasiado en serio. La vida era una broma entre ella y Dios.

Reconocimos a Ania en el momento que se abrieron las puertas automáticas, mostrándonos a una mujer de escasa estatura con el pelo rubio de bote, un trasero desproporcionado para su cuerpo y un rostro que, al igual que los de Patricia y de Katya, no dejaba duda alguna sobre su origen eslavo.

Mystery le dio la bienvenida, cogió sus maletas y la trajo a la limusina. Al margen de un dócil «hola>, Ania no dijo una sola palabra durante el trayecto hasta la mansión, sino que se limitó a escuchar en silencio a Mystery. Era perfecta para él.

Puede que no fuera una juerguista, como Katya, pero Ania también tenía su propio equipaje, que llegó inesperadamente al día siguiente. Se llamaba Shaun.

Shaun apareció el sábado en la puerta de la mansión. Ania se había olvidado de decirle a Mystery que estaba prometida. Y, al parecer, tampoco le había dicho a su prometido que iba a viajar a Los Ángeles para que le presentaran a la familia de un maestro de la seducción que había conocido en el Crobar. Al parecer, Shaun había oído los mensajes de Mystery en el contestador de Ania y había decidido viajar a Los Ángeles a enfrentarse a su rival.

Mystery era consciente de lo irónico de la situación.

—Entiendo por lo que debe de estar pasando Shaun. Yo soy para él lo que Herbal es para mí. Lo que quiere es matarme y llevarse consigo a su prometida. —Mystery guardó silencio durante unos segundos, al tiempo que su cuerpo adoptaba lo que hubiera sido la pose de un macho alfa de haber tenido pectorales—. Voy a hablar con él —decidió finalmente.

Mientras él hablaba con su rival, yo esperé en el salón con su hermana y su madre. Nos sentamos en la tapicería —tan asquerosa a esas alturas que hasta las manchas estaban manchadas— que había servido de telón de fondo a las lágrimas, las chicas y las reuniones que habían consumido mi vida los últimos meses. Yo sentía la necesidad de escapar de aquella trampa que me había puesto a mí mismo; de aquella trampa que Mystery se ponía una y otra vez a sí mismo; de las trampas que

todos nos ponemos una y otra vez a nosotros mismos; de esas trampas de las que nunca parecemos aprender.

—¿Os dais cuenta de que va a repetir los mismos errores con esta chica que con Patricia y con Katya? —les dije a la hermana y a la madre de Mystery.

—Sí —reconoció la madre—. Él cree que el problema son las chicas, pero se equivoca. Su problema es la falta de autoestima.

Tan sólo una madre podía reducir la razón de ser y la ambición de una persona a un problema básico de inseguridad.

—Lo que me preocupa son sus tendencias violentas —señalé—. Mystery empieza a ver la violencia como una solución a sus problemas y eso puede ser peligroso.

—La violencia nunca ha resuelto nada —dijo la madre—. No siempre hay que enfrentarse a todo de cara. A veces es mejor rodear los obstáculos.

—Ahora sé de dónde sacó Mystery su método.

Sin querer hacerlo, su madre acababa de resumir el Método de Mystery para seducir a las mujeres: el método indirecto.

Martina frunció el entrecejo y cambió de postura en su asiento.

—Las depresiones son cada vez peores —suspiró—. Antes nunca había sido violento.

—No sé —intervino su madre—. ¿Te acuerdas del día que se enfadó y, al dar un portazo, mató al hámster que tenía de mascota? Aunque nunca lo he vuelto a ver así. Ni siquiera cuando se murió el gato. «Es ley de vida», eso es todo lo que dijo.

—Yo creo que lo que pasa es que, ahora que papá ya no está, Mystery se está dando cuenta de que no era tan malo como creía —sugirió Martina—. Y eso está haciendo que se comporte como papá.

Recordé lo que me había dicho Mystery en la frontera de Trans-Dniéster: había descrito a su padre como si se tratara de un monstruo.

—Entonces, ¿vuestro padre no era tan malo como dice Mystery?

—Lo que pasaba era que se parecían demasiado —me explicó Martina—. Papá se convertía en el centro de atención allí donde fuera. Tenía mucho carisma; pero también era muy tozudo. Mystery siempre le llevaba la contraria, y en vez de comportarse como un adulto, papá perdía los nervios. Nunca se entendieron.

—Teníamos que sentarlos en lados opuestos de la mesa —in-

tervino la madre de Mystery—. Bastaba con que uno pensara que el otro lo había mirado mal para que empezaran a pelearse.

—Y, ahora que papá ya no está, Mystery necesita dirigir toda esa ira hacia otra persona —dijo Martina—. Y parece que ha elegido a Katya. A sus ojos, ahora es ella la responsable de su confusión emocional.

Ésa era mi oportunidad. Tenía que hacerles la pregunta que me liberaría de una vez por todas de la incomprensible necesidad de salvar a Mystery que sentía.

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

Discutimos distintas posibilidades durante media hora. Finalmente, Martina llegó a la conclusión de que lo único que podíamos hacer era no inmiscuirnos. Teníamos que darle a Mystery la oportunidad de crear algo de provecho con su genio y su talento. Teníamos que darle también la oportunidad de encontrar a dos chicas diez que lo quisieran y que se quisieran entre sí. Y teníamos que esperar que, entre crisis y crisis, se fuera acercando a sus objetivos vitales; hasta que, finalmente, en una de esas crisis, se viera obligado a regresar definitivamente a casa para que cuidaran de él.

Mystery caminaba sobre arenas movedizas y lo único que lo mantenía a flote eran unos frágiles globos de helio. En eso era igual que el resto de nosotros; sólo que sus globos se estaban deshinchando más rápido que los de los demás.

Seguimos hablando de él, hasta que Mystery volvió a entrar en la mansión.

—Tema resuelto —dijo—. He llevado al prometido de Ania a Mel's y hemos estado hablando. Le he dicho que ya era demasiado tarde para arreglar las cosas, que ahora Ania está conmigo y que nos queremos. Él lo ha entendido.

Martina me miró con complicidad. La madre de Mystery cruzó los brazos delante del pecho y se rió.

Mystery se sacó una grabadora del bolsillo.

—He grabado toda la conversación —dijo—. ¿Queréis oírla?

—No —le respondí yo—. Ya he tenido suficiente melodrama estos últimos días.

Además, tenía una cita con Lisa.

CAPÍTULO 6

Recogí a Lisa a las ocho y la llevé a cenar a un restaurante japonés que se llama Katana. Fue una de las cenas más difíciles de toda mi vida. Habíamos pasado tanto tiempo juntos que yo me había quedado, literalmente, sin material de sargeo. No me quedaba más remedio que ser yo mismo.

—Hay algo que hace tiempo que quiero preguntarte —le dije mientras las estufas del patio nos calentaban la piel y el sake nos calentaba el estómago. Era una pregunta que llevaba semanas quitándome el sueño—. ¿Qué pasó cuando volviste de Atlanta? Teníamos planes y me dejaste plantado.

—No me gustó cómo me hablaste por teléfono —me dijo ella.

Así que había sido su versión de la técnica del castigo por mal comportamiento.

—Puede que estuviera haciéndome un poco el duro —reconocí—, pero quería verte.

—Da igual. Fuiste desagradable conmigo. Te pusiste tan chulo que se me quitaron las ganas de verte. Pensé: «Podría estar con cualquier hombre, ¿y voy a estar con este tío que intenta hacerse el machito?»

Mientras hablábamos intenté descubrir por qué me gustaba tanto aquella chica, por qué me había obsesionado precisamente con ella. Mi lado cínico me decía que estaba siendo víctima del equivalente femenino a las técnicas que usan los MDLS, pues el secreto para conseguir que alguien crea que está enamorado de ti consiste en ocupar sus pensamientos, y eso era exactamente lo que Lisa había hecho conmigo. Primero me había rechazado físicamente y luego me había dejado tirado, pero, al tiempo, había sabido darme las esperanzas justas para que yo no me desanimara y continuara persiguiéndola.

Pero yo no acostumbraba a presionar a las mujeres. Si otra mujer me hubiera tratado como Lisa, ya haría tiempo que habría dejado de perseguirla. Por supuesto, también era posible que mi obsesión viniera de una vena misógina de macho alfa, que podía haber contraído accidentalmente como consecuencia de pasar demasiado tiempo en el campo del sargeo. Por otra parte, Lisa era una mujer ferozmente independiente, alguien a quien yo admiraba. Así que siempre era posible que el cavernícola que llevaba dentro de mí quisiera acostarse con ella a modo de conquista.

Pero también existía la remota posibilidad de que ella hubiera conseguido tocar una parte de mí que yo siempre había ocultado; incluso a mí mismo. Era esa parte de mí que quería dejar de pensar, que quería dejar de buscar, que quería dejar de preocuparse por lo que pensaran de mí los demás, que quería olvidarse de todo y dejarse ir y sentirse cómoda y libre y vivir el momento, como cuando cogí esa gran ola con mi tabla de surf. Y, por momentos, cuando tanto Lisa como yo dejábamos caer nuestras defensas, era así como me sentía con ella.

Después de cenar fuimos a mi casa. Lisa se puso una camiseta blanca y unos calzoncillos que le llegaban hasta las rodillas y nos tumbamos juntos, debajo de las sábanas, con las cabezas apoyadas en almohadas separadas, mirándonos sin tocarnos, tal y como habíamos hecho tantas veces antes.

Yo quería continuar la conversación de la cena. Ya no intentaba seducirla; sencillamente necesitaba respuestas.

—Entonces, ¿por qué viniste a verme el otro día?

—Mientras estuviste fuera, te eché de menos —me dijo.

Me encantaba ver cómo se le separaban los labios sobre los incisivos cuando hablaba. Me hacía pensar en salmón sobre arroz.

—Mis amigas se reían de mí porque contaba los días que quedaban para que volvieras. Hasta fui a comprar cosas para cocinarte algo especial. La verdad es que no sé por qué lo hice. —Guardó silencio durante unos instantes. Después sonrió, como si no debiera estar contándome todo aquello—. Compré unos filetes de pez espada. Al final se pasaron y tuve que tirarlos.

Una oleada de confianza llenó mi pecho de calidez. Después de todo, todavía tenía una oportunidad con Lisa.

—Pero ya es demasiado tarde —dijo ella—. Te dejé una ventana abierta y tú no supiste aprovecharla.

David DeAngelo hubiera dicho que había llegado el momen-

to de comportarme como un chulo-gracioso. Ross Jeffries hubiera dicho que no podía permitir que fuese ella quien decidiera el marco en el que transcurría nuestra relación. Y Mystery me habría dicho que la castigara. Pero yo no pude evitarlo. Tenía que hacer la típica pregunta de TTF.

—¿Qué hice mal?

—Para empezar, no me llamaste al volver de Miami. Tuve que ser yo quien vine a buscarte.

—Espera un momento —protesté—. Eso no es justo. Creía que pasabas de mí. No me devolviste las llamadas cuando me fui a Miami.

—El mensaje de tu contestador decía que estabas fuera y que no podrías devolver las llamadas.

—Ya, pero a ti sí te habría devuelto la llamada. Quería oír tu voz.

—Después, la noche del Whiskey Bar casi ni me dirigiste la palabra. Y la última gota fue cuando vinimos a la mansión antes de ir a hacer surf. Le dije a Sam que seguías gustándome, y ella me dijo que me olvidara de ti. Me dijo que, al subir a tu cuarto para ir al baño, se había encontrado un condón usado en el suelo.

Mi cerebro se revolvió contra sí mismo y se dio una bofetada. No me había acordado de tirar el condón que había usado con Isabel. Así que era eso lo que le había dicho Sam al oído de camino a Malibú.

—Entonces, ¿por qué has quedado conmigo esta noche?

—Me pediste que saliéramos juntos. Era una cita en toda regla. Además, estabas nervioso, así que supuse que debía de gustarte de verdad.

Me incorporé en la cama. Lo que estaba a punto de hacer era propio de un TTF.

—Déjame que te explique algo. Los MDLS lo llaman monoítis. Es un término que se refiere a la enfermedad que sufren los tíos que se obsesionan con una sola chica. Los hombres con monoítis nunca consiguen nada porque, cuando están con la chica que les gusta, se ponen demasiado nerviosos y lo estropean todo.

—¿Y? —preguntó ella.

—Yo tengo monoítis. Y tú eres esa chica.

Nos estábamos mirando a los ojos. Vi cómo brillaban los de Lisa. Y sabía que los míos también lo hacían. Había llegado el momento de besarla.

No usé ninguna frase, ninguna técnica, ningún cambio de

fase. Me acerqué a ella. Ella se acercó a mí. Ella cerró los ojos. Yo cerré los ojos. Y nuestros labios se encontraron. Fue exactamente como siempre había pensado que debía ser un primer beso.

Pasamos la noche besándonos y diseccionando todo lo que había ocurrido durante las últimas semanas.

Por la mañana, mientras Lisa dormía, bajé al salón con mi agenda telefónica. Llamé a Nadia y a Hie y a Susanna y a Isabel y a las Jessicas y a cada CS y MRE —y todos los demás acrónimos— a las que veía y les dije que había conocido a alguien y que quería serle fiel.

—¿Así que la prefieres a ella que a mí? —me dijo Isabel con evidente enojo.

—No es una elección racional —repuse.

—¿Es que es mejor en la cama que yo?

—No lo sé. Sólo nos hemos besado.

—Así que quieres deshacerte de mí porque le has dado unos besos a una chica. ¿Es eso? —preguntó con una carcajada fingida.

—No quiero deshacerme de ti —le dije—. Si quieres, podemos seguir viéndonos, pero como amigos.

Casi pude sentir cómo mis palabras se le clavaban en el corazón, igual que tantas veces se habían clavado en el mío antes de unirme a la Comunidad.

—Pero... Te quiero —dijo ella.

¿Cómo podía quererme? Si yo fuera ella, me acostaría con una decena de tíos para superar mi monoítis.

—Lo siento —le dije. Y era verdad.

Hay un problema con el sexo sin compromiso: a veces deja de serlo. A veces surge el deseo de algo más. Y, cuando las expectativas de una de las personas no coinciden con las de la otra, entonces, quien tenga mayores expectativas acaba sufriendo. No existe el sexo gratis; siempre hay un precio que pagar.

Yo acababa de romper la regla de oro de Ross Jeffries: déjala siempre mejor de lo que estaba cuando la conociste.

CAPÍTULO 7

El vapor de agua subía hacia el cielo sin estrellas de Los Ángeles. Mystery y yo estábamos sentados, uno enfrente del otro, en el *jacuzzi.* Mystery rodeó el borde con uno de sus pálidos brazos, mientras con el otro sujetaba una copa con un líquido naranja y unos cubitos de hielo. Si no fuera porque Mystery nunca bebía alcohol, hubiera pensado que era un cóctel.

—Ya se lo he notificado oficialmente a Papa —me dijo—. Me voy el mes que viene.

Una vez más, iba a dejarme en la estacada, igual que lo había hecho durante su crisis de Toronto. Ahora, yo tendría que convivir con la pareja feliz que había forzado su marcha y con el ejército de clones de Papa.

—¿De verdad vas a dejarte vencer tan fácilmente? —le pregunté al tiempo que cogía una colilla del agua y la dejaba en uno de los vasos vacíos que había en el borde—. No puedo creerme que no vayas a luchar. Katya no se atrevería a pisar la mansión si te quedaras. Tienes que luchar, Mystery. No puedes dejarme solo en la casa.

—No —dijo Mystery—. Siento demasiada ira, demasiado resentimiento. Tanto que prefiero irme. Así no tendré que verlos nunca más.

Le dio un pequeño sorbo a su bebida.

—¿Qué estás bebiendo? —le pregunté.

—Es un destornillador. Creo que estoy un poco borracho. ¿Sabes que nunca he estado borracho? Nunca quise emborracharme mientras mi padre estuvo vivo. Pero, ahora que ya no lo está, no veo ninguna razón para no probarlo.

—No creo que sea el mejor momento para empezar a beber, tío. Ya estás suficientemente deprimido, y el alcohol sólo va a hacer que te sientas peor.

—Está bueno.

Como de costumbre, yo desperdiciaba saliva con Mystery, que dio otro pequeño sorbo, esta vez con una pequeña floritura del brazo, como si quisiera añadirle *glamour* al gesto.

—Así que Isabel vino a buscarte anoche —dijo.

—Sí. Y fui muy claro con ella respecto a Lisa.

Mystery se inclinó hacia adelante, removiendo la espuma del agua con la base de la copa.

—No entiendo qué pierdes por darte un revolcón de vez en cuando con Isabel. Es una pena desperdiciar un cuerpo como el de esa chica.

—No, esta vez quiero hacerlo bien. No quiero acostarme al lado de Lisa sintiéndome culpable por algo que no puedo decirle. Eso rompería la confianza que compartimos.

Me incliné sobre el borde del *jacuzzi* y metí la mano en la piscina. El agua estaba casi tan caliente como la del primero. Alguien se había vuelto a dejar el sistema de calefacción encendido. La factura del gas iba a ser astronómica.

—¿Te han contado alguna vez la historia de la rana y el escorpión? —me preguntó Mystery.

—No —respondí yo. Después salté a la piscina y permanecí flotando boca arriba mientras Mystery se apoyaba sobre el borde del *jacuzzi* para contarme aquella fábula.

—Un día, un escorpión que estaba en la orilla de un río le pidió a una rana que lo llevara hasta la otra orilla. «¿Y cómo se que no me clavarás tu aguijón?», le preguntó la rana. «Porque, si lo hiciera, me ahogaría», respondió el escorpión.

—La rana pensó en lo que había dicho el escorpión y se dio cuenta de que tenía razón. Así que dejó que el escorpión se subiera en su espalda y empezó a cruzar el río. Pero cuando estaban en medio de la corriente, el escorpión le clavó el aguijón en la espalda. Mientras los dos se ahogaban, la rana le preguntó: «¿Porqué?»

—Y el escorpión contestó: «Porque es mi naturaleza.»

Con expresión triunfante, Mystery le dio un nuevo sorbo a su copa. Después me miró fijamente, mientras yo flotaba en la piscina, y me habló lenta y deliberadamente, como el Mystery al que había conocido durante mi primer taller; aquel que me había dicho que me deshiciera de la aburrida piel de Neil Strauss.

—Es tu naturaleza —me dijo—. Ahora eres un maestro de la seducción. Eres Style. Has probado la fruta del conocimiento y ya nunca serás como antes.

—¿No te parece que esas palabras resultan algo cínicas teniendo en cuenta que vienen de alguien que habla de casarse y de tener hijos con una chica a la que casi no conoce? —repuse. Después di un par de brazadas, nadando de espalda.

—Somos polígamos por naturaleza —añadió él—. Por eso somos infieles. Y si eso es una amenaza para nuestras relaciones, pues que así sea. —Se acabó el destornillador de un sorbo y se llevó las manos a las sienes, como si estuviera luchando contra el mareo—. Nunca subestimes el poder de negar una acusación.

—No —repuse yo sin mirarlo—. Esta vez no me vas a convencer.

Salí del agua, me cubrí los hombros con una toalla y entré en el salón. Xaneus, Playboy y Tyler Durden estaban en un sofá. Al verme se levantaron y, sin decir una sola palabra, sin tan siquiera mirarme, volvieron a la habitación de Papa. Desde luego, no era un comportamiento habitual; aunque, después de todo ese tiempo en Proyecto Hollywood, ya nada me sorprendía.

Subí a mi habitación, me duché y hojeé un ejemplar de la leyenda medieval de Parsifal que había comprado hacía un par de días. Las personas a menudo leemos libros buscando voces que nos den la razón. Y, en ese momento, la naturaleza de Parsifal me resultaba mucho más atractiva que la del escorpión.

Tal como yo interpretaba la leyenda, se trataba de la historia de un niño sobreprotegido que conoce a unos caballeros y decide que quiere ser como ellos. Así que sale al mundo en busca de aventuras y pasa de ser un necio a ser un caballero legendario. Por aquel entonces, el país se había convertido en un erial, pues el rey del grial había sido herido. Al llegar al castillo del grial, Parsifal descubre que el rey sufre unos terribles dolores. Como el ser humano compasivo que es, querría preguntarle: «¿Qué ocurre?» Y, según la leyenda, si alguien de corazón puro le hace esa pregunta al rey, éste sanará y la abundancia volverá a las tierras del reino. Sin embargo, Parsifal no lo sabe y, como caballero que es, ha sido entrenado según un estricto código de honor que, entre otras cosas, le impide hacer una pregunta o decir siquiera nada a no ser que se dirijan a él primero. Así que se va a descansar sin decirle nada al rey. Al despertar por la mañana, descubre que el castillo ha desaparecido. Al seguir sus enseñanzas, en vez de obedecer a su corazón, ha desperdiciado la oportunidad de salvar tanto el reino como al rey. Al contrario que el escorpión, Parsifal tuvo la posibilidad de elegir. Sencillamente tomó la decisión equivocada.

Al ir a la cocina a por algo de beber, vi a Mystery sentado delante de la televisión del salón. Tenía otro cóctel en la mano y estaba viendo el DVD de *Karate Kid*.

—Yo nunca tuve un señor Miyagi —se lamentó entre sollozos. Estaba borracho—. Mi padre nunca me enseñó nada. —Se secó las lágrimas con una mano—.Yo sólo quería tener a un señor Miyagi.

Supongo que todos buscamos a alguien que nos enseñe los trucos que nos permitirán triunfar en la vida: el código de honor de los caballeros o el comportamiento de los machos alfa. Pero una secuencia de movimientos y un código de comportamiento no pueden arreglar lo que está roto dentro de cada uno. Lo único que podemos hacer es aceptarlo.

CAPÍTULO 8

Lisa y yo pasamos todo el día siguiente juntos. Y el siguiente, y también el otro. Yo no dejaba de pensar que iba a estropearlo todo, que estábamos pasando demasiado tiempo juntos, que ella iba a cansarse de mí. Rick H. siempre lo había dicho: «Dale el regalo de echarte de menos.» Pero no parecíamos capaces de separarnos.

—Eres perfecto para mí —me dijo ella. Era la cuarta noche seguida que dormíamos juntos—. Nunca me he acostado con alguien que me gustase tanto como tú. Tengo miedo de que, si lo hago, me enganche a ti y ya no pueda dejarte.

Debajo de aquel duro caparazón, Lisa estaba asustada. Todo aquel tira y afloja no era una técnica psicológica consciente; era su corazón, que luchaba contra su cabeza. Puede que la razón por la que le costaba tanto abrirse fuese que escondiese algo muy frágil en su interior. Al igual que me ocurría a mí, Lisa estaba asustada de llegar a sentir algo real por alguien; de amar, de ser vulnerable, de darle a otra persona la llave de su felicidad y su bienestar.

Cuando me acostaba con una chica, sencillamente echábamos un polvo por la noche y, si me gustaba lo suficiente, otro por la mañana. Pero cuando hice el amor por primera vez con Lisa me pasó algo alucinante. Tras llegar al orgasmo, no se me bajó. Como hubiera dicho el viejo Extramask, seguía dura como una piedra, y en plena forma.

Hicimos el amor una segunda vez.

—Tócala —le dije al acabar. Seguía lista para la acción.

Lo hicimos otras dos veces esa misma noche. No podía entenderlo. Resultaba que esa parte de mi anatomía que yo siempre había visto como un animal sin mente, que tan sólo quería meterse en algún orificio, respondía a las emociones. Mi polla

tenía sentimientos. Y no era porque Lisa me hubiera hecho esperar tanto antes de acostarse conmigo. Se mantenía erecta durante tres y cuatro orgasmos cada vez que Lisa y yo hacíamos el amor. Esos días follamos en coches, en callejones, en cuartos de baño de restaurantes y hasta en el cuarto de las máquinas dispensadoras de comidas y bebidas de un hotel, donde el encargado de mantenimiento que nos sorprendió intentó sacarme veinte dólares a modo de chantaje.

Quizá, después de todo, el hecho de que no se me levantara con la estrella porno no tuviera nada que ver con el whisky. Lo que había ocurrido era que mi cuerpo había respondido a la falta de sentimientos: aquella chica no sólo no me importaba, sino que tampoco la deseaba. Y estoy seguro de que a ella debió de sucederle lo mismo. Aquello no era más que una manera de pasar el tiempo. Pero el sexo con Lisa era mucho más que un entretenimiento. El sexo con Lisa no tenía nada que ver con validarse ni con la autogratificación, como era el caso en todos esos sargeos de los que tan orgulloso me había sentido. Hacer el amor con Lisa era como entrar en una burbuja en la que no existía nada más que nosotros y nuestra pasión. El sexo con Lisa hacía que el reto de la existencia pareciese una mera distracción.

Y, entonces, una tarde, cuando ya me había olvidado completamente de ella, Courtney volvió a la mansión. Llegó en una limusina, con un vestido azul y un chal blanco. Tenía un aspecto radiante.

—¡Por fin vuelvo a estar en activo! —fue lo primero que dijo.

—¿Te has vuelto a acostar con el realizador? —le pregunté.

—No. Tengo un hombre nuevo en Nueva York. Y no pienso en otra cosa que no sea estar en la cama con él.

Courtney se acercó a mí, danzando como una bailarina de ballet.

—¿Te acuerdas de la apuesta que hicimos sobre el realizador? —le dije yo.

—Es verdad. Supongo que perdí.

—Y eso significa que tengo derecho a elegir el segundo nombre de tu próximo hijo.

Ella sonrió y me miró con expectación, como si esperase que eligiera el nombre en ese mismo momento.

Sopesé varias posibilidades.

—¿Qué te parece Style? —le dije finalmente. Era una estupidez. Aunque, pensándolo bien, Courtney le había puesto a su

hija Bean (1) de segundo nombre—. Yo voy a dejar de usar el nombre, así que no veo ninguna razón para no pasárselo a tu hijo.

Courtney soltó un chillido de alegría, se abalanzó sobre mí y me abrazó con todas sus fuerzas.

—Nunca te lo he dicho, pero siempre me has parecido sexualmente intrigante —me confesó.

Yo tragué saliva y me preparé para hablarle de Lisa. Pero, antes de que pudiera decir nada, ella continuó:

—Es una pena que estés saliendo con Lisa. Pero me alegro muchísimo por los dos. Después de todo, al menos ha salido algo bueno del tiempo que he pasado en la mansión, ¿no?

—Desde luego —asentí—. Espero que para ti tampoco fuese todo malo.

—No quiero ni pensar en todo lo que ha pasado en esta casa.

—Sea como sea, ahora tienes muy buen aspecto —le dije yo—. Follar te sienta de maravilla.

—Sí, follar y la rehabilitación.

Me guiñó un ojo y sonrió. Al parecer, sus oraciones habían sido escuchadas.

—Voy a instalarme en el hotel Argyle hasta que me devuelvan la custodia de mi hija —me dijo—. Y creo que ocurrirá pronto. He venido a devolver el dinero que le cogí prestado a Mystery.

Me dio un cheque, se volvió y subió de nuevo a la limusina. Al arrancar, bajó la ventanilla y gritó:

—Y esta vez sí que tiene fondos.

La iba a echar de menos.

Un par de días después, Lisa y yo fuimos al Centro de Celebridades de la Cienciología. No es que nos hubiéramos convertido; estábamos demasiado apegados a nuestro dinero para eso. Tom Cruise había mantenido su promesa y me había mandado una invitación para la gala anual. Fue uno de los acontecimientos con más estrellas a los que había asistido nunca en Los Angeles.

Después de la cena, Cruise se acercó a nuestra mesa. Afeitado e impecablemente vestido con un esmoquin, su presencia resultaba hipnótica: no había el menor rastro de duda en sus pasos, el menor esfuerzo en su sonrisa, la menor complejidad en sus intenciones. Me levanté para darle la mano y él me dio

(1) *Bean* significa «Judía». *(N. del t.)*

unas palmadas en la espalda. Yo conseguí mantener el equilibrio, aunque a duras penas.

—¿Es tu novia? —dijo mirando a Lisa de arriba abajo, aunque no había ninguna lascivia en su examen. Lo cierto era que no podía imaginarme a Tom Cruise en un momento de lascivia—. No me habías dicho que fuese tan impresionante.

—Gracias —respondí—. Nunca me había sentido con nadie como me siento con Lisa.

—Así que te has cansado de ligar, ¿eh?

—Sí. Empezaba a sentirme como si estuviera llenando un cubo con un agujero en el fondo.

—Lo has descrito a la perfección —exclamó Tom—. Mientras rodábamos *Vanilla Sky*, Cameron Crowe y yo hablamos sobre lo que representa realmente un lío de una noche. Si te paras a pensarlo, no es más que una falsa intimidad. Además, los líos de una noche acaban causando insatisfacción. En una relación de verdad, el sexo tiene otro significado. Quieres estar todo el rato con ella y hablar de todo tipo de cosas de la vida. Es fantástico.

—Sí, es cierto. Aunque tampoco sé si creo en todo eso de la monogamia y el amor verdadero que lo conquista todo, como en los finales felices de las películas de Hollywood. Resulta tan forzado.

—¿Forzado? —dijo Cruise al tiempo que entrecerraba los ojos y levantaba las manos, como si fuera a hacerme algún tipo de llave, en un gesto amistoso—. Te voy a decir una cosa. Yo esa fase ya la he superado. ¿Qué tiene de forzado estar enamorado?

Tom Cruise me había vuelto a MAGear.

CAPÍTULO 9

Fantasmas.

No éramos más que fantasmas, arrastrándonos como si fuésemos invisibles a través de una casa putrefacta que hacía meses que no pisaba una mujer de la limpieza.

Mystery no le hablaba a Herbal. Herbal no le hablaba a Mystery. Papa prácticamente no hablaba con nadie. Y, por alguna razón, Sickboy, Playboy, Xaneus y el resto de las abejas obreras de la VDS habían dejado de hablarnos a Mystery y a mí. Ni siquiera los MDLS que acababan de incorporarse a la Comunidad, como Dreamweaver y Maverick, me saludaban.

La única persona que hablaba con todo el mundo era Tyler Durden. Pero con Tyler nunca se tenía una conversación. Con Tyler se sufría un interrogatorio, como el que se sufriría con un actor que fuese a interpretar tu papel en una película.

Una tarde, al salir de la cocina con Sickboy, Tyler Durden me dijo que hacía tiempo que quería preguntarme algo. Sickboy siempre me había caído bien. A pesar de su apodo, era un chico bien educado y con un carácter agradable.

—¿Qué tienes de especial que hace que consigas a una chica como Lisa? —me preguntó Tyler Durden—. Yo salgo a sargear todas las noches y cada día me esfuerzo para hacerlo mejor. Pero sé que no conseguiría que una chica como Lisa fuese mi novia.

Lo increíble de Lisa era que, a pesar de su dureza exterior, era una mujer llena de generosidad. Todas las mañanas me hacía la cama; cuando yo tenía mucho trabajo me preparaba la comida y me la subía al cuarto, y casi nunca venía a verme sin algún pequeño detalle: un tónico facial, un frasco de colonia de John Varvatos o un ejemplar de la primera parte de *Enrique IV*, que sabía que yo estaba buscando. Me sentía como si hubiera encontrado a mi Caresse.

—Supongo que, para empezar, tengo una vida completa —le dije—. Lo único que haces tú es salir a sargear. Concentras toda tu energía en una sola faceta de la vida. Es como si fueras al gimnasio todos los días y sólo ejercitaras los bíceps.

Tyler Durden frunció el entrecejo mientras pensaba en lo que le acababa de decir. Por un momento pensé que iba a hacerme caso. Pero Tyler rechazó mi consejo y su mirada se llenó de brillo; un brillo que, si no era odio, al menos estaba lleno de resentimiento. Resentimiento porque yo seguía sin tratarlo como a un igual, y porque él conseguía aislar y reproducir un patrón de comportamiento que hiciera que yo le diera el reconocimiento que estaba seguro de merecer. Y porque Lisa salía conmigo, en vez de salir con él.

Se pasó diez minutos hablando de lo bueno que era en el campo del sargeo, de cómo ya ni siquiera necesitaba técnicas para conseguir IDI y de cómo los famosos siempre lo invitaban a sus fiestas.

Finalmente, dio media vuelta y empezó a andar hacia la habitación de Papa. Sickboy se quedó a mi lado.

—¿Es que no vienes? —le preguntó Tyler Durden al tiempo que señalaba con la cabeza hacia la habitación, como si dentro estuviera ocurriendo algo importante.

—Antes quiero despedirme de Style —dijo Sickboy.

—¿Es que te vas? —le pregunté yo. Lo cierto es que me sorprendía que fuese a dirigirme la palabra.

La puerta de Papa se cerró tras Tyler Durden. Sickboy levantó la mirada con nerviosismo.

—Lo dejo —me dijo finalmente—. Lo dejo todo.

—No te entiendo.

—Esta casa es venenosa. —Sickboy escupió las palabras como si fueran ampollas que se hubieran estado formando lentamente en su interior—. Los Ángeles está lleno de cosas interesantes que hacer, pero aquí sólo piensan en sargear. Ni siquiera he visto el mar desde que estoy en California. Estos tíos no saben disfrutar de la vida. Me daría vergüenza presentárselos a mis amigos de Nueva York.

—Entiendo lo que quieres decir. Lisa tampoco los soporta.

—Todo es absurdo —continuó diciendo él. Después suspiró, como si se sintiera aliviado de haber encontrado a alguien normal, a alguien que lo entendía, a alguien a quien no le hubieran lavado el cerebro—. Sí, todas las noches se traen a alguna chica a la mansión, pero se van en cuanto los conocen un poco mejor. Tyler Durden ya no consigue que casi ninguna chica le devuelva

las llamadas. No debe de haber echado un polvo desde hace dos meses. Papa sólo se ha acostado con una chica en todo el año. Mystery no conseguiría tener una relación estable ni aunque le fuese la vida en ello. Cuando llegó a la mansión, Xaneus parecía un tío majo, pero ahora resulta artificial; sólo habla de sargear. Tú eres el único al que me gustaría parecerme. Haces cosas interesantes, tienes un trabajo guay y una chica que mola.

La adulación abre todas las puertas.

—Mañana voy a enseñar a Lisa a hacer surf —le dije—. ¿Por qué no te vienes? Así al menos saldrás un rato de la mansión. Y verás el mar.

CAPÍTULO 10

Grupo MSN: Salón de Mystery
Asunto: Parte de sargeo. La vida en Proyecto Hollywood
Autor: Sickboy

Por si alguien no lo sabe, vivo en uno de los vestidores de Papa, en Proyecto Hollywood. A pesar de todo lo que está ocurriendo, hoy ha sido el mejor día desde que llegué a California.

Me he levantado temprano y he ido a hacer surf a Malibú con Style y con su novia, que es una persona alucinante. Ver lo bien que se llevan resulta inspirador. Style es una de las pocas personas que he conocido desde que estoy en la Comunidad que ha conseguido algo realmente bueno.

Hacer surf ha sido fantástico. Era la primera vez que iba a la playa en todo el verano. Os recomiendo que probéis a hacer surf. En cuanto te metes en el agua, el cerebro se te aclara y ya no piensas en nada que no sea en las olas. Resulta casi imposible pensar en otra cosa. De verdad, es una experiencia superrelajante.

Después hemos comido en un puesto de pescado justo al borde del mar y hemos mantenido una conversación fantástica sobre música, amigos, viajes, nuestras vidas y nuestras carreras.

Al volver a casa he trabajado un poco. Después he visto *El último dragón* con Playboy, de quien me he hecho buen amigo. Mientras veíamos la película hemos oído que Mystery hablaba con Herbal; parece que han arreglado sus diferencias. Aunque Mystery sigue dolido con Katya, le ha dicho a Herbal que él no tenía la culpa de haberse enamorado de ella. Y Herbal le ha dicho a Mystery que, si pagaba los destrozos de su habitación, él olvidaría lo ocurrido. Menos mal. Al menos todo esto parece que va a acabar de manera civilizada. En cualquier caso, Mystery se va de la mansión mañana; es una pena.

Hacia las dos de la madrugada, Playboy, Mystery y yo hemos

acabado fumándonos una pipa de agua en el salón. Después hemos escuchado música y hemos hablado de lo que nos gustaría hacer en la vida.

En todo el día, no he hablado ni una sola vez de sargear, de chicas ni de la Comunidad. Al contrario, he pasado el día hablando de cosas de verdad con amigos de verdad. No he ido a sargear a ningún bar ni he intentado follarme a ninguna tía buena. De hecho, no me he aproximado a ningún *set* en todo el día.

Los días como hoy son los que hacen que vivir merezca la pena. Éstos son los días que echaré de menos cuando deje Proyecto Hollywood.

Sickboy

CAPÍTULO 11

Observé cómo Mystery guardaba sus últimas pertenencias: las botas de plataforma, los ridículos sombreros de pavoneo, los trajes de rayas que ya nunca usaba, la fiambrera con su foto estampada y los discos duros llenos de porno lésbico y de episodios de la serie de televisión «That ’70’s Show» (1).

No podía evitar pensar que quizá nos hubiéramos equivocado.

—Entonces, ¿adónde vas a ir? —le pregunté.

—A Las Vegas. Voy a crear un Proyecto Las Vegas. He aprendido de nuestros errores. Proyecto Las Vegas será más grande y mejor que Proyecto Hollywood. Las Vegas está lleno de TB y, además, tendré más oportunidades de representar mi espectáculo de ilusionismo en los casinos. Mi cuñado va a venir a Las Vegas y vamos a grabar sus canciones, conmigo como cantante. Imagínatelo. —Levantó una mano y trazó un semicírculo en el aire—: «El más famoso maestro de la seducción del mundo graba un disco con canciones de amor.» Todo el mundo lo compraría. —Al parecer, Mystery había recuperado su maníaco sentido emprendedor—. Ania vendrá conmigo y, como eres mi mejor amigo, una vez que lo tenga todo listo, me gustaría que tú también vinieras. Esta vez lo haremos bien. No cederemos el control de la casa y estudiaremos con cuidado a todo el que quiera instalarse con nosotros.

—Lo siento, tío —le dije yo. No iba a seguirlo cada vez que se metía en un nuevo lío.

—Seremos tú y yo, Mystery y Style, como en los viejos tiempos —insistió él. Abrió la puerta principal de la mansión y sacó

(1) *Sitcom* de la televisión estadounidense que relata la vida de un grupo de adolescentes en los años setenta. *(N. del t.)*

una maleta al rellano al tiempo que pronunciaba uno de esos aforismos con los que siempre intentaba convertir sus derrotas en triunfos—. Donde hay un problema, hay una oportunidad.

—No puedo acompañarte otra vez, Mystery.

Las palabras, pensadas como una disculpa, sonaron como una acusación.

—Lo entiendo —dijo él—. A veces las cosas no salen como uno quiere. A veces seguimos hilos que conducen a lugares equivocados. Quiero que sepas que, aunque últimamente no hayamos estado de acuerdo en todo, siempre seré tu amigo. Conmigo no tienes por qué usar ningún tipo de técnica. Disfruta con tu novia y ya encontraremos el momento de volver a pasar tiempo juntos. Eres el hombre más importante de mi vida, Style.

Sentí cómo las lágrimas se formaban en mis ojos.

—Intenta no fastidiarla, ¿vale? —añadió él con una débil sonrisa, intentando dominar a su vez la emoción.

Llegó el taxi y Mystery cerró la puerta de Proyecto Hollywood. La blancura de la puerta tembló ante mis ojos llenos de lágrimas. Me sentía como si estuviera perdiendo un trozo de mí. Por un momento, no podría haber dicho quién de los dos era el más estúpido.

Una semana después, Katya ya se había mudado a la habitación de Herbal y Papa había instalado a dos MDLS en la habitación de Mystery. Uno de ellos era Dreamweaver, un antiguo alumno mío. Al otro era la primera vez que lo veía. Papa planeaba instalar a un tercer MDLS en el vestidor de Mystery. Con la llegada de residentes nuevos y más jóvenes, Proyecto Hollywood cada vez se parecía más a una fraternidad universitaria, sólo que la mayoría de las fraternidades estaban más limpias.

Ahora que Mystery ya no merodeaba por el salón, dispuesto a compartir los detalles de su último desencuentro con cualquiera con el que se cruzaba, la falta de comunicación se tornó todavía más incómoda. Cada vez que yo pasaba por el salón, me encontraba con algún MDLS nuevo que jugaba a algún videojuego tumbado en la moqueta. Pero ellos ni siquiera apartaban la mirada de la pantalla al oírme pasar. No eran MDLS; eran vegetales. Si hacía dos años alguien me hubiera dicho que ése era el estilo de vida que me esperaba, nunca me habría unido a la Comunidad.

Cuando Papa cumplió veinticuatro años, no vino ni una sola mujer a su fiesta; menos aún París Hilton, que huelga decir que nunca había ido a la mansión, tal y como Papa había soña-

do que lo haría. Los únicos amigos que tenía Papa eran MDLS. Y, por alguna razón, todos ellos me ignoraban. Yo no alcanzaba a comprender qué les había hecho.

Durante la siguiente semana, Tyler Durden, que nunca se había mostrado abiertamente hostil hacia mí, empezó a atacarme en los foros de seducción. Decidí que había llegado el momento de hablar con él sobre el extraño comportamiento de los MDLS de la mansión. Atravesé la cocina, llena de bolsas de basura a rebosar, salí al jardín, donde tan sólo quedaba un charco de lodo en el fondo del *jacuzzi*, y llamé a la puerta trasera de la habitación de Papa.

Tyler Durden estaba sentado delante de su ordenador.

—Quiero hablar contigo sobre lo que ha estado pasando últimamente en la mansión —le dije—. Los chicos se comportan de una manera muy rara conmigo; todavía más rara de lo normal. Y, por lo que dices en los foros, a ti también te sucede algo conmigo. ¿Es porque paso mucho tiempo con Lisa? ¿Es porque ya no salgo a sargear?

—Eso ayuda —dijo Tyler Durden—. Pero lo que pasa en realidad es que no le caes bien a nadie. La gente piensa que eres un esnob y que tienes la culpa de muchas de las cosas que han pasado en la mansión. —Aunque eran palabras duras para venir de Tyler Durden, que hasta ahora nunca se había atrevido a criticarme a la cara, en su voz no había resentimiento. De hecho, hablaba con cierto tono paternalista, como un MDLS aconsejando a otro—. Te lo digo porque soy tu amigo y no quiero que te pase lo mismo que a Mystery.

Yo permanecí en silencio. No sabía qué decir. No tenía ni idea de que el resto de los inquilinos de la mansión me vieran así.

—¿Nunca te has parado a pensar por qué Extramask, que antes era tu amigo, empezó a evitarte? —prosiguió él—. Pues lo hizo porque ya no se fiaba de ti. Dreamweaver me ha dicho que no te soporta. Y Maverick tampoco te puede ver.

Pensé en lo que me estaba diciendo. Puede que tuviera razón. El entusiasmo con el que había afrontado mis primeros encuentros con otros MDLS se había ido disipando a medida que vi cómo las técnicas se vendían en vez de compartirse y cómo chicos perfectamente normales se convertían en extraños parásitos sociales. Sí, era posible que, aunque yo siempre intentaba ser amable con ellos, notaran mi creciente decepción y alejamiento de la Comunidad.

Aunque, por otra parte, como había dicho Juggler en su mo-

mento, la gente tendía a sentirse cómoda conmigo. Siempre había sido una persona amable y de trato fácil; incluso antes de unirme a la Comunidad. No tenía enemigos; o al menos eso creía hasta ese momento.

Cuando salí de la habitación, tras una hora de conversación con Tyler Durden, la cabeza me daba vueltas. No lograba entender por qué me odiaban unos tíos con los que había compartido buena parte de los dos últimos años de mi vida. ¿Qué les había hecho yo?

No tardé en averiguar la respuesta: nada.

CAPÍTULO 12

—¿Qué haces? —le pregunté a Playboy cuando me lo encontré en el salón, metiendo sus libros en cajas.

—Me voy.

Primero Extramask, después Mystery y Sickboy, y ahora Plaboy. Me sentí como si estuviera en un barco que naufragaba.

—¿Tienes un minuto? —me preguntó—. Hay algo que me gustaría decirte antes de irme.

Fuimos a su cuarto. Plaboy cerró la puerta.

—Están intentando crear hielo contigo —me dijo.

—¿Quién?

—Papa y Tyler Durden. Están usando técnicas de sargeo contra ti.

—¿De qué estás hablando?

—¿De verdad no tienes ni idea de lo que ha estado pasando en la habitación de Papa? Tyler Durden le ha dicho a todo el mundo que te ignore. Quiere que pienses que todos te odiamos. Quiere hacer que te sientas incomodo en la mansión.

—Pero ¿por qué a querer hacer eso?

—Quiere hacerse con el mando de proyecto Hollywood y no puede hacerlo mientras tú sigas aquí.

Eso explicaba mi conversación con Tyler Durden, la razón por la que quería hacerme creer que todo el mundo estaba en mi contra. Estaba intentando echarme de la casa.

—A ti Tyler no puede controlarme. No eres débil, como Xaneus —continuó diciendo Playboy—. Te ve como una amenaza para sus proyectos económicos porque insistes en que tiene que pagar un alquiler. Y te ve como un amenaza para sus chicas porque te enrollaste con esa chica con la que él estaba sargeando en Las Vegas. Cree que, si te conocen a ti, las chicas con las que sargea perderán interés en él.

—¿Todavía esta molesto por eso?

—Sí, pero creo que la verdadera razon de todo es que Tyler y Papa te asocian con Mystery y, para ellos, Mystery es la competencia. Tienen mentalidad de pandilla de barrio. Piensan en términos de alianzas. Por eso se deshicieron de Mystery y ahora quieren deshacerse de ti. Quieren convertir la mansión en las oficinas y la residencia de la VDS.

—No acabo de entenderte. ¿Por qué dices que se deshicieron de Mystery? Fue él quien cavó su propia tumba, ¿no?

—¿Es que no te das cuenta de lo que hicieron ellos? —me preguntó Playboy—. Papa invitó a Katya a pasar la noche en la casa cuando no estaba Herbal y volvió a traerla de nuevo cuando Mystery la echó. Le tendieron un cebo a Mystery y él picó.

—Con cada frase que pronunciaba Playboy, me sentía como si me estuvieran quitando una venda de los ojos—. Todo lo que dijo Papa sobre Mystery durante la reunión de inquilinos se lo había dicho antes a él Tyler Durden. Tyler es quien mueve los hilos y Papa hace lo que él dice. Yo también hice lo que él nos dijo. Y me equivoqué. Si pudiera volver atrás en el tiempo, votaría que Mystery se quedase. Proyecto Hollywood fue idea suya. Aunque a veces se pasara, tenía derecho a pedir que su ex novia se fuera de la mansión.

Yo también había caído en la trampa que me habían tendido Tyler y Papa. Dominaban hasta tal punto las técnicas de manipulación social que habían convocado una reunión para hacerme creer que era yo quien estaba al mando. Papa incluso se había referido a mí como el líder de la mansión. Así habían logrado que pareciese que había sido yo quien tomaba la decisión de echar a Mystery.

—Han jugado conmigo como si fuese una marioneta —dije moviendo la cabeza con incredulidad.

—Y conmigo —dijo Playboy—. Y por eso me voy. Tyler Durden puede convencer a los chicos de que hagan cualquier cosa que les pida; pero a mí ya no. Además, a Tyler no le importan las chicas. Lo que lo motiva es el poder.

¿Cómo podía haber estado tan ciego? Si en Las Vegas yo mismo le había dicho que era el tipo de persona que eliminaba a sus competidores para llegar a lo más alto. Y él ni siquiera lo había negado.

—En la habitación de Papa cada día no dejan de conspirar —continuó diciendo Playboy—. Cada palabra que pronuncia Tyler Durden está calculada de antemano. Cada post que cuelga en un foro tiene un propósito. Los engranajes de la mente de

Tyler nunca dejan de girar. Para él, todo es un *set*. Si Tyler y Papa hasta hablan de «*sets* de tíos» y tienen técnicas para conseguir que los alumnos escriban buenas críticas de sus talleres en los foros. Y también tienen técnicas para controlarnos a todos los que vivimos en la mansión. Lo primero que hacen cada vez que se incorpora alguien nuevo es volverlo en tu contra.

Al parecer, habíamos creado un precedente peligroso al buscar el modo de controlar las situaciones sociales en bares y discotecas. Habíamos hecho que algunas personas pensaran que todo en la vida era un *set* que, con las técnicas adecuadas, podía ser manipulado.

Pero había algo que yo seguía sin entender.

—Si lo que dices es verdad, ¿por qué nos evitaba Papa a Mystery y a mí antes de que Tyler Durten se mudara a la mansión?

—También fue cosa de Tyler —dijo Playboy—. No quería que Papa llevase el negocio de Mystery además del suyo, así que lo volvió en vuestra contra en cuanto os instalasteis en la mansión. También fue idea suya que empezara a entrar a su habitación por la puerta de atrás para evitaros.

Ahora todo tenía sentido. Todo lo que había ocurrido en la mansión, el mal ambiente que se había apoderado de Proyecto Hollywood desde el principio, había sido orquestado por el hombrecito del vestidor. Me sentía como un estúpido.

—Vuestro error fue permitir que Papa se instalara con vosotros en la mansión —aseguro Playboy.

Había algo que aprender de lo ocurrido; ésa quizá fuese la última lección que aprendería en la Comunidad: confía siempre en tus instintos y en tus primeras impresiones. Yo había desconfiado de Tyler Durden y de Papa desde el principio. Papa me había parecido consentido y robotizado, y Tyler insensible y manipulador. Y aunque habían progresado mucho en lo que a su aspecto y al sargeo se refería, Mystery tenía razón: los escorpiones no pueden vivir de espaldas a su naturaleza.

Y, aun así, a pesar de todo, Mystery y yo también teníamos parte de culpa. Nos habíamos aprovechado de Papa para que firmase el contrato de alquiler y pagara la habitación más cara y nunca le habíamos tratado como a un igual.

Un poco más tarde, mientras comprobaba mis correos electrónicos en el ordenador común del salón, me llamó la atención un programa que llevaba por nombre Family Key Logger. De no ser por la paranoia que me había provocado la conversación con Playboy, probablemente lo hubiera ignorado. Pero busqué

el nombre del programa en Google y, al ver los resultados, la ira se apoderó de mí. Alguien había instalado un programa que atrapaba cada palabra tecleada en el ordenador y las almacenaba en un archivo de texto. Se suponía que aquel ordenador era para que tanto los residentes como los invitados de Proyecto Hollywood pudieran acceder a Internet. Pero, ahora, quienquiera que hubiera instalado aquel programa tenía las contraseñas, las claves secretas, los números de las tarjetas de crédito y los correos electrónicos privados de todos los que habíamos usado el ordenador.

Llamé a Sickboy a Nueva York. Queria estar seguro de todo antes de hacer nada.

—¿Es verdad lo que me ha dicho Playboy? —le pregunté después de contárselo.

—Sí —me contestó—. Todo lo que te ha dicho es verdad. Antes le hicieron a Mystery lo que te están haciendo ahora a ti. Tyler Durden y Papa nos dijeron que nadie debía hablar con Mystery, que teníamos que crear hielo a su alrededor. Todo formaba parte de un plan preconcebido. Estuvieron días planeando la reunión por la que se fue Mystery. Estaban obsesionados con la idea de deshacerse de él para poder hacerse con el control de Proyecto Hollywood. La mansión forma parte de sus planes de empresa. Por eso me fui yo. Ya no podía soportarlo más.

Durante los siguientes días, hablé con Maverick y con Dreamweaver. Los dos me dijeron lo mismo: Tyler Durden y Papa nos habían tendido una trampa. Al parecer, los discípulos estaban destruyendo a sus maestros.

CAPÍTULO 13

Había un gurú al que todavía necesitaba conocer. No quería que me enseñara a sargear, sino que me aconsejara sobre cómo dejar de hacerlo.

Era una especie de presencia espiritual que abrigaba a todos los MDLS, una figura mitológica, como Ulises o el capitán Kirk o un *piercing* HB11. Era Eric Weber, el primer MDLS de la época moderna, el autor de Cómo ligar chicas —el libro con el que había comenzado todo en 1970— y el protagonista de la película del mismo nombre.

Fui a verlo al pequeño estudio de posproducción en el que estaba editando una película que acababa de dirigir. Su aspecto era el de un ejecutivo del mundo de la publicidad de mediana edad. Tenía el pelo canoso y vestía con una camisa abotonada prácticamente hasta el cuello y pantalones negros sin ningún tipo de adorno. Desde luego, ya no se pavoneaba. Tan sólo el brillo de sus ojos evidenciaba que todavía quedaba en él parte de su atrevimiento juvenil.

—*¿Sabes que existe una Comunidad de la seducción?*

—Sí. De alguna manera, imita mi trabajo. Algunas de las cosas que pasaron tras la publicación de mi libro me asquearon. No creo en hacer cosas que mermen a otras personas. Nunca estuve interesado en conquistar a una mujer de forma despótica. Lo que quería era encontrar a alguien a quien querer. Además, con el tiempo perdí interés en la seducción. Había demasiadas cosas que quería hacer, como para dedicarme sólo a seducir mujeres.

—*¿Cómo perdiste el interés?*

—Perdí el interés después de casarme. Tenía más confianza

en mí mismo y me había dado cuenta de que acumular docenas de muescas en el cinturón no iba a acallar mi anhelo existencial. También me ayudó tener a dos hijas que, en ocasiones, me han acusado de ser un machista; algo que supongo que soy, aunque tan sólo moderadamente.

—*¿Qué anhelo existencial?*

—En mi opinión, el dilema existencial es el siguiente: todos somos animales gregarios, así que, al estar solos, todos convivimos con cierta sensación de inadaptación. Pero, cuando descubrimos que no somos tan extraños como creíamos y que todos los demás se sienten tan inadaptados como nosotros, entonces ese dolor nos abandona y la idea de que no somos una persona válida prácticamente desaparece.

—*Pero ¿y las personas que no consiguen deshacerse de esa sensación de inadaptación?*

—No puedes imaginarte la cantidad de hombres mal vestidos que me han dicho con voz nasal: «Eric, no les intereso a las mujeres.» Yo les digo: «Necesitas comprarte ropa nueva, mejorar tu postura e ir a clases de dicción. » Todas esas cosas son síntomas de la existencia de profundas heridas psicológicas.

[Suena el teléfono. Eric contesta. Habla por teléfono durante unos minutos. Después cuelga.]

—Era una chica a la que me ligué hace treinta y ocho años y medio: mi mujer. De hecho, cuando la conocí yo estaba trabajando en el libro y usé con ella una de las frases de entrada que había estado estudiando. Al pasar por delante de mí en un bar, le dije: «Eres demasiado guapa como para dejar que pases de largo.» Pensé que esa chica dura de Nueva YCork se enfadaría conmigo, pero ella me dijo: «¿Lo dices en serio?» Después de eso, ya no pude quitármela de encima.

—*¿Cómo se te ocurrió la idea de escribir el libro?*

—Tenía un amigo que estaba haciendo prácticas conmigo en Benton and Bowles. Un día, nos fijamos en la chica que trabajaba en el edificio de El Al, que estaba justo delante del nuestro. Era una chica mediterránea, preciosa. Parecía salida de un cuadro de Botticelli. Al día siguiente, mi compañero me dijo que, a la hora de comer, la había seguido a un deli, se había acercado a ella mientras se comía un sándwich sentada en el césped y habían estado hablando. Al final, habían quedado para cenar.

—A la semana siguiente me dijo que la chica era virgen. Me contó que había tenido que salir a por un bote de vaselina para poder penetrarla. Eso es lo que me dio la idea de escribir un li-

bro sobre cómo ligar. Me llamó la atención el descaro de mi amigo y su habilidad para convertir el momento de ligar con una mujer en algo cotidiano y perfectamente natural. Yo siempre había sido muy tímido. No era bueno ligando, pero quería serlo, más que ninguna otra cosa en el mundo. Por eso escribí el libro.

—*¿Había algún precedente?*

—A mediados de los sesenta, la vida estaba cambiando radicalmente en Estados Unidos. Las mujeres empezaban a tomar la píldora, se escuchaba a los Beatles y a los Rolling, y Bob Dylan empezaba a hacerse popular. Estaba naciendo una contracultura. De repente, la vida era salvajemente erótica.

—Durante los años cuarenta y cincuenta, si crecías en un pueblo, conocías a las chicas en actividades de la iglesia o te las presentaba algún familiar. Pero, en los sesenta, de repente, todo el mundo se fue de casa de sus padres y alquiló un apartamento en la ciudad. Fue entonces cuando los bares se convirtieron en el lugar donde conocer a las chicas. Y, como consecuencia de ello, hubo que inventar nuevas herramientas para acercarse a chicas desconocidas.

—*¿Cuál crees que es la diferencia entre la gente que tiene un don natural para ligar y las personas que, como nosotros, necesitan aprender de forma analítica?*

—Creo que la gente que tiene el don natural lo que tiene realmente es la confianza necesaria para hacerlo. Durante la última etapa de mis días de ligue, yo mismo me sorprendía de mi falta de pudor. Legué a desarrollar el coraje necesario para decirle a una mujer, después de una copa de vino: «Quiero follar contigo.» Hay mujeres que buscan hombres atrevidos que las dirijan. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de eso.

Algo extraño le sucedió a Eric Weber cuando la conversación giro hacia el campo del sargeo. Pareció despertar de su letargo. Su mirada se tornó más brillante. Pasamos la siguiente media hora intercambiando historias, anécdotas y teorías de sargeo. A pesar de todo lo que había dicho sobre casarse y vivir felizmente en pareja, no había duda de que, bajo la superficie, todavía existía ese tipo raro que envidiaba el éxito de sus amigos con las mujeres.

Al acabar de hablar, me enseño una escena de la película que estaba editando. Trataba de un hombre calvo de mediana edad que intentaba vender el horrible guión que había escrito,

al tiempo que vivía de su ex mujer, que ahora estaba casada con un hombre de éxito.

—¿De verdad te ves como ese escritor de guiones? —le pregunté mientras salíamos juntos del edificio.

—Ése es mi yo interior —reconoció Eric Weber—. A veces, en lo más profundo de mí mismo sigo sintiéndome incapaz, inadaptado y poco querido.

—¿Incluso después de tus años de MDLS?

—A veces todo lo que puedes hacer es aparentar confianza —me dijo al mismo tiempo que abría la puerta de su coche—. Y, con el tiempo, los demás empiezan a creer que de verdad la tienes. —Se metió en el coche—. Y, luego te mueres.

Cerró la puerta y se marchó.

CAPÍTULO 14

Lisa llegó a la mansión a las dos de la madrugada. Entró en mi habitación a trompicones, tiró el bolso al suelo, se quitó la ropa y se metió en la cama de un salto sin nada más que una botella de cerveza.

—Me siento atraída por ti de todas las maneras posibles —me dijo arrastrando las palabras.

—¿De verdad?

—¿Quieres saber cuáles son?

—Claro.

—Emocionalmente, físicamente y mentalmente.

—Eso son muchas maneras.

—Si quieres, te las explico.

—Vale. Empecemos por la física.

Ése era el aspecto de mi persona sobre el que todavía me
sentía mas inseguro.

—Me gustaban especialmente tu boca y tus dientes —dijo ella. Yo busqué alguna vacilación, alguna señal de duda en sus palabras, pero no la había—. Me gusta que tengas los hombros anchos y las caderas estrechas. Me encanta que tengas pelo en el cuerpo. Me encanta el color de tus ojos, porque es igual que el mío. Me encanta la forma de tu nariz. Me encantan las concavidades de tus sienes.

—¿De verdad? —exclamé yo al tiempo que saltaba sobre ella y la cogía de los hombros—. Nadie me había hecho nunca un cumplido sobre mis sienes. A mí también me gustan.

Me reí por lo ridículo que sonaba lo que acababa de decir. Y, entonces, se lo confesé todo. Le conté que me había pasado los últimos dos años de mi vida aprendiendo técnicas de sargeo. Le hablé de los TTF y de los MDLS, de las TB y las MRE, de los IDI y de los negas.

—Un día me encantaría que te vistieras supersexy y que fuéramos a una discoteca —le dije dejándome llevar por el entusiasmo—. Así podría MAGear a todos los tipos que se acercaran a ti.

Lisa me apartó de encima, de tal manera que ambos quedamos sobre nuestros costados, mirándonos el uno al otro; apenas unos centímetros separaban nuestros rostros.

—No necesitas consejos de nadie —me dijo con un aliento embriagador—. Todo lo que me gusta de ti, lo que hace que piense que eres fantástico, son cosas que ya tenias antes de conocer a esos MDLS. No hace falta que lleves bisutería barata ni unos zapatos ridículos. A mí me hubieras gustado de todas maneras.

Fuera, se oían pisadas de tíos que volvían a la mansión llenos de entusiasmo tras una noche más en la que casi habían logrado acostarse con una chica.

—Todo lo que aprendiste en esa Comunidad es precisamente lo que casi impide que estemos juntos ahora —continuó diciendo lisa—. Quiero que seas Neil, nada más.

Puede que tuviera razón. Puede que yo le hubiera gustado tal y como era. Pero yo sabía que nunca habría tenido la oportunidad de conocerla si no me hubiera pasado los dos últimos años de mi vida aprendiendo a enseñar mi mejor cara. Sin la Comunidad yo nunca hubiera tenido la suficiente seguridad en mí mismo como para hablar con una chica como Lisa, cuyo trato era un continuo desafió.

Había necesitado la ayuda de Mystery, de Ross Jeffries, de David DeAngelo, de David X, de Juggler, de Steve P., De Rasputín y de todos los demás. Los había necesitado para descrubrirme a mí mismo. Y ahora que lo había conseguido, ahora que me había sacado a mí mismo del caparazón tras el que me escondía y había aprendido a aceptarme tal y como era, ahora quizá ya no los necesitaría.

Lisa se incorporó y bebió un sorbo de la botella de cerveza que se había traído a la cama.

—Esta noche todos los tíos querían ligar conmigo. —Se rió. La modestia nunca había sido su fuerte—. Espero que te des cuenta de que estás saliendo con la chica más impresionante de Los Ángeles.

A modo de respuesta, me levante, abrí el cajón de debajo de mi cómoda, saqué los dos grandes sobres que había dentro y los lleve a la cama. Di la vuelta al primero y dejé caer su contenido sobre el edredón. Cientos de trozos de papel, de cajas de

cerillas, de tarjetas de visita, de servilletas de papel y de recibos rotos se derramaron sobre la cama. Cada uno tenía un nombre y un teléfono escritos por una chica distinta. Después vacié el segundo sobre, de contenido similar, sobre el primero, hasta formar una pequeña montaña de papeles. Eran todos los números de teléfono que me habían dado desde aquel fatídico semimario con Mystery.

—Claro que me doy cuenta —le contesté por fin—. Llevo dos años conociendo a todas las mujeres de Los Ángeles y, de entre todas ellas, te he elegido a ti.

Era la cosa más bonita que había dicho en mucho tiempo. Aunque , después de decirla, me di cuenta de que no era del todo cierto. Si había algo que había aprendido en la Comunidad, era que el hombre nunca elige a la mujer. Todo lo que puede hacer es ofrecerle la oportunidad de que lo conozca, la oportunidad de que lo elija.

CAPÍTULO 15

Herbal fue el próximo en irse.

Lo vi desde la ventana de mi habitación; estaba cargando su robot aspiradora en una camioneta de mudanzas.

—Me vuelvo a Texas —me dijo con una débil sonrisa cuando salí a despedirme de él.

Era la última persona que hubiera imaginado abandonado la mansión.

—Pero ¿por qué? ¿Te vas a ir después de todo lo que has pasado con Mystery?

—Me siento como si todo el proyecto hubiera sido un fracaso —respondió él—. Ya nunca pasamos tiempo juntos. Los de la VDS me dejaron de hablar cuando empecé a trabajar con Mystery, y Papa cada vez instala a más grande nueva.

—¿Y Katya?

—Se viene a Austin conmigo.

Supongo que si Katya hubiera estado usando a Herbal para vengarse de Mystery, a esas alturas ya lo habría dejado.

—¿Qué quieres que haga cuando llegue el ualabi? —le pregunté.

—Ya he hablado con ellos. Lo van a mandar directamente a Austin.

Observar cómo Herbal cargaba sus pertenencias en aquella camioneta me produjo una tristeza mucho más profunda que la que había sentido con la marcha de Mystery. Con Mystery había perdido a un amigo y a un antiguo mentor. Pero, al marcharse, todavía tenía alguna esperanza de que las cosas se calmaran en la mansión y de que Proyecto Hollywood pudiera salir adelante. Sin embargo, ahora me daba cuenta de que, entre las maquinaciones de Tyler Durden y la marcha de Herbal. Proyecto Hollywood había muerto definitivamente.

Excepto Papa y Tyler Durden, todos los demás parecíamos haber despertado del hechizo de la Comunidad. Incluso Prizer —el chico que había perdido la virginidad en México— había dejado de vender sus DVD de sargeo y se había convertido en un devoto cristiano. Antes de abandonar los foros de seducción, había escrito: «Despertad de vuestros trance y dejad de gastaros el sueldo con una panda de perdedores que tan sólo son capaces de seducir a tíos tan ingenuos como vosotros. En la vida hay más cosas aparte de sargear.»

Si hasta el más infeliz se había ido de la Comunidad, ¿qué hacía yo todavía allí?

A nuestra espalda, una botella de cerveza se rompió contra el asfalto, llenando la calle de trozos de cristal verde. Al volverme vi a un adolescente con una camiseta sin mangas y el pelo teñido de rubio como Eminem sentado en los escalones de la entrada a la mansión.

—¿Quién es ése? —le pregunte a Herbal.

—No lo conozco. Es uno de los chicos nuevos que ha traído Papa.

Me había quedado solo y el resto de los inquilinos de la mansión estaban decididos a hacer que la abandonara. Estaba cansado de luchar. Estaba cansado de sentirme decepcionado por el comportamiento de la gente. Además, yo no necesitaba estar allí. Yo tenia novia.

Y, aun así, no podía dejar de preguntarme cómo era posible que, si yo era tan listo, fuese Papa quien se quedara el final con la mansión.

Lisa me dio la respuesta esa noche, mientras hablábamos tumbados en la cama.
—Porque tú no querías quedártela —me dijo—. Ésa no es tu vida. Tan sólo es una subcultura por la que te has dejado deslumbrar durante una temporada. ¿Cómo va a ser válido algo que se basa en una falsa realidad y en una serie de comportamientos aprendidos? Aléjate de todo eso. La Comunidad ya no te está ayudando. Ahora sólo te impide seguir adelante con tu vida.

De niño, cada vez que veía *El mago de Oz*, me sentía decepcionado cuando Glinda, la bruja buena, le decía a Dorothy que el poder para volver a su casa había estado en ella desde que había llegado a Oz. Ahora, veinte años después, por fin entendí el mensaje. Yo siempre había tenido la capacidad de abandonar la Comunidad, pero hasta ahora no lo había hecho porque no había alcanzado el final de mi camino. Todavía pensaba que

esos tíos tenían algo que yo no tenia. Aunque la razón por la que todos los gurús se habían aferrado a mí —la razón por la que Tyler Durden quería ser yo, incluso odiándome— era que veían algo en mí de lo que ellos creían carecer.

Todos habíamos buscado las piezas que nos faltaban fuera de nosotros y todos nos habíamos equivocado, pues al hacerlo, en vez de encontrarnos habíamos perdido el sentido de nosotros mismos. Mystery no tenía la respuesta. Una rubia 10 en un *set* no tenía la respuesta. La respuesta estaba dentro de cada uno de nosotros.

La única manera de ganar en el juego de la seducción era abandonándolo.

Incluso Extramask se había dado cuenta de ello. Después de pasar una temporada en Australia, en el centro de meditación Vipassana, y en un *ashram* en la India, volvió a casa en busca de, tal y como lo describiría en un correo electrónico que me había mandado, «las cosas de siempre».

Por la mañana, me despertaron unos ruidos. Tres nuevos reclutamientos de la Verdadera Dinámica Social —recambios de Playboy, Sickboy y Extramask— trasladaban cajas de Ikea a la habitación de Herbal. Al igual que los que habían llegado antes que ellos, eran antiguos alumnos convertidos en alumnos en prácticas y en empleados, chicos que trabajaban gratis, a cambio de unas clases de sargeo y un vestidor donde dormir. Habían dejado sus trabajos, habían dejado sus estudios…. ¡Y todo para eso!

Me senté en uno de los sofás del salón y los observé ir y venir. Eran diligentes. Eran eficientes. Eran autómatas. Sin pronunciar una sola palabra, montaron tres literas con sabanas a juego, mantas a juego y colchones a juego. La habitación de Herbal se estaba convirtiendo en una barracón para cobijar al ejército, cada vez más numeroso, de Papa. Al anochecer, las tropas descenderían sobre Subset Boulevard, armadas con mi ropa, mis historias y mis técnicas, mientras los generales planeaban en el cuarto de baño de Papa la última fase de su ofensiva para apoderarse de la Comunidad. Muy pronto hasta el Salón de Mystery sería suyo.

En proyecto Hollywood ya no quedaba nada para mí.

Volví a mi habitación y empecé a hacer las maletas. De las perchas colgaban todo tipo de prendas de pavoneo: un peludo chaleco morado, unos pantalones ajustados de vinilo negro y un sombrero vaquero rosa. Apilados en el suelo había docenas de libros sobre cómo ligar, PNL, masaje tántrico, fantasías se-

xuales femeninas, análisis caligráfico y cómo ser ese capullo al que adoran las mujeres. Pero yo no iba a necesitar nada de eso donde iba.

Había llegado el momento de dejar atrás la Comunidad. El mundo real me estaba esperando.

GLOSARIO DE TÉRMINOS

En la siguiente lista se describen los términos y acrónimos relacionados con el mundo de la seducción que se emplean o a los que se hace alusión en este libro. Algunos de esos términos son palabras inventadas por la Comunidad; otros son términos que se emplean en hipnosis y en marketing; y otros aún, son palabras de uso corriente que los maestros de la seducción han tomado como propias. Las siguientes definiciones solamente son aplicables al uso de la palabra dentro del contexto de la seducción. Siempre que ha sido posible se ha mencionado a la persona responsable de acuñar cada término.

ADI (afirmación de interés) — *sustantivo*: comentario directo realizado a una mujer para darle entender que uno se siente atraído o impresionado por ella. También muestra de interés. Procedencia: Rio.

ALA — *sustantivo*: amigo de un maestro de la seducción, por lo general, otro maestro de la seducción, que lo acompaña a sargear, ayudándolo a atraer y a abordar a sus objetivos. Un ala puede ayudar a su compañero de sargeo manteniendo ocupados a los amigos del objetivo mientras éste habla con ella o hablándole positivamente de él al objetivo.

ALERTA DE PROXIMIDAD — *sustantivo*: momento en el que un hombre advierte la presencia de una mujer, o de un grupo de mujeres, que se ha situado cerca con la esperanza de ser abordada por él; por lo general, la mujer le dará la espalda al hombre para que parezca que su presencia es accidental. Procedencia: Mystery.

ANCLAJE — *sustantivo*: estímulo externo (una mirada, un sonido o un roce) que desencadena una respuesta afectiva o de comportambién concreta, la cual, al modo de una canción que te recuerda un momento feliz de tu vida, hace que sientas una sensación de bienestar. Los anclajes son empleados por los maestros de la seducción para que una mujer los asocie con un sentimiento de atracción. Procedencia: Richard Bandler y John Grinder.

ANCLAR — *verbo*: acto de crear una asociación mental entre un estímulo externo y un sentimiento afectivo. Procedencia: Richard Bandler y John Grinder.

ASTILLA — *sustantivo*: algo inservible; por lo general, se emplea para describir el número de teléfono que una mujer le da a un hombre sin la menor intención de contestar a sus llamadas.
Procedencia: *Glengarry Glen Ross*.

AUTOCONVERSACIÓN — *sustantivo*: conversación en la cual una persona no presta atención a lo que dice la otra persona, puede ser por falta de interés o sencillamente por estar distraído. Procedencia: Style.

BA (baja autoestima) — *sustantivo*: describe a una mujer insegura y con tendencias autodestructivas. Procedencia: MrSex4uNYC.

BLOQUEADOR — *sustantivo*: persona que interfiere o dificulta el juego de un maestro de la seducción, tanto de manera accidental como intencionalmente. Un bloqueador puede ser un amigo de la mujer, un amigo del maestro de la seducción o un completo extraño. También: bloquear.

BORROSO — *adjetivo*: momento en el que una mujer deja de devolver las llamadas a un hombre al que anteriormente pidió que la llamara.

CADUCAR — *verbo*: circunstancia por la que el número de la teléfono de una mujer deja de resultar eficaz a la hora de hacer planes con ella, normalmente por que ha pasado demasiado tiempo desde que se la llamó o se la vio por última vez.

CALCAR — *verbo*: observar e imitar el comportamiento de otra persona, normalmente el de alguien que posee unas caracterís-

ticas o habilidades que uno desea adquirir. Procedencia: Richar Bandler y John Grinder.

CALIBRAR — *verbo*: evaluar las respuestas verbales y de comportamiento de una persona o un grupo para lograr saber con exactitud lo que están pensando o sintiendo en ese momento. Procedencia: Richard Bandler y John Grinder.

CAMBIAR DE FASE — *verbo*: realizar un cambio en el curso de una conversación con una mujer con el propósito de crear un ambiente propicio para besarla; se puede cambiar de fase dirigiendo la conversación hacia temas sexuales, mediante un roce o una caricia, o recurriendo a cualquier otro tipo de mensajes corporal que demuestre atracción y deseo. Procedencia: Mystery.

CAMPO DEL SARGEO — *sustantivo*: cualquier lugar público donde un maestro de la seducción puede encontrar mujeres a las que abordar.

CAVERNICOLEAR — *verbo*: intensificar un contacto físico de manera agresiva y directa y llegar de esta forma a la relación sexual con el consentimiento de la mujer; predicar la idea de que los cavernícolas no usaban la inteligencia ni las palabras, sino el instinto y la fuerza, para aparearse. También: convertirse en cavernícola o hacer el cavernícola.

CERRAR CON BESO — *verbo*: besarse o manosearse con pasión. También cierre con beso y cierre-b. Procedencia: Mystery.

CERRAR CON TELÉFONO — *verbo*: obtener el número de teléfono correcto de una mujer. No se puede hablar de cierre con teléfono si es el hombre el que le da su número de teléfono a la mujer. También: cierre con teléfono y cierre con numero. Procedencia: Mystery.

CITA INMEDIATA — *sustantivo*: abandonar con la mujer el lugar en el que se la ha abordado para ir a otro lugar; normalmente, de un ambiente bullicioso a otro más apacible, donde poder conocerse mejor: Por ejemplo, de un bar a un restaurante o de la calle a un café. Procedencia: Mystery.

COMPLETO — *sustantivo*: relación sexual. También cerrar con polvo o c-polvo. Procedencia: Mystery.

CP (compañera de polvo) — *sustantivo*: mujer con la que un hombre se acuesta de forma casual y de mutuo acuerdo sin que entre ambos exista ni una relación sentimental ni expectativas de que la haya en el futuro.

CREAR HIELO — *verbo*: ignorar a una mujer para hacer que ella anhele tu atención; suele utilizarse como técnica para contrarrestar la resistencia de última hora.

CRIC CRAC — *sustantivo*: cualquier tema espiritual o sociológico que atraiga a la mayoría de las mujeres pero que no interese a la mayoría de los hombres, como por ejemplo la astrología, el tarot y los tests de personalidad. Procedencia: Tyler Durden.

DDN (destructor de novio) — *sustantivo*: cualquier patrón, técnica o frase de entrada empleada para seducir a una mujer que tiene novio.

DEFINIR EXPECTATIVAS — *verbo*: comunicarle a una mujer antes de acostarse con ella las expectativas que se tiene de la relación, de tal manera que la mujer no tenga falsas esperanzas.

DEFINIR LOS VALORES — *sustantivo*: obtener información, a través de una conversación, sobre las cosas que son importantes para una persona, generalmente con la intención de averiguar sus deseos más íntimos. En términos se seducción, «definir los valores» puede ayudar a un hombre a averiguar que lo que realmente está buscando una mujer que dice estar buscando un marido rico es a un hombre que la haga sentirse segura y a salvo. También: DV.

DISTORSIÓN TEMPORAL — *sustantivo*: originalmente, un término de hipnosis que hace referencia al modo en el que transcurre el tiempo cuando se produce una pérdida de conciencia. En términos de seducción, es la técnica a través de la cual un MDLS puede hacer que una mujer tenga la sensación de que lo conoce desde hace mucho tiempo, cuando en realidad acaban de conocerse. Algunos ejemplos de distorsión temporal podrían ser llevar a una mujer a diferentes sitios a lo largo de una noche o hacer que una mujer imagine futuros acontecimientos y aventuras compartidas con el hombre que pretende seducirla. También: ver el futuro y proyección de futuro.

DR (defensa de la reputación) — *sustantivo*: forma de comportarse de algunas mujeres para evitar los remordimientos derivados de la responsabilidad moral que asocian con acostarse con un hombre; o para evitar parecer una mujer fácil ante el hombre con el que están, ante sus amigas, ante la sociedad o ante sí mismas; esto puede ocurrir antes o después del encuentro sexual, o puede impedir que éste se produzca. Procedencia: Yaritai.

DV (demostración de la valía) — *sustantivo*: técnica que se emplea para captar la atención y el interés de una mujer a la que un hombre acaba de conocer; consiste en realizar una demostración de alguna habilidad o atributo que aumente el atractivo de quien lo realiza a ojos de la mujer. Antónimo: demostración de escasa valía. Procedencia: Style.

EAAC (encuentra, aborda, atrae y cierra) — *sustantivo*: modelo de la secuencia básica de cualquier seducción. Procedencia: Mystery.

EMPUJA Y TIRA — *sustantivo*: técnica empleada para aumentar la atracción que siente la mujer hacia el hombre; por lo general, consiste en hacerle llegar al objetivo señales que la hagan pensar que el hombre está interesado en ella seguidas de otras indicaciones en las que se le da a entender que no está interesado en absoluto. Esta técnica puede llevarse a cabo con una sola frase («podría enamorarme de ti, si no fuera porque vives tan lejos») o puede alargarse en el tiempo (siendo encantador durante una primera conversación telefónica y seco y distante durante la siguiente).

ESCALERA DE AFIRMACIONES — *sustantivo*: técnica de persuasión que consiste en hacer una serie de preguntas sencillas diseñadas para recibir siempre respuestas positivas, con el objeto de aumentar las posibilidades de que la persona también responda afirmativamente a una determinada pregunta que, de ser hecha de otra manera, probablemente sería rechazada.

ESCUDO — *sustantivo*: respuesta defensiva que usa una mujer para rechazar a un extraño que se aproxima a ella. Aunque su reacción ante una frase de entrada pueda ser brusca, eso no significa necesariamente que la mujer sea desagradable ni que sea imposible entablar una conversación con ella.

ESTRELLARSE — *verbo*: ser rechazado directamente y, a menudo, de forma ruda por una mujer o un grupo al que se acaba de abordar. También: quemarse.

FALSA LIMITACIÓN TEMPORAL: véase limitación temporal.

FALSO TM: véase TM.

FRASE DE ENTRADA — *sustantivo*: afirmación, pregunta o anécdota que se emplea para iniciar una conversación con una desconocida o con un grupo de desconocidos. Las frases de entrada pueden ser ambientales (espontáneas) o enlatadas (preparadas); y directas (demostrando romanticismo o interés por una mujer) o indirectas (que no demuestran tal interés).

GDLS (gurú de la seducción) — *sustantivo*: maestro de la seducción que sobresale del resto y cuyas habilidades lo sitúan entre los mejores seductores de la comunidad.

IDI (indicador de interés) — *sustantivo*: signos que revelan que una mujer está interesada o se siente atraída por un hombre. Estas pistas, generalmente sutiles y no intencionadas, incluyen inclinarse hacia el hombre cuando éste está hablando, hacerle preguntas vanas con el objeto de seguir hablando con él o apretarle la mano al hombre cuando éste coge la de la mujer entre las suyas. Procedencia: Mystery.

INTERRUPCIÓN DE PATRÓN — *sustantivo*: palabra, frase u oración dicha con la intención de interrumpir a la persona que está hablando con el objeto de reconducir la conversación hacia otro tema; por ejemplo, interrumpir a una mujer que está hablando de su ex novio para cambiar de tema.

ISA — (invitación silenciosa a la aproximación) *sustantivo*: acción o serie de acciones silenciosas empleadas por una mujer o por un grupo para llamar la atención de un hombre y hacerle saber que le interesa conocerlo.

LIMITACIÓN TEMPORAL — *sustantivo*: técnica en la que un hombre le dice a la mujer a la que ha abordado que no podrá estar mucho tiempo con ella; el objeto de la limitación temporal es reducir la ansiedad que provoca en la mujer pensar que el hombre que acaba de abordarla puede intentar pegarse a ella

durante toda la noche. También: falsa limitación temporal. Procedencia: Style.

MAG (macho alfa del grupo) — *sustantivo*: hombre sociable que compite por una mujer con un maestro de la seducción o interfiere en su intento de seducción. Procedencia: Old-Dog.

MAGear — *verbo*: eliminar al competidor mediante técnicas físicas, verbales o psicológicas. Procedencia: Tyler Durden.

MARCO — *sustantivo*: contexto en el que una persona, cosa, suceso o entorno es percibido. Procedencia: Richard Bandler y John Grinder.

MERCENARIAS — *sustantivo*: mujeres que trabajan en el sector servicios y que generalmente son contratadas por su atractivo físico, como, por ejemplo, camareras y *strippers*. Procedencia: Mystery.

MIRADA TRIANGULAR — *sustantivo*: técnica que se emplea inmediatamente antes de besar a una mujer, consiste en alternar la mirada repetidamente entre sus y sus labios.

MISIÓN DEL NOVATO — *sustantivo*: ejercicio destinado a conseguir que los aspirantes a maestros de la seducción superen su miedo a abordar a una mujer. La misión del novato consiste en pasar un día en un lugar publico, como por ejemplo un centro comercial, diciéndoles «hola» a todas las mujeres que ve.

MM (Método de Mystery) — *sustantivo*: escuela de la seducción creada por Mystery que hace hincapié en las aproximaciones indirectas.

MONOÍTIS — *sustantivo*: obsesión por una chica con la que todavía no se ha salido; los maestros de la seducción creen que tal extremo de fijación por una mujer disminuye significativamente las oportunidades de conseguir una cita y de acostarse con ella.

NA — sustantivo: novio actual.

NEGA — *sustantivo*: afirmación ambigua o insulto aparentemente accidental que un hombre dirige a una mujer atractiva

con el fin de demostrarle, a ella o a sus amigos, que no está interesado en ella. Por ejemplo: «Bonitas uñas; ¿son de verdad?» Procedencia: Mystery.

NEGA DE ESCOPETA — *sustantivo*: variante de nega dirigido a una mujer que forma parte de un grupo con el fin de ridiculizarla delante de los demás. Procedencia: Mystery.

NEGA DE FRANCOTIRADOR — *sustantivo*: variante de nega empleado para avergonzar a una mujer cuando se está a solas con ella. Procedencia: Mystery.

OBJETIVO — *sustantivo*: mujer a la que se pretende seducir. Procedencia: Mystery.

OBSTÁCULO — *sustantivo*: persona de un grupo en la que el maestro de la seducción no está interesado, pero cuya aprobación necesita para conseguir seducir a la mujer que sí le interesa. Procedencia: Mystery.

OJOS DE CACHORRO DELANTE DE UN PLATO DE COMIDA — *sustantivo*: expresión que adoptan los ojos de una mujer cuando empieza a sentirse atraída por un hombre. También: ODC. Procedencia: Ross Jeffries.

PARTE DE SARGEO — *sustantivo*: testimonio escrito de un maestro de la seducción o descripción de los acontecido durante una noche de ligue; generalmente colgado en un foro de Internet. También: PDS. Entre otros tipos de partes están el PDE (parte de expedición), el PDP (parte de polvo), el PDF (parte de fracaso) y el PDT (parte de trío).

PATRÓN — *sustantivo*: discurso, normalmente escrito, basado en una serie de frases de PNL diseñadas para atraer o exitar a una mujer. Procedencia: Ross Jeffries.

PAVONEARSE — *verbo*: vestir con ropas llamativas para llamar la atención de las mujeres. Son propias del pavoneo las camisetas brillantes, las joyas, las boas de plumas, los sombreros vaqueros de colores o cualquier otra cosa que haga destacar al maestro de la seducción en una multitud. Basado en la teoría del pavoneo de Mystery. Procedencia: Mystery.

PEÓN — *sustantivo*: persona a la que uno se acerca para conocer a una mujer que se encuentra cerca de ella. Un peón puede ser un conocido o un extraño. Procedencia: Mystery.

PEONEAR — *verbo*: aproximarse y hablar con un grupo de personas en las que no se está interesado para poder acercarse a una mujer o a otro grupo de personas que se encuentra a su lado. Procedencia: Mystery.

PIVOTE — *sustantivo*: mujer, normalmente una amiga del maestro de la seducción, que ayuda al hombre a seducirla a otras mujeres. La presencia de un pivote proporciona aprobación social, facilita la aproximación a un *set* y le hace sentir celos al objetivo; el pivote también puede elogiar explícitamente al hombre para impresionar al objetivo.

PLANTAR — *verbo*: cancelar la cita con un hombre o no acudir a ella. También ser plantado.

PNL (programación neurolingüística) — *sustantivo*: escuela de hipnosis desarrollada en los años setenta basada en gran parte en las técnicas de Milton Erickson. Alejada de la hipnosis tradicional, en la que se duerme al paciente, la PNL es una forma de hipnosis que utiliza una sutil mezcla de palabras y gestos para influir en una persona a nivel del subconsciente. Procedencia: Richard Bandler y John Grinder.

PQSA (prefiero que seamos amigos) — *sustantivo*: frase que una mujer le dice a un hombre para indicarle que no está interesada en él ni sexual ni afectivamente. Te pueden dedicar una PQSA o PQSArte.

PRUEBA DE SARGEO — *sustantivo*: experimentación y perfeccionamiento de una técnica o patrón de seducción en mujeres de distinta condición social antes de compartirlo con otros maestros de la seducción.

PUNTO DE EBULLICIÓN — *sustantivo*: grado de deseo que alcanza una mujer cuando está lista para mantener relaciones sexuales con un hombre. A diferencia de lo que ocurre en la atracción, el punto de ebullición se alcanza y se pierde rápidamente. El MDSL utiliza «técnicas de ritmo rápido» para mantener y prolongar el deseo físico cuando éste está en su punto de ebullición. Procedencia: Tyler Durden.

PUNTO DE ENGANCHE — *sustantivo*: el momento de la seducción en el que una mujer (o un grupo) decide que le agrada la compañía del hombre que la ha abordado y deja de querer que se vaya. Procedencia: Style.

QUINEAR (procede de la palabra quinestesia) — *verbo*: tocar o ser tocado, generalmente a modo de insinuación o con la intención de excitar; por ejemplo, acariciar el pelo, tirar del pelo o sujetar de las caderas. Precede al verdadero contacto sexual. Procedencia: Ross Jeffries.

RE (relación estable) — *sustantivo*: novia.

REGLA DE LOS TRES SEGUNDOS — *sustantivo*: pauta según la cual una mujer debe ser abordada antes de que hayan pasado tres segundos desde que se la ha visto por primera vez; con esta regla se pretende evitar que el hombre dé demasiadas vueltas a los problemas con los que puede encontrarse y termine por ponerse nervioso; también se pretende evitar así que el hombre espante a la mujer observándola durante un periodo de tiempo demasiado extenso.

RELLENAR — *verbo*: hablar sobre cosas sin importancia. Es algo típico entre dos personas que acaban de conocerse. Entre los temas más comunes están dónde vives, dónde trabajas y otros asuntos de interés general, como el tiempo y las aficiones.

REM (relación estable múltiple) — *sustantivo*: mujer perteneciente a un harén, o una de las muchas novias con las que se acuesta durante el mismo período de tiempo un maestro de la seducción. Idealmente, el MDLS será sincero con sus REM y les dirá que está saliendo con otras mujeres. Procedencia: Svengali.

RETOCAR — *verbo*: modificar el punto de vista de alguien sobre una idea o una situación. Procedencia: Richard Bandler y John Grinder.

RUH (resistencia de última hora) — *sustantivo*: momento que se produce cuando, tras un cierre con beso, una mujer que desea a un hombre evita con palabras o acciones que el contacto sexual aumente en intensidad; por ejemplo, evitando que el hombre le quite el sujetador o los pantalones o que la penetre.

SA (seducción acelerada) — *sustantivo*: escuela de la seducción basada en la PNL fundada por Ross Jeffries a principios de los años noventa. Procedencia: Ross Jeffries.

SALÓN DE MYSTERY — *sustantivo*: foro privado de Internet donde muchos de los maestros de la seducción de la Comunidad intercambian técnicas, fotografías y partes de sargeo. Procedencia: Mystery.

SARGEAR — *verbo*: ligar o seducir a una mujer; salir a ligar. También sargeo y sargeador. Procedencia: Aardvark.

SEGUNDO DÍA — *sustantivo*: primera cita. También segundo encuentro.

SEGUNDO ENCUENTRO — *sustantivo*: segunda cita.

SET — *sustantivo*: grupo de personas; un *set* de dos está compuesto por dos personas, un *set* de tres está compuesto por tres personas, y así sucesivamente; los *sets* pueden estar formados por hombres, por mujeres o por personas de ambos sexos (en cuyo caso se puede hablar de *sets* mixtos). Procedencia: Mystery.

SINESTESIA — *sustantivo*: literalmente, se define como una superposición de los sentidos (por ejemplo, oler un color), pero en términos de seducción es el tipo de hipnosis en el que se lleva a una mujer a un estado acentuado de conciencia y se le pide que imagine una sensación placentera que va creciendo de intensidad; el propósito de este tipo de hipnosis consiste en excitar sexualmente a la mujer a través de metáforas, sensaciones e imágenes sugerentes.

STB (supertía buena) — *sustantivo*: mujer extremadamente atractiva.

STYLEMAGEAR — *verbo*: emplear una serie de técnicas, manierismos, cumplidos y reacciones para convertirse en el maestro de la seducción dominante de un grupo. Procedencia: Tyler Durden.

SUBCOMINACIÓN — *sustantivo*: impresión, mensaje o efecto dejado o creado por una persona mediante su forma de

vestir o su presencia en general; una forma indirecta y no verbal de comunicación que generalmente es percibida mejor por las mujeres que por los hombres. Procedencia: Tyler Durden.

SUPLICAR — *verbo*: ponerse uno mismo en una situación de inferioridad para complacer a una mujer; por ejemplo, invitar a una mujer una copa o renunciar a las propias opiniones para darle la razón.

TB (tía buena) — *sustantivo*: término empleado por los miembros de la Comunidad para referirse a las mujeres atractivas. A menudo, el término va seguido de un valor numérico (TB10) o de un apodo (TBpelirroja). Procedencia: Aardvark.

TÉCNICA — *sustantivo*: anécdota, conversación, demostración de habilidad o cualquier otro tipo de material preparado y ensayado con anterioridad que se utiliza con el propósito de entablar relación con una mujer o de conducir dicha relación al terreno deseado; algunos ejemplos de técnicas son el test de las mejores amigas, el cambio de fase evolucionado y la demostración de valía.

TERORÍA DE GRUPO — *sustantivo*: idea basada en que las mujeres guapas normalmente van acompañadas por amigas y que, para abordarlas, un hombre debe obtener la aprobación de estas amigas al tiempo que aparenta falta de interés hacia ellas. Procedencia: Mystery.

TÉRMINOS DE TRANCE — *sustantivo*: palabras que tienen una importancia especial para alguien y en las que, como consecuencia, se hace especial hincapié al hablar. Una vez que un hombre descubre los términos de trance de una mujer, puede emplearlos durante una conversación para crear una falsa sensación de conexión y cercanía. Procedencia: Richard Bandler y John Grinder.

TEST DE ELIMINACIÓN — *sustantivo*: pregunta, petición o comentario hecho por una mujer, de forma aparentemente hostil, con la intención de determinar la valía de un hombre y decidir, consecuentemente, si es lo suficientemente bueno como para ser su novio o para acostarse con ella. Si el hombre no reacciona al test de eliminación, por lo general, perderá la oportunidad de seducir a la mujer; algunos ejemplos de test de

eliminación podrían ser decirle a un hombre que es demasiado joven o demasiado viejo o pedirle un favor que resulte evidentemente innecesario.

TM (tiempo muerto) — *sustantivo*: técnica empleada por los MDLS y que consiste en alejarse de una mujer o en dejarla sola durante un breve período de tiempo para que vea que el hombre no tiene necesidad de estar con ella, incrementando así la atracción que la mujer siente por él.

TTC (típico tío ciego) — *sustantivo*: hombre que no se da cuenta de que una mujer se siente atraída por él hasta que ya es demasiado tarde para hacer algo. Procedencia: Vincent.

TTF (típico tío fustado) — *sustantivo*: típico buen chico que carece de las habilidades o los conocimientos necesarios para atraer a las mujeres; hombre que trata de manera suplicante y blanda a las mujeres con las que todavía no se ha acostado. Procedencia: Ross Jeffries.

TTFR (típico tío frustrado reformado) — *sustantivo*: estudiante de la seducción que todavía no se ha convertido en un maestro de la seducción ni ha llegado a dominar las habilidades que se aprenden en la Comunidad.

TTSF (típico tío superfrustrado) — *sustantivo*: hombre extremadamente torpe a la hora de seducir a una mujer, generalmente debido a un exceso de timidez y nerviosismo y a la falta de experiencia.

VDS (verdadera dinámica social) — *sustantivo*: empresa dedicada a la venta de productos, seminarios y talleres de seducción creada por Papa y Tyler Durden. Procedencia: Papa.

AGRADECIMIENTOS

¿Dónde están ahora?

Desde que acabé este libro han pasado suficientes cosas en la vida de sus protagonistas como para escribir una segunda parte. Sin embargo, tendrá que bastar con este breve resumen. Yo ya he acabado. Que empiecen los agradecimientos.

Quiero darles las gracias a Mystery, que siguió adelante con su plan de mudarte a Las Vegas con Ania. Ahora viven juntos en un apartamento en Las Vegas Boulevard. Mystery finalmente encontró un socio que estaba a su altura, Savoy, que lo ha ayudado a solucionar sus problemas económicos. Ahora Mystery imparte un taller prácticamente todos los fines de semana. Aunque ya cobra 2.250 dólares, por lo que sé, todo el mundo sale del taller satisfecho. Tras leer mi artículo sobre la Comunidad en el *New York Times*, David Copperfield se puso en contacto con Mystery y ahora hablan casi todos los días. Sin embargo, Mystery todavía no ha conseguido que Ania participe en un trío.

También quiero darle las gracias a Tyler Durden y a Papa, que tampoco duraron mucho tiempo más en Proyecto Hollywood. Después de que varios MDLS hubieron pasado por la habitación de Mystery, Tyler Durden y Papa finalmente instalaron a una pareja *new age* a cambio de poder impartir talleres en el apartamento que ellos tenían en Nueva York. Un grupo de devotos de Hare Krishna que tenían amistad con los nuevos residentes empezaron a pasar por la mansión casi a dirario, amenizando la vida de Proyecto Hollywood con sus canciones, sus bailes y sus batallas psíquicas. Pero cuando Tyler Durden fue a Nueva York, la persona que se alojaba en el apartamento no le permitió entrar. Mientras tanto, en Proyecto Hollywood había empezado una guerra abierta por el control de la mansión.

Puede que nunca sepamos lo que ocurrió realmente. La pareja *new age* sostiene que Tyler Durden y Papa huyeron de Proyecto Hollywood al ser denunciados por dirigir un negocio en una zona residencial sin la oportuna licencia. En cambio, Tyler Durden y Papa sostienen que, si abandonaron Proyecto Hollywood, fue porque el alquiler que pagaban por la mansión resultaba desmesurado para los ingresos de la Verdadera Dinámica Social. Sea como fuere un mes y medio antes de que venciera el contrato de dieciocho meses, Tyler Durden, Papa y los demás MDLS cargaron sus pertenencias en una camioneta alquilada y se mudaron a un apartamento. Tyler Durden todavía vive allí con su nueva novia. En cuando a Papa, sigue sumido en su búsqueda de Paris Hilton; según dice, cada día está más cerca de conseguirlo. Ambos continúan a la cabeza de la Verdadera Dinámica Social, que sigue recibiendo unas críticas extraordinarias en los foros de seducción.

Quiero darle las gracias a Proyecto Hollywood, donde ahora vive una excéntrica pareja *new age* y una maravillosa señora de la limpieza que se llama a sí misma la «Buda de la limpieza» que vive en mi antigua habitación.

Quiero darle las gracias a Herbal y a Katya, que vivieron juntos seis meses en Texas. Herbal sigue en su casa de Austin con *Shaniqua*, su ualabi, y, tras hacer una apuesta, se entrena para correr los cien metros. Además, Herbal ha ofrecido una recompensa para quien consiga llevar a cabo con éxito la dieta del sueño. Katya, por su parte, volvió a Nueva Orleans, donde trabaja como modelo y maquilladora. Su hermano ha recuperado su fe en el cristianismo y, desde hace un año, no ha vuelto a sufrir ningún síntoma del síndrome de Tourette.

Gracias a Sickboy y a Playboy, que no fueron capaces de abandonar la Comunidad cuando volvieron a Nueva York. Ahora dirigen juntos una empresa, Cutting Edge Image Consulting (1), que ofrece programas de audio, talleres y libros electrónicos para mejorar tu imagen y triunfar en tus citas.

Gracias a Dustin, el rey de los seductores innatos, que todavía vive en Jerusalén, donde contrajo matrimonio con la hija de un rabino.

Gracias a Marko, que pronto se casará en Belgrado. Al parecer, rechazando nuestros consejos, cortejó a su prometida durante meses con un comportamiento intachable, escribiéndole

(1) *Cutting Edge Image Consulting* podría traducirse como <<Consultoría avanzada de imagen>>. *(N. del t.)*

poemas y regalándole flores. Planean mudarse a Chicago, donde quieren formar una familia.

Gracias a Ross Jeffries, que finalmente superó su rivalidad con Mystery. Ross estuvo saliendo brevemente con una enfermera y ahora ha vuelto al campo del sargeo, donde, según dice él, ha logrado grandes avances ayudando a los chicos a vender sus miedos, su timidez y esa vieja mala costrumbre de pensar demasiado. Además, Ross Jeffries se ha ido alejando de la PNL, explorando ideas más espirituales con la ayuda de un instructor especializado en el despertar de corazones y un profesor de Yoga.

Gracias a Courtney Love, que ha resuelto sus problemas con la justicia y que ha conseguido mantenerse alejada de los medios de comunicación sensacionalistas. Ahora vive felizmente con su hija en su propia casa. Ademas, está trabajando en un nuevo disco con Billy Corgan y Linda Perry. Courtney dice que quiere interpretar el papel de Katya en la película.

Gracias a Formhandle por mantener viva la Comunidad con su infatigable y desinteresado trabajo. Su página web de Seducción Acelerada sigue siendo el lugar de referencia para cualquier tema relacionado con la seducción; no podría haber confeccionado el glosario del libro sin su ayuda. Y gracias a Cliff, el otro pilar de la Comunidad, que recientemente reunió a cientos de alumnos y varias docenas de instructores en la primera convención anual de MDLS, que se celebró en Montreal.

Gracias a Sin, que se casó con la mujer a la que le gustaba que la sacaran a pasear con la correa en Atlanta. Recientemente tuve el honor de conocerla; nunca lo sospecharíais.

Gracias a Britney Spears, que tambien se ha casado. Dos veces. Y a Tom Cruise, que hace poco anunció su compromiso y que no tiene miedo a proclamar su amor a los cuatro vientos. Cada vez que tengo que tomar una decisión difícil me pregunto a mí mismo qué haría Tom si estuviera en mi lugar. Después me pongo a salgar sobre el sofá.

Gracias a Dreamweaver, que está escribiendo guiones cinematográficos. Poco antes de que se publicara este libro le encontraron un tumor cereblar. Maverick lo llevó al hospital y el padre de Versity, que es un eminente cirujano especializado en oncología, se ha ofrecido a ayudarlo. Dreamweaver, eres una persona creativa y de enorme talento; nuestras oraciones están contigo.

Gracias a Grimble, que se dedica a tiempo completo a promocionar sus libros electrónicos y sus cursos de audio sobre se-

ducción; a Twotimer, que se marchó de Los Ángelos para sacarse el doctorado; a Vision, a quien Versity ha hecho padrino de su hijo; y a Sweater, que está separándose legalmente de su mujer.

Gracias a toda la Comunidad y a los cientos de amigos que he hecho a lo largo de estos dos últimos años. Espero que todos encontréis lo que estáis buscando; tanto en el amor como en la vida. Puede que a algunos os inquiete que haya dado a conocer la Comunidad. No os preocupéis; siempre habrá una manera de conocer a una mujer y acostarse con ella. Y, sea cual sea esa manera, sé que vosotros la encontraréis.

Gracias a Carolina, a Nadia, a Maya, a Mika, a Hea, a Carrie, a Hillary, a Susanna, a las Jessicas I y II y a todas y cada una de las fascinantes e inigualables mujeres que han formado parte de mi vida durante estos años. Llamadme y os lo contaré todo.

Gracias a los demás gurús. A David DeAngelo, cuya lista de adeptos ha aumentado hasta alcanzar casi un millón cien mil nombres; ahora también ofrece consejos a las mujeres sobre la mejor manera de conquistar y retener a un hombre. A Rick H., que se mudó a Rumania para hacer realidad sus últimas fantasías, tanto románticas como empresariales. A Steve P. y a Rasputín, que han grabado sus técnicas en una colección de videos. Y también a Swinggcat y a David Shade.

Gracias a todos aquellos que me han permitido incluir sus boletines y sus partes de sargeo en este libro. Gracias a Juggler, que ha dejado temporalmente de lado su carrera de actor cómico para expandir su negocio de seducción y para acabar de escribir su libro electrónico, y que vive con su nueva novia, una corredora de maratones que trabaja entrenando a atletas. A Juggler todavía le gusta Barry Manilow. Gracias a Extramask, que abandonó por completo la comunidad para dedicarse a su carrera de actor cómico. Gracias a Jlaix, que encontró a la novia bisexual con la que Mystery siempre había soñado y que narró las aventuras que compartió con ella en una serie de vertiginosos partes de sargeo que merecerían un libro aparte.

Gracias a Judith Regan, que me acusó de seducir a su hija de trece años en la pagina de seis del *New York Post*. Creo que estaba bromeando y, si no era así, da igual; ya está perdonada. Ella me apoyó desde el primer día en esta enloquecida aventura. No sólo ha sido mi editora, sino también mi santa patrona.

Gracias al resto del equipo de ReganBooks, especialmente a mi editor [añade un adjetivo hiperbólico aquí], Cal Morgan,

que estaba tan emocionado con la perspectiva de conocer a Lisa que, cuando por fin lo hizo, no fue capaz de pronunciar una sola palabra. Gracias también por todo su esfuerzo a Bernard Chang, Michelle Ishay, Richard Ljoenes, Paul Crichton, Cassie Jones, Kyran Cassidy y Aliza Fogelson.

Gracias a Ira Silverberg, mi agente, que sigue intentando que escriba un libro con una temática más culta. Y gracias a Anna Stein y al resto del equipo de Donadio and Olson.

Gracias a David Lubliner, a Andrew Miano, a Craig Emanuel, a Paul Weitz, a Chris Weitz, a Andrea Giannetti, a Matt Tolmach y a Amy Pascal por su apoyo con el otro Proyecto Hollywood.

Gracias a Fedward Hyde por ayudarme en la investigación y por sus extensísimos correos electronicos, dignos de James Joyce; quizá no de James Joyce, pero sí del doctor Joyce Brothers. (Acabas de ser Stylemageado.) gracias a Lovedrop, por la presentacion del curso del Método de Mystery. Y gracias a Sue Wood, que transcribió pacientemente cada cinta, algo nada fácil si tenemos en cuenta la cantidad de horas de hipnosis y de reuniones que contienen. Gracias también a Laura Dawn y a Daron Murphy por su ayuda con las cintas adicionales.

Gracias a mis muchos instructores de autoayuda. Gracias a Joseph Arthur (por sus clases de dicción, por su infinita sabiduría y por abrirme los ojos durante el retiro de Esalen) y a Julia caulder (por enseñarme la tecnica Alexander y por dejarme verla cantar a Wagner en la Ópera de Los Ángeles).

Gracias a todos los que leyeron los primeros borradores de mi libro; entre ellos a Anya Marina, a Maya Kroth, a M the G, a Paula y Hazel Grace, a Marg, la canguro antipática, y a mi hermano, Todd, que ahora tiene la cabeza llena de imágenes que preferiría olvidar.

Y, finalmente, sí, Lisa y yo seguimos juntos. Aunque durante los dos últimos años he aprendido todo lo que se puede aprender sobre la atracción, la seducción y la conquista, nadie me ha enseñado lo que hay que hacer para mantener una relación sana de pareja. Convivir con Lisa me ha exigido mucho más tiempo y trabajo del que nunca tuve que invertir para aprender a sargear, pero también me ha aportado una dicha y una satisfacción mucho mayores. Puede que, precisamente, por que no es un juego.